

# SOMBRA Y CENIZAS

MIGUEL ÁNGEL CABANAS



Lectulandia

Nos encontramos ante un singular y entretenido relato de acción y aventuras, de una gesta gloriosa con tintes épicos y de corte clásico.

Esta es también una historia de amor ambientada en los albores de la España medieval.

De prosa ágil y fecunda imaginación, escrito con sensibilidad y ternura y mostrando una equilibrada fusión entre lo dramático y lo cómico. La intriga, los enigmas por desentrañar y la incertidumbre nos acompañarán hasta el final.

Una alevosa traición sumirá al reino de Iberia en una tiranía despiadada y terrible, un príncipe sin corona que no guarda memoria de sus orígenes ni conciencia de su destino, un mal que todo lo invade y alcanza, una espada gloriosa para luchar por la libertad, el honor y la justicia.

Leonardo y Cecilia, dos jóvenes enamorados persiguiendo un sueño imposible.

Contemplaremos enfrentamientos y batallas con sabor a sangre y olor a suplicio, avatares sorprendentes que pondrán a prueba el coraje y la determinación y un largo y azaroso camino plagado de peligros y dificultades.

La ambición y el ansia de poder, la envidia y la ira, solo serán algunos de los demonios que aflorarán procedentes del alma humana y para equilibrar el fiel de la balanza, también se manifestarán el amor y la lealtad, la amistad y el sacrificio.

**Lectulandia**

Miguel Ángel Cabanas González

# **Sombras y cenizas**

ePub r1.0

Titivillus 10.11.2017

Título original: *Sombras y cenizas*  
Miguel Ángel Cabanas González, 2017  
Diseño portada: Antonio Salmerón Cabañas

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Dedico esta obra a mis padres y a mis suegros, roca inquebrantable y segura, raíz esforzada y generosa, espejo de amor y bondad.*

*A su Santidad el Papa Francisco, pescador de almas empeñado en enderezar el rumbo torcido de nuestros corazones. Él hace de la humildad su divisa, combate la ignorancia y defiende a los que injustamente se afligen y sufren ;Qué el Creador inspire e ilumine su afanoso caminar y le otorgue una larga vida!*

*Y también in memóriam Miguel de Cervantes, William Shakespeare, Matteo María Boiardo y Ludovico Ariosto, insignes maestros de las letras y las musas, tejedores de sueños, Sénecas de la naturaleza humana.*

# AGRADECIMIENTOS

Vaya por delante mi entera gratitud a los primeros lectores de mi manuscrito por su confianza y empeño y también por animarme a intentar publicarlo.

Deseo reconocer especialmente las valoraciones y críticas recibidas, así como la ayuda que me ha sido prestada en cuanto a labores de revisión y corrección, siempre arduas y difíciles. Agradecimiento eterno a mi mujer y a mis hijos, a mi hermano, a nuestras amigas Petra Constantín y Ana Pop, nativas de Ucrania y Rumanía con el mérito de atreverse a leer una obra en castellano, a Beatriz Ortega doctora en ciencias, a Alicia Bravo, fisioterapeuta, enfermera y entusiasta lectora, a María Carmen Marta, especialista en reprografía e infatigable lectora, a la escritora y profesora de literatura en el Liceo Francés, Marie-Thérèse Bitaine de la Fuente, al catedrático de literatura española en la Universidad de Huelva, Luis Gómez Canseco, a mis vecinos y amigos, Víctor Franganillo, Margarita Saus, Anna María Larroya y Mateo Bover, a mis antiguos compañeros y amigos, Ambrosio Aranda, Marcial Crespo, Julián García, José Juan González, Carlos Sánchez y María Victoria Marugán, a mis amigos de los Martes al Sol, Marc Bouvier, Vicenta Rescalvo, Gilbert Lledó, Luis Gallego, Rafael Delgado, Isabel González del Pino, Vicente Pordomingo, José Rebollo, María Asunción González y María Teresa Angulo.

## Prólogo

Solo soy un hombre de mi tiempo que considera la palabra un precioso don, una gracia divina que ha de ser conservada con esmero y empleada con moderación.

El relato que me he atrevido a concebir es pura fábula y nació con la intención de ser un cuento, pero después me atrapó y envolvió de tal modo, que se convirtió en relato más extenso. La culpa de ello la tienen los personajes y la trama: se aliaron para conseguir ese milagro, porque milagro es, o así lo veo yo al menos, el que de mi modesta pluma haya podido surgir algo así.

No quiero decir con esto que el ensueño —o engendro— forjado en mi mente sea algo meritorio o excelente; eso lo tendrán que decidir ustedes.

Puedo asegurarles que la historia, aunque lejana en la memoria, guarda semejanza con algunos de los sucesos que hoy nos toca vivir. Y es que el alma humana cambia despacio, si es que cambia, porque hoy, igual que ayer, el mundo que nos rodea se puebla de monstruos y demonios. Para comprobarlo, solo hemos de encontrar un espejo en el que contemplarnos.

En este universo imaginado habitan reyes y reinas, príncipes y princesas, y a su lado, seres corrientes que lograrán cambiar, por medio del tesón y la inteligencia, el curso de los acontecimientos. Personas sencillas capaces de hacer, llegado el momento, cosas extraordinarias. Ellos serán los verdaderos héroes de esta ficción.

La libertad, la justicia y la paz serán el *leitmotiv* de esta quimera.

¿Es nuestro cuento un drama?, ¿acaso una comedia? Hay muerte, desde luego; y lágrimas, pesares y tristezas. Siendo así, habría de ser un drama... Pero también hay vida; y júbilo, risas y alegrías. En ese caso, ha de ser comedia entonces. ¿Y por qué no ambas cosas a un tiempo? Pues empleándolas como trama y urdimbre en su telar es como el Hacedor suele tejer el paño de la vida humana.

Sentados en un sofá, con el silencio rondando la puerta y dejando por un momento, nuestros afanes a un lado, abrir este libro será tanto como abrir una ventana y asomarse a un espacio inalcanzable, a una ilusión. El poder y la gloria, y otros tantos ensueños, estarán a nuestro alcance; atravesaremos montañas y ríos, valles y prados; se desbordarán ante nosotros sentimientos y pasiones y sucederán, una tras otra, venturas y desventuras. Todo cuanto se ha de contar pertenece al teatro de la vida humana.

Si después de haber leído estas líneas se siente dispuesto a embarcarse en la lectura, preciso es hacerle una advertencia: deje volar su imaginación. Primero fue la idea; después, todo lo demás. Para emprender este fabuloso viaje no ha de necesitar maletas, ni moverse de su hogar; es el privilegio de todo lector.

No les será difícil de advertir que, a medida que la trama avanza y se despliega, su lectura se irá haciendo cada vez más atrayente y sustanciosa, más cautivadora.

Declaro que cualquier parecido con la realidad de lo aquí escrito ha de ser sin duda pura coincidencia, lo mismo sucede con los personajes de esta historia y con el lema y blasón empleados en ella. En cuanto a los lugares que nos sirven de trasfondo, algunos de ellos existen y he tenido la osadía de tomar su nombre prestado. Pequeño rincón del mundo este en el que la acción tiene lugar: en los confines de Europa, o incluso de Asia se podría decir; puente sobre las aguas con África y América, crisol de pueblos y culturas, tapiz moteado de hermosura; un lugar para perderse, un paraíso en la Tierra Media.

Doy las gracias anticipadas a todos aquellos que, sin conocerme de nada, van a embarcarse en tan singular relato. Desde estas líneas, vaya por delante el sincero agradecimiento de un aspirante a escritor.

No dilatemos más el comienzo. Mejor subamos ya el telón, dejemos a los personajes actuar y expresarse libremente...

¡Que comience la función!



Primera parte  
LA TRAICIÓN

# 1

## UN ATAQUE INESPERADO

Los primeros rayos del alba iluminan el tortuoso camino de montaña por el que una carroza avanza a impulso de cuatro nobles caballos. A pesar de lo abrupto del terreno y la penumbra aún reinante, lleva una velocidad endiablada. El cochero no deja de imprecicar a los sudorosos animales con sus gritos, ni de hostigarlos con el restallar del látigo.

Tras el carruaje cabalga una reducida tropa armada. Los hombres, presa de gran nerviosismo, miran de vez en cuando por encima del hombro. Sin aminorar el paso, el que va en cabeza se gira hacia ellos y, haciéndose oír por encima del resonar de los cascos, les dice:

—Dudo que nuestros compañeros hayan podido contener a esa hueste de asesinos.

—¿Pero quiénes son? ¿Quién les envía? —pregunta desalentado justo el que va detrás.

—No lo sé, pero si han logrado vencer su resistencia, pronto notaremos su pestilente aliento en el cogote. Debemos poner a salvo a nuestra señora. Sin duda, el mismo demonio ha debido de elegir la ocasión para ponernos en tan delicado aprieto —grita el capitán.

Poco a poco, la claridad del día va descubriendo una mañana fría, aunque luminosa y radiante. El carruaje rueda soportando un traqueteo infernal, bamboleándose y rozando peligrosamente el borde del acantilado.

En su interior viajan la reina Beatriz y su aterrorizada dama de compañía, quien, avoillada a los pies de su señora, murmura:

—Dios mío, ten piedad de nosotras. No permitas que nos despeñemos.

La joven reina, recostada en su asiento, hace ya largo rato que comenzó a sentir las contracciones y acaba de romper aguas. Este es su primer alumbramiento, pero ha visto parir a otras mujeres y está dispuesta a afrontar su inexperiencia con entereza.

—¡Inés, por favor, deja de lloriquear y levántate! Tienes que ayudarme, voy a dar a luz. ¿Me escuchas?

La pobre Inés, con expresión aturdida, mira angustiada a su señora.

—Anda, asómate a la ventana y dile al cochero que se detenga.

Así lo hace, e inmediatamente ambas notan que el tiro de animales es frenado hasta inmovilizarse del todo. La escolta les alcanza poco después. Es la propia reina quien, con la frente sudorosa y las mejillas muy pálidas, les explica por qué ha dado esa orden.

—Siento ya que mi retoño pugna por venir a este mundo y no piensa esperar. He de dar a luz aquí mismo. Inés me ayudará. Después podremos continuar.

Consternado por la noticia, el jefe de la escolta asiente y envía a dos de sus

hombres para vigilar la retaguardia. Casi al instante, por encima de sus cabezas, resuena el eco de cabalgaduras.

—¿Escucháis, majestad? ¡Ya llegan! ¡No podemos detenernos aquí! —exclama el capitán.

Beatriz, al igual que sus acompañantes, había visto el número y la determinación de los atacantes, e intuía que las posibilidades de salir con bien de aquel trance eran escasas. Aun así, su valentía y, sobre todo, la criatura en camino, le infundían la fuerza de ánimo y la resolución necesarias para intentarlo. No había otra opción: debían continuar.

El cochero acarició a sus caballos, susurrándoles palabras que ellos parecían comprender. Luego restalló de nuevo el látigo y todos, escolta y carruaje, reemprendieron la marcha.

Las ruedas giraban vertiginosamente, dejando marcadas en cada revuelta del camino sus huellas imposibles, presagio quizás de una inminente catástrofe. La reina, prácticamente tumbada en el asiento y sujetándose como podía, adoptó una posición de parto mientras que Inés, ya algo más calmada, trataba de ayudarla. La parturienta, respirando acompasadamente empujaba apretando puños y dientes en cada contracción. Transcurrido un tiempo que pareció interminable y en un supremo esfuerzo, asomó la coronilla de la criatura primero, y la cabecita después. Inés la cogió entre sus manos. Siguiendo las indicaciones de su señora, tiró de ella hacia fuera imprimiéndole un leve giro y, ya casi sin esfuerzo, salió el resto del cuerpo.

La improvisada matrona anudó y cortó el cordón umbilical; a continuación puso al chiquillo —que varón era— boca abajo y le propinó un azote seco. El llanto del niño sonó con fuerza dentro del carruaje. La madre cogió entonces al pequeño de manos de su compañera y, envolviéndole en una mirada de amor y ternura, le estrechó contra su pecho.

Entre tanto, la comitiva había alcanzado la entrada del desfiladero.

Dos inconmensurables paredes tachonadas de carámbanos flanqueaban el paso. Allá abajo, en lo profundo del tajo, se adivinaba la presencia de un torrente semicongelado.

Justo cuando se adentraban en la angosta garganta, vieron cómo sus perseguidores aparecían tras la última curva que acababan de dejar atrás. El repicar de los cascos y sus gritos de amenaza retumbaron con fuerza en la quebrada.

Ya casi los tenían encima. A un ritmo suicida, carroza y escolta volaban entre las altísimas paredes pero, al contrario que sus perseguidores, no emitían grito alguno; solo sus miradas traslucían la tensión y la determinación con las que se aprestaban para la inevitable batalla. Sabían que no cejarían hasta darles alcance y que, cuando lo hicieran, no habría cuartel.

El hilo del tiempo parecía suspendido en el éter y el trayecto por el desfiladero se hacía eterno. Al fin, la pared situada a la diestra comenzó a descender y, tras la última revuelta, el espacio se abrió definitivamente ante ellos. Ese fue el punto que eligió el

comandante para plantarle cara al enemigo, y así se lo comunicó a la reina y al conductor del carruaje, el cual, seguido de dos escoltas, prosiguió su camino a toda velocidad.

El resto de los soldados desmontaron de los caballos, se apostaron en la zona más elevada del último recodo, y esperaron, dispuestos a vender caras sus vidas.

El adversario no tardó en aparecer; una numerosa hueste que, al divisarles, clavó espuelas y se lanzó al ataque con renovado ímpetu. Por fortuna, la angostura del paso los obligó a avanzar en columna. Los defensores usaron con acierto sus arcos hasta agotar todas las flechas, pero por encima del amasijo de hombres y cabalgaduras, muertos o heridos, seguían precipitándose nuevas hordas, que contuvieron esta vez con el empuje de las lanzas. Por último, echaron mano de las espadas e iniciaron un combate cuerpo a cuerpo en el que, a pesar de todo su arrojo y heroísmo, llevaban las de perder. Sus fuerzas disminuían a marchas forzadas, mientras que en las de sus oponentes siempre surgía un enjambre de renovados atacantes.

Cuando ya solo quedaban en pie el capitán y dos de sus compañeros, hicieron sonar el cuerno de guerra. Una nota aguda y sostenida que surcó el aire con estrépito.

Aquel poderoso sonido, unido al fragor de la lucha, los gritos y el entrechocar de espadas, bastó para que el grueso manto de nieve que coronaba el abismo se resquebrajara.

Un trueno colosal restalló en las alturas, ensordeciendo a los hombres que peleaban en lo hondo de la brecha y acto seguido, un aluvión de enormes bloques de hielo, nieve y rocas se les vino encima. El alud arrasó las laderas de las montañas y se precipitó hacia el desfiladero, anegándolo por completo.

En cosa de segundos, todo quedó sepultado. Después, se hizo el silencio, roto únicamente por los crujidos de la materia caída al asentarse. Ningún vestigio de la batalla que se estaba produciendo, ningún hálito de vida fue conservado. Guerreros y monturas, atacantes y defensores: todos perecieron ante el empuje imparable de la naturaleza.

La carroza había salido ya de la estrecha garganta. La pared descendente había dado paso a un empinado terraplén, cubierto todo él de inmaculada blancura y que terminaba allá abajo, junto a la orilla de un río. Hasta ellos llegaban aún los ecos de la lucha, pero el conductor solo pensaba en alejarse de allí y poner a salvo su pasaje.

De repente, se escuchó el agudo lamento de un cuerno de guerra, señal de que la resistencia de los compañeros estaba tocando a su fin, y luego, también ellos quedaron petrificados ante el trueno espantoso que provenía de las cumbres nevadas.

Los caballos se encabritaron, los ojos desorbitados por el terror; a duras penas el cochero logró contenerlos para que no se salieran del camino. Pero la avalancha se precipitó incontenible desde lo alto, aplastando al instante a los animales y empujando la carroza hacia el talud. El cochero y los jinetes desaparecieron en la

nube de blancura y el transporte se despeñó ladera abajo, dando vueltas y golpeándose contra los riscos hasta hacerse añicos, quedando estos próximos al borde del río y semienterrados por la nieve.

Cuando se disiparon los últimos efectos del derrumbamiento, la mañana quedó clara y tranquila. Apenas soplaban el viento, y la luz se reflejaba con fuerza en los montículos de nieve y hielo recién formados.

De sus acompañantes no había rastro alguno. Solo la reina se había librado de quedar enterrada por el alud. Ella... y el pequeño que aún sostenía entre sus brazos y que, milagrosamente, no había sufrido ni tan siquiera un rasguño.

Recostada contra los restos de una rueda, Beatriz sabía que estaba malherida. Se sentía morir por momentos. Sin embargo, no tenía miedo por ella misma; solamente pensaba en su hijo. ¿Qué sería de él? Un gran pesar le embargó el corazón, y lágrimas ligeras empezaron a surcar sus mejillas, hasta convertirse en un llanto desconsolado que empapó la cabeza y los hombros del niño. Estrechando al infante, dirigió a los cielos esta plegaria repleta de fe y sentimiento:

—Oh, Dios, Tú que todo lo puedes, salva a mi hijo. Él acaba de venir al mundo gracias a Ti. Es fruto de mi amor, se halla pleno de pureza, y ha nacido para ser un paladín a tu servicio. No dejes que perezca en este desolado paraje. Permite que con su vida pueda dar testimonio de lo aquí acaecido y, cuando crezca, que con su mano castigue el mal que ha engendrado tanto daño y destrucción.

Al terminar de decir estas palabras, la joven madre suspiró y, dedicando una mirada postrera al niño, dejó caer la cabeza hacia delante y exhaló su último aliento.

Apenas unos segundos más tarde, comenzó a percibirse un ligero rumor. Un suave zumbido que fue creciendo en intensidad. En contraste con el blanco manto de nieve, apareció una oscura sombra de contornos cambiantes y reflejos metálicos; de haberse avistado en el cielo, bien se podría haber dicho que se trataba de una nube de estorninos.

La nube, en su titubeante flotar, fue ascendiendo por el terraplén y se aproximó a la criatura, cubriéndola por completo en pocos instantes. Luego, emitiendo un murmullo algo más agudo, la sombra se elevó en el aire y se alejó lentamente con su carga.

Si alguien hubiese estado allí y podido mirar a la reina, sin duda habría advertido en ella un semblante de perfecta paz, acompañado de una inexplicable sonrisa.

## 2

### EL ROBLE Y LA COLMENA

Con gesto preocupado, el rey Eduardo contempla desde el alto ventanal el bosque de Muniellos en su ropaje de invierno. Hace ya casi diez días que no sabe nada de su esposa.

Un hombre de mediana edad, con la barba crecida y de aspecto franco e inteligente, se dirige a grandes zancadas hacia el salón del trono. Al verle llegar, los guardias de la entrada reconocen al senescal, y le franquean el paso.

—Soy yo, mi señor. ¿Puedo pasar?

—¡Rodrigo Cortés, barón de Mieres! Mi más querido amigo y leal consejero. Entra, por favor —exclama el rey, que abandona el ventanal para recibirlo.

—Vuestras ojeras delatan que no habéis pasado buena noche —manifiesta Rodrigo, escrutando al rey con la mirada.

—Ah, mi buen Cortés, tan observador como siempre. Me desperté de madrugada y ya no he podido conciliar el sueño.

—¿Qué es lo que os ha desvelado?

—No sé muy bien cómo, de repente he asociado los sucesos de estos días y el hecho de no haber vuelto a tener noticias de Beatriz.

—Mi señor, hemos tenido un tiempo de perros y los caminos se hallan en pésimas condiciones. Seguramente vuestra agitación tenga más que ver con el estado de vuestra esposa que con la existencia de un peligro real. Y en cualquier caso, la pequeña guardia que dejasteis a su cuidado es aguerrida y de completa confianza.

—Sí, en eso llevas razón, pero fue el aviso de ese ataque a nuestros territorios del Este lo que precipitó nuestra partida y, como sabes, tal información ha resultado ser falsa. Es como si alguien hubiera querido alejarme de ella. Está decidido. Convocaré al Consejo y veremos lo que ha de hacerse —anunció el monarca, determinado a no seguir de brazos cruzados.

Los consejeros ocuparon sus asientos alrededor de una robusta mesa de roble. Eduardo, en pocas palabras, manifestó su preocupación y todos estuvieron de acuerdo con él... todos, salvo uno. Jaime, duque de Cantabria, se rebulló en el asiento y tomó la palabra:

—Hermano, últimamente tienes los nervios a flor de piel y me parece que tus inquietudes personales no te dejan pensar con claridad. Debes tranquilizarte un poco. Las noticias de ese ataque han resultado infundadas.

—Permitidme, don Jaime, que disienta de vos —le contestó Rodrigo—. El informante procedía de aquella zona y llegó a palacio gravemente herido. No creo que tuviese intención de engañarnos.

—Eso último no lo sabemos. Sí estoy de acuerdo en lo primero: tan herido venía, que a las pocas horas entregó su alma al diablo —dijo displicente—. Pero lo cierto es que su aviso resultó ser poco acertado, y ello determinó un movimiento innecesario del cual no conocemos aún las consecuencias. Os aseguro que mi padre hubiera sido más precavido.

—Está bien, ya te hemos escuchado —terció Eduardo—. Según tú, ¿qué deberíamos hacer?

—En mi humilde opinión, creo que lo mejor sería esperar. No nos suceda con tu agitación lo mismo que cuando ordenaste marchar hacia el Este.

—Lo siento, pero no comparto tu punto de vista. Esta misma mañana partiremos en busca de Beatriz —manifestó el monarca.

—Eres el rey soberano, tus deseos son órdenes —masculló el duque, bajando los ojos.

A media mañana, un nutrido destacamento se hallaba dispuesto para partir.

Ascendiendo colinas y atravesando bosques y valles, al cabo de varias jornadas alcanzaron los montes de Neilán. Desde las faldas de un cerro, divisaron el perfil de las edificaciones que constituían el pabellón de caza.

Mientras se aproximaban, un mal presentimiento prendió en los corazones de los caballeros. No se oía ruido alguno, salvo el graznar de los cuervos. Ni siquiera un triste penacho de humo elevándose de las cocinas daba testimonio de que el lugar estuviese habitado.

El rey, sin poder contenerse, espoleó su caballo. Cuando se acercó al muro defensivo exterior, pudo apreciar que el portón se hallaba reventado y medio arrancado de sus goznes. El ruido de los cascos bajo la arcada ahuyentó a varios grajos, que aletearon y se elevaron en el aire con rapidez.

Eduardo, sintiendo una angustia creciente en el pecho, entró en el patio seguido de sus hombres... Al extender la mirada, solo pudo contemplar muerte y desolación. Cuerpos masacrados por doquier, medio devorados por los buitres, decoraban las almenas, y lo mismo sucedía en el patio y en el interior de los edificios. Allí no quedaba nadie con vida. El ataque tenía que haber sido llevado a cabo de improviso y ejercido con gran saña y brutalidad.

¿Quién podía haber cometido semejante afrenta? Ni Eduardo, ni su padre antes que él, tenían enemigos declarados. La casa de Onís había gobernado el reino durante un largo periodo de paz. No había explicación posible.

Buscaron a la reina por todas partes. Su carroza no estaba en las caballerizas, pero descubrieron las profundas marcas de unas ruedas que salían de la fortificación y se dirigían hacia el desfiladero de las Nieves, paso obligado para, quizás, intentar escapar. Junto a ellas, entremezcladas, aparecían las huellas de numerosos cascos de caballo marchando en la misma dirección.

El rey, acompañado de Jaime, el barón de Mieres y algunos hombres más, siguió el rastro del carruaje, mientras el resto se afanaba en cavar una fosa para enterrar a los muertos.

Al trote y con indisimulada impaciencia, el monarca recorrió el camino que conducía a la entrada de la profunda garganta, pero se encontró con que el acceso se hallaba completamente cegado por un muro de nieve, rocas y gigantescos bloques de hielo. Rápidamente comprendieron que se había producido una avalancha.

Se miraron unos a otros, sobrecogidos por las dramáticas consecuencias que eso podría suponer. Sobreponiéndose a la situación, el senescal dijo:

—No sabemos si el alud ha afectado a todo el desfiladero o solo a una parte de él.

—En cualquier caso, el paso está cortado, por aquí no podemos continuar —añadió el duque de Cantabria—. Lo mejor será dar la vuelta y rodear estas cumbres, aunque nos lleve más tiempo. Así comprobaremos el verdadero alcance de esta catástrofe.

Eduardo, sin duda, estaba consternado.

—¿Tú qué dices, Cortés?

—Mi señor, creo que lo más sensato es hacer lo que dice vuestro hermano —refrendó el senescal—. Pero antes deberíamos dar sepultura a los muertos.

Una gran fosa común había sido abierta en el centro del patio, en espera de recibir los cuerpos de los valientes defensores. Después de enterrarlos, tuvo lugar una sencilla ceremonia en la que el rey rogó por sus almas y juró venganza.

Jaime se ofreció a quedarse allí con unos cuantos hombres para investigar y buscar pistas sobre lo sucedido. Su hermano estuvo de acuerdo y, junto con el resto de la partida, se encaminó hacia la otra parte del desfiladero.

Casi día y medio se empleó en llegar hasta allí. Espantados, comprobaron que la avalancha no solo había afectado a la garganta, sino también a un buen trecho del camino que de ella emergía. El alud se había precipitado, barriéndolo todo en una gran extensión.

Avanzaron con grandes dificultades, escudriñando el terraplén que se desplomaba hacia el río. Se podían observar perfectamente los efectos de la calamidad. Allí abajo destacaban, en una masa informe, lo que parecían ser los restos de un carruaje, aunque por culpa de la distancia y el resplandor de la nieve no podía asegurarse con certeza. Eduardo sentía el golpeteo de la sangre en las sienes, rápido y fuerte.

Ayudándose de cuerdas y lanzas, el atribulado esposo y su senescal fueron descendiendo con gran esfuerzo y lentitud hacia el lecho del río. Casi una hora después, cuando ya se encontraban muy cerca, confirmaron que se trataba de una carroza. Desde su posición no se divisaban restos animales o humanos, tan solo una puerta desvencijada, parte del tiro y el techo del vehículo hendido al medio.

Rodrigo, anticipándose a su señor, se dejó resbalar peligrosamente por la



pendiente de hielo y, avanzando casi hasta el borde de la corriente, miró en derredor. Allí, a poca distancia, descubrió a la reina sentada sobre la nieve y recostada sobre una de las ruedas. Temblándole el cuerpo, corrió angustiado hacia su señora tan rápido como sus pies se lo permitieron.

Había una capa desplegada sobre el suelo, los brazos cruzados sobre el regazo y, a su lado, una manta de viaje formando un pequeño fardo. La reina tenía la faz lívida y los ojos cerrados pero, a pesar de ello, su semblante desprendía serenidad y dulzura.

Desde más arriba, Eduardo le preguntaba si había visto algo. En lugar de contestar, Cortés recogió la capa y cubrió a su señora con ella.

Temiéndose lo peor por el silencio de su amigo, el rey llegó hasta él y arrancó bruscamente el improvisado sudario. El dolor al ver a su amada fue inmenso; mucho mayor del que jamás habría podido imaginar. Lágrimas de impotencia anegaron su rostro y un fuego incontenible inflamó su espíritu. Acariciando las frías mejillas de Beatriz, Eduardo musitó este triste lamento:

—Aquí yace el lucero que guio mis días y alumbró mis noches.

Estrella fugaz, amiga de la infancia, compañera de la juventud.

Hasta el fin de mi vida te recordaré.

¿Qué he de hacer para soportar tu ausencia?

La vida ya no será vida sin ti.

Me espera un triste vagar.

¡Malditos sean los que me han causado tanta amargura! Porque no solo te han asesinado a ti, sino que también han malogrado la semilla de mi estirpe.

Eduardo, ya algo más sosegado, pidió a sus hombres que rescatasen el cuerpo de la reina mientras que él y Cortés examinaban el lugar.

Aunque la ropa y la nieve se encontraban teñidas de color carmesí, no se observaba en ella ninguna herida especialmente grave. Sí descubrieron, sin embargo, claros indicios de que la reina había dado a luz: Beatriz sin duda se había desangrado después del parto.

—Mi esposa no había llegado aún al término de su embarazo. ¿Cómo es posible entonces que diese a luz tan pronto? —se preguntó el monarca afligido.

—Mi señor, la violencia de los sucesos han debido de precipitar los acontecimientos —le respondió el senescal.

—Pero ¿y la criatura? ¿Dónde está?

—Por la postura de sus miembros y la posición de la manta de viaje, yo diría que la madre la ha tenido entre sus brazos —afirmó nuevamente el senescal—. No estaría de más buscar por los alrededores.

Así lo hicieron durante cerca de tres horas, desde lo alto del terraplén hasta la ribera del río. Desgraciadamente, el angelito no apareció por ninguna parte.

A pesar de que el rey no dejaba de mesarse el cabello y morderse los labios lamentándose de su desgracia, el contemplar aquella expresión de paz en el rostro de Beatriz hizo que una chispa de esperanza prendiera en su ánimo.

—Reunamos a todos los hombres y hagamos una batida río abajo —propuso—. En esa zona hay menos nieve y parece que el terreno se despeja.

Y así lo hicieron.

A unas doscientas varas de distancia, se toparon con una zona boscosa que parecía cerrarles el paso.

—¡Escuchad! ¿Oís eso? ¡Es el llanto de un niño!

Al principio, todos pensaron que su señor se hallaba trastornado por la muerte de su mujer y que lo que creía oír no era sino el producto de su imaginación.

—¡Chisst, silencio! Escuchad —insistió el rey.

Esta vez, el senescal y algunos hombres más creyeron escuchar, destacando sobre los rumores del bosque, un lloro infantil no muy lejos de donde se encontraban.

Eduardo, seguido de los demás, echó a correr hacia el lugar desde el cual parecía provenir el sonido. En seguida alcanzó un claro, en cuyo centro se elevaba majestuoso un roble de no menos de cinco varas de diámetro, dédalo enmarañado de raíces, tronco rugoso e imponente abriéndose paso entre haces de gruesas ramas.

El rey contempló embelesado al soberano de la espesura, cuyos nervudos brazos se mecían al compás de la brisa, acaso acunando a alguna salvaje criatura. Sin poder contener su impaciencia, se encaramó a un nudoso resalte y, ayudándose de pies y manos, trepó por el tronco hasta llegar al punto en el que este se diversificaba hacia las alturas. Justo allí se abría en la corteza una alargada y profunda hendidura; de su interior, más que un llanto, parecía surgir un gorjeo.

Empezaba a estar oscuro y no podía distinguir nada dentro de la grieta. Eduardo pidió un hacha y una celada para protegerse la cara, afianzó los pies como pudo y, con precisos hachazos comenzó a ampliar la abertura. Pronto se le unió el senescal en la tarea, y entre los dos fueron turnando los golpes hasta lograr abrir un hueco suficientemente grande para acceder a su interior.

Al estruendo de los golpes, unas pocas abejas, no demasiadas, empezaron a salir, más que furiosas, asustadas. Para cuando terminaron, la noche se había hecho dueña y señora del bosque y algunas antorchas habían sido encendidas.

El rey, bien prendido de una soga, se introdujo en el interior del roble y pidió una tea para alumbrarse. Con precaución fue descendiendo, despacio. La oscilante llama reverberaba sobre las paredes del vetusto tronco y... ¡oh, maravilla! Ante él apareció un vasto panal compuesto de miríadas de celdas que, cual diminutas y arracimadas estrellas, reflejaban la luz en la oscuridad.

Entrecerrando los ojos, Eduardo miró hacia el punto exacto de donde provenía el gorjeo y allí, un poco más abajo, le pareció divisar un alveolo más grande que destacaba sobre los demás. Descendió un poco más y, ahora ya sí, distinguió el cuerpecito de una criatura rebulléndose en su minúscula cuna. Era muy pequeño, mucho más pequeño que cualquier recién nacido que hubiera visto en otra ocasión, y yacía boca arriba, todo él cubierto de una capa de pringue translúcido, y por lo que se podía apreciar, parecía que se trataba de un niño. Eduardo supo, desde ese mismo

instante, que aquella insignificancia portaba su propia sangre, y lo contempló embelesado.

Aquello no podía ser otra cosa que un milagro porque, ¿cómo, si no, había llegado el niño hasta allí? ¿Y de qué forma habría podido sobrevivir durante tantos días? Ahora sabía, por la expresión de la reina al morir, que ella había abandonado este mundo convencida de que su hijo se salvaría.

Eduardo apagó la tea contra la pared, cogió al niño con cuidado de que no le resbalase entre las manos y lo introdujo dentro de la camisola. Después, levantando la cabeza hacia la abertura pidió a Cortés que le jalsen.

Cuando el monarca asomó por el hueco y mostró a sus hombres aquel preciado tesoro, estos no podían creer lo que veían y, llenos de asombro y alegría, comenzaron a dar vítores.

—¡Viva el rey Eduardo! ¡Viva el príncipe!

A la luz de las antorchas, la batida retrocedió hasta la linde del bosque y desde allí, trepando con dificultad terraplén arriba, llegaron a la zona donde habían dejado las cabalgaduras.

El cuerpo de Beatriz fue envuelto en una manta y colocado sobre parihuelas firmemente sujetas entre dos caballos. A continuación se inició la marcha y, en columna, se encaminaron hacia la ciudadela de San Ambrosio, sin duda el lugar más cercano y apropiado al que se podían dirigir después de tan agotadora jornada.

Lo primero que hizo el rey al llegar allí fue pedir un ama de cría para el infante, pero antes que nada quiso bañarlo y vestirlo. En una habitación bien caldeada, colocaron una tina rebosante de agua caliente, y buscaron a una mujer que aportó para la ocasión ropa que guardaba de sus propios hijos.

El padre, acercándose al niño, acarició su piel con las yemas de los dedos para tentar aquella extraña sustancia que lo envolvía por completo; luego se la llevó a la nariz para olerla y, por último, la cató.

—Sabe a miel y jalea real... también veo trozos de cera. Probablemente se haya estado alimentando con la comida de las abejas. ¡Mirad, parece que se relame con gusto al verme probarla!

Todos los presentes pudieron comprobarlo y se sonrieron entre sí.

Durante el baño, la criatura no protestó en ningún momento. Al contrario, pataleaba feliz y parecía disfrutar con el contacto del líquido elemento. Bañado parecía otro: limpio, reluciente, sonrosado. Al darle la vuelta para secarlo, una de las mujeres que lo atendía percibió en su hombro derecho y resaltando sobre la piel, una especie de quemadura ya cicatrizada: tenía la forma de una abeja con las alas desplegadas.

El soberano, entristecido y lleno de recuerdos, veló a su amada esposa el resto de la noche y, a la mañana siguiente, su cuerpo mortal fue amortajado en blanco sudario. Tras breve responso, la reina fue enterrada en la capilla de la fortaleza; no había tiempo para otra cosa. Más tarde, el féretro sería trasladado a la corte. Allí tendría

lugar la ceremonia que ella se merecía, y a la que sin duda acudirían, en señal de respeto y para darle su último adiós, el pueblo y todos los nobles y caballeros del reino.

### 3

#### EL BAUTIZO DEL PRÍNCIPE

A media mañana, el rey Eduardo, acompañado de su tropa, inició la marcha hacia el castillo de Babia —corte regia situada a varias jornadas de distancia—, no sin antes enviar correo a su hermano para ordenarle reunirse con él. Días más tarde, la comitiva llegó a su destino y pronto las noticias de lo sucedido se propagaron por todo el reino, causando en villas y aldeas gran tristeza y pesar.

Se organizaron patrullas para batir el territorio con la firme intención de descubrir a los responsables de tamaña calamidad, y se hicieron pesquisas sobre el mensajero que había traído el aviso infundado del ataque y que tan funestas consecuencias había acarreado.

El rey descansaba sentado frente al fuego de la chimenea de su gabinete. Un hervidero de preguntas sin respuesta atormentaba su espíritu:

¿Qué mente sibilina les había tendido esa trampa?

¿Por qué se había ejercido tanta crueldad?

En aquellos tiempos, el reino de Iberia limitaba al Oeste con una zona montañosa, salvaje y olvidada; al Este, con el reino del Pirineo; al Mediodía, con una extensa meseta, considerada terreno de nadie, que servía de barrera defensiva frente a los territorios tribales situados más al sur; y al norte, con la mar Cantábrica, una larga línea de costa tachonada de numerosos abrigos y puertos naturales.

Solía decirse del reino de Iberia que estaba tocado por la mano de Dios, en el sentido de que sería difícil encontrar un lugar tan rico y bello a la vez. Ríos en abundancia, verdes praderas en las que se apacentaban los rebaños, fértiles tierras de labranza, bosques, valles, montañas... En fin, todo esto y sus sencillas y laboriosas gentes conformaban la tierra en la que reinaba Eduardo, quien, siguiendo el ejemplo de su padre, había conseguido instaurar un gobierno en el que prevalecían la justicia, la honradez y la lealtad, algo muy significativo en aquella época y que le había hecho ganarse el aprecio de sus súbditos.

Por otra parte, existía una tradición de relaciones pacíficas con los demás pueblos y reinos de la Península, sellada desde hacía mucho tiempo y que se renovaba día a día. A excepción de algunas disputas aisladas que se producían con las tribus del sur, la paz imperaba en el reino.

Estando en estas cavilaciones, la guardia le anunció que el duque de Cantabria deseaba audiencia. El rey dio su venia y, se levantó para recibirlo.

A los pocos instantes, Jaime apareció en el marco de la puerta todo él uniformado de negro. Con cara compungida, se acercó a su hermano y lo abrazó.

—Acabo de llegar. Ya he sido informado de todo, y no tengo palabras para expresar el dolor que invade mi corazón. Beatriz creció junto a nosotros desde su más tierna infancia, y sabes que era para mí como una hermana. Tuviste la inmensa suerte

de que te eligiese a ti por esposo. Los felices años de matrimonio que habéis compartido juntos permanecerán grabados en tu memoria. Recuérdala tal como siempre fue; yo no la podré olvidar mientras viva.

—Gracias, hermano. ¿Te han dicho que mi esposa, antes de morir, dio a luz un hijo y que este le ha sobrevivido?

—Sí, de eso también he sido puesto al corriente. Pero ¿cómo estás tan seguro de que ese niño, hallado en tan asombrosas circunstancias, es tu hijo?

—Lo sé. Estoy persuadido de ello y eso me basta —respondió el rey tajante.

—Deberías esperar a que crezca un poco para comprobar si hay en él algún parecido con Beatriz o contigo. Mientras tanto, yo dejaría esa convicción tuya en suspenso —insistió.

—¿Cómo te atreves a decir eso? No albergo ni el más mínimo recelo de que el niño no sea mío. ¡Él será el príncipe heredero, y como tal educado desde el primer día!

—Está bien, sea como dices —aceptó el duque, y cambiando de conversación, añadió—: Venía a informarte de que no hemos encontrado en el pabellón de caza ni una sola pista sobre quiénes han podido ser los atacantes o por cuenta de quién actuaban.

El rey quedó contrariado ante aquellas palabras.

—¿Qué piensas tú de lo ocurrido? —le interpeló el soberano.

—He estado dándole vueltas y solo veo una posibilidad: que sea nuestro joven vecino del Este quien ande detrás de este desdichado asunto.

—¿En qué te basas para hacer tan grave acusación? —preguntó Eduardo con el ceño fruncido—. Sabes que tanto él como su padre siempre nos han brindado su amistad; dando buena prueba de ello en múltiples ocasiones.

—Fíate de tus amigos; a veces, aquel que consideras más cercano es quien busca tu ruina.

—¿Tienes pruebas, o al menos razones, para creer eso de ese joven monarca? ¿Las tienes?

—No, no las tengo, pero mi intuición así me lo advierte. Es evidente que si consiguiese ocupar estos territorios, se apoderaría de nuestras posesiones y sus arcas se verían acrecentadas considerablemente. Esa es la única explicación que se me ocurre. Deberíamos investigar en esa dirección.

El rey suspiró y fue a sentarse de nuevo en su silla componiendo un gesto, no sabríamos decir, si de cansancio o amargura.

—Hermano, te veo apagado y confuso y, tal como están las cosas, eso puede resultar peligroso. Eres el rey, y precisamente por eso, no debes dejarte embargar por el dolor. Por cierto, ¿cuándo podré ver a ese niño?

—Pronto, no tengas prisa. Ahora, por favor, déjame a solas. Necesito reflexionar.

El duque de Cantabria contempló a su hermano con un brillo especial en su mirada, como queriendo decirle algo más, pero se lo pensó mejor y abandonó la

estancia.

Una vez que se hubo marchado, el senescal salió de su escondite. Oculto tras un grueso tapiz por orden de su señor, había estado escuchando toda la conversación.

—¿Qué te ha parecido? Dímelo con franqueza.

—Majestad, es vuestro hermano. No sé si debo...

—¡Habla! ¡Hazlo sin demora!

—Como deseéis. Creo que se ha esforzado muy poco en buscar las pistas que le encargasteis, y ha intentado sembrar la duda en vuestro corazón respecto a la ascendencia del niño. Después ha lanzado acusaciones sobre personas que siempre os han mostrado respeto y afecto. Por último, la expresión de su semblante no se correspondía con las señales de dolor que os ha manifestado. En vez de tranquilizaros, se dedica a ofenderos con sus palabras. Él cree que se las consentís porque estáis acostumbrado a escucharle cosas parecidas desde hace tiempo, pero merecería que alguna vez le dierais un escarmiento.

—No puedo hacer eso. Lleva mi propia sangre, y tenemos que hacer un esfuerzo por tolerarle.

—Eso es cierto, mi señor, pero, hablando en confianza, voy a contaros algo que seguramente no sabéis. Cuando falleció vuestro padre, vos, como primogénito, fuisteis el elegido para sucederle. Todos nos alegramos por tan acertada decisión. Después disteis muestras de gran generosidad al conceder a vuestro hermano el ducado de Cantabria, sin duda, la joya más preciada de vuestro reino. Pues bien, en vuestro exceso de confianza, le habéis dado una autonomía que él emplea en su propio provecho.

—¿Es eso también una conjetura?

—No respeta fueros ni leyes. La única norma válida es su voluntad. Exprime con mano de hierro a vuestros súbditos y solo enaltece a aquellos que, siendo parecidos a él, le siguen el juego. Ha llegado a mis manos un memorial de agravios en el que se da cuenta de gran número de abusos y desmanes; y no solo eso, también controla e impide el libre tránsito de las personas, y si alguien protesta o le planta cara, desaparece sin dejar rastro. Conocemos de varios casos.

—Lo que me dices es sumamente grave. ¿Cómo te has enterado?

—Hemos notado una bajada sustancial en los tributos que cada año tiene la obligación de entregaros, y no ha sabido o no ha querido dar ninguna explicación. Por eso me he tomado la libertad de enviar a sus dominios a algunos de mis hombres disfrazados de comerciantes. Ellos son los que me han traído el memorial.

—¿Y por qué has esperado tanto para ponerme al corriente?

—No quería agobiaros con más problemas ni causaros dolor. A fin de cuentas es vuestro hermano; pensaba que la situación mejoraría con el tiempo pero, desgraciadamente, no ha sido así. Perdonadme, señor.

—Estás perdonado —dijo malhumorado el rey—. Bien sé que si has callado hasta ahora ha sido por el aprecio que me tienes. Pero la próxima vez no me ocultes cosas

como esta, por muy doloroso que sea. Los problemas hay que atajarlos cuando todavía no han crecido demasiado; ahora no sé hasta dónde tendré que llegar para solucionarlos.

»A partir de ahora, quiero que sometas a estrecha vigilancia al duque sin que él se aperciba, y si se demuestra que es cierto todo lo que me has contado, no tendré reparos en someterle a un consejo de guerra y acusarle de traición.

—Seguiré vuestras instrucciones, mi señor. Creo que obráis acertadamente —dijo el senescal haciendo una reverencia y disponiéndose a salir.

—Aguarda, Cortés, deseo comentarte otra cosa —continuó el rey—. A Beatriz le hubiese gustado festejar el nacimiento de nuestro hijo. Sin duda, la Providencia nos ha bendecido al interceder para que lo encontrásemos con vida. Por ello, quiero bautizarle lo antes posible y celebrar un banquete en su honor. Al día siguiente oficiaremos las exequias de mi esposa y la enterraremos como se merece.

—¿Y cuándo desearíais llevarlo a cabo?

—Había pensado en el primer domingo de primavera, dentro de catorce días.

—En ese caso, habrá que ponerse manos a la obra de inmediato. Si me lo permitís, iré a dar las órdenes oportunas. Dos semanas pasan muy deprisa.

—Ve pues. ¡Ah!, y sé muy discreto en relación a lo que hemos hablado de mi hermano.

Fueron pasando los días. El barón de Mieres, siempre tan activo, parecía estar en todas partes, recabando y analizando la información que le procuraban sus informantes sobre el duque de Cantabria y, al mismo tiempo, organizándolo todo para el bautizo del príncipe y las exequias de la reina. Casi en un suspiro, llegó el día señalado.

La mañana había amanecido fresca y despejada. El sol, en su recorrido ascendente, iba calentando el manto vegetal y haciendo brillar los tejados de las casas que moteaban el territorio cercano al castillo. Los habitantes de las aldeas y poblaciones vecinas, ataviados de sus mejores galas, se aproximaban para presenciar el festejo. Los nobles y caballeros más distinguidos del reino y, por supuesto, los familiares del rey y la reina se hospedaban en palacio desde hacía un par de días. Solo faltaba el hermano del rey, quien, a pesar de ser avisado a tiempo, aún no se había presentado.

Eduardo esperaba impaciente la llegada de Jaime para poder iniciar la ceremonia. Al fin, por el camino principal, apareció el duque, acompañado por sus caballeros de más confianza y una nutrida guardia armada. Detrás de ellos, a cierta distancia, yuntas de bueyes tiraban de varios carros cargados de toneles y otros enseres.

Cuando entraron finalmente en el patio del castillo, Jaime bajó de su corcel y, dirigiéndose con paso firme a donde estaba su hermano, se arrodilló ante él. Eduardo le hizo levantar inmediatamente y Jaime le saludó, depositando sendos besos en sus



mejillas.

—Ya era hora de que aparecieras.

—Discúlpame, pero he pensado que no todo había de ser tristeza y pesadumbre; la ocasión bien merece un poco de entretenimiento. Han venido conmigo un grupo de saltimbanquis que, si no me han informado mal, son los mejores del momento. Te sorprenderás con la actuación que tienen preparada, ya lo verás. Y he traído también un vino de mis bodegas que hará historia. Ahora entenderás el porqué de mi retraso. Además, aún es temprano y un brillante y esplendoroso día nos aguarda.

El senescal, que estaba medio oculto detrás del rey, avanzó unos pasos y se dirigió al hermano de su señor con estas palabras:

—Os saludo, duque; sed bienvenido. Decidme, ¿por qué venís acompañado de tanta gente armada?

—De un tiempo a esta parte, los caminos no son ya tan seguros como acostumbraban y no he querido correr riesgos innecesarios. Siendo quien soy, me ha parecido más prudente ir bien pertrechado. ¿Qué ocurre?, ¿os parece mal que trate de protegerme? ¿Acaso es un delito viajar con escolta?

—Naturalmente que no, excelencia. Pero es preciso que vuestros hombres dejen sus armas en la armería. Aquí el rey tiene su propia guardia y las únicas armas que necesitaréis serán las manos para comer... Y por cierto, no sé si nuestro señor desea que los volatineros que habéis traído nos entretengan en el banquete. Tal vez no tenga el ánimo dispuesto para tales veleidades —añadió Cortés mirando al monarca.

—Senescal, ya que mi querido hermano se ha tomado la molestia de invitar a estos artistas, permitámosles que nos deleiten con su arte. No te preocupes por mí. Hoy celebramos algo que me es muy querido y no voy a poner trabas a la alegría; mañana habrá tiempo para las lágrimas. ¡Que pasen al gran salón con los carros y vayan preparando la representación!

Se hizo lo indicado y los invitados se situaron en los lugares previstos para la ceremonia. Un monje llamado Toribio, abad por más señas de una conocida abadía del reino del Pirineo y amigo del soberano, se había desplazado expresamente hasta allí para officiar el bautizo. Con voz clara y poderosa rememoró el milagroso encuentro de la criatura, y evocó la memoria de la madre, que con su espíritu inmaculado y desde el cielo le protegería hoy y siempre. Después procedió a bautizar al niño. El pequeño, al recibir el agua sobre la cabeza y sentirla fría, gritó con fuerza.

Recibió el príncipe el nombre de Leonardo.

Como nota singular, la criatura tuvo por padrinos a dos hombres —cuando lo normal es que hubieran sido un hombre y una mujer, pero así lo quiso su padre—, y ellos fueron Rodrigo y el propio abad. Ambos aceptaron gustosos la propuesta.

Terminada la ceremonia, todos los presentes lanzaron aclamaciones al rey, a la reina y a su pequeño hijo llenos de júbilo. El acto fue tan emotivo, que pocos fueron los que dejaron de verter sus lágrimas en tan señalado día.

## 4

### EL HALCÓN Y LA PRESA

Tras el bautizo, toda la corte se dirigió al gran salón del trono, lugar elegido para la celebración del banquete. El resto de súbditos se reunieron en la gran explanada del patio de armas, en el que se habían dispuesto infinidad de mesas y bancos para que todos pudiesen participar del alegre festejo.

El salón del trono era un recinto rectangular de grandes dimensiones. Las altas bóvedas se soportaban sobre robustas columnas, y en él podrían caber holgadamente más de seiscientos comensales. Las mesas habían sido colocadas formando una gran U. El puesto de honor se situaba en el centro de la sala; a su derecha se sentaba Jaime y a su izquierda, el senescal. Toribio excusó su presencia en el banquete y emprendió de inmediato el regreso a la abadía, por lo que su asiento quedó vacío.

El convite comenzó. Predominaron en él carnes de todo tipo: corderos, lechones, conejos y liebres, ciervos y jabalíes, patos y ocas silvestres, faisanes y becadas... Todas ellas cocinadas en las más variadas formas y servidas en compañía de apetitosas guarniciones.

Mientras los sirvientes depositaban las bandejas de comida sobre las mesas, los toneles del duque fueron abiertos y su contenido convenientemente trasegado. También los servidores y personal de palacio brindaron y bebieron en tan señalada ocasión.

Se comió y bebió en abundancia y, mientras el banquete transcurría, los titiriteros actuaron para los invitados. Al barón de Mieres su trabajo no le pareció tan vistoso como se esperaba; más bien mostraba una ejecución poco elaborada y un tanto burda.

Normalmente, los convidados solían alcanzar en estas celebraciones un estado de ánimo propicio al bullicio y al desenfado y la comida se aderezaba con bromas y animadas conversaciones. Sin embargo, en esta ocasión todo transcurría en silencio.

Un oficial sin armas entró por una puerta lateral y, recorriendo la larga estancia, se acercó hasta donde el senescal estaba. Algo importante debió susurrarle al oído porque, al punto, este se levantó y le dijo al rey:

—Disculpadme, señor, he de ausentarme un momento.

—¿Tan importante es que no puedes esperar a que terminemos? —le interpelló Eduardo ofendido.

—Sí, mi rey, he de salir. Solo será un instante.

Al cabo de un rato, Rodrigo volvió a entrar en el salón con la cara demudada y le susurró al rey:

—Señor, lamento interrumpiros, pero tengo importantes noticias que comunicaros. Es crucial que os ponga al corriente y en privado de inmediato.

A todo esto, Jaime, sentado del otro lado su hermano, se esforzaba en escuchar la conversación con disimulo. Le sudaban las manos; sus ojos, aunque fijos en los

saltimbanquis, lucían expectantes. Apenas había probado bocado y su copa rebosaba de vino.

Eduardo, por su parte, tenía la vista nublada y la conciencia abotargada; no entendía muy bien lo que su senescal le estaba diciendo. Cuando Cortés insistió en su petición de que salieran, el monarca perdió la paciencia y le contestó:

—¡Déjame terminar! Eres un ave de mal agüero, ahora no voy a escucharte. ¿Acaso no ves que estoy disfrutando de la actuación que nos ha procurado Jaime?

Su respuesta fue oída con claridad. Aquel maldito entrometido estaba tratando de contarle al rey algo muy importante, y él intuía lo que podía ser. Debía actuar, y rápido. Inadvertidamente, hizo una señal al que parecía ser el jefe de los titiriteros, y de inmediato este abandonó la sala.

Cortés no sabía qué hacer. Miró a lo largo de las mesas: había mucha gente dormida o a punto de dormirse, cosa esta muy extraña. Él, en cambio, nunca probaba el alcohol y había comido muy poco; se encontraba perfectamente lúcido y despierto. Si era verdad lo que le habían comunicado, había que tomar cartas en el asunto y con presteza.

El senescal se levantó de improviso, justo en el instante en que se escucharon gritos, lamentos y carreras en el exterior.

Todo sucedió con rigurosa precisión y en un santiamén. Guardias armados y uniformados con la librea oscura del ducado de Cantabria se precipitaron dentro del salón. Los titiriteros se unieron a ellos y, dirigiéndose con rapidez hacia los carros, apartaron las lonas que los cubrían y cogieron a brazadas espadas, puñales y lanzas, que repartieron con rapidez entre los acompañantes del duque, facilitándole a él mismo una espada.

Aquella oscura hueste se arrojó sobre los indefensos comensales. Las puertas fueron atrancadas desde dentro y comenzó la matanza.

Rodrigo gritó a Jaime:

—¡Asesino bastardo! Tú eres el culpable de todo.

Mostrando una aviesa sonrisa y revelada ya su auténtica naturaleza, el duque se fue hacia el rey con intención de atravesarle, pero el senescal interpuso su silla entre ambos. El espadazo que ya había descargado Jaime la hizo añicos, quien en seguida lanzó otro golpe de arriba abajo. Esta vez fue el propio Rodrigo quien se colocó delante del rey y lo recibió en la cabeza con la parte plana de la hoja, derrumbándose como un fardo en el suelo.

Mientras Eduardo lo miraba incrédulo, Jaime le colocó la punta de su espada en el pecho y le dijo:

—Querido hermano, ha llegado tu hora. Tú conseguiste lo que a mí siempre me fue negado. Mío debió haber sido el reino de Iberia, y también Beatriz, a la que prefiero muerta antes que tuya.

»No sé qué vio en ti nuestro padre, pero ahora yo he de ocupar el lugar que me corresponde. Vas a morir, y contigo, todos los que te apoyan. Tu estirpe se

desvanecerá entre sombras y cenizas. ¡Muere, maldito!

Y sin dejar de mirar al rey a los ojos, le hundió el acero y lo atravesó de parte a parte, dejándole tendido junto a barón de Mieres, que seguía inconsciente.

En la orgía de sangre y muerte que siguió a continuación, el duque de Cantabria ayudó a rematar a los heridos.

Poco a poco, Cortés fue recobrando el sentido. Tenía los ojos velados por la sangre. Sentía el frío del pavimento en la mejilla, y el calor de un cuerpo a su lado. Al girar la cabeza vio a su rey agonizante.

Le miró con turbación. Su señor y amigo no se movió; solo volvió los ojos hacia él y, en un jadeo moribundo casi inaudible, le dijo:

—Perdóname. No... no quise oír tus... advertencias... ¡salva a mi hijo!..., sálvale... y protégele de... mi hermano.

Luego, el rostro de Eduardo se relajó y su mirada quedó fija y vidriosa.

Con lágrimas en los ojos y apenas sin levantar la cabeza del suelo, Rodrigo miró hacia la sala para calibrar la situación. Los atacantes la recorrían buscando descubrir cualquier movimiento en los cuerpos para liquidarlos.

Cortés empuñó la espada de su señor y, muy lentamente para que no repararan en su presencia, fue arrastrándose entre las mesas, oculto bajo los manteles. Él conocía la existencia de una portezuela secreta disimulada en una esquina del salón, cerca del trono; un pequeño resorte facilitaba su apertura.

Continuó su avance con gran cautela y el corazón en un puño hasta que, por fin, llegó al sitio indicado y pulsó el resorte. Al instante, tres grandes bloques de piedra giraron silenciosamente sobre sí mismos, dejando a la vista una pequeña abertura, apenas suficiente para que un hombre se deslizara a través de ella. El senescal se apresuró a cruzarla, y las piedras recobraron su posición inicial.

Entre tanto, Jaime seguía recorriendo el salón de arriba abajo, dando órdenes a sus hombres y asegurándose de que ninguno de los que él consideraba enemigos quedara con vida.

El vino del duque —o más bien el brebaje con que había drogado a los invitados—, también había hecho efecto entre la guardia del rey y el personal de servicio, por lo que la mayoría de ellos fueron muertos o hechos prisioneros, prácticamente sin presentar batalla. Ahora solo le restaban dos cosas por hacer: garantizar el completo control del castillo y encontrar al supuesto príncipe. Su hermano había estado postergando la ocasión de que él lo conociese, y durante el bautizo apenas había podido aproximarse al mocoso.

Con esos pensamientos en la cabeza, el duque de Cantabria se acercó a donde había quedado tendido el rey para apropiarse de su gloriosa espada, la que antes había

sido de su padre... pero comprobó que no se hallaba junto a él. ¡Qué extraño! Estaba seguro de haberla visto. De pronto, cayó en la cuenta de que el senescal había desaparecido. Un pequeño charco de sangre ocupaba su lugar.

Dando un aullido de rabia, el duque arremetió contra todo cuanto le rodeaba, estrellando los platos de comida contra el suelo, arrojando las jarras contra las paredes y despedazando los asientos. Sus propios hombres quedaron paralizados al verle actuar de tal modo.

Cuando logró calmarse un poco, les urgió a que buscasen el cuerpo de su enemigo por todo el recinto. Dieron la vuelta a las mesas y escudriñaron cada rincón... pero el senescal no apareció, ni tampoco la codiciada espada.

Jaime, dejando a un lado la búsqueda por el momento y seguido de dos de sus hombres, se encaminó hacia la zona del castillo donde esperaba encontrar al niño.

Rodrigo, corriendo agitado, desembocó en una galería que conducía a las inmediaciones de la torre de Poniente. En lo alto de aquella atalaya existía una amplia estancia.

El senescal subió los escalones de dos en dos. Ya arriba, el joven soldado que hacía guardia en la antesala le cerró el paso, pero al reconocerle le saludó marcialmente y se apartó a un lado. El barón de Mieres llamó a la puerta. Enseguida se escuchó el girar de la llave en la cerradura, y una mujer apareció en el umbral.

—¡Señor, tenéis sangre en la cara! ¿Qué os ha sucedido? —se alarmó al verle, pero Rodrigo entró como una exhalación y se apresuró a cerrar tras él.

Sin duda, aquella era la habitación de un príncipe. Ricos y coloridos tapices cubrían los muros y una mullida alfombra proporcionaba calidez al pavimento. Al fondo, en una cuna más bien grande, dos niños menudos dormían plácidamente, ajenos a peligros y desventuras.

La buena mujer, de nombre Olegaria y que se había brindado a compartir la leche de su seno materno con el hijo de su querida señora, miraba horrorizada al senescal. El senescal, estrechando las manos de ella entre las suyas, le contó en pocas palabras lo que estaba ocurriendo y le dijo:

—He de poner a salvo al príncipe, no hay tiempo que perder. El enemigo puede presentarse en cualquier momento. Vístele con ropa de viaje y dame alguna prenda con que abrigarlo.

Olegaria así lo hizo. Después de vestir al pequeño, lo embutió en una especie de saco de piel de zorro y forrado de lana; tenía, además, unas tiras de cuero que servirían para llevarlo en bandolera.

—Que Dios os ampare —le deseó el barón de todo corazón.

—También a vos, señor —contestó ella.

Y sin más tardanza, Cortés cogió en brazos al infante y se marchó.

El joven guardián, que había escuchado la dramática conversación a través de la puerta entreabierta, al ver salir corriendo al senescal con el niño en brazos, sintió el miedo en sus entrañas. Llevaba poco tiempo en la guardia de palacio y no tenía experiencia de combate. Si se quedaba allí, le matarían como a un perro. Por eso, olvidando el sagrado juramento que no ha mucho había pronunciado, hizo lo que consideraba mejor para él: huir y salvar la vida.

Le pidió al ama de cría que se cerrase por dentro y se lanzó escaleras abajo como alma que lleva el diablo. Pero, al llegar al rellano, oyó pasos que se aproximaban; estaban muy cerca. Justo cuando se escondía detrás de una columna, Jaime apareció espada en mano seguido de dos fornidos soldados y comenzó a subir la escalera a grandes zancadas.

La puerta estaba cerrada por dentro, como se temía.

—¡Abrid! ¡Abrid al duque de Cantabria! —gritó, aporreando la puerta con el pomo de la espada.

El ruido de los golpes despertó al niño, quien comenzó a llorar. Olegaria, temblorosa, se apresuró a levantarlo de la cuna y arrullarlo entre sus brazos para hacerlo callar, pero ya era demasiado tarde: los tres hombres habían escuchado el llanto y el duque arreció en su demanda.

—¡Abrid la puerta ahora mismo, o la echaré abajo y prenderé fuego a todo con vos y el niño dentro!

Ni siquiera ante aquella amenaza la mujer abrió la puerta; tampoco contestó. Su silencio enfureció aún más a Jaime, quien, viendo que así no conseguiría nada, mandó a sus hombres en busca de un ariete.

Entretanto, Rodrigo había alcanzado el paso oculto que conducía a una angosta poterna, situada en la base de las murallas. Asiendo con fuerza al niño, se asomó al exterior del castillo.

El terreno presentaba allí un acusado declive. Grandes piedras calizas, entre las que crecían brezos y retamas, se desplomaban hacia un camino carretero. Por debajo de él se podía escuchar con claridad el rumor de un río y del otro lado, el murmullo del viento entre las altas copas de los árboles que poblaban el bosque de Muniellos. Alrededor de la muralla, el senescal vio a los hombres del duque desplegándose, seguramente con órdenes de interceptar su huida. La tarde había avanzado ajena a los acontecimientos y el sol acababa de ponerse. Pronto las sombras se adueñarían de aquellos lugares.

El senescal conocía bien ese bosque y a personas que le podrían ayudar en su huida. Si lograba llegar hasta él, pensó, estarían a salvo... pero para eso tenía que descender primero hasta el camino y luego cruzar el río.

Hallándose en estos pensamientos, desde lo alto del torreón, le llegó el eco de fuertes golpes. Al instante supo que estaban tratando de forzar la puerta del dormitorio del príncipe.

Cuarenta varas más arriba, las constantes embestidas con el madero empezaban a agrietar la hoja y debilitar los anclajes del acceso. Espoleados por los insultos de su señor, los soldados redoblaron esfuerzos y consiguieron al fin abrir una brecha por la que se precipitó el homicida con los ojos inyectados en sangre.

Lo primero que distinguió fue la cuna al fondo; estaba vacía. Luego se giró a la derecha y allí, fuera de la estancia y en una balconada de piedra, vio a Olegaria abrazando a una criatura contra su pecho. La mujer le miraba con los ojos muy abiertos.

—¡Maldita furcia, me has hecho perder un tiempo precioso! —bramó Jaime señalándola con la espada y avanzando amenazadoramente hacia ella—. A fe mía que voy a cumplir mi palabra, pero antes entrégame a ese bastardo. Lo descuartizaré ante tus propios ojos y así te podrás llevar una bella imagen a la tumba.

El ama de cría permaneció impasible; solo reculó un paso, hasta quedar pegada a la balaustrada.

Cuando estaba a punto de caer sobre ellos, la mirada de decisión y heroísmo que Jaime percibió en la mujer le turbó tanto, que le hizo pararse en seco. Entonces ella, sin dejar de mirarlo y sin soltar a su hijo, se inclinó hacia atrás y se precipitó en el vacío.

El duque se asomó al barandal: allá abajo, a los pies del torreón, se distinguía la figura de la mujer estrellada contra las rocas. No había podido hacer nada por impedirlo. «En fin, ella misma ha completado lo que yo hubiera hecho con mis propias manos», se dijo el duque de Cantabria. Luego, volviéndose hacia sus hombres, que contemplaban horrorizados la escena, les gritó:

—¡Vamos! No os quedéis ahí parados. Id a comprobar que el niño ha muerto y traédmelo.

Con el niño en bandolera y escondiéndose entre el brezo, Rodrigo había ido descolgándose con mucho cuidado entre las rocas, logrando llegar al borde del camino. Amparado en la penumbra creciente, aprovechó un descuido de los vigilantes para cruzarlo, y después se arrastró hasta la orilla del río. Desde allí, pudo oír en la distancia los gritos de su enemigo, y vislumbró una figura arrojándose desde lo alto.

De pronto, sintió voces de soldados y el ruido de cabalgaduras.

—¡Pobre chiquillo! Creo que no se ha dado cuenta de nada —habló una voz.

—Mejor que haya muerto así y no de una forma más dolorosa y cruel —contestó otra.

—¡Chitón! Se acerca nuestro jefe.

Luego, las voces se alejaron.

Aquellas palabras confirmaron sus peores sospechas al senescal, que lloró ahogadamente de rabia e impotencia.

El tiempo transcurrió con lentitud, pero Rodrigo no se atrevía aún a moverse de donde estaba. Sentía acorchadas las piernas y el hombro en el que se apoyaba. Echó una mirada dentro del saquito de viaje: el niño estaba despierto, y le miraba con ojillos brillantes. Acaso presintiendo el peligro, tan solo un ligerísimo balbuceo salía de sus labios.

Las tinieblas se habían hecho más densas y los guardias, a los que oía merodear por los alrededores, encendieron antorchas. El barón decidió llegado el momento.

Sigilosamente, se deslizó un corto trecho hasta una zona de la ribera en la que las raíces de los sauces penetraban en el agua; allí, la profundidad era pequeña y la



corriente suave. Era el lugar idóneo para cruzarla.

El caballero dejó resbalar el cuerpo por la orilla y se introdujo en las gélidas aguas. Luego, manteniendo siempre al niño por encima de la cabeza, fue avanzando paso a paso por el lecho del río sin perder el equilibrio, hasta que consiguió alcanzar la otra orilla. Empapado y tiritando de frío, se abrió camino entre la vegetación; tras localizar la senda que buscaba, apenas visible bajo el lecho de hojas, se internó en el bosque.

Después de algo más de una hora de marcha, llegó a una pequeña cabaña. La construcción, mimetizada con el terreno y cubierta de hiedra, era un refugio de cazadores que conocía de sus cacerías con el rey. En él podría encontrar ropa seca.

El senescal entró en la cabaña, dejó al niño sobre una mesa y encendió un viejo candil. Cambió sus ropas húmedas por otras que le cuadraban bastante bien. Después cogió una gruesa capa de abrigo, y también un cuchillo largo y afilado.

Su objetivo era ponerse a salvo en el reino vecino del Pirineo. Llegar hasta allí podría llevarle bastante tiempo, sobre todo porque tendría que viajar con el pequeño a cuestas y él nunca se había ocupado de niños de tan corta edad.

Con esa determinación en su mente, cogió a la criatura de nuevo, apagó la candileja y se perdió entre los árboles.

En el castillo de Babia, los soldados habían llevado al chiquillo ante su señor. Jaime pudo comprobar que el pequeño jubón con que le habían vestido llevaba el blasón de la casa de Onís bordado en el pecho. Su rostro había quedado desfigurado y no se podía comprobar si en sus rasgos había algún parecido o no con los de sus padres.

Estaba convencido de que se trataba de su sobrino. ¿Quién si no podría ser aquella criatura? En la decoración de la estancia destacaban los símbolos reales por todas partes: sobre la alfombra, en los tapices, en la cuna; incluso en el artesonado del techo.

El duque respiró tranquilo. Su plan, en conjunto, había resultado todo un éxito. Ciertamente que, ocupado en acabar con el príncipe, había dejado escapar al senescal, pero este se encontraba herido y no podría llegar muy lejos. Lo de Beatriz... en fin, eso había sido cosa de mala suerte, no tenía que darle más vueltas.

Ahora debía de centrarse en el futuro, un futuro que se presentaba ante él deslumbrante y henchido de gloria. ¡Al fin gobernaría el reino de sus padres! Y no solo eso. Cuando consolidase su poder y formase el gran ejército con el que siempre había soñado, extendería su dominio al reino vecino, y de ahí al resto del territorio peninsular.

Sus hazañas serían cantadas por los bardos y se convertiría en leyenda.

El senescal siguió caminando hasta que, llegando al límite de su resistencia, no tuvo más remedio que tomarse un descanso y acurrucado entre unas peñas, pronto alcanzó un estado poco propicio a la guarda y la vigilia.

Ya empezaba a clarear el día cuando reemprendió la marcha. Tras sobrepasar un collado, más allá de una ladera sembrada de añosos árboles, divisó una delgada columna de humo elevándose en el cielo. El terreno descendía y pronto tuvo a la vista el lugar que buscaba. La casa de un leñador amigo de toda confianza.

A esa hora temprana, todo parecía en calma; tan solo se escuchaba el rebullir de los animales en el establo. Rodrigo se aproximó con cautela y llamó a la puerta.

Un hombre de constitución fornida la entreabrió y se lo quedó mirando con cara de pocos amigos.

—¿Qué se os ofrece?

—Buenos días, Bertrán Sánchez de Laciana.

Tras el primer instante de desconcierto, una franca sonrisa se dibujó en su rostro.

—Pero... señor Cortés, ¿de veras sois vos? No os había reconocido. ¡Con esas ropas parecéis un auténtico buhonero! ¿Qué buscáis por aquí, tan alejado de la corte y a estas horas? Pero pasad, por favor, pasad...

El senescal entró en la casa y apareció ante sus ojos una amplia estancia que hacía las veces de cocina, comedor y dormitorio. Un alegre fuego chisporroteaba y danzaba en la chimenea, donde un caldero bullía sobre una trébede de hierro. Del fondo de la estancia salió una mujer.

—María, es Rodrigo Cortés, el senescal del rey. Dale algo de comer; por su aspecto, parece venir muerto de hambre.

—No te equivocas, pero primero hay que atender al muchacho...

Los anfitriones se miraron confundidos. Avanzando hasta la chimenea, Rodrigo dejó la espada sobre un banco y, con delicadeza, sacó al niño de su cálido nido, mostrándoselo a la pareja. María la Brava —que así solían llamar a la esposa de Bertrán—, sonrió embelesada y se hizo cargo del niño.

Lo bañó y aseó con esmero. Luego calentó un cuenco de leche y, con algo de maña y mucha paciencia, consiguió que tomara una buena porción.

—Vaya, parece que come con gusto —comentó el barón de Mieres, que no quitaba ojo al pequeño—. Me tenía preocupado. Hasta ahora nunca se había alimentado de otra leche que no fuese la de una mujer.

Rodrigo, más tranquilo al ver que el infante empezaba a adormilarse, se desnudó de cintura para arriba y se aseó. El chichón de su cabeza había disminuido bastante, pero presentaba en el centro un corte alargado.

Después, ambos hombres se sentaron a la mesa. María le sirvió al barón un plato

rebosante de estofado y depositó sobre ella una jarra de vino y dos vasos de madera. Rodrigo devoró el guiso con apetito y, haciendo una excepción, mezcló un poco de vino con agua para calmar la sed. Bertrán le acompañó bebiendo él también un vaso de vino. Mientras, la pareja le contemplaba en silencio, esperando que les aclarara por qué había llamado a su puerta y quién era ese chiquillo con el que viajaba.

Solo cuando el cuenco estuvo completamente vacío, Rodrigo posó en él la cuchara, alabó el guiso y les contó de principio a fin lo ocurrido en el castillo de Babia el día anterior. El matrimonio no podía dar crédito a lo que escuchaban.

Cuando terminó, los tres quedaron pensativos. Una sorda cólera embargó sus corazones. Fue Bertrán quien rompió el silencio.

—Yo llegué ayer por la noche. He estado fuera varios días, acarreando una partida de troncos desde la Villa del Quemado, y no pudimos asistir al bautizo del hijo del rey.

—Pues habéis tenido suerte. De haberlo hecho, seguramente hoy estaríais muertos.

—¿Qué pensáis hacer? ¿Cómo os podremos ayudar?

—Primero, intentaré dormir un par de horas; me encuentro agotado. Después cogeré mis cosas y al niño y huiré lejos de aquí. No os preocupéis, ya me habéis ayudado bastante, y os lo agradezco, pero cuanto antes desaparezca será mejor para todos. El habernos dado hoy cobijo basta para que os estéis jugando la vida.

Le prepararon una cama y el senescal se recostó sobre ella sin desnudarse siquiera, quedando dormido al instante. Cuando despertó habían transcurrido casi cinco horas; mucho más de lo que pensaba descansar.

María le preparó un hatillo con lo más necesario y a continuación volvieron a comer, esta vez todos juntos. Luego, Rodrigo recogió su equipaje sin olvidar nada y les abrazó a ambos, emocionado. Los tres tenían el alma turbada por el incierto futuro que les aguardaba.

—Adiós, mi buen señor —se despidió Bertrán—. ¡Que Dios guíe vuestros pasos! Mucho me temo que nos esperan días tristes y oscuros. Aquí quedaremos, de momento, nosotros. Ojalá podáis regresar algún día.

—Gracias por todo. Cuidaos el uno al otro y si el peligro os acecha de cerca, huid. Solo os pido una última cosa: que mantengáis en secreto nuestro encuentro.

—Tenéis nuestra palabra —contestaron ambos.

—Hasta siempre, amigos.

—Adiós.

Durante muchos días, el senescal caminó sin descanso por senderos poco conocidos y transitados, cruzando valles y montañas, tratando siempre de ocultarse en la umbría de los bosques y siguiendo el cauce de los arroyos. La primavera había terminado de desplegar sus coloridos ropajes. Los árboles reverdecieron, vistiendo sus ramas con

un manto de hojas, y los prados se cubrieron de un verde brillante. La naturaleza despertaba del rigor del invierno al son del trinar de los pájaros y el zumbido de los insectos, y la temperatura, más agradable ahora, facilitaba la vida al aire libre.

Rodrigo se las ingenió para tener al chiquillo bien atendido. Nunca faltaron cabaña o cobertizo donde pasar la noche, y solo cuando se hizo imprescindible buscó el contacto con la gente. Los campesinos le aprovisionaban de leche y alimentos, y le ofrecían alguna que otra comida caliente que él agradecía —por prudencia, nunca encendía fuego para calentarse, y menos aún para cocinar—. Descartó la idea de viajar a caballo. Aunque resultaría más cómodo y rápido, también era mucho más peligroso, pues en varias ocasiones vio a grupos de jinetes armados que recorrían los caminos principales en uno y otro sentido. Definitivamente, era más seguro ir a pie y a campo traviesa.

El caminar constante durante esas semanas le había fortalecido. La barba y el cabello le crecieron considerablemente y su piel nunca estuvo tan curtida como entonces. El niño también había ganado peso y se le notaba más robusto; empezaba a sentir por él un profundo cariño.

Y así, una mañana, sin sufrir ningún contratiempo digno de mención, el barón de Mieres logró cruzar la franja fronteriza.

Ya del otro lado de las montañas, se dirigió hacia el valle de Salazar, enclavado en una rica comarca próxima a la corte de los reyes vecinos. En un extremo del mismo y sobre las faldas de una colina se asentaba la abadía de Ochagavía, desde cuyo campanario se podía contemplar un bello panorama de tierras roturadas, prados, casas de labranza y aldeas con sus tejados de pizarra y paredes de piedra. No muy lejos de la abadía se hallaba el bosque de Irati, territorio de caza exclusivo del rey.

Fue en este bosque donde Cortés buscó refugio. Tras internarse entre los árboles, encontró una pequeña cueva a la que se accedía por una estrecha abertura.

En aquel cobijo improvisado, protector y protegido pasaron varios días, que Rodrigo aprovechó para descansar y reflexionar sobre cuáles habrían de ser sus próximos pasos. Una posibilidad era dejar el niño en la abadía. Por desgracia, todos los días entraban y salían muchas personas de allí, y no sería nada fácil explicar la presencia en ella de una criatura. Tendría que encontrar otra solución y mientras tanto, recorrería los alrededores.

Fue en uno de esos paseos cuando descubrió una casa de labranza cercana a un río. Apostado en un otero, vio cómo salía gente del edificio principal, para trabajar los campos cercanos y llevar los rebaños a pastar. Vio también a algunos niños jugando despreocupadamente en la era, mientras que las mujeres bajaban al lavadero a hacer la colada.

Durante los días siguientes, Rodrigo sometió a una estrecha vigilancia todo lo relativo a aquella hacienda. Cada mañana, después de alimentar al niño, lo dejaba durmiendo para acudir allí. Observando sin ser visto, dedujo que la propiedad pertenecía a una familia de campesinos que, sin ser nobles, poseían una rica y extensa

heredad, en la que trabajaban varias familias. Se respiraba un ambiente de paz. Los niños correteaban alegres, y los adultos parecían convivir en excelente armonía.

Aquel bien podría ser el hogar que estaba buscando para su ahijado. Y es que el ama de la hacienda tenía un varón de más o menos la misma edad que el príncipe. Todas las tardes, se sentaba delante de la casa y le daba de mamar. Le pareció que aquella mujer gozaba de buena salud y que rebosaba de cualidades maternas.

Sin querer hacer más averiguaciones, Rodrigo trazó su plan. Cerca de la casa había un campo de mimbreras donde destacaban, dispersos, algunos haces de mimbres secos. Siempre con cuidado de no ser visto, el senescal se acercó a coger uno de aquellos haces y lo arrastró hacia el interior del bosque. Ya en su refugio confeccionó algo parecido a una cesta, compuesta de una sólida base de cañas y ramas recrecida en su contorno con un toscos, pero efectivo, trenzado de mimbre. Cuando la dio por terminada, la llevó hasta el río, metió en ella una piedra de tamaño regular y la depositó sobre la corriente, comprobando de ese modo que flotaba y mantenía el equilibrio.

Desde aquel momento, cada mañana se situaba con cesta y niño en un tramo de la ribera. El agua describía en aquel lugar una pequeña revuelta y se deslizaba mansamente entre juncos y plantas acuáticas. Desde allí podía divisar a las señoras lavando la ropa y descansar en espera de ver aparecer al ama de la hacienda.

Los dos primeros días no tuvo suerte, y el tercero se presentó aún peor. La mañana había amanecido con un velo de niebla cubriendo las márgenes, por lo que desde su escondite, Rodrigo apenas podía distinguir a las mujeres, aunque sí oía sus risas y el golpear de la ropa contra la piedra.

Pasó un largo rato agachado entre los helechos sin decidirse a actuar, pero cuando ya estaba resuelto a irse, escuchó en la otra orilla, a cierta distancia, una melodiosa voz femenina entonando una canción. Fue entonces cuando vio al ama de la heredad, quien se acercaba caminado despacio por la ribera.

¡Aquella era la ocasión propicia! Se arrastró sin hacer ruido hasta el borde, apartó los juncos y depositó la cesta en el agua. Después recogió al niño embutido en su saquito de piel y, mirándole a los ojos, le susurró:

—Perdóname, Leonardo, tengo que dejarte. No podríamos seguir así durante mucho más tiempo. Tú necesitas crecer como cualquier otro niño, y creo que en esta familia serás feliz. Yo velaré por ti.

Estrechó al infante una última vez entre sus brazos, depositó un beso en su frente y, con sumo cuidado, lo colocó en la base de la cesta. El niño parpadeó, mirando a su compañero de fatigas y ajeno a la separación que estaba a punto de producirse. La cesta fue impulsada hacia el centro de la corriente y, girando ligeramente sobre sí misma, se deslizó aguas abajo.

Rodrigo la vio alejarse con el alma en vilo. Temía que las mujeres, concentradas en su tarea y con esa niebla, no se percatasen de aquel objeto flotante y lo dejaran pasar... o peor aún, que el crío cayese al agua, en cuyo caso no tendría más remedio

que descubrirse para salvarle.

Sin embargo, como para dar cumplimiento a sus más íntimos deseos, los rayos del sol hicieron batirse en retirada los últimos retazos de niebla, y el ama, que seguía despreocupadamente con su paseo, dirigió la mirada hacia el espejo de las aguas: medio oculta entre los destellos, pudo apreciar una forma que se deslizaba mansamente hacia donde ella se encontraba.

Extrañada, el ama bajó por el talud y, cuál no sería su sorpresa al descubrir que se trataba de una cesta flotando, con una especie de saco de piel en su interior.

Remangándose la falda, la mujer metió los pies en el agua y logró interceptarla justo antes de que pasara de largo, depositándola en la orilla. El ama acarició el saquito de piel: su tacto era mullido y caliente. De repente, algo se agitó en su interior, haciéndole retirar la mano rápidamente. Con precaución, abrió un poco la embocadura... y vislumbró una pelusa rojiza. El corazón le dio un vuelco. Rápidamente frunció la piel hacia abajo y allí, ante sus ojos, apareció un pequeño ser, que pataleaba y extendía sus bracitos hacia ella.

Era un niño guapísimo, con la tez bronceada, los carrillos sonrosados y una mirada pura y clara capaz de conquistar el corazón de cualquier madre. Sin dejar de mirarle, lo sacó del capazo y lo envolvió entre sus brazos; la oleada de amor que la inundó en ese momento le recordó a la que sentía por su propio hijo.

Miró hacia el otro ribazo, buscando entre la maleza a la persona que había depositado el artefacto en el agua, pero ni vio ni escuchó nada. Se dio la vuelta y, apretando al niño contra su seno, caminó rauda hacia el lavadero.

Rodrigo, escondido entre los helechos, no había perdido detalle de la reacción de la mujer, y le gustó lo que vio. Le gustó mucho. Creía firmemente que la relación entre Leonardo y su nueva madre había comenzado con buen pie.

—¡Mirad lo que acabo de encontrar en el río! —anunció a sus compañeras, que estaban terminando de aclarar la ropa.

—Elvira, ¿qué llevas ahí? —le preguntó una de ellas.

—No os lo vais a creer. ¡Traigo un ángel caído del cielo!

Las mujeres rápidamente dejaron su tarea y se acercaron a ella, rodeándola.

—¡Es verdad! ¡Qué niño más precioso! ¿De dónde ha salido? —preguntó otra de las mujeres.

Elvira, emocionada, les contó en breves palabras lo sucedido.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó una tercera.

—Por de pronto lo llevaremos a casa, y cuando venga mi marido, ya veremos lo que se ha de hacer. ¿Habéis acabado de lavar? Regresemos, pues. Supongo que el niño necesitará un buen baño y, por la forma en que intenta chuparme el dedo, debe de tener bastante hambre —añadió su nueva madre.

Alegres y revoloteando como golondrinas alrededor de su ama, las mujeres se

encaminaron hacia la casona.

Después de que las mujeres se hubieran ido, el senescal se retiró con precaución y, cuando llegó a los primeros árboles, se volvió para lanzar un último saludo al aire y se internó en el bosque. Ya en su escondrijo, envolvió en su capa la espada del rey y el jubón del niño, cavó un hoyo no muy profundo dentro de la cueva y allí lo enterró todo.

Ver mamar al pequeño fue todo un espectáculo. Todos reían al verle tragar con tantas ganas y cuando terminó, un buen rato después, soltó un sonoro eructo y sonrió satisfecho.

A continuación le desnudaron, y pudieron cerciorarse de que se trataba de un varón. Por el tamaño y su peso, al ama le pareció que el chiquillo debía tener alrededor de un mes de edad. Comprobaron también que estaba sano y que no tenía ninguna herida o rasguño; solo parecía estar un poco escocido.

Lo bañaron y secaron con esmero. Revisaron con detenimiento sus ropitas, mas no encontraron nada que diera alguna pista sobre su procedencia.

Rozando el mediodía llegaron los rebaños guiados por los pastores, quienes, tras abrevarlos en el río, los guardaron en las cuadras. También regresaron los demás hombres que habían estado en los campos, todos con intención de almorzar y descansar un rato antes de proseguir con las faenas por la tarde.

Tras asearse un poco, los hombres se sentaron a la mesa en las largas bancadas, dispuestos a dar buena cuenta de la comida que sus esposas les habían preparado. En el hogar, dos humeantes ollas burbujeaban al calor del fuego; sin embargo, no había nadie en la cocina, cuando lo normal a esa hora es que las mujeres estuvieran trajinando y apresurándose a poner la mesa. Los niños tampoco rondaban por allí, ocasionando su habitual bulla. Se miraron unos a otros sorprendidos, pero entonces, desde la planta de arriba, les llegó el sonido apagado de risas y cuchicheos.

Allí pasaba algo raro. Un hombre, de unos treinta años de edad, alto y fornido, subió las escaleras. Cuando llegó arriba, se encontró a las mujeres acodadas unas con otras, tratando de ocultar a Elvira, y a los niños agarrados a sus faldas, sonriéndose entre sí con miradas de picardía.

—¿Qué significa esta asamblea de mujeres y gorriones? —preguntó el hombre intrigado, que no era otro que el amo de la hacienda.

—Diego, esposo mío —le contestó su mujer—, tengo que mostrarte algo, que he encontrado esta mañana en el río.

Las mujeres se hicieron entonces a un lado, y Elvira caminó hacia su marido, acunando en sus brazos a una criatura. En un primer instante Diego pensó que se trataba de su hijo, pero enseguida cayó en la cuenta del error. Apartó a un lado la toquilla que le envolvía y se quedó con los ojos abiertos de par en par.

—Pero... ¿qué significa esto? ¿De dónde lo has sacado? ¡Cuéntamelo todo! No,

espera. Baja a la cocina para que los demás también te puedan escuchar.

Y las mujeres, seguidas de los niños y del turbado Diego, se precipitaron escaleras abajo. Allí, reunidos alrededor de la mesa, Elvira mostró el niño a los recién llegados, que la miraban de hito en hito sin comprender nada.

Después de escuchar lo sucedido, su marido se rascó la cabeza en un gesto de desconcierto y le preguntó:

—¿Y qué piensas hacer con él?

—Quedárnoslo y criarlo como si fuese hijo nuestro. Es un ser indefenso, necesita de cuidado y protección, y creo que Dios lo ha puesto en nuestro camino.

—Pero, mujer, ¿tú sabes lo que estás diciendo? —exclamó él—. Mira, alguien ha abandonado a ese niño, alguien de carne y hueso. No es Dios quien lo ha traído hasta ti. Además, estoy seguro de que esa persona estaba cerca de vosotras cuando lo hizo, y que lo que pretendía era que lo vieseis y lo recogierais.

—Está bien, pero si esa era su intención, ¿cómo no cumplir sus deseos? Por alguna razón que se nos escapa, quería que yo lo encontrase y que me hiciese cargo de él.

—De acuerdo, tal vez fuese así, pero también pudiera ser que quisiese deshacerse de la criatura sin más.

—No, no lo creo. Si hubiera sido como dices, no se habría tomado la molestia de construir la cesta, ni de vestirlo y abrigarlo con tanto esmero.

Diego admitió que su mujer tenía razón.

—Aun así, creo que lo mejor sería llevar al niño a la abadía. Los monjes sabrán qué hacer con él.

—¿Cómo puedes decir eso? Tú sabes que la abadía no es un sitio apropiado para un niño tan pequeño. Necesita alimento, y cariño; nosotros se lo podemos dar —y con gran determinación, añadió—: Solamente tenemos un hijo, y bien sabe Dios que no me importaría tener otro más. Soy yo la que lo ha encontrado, y te vuelvo a repetir que el destino lo ha puesto en nuestro camino. Tengo la ilusión y el firme deseo de criarlo junto a nuestro otro hijo.

Ante tales razones, Diego no tuvo más remedio que ceder. Además, ¡qué diantres!, a él también le gustaban mucho los niños y, bien mirado, en el futuro, un par de brazos más no vendrían nada mal.

—De acuerdo, mujer, si ese es tu deseo, nos quedaremos con el niño y lo criaremos. Hoy, un ángel ha llamado a nuestra puerta. ¡Démosle la bienvenida como se merece! —exclamó el dueño del predio, ya más relajado y mostrando una amplia sonrisa.

Diego cogió al niño entre sus fuertes manos y lo elevó hacia lo alto. Los habitantes de la heredad dieron vivas al niño y se comprometieron a mantener en secreto las singulares circunstancias en las que había sido encontrado.

Finalizado el almuerzo, Diego, que era un hombre prudente y caviloso, se puso a pensar en cómo justificar la repentina aparición de otro niño en la casa, pero no se le



ocurría nada que le convenciera lo suficiente. Al comentarle a su esposa su preocupación, esta encontró una ingeniosa solución.

Hacía poco más de un mes que Elvira había dado a luz, pero como ese año el invierno se había alargado bastante, habían tenido que retrasar la fiesta con la que, por aquellas tierras, solía celebrarse la venida de un hijo al mundo. En realidad, la noticia de su alumbramiento apenas había trascendido entre sus vecinos, pues habían sido las propias mujeres de la hacienda las que la asistieron en el parto. En consecuencia, y viendo que ambos niños eran de un tiempo parecido, cuando tuviese lugar la celebración, dirían que había alumbrado mellizos. Si alguien ajeno a la casa había creído escuchar que Elvira había tenido un hijo, todos sostendrían que era un malentendido y que en realidad había dado a luz a dos varones. ¿Quién podría llevarles la contraria a todos a la vez? ¿Qué razones habría para imaginar que no fuera cierto? El ama había mostrado en los últimos meses un vientre tan abultado, que incluso algunas vecinas del valle le habían pronosticado que tendría gemelos, y ella nunca las contradijo. ¿Por qué iba a hacerlo? Si venían dos criaturas en lugar de una, ¡bienvenidas fueran!

Puesto de acuerdo el matrimonio sobre tan delicada cuestión, les comunicaron a los demás lo que habían pensado y les hicieron jurar que mantendrían esa versión siempre y en cualquier circunstancia. Si, aun así, alguien albergara sospechas, el paso del tiempo haría que se disipasen del todo.

## DOS HOMBRES DE IGLESIA Y UN PAR DE MELLIZOS

—Reverendo padre, hay en la puerta un hombre desastrado que pregunta por vos. Ya es la tercera vez que se presenta aquí esta semana e insiste en veros. ¿Qué hago con él? —informó Anselmo, interrumpiendo la lectura del abad.

—Hijo mío, ¿qué crees que debo de hacer?

—Pues echarle de aquí. No me parece que con ese aspecto pueda traer nada bueno.

—Te equivocas. Las intenciones de un hombre no se pueden conocer por su aspecto. Muchas veces, entre harapos se esconden corazones de oro. Hazle pasar ahora mismo.

Haciendo una inclinación de cabeza, el monje retrocedió y desapareció tras la pesada puerta de la biblioteca.

El abad Toribio, que no era otro sino él quien gobernaba la abadía, tenía entre sus manos un manuscrito y admiraba las delicadas y bellísimas ilustraciones de un pasaje del Antiguo Testamento. Al poco, volvió a oír el rechinar de la puerta al abrirse, y Anselmo entró de nuevo, esta vez acompañado por un hombre con la barba crecida y enmarañada y el cabello largo y crespo.

—Monseñor, he aquí el hombre del que os he hablado.

—Hazle pasar y retírate.

—Pero, padre, ¿vais a quedaros a solas con él?

—Desde luego que sí. Anda, vete, y no te preocupes más.

A regañadientes, el monje abandonó la estancia y cerró la puerta al salir, dejándolos solos.

—Ven —le dijo al hombre—. Acércate sin temor y cuéntame por qué deseas verme.

El hombre se acercó despacio y, mirando al abad con ojos penetrantes, le dijo:

—Veo que vuestra memoria no es tan buena como acostumbraba. ¿Ya no recordáis a vuestros amigos? Debe ser el paso de los años, que no perdona.

Toribio sintió una punzada en el pecho al oír aquella voz. Le resultaba muy familiar, pero seguía sin reconocerle. Sin embargo, aquellos ojos...

—Mi querido abad, ¿tendré que irme sin que me reconozcáis?

Toribio le escrutó con más atención, tratando de imaginar cómo sería el aspecto de aquel hombre con la barba y el cabello recortados y, de repente, al fijarse una vez más en sus ojos, por fin cayó en la cuenta. Sin dilación, el abad se levantó y abrazó con ímpetu al recién llegado.

—Rodrigo Cortés, barón de Mieres. ¿Sois vos?

—Miradme bien, ¿vos qué creéis?

—¿Qué hacéis aquí vestido con esas ropas y con ese aspecto tan horrendo?

Vamos, hablad. No me tengáis en ascuas y explicadme lo que os ha sucedido.

Rodrigo le pidió permiso para tomar asiento y empezó a contarle las vicisitudes que había vivido desde aquel funesto día en que tuvo lugar el bautizo del príncipe Leonardo.

Mientras le escuchaba, la expresión del abad fue transformándose hasta convertirse en una máscara de pesadumbre. Los rumores que por allí circulaban estaban muy lejos de reflejar lo sucedido en el reino de Iberia, seguramente porque el duque Jaime había impedido que las noticias de su traición cruzasen las fronteras.

Al decirle que había dejado con una familia al pequeño príncipe, Toribio le estuvo haciendo preguntas hasta averiguar de quién se trataba exactamente.

—Has elegido bien. Es la esposa de Diego Albar de Belagua, un rico hacendado que posee sus propias tierras; cosa singular, puesto que la mayoría pertenecen a esta abadía. Su padre sirvió fielmente al rey anterior, mas rechazando títulos y honores, pidió que le recompensara otorgándole su propio predio. Son buenos cristianos, personas honradas que conocen como nadie en el valle el trabajo al que se dedican, de corazón leal y mente despierta.

—Vuestras apreciaciones sobre la familia me tranquilizan, Toribio. Sin embargo, no es la única razón por la que quería veros. Como sabéis, vos y yo tenemos lazos indisolubles que nos ligan a ese niño.

—Cierto, fuimos sus padrinos en el bautismo.

—Quiero establecerme aquí, para estar cerca del chico hasta que se haga mayor. Construiré una pequeña cabaña en lo más intrincado del bosque de Irati. Necesitaré algunas herramientas y un buen caballo con su aparejo de montar; también alimento, ropa...

—Contad con ello. La abadía se hará cargo de proveeros de todo lo que necesitéis.

—Viviré como un anacoreta. No debe descubrirse bajo ningún concepto quién soy realmente. Mi nuevo nombre será Arcabad.

—Mmm... Sí, suena a bíblico y venido de Oriente. Y si os parece —añadió Toribio—, yo me ocuparé de estar bien informado sobre el muchacho, y buscaré la forma de que sea educado de acuerdo a su condición... Todo ello sin levantar sospechas, por supuesto.

—Es justo lo que os iba a pedir.

—Siento curiosidad por ver qué se les ocurre a los nuevos padres para justificar la existencia del niño... Ah, una última cosa. Comprenderéis que he de poner al corriente a mi señor, el rey Alfonso, sobre lo acaecido en el castillo de Babia. Que yo sepa, Jaime no ha enviado ninguna embajada hasta el momento, pero se trata de hechos alevosos y preocupantes que pueden llegar a tener aquí su repercusión. Seguro que el rey adoptará sus medidas.

—Sí, hacéis bien en informar a Alfonso por lo que pudiera suceder, pero os ruego que no le desveléis que el príncipe y yo estamos aquí. Tengo mis razones para pensar

que Jaime cree que su sobrino ha muerto, y eso nos favorece.

—No os preocupéis, sabré guardar el secreto.

Mientras esto ocurría dentro de la biblioteca, en el corredor, los monjes estaban muy sorprendidos de lo larga que estaba resultando la entrevista. Por mucho que pegaban la oreja a la puerta, no se escuchaba ningún ruido. ¿Le habría sucedido algo malo al abad? Temiendo que así fuera, Anselmo empujó suavemente en la puerta, la abrió con cuidado y se asomó al interior. Los dos hombres seguían sentados y, por lo que parecía, conversando animadamente.

—Reverendo, ¿os encontráis bien? ¿Necesitáis algo?

—Anselmo, definitivamente creo que te preocupas demasiado por mí —exclamó Toribio, levantando la cabeza—. Anda, pasa y acércate. ¿Recuerdas lo que te dije de que no debes fiarte de las apariencias? Este hombre es el famoso anacoreta Arcabad, y ha venido caminando desde Tierra Santa para hacer penitencia y rogar indulgencia por nuestros pecados. Se establecerá en el bosque, y no quiero que se le moleste de ningún modo.

—Sí, reverendo padre —respondió el monje un poco avergonzado.

—Por ahora, preparadle un baño de agua caliente y dadle algo de comer; después, él mismo os dirá las cosas que necesita. Proveédselas como si de mí mismo se tratara. Es nuestro hermano y un hombre santo.

Rodrigo se despidió del abad y salió de la sala acompañado de Anselmo.

Al día siguiente, Toribio partió hacia el castillo de Olite, el cual se situaba sobre un altozano, justo al otro lado del gran bosque de Irati. Montado sobre un pollino, salió de la abadía rayando el alba, a sabiendas de que emplearía prácticamente todo el día en llegar hasta allí. Cuando lo consiguió, el ocaso avanzaba con rapidez. Ya con las últimas luces cruzó el puente levadizo de la fortaleza y traspasó el portón de acceso.

Su llegada fue anunciada al rey y este, que lo tenía en gran estima, le concedió audiencia sin tardanza.

—Mi buen Toribio, temo que solo puede ser algo importante lo que os ha hecho venir hasta aquí, ¿me equivoco? —le dijo el monarca tras saludarle.

—En efecto, mi señor. Os traigo graves noticias. Las conocí ayer, y supe de inmediato que debía ponerlos al corriente.

Toribio le contó todo lo que podía ser contado. El soberano le escuchó con total atención mientras, inadvertidamente, se tiraba de la barba. Cuando el abad terminó, el rey se sintió completamente abrumado. Cumpliendo su promesa, Toribio no reveló su fuente, pero sí aseguró que la información era fidedigna y contrastada.

Alfonso lo creyó sin ningún atisbo de duda. Recientemente le habían llegado noticias de que numerosos grupos de soldados uniformados de negro recorrían constantemente la línea de frontera, vigilando todos los pasos. Nunca antes se habían visto uniformes de dicho color, ni tampoco tanto movimiento de tropas. No se sabía a

qué podían deberse aquellas extrañas circunstancias, pero ahora, tras las explicaciones, todo resultaba algo más claro: la frontera oeste había sido sellada. Alfonso disponía de un pequeño pero bien adiestrado ejército; lo pondría en alerta inmediatamente, para defender el reino si llegaba el caso.

El rey agradeció al abad su colaboración, y se empeñó en que al día siguiente una escolta lo acompañase de vuelta la abadía. Toribio rehusó, pues lo consideraba innecesario, pero ante la insistencia de su señor no pudo negarse.

Era un hermoso domingo del mes de junio. La niebla que a primera hora de la mañana cubría los campos se había disipado y un sol radiante se enseñoreaba del valle.

En armonía con tan esplendorosa mañana, la casa de Diego y Elvira bullía de actividad y alborozo. Las mujeres se afanaban alrededor de las marmitas y un jolgorio de voces y risas inundaba el ambiente. Aquel era el día elegido para celebrar el nacimiento de los mellizos y proceder a su bautizo.

Las mesas, cubiertas de blancos manteles, estaban preparadas para la comida y dispuestas bajo la techumbre del henil, ahora prácticamente vacío de forraje. El olor de los asados que se preparaban en la era y del pan recién horneado aguzaban el apetito de los invitados al festejo, la mayoría de ellos vecinos y amigos de la familia.

Los esposos, vistiendo sus mejores galas, esperaban impacientes la llegada del sacerdote que había de bautizar a sus hijos. Hacía ya varios días que Diego se había acercado a la abadía para solicitar el servicio. Al fin, llegando detrás de los últimos invitados, apareció la figura de un monje a lomos de un rucio que, con paso cadencioso, se aproximaba a la casa.

—¡Ya está aquí el cura! ¡Ya está aquí el cura! —voceó la chiquillería al verle.

Cuando se hallaba lo bastante cerca para distinguirlo, reconocieron a monseñor Toribio. Diego, sorprendido de que fuese el propio abad quien asistiese a la celebración, salió a recibirle.

Toribio se apeó con agilidad de su humilde montura y saludó efusivamente al padre y a todos los presentes.

—Monseñor, no sabéis cuánto nos honráis con vuestra presencia —le dijo Diego a modo de saludo.

—Hijo mío —contestó el abad—, pocas veces se presenta la ocasión en el valle de bautizar a dos angelitos de Dios, ¡y mellizos por añadidura! Sabes el aprecio que siempre os he tenido y, además, no me perdería por nada del mundo una comida como la que sé que habéis preparado.

—Pero entonces, ¿vais a darles vos mismo el bautismo?

—Exactamente. Y si no tenéis objeción, me gustaría ser el padrino de ambos y proponer un nombre para cualquiera de ellos... si todavía estamos a tiempo.

—¿En qué nombre habíais pensado, monseñor? —preguntó Elvira, encantada con

la propuesta del abad.

—En el de Leonardo. Es un nombre singular y que siempre me ha gustado.

—A mí me complace —manifestó Elvira, mirando ilusionada a su esposo.

—A mí también —refrendó Diego.

—Para el otro, el que nació primero, habíamos pensado en el de Gregorio —informó Elvira al abad, refiriéndose al que era propiamente el suyo.

—Así que Gregorio y Leonardo. Bonitos nombres. ¿Puedo verles antes de iniciar el oficio?

Los padres fueron en busca de los dos chiquillos y se los mostraron. Enseguida se percató Toribio de cuán diferentes eran los dos pequeños; tanto, que nadie diría que eran mellizos.

—Mi enhorabuena. Dios ha querido bendeciros con dos niños sanos y hermosos... Es curioso. Aun siendo tan diferentes, no hay duda de que son hermanos y que poseen rasgos de sus padres —y con voz tonante para asegurarse de que todos los asistentes pudieran oírle, prosiguió—. Este, por ejemplo, tiene la boca y la sonrisa de su madre; y este, la misma forma de mirar que su padre.

—Sí, sí, tiene razón —ratificaron los que más cerca estaban.

—Mirad cómo mueven los bracitos al unísono. ¿Y el hoyuelo en la barbilla? Es calcado uno del otro. ¿Y esos cabellos bermejos? Nadie podría negar que son mellizos.

Los hermanos fueron bautizados delante de la casa, recibiendo los nombres de Gregorio y Leonardo. El abad apadrinó a los chiquillos y dos mujeres de la casa quisieron ser las madrinas.

A continuación, todos se dirigieron al henil para disfrutar de la comida que se había preparado. Durante la misma, Toribio quiso saber por boca de los esposos cómo se había desarrollado el parto y cuándo este había tenido lugar. Las explicaciones que le dieron rebosaban tanto aplomo y naturalidad, que resultaban convincentes de todo punto, y el abad se quedó muy tranquilo, sabiendo que la historia no podría ser puesta en tela de juicio con facilidad.

Sin embargo, entre los invitados al festejo asistieron un vecino del valle y su mujer: él, molinero de profesión y de nombre Venancio Velasco, apodado el Chismoso; ella, molinera por obligación y de nombre Catalina, aunque muchos la solían llamar Catalina Asilvestrada. Ambos se habían sentado bastante alejados de la cabecera de la mesa y, mientras comían, no paraban de cuchichear, sin prestar demasiada atención al resto de comensales.

—¿Has visto, mujer? El propio abad de Ochagavía ha venido a oficiar el bautizo —susurró el Chismoso a su esposa.

—¡Quía! Demasiada consideración me parece para unos simples campesinos.

—No tan simples. Son dueños de sus tierras, que no son pocas ni malas.

—Sí, pero ¿cómo explicas eso de que, además de venir a cristianarlos, haya querido ser el padrino no de uno, sino de ambos? —insistió la mujer—. Desde luego,

hay gente a la que todo en la vida le sale a derechas —se quejó la mujer—. Diego y Elvira son jóvenes todavía y ahí los tienes, ya con dos hijos varones, y nosotros, después de tantos años casados, ni siquiera hemos podido tener uno.

—Y si solo fueran los hijos... Lo peor es que, mientras nosotros nos matamos a trabajar y prácticamente no tenemos donde caernos muertos, ellos nadan en la abundancia —manifestó Venancio, retorciendo una rebanada de pan y masticando el pellizco con rabia—. Me pregunto qué habrán hecho para merecerlo.

Debemos decir que, durante años, los padres de Venancio trabajaron unas tierras de la abadía, pero nunca fueron diligentes ni esforzados. Al contrario, transmitieron a sus dos hijos. —Venancio y Froilán—, la costumbre del chismorreo y la habladuría, que consiste en ocuparse de las cuestiones ajenas olvidándose de las propias. Con este modelo de vida, el futuro no pintó muy prometedor para los dos hermanos, que pronto tuvieron que buscarse el sustento: Venancio, el mayor, de molinero en el molino de la abadía, y el pequeño, Froilán, ambicioso y aventurero, abandonando el reino en busca de fortuna.

—Volviendo al abad, ¿te has fijado cómo se empeñaba en querer hacer ver a todo el mundo el parecido de los niños? —preguntó Catalina con intención.

—¡Y cómo! Yo, en cambio, los veo tan diferentes, que no me parecen ni mellizos ni hermanos —sostuvo Venancio.

—Y no solo son diferentes en el aspecto; también en el tamaño. Como si uno tuviera más tiempo que el otro —remachó Catalina.

—Recuerdo que al principio, cuando me enteré de lo del parto, creí entender que habían tenido un varón. No fue hasta algún tiempo después que se empezó a hablar de dos... Bien es verdad que pude haberlo entendido mal, pero no sé, aquí hay cosas que no me terminan de cuadrar —aseguró el molinero componiendo una mueca de desconfianza.

—Tranquilo, que a la larga se sabrá. Cuando los chicos crezcan, ya se verá si esos parecidos con sus padres que dice el abad son ciertos o no.

De esta guisa murmuraba la pareja, que en ellos mismos sembraban la cizaña que les hacía rabiarse por dentro.

Segunda parte  
SEMILLAS EN LOS SURCOS  
DE LA VIDA



Diecisiete años transcurrieron desde que tuvo lugar la celebración del nacimiento de los “mellizos”, hermanos de corazón, que no de sangre. Durante ese largo periodo, los chicos crecieron rodeados del cariño de su familia y sintiéndose partícipes de los encantos cotidianos que tenían lugar a su alrededor.

Desde edad muy temprana ayudaron en las faenas del campo y en las tareas de cuidar y pastorear los ganados. Dondequiera que fuesen casi siempre iban juntos, pareciendo a menudo el uno la sombra del otro.

A pesar de tan estrecha unión, ambos eran muy diferentes. Gregorio, fuerte de complexión, robusto y macizo. Ojos pardos, cabello lacio y pelirrojo y con infinidad de pecas que se le extendían por nariz y mejillas. Comer era su afición favorita y disfrutaba con las labores del campo, sobre todo en la época en que se recogían las cosechas, quizás porque con ello aseguraba el sustento de su estómago.

Leonardo, en cambio, era espigado y fibroso, con el cabello semejante al de su hermano, pero ensortijado, y de ojos verdes. Él prefería el trato con los animales, a los que conocía uno por uno y estaba dispuesto a proteger aun a riesgo de su propia vida. En contraste con este apego por los animales domésticos, amaba la caza y era capaz de cualquier cosa con tal de cobrar una pieza.

En cuanto a sus respectivos caracteres, Gregorio era un muchacho risueño, divertido y bastante tranquilo, incluso en las situaciones más peliagudas, mientras que Leonardo se mostraba siempre más serio, a menudo franco y directo —lo cual le confería un aire de rudeza y arrogancia que en realidad no tenía—, soñador a veces y siempre inquieto. Sin embargo, ambos hermanos coincidían en ser desprendidos y animosos, leales y decididos, y poseían un carácter indómito que les hacía amar la libertad por encima de todas las cosas.

Ya muy avanzada la primavera, un día Leonardo, al terminar de almorzar y sin decírselo a nadie, salió de caza. En silencio bordeó el prado que conducía hasta el río, lo cruzó por un vado y desapareció bajo la densa fronda. El bosque de Irati estaba vedado para uso exclusivo de la familia real, y él lo sabía, pero nunca se había visto al rey cazando por aquellos parajes.

Desde el sitio en el que se había apostado, escuchó un fuerte aleteo entre los arbustos y varias aves salieron volando. Mirando con atención, descubrió una gruesa paloma torcaz posada en una de las ramas. Tensó su arco, apuntó con cuidado y, justo cuando iba a disparar, unos crujidos cercanos espantaron al animal, que escapó a la velocidad del rayo.

Una figura encapuchada apareció entre los árboles, canturreando por lo bajo. Con una mano se recogía el faldón del largo sayal, y colgado del otro brazo, llevaba una cesta repleta de huevos pequeños. Tras unos instantes, y a un paso mucho más rápido

del que cabría esperar, la misteriosa figura se internó en la espesura sin mirar atrás.

Leonardo recordó que en su casa se hablaba de un extraño peregrino que vivía en algún lugar del bosque, dedicado a la penitencia y a la oración. «¿Será él?», se preguntó el joven. Tocado de la curiosidad, decidió seguirle guardando la debida distancia.

Después de caminar un buen trecho tras el singular personaje, vio que este llegaba a un claro entre los árboles, en el que se levantaba una pequeña y rústica cabaña y que abría la puerta y desaparecía en su interior. Leonardo se encaramó a un frondoso castaño para observar sin ser visto y escondido entre las ramas aguardó, a la espera de lo que pudiera descubrir.

Pero pasó un buen rato y nada sucedió. El silencio solo era interrumpido por el canto de los pájaros y el ulular del viento entre las hojas. Empezaban a cerrársele los párpados cuando, de repente, desde la base del tronco, una fuerte voz exclamó:

—A fe mía que nunca he visto un ave tan gorda como la que tengo delante de mis narices. —Leonardo se llevó tal sobresalto que poco le faltó para caerse del árbol—. ¿Muchacho, qué haces encaramado en esa rama? ¿Acaso estas calentando a unos polluelos? ¡Vamos, contesta, o te haré bajar a pedradas!

El hombre del sayal, que tenía el cabello largo y enmarañado y una barba que casi le llegaba a la cintura, le increpaba con gesto feroz.

—Señor, responderé a cualquier cosa que me queráis preguntar, pero antes de bajar, decidme quién sois vos.

—¡Aquí el que hace las preguntas soy yo! No obstante, para que veas mi buena voluntad, te diré que soy un predicador y el guardián de este jardín. Por tu arco intuyo que venías en busca de alguna presa. ¿Es que no sabes que cazar por aquí te puede costar muy caro? Y para colmo, me has estado siguiendo, de modo que explícate, ¡y deprisa!

—En cuanto a lo de cazar, hoy no he cazado nada; y respecto a lo de seguiros, es cierto que lo he hecho, aunque solo guiado de la curiosidad.

—Mmmm... Aprecio tu sinceridad. Sin embargo, me estás dando a entender que has cazado en otras ocasiones, y eso no lo puedo permitir.

—Señor, vivo en este valle desde que nací y estos lugares, tal como yo lo entiendo, forman parte de nuestra comarca. Al rey no debe agradarle mucho cazar, puesto que nunca se ha molestado en venir hasta aquí, al menos desde que yo tengo uso de razón. Sería injusto que no pudiera mejorar un poco la dieta de los míos con algo de carne y vos, un hombre de hábito, deberíais saberlo mejor que nadie.

El hombre quedó pensativo por un momento antes de responder:

—Chico, veo que Dios te ha concedido el don de la palabra. No tengo más remedio que admitir que tus argumentos me convencen en parte: desde hoy te permitiré cazar en estos bosques. Ahora bien, en lo tocante a espiarme...

—Yo no quería espiaros, solamente saber quién erais y dónde teníais vuestra morada. Si vivís en estas tierras, formáis parte de nuestra comunidad y solo

conociendo estos extremos podremos ayudarlos en caso de necesidad.

Definitivamente, los razonamientos del muchacho demostraban sensatez y buen corazón.

—Los tiempos que corren no están para confiar en desconocidos. Cualquiera podría ser confidente de los enemigos del reino, que los tiene, y muy poderosos.

—De eso que decís yo no sé nada. Tan solo soy un joven que vive con su familia en la casa de Albar.

—Anda, baja de ahí —le pidió el hombre, ya más calmado—. Tendrás los miembros agarrotados después de estar ahí subido tanto tiempo. Un poco de agua fresca y algo de comer no te vendrán mal.

Sin tenerlas todas consigo, el cazador cazado descendió del árbol.

—Me llamo Arcabad —se presentó el ermitaño tendiéndole la mano.

—Y yo, Leonardo —respondió el joven, estrechándosela.

Leonardo rehusó comer, aunque sí aceptó de buen grado un trago de agua.

—¿Qué edad tienes, muchacho?

—Diecisiete años cumplidos, señor.

—¿Y qué sabes hacer además de cazar?

—Ayudo en casa en todo lo que me mandan, pero principalmente me ocupo del ganado.

—¿Nada más que eso sabes hacer?

—Bueno, desde hace ya varios años, viene un monje a nuestra casa dos días a la semana, para darnos clase a mi hermano y a mí.

—Entonces os preparáis para servir a la Iglesia, ¿no es así?

—No es esa mi inclinación, ni creo que lo sea tampoco la de mi hermano.

—No lo entiendo. Siendo campesinos, ¿para qué necesitáis instrucción? Es extraño... —le interpelló con ánimo de probarle.

—Monseñor Toribio siempre nos dice que el saber no ocupa lugar y que será bueno para nosotros algún día.

—¿Así que aspiras a ser una persona instruida?

—Señor, no llego a tanto. Soy joven y me queda mucho por aprender, pero tengo curiosidad e interés.

—¿Te han enseñado algo sobre el arte de la guerra?

—No, de eso nada sé.

—Pero dices que eres curioso. ¿No te gustaría aprender a manejar una espada y a montar a caballo?

—Lo de montar a caballo, claro que sí; ya sé montar en burro... aunque supongo que no será lo mismo. Pero, ¿de qué me serviría saber utilizar una espada?

—Ya veo. Siendo labrador, seguramente con una azada tendrías bastante. De todas formas, no creo que tengas condiciones para ello.

—El ser labrador, como vos decís, no me restaría capacidad para aprender a manejar una espada —le respondió el muchacho.

—Eso habría que verlo. Podemos hacer una prueba si quieres, aunque me imagino ya el resultado.

—Pues no imaginéis nada y probadme.

—De acuerdo, si te empeñas... Espérame aquí.

Arcabad ingresó en la cabaña y al poco salió con unas espadas de madera. Le lanzó una al mancebo, se arremangó el hábito y, de improviso, atacó a fondo, enhebrando a continuación un rapidísimo molinete. Leonardo esquivó con facilidad la doble acometida. Tras ese primer tanteo, el anacoreta volvió a arremeter con ímpetu, ejecutando una gran variedad de golpes y fintas, pero el muchacho siempre parecía anticiparse a los movimientos de su contrincante. Le esquivaba con tanta facilidad que casi no necesitaba mover la espada para defenderse: por más que su oponente le atacaba desde todas las posiciones y ángulos, nunca le sorprendía y apenas lograba ponerle en aprietos.

El ermitaño estaba asombrado. Después de un buen rato, agotado y confuso, tuvo que sentarse a descansar.

—Chico, te mueves como una avispa y te escurres como una anguila. ¿Eso también te lo ha enseñado el monje?

—Nadie me lo ha enseñado.

—No cabe duda de que sería muy difícil herirte, incluso aunque no portases espada. Sin embargo, con esa forma de combatir, no podrías llevar nunca la iniciativa. ¿Quieres que te enseñe a manejarla de verdad? A mí me vendría muy bien, ya que me serviría de ejercicio y entretenimiento.

—¿Podré trabajar con ella los campos y ordeñar a las vacas?

—No, claro que no, pero podrías defenderte si un día lo necesitas, o quizás prestar a tu rey un servicio en el caso de que te lo requiriese. Has mencionado que el saber no ocupa lugar, y estoy de acuerdo con ello. Si demostrases la misma anticipación utilizando el acero que esquivando mis golpes, te lo aseguro, podrías llegar a ser un guerrero excepcional.

A esa edad, resulta muy difícil ser inmune a un halago como ese, y el ermitaño contaba con ello.

—De acuerdo, me enseñaréis —aceptó el joven después de pensarlo durante un rato—. Pero decidme, ¿cómo es que un hombre de hábito como vos sabe manejar tan bien la espada?

—Es verdad que la Palabra de Dios y la fe suelen defenderse desde los púlpitos —le respondió dando un suspiro—, pero en ocasiones, a menudo más de lo que nos gustaría, es indispensable hacerlo empuñando las armas. La lucha contra el mal así nos lo exige.

—Está bien, ¿cuándo empezaremos? —preguntó Leonardo.

—Cuando quieras. Fija el día y la hora que más te convengan.

—¿Tendría inconveniente en enseñar también a mi hermano Gregorio? Somos mellizos.

—Me parece estupendo. ¿Un maestro y dos aprendices? Buen comienzo para un modesto circo de gladiadores.

Cerrado el trato, Arcabad se levantó y silbó de manera singular. Poco después, hizo su aparición en el claro del bosque un fogoso caballo de color canela que, con paso alegre y confiado se acercó a donde le esperaba su amo.

—Esta hermosa criatura se llama Indómito, y es un animal de pura raza, veloz como el viento, despierto y de gran resistencia. No sé si admitirá ser montado por ti. ¿Te apetece intentarlo?

Leonardo miraba al rocín con ojos de asombro y admiración. Nunca había visto un alazán como aquel. Irradiaba garra y poderío. Se acercó a él, le acarició la frente y los ollares y, mientras le susurraba algo que Arcabad no alcanzó a oír, le palmeó en el lomo. Luego, apoyó el pie en el estribo y despacio subió a la montura. El ermitaño, que se temía lo peor —por algo le había puesto el nombre de Indómito— sujetaba las bridas con fuerza, pero, sorprendentemente, el animal no dio muestra alguna de nerviosismo o temor. Parecía que aquel liviano jinete era de su completo agrado.

Una vez más, Arcabad se sintió admirado ante el prodigio. Toribio le había regalado precisamente ese caballo porque nadie había sido capaz de domarlo. A él mismo le había costado un verdadero triunfo, a base de tenacidad y paciencia. Y ahora llegaba el muchacho y tan solo en unos instantes se ganaba su confianza. Verdaderamente, ese joven tenía muchas cualidades ocultas.

—Señor, se está haciendo tarde. Debo regresar a casa —dijo el rapaz desmontando del caballo.

—Sí, es cierto, debes regresar. ¿Quieres que te acompañe?

—Os lo agradezco, pero no hace falta. Conozco este bosque muy bien.

Y diciendo esto, se despidieron. Mientras le observaba alejarse caminando entre los árboles, Arcabad se sintió satisfecho, como hacía mucho tiempo que no se sentía. De momento, el pequeño Leonardo había cubierto sobradamente sus expectativas.

El joven no le contó a nadie su encuentro con el anacoreta, excepto a su hermano.

—¿Le has preguntado a ese hombre por qué quiere enseñarte todo eso?

—No, solo dijo que así hará ejercicio y se entretendrá un poco. ¿A ti qué te parece?

—Bueno... No me parece mal. En realidad se trata de una gran oportunidad, y creo que debes de aprovecharla. ¡Lástima que no me haya incluido a mí en el trato!

—Por eso no te preocupes. Le pregunté si podías venir conmigo, y no puso ninguna objeción.

—¿De veras? En ese caso, no hay más que hablar.

Desde aquel día, los mellizos acudían puntuales a su cita. Arcabad siempre les esperaba con impaciencia delante de su humilde hogar, preparado para tratar de que se obrase el milagro, ¿o acaso no lo era el pretender convertir azadas en espadas?

A unas cinco leguas de allí, justo al otro lado del bosque de Irati, se erigía el castillo de Olite, residencia de los reyes del Pirineo. Durante aquellos años, el pequeño reino había conseguido mantenerse libre y en paz, cuestión esta complicada dada la belicosidad que mostraba el reino vecino pero, salvo eso, la vida por allí se desarrollaba sin sobresaltos.

Uno de los motivos de mayor alegría para todos los pobladores del reino fue el nacimiento de la princesa Cecilia. Habían pasado quince años desde entonces, y la recién nacida se había convertido en una hermosa mujercita y en el ojito derecho de sus padres. Tenía Cecilia una figura esbelta, cabellos castaños y ojos de color turquesa ligeramente rasgados, heredados sin duda de su madre, la reina Margarita de Aquitania. Seguramente por ser hija única además de princesa, a veces se mostraba caprichosa y altiva, otras testaruda, aunque, eso sí, nadie dudaba de que poseía un gran corazón.

Traía de cabeza a sus padres, por no decir a toda la corte, ya que sus aficiones iban por unos derroteros muy distintos de los que se consideraban apropiados para una joven de su condición. Sentía verdadera devoción por la caza, en todas sus variantes. Era una excelente amazona, manejaba con destreza el arco y era capaz de lanzar una jabalina a buena distancia. En sus aventuras campestres solía ir acompañada de una pequeña escolta, pero era tal su energía cruzando prados y saltando muros, que muchas veces la dejaba atrás y regresaba sola al castillo, con el consiguiente enfado de sus padres. Y lo peor es que de un tiempo a esta parte, los alrededores de la fortificación se le habían quedado pequeños y no hacía más que mirar la densa enramada que contemplaba desde sus aposentos. Muchas eran las historias que había escuchado acerca de aquel bosque misterioso y sabía, por los monteros reales, que estaba habitado por un sinfín de animales y fieras salvajes, lo cual, lejos de atemorizarla, espoleaba su imaginación. Tendría que ir hasta allí y echar un vistazo.

Así que se las arregló para salir del castillo a escondidas e internarse en la arboleda a lomos de su caballo. La primera vez que lo hizo solo avanzó un corto trecho, pero le bastó para quedar embelesada ante tanta maravilla. Enormes árboles elevaban sus brazos hacia el cielo, y el suelo se hallaba totalmente cubierto por un manto ocre de hojas. La luz del sol se filtraba a través de las copas, iluminando el contorno. Todo lo que la rodeaba tenía un aspecto irreal, como sacado de un cuento; solo el silbido del viento susurrando entre las ramas y los cantos de las aves le hicieron recordar que aquel lugar era auténtico... y peligroso.

El sonido de las espadas y las voces, sobre todo las del maestro, resonaban a menudo en el bosque de Irati. Poco a poco, los dos hermanos fueron progresando en el manejo

de las armas. Gregorio era más lento y pesado, aunque podía imprimir gran fuerza a sus golpes. Leonardo, por su parte, sorprendía un poco más a su mentor cada día que transcurría. No solo captaba con rapidez las maniobras de ataque y defensa, sino que las ejecutaba dándoles su toque personal. Tenía velocidad, anticipación y precisión.

Los chicos aprendieron también a montar a lomos de Indómito. Los primeros días terminaron molidos, pero pronto se acostumbraron. Al cabo de un mes, incluso eran capaces de realizar cortas cabalgadas. No obstante, más de una vez los jinetes dieron con sus huesos en tierra al intentar hacer los ejercicios que les pedía su maestro, aunque sin graves consecuencias para ellos. Ya se sabe, el aprendizaje de cualquier disciplina supone esfuerzo y sacrificio, y los muchachos estaban dispuestos a asumirlo y ponían en ello todo su empeño. Arcabad no cabía en sí de contento, aunque trataba de disimularlo.

Con el tiempo, la relación entre maestro y discípulos fue creciendo en confianza y afecto, y esta actividad se convirtió en la preferida de los hermanos. Pero los chicos, todo hay que decirlo, no ponían tanto entusiasmo en las lecciones que, a instancias del abad y bajo su supervisión, les impartía un joven monje.

Carlos, que así se llamaba el preceptor, había ingresado en la abadía siendo un niño, y pronto mostró inclinación por la vida recogida y el estudio. Era alto y delgado como un chopo, y mostraba siempre un aire entre distraído y ensimismado y una mirada soñadora, como si sus anhelos no fueran de este mundo.

A pesar de su juventud, Carlos tenía buenas cualidades para la enseñanza: sabía cómo captar el interés de sus alumnos, hacía fáciles y entretenidas las explicaciones y sabía crear un clima propicio en sus clases. Gregorio y Leonardo se divertían mucho con las anécdotas que Carlos les contaba, y salían al campo a menudo, para poder comprobar *in situ* las explicaciones recibidas y entenderlas mejor. De este modo, el monje no tardó en ganarse el respeto de los muchachos, además de su amistad y afecto.

Dos días a la semana, hiciese frío o calor, Carlos se desplazaba hasta la casa de Albar, y durante tres horas sin interrupción instruía a los hermanos. Esta rutina se había ido repitiendo año tras año.

Los muchachos no solo habían recibido una buena educación, sino que también habían desarrollado un espíritu justo y generoso. Los padres estaban tan orgullosos de sus hijos que a menudo presumían de ellos cuando hablaban con sus amigos y vecinos.

Así pues, los días transcurrían tranquilos en la casa de Albar y nada parecía amenazar esta existencia apacible.

Avanzaba el verano y el sol doraba los campos. Así llegó la época de la recogida del heno. Durante toda la jornada, los hombres martillearon el filo de las guadañas, para eliminar las mellas. Después, pasándoles las piedras de afilar, consiguieron que cortasen como el mismo demonio. Aquel día se cenó muy temprano y, sin esperar a que el sol se ocultase, se retiraron a descansar.

A hora temprana, cuando todavía las estrellas refulgían en la noche, los pobladores de la casa de Albar se desperezaron de su sueño y se pusieron en marcha. Tras degustar un sustancioso desayuno, para hacer acopio de energía, hombres y mozos cargaron con los utensilios necesarios y tomaron el camino hacia los prados.

Empezaba a clarear la mañana cuando llegaron a su destino. Los segadores, con los sombreros de paja bien calados y las guadañas en posición, se colocaron en línea. La hierba, fresca y apretada, les sobrepasaba la cintura. A una señal de Diego, los hombres iniciaron el cadencioso vaivén, de derecha a izquierda, como si acunaran a un niño.

Los pies, separados entre sí un par de palmos, cobraron vida y avanzaron, primero uno, después el otro, a pasitos muy cortos, apenas sin elevarse. El filo de la hoja trazaba un recorrido semicircular a ras del suelo y segaba sin esfuerzo los espigados tallos, que quedaban depositados a la siniestra de los segadores en un arremolinado y verde montículo. De esta manera, cada hoz despejaba una franja en la pradera, mientras los mozos contemplaban la suave cadencia de su avance. Luego les llegó su turno: yendo por detrás de la fila de hombres, iban recogiendo el heno a puñados y lo esparcían por la superficie del prado, mientras les envolvía el olor de la hierba recién cortada.

Cinco horas más tarde, a eso de media mañana y teniendo la mitad del campo segado, llegó el momento de descansar. Los hombres se dirigieron a un bosquecillo cercano enjugándose el sudor de la frente, dejaron los útiles a un lado, y se sentaron a charlar bajo la agradable sombra de la alameda.

No transcurrió mucho tiempo cuando empezaron a escucharse voces de mujeres cantando. Llegaban presurosas, sujetando las cestas de comida sobre la cabeza y con pucheros de barro cocido a la cadera. Tras ellas correteaban los pequeños y aún venían los perros detrás, formando una curiosa y alegre procesión.

Extendieron dos o tres mantas en el suelo de aquel fresco soto y sobre ellas se depositaron las viandas. Un humeante y apetitoso cocido hizo su aparición: a los garbanzos y repollo les acompañaban trozos de gallina, tocino, chorizos, huesos de espinazo y carne de cerdo.

Sentándose en corro alrededor del improvisado mantel, aquellas laboriosas familias se pusieron a comer entre bromas y risas, con voraz apetito. Grandes



rebanadas de pan fueron repartidas y el agua fresca y el vino aliviaron la sed.

Los perros danzaban en las proximidades, tratando cada cual de ocupar el mejor puesto, esperando ansiosos a que sus amos les echasen huesos y desperdicios. De pronto, un enorme sabueso de nombre Ulises y dos perros más corrieron a escape hacia el camino que bordeaba la arboleda. Poco más tarde, entre una nube de polvo se pudo distinguir un grupo de jinetes acercándose a trote sostenido.

Al llegar estos a la altura del prado, Ulises les salió al paso ladrando con furia. El que encabezaba la marcha espoleó a su montura intentando pisotearle, pero Ulises esquivó la acometida y se revolvió como un rayo, mordiendo al corcel en sus cuartos traseros. El caballo piafó de dolor, descabalgando a su dueño.

Los otros dos jinetes desmontaron al instante, desenvainaron las espadas y se dirigieron amenazadores hacia el perro, pero este no retrocedió, al contrario, les gruñía y enseñaba los dientes.

Diego Albar se levantó enseguida y corrió hacia los recién llegados, seguido de sus hijos y los demás hombres.

—¡Eh, vosotros! ¡Dejad en paz al animal! —gritó el de Belagua.

—¿Dejarlo en paz, dices? ¡Ha atacado a nuestro capitán, y lo vamos a partir en dos!

El que así hablaba era un soldado uniformado de negro.

—¡No haréis eso!

—¿Acaso tú nos lo vas a impedir?

—Yo y todos los que vienen detrás de mí.

Los dos hombres levantaron la cabeza y vieron a un grupo de segadores aproximarse guadaña en mano y, a lo que parecía, no con muy buenas intenciones. Después de sopesar unos instantes la situación, envainaron las armas y acudieron en socorro de su capitán.

—Quizá podamos curarle, si es que se encuentra herido —se ofreció Diego Albar, tratando de calmar los ánimos.

—¡No necesitamos de vuestra ayuda, campesinos palurdos! —respondió el capitán, con una mueca de furor que acentuaba el pálido surco que le cruzaba la mejilla—. Hoy vamos con prisa y no podemos perder más tiempo pero descuidad, pronto tendréis noticias nuestras.

Y dejando aquel mal augurio flotando en el aire, el jinete montó de nuevo en el corcel y desapareció al galope seguido de su oscuro cortejo.

Diego quedó pensativo. Aquella voz, aquella cicatriz cruzándole la cara, le resultaban vagamente familiares.

Así fue cómo un duro día de trabajo, convertido en festejo mediante la hermandad y el agradecimiento a Dios por los dones recibidos, se tiñó de un velo amargo y turbador.

Por la tarde continuaron la tarea hasta que todo el campo estuvo segado; solo entonces, agotados y satisfechos, regresaron al hogar.

Todos se preguntaban quiénes podrían ser aquellas aves de mal agüero. Nunca habían visto por allí una tropa de tal catadura. No eran soldados del rey, eso seguro, pero nadie sabría decir de dónde procedían o hacia dónde se dirigían.

Diego pensó que debía informar al abad de lo sucedido, y a primera hora de la mañana siguiente se acercó a la abadía. Le contó el incidente con todo detalle, y al describirle las vestimentas y armas que aquellos hombres portaban, el abad frunció el ceño con gesto de preocupación.

Nada más despedirse de Diego, Toribio montó en su pollino y con paso presto se dirigió a la cabaña del bosque.

—Señor Cortés, ¿estáis ahí? ¡Salid! He de contaros algo importante —gritó el abad.

Arcabad, que descansaba en el interior de la cabaña, se alarmó al oír que le llamaban por aquel nombre, pues aquello no podía significar nada bueno, y se asomó rápidamente a la puerta.

—¿Toribio? ¿Qué hacéis vos aquí? Pero venid, entrad y tomad asiento. ¿Qué ha sucedido?

Sentados a la humilde mesa del ermitaño, el abad le refirió el enfrentamiento entre Diego y aquellos soldados de uniformes negros.

—Hombres de guerra y con ese atuendo, estoy seguro de que pertenecen a las huestes de Jaime —exclamó el antiguo senescal.

—¿Cabalgando al descubierto por nuestro reino? ¡Es demasiado osado! —añadió el abad—. No sé lo que estarán tramando, pero deberíamos averiguarlo.

—Haríais bien en poner al corriente al rey Alfonso. Yo, por mi parte, intentaré hacer mis propias averiguaciones —le propuso Rodrigo—. Si os parece, volveremos a hablar dentro de algunos días.

Intercambiaron una mirada de mutuo entendimiento, estrecharon sus manos y se despidieron.

Cuando la cosecha del heno se dio por concluida, Leonardo y Gregorio pidieron permiso para pasar el día cazando.

—Sed prudentes y no lleguéis tarde —les recomendó su madre.

Alboreando el día, los hermanos se levantaron, pusieron a punto sus armas y salieron de casa. Andando con calma se dirigieron al río, y tras cruzar el viejo puente de piedra, se internaron en la espesura.

Bajo la floresta sentían el frescor de la mañana. Ulises, el bravo sabueso que se había enfrentado a los soldados en el soto, les acompañaba. Leonardo tenía un especial apego por ese perro, y este le correspondía con un afecto rayano en la idolatría.

No iban con idea de cobrar ninguna pieza en especial, por lo que avanzaban, como suele decirse, a la descubierta, aunque caminaban atentos y en silencio.

—Hoy podría ser un buen día para intentar cruzar el bosque —planteó Leonardo—. Me gustaría saber cuántas leguas tiene de anchura y qué es lo que hay al otro lado.

—Veo que, en lugar de ir de batida, prefieres ir de exploración —replicó Gregorio.

—Podemos hacer ambas cosas. En esta época del año anochece más tarde y tenemos tiempo de sobra. Además, así lo conoceremos mejor y podremos identificar otras zonas de caza.

—No sé... El bosque es demasiado intrincado, podríamos perdernos fácilmente —opuso Gregorio sin mucha convicción.

—La posición del sol servirá para orientarnos y en caso de apuro tenemos a Ulises. Él sabrá encontrar el camino de regreso.

—Está bien, tú ganas. La verdad es que me seduce tu propuesta.

De común acuerdo, tomaron la dirección que consideraban más corta para atravesar aquella selva enmarañada. Mientras caminaban, lograron abatir un par de conejos, que Gregorio se colgó al cinto. Ulises les ayudó a buscar y recuperar las piezas.

Llevaban varias horas de marcha y el bosque se hacía cada vez más espeso, no tenía fin. Se sentían desorientados. Cerca ya del mediodía, sintiendo hambre, hicieron un alto con intención de comer. Eligieron para ello un pequeño altozano, rematado de recias peñas que se elevaba ligeramente por encima de las copas de los árboles.

—¿Has visto qué portento? —declaró Gregorio—. Un océano de árboles rodeándonos por todas partes.

—Sí, pero me parece que en vez de cruzar el bosque por su lado más corto, hemos estado caminado a lo largo —dijo Leonardo oteando el horizonte.

Estando en esta plática, de pronto se escuchó, justo del lado opuesto de la colina, un formidable rugido seguido de un relincho de terror.

Ulises salió disparado pendiente abajo y Leonardo, ligero como el viento, echó a correr en pos de él.

Ese mismo día y a hora también muy temprana, una figura embozada y montada a caballo salió a escondidas del castillo de Olite. Emergió como una sombra desde un pasadizo secreto oculto en una quebrada y envuelta entre la densa vegetación se encaminó sigilosamente hacia el bosque de Irati. Una vez allí se despojó de la capucha, quedando al descubierto sus delicadas y hermosas facciones.

Hacía ya tiempo que a la princesa Cecilia le rondaba en la cabeza la idea de explorar aquellos parajes. Sabía que se exponía a una buena reprimenda de sus padres, pero no le importaba. El desafío merecía la pena.

Con atuendo de varón, la joven llevaba el cabello recogido bajo un gorro de caza y cruzado a la espalda, un arco y un carcaj del que sobresalían algunas flechas.

También portaba en su montura una jabalina corta, y un cuchillo de monte al costado.

Montando al modo de la jineta, conducía su corcel a paso contenido y prestando gran atención a todo lo que la rodeaba. Se internó sin miedo entre la arboleda, sin pensar en ningún momento que pudiera perderse, pues tenía un excelente sentido de la orientación. Algunas piezas se cruzaron en su camino, pero las despreció por considerarlas de tamaño menor.

Después de tres horas de marcha, al remontar un estrecho collado, divisó en la hondonada un grupo de ciervos que ramoneaban tranquilos entre los arbustos, mientras un vigoroso macho, adornado de una cornamenta colosal, vigilaba con celo a su rebaño. La joven sintió encogerse el estómago por la emoción, y se quedó quieta, observando.

Retrocedió lentamente unos pasos conteniendo la respiración. Desde allí el rey del bosque no podía verla, ni tampoco olfatearla. Descabalgó, ató su caballo a un tronco y, reptando entre helechos y peonías, se fue acercando a ellos sigilosamente. Con movimientos seguros y precisos, se descolgó el arco, cogió una flecha y la colocó en posición. Un sonido silbante vibró en el aire y la saeta voló derecha hacia el objetivo. El ciervo acusó el impacto y dando un tremendo berrido, escapó a la carrera junto al resto de la manada.

La joven corrió hacia el lugar en el que, hacía tan solo un momento, se encontraba el animal, y pudo distinguir una mancha de sangre fresca tiñendo las hojas y hierbas del suelo. Volvió a recoger la montura y avivó el paso siguiendo aquel rastro carmesí.

Después de una larga persecución, cuando ya el sol alcanzaba su cénit, Cecilia observó que algunas huellas se hallaban anegadas en sangre, adivinándose en ellas un paso vacilante y cansino. El animal estaba a su alcance, así que puso el caballo al trote.

Sin embargo, al sobrepasar una apretada línea de árboles, a los pies de un escarpado altozano, pudo contemplar un cuadro sobrecogedor: allí, justo delante de ella, un enorme oso pardo estaba devorando a su ciervo. El infortunado animal yacía tendido en el suelo, con la barriga abierta en canal.

En ese momento, la fiera descubrió a sus potenciales enemigos y, sospechando que acaso venían a disputarle la pitanza, se irguió amenazante en toda su estatura y dio un tremendo rugido que resonó en todo el bosque.

El caballo de Cecilia relinchó presa del terror y levantó las manos delanteras sin que su dueña lo pudiera contener, y cuando el oso marchó sobre ellos, aquel, encabritado, inició una precipitada carrera, pero tropezó con una raíz y cayó al suelo, quedando la princesa tendida con la pierna aprisionada bajo el cuerpo del animal. Inmovilizada como estaba, la joven solo pudo sacar el cuchillo de monte para hacer frente a la mole que, por momentos, se les echaba encima...

Entonces, cuando ya todo parecía perdido, algo frenó al oso en su acometida y comenzó una refriega: un perrazo le mordía las patas traseras, a la par que una sombra se encaramaba sobre él y le hundía un cuchillo en el lomo.

El oso se revolvió furioso, tratando de deshacerse de sus atacantes y olvidándose por el momento de Cecilia y de su montura. Lanzó primero una dentellada al perro y a continuación, revolcándose y dando zarpazos a diestro y siniestro, logró quitarse de encima a la figura que lo atormentaba. Sin embargo, su oponente no solo esquivaba admirablemente sus arremetidas, sino que, cuchillo en mano, le infligía, una tras otra, nuevas heridas, mientras el can seguía ladrándole a una distancia prudente.

Una segunda persona apareció bajando a la carrera por la falda de la colina, gritando con fuerza y blandiendo una larga y afilada estaca con la que también acosó al animal. Entre los tres consiguieron por fin que el oso huyese monte abajo, sin males ni consecuencias mayores.

—Bueno, creo que ese se lo pensará dos veces antes de atacarnos de nuevo. Por cierto, ¿por qué has tardado tanto en bajar? Un poco más, y te pierdes la oportunidad de poner a una fiera en fuga. Claro que el miedo es libre... —bromeó Leonardo.

—¿¡Miedo, yo!?! ¿Pero qué dices? Solo cuando he visto a Ulises herido y que tú no ibas a acabar nunca me he decidido a intervenir —se defendió su hermano.

A todo esto, la princesa asistía atónita a la discusión.

—Anda, hazme un favor: ocúpate del perro. Yo voy a ver qué tenemos ahí —dijo Leonardo, encaminándose hacia donde el caballo yacía tumbado.

—¡Estupendo! Tomaos todo el tiempo que necesitéis, no tenemos ninguna prisa —masculló para sí la princesa con cara de resignación, sin que los hermanos la oyeran.

Al acercarse, el joven vio que, tras el cuerpo del animal, una persona, todavía con el cuchillo en la mano, le miraba fijamente. Parecía estar aprisionada bajo su propia cabalgadura.

—No te muevas, podrías tener algo roto. Trataré de incorporar el caballo y liberarte.

El muchacho tiró de las riendas e intentó levantar al animal, pero este solo relinchaba y cabeceaba. Le acarició el cuello y el pecho para calmarlo. Cecilia le veía hacer sin decir nada, hasta que, impaciente, le espetó:

—¿Es que piensas tenerme aquí todo el día?

Leonardo dio un brinco hacia atrás, sorprendido. No era aquel el tono y timbre de voz que esperaba. Luego volvió a acercarse y miró con más atención. Enmarcado por una melena castaña, densa y ensortijada, que le caía sobre los hombros, descubrió el rostro de una muchacha, cuyos ojos rasgados de color azul turquesa en su mirar parecían traspasarle de lado a lado. La joven tenía la frente perlada de sudor y los labios bermejos apretados en una mueca de sufrimiento. Su belleza le pareció tan deslumbrante que pensó hallarse ante una aparición divina.

—¿Quieres hacer algo para liberarme de una vez?

Al escuchar estas palabras, Leonardo parpadeó y volvió en sí.

—Mi vista me engaña. Seguro que eres un duende del bosque que quiere burlar mis sentidos.

—Quizás tengas razón y yo sea un duende, pero un duende que terminará reventado como no me saques pronto de aquí.

—De acuerdo, te liberaré enseguida.

Cuando se convenció de que el corcel no tenía ningún daño importante, le susurró algo al oído, lo cogió de las riendas y, ahora ya sí, logró que, con suavidad, este se levantara. Después acudió a ayudar a la joven, pero ella ignoró la mano que se le tendía, queriendo incorporarse por sí misma, cosa que no consiguió.

El joven temió que la doncella se hubiese dañado la pierna que había tenido aprisionada e intentó examinársela.

—¿Se puede saber qué pretendes hacer?

—Trataba de ver si la tienes rota.

—Creo que solo la tengo magullada y dormida. Esperaré un poco a que circule la sangre y después me levantaré.

Visto que la dama no precisaba de su ayuda, Leonardo se acercó a su hermano. Gregorio había comprobado que Ulises, a pesar de que presentaba un corte en el costado, podía moverse sin dificultad.

—Te has portado como un valiente —le susurró el mozo al oído, acariciando al animal, que le lamió la mano agradecido.

Afortunadamente, la disposición del terreno, o quizá su buena estrella, habían evitado que la doncella, que pronto consiguió ponerse en pie, sufriese daños de consideración. Después de abrazar al corcel, se acercó a donde la esperaban sus tres salvadores.

—Me alegro de que te encuentres bien —dijo Gregorio a la muchacha—. ¡Vaya susto!

—¿Cómo está el perro? —preguntó Cecilia.

—No te preocupes, se pondrá bien. Solo hay que vendarle, para que esa herida del costado deje de sangrar.

Sin pensárselo dos veces, la muchacha cortó con el cuchillo unas tiras de su capa y se ocupó de vendar al animal.

—Deberíamos subir al cerro; allí hemos dejado nuestros víveres —sugirió Gregorio cuando terminó—. Espero que las alimañas nos hayan dejado algo que podamos aprovechar.

La joven no puso ningún reparo a la propuesta y todos juntos se dirigieron a lo alto de la colina. Por suerte, la comida estaba intacta, y la compartieron entre los tres... en realidad, debiéramos decir los cuatro, porque Ulises también dio cuenta de una bien merecida ración.

Mientras comían, Leonardo preguntó:

—¿Qué hace una jovencita y vestida de esa guisa cabalgando por estos parajes? ¿De dónde vienes? ¿Cómo te llamas?

—Demasiadas preguntas a la vez, pero trataré de responderte —contestó Cecilia—. Esta mañana salí de caza temprano y logré herir al ciervo que hemos dejado allá

abajo. Estuve siguiendo sus huellas, y cuando por fin lo encontré, ese maldito oso se me había adelantado. Yo solo quería cobrar mi presa. En cuanto a las otras preguntas... me llamo Elisa y soy hija de unos nobles que viven al otro lado del bosque —mintió; tenía sus razones para no querer descubrir su verdadera identidad a unos desconocidos.

—No me explico cómo tus padres te han dejado venir sola hasta aquí —le manifestó Gregorio extrañado.

—La verdad es que no lo saben. Ahora, si no os importa, voy a sacar al ciervo sus vísceras y me ayudaréis a subirlo a la grupa de mi caballo. Va siendo hora de que regrese a casa.

—Un momento, ¿no pensarás llevártelo? —preguntó Leonardo.

—Ese ciervo lo he abatido yo, y a mí me corresponde por derecho cobrar la presa —le contestó ella en ademán desafiante.

—Para ser de noble linaje, muestras una actitud poco generosa y agradecida —le soltó su salvador enfadado.

—¿Qué quieres decir, deslenguado?

—Lo que oyes. Te lo explicaré de otra forma: ese ciervo y tú misma habríais servido de festín al oso si nosotros no lo hubiésemos impedido. Por tanto, ese ciervo habría que dividirlo al menos en cuatro partes: una para mi hermano, otra para mi perro, otra para mí, y otra, que no tendría por qué ser la mayor, para ti. ¿No estás de acuerdo en que un reparto así sería mucho más justo?

Un repentino rubor pintó de carmín las mejillas de la princesa que, acostumbrada a que nunca le llevasen la contraria, se quedó sin saber qué decir.

—Vaya, veo que te pones colorada, señal de que tengo razón, y con ese silencio supongo que asientes a mi propuesta —añadió el muchacho en tono burlón.

—Si tanto interés tenéis por el ciervo, podéis llevároslo. Supongo que será el primero que vais a probar en vuestra vida, y me agrada ser yo quien os lo haya procurado. Tomadlo pues, en reconocimiento a vuestra ayuda.

—¿En tan poca estima tienes nuestra arriesgada intervención, que la das por pagada con unas libras de carne? Oh, oh, oh, muchas gracias, no te molestes. Ahora que lo pienso, aunque quisiéramos, no lo podríamos transportar hasta nuestra casa, es demasiado pesado, de modo que agradecemos tu *desinteresado* ofrecimiento, pero te lo cedemos todo “enterito”. ¿De acuerdo? —le respondió el joven con retintín y sin dejar de sonreír.

Cecilia se sentía herida en su amor propio. Aquel joven pretencioso y guasón era insoportable, pero había de reconocer que le había salvado la vida. Era de buena crianza el estar agradecida por ello, así que trató de poner fin a la disputa.

—Mirad, os pido perdón, si es que en algo os he ofendido. No era mi intención parecer descortés o desconsiderada. Es el primer gran ciervo que cazo y la primera vez que me he internado en este bosque; por eso me hacía ilusión llevarme la pieza a mi casa, nada más. No es que no quisiera compartirla con vosotros, creedme.

—Está bien, en ese caso, olvidaremos este malentendido —manifestó el de la discordia—. Ahora, si te parece, nos presentaremos. Este de aquí es mi hermano Gregorio, el sabueso al que has vendado tan bien tiene por nombre Ulises, y yo me llamo Leonardo. Vivimos en el valle de Salazar.

—¿En el valle de Salazar? Pero eso queda muy lejos de aquí. ¿Cómo es que os habéis internado tanto en el bosque?

—Por si no te habías dado cuenta —respondió Leonardo sin contestar a la pregunta—, tú eres casi una niña y no deberías estar aquí, al menos sin compañía. Este es un bosque muy peligroso, ya lo has podido comprobar hoy en tus propias carnes.

Cecilia no respondió. No sabía si aquel joven seguía de chanza, pero se sintió ofendida por el comentario. Ella ya era toda una mujer... eso sí, una mujer aún muy joven.

—Si yo soy una niña, ¿qué creéis que sois vosotros? Me parece que, sin ánimo de ofender, vosotros también necesitaríais algo de compañía.

—Bueno, una buena forma de resolver este asunto podría ser que cazáramos juntos. Nos brindaríamos protección mutuamente, a la vez que sería más divertido. ¿Qué te parece mi propuesta? —la interpeló de nuevo el joven con gracia y desenvoltura.

La princesa lo estuvo pensando durante un rato, hasta que finalmente respondió:

—De acuerdo, cazaremos juntos. Propongo que sea dentro de siete días. ¿Qué tal para entonces?

—Nos parece muy bien —contesto esta vez Gregorio, adelantándose a su hermano.

—Sí, sí, estoy de acuerdo —aseveró Leonardo—. Nos veremos a media mañana en lo alto de esta colina.

Después de ayudarla a cargar y sujetar el ciervo a la grupa del caballo, la acompañaron durante un buen trecho, porque no la querían dejar regresar sola. Sin embargo, ella insistió tanto en que sabría volver si ningún problema y se puso tan tozuda, que los hermanos tuvieron que dejarla marchar, emprendiendo el regreso a su valle.

Cecilia recorrió el resto del camino sin ningún contratiempo más. Para cuando logró salir del bosque y entrar por la puerta principal del castillo, el sol se encontraba casi a punto de desaparecer en el horizonte.

Alfonso y Margarita, avisados rápidamente de que la princesa había regresado salieron a recibirla con el semblante alterado. No obstante, la reprimenda que esperaba no se materializó.

—Llegas muy tarde, nos tenías preocupados. Anda, aséate y come algo. Después hablaremos —le dijo su madre al verla tan sucia y desaliñada y con un ciervo en la grupa del caballo—. Ve con ella, Aurelia.

Aurelia era el aya de Cecilia y siempre la había cuidado desde el día en que nació.



Aquella bondadosa mujer quería con locura a su niña y esta la correspondía, haciéndola depositaria de sus ilusiones y también, todo hay que decirlo, cómplice de sus travesuras, que siempre trataba de encubrir en todo lo que estaba a su alcance.

—¡Pero niña! ¿Dónde has estado? Me dijiste que vendrías pronto. Un día de estos tus padres me van a echar de aquí por encubridora.

—Anda, Aurelia, no te enfades y prepárame un buen baño.

—Está bien, pero date prisa. Tus padres quieren verte y aún tienes que cenar.

—No tengo hambre. Solo necesito bañarme y descansar.

Aquel baño tibio fue una gloria. Le permitió desembarazarse del sudor y el polvo acumulados tras la larga jornada. Sentía las piernas y los brazos doloridos, pero consiguió relajarse y salir de él como nueva.

Así, vestida y peinada debidamente y habiendo recobrado su aspecto de princesa, fue al encuentro de sus padres, dispuesta a enfrentarse con el rapapolvo que, con toda seguridad, le iban a soltar.

Con paso firme y decidido la princesa, seguida de Aurelia, se dirigió a donde sus padres se encontraban. Al verla entrar en la sala, Alfonso y Margarita la miraron de arriba abajo, pero su expresión no parecía de enfado.

—Hija mía —habló el rey—, nos alegra comprobar cuanto has crecido, hasta llegar a convertirte en una bella y atractiva mujercita. No nos habíamos dado cuenta hasta hoy, pero es algo que sucede de forma natural; los padres somos casi siempre los últimos en darnos cuenta de esas cosas.

—¿Por qué me decís todo eso, padre? —inquirió la infanta.

Los reyes se miraron con gesto de cierto desasosiego.

—Esta mañana —añadió Alfonso— nos ha llegado una embajada del rey Jaime en la que expresa su deseo de venir a conocerte. Al parecer le han llegado noticias de tu belleza y cualidades. Tiene intención de contraer matrimonio contigo.

Cecilia se quedó mirando a sus padres con cara de incredulidad.

—¿Matrimonio? ¿Habéis dicho matrimonio? ¡Pero yo soy muy joven para contraer nupcias! Además, por lo que yo sé, ese hombre es demasiado viejo para mí. ¡No me casaré nunca con él!

—Hija, tranquilízate. Nosotros tampoco deseamos esa boda —dijo la reina. Su esposo continuó:

—Él es un monarca poderoso que, desde hace tiempo, presiona y amenaza nuestras fronteras y está acostumbrado a conseguir todo lo que desea... por la fuerza si hace falta. ¿Lo entiendes? No puedo negarme a que venga, pero debemos pensar en una buena excusa para no entregarle tu mano sin enemistarnos con él.

Después de esta conversación, la joven se retiró a sus habitaciones. La noticia le había puesto mal cuerpo. El ama la ayudó a desnudarse y a ponerse la ropa de dormir. Estaba muy cansada y sus miembros la pesaban como el plomo, pero se metió en la cama con agrado, quedando recostada sobre el cabecero.

—Si no tienes sueño, mi querida niña, puedes aprovechar para contarme lo que te ha sucedido hoy. Me tienes en ascuas —dijo el aya, sentándose al borde de la cama.

—Hoy he cazado el ciervo más grande que puedas imaginar y he tropezado con un oso que me ha disputado la presa.

—¿Dónde ha sido eso? Los osos no suelen dejarse ver por aquí, tienen sus guaridas en lo más profundo del bosque.

—Aurelia, no te quiero engañar: del bosque venía cuando he llegado esta tarde.

—¿Del bosque, dices? ¿Pero cómo puedes ser tan inconsciente? Ya eres mayorcita, y princesa, por demás. Deberías empezar a comportarte de manera más juiciosa y prudente.

Después de encajar la regañina, Cecilia relató lo que le había sucedido aquel día.

El ama se encogió de terror al escuchar el incidente del oso.

—Aya, no tiembles. Son lances de la caza.

—No sé cómo puedes decir tal cosa y con tanta sangre fría. ¿Y qué hacían esos chicos allí?

—Lo mismo que yo: explorar el terreno y cazar. Pero si hubieras visto al muchacho que me salvó... subido al lomo de aquel enorme animal y con el cuchillo en alto... parecía el soberano de la espesura. ¡Y cómo se enfrentó a él! ¡Con qué valentía!, ¡con qué arrojo! Arriesgó su vida por mí sin pensárselo ni siquiera un instante. Y cuando descubrió que el cazador cazado era yo, se me quedó mirando como si hubiera visto un fantasma, ja, ja, ja —rio la joven—. No sabes lo que me costó convencerle de que no era un duende del bosque.

Aurelia miraba a su niña con asombro: nunca la había visto hablar de nadie con tanta vehemencia.

—¿Y del otro muchacho y del perro no me vas a contar nada?

—Sí, pero ahora estoy muy cansada y necesito dormir.

—Bueno, bueno, ya seguiremos hablando entonces mañana.

—Aya, ¿qué va a pasar con el rey Jaime?, ¿qué vamos a hacer?

—No te preocupes, ya verás como todo se arregla; ahora tienes que descansar.

La buena mujer depositó un beso en su frente y le dio las buenas noches, cerrando tras ella la puerta.

Al atardecer del día siguiente, una figura ya familiar para la guardia del castillo solicitó ser recibida por el rey y montada en su asno cruzó el portón. La visita de Toribio fue anunciada al rey, quien inmediatamente salió a su encuentro, lo saludó con afecto y le hizo pasar a su gabinete.

—Querido abad, cuánto me alegra veros de nuevo. Es como si me hubieseis leído el pensamiento, porque pensaba mandaros recado. Tengo algo importante que consultaros.

—Yo, señor, solo he venido a daros cuenta de un suceso que me está perturbando el ánimo.

El rey escuchó atentamente de boca del abad el encuentro de Diego Albar y su gente con los jinetes armados.

—¿Cuántos eran?

—Solamente tres.

—¿Y decís que iban vestidos de negro?

—Así es, mi señor.

—Habéis hecho bien en venir, porque sé quiénes son. Se trata de una embajada del rey de Iberia. Han venido para transmitirme que su señor desea conocer a mi hija y que tiene la intención de pedirla en matrimonio.

—¡Majestad, por su edad, ese hombre podría ser su padre! Una unión así sería un infortunio para ella —afirmó el abad con vehemencia.

—Siempre ha habido desposorios entre reyes en condiciones parecidas; la

diferencia de edad no es una razón de peso que justifique rehusarlo.

—Pues deberéis encontrar la manera de hacerlo, porque está muy claro lo que pretende ese ladino con este enlace.

—¿Y qué es lo que pretende, según vos?

—Por un lado, desposarse con vuestra única hija le facilitaría el dominio de vuestro reino, cosa que pretende desde hace tiempo.

—¿Y por otro?

—Conseguir una esposa joven, la más bella rosa que se pueda encontrar, asegurando de esta forma su descendencia.

—Estoy de acuerdo pero, ¿qué razones podríamos darle para declinar su petición? Sin ofenderle, desde luego.

—Yo le diría que Cecilia tan solo tiene quince años y que todavía es una niña; que sería preferible dejarla madurar al menos un par de años más, y que quizás para entonces ya habrá llegado a entender y aceptar la idea del matrimonio con agrado. Así le daríais largas sin negaros a las claras.

»De todas formas —prosiguió Toribio— habría que encontrar la manera de evitar que venga a vuestro castillo. Es un hombre peligroso del que puede esperarse cualquier cosa.

—¿Pero cómo? Ya ha manifestado su deseo de venir a conocer a mi hija.

—Diciéndole que lo único que ahora podría ver es a una niña correteando por el jardín y jugando con sus muñecas.

El rey quedó pensativo antes de contestar:

—Está bien, maduraré vuestros consejos y obraré en consecuencia. Ahora, aseaos un poco y sentaos a nuestra mesa. Cenaremos juntos.

Al día siguiente temprano, Toribio, acompañado de una pequeña escolta, regresó a la abadía; pero antes de dar por finalizada la jornada se dirigió en solitario al bosque, en busca de su fiel amigo.

—Amigo, debo felicitaros. Tras ese aire beatífico que poseéis se esconde un sagaz y hábil diplomático. Yo mismo no hubiera podido dar al rey mejores ni más sabios consejos —le reconoció Rodrigo.

—¿Cuál creéis que será la reacción de Jaime? —preguntó el abad.

—Sin duda le hará muy poca gracia vuestro planteamiento. No obstante, si prende en él la esperanza de que en el plazo de dos años conseguirá su propósito, no creo que se atreva a lanzar sus ejércitos contra Alfonso. Eso sí, arderá de impaciencia, y tendrá tiempo para planear cómo afrontar cualquier eventualidad que ponga en peligro sus aspiraciones.

»Tal como están las cosas, considero llegado el momento de regresar a la tierra que me vio nacer: necesito conocer de primera mano cuál es allí la situación en estos momentos. Al final del otoño, entraré en el reino de incógnito y visitaré a algunos amigos, si es que todavía viven y, de paso, sondearé el terreno para intentar organizar una resistencia.

Finalizada la conversación, el abad regresó a su retiro monástico y el antiguo senescal quedó en la cabaña, meditando sobre su próximo viaje al reino de Iberia.

Mientras esto sucedía en el bosque de Irati, en el castillo de Olite, el rey compartía las ideas de Toribio para contrastar la proposición de Jaime con su esposa, que se mostró de acuerdo en todo.

—No debemos precipitarnos —manifestó el soberano—. El pretendiente entenderá que una cuestión de tanta importancia debe ser meditada cuidadosamente.

—¿Quieres decir que dejarás pasar un tiempo antes de responder?

—Efectivamente.

—Mi buen esposo, puedes mandarle tu contestación cuando lo creas más oportuno, pero sería bueno que la escribieras ahora mismo y la dejaras preparada, sin ponerle fecha todavía.

—De acuerdo, así lo haré.

Y dándole un cariñoso beso a la reina, se encaminó hacia su gabinete. Con minuciosidad y midiendo muy bien las palabras Alfonso fue dando forma a su escrito. Cuando por fin lo consideró de su agrado, lo transcribió a limpio, enrolló y puso a buen recaudo.

Mientras regresaba a sus aposentos, pensó que nadie mejor que el abad para hacer llegar su respuesta al rey Jaime. Le conocía bien y sabía que era un hombre firme y tenaz. No se arredraría ante amenazas y presiones.

El domingo acordado, la princesa, de nuevo con el consentimiento del Aya, burló la vigilancia del castillo y al despuntar el alba se encaminó hacia el bosque. Esa mañana cabalgaba con paso más firme y decidido. Deseaba llegar cuanto antes al punto de encuentro y, sin saber muy bien por qué, se sentía alegre e inquieta a la vez. Un ligero cosquilleo le revoloteaba en la boca del estómago.

Cuando al fin divisó la cresta de la colina, escuchó algunos ladridos cercanos y Ulises apareció trotando por la ladera. El animal ladró feliz al reconocerla y la acompañó cuesta arriba sin dejar de agitar el rabo.

—Bienvenida, Elisa —la saludó Leonardo sonriendo al verla—. No te esperábamos tan pronto.

—Muy buenos días, amigos. He salido muy temprano, supongo que como vosotros.

—Creo que cuanto antes empecemos a cazar, mejor será. Así tendremos más tiempo después para comer y descansar —planteó Gregorio, dejando claras sus prioridades.

—A mí me parece bien —respondió Cecilia—. Me gustaría regresar hoy a mi casa a plena luz del día.

—¿Qué te gustaría cazar? —le preguntó Leonardo a la muchacha.

—Me da igual.

—¿Piensas venir con el caballo? —la interpeló Gregorio.

—No. Lo dejaré aquí e iremos a pie. Prefiero que estemos en igualdad de condiciones.

—Entonces, qué tal si avanzamos en línea. Tú, Elisa, podrías ir en el centro, y nosotros, uno a cada lado —propuso Leonardo. En aquella dirección el bosque no parece tan tupido.

Todos estuvieron de acuerdo, por lo que los tres comenzaron a caminar en dirección oeste, con la luz del sol a las espaldas. A media mañana ya habían abatido varias piezas, ninguna de gran tamaño. Se habían alejado bastante, por lo que decidieron, a sugerencia de la muchacha, ir trazando un arco que les permitiera retornar al punto de encuentro.

Cuando ya prácticamente habían llegado a la colina, en una zona muy cerrada de tojos y zarzales que les cortaba el paso, escucharon un áspero gruñido. El perro, ladrando con fuerza y tan valiente como siempre, trató de penetrar en la espesura, sin conseguirlo. De pronto, ante ellos apareció un imponente jabalí, con unos colmillos de un palmo de longitud.

La bestia, sintiéndose acosada o seguramente defendiendo a su piara, atacó a gran velocidad al que estaba más cerca, en este caso Gregorio, quien apenas tuvo tiempo para reaccionar, siendo derribado. La fiera se revolvió con la intención de rematarle, pero Cecilia se interpuso de un salto entre ambos. La joven no debió parecerle a la bestia enemigo digno de consideración, porque bajó el hocico y se fue derecha hacia el muchacho.

Cecilia clavó la rodilla en tierra y, junto a ella, el asta de su venablo, y sujetándolo firmemente con ambas manos, lo apuntó hacia la cabeza del animal, que se le venía encima irremisiblemente. Apretó los dientes y aguantó su posición, sin dejar de mirar al jabalí. El choque fue tan demoledor que la doncella salió despedida, quebrándose el venablo.

La bestia se había clavado profundamente la hoja en el cuello llevada de su propia inercia y sangraba a borbotones, pero aun así, trató de embestir una vez más. Suerte que Leonardo, atento a lo que sucedía, se echó sobre ella y de dos certeras puñaladas la dejó muerta en el acto.

—¿Estáis bien? —preguntó a continuación a sus compañeros.

—Sí, sí —respondieron ambos, que solo tenían rasguños y magulladuras.

—Estaré siempre en deuda contigo —le dijo Gregorio a la joven, conmovido por la valentía que había demostrado—. Me has salvado la vida.

—He hecho lo mismo que ya hicisteis vosotros por mí el otro día.

—Hoy has demostrado gran valor, y es justo reconocértelo —terció Leonardo—. Nos sentimos orgullosos de cazar a tu lado.

—Vais a conseguir que me sonroje. Le estáis dando al lance más importancia de la que tiene —contestó sonriente la princesa.

—Muy pocos hubieran sido capaces de mantener el tipo en parecidas

circunstancias —continuó Gregorio.

—Somos amigos, ¿no es así? ¿Qué no haría un amigo por otro? ¡Decidme! —respondió ella, restándole importancia a su acción.

Los hermanos no solo se sentían agradecidos, sino que se hallaban profundamente admirados por el temple y la desenvoltura demostradas por la muchacha. Tanto, que su percepción de ella era ahora totalmente distinta.

Como por arte de magia, fueron derribadas barreras y falsos orgullos, si es que alguna vez existieron, siendo sustituidos por lazos de camaradería y amistad.

Vaciaron el vientre del fogoso animal y después fueron en busca del caballo de la joven para transportarlo hasta la cima de la colina. Cansados del esfuerzo y estando ya cercano el mediodía, decidieron almorzar. Como a Gregorio le pareció escaso el ajuicio de que disponían, peló y preparó un conejo de los que habían cazado y lo asó dándole vueltas sobre un fuego que encendieron al abrigo de las peñas.

En lo alto de aquel cerro, rodeados de aquel inmenso mar de verdes copas y sintiendo la brisa en sus caras, los tres compañeros se sentaron a comer, dando cuenta del sabroso manjar, y una vez satisfecho el apetito, charlaron animadamente entre bromas y risas.

Cecilia enseguida percibió que se hallaba ante unos chicos instruidos y de nobles sentimientos, y que era mucho el cariño que ambos se tenían. A los hermanos, la joven les pareció la compañera de aventuras ideal. Conocían a otras chicas en el valle, pero ninguna que se le pudiera comparar.

Las horas transcurrieron veloces y pronto llegó el momento de despedirse. Los muchachos se empeñaron en que ella se llevase el jabalí y Cecilia les cedió las piezas menores, quedando emplazados de nuevo para otro día.

Así pues, estos encuentros se fueron sucediendo a lo largo del verano, y una amistad sincera y profunda se fue anudando entre los tres. No obstante, lo que había prendido en el corazón de la princesa era otra cosa. Un sentimiento nuevo y desconocido que la hacía padecer cuando se encontraba alejada de Leonardo y que la colmaba de gozo cuando se encontraba junto a él.

Embellaciendo los campos y meciéndose al viento, la mies alcanzó su madurez. El centeno, sembrado en el invierno, dobló su cerviz y, generoso, ofreció su dorado fruto a los esforzados campesinos. Agosto transcurría apacible y las cuadrillas se aprestaban a realizar su labor.

Los segadores, encorvados sobre las espigas, competían con sus hoces por ver quién era capaz de aligerar un mayor número de surcos. Detrás, jóvenes y mujeres iban componiendo y anudando las apretadas gavillas que más tarde serían transportadas a las aldeas y casas de labranza. Finalmente, con la trilla era separado el grano de la paja y, después de aventado, se guardaba en los graneros, como si de oro en polvo se tratase.

En los primeros días de septiembre se celebraba una fiesta muy esperada: la Virgen de los Remedios. Los pobladores del valle hacían sus ofrendas y el propio abad celebraba una misa solemne al aire libre.

Era costumbre ese día que todas las familias se reuniesen, en común hermandad, en un espacioso prado cercano a la abadía y allí disfrutasen de una comida campestre aderezada con las más apetitosas viandas, mientras que músicos y juglares, venidos de todas partes, entretenían a los parroquianos con sus melodías, rimas y juegos malabares. Las familias comían gozosas y manifestaban su alegría riendo y entonando canciones. Por la tarde se bailaba al son de la música y se hacían concursos en los que muchachos y muchachas podían demostrar sus habilidades.

De esta forma sosegada y risueña transcurrió la jornada y los últimos días del verano tocaron a su fin.

Llegó octubre, y el otoño comenzó a mostrarse levemente para luego hacerlo en todo su esplendor. El viejo bosque de Irati cambió sus verdes ropajes por una vestimenta más colorida, que viraba del amarillo al castaño, pasando por el rojo en todas sus tonalidades. Era hermoso observar sus ramajes en un día soleado, pero tanta maravilla no podía ocultar el modo en que las hojas, al caer, iban destejiendo el fantástico bordado de su manto.

Bajo esta prodigiosa floresta, maese Arcabad y sus dos discípulos continuaban con su adiestramiento los días señalados.

—Muchachos, ha llegado la hora de practicar en serio. A partir de ahora utilizaremos espadas de verdad y os pondréis los elementos de protección necesarios.

Entraron en la cabaña y, portando cota de malla, yelmo y guanteletes, salieron convertidos los tres en auténticos caballeros. Las espadas resultaron bastante más pesadas y los hermanos se sentían incómodos con el nuevo atuendo, pero si querían ser diestros en la lucha, debían acostumbrarse a ello.

No lejos de la casa de Albar se levantaba el molino en el que trabajaban Venancio



Velasco y Catalina. Los grandes bloques de piedra le conferían un aspecto macizo, y para mover las dos inmensas muelas cónicas con las que se trituraba el grano, tomaba el agua de una ancha acequia que discurría paralela al río. Sobre el tejado descollaba una pequeña construcción circular parecida a un palomar, desde la cual se podía fisgonear todo lo que pasaba en las inmediaciones de la casa de Diego y Elvira.

Venancio, que no quitaba ojo a los mellizos, les siguió un día cuando se dirigían al encuentro con Arcabad y, escondido entre matorrales, les espío. Aunque la distancia no le permitía escuchar lo que decían, estaba claro que aquello era una clase de combate en toda la regla. El entrechocar de acero contra acero le hacía rechinar los dientes, pero esto no le impidió apreciar que el ermitaño manejaba el arma como un auténtico maestro y que los muchachos se defendían y contraatacaban con gran energía y destreza.

Después de casi dos horas de pelear sin descanso, se quitaron las defensas y el ermitaño, que por un momento desapareció de su vista, volvió conduciendo por el bocado a un magnífico alazán. Los chicos se turnaron para montarlo y, por cierto que lo hacían bastante bien.

Después de esto, Venancio regresó al molino y le contó a su mujer con pelos y señales su descubrimiento.

—Creo que ese ermitaño protegido del abad no es lo que aparenta ser —afirmó Catalina—. Si no, ¿por qué iba a manejar así la espada y tener un caballo de esa planta?

—Mujer, el caballo se lo regaló el abad.

—Bueno, eso es lo de menos, el caso es que más parece caballero que anacoreta. Y lo que no me explico es qué hace enseñando esas cosas a unos simples campesinos...

—No tengo ni idea. De todas formas, hoy he podido fijarme con atención, y te digo que Gregorio tiene la figura y los andares de su padre y los ojos y la boca de su madre. Sin embargo, a Leonardo no le veo el parecido con ninguno de los dos.

—Ummm... Eso confirmaría nuestras sospechas, pero entonces, si el muchacho no es hijo de los Albar, ¿quiénes son sus verdaderos padres y cómo ha llegado hasta ellos? —preguntó la mujer.

—Desde luego el chico se comporta como si lo fuera y lo más seguro es que ni él mismo lo sepa.

—Está bien, tú sígueles observando; veremos si descubrimos algo más —continuó la mujer—. Se me ocurre que podías ir a hablar con fray Anselmo. A lo mejor él te puede aclarar algo que a nosotros se nos escapa.

—Me parece una buena idea. Mañana mismo me acercaré a la abadía.

Hemos de aclarar, para un mejor entendimiento, que siendo niños, Venancio y Anselmo eran vecinos y les unía afinidad de espíritu e inclinaciones parecidas. En su adolescencia, para no pasar hambre y trabajar con moderación, Anselmo entró al servicio de la abadía, y algo más tarde Venancio se casó y quedó a cargo del molino.

Ya muy avanzado el otoño, cuando el bosque se había convertido en una inmensa enramada de tonos grises, coloreada tan solo por el marrón de su lecho de hojas y el verde de sus líquenes y musgos, Arcabad comunicó a sus jóvenes pupilos que tendría que ausentarse durante algún tiempo. Los muchachos le preguntaron pero, por más que le insistieron, no quiso desvelarles ni el destino ni el objetivo de su viaje; solo les comentó que el mal acechaba y que, para combatirlo, su conciencia le exigía hacer algo más que rezar. Les hizo prometer que seguirían acudiendo allí a practicar y les dio permiso para entrar en la cabaña siempre que quisieran.

Poco tiempo después de la despedida de Arcabad, Elvira le pidió a Leonardo que fuera a moler un poco de centeno. Así pues, el muchacho aparejó una yunta de vacas, la unció al carro, cargó los sacos de grano y, poniéndose delante de los pacíficos animales, los condujo hasta el molino.

Mientras avanzaban lentamente, el eje chirriaba produciendo un sonido cambiante que asemejaba un coro de lamentos. Cuando por fin el joven llegó a su destino, llamó a la puerta. Fue Venancio quien salió a abrir.

—Buenos días te dé Dios, Venancio.

—¡Vaya, Leonardo! ¿Qué se te ofrece?

—Traigo unos sacos de grano para moler.

—De acuerdo. Descárgalos y mételos dentro.

—Son sacos de algo más de una fanega, ¿te importaría echarme una mano? Así terminaremos antes y yo no acabaré tan molido como lo va a estar este grano dentro de poco.

—Lo siento en el alma, pero hoy me he levantado con un dolor de riñones que no me puedo ni mover. Si quieres, deja aquí el carro y ve a buscar a tu hermano para que te ayude...

—No, imposible. Gregorio ha salido ya con el ganado y no estará en casa. En fin, ya me apañaré, no te preocupes.

Así que el muchacho bajó él solo los sacos del carro y los arrastró como pudo hasta el lugar que le había indicado el molinero.

—¿Ya los has traído todos? ¡Qué rapidez! Bueno, tendrás que esperar un rato hasta que termine de moler tu grano. Date una vuelta por ahí si quieres mientras tanto, te avisaré cuando termine.

El joven decidió hacerle caso y se puso a andar distraídamente por la orilla del río. A través de las aguas cristalinas, podía distinguir numerosas truchas varadas en el fondo, a la espera de que la propia corriente les llevase el alimento a la boca. De vez en cuando, alguna saltaba sobre la superficie, tratando de engullir un insecto. A la vista del espectáculo, se decidió a coger unas cuantas para aliviar la espera.

Elegió una zona poco profunda, se desvistió quedándose en calzones y se metió en el agua que, aunque fría, resultaba tolerable. Comenzó a avanzar a contracorriente,

escudriñando el fondo y tratando de no enlodarlo al caminar, para poder ver cuándo una trucha se escabullía e iba a esconderse bajo una piedra o entre las raíces de los árboles de la ribera. Leonardo entonces metía ambas manos bajo las lajas, y cuando tocaba suavemente, con las yemas de los dedos, el vientre resbaladizo de un pez, lo acariciaba para luego, en rápido apretón, sujetarlo por la cabeza y sacarlo fuera del líquido elemento. A continuación, con un hábil movimiento, descoyuntaba al animal y lo ensartaba por las agallas en una rama.

En poco menos de una hora, había capturado una docena de peces, así que salió del río con su valioso cargamento, se vistió de nuevo y se sentó en el carro a esperar. El Chismoso apareció algo más tarde, y al avistarlo descubrió las truchas.

—¿De dónde las has sacado? ¿No me las habrás cogido de mi rejilla?

El molinero se refería a la rejilla de madera que tenía permanentemente colocada en el tramo final de la acequia, donde quedaban prisioneras las truchas que tenían la desgracia de entrar en ella.

—¿De tu rejilla? No, las he capturado con mis propias manos en el río.

—¿Con tus propias manos, dices? ¿Tantas y en tan poco tiempo? Eso es imposible. ¡Tú me las has robado, sin duda! —Descompuesto avanzó hacia él amenazador y con la cara desencajada—. Eres tan ladrón y mentiroso como tus padres. ¡Mira que venir hasta aquí para hurtar mi sustento...!

Leonardo no podía dar crédito a lo que oía.

—Pero hombre, no te pongas así. Si es por las truchas, te las regalo. Toma, cógelas, no las quiero.

—¡Te voy a enseñar a respetar lo que no es tuyo!

El molinero ya alzaba sus crispadas manos con la intención de coger al chico por el cuello, pero entonces unos dedos de acero se cerraron sobre sus muñecas, inmovilizándole por completo.

—¿Qué haces, desgraciado? ¡Suéltame! ¡Suéltame te digo!

—No hasta que te calmes y me expliques por qué insultas a mis padres. A mí me podrás llamar lo que quieras, pero no consiento que les metas a ellos en la discusión.

Venancio notaba la creciente presión y creía que sus huesos iban a estallar de un momento a otro. No entendía cómo aquel joven podía tener semejante fuerza, pero sentía cada vez más dolor y empezaba a arrepentirse de lo que había dicho.

—Suéltame, por favor —suplicó, balbuceando—. No sé lo que me ha sucedido. Tienes razón, tus padres no son ladrones ni mentirosos.

—Ni yo tampoco. Te repito que las truchas las he cogido del río. Si lo deseas, hacemos la prueba; verás que en un rato vuelvo a atrapar otras tantas.

—Te creo, te creo, no es necesario que lo hagas.

Leonardo soltó sus muñecas.

—Toma las truchas —dijo tendiéndoselas, pero como el molinero no hizo ademán de aceptárselas, las dejó con indiferencia a la puerta de su casa.

—Si ya está el grano molido, dame la parte que me corresponde. Se ha hecho

muy tarde y tengo que irme.

Leonardo cargó la harina en el carro y, sin decir adiós, emprendió el camino de regreso a casa. Las palabras del molinero insultando a sus padres no se le iban de la cabeza; las había pronunciado con demasiada rabia y no entendía el por qué.

Rodrigo Cortés caminaba de incógnito, camuflado tras el encrespado cabello a juego con su lengua barba. Se apoyaba en un robusto cayado y vestía un hábito sucio y descolorido. Al intentar entrar en su antiguo reino, fue descubierto por una patrulla fronteriza.

—¿Quién eres y a dónde te diriges? —le interpelló un soldado.

—¡Soy el enviado que nunca se espera, el profeta que anuncia el fin de este mundo infame! —exclamó con voz de trueno, elevando hacia el cielo su báculo—. ¡Pecadores! Cortad en pedazos esas bífidas lenguas y vuestras manos ensangrentadas. Hace tiempo que mi nombre se perdió en el olvido, pero vengo a salvar a los justos. ¡Dejadme pasar si no queréis que el Dios verdadero descargue su ira contra vosotros y vuestras familias!

Los ojos del profeta parecían despedir chispas, y su barba y cabellos ondeaban al viento. En verdad parecía un terrible personaje capaz de cumplir su promesa.

—Dejadle pasar —dijo el que parecía estar al mando—. ¿No veis que no es más que un viejo e inofensivo predicador prisionero de su locura?

Los soldados hicieron sus caballos a un lado y el hombre avanzó entre ellos con gesto feroz, dejando atrás aquella tropa con el miedo reflejado en sus ojos.

Ya se había alejado unos cien pasos, cuando escuchó una voz que decía:

—¡Eh, predicador! Esperad. —Era el jefe de la patrulla. Se acercó a él, desmontó del rocín y le habló así—: Tomad.

—¿Qué es esto? —preguntó el senescal.

—Es una placa marcada; si os paran, simplemente mostradla. Procurad no perderla, será vuestro salvoconducto.

Rodrigo miró a su interlocutor con ojos extraviados y durante unos instantes pareció no entenderle, pero finalmente tomó la placa que tan providencialmente se le ofrecía.

«No hay duda de que, para confusión de mis enemigos, Dios me presta su ayuda. ¡Alabado sea el Señor!», musitó para sí el falso predicador.

Cuando perdió de vista a la tropa, el senescal respiró tranquilo y echó a andar con paso firme y decidido. La naturaleza mostraba sus ropajes grises y la hojarasca crujía bajo sus pies. Ráfagas de un viento racheado cimbrecaban las copas de los árboles y hacían desprenderse las pocas hojas que aún quedaban prendidas de sus ramas.

Llevaba andando varias horas cuando divisó una tenue humareda elevándose entre los árboles y muy próxima al camino. Se acercó a ella sigilosamente y, ante sus ojos, se mostró una familia descansando.

Al verle aparecer con tan terrible aspecto, se levantaron asustados.

—No temáis, no voy haceros ningún daño. Soy un predicador de paso por estas tierras; solo deseo charlar un poco. He visto el humo y me he acercado.

—No sé hacia dónde os dirigís —dijo el que parecía ser el padre—, pero creo que habéis elegido un mal camino. Andar por aquí se ha vuelto muy peligroso en los últimos tiempos, incluso para una persona como vos.

—Si lo decís porque estos bosques están plagados de ladrones, nada podrían robarme pues nada poseo, tan solo este cayado de madera.

—No me refería precisamente a los ladrones, señor.

La familia, compuesta por los padres, una muchachita y dos mozalbetes, iba vestida con ropas raídas, y por sus caras famélicas, bien se echaba de ver que pasaban mucha hambre.

Rodrigo buscó bajo su hábito y sacó una hogaza de pan y queso de oveja.

—Tomad esto, quizás calme vuestro apetito.

—Pero, señor... ¿os quedaréis vos sin nada!

—No os preocupéis por mí, hace muy poco que he comido.

Con lágrimas en los ojos, los mayores agradecieron el generoso gesto, mientras tendían los alimentos a sus hijos.

—Pero venid, contadme lo que os ha sucedido —pidió sentándose junto a ellos. La mirada de Rodrigo, en ocasiones terrible y amenazadora, solo mostraba ahora compasión y cariño.

El padre, ya más confiado, le dijo así:

—Veréis, la comarca de la que procedemos está próxima al puerto de Somiedo... no sé si vos la conoceréis... —El falso predicador asintió con la cabeza—. Allí trabajábamos nuestras propias tierras. Con la ayuda de Dios y nuestro esfuerzo salíamos adelante, llevando una existencia honrada y feliz, al igual que la llevaron mis padres... Pero desde aquellos funestos días en que sucumbió la estirpe del rey Eduardo, todo han sido calamidades.

»El nuevo rey, su hermano, empezó a requisar nuestras cosechas y ganados hasta dejarnos prácticamente sin nada. Cuando parecía que nuestra situación no podía empeorar más, fueron confiscadas nuestras tierras y nos convertimos en poco menos que esclavos, obligados a trabajar por una mísera comida al día. Para colmo, don Jaime ha establecido un sistema de levas que nos exige entregar para el servicio del ejército al varón primogénito cuando cumple los doce años, y a una de nuestras hijas, caso de tenerla, al cumplir los trece.

Rodrigo escuchaba sin poder dar crédito.

—Sabía que las cosas habían empeorado, pero no hasta ese punto —confesó en voz baja mirando hacia el suelo.

—Por eso ahora, después de soportar esta situación durante tantos años y viendo que se acerca el momento de perder a nuestros hijos, nos hemos decidido a huir. Sabemos que es un acto desesperado y que están en juego nuestras vidas, pero hemos

preferido correr el riesgo.

Rodrigo se acercó a la fogata y la apagó echando tierra sobre ella.

—Por el humo os pueden descubrir. ¿Hacia dónde os dirigís?

—Pensábamos ir al reino del Pirineo.

—La frontera no se halla muy lejos, pero por aquí está muy vigilada y os resultará prácticamente imposible pasar. Lo sé porque de ella vengo. Os aconsejo que os desviéis un poco hacia el sur evitando los caminos principales. Avanzad con las primeras horas del alba y en las últimas del atardecer, y no hagáis fuego bajo ningún concepto.

»Hay una sierra a un par de días de camino. Es algo intrincada, pero os indicaré cómo cruzarla, y así, sin casi daros cuenta, os encontrareis en las tierras del rey Alfonso. Cuando lleguéis a ellas, preguntad a los campesinos por la abadía de Ochagavía y presentaros al abad. Decidle que vais de parte de Arcabad.

Agradeciéndole la familia sus valiosos consejos, se despidieron y cada cual retomó la senda que le marcaba su destino.

El senescal siguió avanzando por caminos y veredas sin tratar de ocultarse. Su aspecto impresionaba tanto, que cuando se cruzaba con algún aldeano, el primer impulso de este era escapar y ponerse a salvo. Sin embargo, al escuchar sus cálidas y cordiales palabras, la gente se congregaba a su alrededor para escucharle, y no era raro que le invitasen a compartir su comida, casi siempre escasa, pero ofrecida de todo corazón.

Y es que aquel hombre les llevaba esperanza y palabras de aliento, y también conseguía prender en sus almas una chispa de rebeldía e inconformismo.

Gracias a estas conversaciones con los lugareños, el barón de Mieres pronto captó el propósito de aquel pérfido sistema de levas. Los varones eran distribuidos por los distintos destacamentos del reino, casi siempre los más alejados de sus hogares. En ellos eran sometidos a una férrea disciplina, que pretendía convertirlos en feroces guerreros, embrutecidos y sin escrúpulos, para que olvidaran y despreciaran sus pacíficos orígenes. Las niñas sufrían un proceso parecido, pero en su caso se les asignaban otros menesteres, entre los que se incluía una extensa red de burdeles en los que la soldadesca solía satisfacer sus más bajos instintos. Las tristes familias, al ver cómo les eran arrebatados los hijos de su lado y temiendo por ellos, quedaban prisioneras de los deseos y rapacerías del rey y sus secuaces.

Este plan, sin duda, respondía a los designios de una mente retorcida, pérfida y miserable. Jaime había logrado transformar el reino en una sociedad esclavizada, en la que todos los recursos servían al único propósito de mantener un ejército cada vez más numeroso, y donde nobles, dignatarios y representantes del rey conformaban una camarilla de oscuros y ambiciosos personajes dedicados por entero a halagar a su señor y sin el más mínimo escrúpulo en hacer todo lo necesario para mantenerle satisfecho.

Todo giraba alrededor de su poder ilimitado y el miedo y el terror eran los hilos

maestros que soportaban aquella gigantesca tela de araña. Ni que decir tiene que la justicia hacía tiempo había desaparecido de aquellos lugares, siendo suplantada por el favoritismo y la crueldad.

La otra cara de la moneda eran fértiles terrenos sin cultivar, casas quemadas o destruidas, antiguos itinerarios comerciales invadidos por la maleza y, en fin, pesadumbre y tristeza hasta en los más inconformistas y aguerridos corazones.

El senescal, recordando tiempos mejores, no podía asimilar todo lo que le contaban y él mismo veía a su alrededor.

Por las rutas principales, las únicas que se mantenían bien conservadas, se podían ver a menudo numerosas partidas de soldados. La vigilancia era constante y la rebeldía se castigaba duramente y sin miramientos. Él mismo hubo de mostrar su salvoconducto en varias ocasiones, gracias al cual le permitieron continuar su camino sin hacerle preguntas.

El invierno llegó de improviso cubriendo de blancura las altas cumbres. El falso ermitaño, incansable, recorría el reino de aldea en aldea, recabando información y tratando de distinguir a aquellos que, llegado el momento, estarían dispuestos a rebelarse contra aquel estado de cosas, pues aunque el descontento era considerable, el miedo les atenazaba.

En sus andanzas, se fue acercando al que fuera el castillo de su rey, hoy convertido en fortaleza y rodeado de altas murallas, por lo que, para mayor protección, caminaba siempre ocultándose entre la floresta. Tenía pensado visitar a su amigo Bertrán. ¿Qué habría sido de él y de su mujer, María la Brava, después de tantos años?

Con sigilo se encaminó hacia la cabaña del leñador y la descubrió allí donde siempre había estado, en medio del bosque. Ya no lejos de ella escuchó el seco y cadencioso sonido de un hacha, y distinguió la inconfundible figura de su amigo, que se afanaba cortando leña. Durante un rato estuvo contemplándole en silencio. Bertrán, al percibir una sombra junto a él, levantó la mirada, quedando poco menos que petrificado ante la formidable visión que le observaba a menos de cuatro pasos: debía de tratarse de un demonio de los que ahora tanto abundaban y que venía a reclamar su alma inmortal.

—¿No me reconoces, amigo?

Aquella voz y esa mirada... pero no, no podía ser.

—¡Espíritu que ante mí te manifiestas! Yo soy un hombre pobre y sencillo. ¿Qué deseas de mí?

—Bertrán, Bertrán, no soy ningún espíritu ni nada que se le parezca. Solo soy yo, Rodrigo, en carne y hueso. ¿Acaso has olvidado a tu antiguo camarada?

—¿Rodrigo Cortés? ¿Sois vos quien me habla?

—¿Quién si no con estos ropajes y esta facha, sería capaz de venir hasta aquí? Ven, acércate, pero deja el hacha a un lado.

El leñador se aproximó y, extendiendo su mano, le tocó la frente y la nariz.

—¡Ver para creer! ¡En verdad sois vos! Esto es un milagro, sin duda —dijo, abrazando con alegría a su amigo en desagravio por su incredulidad, y riendo, añadió—: Pero mirad. ¡Valiente disfraz os habéis echado! De no haber hablado, me hubiera sido imposible reconocerlos.

—Antes me has llamado por mi nombre, pero has de saber que, desde hace diecisiete años, empleo solo el de Arcabad. Buen título para el anacoreta en el que me he convertido.

—¿Anacoreta, señor?

—Sí, y pretendo seguir conservando tanto ese nombre como mi nuevo oficio. No lo olvides.

—Acompañadme, entremos en la casa. Hoy en día existen ojos que todo lo escudriñan, y es menester ponerse a cubierto de miradas indiscretas —dijo el leñador, mirando alrededor con desconfianza.

—¿Dónde está María?

—Ahora sirve en las cocinas del antiguo castillo; solo algún domingo viene a dormir.

—Veo que, al menos en apariencia, estáis bien. ¿Qué tal os han ido las cosas estos años?

—Aparte de ser más viejos, a nosotros no nos han ido mal del todo si nos comparamos con otros muchos. Continuamos sin tener hijos; poco menos que una bendición: así no servirán de carnaza a ese infame canalla. Trabajo dirigiendo algunas cuadrillas que se ocupan de talar y desbistar troncos para su ejército. Se dice que en la Villa del Quemado están construyendo gran cantidad de máquinas de guerra. ¡Ay, mi señor! No os podéis imaginar cuánto han cambiado las cosas, y todo para mal.

—Ya veo. Mis predicciones se han quedado cortas respecto de la realidad. ¿Cómo es que no habéis huido?

—Siempre hemos tenido el pensamiento de que algún día regresaríais y que os gustaría encontrarnos aquí para poder ayudaros.

—Me conmueve tanta lealtad. Os lo agradezco.

—¿Y qué fue de nuestro pequeño príncipe?

—Ya no tan pequeño. Pronto cumplirá los dieciocho y se ha convertido en un magnífico joven que, a no mucho tardar y pese a que él todavía lo desconoce, será el protagonista de la gesta que estamos a punto de emprender.

—¿Qué gesta? ¿Acaso pensáis en reclamar el trono al usurpador?

—Tengo un plan que puede representar un punto de partida con el que poder cambiar la situación. Para llegar hasta aquí he recorrido prácticamente todo el reino, y he podido apreciar el gran descontento de nuestros paisanos. Solo necesitan aferrarse a una esperanza. Conozco el molde en el que fueron forjados sus bravos corazones, y es necesario transformar esa indignación y furia contenidas en ola de liberación.

—¿Y cuál es ese plan, mi señor?

—Quiero organizar pequeñas partidas de hombres valientes y decididos,



dispuestos a aprender el manejo de las armas. Aprovechando el factor sorpresa y el conocimiento del terreno, hostigaremos a las fuerzas de Jaime. Asaltaremos arsenales, interceptaremos requisas. Tornaremos inseguras sus rutas y les haremos sentir miedo. Llegarán a creer que detrás de cada árbol o peñasco se esconde un enemigo. Pero para eso tendremos que mostrar gran astucia y operar en el más estricto de los secretos.

—Contad conmigo —exclamó Bertrán entusiasmado—. Conozco a mucha gente que estará dispuesta a seguiros, gente de toda confianza. A Dios gracias, esta es tierra de bosques y montañas y los hombres de Jaime nunca se han movido fuera de los caminos principales.

—Me alegra oírte decir eso. Si todos tienen tu misma disposición, muy pronto ese bastardo habrá de sentir nuestro acoso.

Por aquellas mismas fechas, el rey Alfonso convocó a su presencia a Toribio y le hizo depositario de la respuesta para Jaime, pero antes de fecharla y lacrarla, le pidió que la leyese con detenimiento. El abad le manifestó su conformidad.

Cuando Toribio regresó a la abadía llamó inmediatamente a Anselmo.

—Anselmo, he pensado en ti para que me acompañes en una importante misión. Seré portador de un documento confidencial que he de entregar al rey Jaime. ¿Quieres venir conmigo?

—Monseñor, nunca he salido de este valle. No creo que pueda servir de gran ayuda.

—Simplemente me harás compañía y serás testigo de lo que nos acontezca. Además, nos conoceremos un poco mejor y podrás descubrir nuevos horizontes y expandir tu espíritu.

—Sea como vos decís. ¿Cuándo partiremos?

—Pronto, pero antes hemos de preparar las cosas. Tendremos un largo camino por delante.

Poco antes de la partida, Anselmo recibió la visita del molinero.

—Venancio, ¿tú por aquí? ¡Qué cosa tan extraña! ¿Qué es lo que quieres? Porque algo querrás, ¿no es así?

A Venancio le intimidaba la visión del monje, su amigo de antaño, tan alto y enjuto y vestido con ese hábito pardo.

—Pues verás, he venido, he venido...

—Vete al grano, porque estoy muy ocupado en este momento. He de acompañar a mi señor abad en una trascendental embajada del rey —le dijo el monje, dándose importancia.

Decidiéndose, el Chismoso le contó lo que había descubierto sobre el ermitaño Arcabad y los mellizos de la casa de Albar. También aprovechó para preguntarle si sabía por qué el abad había querido apadrinar a aquellos chicos.

—Lo único que puedo decirte es que monseñor Toribio conoce a ese anacoreta desde hace tiempo y que le protege y estima como a un verdadero amigo. En cuanto a los mellizos, su eminencia está muy pendiente de ellos, y parece apreciar mucho a esa familia. Los visita a menudo.

—¿Y no te parece todo eso un poco extraño? —le preguntó su antiguo vecino.

—Sí, la verdad es que sí. Pero ahora tengo que dejarte. Ya seguiremos esta conversación cuando regrese. ¡Has conseguido intrigarme!

—De acuerdo entonces, ¡que los caminos te sean propicios! Adiós.

Desde el castillo de Babia, Jaime dirigía con mano de hierro el reino y solía salir poco de su cubil. Se sentía satisfecho. Él sí era un rey temido por todos, un temor del que nacía la sumisión y el respeto, no como su padre y hermano, que se habían convertido en servidores de su propio pueblo. Hasta ese punto les había conducido su debilidad.

Sus ejércitos estaban mejor preparados que nunca, y a poco tardar le permitirían adueñarse del reino vecino. Solo estaba esperando contestación a su propuesta de matrimonio. Era una hábil y meditada jugada con la que trataba de allanar el camino, pero si la contestación no era de su agrado, lanzaría a sus huestes, aplastando en poco tiempo toda oposición, y después extendería sus dominios hacia el oeste y hacia el sur. Nadie podría impedirselo.

Hallándose en estas meditaciones se asomó a la ventana y vio allá abajo, en el patio de armas, cómo conducían a empellones hacia el patíbulo a lo que parecía una familia completa. Sintiendo un súbito interés por la escena y con el ánimo de entretenerse, decidió bajar a presenciar el espectáculo.

—¿Quiénes son y qué delito han cometido? —inquirió el monarca al verdugo.

—El cabeza de familia se llama Macías. En su tiempo perteneció a la pequeña nobleza que estuvo al servicio de vuestro augusto padre y más tarde al de vuestro hermano. Hemos descubierto que desde hace años os engaña, apropiándose de lo que os corresponde, majestad.

—Ya veo que están bastante lustrosos, señal de que se alimentan bien —y volviéndose al condenado, le dijo—: Bien, Macías, sabes que delitos así deben ser castigados. No podemos consentir que cunda la avaricia, y menos aún el robo a vuestro rey. ¡Cortadles a todos la cabeza! —gritó a sus soldados—. Luego clavadlas en picas y ponedlas a la puerta de su casa, para que sirva de escarmiento.

—¡Señor, mi señor! —exclamó el desgraciado alzando la voz—. Si nos perdonáis la vida a mí y a los míos, os contaré un importante secreto que quizás sea de vuestro interés.

—¿Un secreto de mi interés? Habla, soy todo oídos.

—Señor, creo que lo apreciaríais más si os lo contase en privado.

Jaime lo meditó por un instante. No tenía nada que perder; si la confidencia que estaba a punto de escuchar no merecía la pena, aquel pobre diablo solo retrasaría su muerte apenas unos instantes.

—Está bien. Acompáñame. —Y acto seguido, dio indicaciones de que condujesen al reo hasta el salón del trono.

Una vez allí, le ordenó hablar.

—Hace muchos años, cuando todavía era joven y soltero, ingresé por medio de mi padre en la guardia de palacio. Acababa de morir la reina consorte y a mí me destinaron a vigilar el acceso al dormitorio de su hijo recién nacido. Un ama de cría de toda confianza se encargaba de alimentar al niño...

—No me estás diciendo nada que yo no sepa. Me parece que estás alargando el hilo de tu vida sin merecimiento alguno...

—Lo que quizás no sepáis, mi augusto señor —continuó Macías con el semblante pálido—, es que aquella mujer, el ama de cría, vino a palacio acompañada de su tierno hijo, nacido también por aquellas fechas. Y que ambos niños compartían la misma cuna y los mismos ropajes.

El monarca sintió una punzada en el vientre al escuchar esas revelaciones y la sangre le empezó a latir con fuerza en las sienes. Recordaba que la cuna le había parecido innecesariamente grande, pero en aquellos momentos no le dio la debida importancia.

—El día que se celebró el bautizo del niño, estaba yo haciendo mi guardia cuando apareció en la torre el senescal del rey, con la faz velada por la sangre, y me pidió que le franquease el paso. Así lo hice, y después de hablar con el ama de cría, el senescal tomó al príncipe en sus brazos y desapareció escaleras abajo.

»Yo fui testigo mudo de su conversación. El miedo se apoderó de mí, por lo que, aun sabiendo que faltaba a mis sagrados votos de lealtad, abandoné a su suerte a la mujer y a su hijo para ponerme a salvo, cosa que conseguí de puro milagro.

Jaime le miraba con los ojos entrecerrados.

—Entonces, ¿el niño que la mujer protegía entre sus brazos era su propio hijo? ¿Es eso lo que pretendes decirme?

—Sí, majestad.

—¿Y que es posible que el hijo de mi hermano siga vivo y escondido en algún lugar?

—Así es, mi señor. Todo el mundo sabe que el senescal siempre fue considerado un hombre curtido y de muchos recursos. ¿Quién sabe lo que habrá sido de ellos? Tengo entendido que sus cadáveres nunca fueron encontrados.

—Está bien. ¡Ya he escuchado bastante! ¡Guardias! Llevaos a este hombre y proseguid con la ejecución.

—¡Pero, señor, os he contado mi secreto! —gritó aquel hombre angustiado.

—Mucho antes deberías haberlo hecho.

—¡Por favor, esperad! Todavía hay más. Algo que yo solo sé y que os convendría conocer.

—Estoy empezando a hartarme de tus enigmas. ¿De qué se trata?

—Es una información que os podría servir para identificar a vuestro sobrino, si es que todavía se halla con vida.

—De acuerdo, dámela y viviréis.

—No. No os diré nada, bajo ningún concepto. Guardaré con celo este secreto, y juro ante Dios que si me matáis a mí o a alguien de mi familia, me acompañará hasta la tumba.

—¡Bastardo! —exclamó el rey, abofeteándole con saña—. Está bien, respetaré vuestra vida... de momento.

—Gracias, mi señor. No os arrepentiréis.

—Por tu bien espero que así sea —le despidió Jaime rechinando los dientes.

Aquel mismo día, el soberano convocó a sus principales barones y hombres de confianza. Una vez todos reunidos en la sala del Consejo, les comunicó que había descubierto que el barón de Mieres había logrado poner a salvo a su sobrino y les desveló quién era en realidad el niño estrellado contra el suelo. Esto no significaba que el príncipe y el senescal estuviesen vivos, pero no podía descartarse tal posibilidad. Si el chico aún vivía, en ese momento tendría diecisiete años.

Impartió órdenes para iniciar las pesquisas, y ofreció una saca con sesenta libras de peso en oro a aquel que le procurase información fiable sobre su paradero.

En otro orden de cosas, el tiempo transcurría y Jaime seguía sin recibir respuesta del rey del Pirineo.

«Si en el plazo de dos semanas no me llega ninguna embajada suya, entenderé que mi petición de mano ha sido rechazada, en cuyo caso obraré tal como me he propuesto. Cuando finalice el invierno tendré una magnífica ocasión para movilizar a mis tropas. Ya es hora de que les dé algo que hacer», se decía para sí el belicoso monarca.

Sin embargo, los acontecimientos no siempre transcurren acorde con nuestros deseos y, en ocasiones, cuando menos se espera, se tuercen las cosas, pues aquella misma tarde llegaron varios correos con noticias alarmantes.

De forma prácticamente simultánea y al abrigo de la noche, se había producido un masivo robo de armas en diferentes lugares sin que se hubiese podido detener a los culpables. Jaime montó en cólera y, sin querer entrar en más detalles, ordenó la ejecución de todos los que se habían encargado de hacer las guardias nocturnas en dichos acantonamientos. Esta medida disciplinaria, muy acorde con el carácter del rey, disgustó a la tropa y a muchos de sus oficiales, a quienes les pareció injusta y desproporcionada.

El rey no podía dar crédito a lo ocurrido. Era imposible que tales acciones se hubiesen perpetrado delante de sus propias narices con tan aparente facilidad. Acostumbrado a hacer cumplir su soberana voluntad sin apenas oposición durante tantos años, aquello, simplemente, no lo podía entender. Le preocupaba el destino de las armas sustraídas pero, sobre todo, que el éxito envalentonase a los autores de tales acciones.

Pensando en la existencia de traidores, mandó interrogar a los soldados de aquellas guarniciones y ordenó que se indagase por todas las aldeas y poblaciones cercanas. Esas armas tenían que estar en algún sitio y, si no aparecían, habrían de rodar muchas cabezas.

Lo que fue descontento para unos se convirtió en motivo de alegría para otros. Rodrigo y Bertrán se felicitaron por el éxito de su primera acción, quizás la más importante. En poco tiempo habían conseguido organizar varias partidas de voluntarios, compuestas de campesinos audaces dispuestos a luchar por su causa, y los asaltos a las armerías se habían ejecutado limpiamente y sin apenas dejar rastro.

Se escogieron lugares apartados y a resguardo de miradas indiscretas para adiestrarles en el manejo de las armas. El senescal dirigía la instrucción y supervisaba los ejercicios, que se desarrollaban, casi sin interrupción, de sol a sol. A ese ritmo, sus fuerzas, aunque reducidas, pronto podrían avanzar en sus propósitos. Hasta ahora las tropas enemigas habían campado a sus anchas, pero a partir de ahora todo iba a cambiar.

El falso predicador pertenecía a la orden de “a Dios rogando y con el mazo dando”, por lo que tenía a sus compatriotas asombrados y entusiasmados a un mismo tiempo. No parecía descansar nunca, estaba presente en todas partes, mostrando una voluntad de hierro, predicando su doctrina y buscando adeptos. Bertrán Sánchez de Laciana, por su parte, resultó ser su más enfervorizado partidario y pronto se convirtió, por méritos propios, en lugarteniente de las fuerzas rebeldes.

El buen abad y su escudero Anselmo avanzaban despacio hacia la fortaleza del rey Jaime. En semejante ocasión y para variar, iban montados a caballo. El fraile, que tenía poca práctica, se bamboleaba encima de su silla de montar, y para no caer se aferraba con fuerza a las crines del animal.

—Mi buen amigo —comentó Toribio—, nuestros huesos se resienten y presiento que más los tuyos que los míos. Pareces un títere de feria. Procura acompañar tu movimiento al paso del corcel.

—Monseñor, eso que decís es fácil de entender pero difícil de ejecutar. Si los caminos no estuviesen tan embarrados, os aseguro que iría caminando.

—Mejor sería que fuésemos volando, pero Dios no quiso darnos alas a la estirpe de Adán, de modo que más vale que te acostumbres. Tómalo como si fuera una penitencia y resígnate. Ya no debe quedar mucho.

—Eso espero, padre, aunque os olvidáis del camino de regreso.

Desde la frontera les escoltaban algunos soldados embutidos en uniformes negros, y ya no podían recordar con exactitud cuántos días habían transcurrido desde que dejaran atrás su añorado valle.

—Y bien, compañero, ¿qué te está pareciendo hasta ahora nuestro viaje?

—Entrar en estas tierras ha sido algo así como pasar de la luz a la oscuridad. Nos acompañan sombríos guardianes y no hemos visto ni a un alma en los campos ni en los caminos, solo despojos humanos agitándose al viento en las encrucijadas.

—Nos han dicho que son ladrones ajusticiados, pero por su número bien se podría deducir que aquí ser ladrón es la profesión principal —afirmó Toribio.

—Os equivocáis, monseñor. En este reino la mayoría son soldados, a lo que se ve.

El abad sentía el corazón encogido. Aquel no era el país que antaño había conocido. De paraíso se había convertido en un lugar turbador y la vida y la alegría parecían haber desaparecido. Solo algunos cuervos evolucionaban en el aire, y con sus graznidos y oscuro plumaje, parecían officiar un triste réquiem.

La comitiva continuó su camino subiendo y bajando lomas. Solo se oía el ruido de los cascos al chapotear en el barro en medio de aquel silencio que se enseñoreaba de los lugares por los que pasaban.

En esto, el jefe de la escolta se acercó al abad y, manteniendo el caballo a su altura, le dijo:

—Monseñor, tenéis aspecto cansado. Pero no os preocupéis: antes de que termine el día llegaremos a nuestro destino.

—Joven, ¿cómo es que con tan pocos años te dedicas a este oficio? ¿No estarías mejor trabajando los campos?

—Señor —contestó el muchacho bajando la voz—. No he tenido otra opción.

Hace varios años que fui reclutado a la fuerza, y aquí estoy. Si hubiera opuesto resistencia, mi familia habría sufrido las consecuencias.

—Siendo así, excuso mis palabras —contestó Toribio.

—Me gustaría preguntaros una cosa, si me lo permitís —continuó el joven.

—Pregúntame lo que quieras. Trataré de responderte.

—¿Por qué de un tiempo a esta parte solamente entran en este reino hombres de Dios?

—No te entiendo. Todos somos hijos de Dios. Explícate.

—Por la frontera de la que venimos no entra ni sale nadie desde hace años. Sin embargo, en cuestión de tan solo unos meses, primero entró un viejo predicador, y ahora vos.

—Ya veo... Y dime, ¿qué aspecto tenía ese predicador?

—Parecía un profeta bajado del cielo. Tenía la mirada encendida y el cabello y la barba crecidos, e irradiaba una fuerza sobrenatural que a todos nos sobrecogió. Nos dijo cosas que hicieron temblar nuestros corazones; incluso me pareció percibir en él un punto de locura.

—¿Qué hicisteis con él?

—Lo dejamos pasar y yo personalmente le facilité un salvoconducto.

—¡Bien hecho! No se pueden cerrar las puertas a los enviados de Dios.

—Pero... ¿es que vos lo conocéis?

—¡Naturalmente que lo conozco! Se llama Arcabad, y si le hubieseis cerrado el paso, hoy ya seríais pasto de las llamas del infierno.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del joven soldado.

—Si ha decidido venir hasta aquí, es señal de que las almas de este reino se hallan atrapadas en las redes del diablo —continuó el mensajero.

—No andáis desencaminado, monseñor, y ojalá consiga cortarlas pronto para que nuestros espíritus sean por fin liberados.

—Vuestros espíritus y vuestros cuerpos, hijo. Lo necesitáis. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Felipe, señor.

Entre estas y otras amenas conversaciones, a la caída de la tarde, el antaño glorioso castillo de Babia apareció ante ellos. Ya no era aquella magnífica y estilizada construcción de tiempos del rey Eduardo. Por lo que Toribio pudo ver, se había transformado en una recia fortaleza de tonos grises, amurallada y rodeada a trechos de anchos y profundos fosos anegados de agua verdosa, y un no sé qué amenazador flotaba en el aire.

El séquito entró en el castillo salvando el foso por un puente levadizo que antes no existía. La embajada del rey del Pirineo fue anunciada de inmediato y, apenas sin dilación, fue conducida a presencia del monarca.

El rey les aguardaba sentado en su sitial, en la inmensa sala donde años atrás tuvo lugar aquella pavorosa jornada.



—Veo que tu señor se ha tomado con calma el enviarme su respuesta. En otras circunstancias, lo hubiera considerado un agravio —los saludó el rey, mirándoles de hito en hito.

—Los asuntos de amor no deben forzarse para ser convenientemente anudados y requieren del sutil tejer del tiempo —contestó Toribio, inclinándose ligeramente—. Aquí traigo para vos la respuesta de mi señor.

—¿Y cómo es que unos clérigos son portadores de tan importante misiva?

—Lo importante es el mensaje, no el mensajero.

Y adelantándose unos pasos le hizo entrega del mismo al rey. Este rompió el lacre sin dejar en ningún momento de mirar al abad, y comenzó a leer. A medida que sus ojos recorrían esas líneas, la cara le iba mudando de color.

—¿Tanto tiempo ha precisado tu señor para semejante respuesta? ¡Esto es una afrenta que merece ser castigada!

—Perdonadme, majestad, pero ¿dónde veis vos la afrenta? Porque de ninguna manera pretendía mi señor causaros disgusto —manifestó Toribio sin perder la compostura.

—¿Acaso no lo es dejar en manos de una niña la decisión de aceptar o no mi propuesta de matrimonio? ¿Qué significa eso de que ella deba entenderla y aceptarla? Además, la palabra “posible” significa incierto, ¡y yo quiero certeza! —rugió el rey.

—En ningún caso el rey Alfonso ha dicho que no a vuestra pretensión. Solamente está poniendo de manifiesto que su hija es todavía una tierna niña y que vuestro deseo le ha sorprendido. Sin ánimo de ofenderos, majestad, vos podríais ser el padre de esa criatura y, cuando menos, deberíais dejarla crecer un poco todavía, ¿no os parece?

Jaime acusó la pulla del abad pero, aun ardiendo de cólera, no supo qué responder.

—¿Qué necesidad tenéis de comprometeros antes de tiempo? Por razones obvias, ese matrimonio no se podría celebrar en este momento. Sería contra natura —prosiguió el abad, aprovechando el embarazo del rey.

—¿Piensas que la diferencia de edad es un impedimento para el matrimonio? —inquirió Jaime, saliendo de su turbación momentánea.

—No, en absoluto. Los intereses de un reino se hallan por encima de esas pequeñeces.

—Pero tu señor me está pidiendo paciencia, y yo ardo en deseos de desposar a esa flor. Me voy haciendo mayor y necesito descendencia. Además de esposo, yo sabría ser buen padre para ella.

—Señor, dejad ese papel a quien corresponde. El breve y sutil tiempo infantil que Dios ha concedido a su única hija aún no ha transcurrido. Si Cecilia ha de ser reina pronto, dejadla al menos despedirse de sus mascotas y muñecas.

—Muy añorada parece estar esa chiquilla para los años que tiene.

—Ella es una flor, un capullo que requiere tiempo para abrir sus pétalos y mostraros su fragancia y colorido en plenitud. No queráis cortarla antes de tiempo;

sin duda, se marchitaría.

—Está bien, no me importa esperar un poco más, pero deseo sellar de inmediato un compromiso de boda, y quiero conocer a la princesa cuanto antes. ¡No me conformaré con menos! Propongo un encuentro que se ha de celebrar el primer domingo de mayo.

—Me parece un tanto precipitado.

—¡Lo que a ti te parezca me trae sin cuidado, monje! Límitate a trasladarle a tu señor mis reales deseos. Todos me conocen y nadie podrá decir que no os he tratado con infinita paciencia. Esta audiencia ha concluido.

—Señor, si no tenéis nada más que decirme y con vuestra venia, iremos a descansar. Mañana emprendemos el camino de regreso.

—¡Capitán de la guardia! —llamó el rey. El capitán apareció presto—. Encárgate de que se provea un buen acomodo para este hombre y su acompañante.

—Así se hará, majestad.

Al abandonar la estancia los mensajeros, el capitán, mirando fijamente a Anselmo, se apartó a un lado para dejarlos salir.

Ambos fueron aposentados en sendas habitaciones, sobrias pero no por ello incómodas, en las que se pudieron asear debidamente. La cena les fue servida en un pequeño comedor situado cerca de los dormitorios. Una mujer, de nombre María, fue la encargada de atenderles; la desenvoltura y simpatía con que lo hizo les resultó chocante, en claro contraste con el ambiente que allí reinaba. Comieron con apetito y en silencio y, al terminar, Anselmo se dirigió a su señor en estos términos:

—Monseñor, me habéis hecho un gran honor permitiéndome acompañaros en vuestra entrevista con el rey.

—Ya te dije que serías testigo de lo que aconteciera.

—Hoy habéis mostrado vuestra sapiencia y sangre fría, que yo me imaginaba eran muchas, pero no hasta el extremo que he podido presenciar.

—Cuando uno lleva la razón, el mismo Dios suele iluminar su juicio y hasta su discurso... Pero ahora vayamos a acostarnos. Nuestros cuerpos bien merecen unas horas de descanso. ¡Hasta mañana, pues!

—Hasta mañana.

Anselmo rezó sus oraciones, se desvistió y se metió en la cama tras apagar la vela que había encima del pequeño escritorio. Le costaba conciliar el sueño y justo cuando sentía ya cerrarse los párpados, alguien llamó a su puerta.

Se levantó a tientas y caminó descalzo hasta ella pensando que sería el abad, pero al abrir apareció ante él una alta y temible figura que le miraba con ojos penetrantes y sostenía en su mano un candil.

—Soy el capitán de la guardia —le susurró—. ¡Déjame pasar! Tengo que hablar contigo.

—¿Qué queréis a estas horas de la noche? ¿Y a qué viene esa familiaridad en el trato?

—¡Déjame pasar te digo! —Y uniendo la acción a la palabra, desplazó a un lado al monje y se introdujo en su cuarto—. Cierra la puerta, ¡vamos! Y ven, acércate. Tenemos cosas de las que hablar tú y yo.

Después de hacer lo que aquel hombre, más que decir, le ordenaba, Anselmo se sentó a un lado del escritorio.

—¡Mírame! Fíjate bien. ¿De verdad no me conoces?

La desvaída llama del candil danzaba oscilante sobre la cara de aquel hombre. Tenía el pelo y la barba negros cual azabache y su semblante se confundía con la penumbra reinante. Una pálida y antigua cicatriz le recorría la mejilla, desde la sien hasta el centro de la barbilla.

El monje le miró con aprensión creciente, pero no fue hasta que se fijó en sus ojos, cuyas pupilas bailaban a la luz de la llama, que cayó en la cuenta de quién era.

—¿Froilán, del valle de Salazar? ¿El hermano de Venancio?

—Para servirte, viejo gandul. Yo te he reconocido nada más echarte la vista encima. Veo que has progresado mucho en tu oficio. Te has convertido en embajador de importantes asuntos.

—Monseñor Toribio me tiene por hombre de su confianza. Tampoco a ti parecen irte mal las cosas. Has llegado a capitán de la guardia. Hace tanto tiempo que no sé nada de ti... incluso llegué a pensar que habías muerto.

—Mi trabajo es un poco más peligroso que el tuyo, pero ya lo ves, aquí estoy sano y salvo.

—Dime, ¿cómo has llegado a tu posición actual?

—Sería largo de contar, pero te diré que en estos años he servido a muchos señores. Hace algún tiempo que llegué aquí y fui admitido en la guardia del rey. Más tarde tuve la fortuna de descubrir y desbaratar una conspiración en su contra y demostrarle mi lealtad. Creo no mentirte si te confieso que, en los planes de mi señor, está el de concederme un puesto entre la nobleza. Además, tengo la posibilidad de ganar una recompensa de sesenta libras de peso en oro.

—¡Sesenta libras! Eso es una auténtica fortuna. ¿Qué es lo que tienes que hacer para conseguirlo?

—Cuando mi señor se hizo con el control del reino, creyó que su sobrino, el príncipe heredero, había muerto. Recientemente y por casualidad ha descubierto que quizás podría haber sobrevivido. Al parecer, el antiguo senescal consiguió huir llevándose consigo al niño.

—Ya entiendo. Imagino que tu rey busca información al respecto y que tú tratarás de proporcionársela.

—¡Qué más quisiera yo! La verdad sea dicha, no tengo ni idea de por dónde empezar.

—Pues ahora que me cuentas todo eso, me viene a la cabeza una conversación que tuve antes de partir hacia aquí con Venancio, quien por cierto, se ha hecho molinero.

—¿Qué tiene que ver mi hermano con lo que yo te he contado?

—En realidad no lo sé. Simplemente he hecho una asociación de ideas...

—Bueno, no perdemos nada si me la cuentas. A veces donde menos se espera, salta la liebre.

—Nosotros lo expresaríamos de otra forma: ¡los caminos de Dios son inescrutables!

El caso es que Anselmo le relató lo que Venancio le había confiado.

—Mucho interés se ha tomado tu abad y ese misterioso ermitaño por unos simples campesinos —concluyó Froilán—. ¿Y dices que fueron bautizados por él hace unos diecisiete años?

—Sí, de eso estoy seguro.

—Esa es la edad que tendría hoy el príncipe si viviera. Creo que iré a hablar con mi hermano.

—Él podrá precisarte todo mejor que yo, y seguro que se alegrará mucho de verte, sobre todo si existe la posibilidad de poder hacernos ricos... Porque, llegado el caso, pensarás compartir con nosotros esa fortuna, ¿no es cierto?

—¡Desde luego! Nada más justo que lo que me pides... si la pista es acertada, claro está. Pero hasta que lo confirmemos, no hablaremos a nadie de esto; podríamos espantar la liebre. ¡Ah! Y no descubras, bajo ningún concepto, nuestra antigua amistad.

—Tienes mi palabra, Froilán —prometió el monje frotándose las manos.

Y así fue como los dos conocidos de la infancia, que nunca se habían tolerado, se despidieron con un fuerte apretón de manos, quedando milagrosamente contentos de haberse reencontrado.

En la jornada posterior a este encuentro, el abad y su fiel acompañante, escoltados de nuevo por Felipe y sus hombres, volvieron sobre sus pasos. El tiempo estaba mejorando y cabalgar ya no se le hacía a Anselmo tan difícil ni doloroso.

Toribio tenía dos buenos motivos para regresar cuanto antes: deseaba informar al rey de las pretensiones de su futuro yerno y quería asistir al cumpleaños de sus ahijados, que pronto habría de tener lugar. Anselmo, por otras razones, también tenía prisa en regresar y mostraba una alegría impropia en él, que contrastaba con su carácter por lo habitual inexpresivo. El abad pensó que aquel viaje había operado en su acompañante un milagro.

El viaje de regreso transcurría sin hechos dignos de mención, cuando, próximos ya a la frontera, se encontraron con un carro tumbado de costado en medio del camino y, cercanos a él, dos hombres que yacían en el suelo. Felipe puso a los suyos en guardia y dio orden de detenerse. Con las espadas desenvainadas, observaron expectantes durante un rato, mas no percibieron ningún movimiento sospechoso; solamente escucharon voces procedentes de un bosquecillo cercano solicitando auxilio.

Se acercaron allí cautelosos y descubrieron a un grupo de soldados firmemente sujetos a los troncos de los árboles. Aunque su nerviosismo era manifiesto, no parecían haber sufrido daño alguno. El propio Felipe les liberó de sus ligaduras y les exhortó a que le contasen lo sucedido.

—Transportábamos un cargamento de víveres para abastecer nuestra guarnición cuando, de pronto y sin previo aviso, desde estos árboles nos dispararon algunas flechas que acabaron con la vida de nuestros oficiales —relató un soldado—. Y justo después, nos vimos rodeados por una numerosa partida de hombres armados. No pudimos hacer nada contra ellos.

—¿Qué sucedió más tarde? —preguntó Felipe.

—Fuimos desarmados y nos condujeron a este soto donde nos habéis encontrado. Se marcharon tan rápido como aparecieron, eso sí, llevándose todo el género que acarreamos y los animales de tiro.

—¿Y no dijeron nada? ¿Acaso eran mudos? —inquirió de nuevo Felipe.

—Una vez atados, un hombre nos increpó diciéndonos que resultaba vergonzoso que, habiendo nacido en esta agradecida tierra, defendiésemos a un rey que había esclavizado a nuestras familias y prostituido a nuestras hijas y hermanas. También nos dijo que había mucha gente dispuesta a acabar con este estado de cosas y nos pidió que recapitásemos sobre sus palabras.

—Está bien —manifestó Felipe—. Tratad de poner el carromato en pie y apartadlo a un lado del camino. Después, id al castillo a contar lo que os ha sucedido,

pero que se queden aquí dos de tus hombres velando a los muertos, al menos hasta que puedan ser llevados a un lugar más digno.

Dicho aquello, ambos grupos se separaron, y la comitiva continuó su marcha hasta los confines del reino.

Llegados a la frontera, abad y escudero se despidieron de su escolta y, sintiéndose ya como en casa, se dirigieron a buen paso hacia el valle de Salazar. Cuando al fin llegaron a la abadía, el abad no perdió el tiempo: descansó unas breves horas y de mañana temprano se encaminó al castillo de Olite.

—Mi querido Toribio, la espera se me ha hecho interminable. Decidme, ¿qué noticias me traéis? —le preguntó el rey sin disimular su impaciencia.

—No todo lo buenas que yo quisiera, majestad.

—¡Hablad!

—Vuestras razones han servido para aplazar un poco, no sé cuánto, la posibilidad de ese odioso matrimonio.

—Pues eso ya es todo un éxito. Hemos podido ganar algún tiempo.

—La cuestión es, mi señor, que Jaime exige un encuentro con vos el primer domingo de mayo para sellar el compromiso del enlace y conocer personalmente a la princesa.

—¿Cómo? ¿Qué exigencias son esas?

—Mi rey, os halláis ante un personaje acostumbrado a que todo el mundo le obedezca y a conseguir sus propósitos a cualquier precio.

—Yo no soy su vasallo, al menos todavía, y no tengo por qué doblegarme a sus apetencias.

—Por el tono que empleó al plantearme este requerimiento, no me parece que esté dispuesto a escuchar otras razones que no sean las suyas.

—¿Pues qué tono fue ese?

—Un tono imperioso y amenazador que no admite réplica, mi señor.

—Entonces, ¿qué creéis que debo hacer?

—Ganar tiempo, y eso incluye el que accedáis a ese encuentro. No se ha de conformar con menos.

—Pero ¿servirá esto de algo?

—Bien sabéis que si no existiera vuestra hija, hace ya tiempo que Jaime hubiese invadido el reino. Solo la posibilidad de esas nupcias está actuando de freno a sus deseos.

—¿Acaso tendré que sacrificar la felicidad de mi hija para mantener mi cetro?

—No os engañéis, señor. El desposar a Cecilia no es sino un paso más en sus designios. No creo que eso garantice vuestra posición.

—¡En ese caso, estamos perdidos!

—No atormentéis vuestro noble corazón. Solo la muerte puede poner fin a nuestros planes terrenales, pero mientras haya vida, Dios siempre tiende un hilo de esperanza y, aun sin saber muchas veces cómo, nos ayuda a combatir el mal que

anida en el alma de nuestros enemigos.

—¿Debo entonces tener esperanzas?

—He podido ver en el reino de Jaime una tierra consumida y a unas gentes resentidas y amargadas. Oscuras huestes son la garantía de su poder, que se sustenta en el miedo y la ambición. También hemos visto claras señales de que se está formando un movimiento de resistencia que amenaza los cimientos de su sistema, y presiento que esto no ha hecho sino comenzar. Demos tiempo al tiempo.

—¿Y no podríamos hacer algo nosotros para ayudar?

—Mmm... Sí, podríamos. Es más, deberíamos. Apoyar subrepticamente esa resistencia sería una excelente forma de aprovechar vuestras fuerzas sin exponeros a un enfrentamiento directo en el que tendríais todas las de perder.

—Pero para ello habría que identificar primero a sus líderes, y no se me ocurre cómo hacerlo.

—No os preocupéis por eso, yo me ocuparé de que tal contacto se produzca, y os aseguro que dará sus frutos.

—Tened mucha cautela. Este proyecto ha de ser llevado a cabo en el más estricto de los secretos. Nos va mucho en ello —señaló Alfonso.

—Es imprescindible y así se hará. En cuanto a lo del encuentro del primer domingo de mayo, lo prepararemos todo para que resulte del gusto de Jaime y se convierta en una fecha inolvidable —afirmó extrañamente sonriente el abad.

—Lo dejo en vuestras manos, abad. Ahora, muy a mi pesar, he de informar a la reina y a la princesa de ese fatídico encuentro.

Alfonso llamó entonces a su presencia a sus dos seres más queridos.

—Venid, acercaos. Mi insigne y leal Toribio nos ha traído la respuesta que esperábamos.

—¿Y cuál ha sido esa respuesta? —preguntó la reina Margarita con aprensión.

—Desea que el primer domingo de mayo sellemos el acuerdo de boda y quiere conocer a nuestra hija.

La cara de la princesa se crispó al escuchar aquellas palabras.

—¿Y vos qué pensáis hacer, padre? —inquirió.

—Hija mía, se trata de un simple acuerdo, con el que tan solo pretendo ganar tiempo.

—¿Tiempo para qué? ¿Acaso no cuentan mis sentimientos? Padre, siempre me habéis dicho que me queríais, y sin embargo veo que anteponéis vuestros intereses a mi felicidad. Detesto a ese hombre y si consentís en ese matrimonio, seré la más desdichada de las mujeres. Puede que conservéis un reino, pero os aseguro que habréis condenado y perdido a vuestra hija para siempre.

—¡Cecilia, no hables así a tu padre! —terció Margarita—. Él te quiere y hará lo que crea más conveniente.

—¿Lo más conveniente para quién? ¡Dudo que sea lo mejor para mí! —Y diciendo esto, echó a correr hacia sus habitaciones.

Los reyes quedaron consternados. La reacción de su hija no había sido la de una niña, sino la de una mujer desesperada porque creía que le impondrían un destino desgraciado en contra de su voluntad.

Mientras estos sucesos tenían lugar en el castillo de Olite, en la abadía de Ochagavía se desarrollaba una interesante entrevista. Anselmo puso a Venancio al corriente de su encuentro con Froilán. Por fin parecía que la fortuna tocaba a su puerta, y el brillo del oro deslumbraba y espoleaba sus ambiciones.

—Froilán vendrá hasta aquí para hablar contigo. Cuéntale todo lo que sepas respecto a esos chicos y el ermitaño. Él también te dirá algunas cosas que ha averiguado. Si le pones sobre la pista de lo que está buscando y le ofreces lo que él espera, considérate un hombre rico.

—¿Cuándo vendrá a verme?

—Eso no lo sé a ciencia cierta, pero seguramente después del primer domingo de mayo.

—¿Qué tiene de particular esa fecha?

—Solo puedo decirte que será una fecha señalada, que causará júbilo a algunos y a otros, desdicha. Pero en fin, así es la vida. Si nuestro bolsillo crece, ¡que se hunda el mundo!

—¿No podrías ser un poco más explícito?

—No, es un secreto del que se me ha hecho partícipe como emisario del rey y no debo revelar nada, pero no te preocupes, pronto te enterarás. Bueno, ahora vete y mantente vigilante.

Algún tiempo después se celebró el decimoctavo cumpleaños de Leonardo y Gregorio. Se preparó un pequeño festejo, pues esa edad marcaba el paso de la adolescencia a la madurez, al que asistieron los más allegados: los habitantes de la casa de Albar, el abad y Carlos, su preceptor.

Cuando ya estaban todos reunidos y no se esperaba a nadie más, unos golpes resonaron en la puerta. Todos callaron, extrañados de que los perros no ladrasen ante la inesperada visita.

Diego entreabrió el acceso y, ante él, recortada a contraluz, se manifestó una silueta de temible aspecto, que con voz de trueno exclamó:

—¿Acaso no habéis guardado para mí un lugar junto al fuego? ¿Tan pronto os habéis olvidado de este viejo?

Los mellizos, reconociendo al instante aquella voz, corrieron a abrazar al desconocido, que los acogió entre sus brazos con una sonrisa, ante la mirada atónita de la familia.

—¡Arcabad, viejo amigo! —exclamó Toribio—. ¡Qué alegría verte de nuevo!



—Pero ¿Acaso conocéis a este hombre? —preguntó Diego, tan perplejo como los demás.

—Sí. Es el ermitaño que vive en el bosque de Irati. Nos hemos cruzado muchas veces con él y es nuestro amigo —salió rápidamente al paso Leonardo.

—Pues nunca habéis dicho nada al respecto, pero no os preocupéis, eso no va a ser un impedimento a nuestra hospitalidad —respondió el de Belagua mirando a su esposa—. Pasad, señor y sentaos junto a nosotros.

En verdad que el recién llegado tenía un formidable aspecto. Parecía más alto, más fuerte, pero sus ojos seguían siendo los mismos. El ermitaño, escoltado por sus pupilos, franqueó el umbral e hizo lo que se le decía.

—¿Creíais que me había ido para siempre? ¡Por nada del mundo me habría perdido vuestro cumpleaños!

—Y ese largo viaje que teníais que hacer, ¿lo habéis completado ya? —preguntó Leonardo.

—No, solo he venido para veros, partiré de nuevo muy pronto. Otros asuntos me reclaman.

—¿Y mi caballo?, ¿lo habéis cuidado debidamente?

—Más que eso. Le hemos preparado una cuadra y un pesebre para que esté al abrigo del frío y de las inclemencias del tiempo —apuntó Gregorio.

—Veo que se puede confiar en vosotros. Ahora dejadme veros. ¡Habéis crecido mucho! Vuestros padres ya pueden decir que cuentan con dos hombres más en la hacienda.

Tras esta breve conversación, la familia y sus invitados se sentaron alrededor de la mesa, sobre la cual habían dispuesto una apetitosa merienda. El resto de la tarde transcurrió entre bromas y risas.

Finalizado el pequeño festín, El abad cogió del brazo a su amigo y lo hizo salir a la era; deseaba hablar con él a solas.

Pronto le puso al corriente de todo lo acontecido en las últimas semanas: el resultado de su embajada ante Jaime, el encuentro que tendría lugar el primer domingo de mayo, el episodio de la emboscada cerca de la frontera y sus conversaciones con Felipe.

—Efectivamente, ¡he aquí, ante vos, al temible predicador que vio Felipe! —dijo el senescal con una sonrisa divertida—. El salvoconducto que me dio me vino francamente bien en mi deambular por caminos y veredas, y por lo que me contáis, ese joven bien podría convertirse en un buen aliado. Y con respecto a la emboscada, debo decir que fue ejecutada por una de las partidas que en estos meses he podido organizar.

—¡Entonces es cierto! ¡Habéis conseguido poner en marcha una resistencia, tal como os habíais propuesto!

Rodrigo le relató entonces su arduo trabajo de “predicador”, y cómo estaba convirtiendo a su credo a un numeroso grupo de personas, repartidas por todo el

reino.

—¿Qué os parecería si el rey Alfonso pusiera a vuestra disposición hombres y armas con los que reforzar vuestra acción? En el más absoluto secreto, naturalmente.

—¿Apoyo de los soldados del rey? ¡Sería magnífico! Eso nos permitiría apuntar más alto en nuestras aspiraciones, las cuales hasta ahora no han sido sino simples escaramuzas. ¿Estáis seguro de poderme conseguir ese apoyo? Tened en cuenta que es una jugada arriesgada.

—El rey conoce el riesgo y está dispuesto a correrlo, y sin pedir nada a cambio.

—En tal caso, ¿de qué forma lo organizaríamos?

—Mi propio señor se encargará de ello. Elegiré a hombres de su confianza y, si estáis de acuerdo, antes de que partáis os los presentará y mantendrá un encuentro con vos para acordar los detalles.

—Me honra tanto interés por su parte y le estaré siempre agradecido. ¿Cuándo y dónde se producirá el encuentro?

—¿Os ha visto alguien llegar hasta aquí?

—No lo creo. He caminado siempre evitando los caminos principales, y os aseguro que tengo bastante práctica en ello.

—Si os parece bien, mañana, al despuntar el alba, iré en secreto hasta el castillo de Olite. Llevaré, además del mío, un asno preparado para montar y otro cargado de cosas fútiles para disimular. Vos saldréis a mi encuentro en uno de los recodos del camino y me acompañaréis hasta allí. ¿Qué os parece?

—De acuerdo, mañana os saldré al paso y trotaremos juntos hacia el castillo. Pero conste que, ante Alfonso, continuaré siendo Arcabad. Me interesa mucho mantener en secreto mi verdadera identidad.

—Contad con ello. Una última cosa. ¿No creéis que ese primer domingo de mayo podría ser una fecha excelente para felicitar a Jaime del modo que se merece? —sugirió el abad.

—Tenéis razón. Ya pensaremos en algo para que un día tan señalado resulte inolvidable.

Después de esta fructífera conversación, ambos amigos, contentos de haberse encontrado de nuevo y esperanzados por lo que habría de venir, volvieron a entrar en la casa de Diego y Elvira.

Desde que Cecilia conociera la intención de su padre de prometerla en matrimonio al rey Jaime, perdió el apetito y la alegría. Dejó de cazar y cabalgar por los alrededores y las noches, al no poder conciliar el sueño, se le hicieron eternas.

Sus padres siempre la habían protegido y mostrado cariño, y no entendía cómo ahora se plegaban a los deseos de aquel rey, un viejo para ella y del que, por cierto, le habían llegado noticias aterradoras. Tal compromiso, quizás en otro momento o en circunstancias distintas, no la hubiera trastornado tanto, pero ahora su espíritu se angustiaba y no podía remediar que una profunda desesperación la embargase por completo.

Sin saber muy bien de qué modo, estos sentimientos se entretejían en su cabeza con la imagen de Leonardo. Cada vez que la princesa sentía vacilar su ánimo, cerraba los párpados, y al instante se le hacían presentes la gallarda figura de su amigo, la gentileza de sus gestos, la confianza y seguridad que le transmitía y, sobre todo, el calor de su presencia. Poco a poco y apenas sin darse cuenta, la orgullosa y altiva doncella había rendido su corazón a Leonardo, aunque ella todavía no fuera consciente de ello.

La joven solo compartía sus tribulaciones con el aya, quien sí adivinó que su querida niña estaba enamorada. La bondadosa mujer trataba de animarla como buenamente podía, aunque le entristecía pensar que ese era un amor imposible.

Los monarcas, por su parte, no eran ciegos al sufrimiento de su hija. La muchacha se negaba a salir de sus aposentos, y cuando lo hacía, veían la amargura reflejada en su rostro. Ellos nada sabían de sus encuentros con Leonardo y mucho menos de los sentimientos que le alteraban el ánimo.

Margarita fue a ver a su hija para tratar de alegrarla un poco y recordarle que pronto cumpliría los dieciséis años. Tenía la intención de celebrarlo con una gran fiesta, a la que se invitaría a nobles de todo el reino. La infanta se negó en redondo. No podía evitar cumplir años, mas no estaba de humor para celebraciones de ningún tipo, y así lo expresó, de un modo tan tajante que dejó sorprendida a la reina.

Margarita, como madre que era, tenía un sexto sentido. Podía entender que a su hija le repugnase aquel matrimonio. A fin de cuentas, el rey Jaime era mucho mayor que ella y seguramente hubiese escuchado comentarios negativos sobre él. Esto sin duda podía justificar el rechazo, pero no que Cecilia estuviese tan apesadumbrada y afligida. Ella siempre había sido la alegría y el ímpetu personificados. Algo había allí que a la reina se le escapaba, y pensaba descubrirlo.

La princesa, con ánimo de tranquilizar su espíritu, decidió que al día siguiente cabalgaría en secreto hasta el bosque de Irati. No eran muchas las posibilidades de encontrarse con sus amigos, pero eso era lo de menos. Necesitaba respirar aire fresco

y pensar sosegadamente sobre los acontecimientos que, muy a su pesar, se le venían encima. Además, su salida se vería favorecida por la escasa guarnición que quedaba en el castillo, la cual, por alguna razón desconocida para ella, había disminuido en los últimos días. Comunicó sus intenciones a Aurelia, que no tuvo más remedio que asentir a sus deseos, tal era su determinación y tozudez.

Esa noche la joven durmió profundamente y, antes del amanecer, ensilló su caballo y salió por el lugar acostumbrado, tomando el camino que conducía hacia el bosque.

La espesura había transformado las verdes y delicadas yemas del mes anterior en un tupido haz de jóvenes y radiantes hojas. Al aproximarse a su linde, la penumbra del alba fue dando paso a una sonrosada claridad, que pronto se transformó en luz resplandeciente, iluminando los troncos de la primera línea de árboles, como en señal de bienvenida. El viento cimbrió sus copas y una pléyade de verdes pañuelos se agitaron saludando a la princesa mientras se internaba bajo la protectora enramada.

La princesa condujo su montura por terreno conocido, al paso y sin prisas. Iba tan ensimismada tratando de desentrañar lo que sentía en su corazón, que varios animales se le entrecruzaron sin apenas fijase en ellos. Numerosos ramilletes de luz se dejaban caer entre los huecos de las ramas e iluminaban a trechos el solitario sendero.

Transcurrieron las horas sin ningún sobresalto y el frescor de la mañana dio paso a una agradable temperatura, que en los claros del bosque se convertía en verdadero calor. Casi sin darse cuenta, la doncella llegó hasta el pie de la colina en la que había conocido a Leonardo. Desmontó del corcel y, llevándolo por la brida, subió hasta la cima, desde donde tendió la mirada hacia el horizonte.

El panorama era magnífico. A cierta distancia, divisó una columna de humo ascendiendo por encima del mar de copas.

La curiosidad espoleó su deseo de averiguar qué o quién era el origen de aquella fumarola. Tomó referencias para orientarse, guio de nuevo al caballo hasta el pie del cerro y se encaminó hacia su meta, poniendo en alerta todos sus sentidos. Instintivamente había abandonado su recogimiento, volviendo a ser la temible cazadora de siempre.

Cabalgó tratando de no desviarse del rumbo marcado. El terreno presentaba un declive gradual, acomodándose al cauce de un arroyo de aguas límpidas y cristalinas. Avanzó no menos de media legua hasta que el terreno desembocó de pronto entre abruptas rocas, que se desplomaban a pico sobre una profunda hondonada.

La rumorosa corriente se había abierto hueco entre las peñas, formando una bellísima cascada que se precipitaba en caída libre entre musgos y plantas rupícolas. Al caer desde semejante altura, el agua chocaba con fuerza allá abajo, produciendo una explosión de agua pulverizada. Desde donde se encontraba Cecilia, el fragor del espumeante ariete golpeando contra el resalte pétreo casi la ensordecía.

La doncella descabalgó y se asomó con precaución al precipicio. Lo que contempló la dejó sin aliento. La hondonada albergaba en su seno una hermosa poza,

cuyas aguas eran de un azul oscuro. Sus márgenes presentaban una superficie lisa y pulimentada, y las paredes se hallaban tapizadas de plantas trepadoras y arbustos en flor. La laguna desaguaba en un terreno llano, algo más despejado, rematado al fondo con un frondoso entramado vegetal. En aquellos momentos, el sol del mediodía iluminaba con fuerza aquel espectáculo natural, un rincón en el bosque de tanta belleza y esplendor que cortaban la respiración.

Después de la primera impresión, la muchacha observó el lugar con más detenimiento. En la zona despejada pudo distinguir una pequeña fogata ardiendo alegremente, e instantes después, del canal en el que desaguaba la poza, emergió primero una cabeza, seguida de los hombros y el cuerpo de un hombre que se acercó al fuego. Entre sus manos se agitaba un enorme pez, y por lo visto se disponía a asar su reciente captura. Cecilia entrecerró los ojos para mirar la cara del desconocido, pero la distancia no le permitía distinguir sus rasgos.

Tras estudiar el terreno, la joven llegó a la conclusión de que la mejor manera de bajar a la poza era rodeando la depresión, y así lo hizo. Sin embargo, tardó más tiempo de lo previsto, por ser el lugar escarpado y resbaladizo.

Cuando al fin logró situarse tras la cortina vegetal que velaba el fondo del declive, bajó de su caballo con el arco preparado y se acercó sigilosamente. Agazapada entre la vegetación, pudo ver al hombre ya vestido que, de espaldas a ella, volteaba el pescado sobre el fuego. No parecía que estuviera armado, pero aun así colocó una flecha en el arco, tensó la cuerda y apuntándole le dijo:

—Si en algo aprecias tu vida, levanta los brazos y vuélvete despacio hacia mí.

El hombre se quedó clavado en el sitio y, muy despacio, levantó los brazos tal como le pedían, pero no se movió.

—He dicho que te vuelvas. ¡Vamos, date la vuelta! Que te vea la cara.

—¿Desde cuándo te dedicas a dar caza a campesinos indefensos? —le contestó una voz familiar.

El individuo se volvió.

—¡Leonardo!

—¡Qué sorpresa más extraordinaria! —exclamó el joven sonriendo.

—¡Qué alegría me da encontrarte! —respondió Cecilia—. ¿Dónde están tu hermano y Ulises?

—He venido solo. Por alguna extraña razón, hoy he sentido la necesidad de internarme en el bosque —le respondió, acercándose—. ¿Cómo has dado con este lugar?

—Descubrí la humareda y sentí curiosidad. Siguiendo el arroyo, me he topado con la cascada. Te he visto salir del agua desde ahí arriba, pero desde tan lejos no te había reconocido.

—Pues has llegado en el momento oportuno. Estoy asando una hermosa trucha. Imagino que después de la caminata estarás tan hambrienta como yo. Ven, acércate y ponte cómoda; terminaré de preparar el pescado.

Ambos se sentaron frente a la lumbre, Leonardo, sin dejar de silbar una alegre tonada, fue volteando el pez sobre las brasas hasta considerar que estaba en su punto. Sacó del zurrón una hogaza de pan y, cortando dos rebanadas, depositó sobre ellas el sonrosado manjar, ofreciéndole una a su amiga, que la aceptó por compromiso.

Mientras comía, el chico se fijó en la cara demacrada de la doncella y descubrió en ella un rictus de tristeza desconocido.

—Come, Elisa. ¿O has perdido el apetito? —le insistió Leonardo, con la boca llena y sin dar tregua a sus mandíbulas.

Ella sonrió al verle comer con tantas ganas. Allí estaba él, con la desenvoltura de siempre. El sol hacía brillar su cabello, acentuando el perfil de sus rasgos francos y varoniles. Por fin la joven se animó a probar un bocado y tuvo que reconocer que estaba muy bueno. Cuando terminaron de comer, Leonardo apagó los rescoldos.

—Últimamente has faltado a nuestras citas. ¿Qué ha ocurrido?, ¿te has cansado de nuestra compañía?

—No, no es eso —contestó la doncella un poco azorada.

—A ti te pasa algo. Creo que harías bien en contármelo... si quieres, claro —le sugirió su compañero.

La princesa enmudeció durante unos segundos, pero finalmente confesó:

—Mis padres van a prometerme en matrimonio con un noble mucho mayor que yo.

Leonardo palideció al escuchar la noticia.

—¿Tú lo conoces? ¿Deseas casarte con él?

—Ni lo conozco ni quiero casarme con él, pero ¿qué puedo hacer si es el deseo de mis padres?

—¡Negarte! No vas a amargar tu vida por darles a ellos satisfacción —dijo su amigo, embargado de una extraña excitación.

—Tú podrías hacerlo. Pero yo pertenezco a la nobleza y soy mujer. No tengo libertad para decidir.

—¿Qué estarías dispuesta a sacrificar para mantener libre tu corazón?

—Todo, si ello sirviese de algo —respondió la doncella conteniendo las lágrimas.

—Quizá “todo” sea demasiado. Tiene que haber otra forma de arreglar las cosas.

Viéndola tan afligida y sintiendo un impulso irrefrenable, el joven se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos.

—¡No llores! Verte así me parte el alma. No estás sola, yo estoy aquí, contigo, y, además, aún no te has prometido, ¿o sí?

—No, todavía no —dijo, sintiéndose reconfortada por aquel abrazo.

—Entonces estamos a tiempo de evitarlo.

—¿Cómo impedir lo inevitable? —le interrogó la princesa, separándose de él y mirándole a los ojos.

—Huyendo de tu casa, sí, huyendo. Yo te acompañaría. Iría contigo donde hiciera falta —contestó Leonardo mostrando una firme determinación en sus palabras.

—¿Harías eso por mí? ¿Estás seguro?

—¿Acaso puedes dudarlo?

—Pero ¿Y tu familia?, ¿y tus amigos?

—Mi familia lo comprenderá. —Leonardo se arrodilló ante ella, cogió sus manos entre las suyas y mirándola a los ojos le dijo—: Pongo a Dios por testigo de que te ofrezco mi brazo y mi vida y no he de permitir que nadie someta tu cuerpo ni tu espíritu.

Al escuchar aquel apasionado discurso, la princesa cambió su expresión de desaliento por otra más animosa. Secó sus lágrimas y le mostró un rostro radiante y esperanzado.

—¡Levántate, amigo! Es el ofrecimiento más hermoso que nadie me haya hecho jamás —exclamó conmovida.

—¿Significa eso que huirás de tu casa y que yo te podré acompañar?

—Gracias a ti, hoy se ha desvelado la niebla que me impedía ver con claridad —le respondió Cecilia, devolviéndole la mirada.

Tras esa escueta pero reveladora respuesta, la doncella pareció recuperar su energía de siempre, y volvió a escucharse su risa entremezclándose con el trinar de las aves del bosque. El nudo angustioso que desde hacía tantos días oprimía su pecho se había desvanecido por completo, dando paso a una tranquilidad de espíritu que logró devolverle la confianza en el futuro y la alegría de vivir.

Leonardo se hallaba sentado en el borde de la poza, con los pies metidos en el agua, silencioso y pensativo. La joven le contemplaba, envolviéndole en una mirada repleta de ternura y afecto. Por fin creía entender el enigma que desde hacía tiempo bullía en su interior.

Las horas trascurrieron veloces y, llegado el momento, caminando uno junto al otro, salieron de la hondonada y remontaron el arroyo hasta alcanzar la falda de la vieja colina. Allí, en silencio, se miraron a los ojos una vez más. Después, los dos amigos se despidieron, no sin antes haber concertado un nuevo encuentro para mediados de mayo.

Regresaron ambos cada cual por su camino, sintiendo el corazón a la vez inflamado y ligero, el espíritu libre y el ánimo inmejorablemente dispuesto.

Cuando Leonardo llegó a su casa, su hermano le preguntó dónde había estado todo el día y no tuvo más remedio que contarle todo lo que le había sucedido.

—¡Mal hermano! ¡Mal amigo! Mira que irte a pescar sin decirme nada... —le gruñó Gregorio, aparentando enfado—. De todas formas, ¿no decías que Elisa es una chiquilla?

—Sí, siempre lo he pensado, pero desde hace algún tiempo la veo de modo diferente. Es muy joven, lo sé, pero demuestra un orgullo y un arrojo que me asombran. Y luego su primorosa belleza, su porte y señorío, su dignidad en cualquier circunstancia...

—Tienes razón, y encima, eso no la hace ser altanera, al contrario, tiene una

sonrisa siempre dispuesta y una alegría desbordante. En fin, ya me venía temiendo yo que algo así podía suceder. Querido hermano, creo que estás enamorado, y me alegro por ti —dijo, dándole una palmada en el hombro.

—Si de verdad esto que me embarga es amor, bendito sea. Nunca había sentido algo así.

—Entonces, ¿os habéis dicho ya que os amáis?

—No, eso no. Pero hemos estado largo rato abrazados.

—Un abrazo puede significar mucho y nada.

—No me atormentes. Sé lo que siento por ella.

—¿Y tú?, ¿sabes lo que ella siente por ti? En mi opinión, deberías tomar la iniciativa. Hoy mismo has dispuesto de una ocasión inmejorable que has dejado escapar.

—Quizás tengas razón. La próxima vez que nos veamos le declararé mi amor y averiguaré si ella también me corresponde.

—Así se habla. Pero no sé si has caído en la cuenta de que sus padres nunca consentirán que la cortejes. Nosotros somos plebeyos.

—Sí, lo sé. Le he propuesto huir lejos de aquí.

—¿En serio? ¿Y qué te ha respondido? —preguntó con sorpresa Gregorio.

—No me ha contestado que no.

—Entiendo. O sea, que tampoco que sí.

—Es cierto —reconoció el joven apesadumbrado.

—Hermanito, me parece estar escuchando más a un loco que a un cuerdo, ¡pero bendita sea la locura si es de amor! No te preocupes, que yo te ayudaré en todo lo que esté a mi alcance —le prometió Gregorio animoso.



La primavera avanzó veloz, y pronto, los preparativos para el compromiso de boda tuvieron que ponerse en marcha. La noticia se extendió por villas y aldeas y, aunque no era del agrado de nadie, sí logró suscitar la curiosidad de muchos.

El primer domingo de mayo, en un hermoso prado situado en el reino de Iberia próximo a la frontera, se preparó un soberbio estrado cubierto de blanco dosel. Cocineros, llegados principalmente del reino del Pirineo, prepararon con esmero un copioso banquete con el que agasajar a los invitados y a los paisanos que se acercaran a presenciar el espectáculo, pues se decía que los prometidos serían presentados por primera vez y fueron bastantes los que no quisieron perderse tal ocasión.

El día había amanecido esplendoroso, augurando una ceremonia brillante y tranquila. Desde primeras horas de la mañana, numerosos grupos de personas habían ido llegando hasta allí tocados de sus mejores galas, y formando corros en los que se charlaba animadamente. Se ha de señalar que todo este público pertenecía exclusivamente al reino de Alfonso, porque del de Jaime no se había presentado nadie, salvo algunos cocineros y sus ayudantes.

Entre los presentes se hallaban la mayoría de los miembros de la casa de Albar, y Leonardo y Gregorio deambulaban curiosos por el prado. A eso de media mañana, el sonido de las trompetas anunció la llegada del cortejo del rey de Iberia, quien, precedido de sus principales nobles y escoltado por una numerosa guardia, hizo su aparición. Jaime, erguido sobre un enorme caballo de oscuro pelaje, miraba con desprecio a aquellas risueñas y ruidosas gentes que lo contemplaban con curiosidad. El soberbio monarca descabalgó de su montura y, seguido de sus hombres, se dirigió a largos pasos hacia la plataforma de madera.

Poco después resonaron de nuevo las trompetas, y el rey Alfonso apareció a la cabeza de su comitiva. La princesa, ya con dieciséis años recién cumplidos, cabalgaba con gesto serio detrás de sus padres. Lucía un precioso vestido blanco, que resaltaba su talle y figura, llevaba el cabello recogido en la nuca y una fina diadema de oro y piedras preciosas coronaba su frente. Todo en ella reflejaba una belleza tan deslumbrante que hacía que todos volvieran la cabeza a su paso con admiración.

Al aproximarse al estrado, los reyes y la princesa se apearon de sus cabalgaduras y Alfonso se dirigió hacia donde se encontraba su futuro yerno, con la intención de presentarle a su hija, que se mantuvo junto a su madre en un segundo plano.

—Bienvenido seáis, Alfonso —saludó Jaime, saliéndole al encuentro y concentrando su mirada en la muchacha—. Mucho tiempo ha costado el que vengáis hasta mí pero, a lo que veo, la espera ha merecido la pena.

—Esta es mi esposa, Margarita. Creo que ya la conocéis.

—Señora, estáis magnífica. En vos el tiempo parece detenerse —saludó

besándole la mano.

—Gracias por vuestro cumplido, señor —contestó la reina.

—No es un cumplido, sino una realidad, señora mía.

—Y esta es mi hija, la princesa Cecilia —dijo Alfonso, temblándole ligeramente la voz.

—Bien, bien. Es una linda joven, en verdad. Hace honor al señorío y belleza de su madre —dijo recorriéndola con la mirada de arriba abajo.

«A fe mía que es mucho más bella de lo que yo imaginaba y tiene plenas formas de mujer —pensaba el monarca—. No solo disfrutaré de ella en el lecho, sino que además me procurará descendencia y me entregará la llave de su reino. Un poco orgullosa parece, mas yo al punto he de domarla. Dentro de poco, la tendré comiendo de mi mano como un pajarillo».

—No sabéis cuánto me alegro de conoceros al fin, querida mía —exclamó Jaime, besándole gentilmente la mano, y dirigiéndose a su padre, añadió—: Sin duda, esta hermosa dama no puede ser esa niña de la que me hablabais en vuestra misiva hace tan solo unos meses.

—La verdad es que hasta yo mismo estoy sorprendido. A mi querida hija le ha sucedido lo que a las crisálidas, madurando y transformándose en un corto espacio de tiempo.

—Eso ha debido de ser, pues a la vista está tan sorprendente metamorfosis, y me alegro por ello. Significa eso que ya no hay inconvenientes para que las nupcias se celebren lo antes posible.

—Señor, hacéis mal en confundir la estatura de mi hija con su verdadera naturaleza. Acaba de cumplir dieciséis años y, aunque vislumbréis en ella la mujer en la que pronto se va a convertir, todavía sigue siendo una niña en muchos aspectos.

—Pues yo opino más bien que para algunos padres, sus hijos nunca dejarán de ser niños.

—Mirad, hemos acudido a este encuentro para firmar con vos un compromiso de enlace, no a celebrarlo. El matrimonio tendrá lugar cuando sea propicio.

—¿Y cuándo sería eso, a vuestro entender?

—Bueno, habría que dejar transcurrir algún tiempo. Al menos, dos años más —contestó Alfonso, tratando de mostrar seguridad.

—¿Dos años? —gritó Jaime lleno de ira—. ¡No! No he de esperar tanto tiempo. ¡De ningún modo! Este matrimonio ha de celebrarse antes de que termine este año.

Un silencio cortante se adueñó del lugar y el rey del Pirineo, mordiéndose los labios hasta casi hacerse sangre, calló.

Cecilia vio el sufrimiento reflejado en la cara de su progenitor y, mirando a su futuro esposo, por fin entendió aquello que le decían de ganar tiempo. Ante un hombre como aquel, su padre, la bondad personificada, no podría resistir mucho más, o eso le parecía a ella. Así que, sobreponiéndose a la repugnancia que sentía dentro de su corazón, dio un paso al frente y dijo:

—Padre, no discutáis por mí. Si he de casarme con este hombre, no creo que sea tan importante hacerlo dentro de un año o dentro de dos. Sea como él desea. No quisiera iniciar nuestra relación contrariando su voluntad.

Todos los presentes quedaron atónitos ante las palabras de la joven; sus padres nada pudieron oponer a tales razones.

—¡Vaya, vaya! No hay duda de que tendré una mujer juiciosa —aseguró Jaime, gratamente sorprendido—. A pesar de vuestra juventud, demostráis carácter e inteligencia, cualidades ambas poco habituales en una mujer de vuestra edad.

—Para sellar este compromiso y antes de firmarlo —prosiguió el rey—, he traído un anillo que perteneció a Beatriz, la mujer de mi hermano, ambos tristemente fallecidos, y antes que a ella a mi querida madre. Se trata de una valiosa joya familiar que me gustaría que aceptaseis. También ha llegado a mis oídos que sois una excelente amazona; por eso, para mostraros mi afecto, deseo que aceptéis este corcel, criado y domado expresamente para vos.

Jaime dio dos fuertes palmadas y pidió que le trajesen ambos presentes.

Un oficial se acercó al estrado, sujetando con una mano las bridas de un magnífico caballo y mostrando en la otra una pequeña caja de alabastro primorosamente tallada. Pero no había dado más de tres pasos cuando cayó al suelo fulminado súbitamente: el astil de una flecha empenachada sobresalía de su espalda.

Una verdadera lluvia de saetas se precipitó sobre la escolta de Jaime, que, cogida de improviso, sufrió muchas bajas. Los que pudieron salvarse de las primeras ráfagas se cubrieron rápidamente con los escudos, pero seguían sin reaccionar.

Con su potente voz de mando, Froilán logró a duras penas reagrupar las fuerzas y ordenó cabalgar a galope tendido hacia el altozano del que provenían los mortíferos dardos. Pero cuando ya, espada en mano, casi habían alcanzado la cima de la colina, una erizada barrera de lanzas les impidió coronarla y un enjambre de jabalinas se precipitó sobre los asaltantes, que no tuvieron más remedio que retroceder, dejando tendidos en el terraplén a muchos de sus compañeros.

Hombres y cabalgaduras yacían revueltos y cubiertos de sangre, y los tristes lamentos y relinchos de los que agonizaban resonaban por todo el prado, encogiendo el corazón de quienes los oían. La refriega, que se había saldado con una auténtica masacre, terminó tan deprisa como había comenzado, y los asaltantes, perfectamente coordinados, desaparecieron del cerro sin dejar rastro.

El rey de Iberia, pálido y demudado, miraba a su alrededor sin poder dar crédito a lo que acababa de suceder. No solo su guardia se había visto fuertemente menguada sino que, en medio de aquella barahúnda y sin saber cómo, los regalos preparados para la princesa habían desaparecido. El rey Alfonso y su familia se mostraban tan asombrados como él mismo.

Cuando Froilán regresó junto a su señor con las escasas fuerzas que le quedaban, le aconsejó, por motivos de seguridad, abandonar inmediatamente el lugar y regresar al castillo de Babia, no sin antes enviar una patrulla solicitando refuerzos. Pero el rey

ni siquiera prestó oído al consejo que se le daba: se mantuvo donde estaba, como si hubiese quedado petrificado.

El rey del Pirineo, reaccionando al fin, se le acercó y le dijo:

—No entiendo lo que ha sucedido, pero me hago cargo de la gravedad. Lamento que un día que se prometía tan dichoso se haya tornado en jornada de luto. Lo sensato sería dar sepultura a los muertos y dejar para otro momento más propicio la firma del compromiso que nos ha traído hasta aquí.

—Sí, lo dejaremos para otro momento —farfulló el malogrado pretendiente, con el gesto descompuesto y conteniendo a duras penas su cólera.

Lo acontecido había silenciado por completo el bullicio alegre y festivo de los asistentes y los aldeanos, confundidos y con el ánimo alterado, emprendieron la vuelta a sus hogares. Junto a ellos, el rey Alfonso y su séquito también se dispusieron a regresar.

Leonardo y Gregorio caminaban charlando junto a su familia cuando, de pronto, escucharon voces detrás de ellos pidiendo que se apartasen para dejar paso a la comitiva real. Los jóvenes se echaron a un lado y se quedaron mirando, curiosos, a los reyes y a su cortejo. La princesa cabalgaba erguida sobre su corcel, más esplendorosa que nunca.

Al pasar junto a Leonardo, sus miradas se encontraron, pero la infanta se contuvo y continuó la marcha como si nada. No sucedió lo mismo con el joven, quien, al descubrir en ella a su amiga, quedó abrumado y sintió darle un vuelco el corazón.

Gregorio bromeó con su hermano respecto a que la pobre princesita se había quedado sin pretendiente por el momento. Leonardo, sumamente trastornado, tuvo que apoyarse en su hermano para no caer.

—¡Eh, hermanito! ¿Qué te sucede? ¿Te has emborrachado sin haber probado una gota de vino? ¡Si no ha habido tiempo ni de comer, que es a lo que veníamos!

—¿Es que no la has visto?

—¿Ver a quién?

—A la princesa. ¿No la has reconocido?

—¿Cómo la he de reconocer, si es la primera vez que la veo? Por cierto, que es una preciosa joven. Mira, pon la mano en mi pecho, ¿no ves como late de amor?

—¡Déjate de bromas! La princesa es Elisa, o Cecilia, o como quiera que se llame.

—¿Qué dices? Elisa... ¿Cecilia? Creo que el amor te hace ver visiones.

—No, de visiones nada. Estoy seguro de que era ella.

Gregorio se rascó la cabeza con gesto de desconcierto.

—Ella me ha mirado al pasar y no se ha alterado lo más mínimo, como si no me conociese. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué nos ha tenido engañados durante tanto tiempo?

—Entonces, el noble con quien querían casarla sus padres era ese rey Jaime... —Gregorio, a lo suyo, seguía atando cabos.

—Ha jugado con nuestros sentimientos, solo hemos sido un pasatiempo para ella

—se lamentó Leonardo.

El ver a su hermano tan afligido le sacó de sus cavilaciones.

—No te desesperes, hombre. Creo que nos debe, que *te debe*, una explicación, y sin duda te la ha de dar. No la juzgues sin escuchar antes sus razones.

—¿Crees que volveremos a verla?

—Estoy seguro. Ahora, intenta olvidar todo esto por ahora y unámonos a nuestra gente. Hemos de regresar a casa.

Mientras caminaba junto a su hermano, Leonardo recordó su tierno abrazo y aquellas lágrimas surcándole las mejillas. No, aquellos sentimientos no podían ser fingidos, y menos aún enmascarar una burla. Hablaría con ella y todo se aclararía; sin embargo, ella era la princesa: si la diferencia de cuna entre ellos ya era grande, ahora resultaba insalvable.

El día había resultado nefasto para Jaime en todos los sentidos. No llegaba a comprender lo que había ocurrido. El ataque se había producido con una rapidez y efectividad tan mortíferas, que su guardia no había tenido alternativa. Aquella acción, digna de reseñarse en las crónicas, no era una simple escaramuza de proscritos rebeldes, sino el ataque organizado de un ejército en toda la regla.

Tenía que regresar a su castillo. Algo amenazador se estaba fraguando en su reino y tenía que extirparlo de raíz, pero para eso tenía que recabar información. ¿De dónde procedían aquellas huestes? ¿Quién o quiénes las dirigían? Por primera vez, aquel rey se sintió inseguro y vulnerable y, para colmo, su ansiado compromiso de enlace con la hija de Alfonso también se había malogrado. Debía hacer algo, y pronto.

Froilán cabalgaba unos pasos por detrás de su señor, más abatido por la derrota que por la muerte de sus hombres. Sentía peligrar posición y ambiciones y vislumbraba ante sí un negro porvenir. El rey, con un gesto de la mano, le ordenó acercarse.

—Me has hecho fracasar en mis propósitos y por tu culpa mi honor y mi autoridad han sido puestas en entredicho. ¿Qué tienes que decir en tu defensa? ¡Habla, si no quieres que te traspase con mi espada!

—Sois excesivamente duro conmigo. Vos mismo, en contra de mi opinión, dispusisteis que tan solo vuestra guardia os acompañara, y ni el mismo Oráculo de Delfos hubiera podido adivinar que os amenazaba un peligro tan grande. Durante todos estos años os habéis desplazado por el reino sin problema alguno y siempre se ha cumplido vuestra voluntad sin oposición de ningún tipo.

—¡Continúa!

—Está bastante claro que los robos de armas y las emboscadas que han tenido lugar en los últimos tiempos son el precedente de lo que hoy ha sucedido.

—Sí, pero la acción de hoy supone un movimiento de fuerzas considerable y unas tácticas propias de un gran estratega. Si se lo hubieran propuesto, en este momento, ni

tú ni yo viviríamos para contarlo. ¿Quién crees que puede estar dirigiendo a esos hombres?

—Lo único que puedo decir es que en la mayoría de las emboscadas que se han producido hasta ahora ha hecho su aparición un ermitaño estafalario, y que siempre sacrifican a los oficiales y perdonan la vida a los demás soldados. El predicador les dirige una especie de sermón, y a continuación desaparecen.

—Hoy han debido cambiar de idea, porque han masacrado a todos tus hombres por igual, y no les han lanzado ninguna prédica.

—Señor, habréis podido observar que, tras la sorpresa inicial, he conseguido reagrupar a los míos, localizar a los atacantes y lanzarlos al asalto del cerro. El enemigo dominaba la altura y contra sus lanzas nada hemos podido hacer, salvo morir en vuestra defensa, con valentía y dignidad. Perdonadme si no lo he podido hacer mejor.

—He de reconocer que tienes razón. El ataque de hoy demuestra que estamos ante un poderoso adversario y su amenaza no debe ser menospreciada. Sin embargo, me he puesto en ridículo delante del rey vecino, y se ha hecho patente una debilidad que nunca creí tener. Esto no puede seguir así. Es preciso saber quiénes son nuestros agresores y quién los dirige. Hay que capturar a ese ermitaño del que me hablas, o lo que sea, y cuando lo consigamos, hacerle hablar. Por ese hilo desenredaremos este ovillo.

»Hemos de investigar también si mi futuro suegro tiene que ver algo con esto. El caso es que me ha parecido que él y sus acompañantes estaban tan sorprendidos como yo de lo sucedido. No obstante, investiguemos.

—Procuraré no fallaros esta vez.

—Está bien, puedes irte.

—Señor, aprovechando que estamos aquí, me gustaría comentaros...

—¿Sí?

—Creo disponer de una buena pista sobre el paradero de vuestro sobrino y del senescal.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No quería anticiparme y crearos falsas expectativas. Deseaba comprobar antes personalmente la veracidad de ciertas informaciones que han llegado hasta mí.

—Y según esas informaciones, ¿tú crees que estarán vivos?

—Sí, majestad. Por eso os pido permiso para ir al reino del Pirineo. Allí me entrevistaré con una persona de confianza que, espero, me saque de dudas.

—Si el senescal y el príncipe siguen con vida, no me extrañaría nada que tuviesen algo que ver con los acontecimientos de hoy. ¡Ve pues! Y si consigues dar con su paradero y apresarlos, no solo te cubriré de oro, sino que te nombraré senescal.

—Mi señor, me abrumáis con vuestra magnanimidad.

—Parte enseguida y vuelve lo antes posible con noticias.

—Gracias, majestad. Así lo haré.

El rey Alfonso cabalgaba exultante de regreso a la corte. No esperaba ni remotamente que aquel día pudiese acabar tan inesperadamente y de manera tan beneficiosa. Hasta las caballerías, avivando el paso, parecían tener prisa por llegar a su destino.

Recorrieron el camino de regreso sin sobresaltos digno de mención, y en cuanto llegaron al castillo, Alfonso y Margarita llamaron a su hija.

—Después de tanta insistencia en no querer aceptar el matrimonio con ese hombre horrible, resulta que me quitas la palabra y se lo ofreces en bandeja de plata —la recriminó el rey, reflejando en el semblante dolor y contrariedad.

—Padre, al ver lo soberbio que es ese hombre, he sentido miedo por vos; no podía tolerar que siguiera humillándoos. De todas formas, aun a pesar de mis palabras y aunque hubieseis firmado, eso no significa que llegado el momento del enlace este se hubiese producido.

—No te entiendo, hija. Explícate mejor, por favor —le pidió su padre.

—Lo que quiero decir es que si yo, en el fondo de mi corazón, no estoy dispuesta a casarme con él, nada ni nadie podrá obligarme a hacerlo, y menos aún unas palabras pronunciadas por mí para salir del paso o una firma estampada en un documento. ¡Yo siempre tendré mis opciones!

—¿Y crees que aunque yo diera palabra de casarte con ese malnacido, iba a consentir que tal cosa sucediera? ¡Di! ¿Lo crees? ¿Tan poco me conoces?

—¿Cómo? Ahora la que no os entiendo soy yo, padre.

—Hija mía, pienso que siempre te hemos dado muestras de nuestro afecto. Sabes que eres lo máspreciado para nosotros, y juro ante Dios que no dudaría un instante en renunciar a mi cetro y a mi vida si con eso pudiera evitar esa boda y tu perpetua amargura.

»Lo que más me duele es que no hayas confiado en nosotros. Eres demasiado joven todavía para comprender las tácticas de la diplomacia. En ocasiones, para ganar tiempo y evitar males mayores, nos vemos obligados a mentir. ¿Me entiendes ahora?

—Sí, ahora os entiendo —contestó Cecilia con lágrimas en los ojos y acercándose al rey lo abrazó con ternura—. Perdonadme, padre, mi inexperiencia me ha hecho interpretar mal la situación. Perdonadme ambos. Sabéis que os quiero con locura.

—Hija, no hay nada que perdonar.

—¿Puedo retirarme ahora?

—Claro, ve tranquila; nos veremos después para comer —le dijo su madre.

La princesa se fue a sus aposentos. Quería tomar un baño y relajarse. Las emociones habían sido muy intensas en los últimos días y se sentía mal por dos motivos: de un lado, había hecho daño a sus padres al no confiar en ellos, y de otro, había decidido pasar de largo por delante de Leonardo sin apenas mirarle. Dadas las

circunstancias, no habría podido proceder de otra forma, porque sabía lo que dirían sus padres si descubrieran su relación secreta; sin embargo, presentía que su amigo estaba sufriendo por su causa.

Mientras la joven meditaba estas cosas hundida en el agua tibia de la tina hasta la barbilla, escuchó que alguien venía y pedía que Aurelia le acompañara. El sirviente de palacio condujo a la mujer hasta el gabinete de la reina.

—Y bien, Aurelia, ¿estás ya al corriente de lo sucedido?

—Sí, majestad. Vuestra hija ha tenido la iniciativa de contármelo.

—Más bien dirás que has sido tú quien se lo ha preguntado, ¿no es así?

El aya se ruborizó un tanto, pero mostró seguridad al contestar:

—Ya sabéis que me gusta estar informada de todo lo que atañe a vuestra hija, señora.

—Y también sé que cuando os elegí como aya, contrajiste el compromiso de mantenerme al corriente de todo cuanto la aconteciese. ¿Has cumplido con este deber?

—No... no os comprendo, señora.

—Aurelia, sé que me estás ocultando algo importante con respecto a mi hija, y quiero pensar que lo haces sin malicia, porque eres una buena mujer. Entiendo también que no tienes suficientes luces para apreciar la gravedad del asunto y las consecuencias que este podría llegar a tener...

El aya, roja como la grana, bajó su mirada sin atreverse a contestar.

La reina, que, siguiendo su intuición de que allí había gato encerrado, había lanzado este discurso para ver cómo reaccionaba la mujer, captó de inmediato que su andanada disparada al tuntún había dado en el blanco. Así que, sin darle tiempo a reaccionar, trató de rematar la jugada:

—O me lo cuentas todo ahora mismo, o saldrás de este castillo para no regresar nunca más.

—¡Eso no, señora, eso no! Os juro que os lo contaré todo.

Aurelia, muy alterada y hecha un mar de lágrimas, le contó a su reina todo lo que sabía acerca de las salidas dominicales de Cecilia al bosque, de sus encuentros con aquel apuesto muchacho y de cómo de aquella inocente amistad había surgido el amor, pues ella creía que su querida niña estaba perdidamente enamorada. La reina la escuchó atentamente, y comprendió al fin la tristeza y aflicción que habían estado embargando a su hija desde que le comentaran la propuesta de matrimonio del rey de Iberia.

—No censuro el comportamiento de mi hija, porque conozco su afán de aventura e independencia y está en la naturaleza de la juventud el enamorarse. Pero sí reprendo que no me haya contado nada y que tú seas su encubridora. Ella ha actuado alocadamente, pero la justifica su edad. ¿Y a ti?, ¿qué te justifica?

—Nada. No me justifica nada, señora —balbuceó la mujer, retorciéndose las manos y mordiéndose los labios.



—Lo único que puedo decir en tu descargo es que sé que te has guiado por el enorme cariño que sientes hacia ella. Pero aunque no hayas tenido hijos, debes saber que con consentirla demasiado y tapparle sus defectos no la harás más fuerte ni más feliz, sino todo lo contrario.

—¡Ay, señora, ahora lo veo! Merezco cualquier castigo que queráis imponerme.

—Por esta vez no voy a castigarte. Has sido franca conmigo a pesar de todo, lo que es de apreciar. Me conformo con que nunca más vuelva a suceder nada parecido. Debo estar informada de cualquier cosa importante que le suceda a mi hija.

—Pero, señora, la princesa es muy reservada; solo me hace partícipe de las cosas que ella desea...

—Lo sé, no te apures. Anda, limpia tus lágrimas y regresa ahora mismo con ella. ¡Y no se te ocurra comentarle nada de nuestra conversación!

Algunas horas más tarde, cuando terminaron de comer y los reyes despidieron a los sirvientes, Margarita se dirigió en estos términos a su hija:

—Hija mía, he descubierto por qué, cuando te dimos la noticia de tu futuro compromiso, tú contestaste con tanto desánimo y desagrado.

Cecilia miró a su madre con estupor.

—Lo sé todo y tu padre también. Por favor, confía en nosotros y cuéntanoslo.

—¿El qué? ¿Qué queréis saber?

—Lo que has tenido oculto con la ayuda del aya en estos últimos meses.

La joven supo entonces que ya no podría seguir manteniendo en secreto las salidas al bosque y su amor por aquel joven campesino, que sin embargo a ella le parecía un auténtico príncipe, y les desveló a sus padres lo que sentía su corazón.

—Aunque agradecemos tu explicación, me entristece ver por segunda vez en un día que ha flaqueado tu confianza en nosotros —le dijo su padre con tono severo—. Hija, sabes que no podemos tolerar que prospere este capricho juvenil tuyo por ese muchacho. Si fueses plebeya y estuviese totalmente convencido de tus sentimientos, no dudaría en darte mi venia para entregarle tu mano en matrimonio; sin embargo, eres la princesa, y de ninguna manera dejaré que deshonres a tus padres casándote con un labriego.

—Pero, padre...

—Alfonso, creo que estás siendo demasiado duro con ella. Está enamorada. ¿Recuerdas lo que me decías cuando nos conocimos...?

—¡Ya he escuchado bastante por hoy! —exclamó el rey—. Desde este instante te prohíbo terminantemente que regreses a ese bosque y que vuelvas a ver a ese joven, y me ocuparé debidamente de que así sea. ¡No olvides nunca quién eres y el respeto que nos debes! ¡Olvídate de ese muchacho para siempre!

A la princesa se le heló la sangre en las venas al escuchar estas palabras; luego se le nubló la vista y su cuerpo se deslizó al suelo blandamente, quedando tendida sobre la alfombra.

En el valle de Salazar, la familia de la casa de Albar retomaba sus rutinas y obligaciones. Leonardo andaba desasosegado y taciturno porque Cecilia no acudió a la cita el día acordado, ni tampoco en los domingos posteriores. Perdió apetito y sueño, también el interés por el trabajo y la caza. Todos notaban que se estaba convirtiendo en un espectro de sí mismo, aunque no conocían la causa, y el único que estaba al corriente de todo, su hermano, no sabía cómo ayudarle.

Las semanas pasaron, y llegó junio. Carlos, el joven monje preceptor, se hallaba regando el huerto de la abadía. Al terminar, pensaba recoger algunos pepinos y escarolas tiernas. Al abad le gustaban las ensaladas tanto como a él. Estando ocupado en tales menesteres, vio pasar a un hombre que, por su aspecto, parecía un segador, y que al verle echar agua a las plantas se le acercó y le pidió de beber.

—Toma, bebe despacio. Vienes sudando y el agua está muy fría.

El desconocido, despojándose del sombrero, dándole unos largos tragos, apuró la botija que el monje le tendía.

—Gracias, estaba sediento, y al verte no he resistido la tentación.

—No hay de qué. Si lo deseas, puedes acompañarme a la abadía y te daremos algo de comer.

—Agradezco tu ofrecimiento, pero lo dejaré para mejor ocasión. Voy buscando un molino que, según me han dicho, no se halla muy lejos de aquí.

—Sí, no vas desencaminado. —Y le indicó cómo encontrarlo.

El hombre volvió a darle las gracias y se despidió, y Carlos continuó con su trabajo, pensativo. Aquel individuo... había algo en él que no le terminaba de satisfacer. No es que se expresase mal, o que hubiera sido descortés; ni siquiera su forma de mirar o aquella cicatriz en la mejilla izquierda. No, era otra cosa. Un segador que, en vez de su hoz, portaba un gran cuchillo de monte a la cintura. Y unas manos enormes, pero cuyas palmas no estaban encallecidas a pesar de su profesión.

No sabía por qué, pero algo en su interior le decía que debía de seguirle y asegurarse de que iba al molino, así que, con precaución y manteniéndose a cierta distancia, fue detrás de él. «Por ahora sí ha tomado el camino que yo le he indicado», pensaba. De vez en cuando, el hombre miraba hacia atrás, como para asegurarse de que nadie le espiaba, y entonces el monje se escondía con presteza.

Cuando el desconocido llegó al molino, Carlos vio cómo daba una vuelta alrededor y luego llamaba a la puerta. Tras corta espera, el portón se abrió y el supuesto segador desapareció en su interior.

El monje se aproximó a la casa sigilosamente y pegó el oído en la puerta... Nada; era tan gruesa que no dejaba traspasar ni siquiera un murmullo. Decidió ir por detrás, a ver si tenía más suerte. Ocultándose detrás de un vallado de piedra para que no le vieran desde las ventanas, avanzó hacia la parte posterior, y entonces sí, empezó a escuchar algunas voces del otro lado.

Un viejísimo y frondoso cerezo, cargado de frutos tempranos, crecía próximo al muro, prestando su sombra al patio de la vivienda. Allá en lo alto se podía oír una

pequeña algarabía de gorriones, que disputaban entre sí por las bermejas cerezas. Carlos se asomó con precaución por encima del muro: habían sacado al patio una mesa y tres sillas, y se escuchaba ruido de vasos y platos, como si estuvieran preparando la mesa para comer. No se lo pensó dos veces. Aprovechando que aún no había nadie fuera, se remangó el hábito hasta la cintura y, con más agilidad de la que se le pudiera suponer, trepó por el tronco. Oculto entre ramas y hojas, apenas podía ver lo que sucedía, pero sí oír una conversación si esta llegaba a producirse, así que se acomodó lo mejor que pudo en su nido, dispuesto a prestar la máxima atención.

Escuchó ruido de pasos sobre la gravilla del patio, arrastre de sillas cuando tomaron asiento, el golpe del cucharón en los platos y la cazuela de barro al servir la comida...

—Vale, vale, Catalina, así está bien —oyó decir al segador.

—¿Un poco de pan?

—Sí, por favor.

Ruido de cucharas en los platos y mandíbulas masticando.

—Mmmm, esto está delicioso. No me extraña que hayas engordado tanto en estos años. Teniendo una cocinera tan buena en casa... ¿Qué tal te va con el molino?

—Bah, nos da lo justo para vivir. Si tuviéramos hijos, se morirían de hambre.

—Pero, hombre, ¿de qué te quejas? Llevas una vida sosegada. Esas grandes piedras y el agua hacen el trabajo por ti y, por lo que he visto viniendo hacia aquí, este es el único molino en todo el valle.

—Sí, pero el molino pertenece a la abadía.

—¿Y?

—Pues que de lo que saco en cada molienda tengo que entregarle una parte, y no es pequeña precisamente.

—Si tan descontento estás, ¿por qué no le arriendas unas tierras a esos monjes?

—Ni hablar. El trabajo de campesinos no está hecho para mí. Bueno, ¿y qué tal tú? Ese atuendo que llevas no te queda nada mal, pero ¿dónde has dejado la hoz?

—Sabes que mi hoz no es curvada, y que con ella, en vez de segar mies, me dedico a segar cuerpos. Y también cabezas, cuando hace falta.

—No sabía que te hubieras convertido en verdugo.

—¡Ssssss! Baja la voz.

—No tengas cuidado, aquí nadie podría escucharnos.

Continuaron comiendo en silencio, pero Carlos sabía que seguían allí. Veía tres coronillas llevándose la cuchara a la boca, manos pasando por encima de la mesa para coger un poco de pan o servirse más vino.

—Voy a retirar los platos y traeros un poco de aguardiente —dijo una voz de mujer.

—Está bien, hazlo y déjanos solos.

Correr de sillas, cacharreo al apilar la loza y pasos sobre la gravilla. Al rato, nuevos pasos, el tintineo de unos vasos y el golpe de una jarra sobre la mesa, y otra

vez pasos perdiéndose en el interior del molino.

—De acuerdo, cuéntame lo de esa familia desde el principio.

—Hace unos dieciocho años nos llegó la noticia de que en la casa de Albar había nacido un varón. Sin embargo, poco después se empezó a escuchar que había tenido mellizos. Cuando pudimos ver de cerca a los niños el día del bautizo, nos dimos cuenta de que se parecían muy poco entre ellos, salvo en el color del pelo. Nos extrañó mucho también que el propio abad viniese desde la abadía para cristianarlos, y no solo eso, sino que además les apadrinó y propuso un nombre para uno de ellos.

—¿Cuál fue ese nombre?

—Leonardo.

—Sigue contándome.

—A medida que han ido creciendo, las diferencias entre ellos se han ido acentuando. Más aún, el tal Leonardo no tiene ningún parecido con sus supuestos padres.

—¿Piensas entonces que no es su hijo?

—Sí, estoy completamente seguro. No obstante, siempre lo han tratado como si lo fuera y él les ha correspondido de igual forma.

—O sea, que el joven no sabe nada de todo esto.

—Creo que no.

—Entiendo. Dime, ¿cómo es físicamente?

—Bueno, es pelirrojo, muy alto, apuesto, y tiene una fuerza fuera de lo común.

—De acuerdo. ¿Y qué pasa con el ermitaño?

—Ese hombre llegó más o menos en la misma época en que los niños nacieron, o al menos fue entonces cuando se le empezó a ver por aquí. Se estableció en el bosque, en una cabaña que se construyó al otro lado del río. El abad siempre lo ha ayudado y protegido, pero parece ser algo más que un simple conocido suyo.

—¿Y desde cuándo enseña a los jóvenes el manejo de la espada?

—No te lo sabría decir con exactitud, pero te puedo asegurar que ese ermitaño lucha como un verdadero demonio a pesar de su edad.

—¿Es mayor, entonces?

—Calculo que tendrá alrededor de cincuenta años.

—Y los chicos, ¿qué tal la manejan?

—Yo no entiendo mucho de esas cosas... A mí me parece que muy bien, sobre todo Leonardo. Le he visto poner a su maestro en verdaderos apuros.

—¿Y sabes si sigue instruyéndoles?

—Creo que no. Hace ya bastantes meses que el viejo desapareció de aquí y no se le ha vuelto a ver; sin embargo, sus pupilos siguen yendo a la cabaña a practicar y tengo entendido que cuidan de su caballo.

—¿Cómo? ¿El ermitaño tiene un caballo?

—Sí; fue un regalo del abad, me parece. También les ha enseñado a montar.

—¿Y qué aspecto tiene ese hombre?

—Pues el de un viejo desaliñado con el cabello largo y la barba crecida, y siempre lleva un hábito oscuro. Tiene algo que... no sé...

—¿Que qué? —preguntó impaciente el segador al ver que Venancio no terminaba la frase.

—Bueno, solo le he visto de cerca una vez, pero su mirada es tan profunda y ardiente, que me hizo sentir verdaderos escalofríos. ¡No lo quisiera tener de enemigo!

—Mmmm... ¿Alguna otra cosa que consideres de importancia?

Venancio echó un trago de aguardiente antes de contestar:

—No, creo que no.

—De acuerdo. Gracias por tu información. Me ha servido de mucho y serás recompensado por ello —dijo levantándose de la mesa—. Avísame sin tardanza si ese ermitaño apareciese de nuevo por aquí; me vale con que coloques un pañuelo rojo en esa especie de palomar que corona el molino.

—¿Es que te vas a quedar por aquí un tiempo?

—No, he de regresar al castillo de Babia, pero habrá ojos vigilantes que me harán llegar el aviso, ¿de acuerdo?

—Sí, vete tranquilo.

—En este caso me despido. ¡Hasta pronto!

Carlos vio a los dos hombres darse la mano y decirse adiós.

¿Qué significaba todo aquello? Había escuchado la conversación desde su escondite casi sin respirar y, según esta avanzaba, más convencido estaba de que se referían a sus queridos alumnos y a Arcabad y de que allí se estaba tramando algo que podía perjudicarlos, o incluso ponerlos en peligro. Él nunca se había planteado que los muchachos no fuesen hermanos; sin embargo, el molinero tenía razón: Leonardo no tenía ningún rasgo de la familia. En cualquier caso, ¿qué interés podía tener el otro hombre en conocer todo aquello? ¿Quién era? ¿Y por qué le había prometido a Venancio una recompensa?

El monje dejó transcurrir aún un buen rato —tiempo que aprovechó para comer algunas cerezas— antes de descolgarse del árbol sin hacer ruido y volver con pasos rápidos hacia la abadía.

Una vez allí, se fue derecho a hablar con el abad, quien en ese momento dormitaba plácidamente. Al tocarle ligeramente en el brazo, Toribio abrió los ojos, parpadeó y le miró con extrañeza.

—¿Cómo es que no has traído las hortalizas que me prometiste? He tenido que comerme mi plato y el tuyo para que no se enfriara.

—No importa, monseñor. Yo en vuestro lugar hubiera hecho lo mismo.

Ahora que Toribio estaba un poco más despabilado, se fijó en que el monje venía acelerado y que le miraba con creciente intensidad.

—Te veo con la cara un tanto desencajada. ¿Acaso vienes de dar lecciones de teología a los chicos?

—No, no es eso. Pero quisiera contarle en privado algo que me ha sucedido.

—Adelante, te escucho.

—¿Podríamos ir a un lugar más reservado?

—¿Un confesionario, quieres decir?

—No señor.

—En ese caso, vayamos a la biblioteca y nos cerraremos por dentro. Allí nadie nos molestará —dijo el abad levantándose.

Llegaron a la biblioteca y le pidieron a Anselmo la llave.

—Voy a confesar a este joven. Que nadie nos moleste y tú, no quiero que escuches detrás de la puerta, o te condenarás si lo haces.

—¡Señor, bien sabéis que yo no hago esas cosas!

—Precisamente porque lo sé te lo digo.

Y dejando al pobre Anselmo confundido y clavado en el sitio, entraron y cerraron la puerta con llave.

—Está bien, hijo, cuéntame eso que te ha sucedido y que te tiene en ascuas, pero habla quedo, que las paredes oyen.

Carlos le contó a su superior entre susurros todo lo que aquella mañana le había acontecido, por lo que hasta Anselmo —que se esforzaba en escuchar detrás de la puerta— solo llegaba un murmullo indescifrable. Cuando terminó, el abad tenía una cara de preocupación que el monje preceptor nunca le había visto.

—Señor, ¿qué he dicho que os ha alarmado tanto?

—Ahora no te puedo contar nada, pero prometo que pronto lo haré... cuando llegue el momento. Dime, ¿Venancio y Catalina pronunciaron en algún momento el nombre del desconocido?

—No, estoy seguro de ello.

—Pero, por lo que me dices, parece que Venancio y ese hombre se conocían desde hace tiempo, ¿no es así?

—Sí, sí, se trataban con familiaridad, como si llevaran varios años sin verse. Por algo que dijeron, entendí que ese hombre iba disfrazado de segador, pero que en realidad era un verdugo o algo así.

—¿Podrías decirme cómo era?

—Era muy alto, fornido, con unas manos muy grandes. Pelo cortado, barba rasurada, ojos oscuros... Llevaba un sombrero de paja calado hasta las cejas, pero tenía una mirada inquietante y huidiza y se expresaba demasiado bien para ser un segador. ¡Ah! Y también vi una antigua cicatriz en su cara.

—Mmmm... No me viene nadie a la memoria con esa descripción —murmuró el abad—. Me pregunto cómo es que Venancio ha conseguido toda esa información...

—Y yo cómo es que ese tipo sabía a quién tenía que acudir para obtenerla, y qué es lo que piensa hacer con ella.

—Me temo que estas preguntas quedarán sin respuesta por ahora. Pero me alegro de que te hayas dejado guiar por tu buena intuición, hermano. Lo que has presenciado es de vital importancia, y no debe trascender.

—Mis labios estarán sellados como una tumba, padre.

—No esperaba menos de ti. De acuerdo, relajemos nuestra expresión. ¡Que no se trasluzca nuestra preocupación!

Cuando salieron de la estancia, el abad devolvió la llave a Anselmo, que rondaba por allí cerca, y le dijo a Carlos:

—¡Hijo mío, arrepíentete de tus acciones y cumple la penitencia que te he impuesto si es que todavía deseas ir al cielo!

—Descuidad padre, la cumpliré, si es menester multiplicada por diez. Todo es poco para conseguir la salvación —contestó el otro.

Y haciendo en el aire la señal de la cruz, el abad se fue a dar un paseo por los alrededores de la abadía y el preceptor tomó el camino de la capilla, mientras Anselmo les miraba sin disimular su desconcierto.

Toribio, a través de su enlace con las fuerzas del rey Alfonso en territorio enemigo, envió un correo solicitando la inmediata presencia de Arcabad. Creía firmemente que Leonardo había sido descubierto y que se hallaba en inminente peligro. Cualquier espía de Jaime —porque no albergaba la más mínima duda de que el individuo que se había entrevistado con el molinero estaba a su servicio—, podía atentar contra la vida del príncipe, y después de tantos años de sacrificios y desvelos, eso no lo podía consentir.

Con la intención de protegerle, solicitó ayuda a su rey, quien se la concedió sin pedirle explicaciones. Puso a su disposición una compañía completa de soldados bien adiestrados, que se desplegó con disimulo alrededor de la casa de Albar y con órdenes expresas de vigilar y defender a todos sus habitantes, especialmente a Leonardo.

Aunque esto tranquilizó un poco al abad, seguía resultando insuficiente. Tenía que poner al corriente de lo sucedido a Rodrigo para poder tomar otras medidas más eficaces. Lo malo es que no sabía cuánto tiempo se demoraría esta espera y las horas corrían en su contra, pues sin duda el enemigo también hacía sus cálculos.

Froilán, casi sin descanso, caminó hasta la frontera, a la que llegó al borde de la extenuación. Allí dio instrucciones precisas para que un hombre, convenientemente disfrazado, acudiese de inmediato a espiar los alrededores de la casa de Albar y el molino de Venancio. Y sin tomarse un respiro siquiera, montó y cabalgó a marchas forzadas día y noche, clavando espuelas en los ijares de sus monturas, lo cual le obligaba a ir reemplazando los corceles a medida que estos caían reventados. Solo así consiguió alcanzar en pocos días el castillo de su soberano, que esperaba su regreso con impaciencia.

—Froilán, ¡ya es hora de que aparezcas! ¿Has logrado descubrir algo de lo que nos interesa? —le preguntó sin esperar siquiera a que se apeara del caballo.

—Majestad, la pista de la que os hablé ha resultado ser cierta. Vuestro sobrino y creo que el antiguo senescal también, siguen vivos, y sé dónde se han ocultado durante todos estos años.

—¡Habla, pronto, cuéntamelo todo! —exigió el rey de modo apremiante.

Froilán, que no se dejaba intimidar por el temible carácter su señor, relató de forma pausada sus averiguaciones mientras este retorció convulsivamente sus manos.

—¿Y dices que fue el abad de Ochagavía en persona quien propuso su nombre?

—Sí, al parecer así fue.

—Pues has de saber que Leonardo es el nombre con el que bautizaron también a



mi agosto sobrino. Ese abad de los demonios y el senescal hacían alarde de su estrecha amistad delante de todos, y el pusilánime de mi hermano les tenía gran aprecio a ambos. ¡Si hasta apadrinaron juntos al mocoso en el bautizo!

—Eso explica la ayuda que siempre le ha prestado el abad al ermitaño y que los dos hayan estado de una u otra forma alrededor del muchacho todos estos años.

—Lo que desconocemos es si la familia que acogió al niño sabía o no quién era este... —comentó Jaime, pensando para sí en voz alta.

—Por la forma en la que se han comportado con el chico, yo diría que no.

—¿Lograste enterarte de cómo llegó hasta ellos?

—No, aunque no me parece a mí que eso tenga demasiada importancia para vuestros propósitos, ¿no os parece, mi señor?

—Tienes razón.

—Y el muchacho, ¿se parece a sus padres adoptivos?

—Por lo que me han dicho, ni de lejos.

—¿Cómo es?

—Muy espigado para un chico de su edad.

—¿Algún rasgo físico en especial?

—Bueno, tiene el cabello rojizo.

—Igual que su madre —murmuró Jaime entre dientes.

—¿Creéis, mi señor, que ese ermitaño y el senescal pudieran ser la misma persona?

—Sí, tienen muchas posibilidades de serlo.

—Es curioso. Recuerdo que, justo cuando las armerías fueron asaltadas y empezaron las emboscadas, hizo su aparición por estas tierras ese predicador. Por su facha, apostaríamí vida a que ambos son la misma persona. Además, fue por aquel entonces también cuando supuestamente el ermitaño desapareció del valle de Salazar. Demasiadas casualidades.

—¡Eso es! —exclamó el rey—. ¡Él es quien salió de allí con el propósito de organizar una revuelta contra mí! ¡Él quien está organizando y soliviantando a nuestros aldeanos! Él a quien debo la ignominia a la que fui sometido ante el rey Alfonso. —Y deteniéndose, miró a Froilán y le dijo—: He de reconocer que me has servido de forma inmejorable, y no terminará el día sin que te recompense con el oro que te prometí, pero multiplicado por tres. Ahora, regresa allí de nuevo y tráeme a mi sobrino, mejor vivo que muerto. Él será el señuelo con el que atraeremos a nuestra red a la presa más importante. Y cuando lo hayamos conseguido, te haré mi senescal.

Cuando Rodrigo recibió el recado de su amigo, supo que debía regresar al valle de Salazar cuanto antes. Había sido providencial que Carlos hubiera podido escuchar aquella conversación. Pensó, con buen criterio, que su disfraz de predicador ya no le habría de servir para ocultar su identidad; muy al contrario, sería un reclamo para que

lo reconociesen enseguida y lo prendiesen. Así que, después de tantos años, decidió recuperar su aspecto original.

Empuñando unas tijeras, se colocó frente al espejo y empezó a cortar. Debajo de aquella maraña de barba y melena encrespadas, fue surgiendo la frente, luego las mejillas y orejas y por último, la barbilla y el cuello, mientras gruesas guedejas de cabello entrecano caían y cubrían el suelo a su alrededor.

Entonces, sorprendentemente, en el espejo apareció la imagen de un desconocido. Profundos surcos recorrían la ahora despejada frente, pequeños pliegues nacían de la comisura de los labios y unas marcadas patas de gallo se extendían hacia sus sienes. ¿Dónde quedaba aquella piel blanca y tersa de antaño?, ¿dónde su oscuro y brillante cabello? Tan solo el fulgor de la mirada le resultaba familiar. Sus años de plenitud habían quedado atrás; ahora, un ajado rostro le contemplaba desde aquella superficie pulida. Por primera vez en todos esos años, fue consciente del inmisericorde paso del tiempo, que no se detiene ni siquiera un instante y que es responsable de la inevitable decrepitud humana.

Cuando este nuevo hombre se presentó delante de sus compañeros, lo miraron como si de un aparecido se tratara. Solamente al escuchar su voz cayeron en la cuenta de quién era. Sin embargo, Rodrigo siguió sin descubrirles su auténtica personalidad y tampoco les explicó los motivos de aquel cambio; simplemente se despidió de ellos por el momento, dejando a Bertrán Sánchez al mando. Aquella reciente victoria frente a la guardia negra de Jaime había infundido grandes esperanzas entre sus camaradas, que estaban ansiosos por seguir infringiendo golpes al detestable tirano.

Después de un tiempo que al antiguo senescal se le hizo eterno y tras un afanoso caminar, consiguió llegar a la abadía de Ochagavía. Su aspecto nada tenía que ver con el de aquel ermitaño que acostumbraba a ser, por lo que nadie, ni por la más remota casualidad, hubiera podido reconocerle. A pesar de la edad y del cansancio que reflejaba su rostro, transmitía un señorío y una grandeza que a nadie pasaban desapercibidos.

—Monseñor —anunció Anselmo—. Un caballero de muy buena estampa pregunta por vos.

—¿Lo conoces? —preguntó el abad.

—No, señor, jamás lo he visto.

—Pues hazle pasar —contestó Toribio con expresión sorprendida.

Cuando Rodrigo hizo su aparición, su amigo solo tuvo que mirarle a los ojos para reconocerle al instante.

—Pasad, caballero, no os quedéis ahí y acompañadme a la biblioteca; allí podréis contarme lo que os trae por aquí.

Cortés echó a andar tras el abad y detrás de ellos, Anselmo.

—Dame la llave —le pidió Toribio al monje.

—Señor, creo que yo debería estar presente en este encuentro —le susurró el monje al oído.

—No te preocupes por mí. Puedes irte, ya te llamaré si lo considero necesario, pero antes trae una jarra de agua fresca y dos vasos; este señor seguro que te lo agradecerá.

Después de que el monje hiciese lo que se le pedía, el abad cerró la puerta por dentro. Ya solos, Toribio abrazó a su amigo y, sin decir nada, le condujo cerca de un ventanal, donde le hizo sentarse frente a él.

—Por fin has venido, no sabes cuánto me alegro de encontrarte con tu aspecto de antaño —susurró el abad.

—En efecto, vuelvo a ser yo, pero con dieciocho años más a mis espaldas —contestó el barón de Mieres, amortiguando también su voz.

—No te mortifiques. La vida es así. El tiempo transcurre por igual para todas las criaturas, y tú te conservas muy bien para tu edad. Mírame a mí, grueso y apenas sin cabello, y no por causa de la tonsura. Bien podría yo pasar por ser tu padre, y eso que tan solo soy un poco mayor que tú.

—He venido lo antes que he podido. ¿Hay alguna novedad?

—La única, que el otro día fue capturado un hombre que merodeaba cerca de la casa de Albar. No es de por aquí, y estaba armado hasta los dientes a pesar de ir vestido de campesino. Insiste en que se dirigía al reino de Iberia porque sabía que allí se están reclutando mercenarios; no ha habido manera de sonsacarle nada más.

—¿Qué se ha hecho con él?

—Lo han llevado a las mazmorras del castillo.

—Está claro que se trata de un espía, y no será el único. Hemos de actuar y deprisa, el príncipe corre un grave peligro.

—Y tú también —añadió su camarada.

—Creo que ha llegado la hora de que el muchacho sepa quién es y también su actual familia. Esta misma noche nos veremos todos en la casa de Albar; me gustaría que también estuviese presente Carlos. Debemos actuar antes de que nuestros enemigos tomen la iniciativa, porque sin duda piensan atacar en cualquier momento.

—¿Y qué vas a hacer tú hasta esta noche? —le preguntó el abad.

—He de recuperar algo importante. No te inquietes por mí, nos veremos después. ¡Ah! Y sigue fingiendo que no me conoces.

Anselmo, como tenía por costumbre y no precisamente con el afán de proteger a su señor, trató de escuchar lo que su superior y aquel hombre hablaban, pero desgraciadamente para él nada pudo oír. Para colmo, la entrevista fue muy corta y el abad estuvo a un tris de pillarle in fraganti al abrir la puerta.

—Caballero, no debéis preocuparos en exceso por el embarazo de vuestra hija. Aunque el verdadero padre sea un gañán desaprensivo, yo os prometo que eso quedará en secreto y pronto hemos de encontrarle un buen marido digno de vuestra posición y que aprecie su fertilidad, porque los hijos de los demás también son hijos de Dios y, por tanto, hijos nuestros.

El hombre se arrodilló y besó el anillo de monseñor.

—No sabéis cuánto os lo agradezco, padre.

—Buen Anselmo, acompaña al señor hasta la salida.

Con las últimas luces del día el abad, seguido de Carlos, se dirigieron a caballo hacia la casa de Albar. Cuando estuvieron cerca de la hacienda, varios soldados armados les salieron al paso, pero al ver de quién se trataba, se apartaron a un lado.

Cruzaron la era y, bajándose de sus monturas, se aproximaron a la puerta y llamaron. Mientras esperaban a que les abrieran, Ulises y otro perro les saludaron haciendo oscilar sus rabos alegremente.

—Padre Carlos, monseñor. Pasad, ¡qué sorpresa! —los recibió Elvira al abrir la puerta.

Los recién llegados accedieron a la cálida estancia, donde encontraron reunida a toda la familia alrededor de la mesa.

—Bienvenidos seáis —saludó Diego Albar—. Estábamos a punto de cenar. Sentaos y compartid estos alimentos con nosotros.

—Con sumo gusto aceptamos vuestra invitación, pero va a venir alguien más y, si no es molestia, desearía que le esperásemos. No creo que tarde —se excusó Toribio.

Mientras decía esto, el abad posó su mirada sobre Leonardo. Le vio cambiado, más delgado que de costumbre, más serio y con un halo de tristeza en la cara que no le había visto nunca.

«Tengo que hablar con él», pensó para sí.

No había transcurrido ni dos minutos cuando llamaron de nuevo a la puerta. Los perros tampoco dieron la voz de alarma esta vez. El jefe de la casa se levantó a abrir, y en el umbral apareció un hombre de mirada penetrante, con cota de malla y espada al cinto; bajo el brazo portaba un fardo alargado que depositó en el suelo junto a él.

Sin pronunciar palabra, fue mirando uno a uno a los presentes, deteniéndose especialmente en Leonardo, mientras aquellos le miraban a su vez estupefactos, preguntándose quién sería aquel caballero.

—Cada vez que me ausento y vuelvo a regresar, nadie se acuerda de mí. ¡Mal síntoma! Porque una de dos, o vosotros tenéis muy mala memoria, o el tiempo deforma de tal modo mis rasgos de una vez para otra, que me convierte en un perfecto desconocido hasta para mis mejores amigos.

—Esa voz... —dijo Leonardo.

—Esa mirada... —continuó Gregorio.

—Vais bien chicos, vais bien —contestó su maestro y amigo.

—¡Arcabad!, ¡Arcabad! —exclamaron los hermanos al unísono levantándose a abrazarlo.

—¡Ese soy yo! Aunque no lo parezca, pero con mi aspecto más original y mejor acabado.

—¿Qué os ha pasado? ¿Por qué os vestís así? ¿Dónde habéis dejado el cabello y

la barba? —preguntó Gregorio.

—Esa es una historia larga de contar y que hasta hoy se ha mantenido oculta, por razones que pronto comprenderéis. Pero cenemos primero, porque supongo que me estabais aguardando... bueno, no a mí, sino a Arcabad.

Cortés ocupó un sitio al lado del abad y comió con voraz apetito —aquella era la única comida decente que había probado en muchos días—. Sin embargo, la expectación que causaron sus palabras hizo que todos le contemplasen en silencio, mientras masticaba y tragaba. Cuando terminó, se limpió la comisura de los labios, se arrellanó en el asiento y comenzó a relatar una historia que, ya desde el principio, turbó los espíritus y sembró la inquietud en los sencillos corazones de quienes le escuchaban.

Les habló de dos jóvenes príncipes, hermanos de sangre y enamorados de la misma mujer. Del sufrimiento de su padre el rey, viudo desde hacía muchos años, que veía cómo el menor de sus hijos estaba poseído por la envidia y el rencor hacia su hermano. Les narró también la boda del hijo mayor con aquella preciosa muchacha, el profundo amor que se tenían y cómo fue nombrado sucesor al trono al morir su padre.

—El nuevo soberano, desoyendo los consejos de aquellos que más le querían y llevado de su generosidad, concedió a su hermano un ducado, joya de su reino. Algunos años más tarde, Dios le bendijo con el embarazo de su joven esposa, y la alegría de los monarcas se hizo extensiva a todos sus súbditos.

»A finales de aquel invierno, extremadamente frío y desapacible, la pareja se tomó unos días de descanso en un pabellón de caza distante de su castillo. La reina consorte se encontraba en estado y mediante artimañas y engaños, el rey fue alejado de ella.

El caballero, a continuación, les narró el sangriento ataque al pabellón de caza en el que había quedado la reina, su desgraciada muerte, así como la milagrosa salvación de su hijo, nacido de un parto prematuro durante el intento de huida a través del desfiladero, y cómo lo rescataron del tronco hueco de un roble.

—Cuando el rey supo lo que había sucedido, a punto estuvo de perder la razón. Tan solo la presencia de la criatura le infundió el deseo de continuar viviendo. En aquellos momentos y por más que se indagó, no se pudo identificar a los agresores y lo que es peor, tampoco a los instigadores del crimen.

»Algún tiempo después, tuvo lugar el bautizo de aquel niño. Fue entonces cuando el hermano del rey puso al descubierto su verdadera naturaleza. Con añagazas y perfidia urdió una conspiración homicida. Él había sido el causante de la muerte de la reina, a la cual había pretendido raptar y hacer suya, pero esto, por desgracia, se desveló demasiado tarde. Mediante un brebaje mezclado en el vino, el infame duque consiguió adormecer al rey y a sus invitados, y allí mismo, en el gran salón donde se celebraba el banquete tuvo lugar la más terrible carnicería jamás conocida. El rey pereció a manos de su propio hermano, quien después trató de acabar también con la

vida de su pequeño sobrino.

Todos escuchaban magnetizados las palabras de aquel hombre, que prosiguió su narración.

—La mano de Dios protegió nuevamente al niño, porque el senescal del rey, único superviviente de aquella masacre, consiguió escapar y poner a salvo al príncipe, cumpliendo así la promesa que había hecho a su señor momentos antes de morir.

»Aquel sanguinario asesino usurpó un trono que nunca le hubiera correspondido por derecho y sometió a todos los habitantes del reino a un poder despótico y cruel.

—Ese reino del que nos habláis... ¿es el que estamos imaginando todos? —preguntó Leonardo intrigado.

—En efecto, muchacho. Y sé que durante los últimos dieciocho años han corrido innumerables rumores sobre él, pero os puedo asegurar que esta es la fiel y verídica historia de lo sucedido.

—Entonces, ¿ese loco homicida es el mismo rey que pretende desposar a nuestra princesa? —interpeló de nuevo Leonardo.

—Efectivamente, tú lo has dicho.

—¿Y qué os da derecho a afirmar que lo que nos habéis contado es realmente lo que sucedió? —volvió a interrogar Leonardo.

—Me asiste, creo, todo el derecho del mundo, porque yo soy aquel senescal del rey del que os he estado hablando. Rodrigo Cortés es mi verdadero nombre, barón de Mieres. Y tú, mi querido muchacho, eres el príncipe Leonardo, legítimo heredero del reino de Iberia.

—¿Yo, el príncipe? ¡Eso es una estupidez! ¿Os habéis vuelto loco? —exclamó el joven.

—Sí, tú eres el hijo del rey Eduardo y de la reina Beatriz —corroboró el abad.

—Padre... —Leonardo se giró hacia sus padres para buscar la verdad en sus ojos, que por instantes habían palidecido.

Toribio se levantó entonces y, acercándose a Elvira, le cogió las manos con dulzura y le dijo:

—Mujer, cuéntale a tu hijo cómo llegó hasta ti. Hazlo, hija mía. Ha llegado el momento de que aligeres tu corazón de ese gran peso. No tengas miedo, la verdad nos liberará a todos.

Y aquella buena madre, con lágrimas en los ojos, explicó como pudo, con voz tierna y suave, la forma en que aquella cesta de mimbre lo condujo río abajo hasta ella.

—... Y cuando decidí quedarme con aquella criatura, todos en la casa nos juramentamos para hacerle pasar por hermano mellizo de Gregorio, al que ha poco había dado a luz —concluyó la madre en un sollozo.

—Fui yo —dijo el senescal—, quien, oculto en la ribera del río, lo depositó en aquella rústica cesta en la que lo encontraste.

—Y yo, que estaba al tanto de todo —continuó el abad—, me encargué de bautizar y apadrinar a los dos chiquillos. De hecho, Rodrigo y yo ya habíamos apadrinado al príncipe en aquel infausto día y deseo recordar, para que todos lo sepáis, que fue su padre quien le puso el nombre que lleva.

—Pero eso no puede ser... —insistía Leonardo.

—Si no fuera así, ¿cómo podría conocer yo la marca en forma de abeja con las alas extendidas que tienes en el hombro derecho? —preguntó Rodrigo.

Ahora sí que el joven le miró espantado.

—Vamos, eras una criatura. Cuidé de ti durante varias semanas después de huir del castillo de Babia. Te aseeé, te alimenté... Siempre pensé que esa curiosa marca estaba relacionada con la milagrosa forma en que saliste ileso de aquel barranco; quizás algún día descubramos lo que sucedió realmente.

La familia al completo enmudeció al oír tal cúmulo de revelaciones, pero más que nadie, Leonardo. Una especie de bruma había adormecido sus sentidos, tal vez para acallar y proteger su joven espíritu de aquellos dolorosos y lejanos acontecimientos que tan de cerca le tocaban.

—Leonardo, mi príncipe —expresó su mentor—, aunque Diego y Elvira sean tus padres adoptivos, no por ello debes considerarlos menos padres de lo que hasta ahora lo han sido. Ellos te han brindado todo su cariño y protección, pero si miras al cielo en una noche estrellada, podrás sentir también la mirada más amante y protectora que en el mundo jamás pueda existir, la de tus verdaderos padres.

Diciendo esto, el senescal cogió el fardo que había traído con él y lo desenvolvió con cuidado encima de la mesa. Allí, bajo la expectante mirada de sus amigos, apareció una primorosa y reluciente espada.

—Esta espada perteneció a tu padre, y antes que a él a tu abuelo. Se trata de un arma gloriosa y destinada a hacer vencedor a aquel que persiga la verdad y el bien. Su nombre es Briosa, y lleva esculpido en su acero el lema de la casa de Onís: “*Omnia cum Honore, nihil sine Justitia*” que significa: “Todo con Honor, nada sin Justicia”. Tómala en nombre de los que te precedieron, y haz buen uso de ella.

Leonardo tomó en sus manos la espada que su maestro le tendía y la examinó con veneración. Rodrigo sacó entonces una cajita de alabastro, de cuyo interior extrajo un hermoso anillo, labrado en filigrana de oro y con un maravilloso brillante sólidamente engastado en el centro.

—Este anillo perteneció a tu madre. Cógelo. Es tuyo ahora —dijo tendiéndoselo al joven, que lo contempló con cara de estupefacción.

Seguidamente, mostró un pequeño jubón, con un escudo de armas bordado en el pecho: era de gules, armiñado de plata.

—Y esta es la prenda que llevabas cuando te recogí de la cuna y huimos los dos. Tiene bordado el blasón de la casa de Onís. Es hora también de que te lo devuelva.

Leonardo cogió la prenda y, ensimismado, acarició el escudo.

—Todos estos acontecimientos forman parte del pasado —continuó Cortés—.

Relatarlos ha servido para que este joven sepa quién es realmente, pero por desgracia también proyectan sombras amenazadoras sobre el presente y sobre nuestras vidas.

—¿Amenazadoras? ¿Por qué? —preguntó Leonardo.

—Tu malvado tío, por circunstancias que no vienen al caso, pensó que habías muerto y nunca se volvió a preocupar de ti... hasta hace poco tiempo. Los últimos acontecimientos me hacen pensar que hemos sido descubiertos y mucho me temo que tratará de matarnos o de capturarnos, que viene a ser lo mismo. Carlos, por favor, cuéntales la conversación que pudiste escuchar en casa de Venancio, el molinero.

Cuando el monje hubo terminado de explicar lo que había escuchado encaramado al frondoso cerezo, Diego preguntó:

—¿Qué aspecto tenía el hombre que vino a hablar con Venancio?

—Era alto y fuerte, y estaba disfrazado de segador —contestó—, y su mejilla izquierda estaba surcada por una gruesa cicatriz.

—¡Dios mío! —exclamó el de Belagua, llevándose las manos a la cabeza—. Creo que se trata del mismo hombre que vimos en la siega del verano pasado, el que capitaneaba aquella patrulla de soldados uniformados de negro. Nuestro perro Ulises lo tiró del caballo. Vos, monseñor, recordaréis que acudí a relataros aquel episodio.

—Perfectamente. Y si es quien tú dices —indicó el abad—, no puede ser otro que el capitán de la guardia del rey Jaime. Cuando tú lo viste pasar, portaba un importante mensaje para nuestro monarca.

—Pues aún creo saber algo más sobre él —continuó el dueño de la casa—. Ese mal encarado se llama Froilán, y es hermano del molinero. La cicatriz no es consecuencia de ninguna batalla, sino que se la hizo de pequeño al caer sobre una hoz. Recuerdo que le tardó mucho en cicatrizar.

—Bien, amigos —intervino el antiguo senescal revelando un brillo especial en la mirada—. Hoy, gracias a la colaboración de todos, hemos logrado descubrir muchas cosas. Ahora solo nos falta dilucidar cómo haremos frente al peligro que nos acecha.

—Me siento abrumado por todo lo que aquí se ha dicho —acertó a balbucear el príncipe, cuyo rostro lucía una gran palidez—. Necesito tiempo para asimilar ese terrible pasado y comprender qué implicaciones tiene para el futuro. Hasta ahora he llevado una vida sencilla de la que estoy plenamente satisfecho. No deseo dejar de ser quien soy ni olvidar a los que siempre me han prestado su cobijo y amor incondicionales. Sin embargo, ahora que sé quiénes fueron mis verdaderos padres, así como el espantoso final que tuvieron que sufrir, siento aquí, en lo más hondo, un fuego que me consume y que no sé si me dejará vivir en paz de ahora en adelante.

—Tus palabras te honran —le contestó Rodrigo—. A fe mía, no sería justo el pedirte que dejes de ser quien eres, ni que olvides a tu familia y amigos. ¡Eso nunca! Pero debes entender que eres príncipe de Iberia, y que tuyo es el derecho a reclamar el trono que perteneció a tu padre. Y no solo porque seas el legítimo heredero. ¡Tus súbditos te lo demandamos! Ahora más que nunca. Ese rufián que tienes por tío ha de ser depuesto, porque de lo contrario, todo nuestro trabajo y nuestra lucha habrán sido



en vano.

—¿Cómo? ¿A qué lucha te refieres? —preguntó el joven.

—Jaime representa el mal, la mentira y la tiranía, y debe ser combatido con todos los medios que tengamos a nuestro alcance. Dios está de parte nuestra, pues sin duda lo ha demostrado salvándote y trayéndote hasta aquí.

—Si le dejamos hacer —añadió el abad—, no solo habrá conseguido sus propósitos de encumbrarse en el trono de tu padre, sino que extenderá el mal a este reino y nos consumirá a todos, incluida Cecilia, esa desdichada joven, hija de nuestro rey Alfonso.

Cuando Toribio mencionó a la princesa, una gran pesadumbre ensombreció aún más la faz del príncipe, cosa que no le pasó desapercibida al abad, aunque no se explicaba el porqué.

—Hemos de tomar una grave determinación —afirmó el barón de Mieres, apoyando las manos sobre la mesa—. Ahora, os ruego a todos que os retiréis y me dejéis a solas con Toribio y Leonardo.

El resto de la familia se levantó y subió en silencio al piso superior. Cuando el último desaparecía escaleras arriba, Rodrigo miró a sus interlocutores y les dijo:

—Leonardo, acabas de cumplir los dieciocho años. Mis planes eran que me acompañases al reino de Iberia, y allí, con mi apoyo y con el de otros muchos que se han levantado en contra de tu tío, pronto te habrías convertido en el caudillo que tu pueblo está esperando. Pero ahora que el adversario conoce de nuestra existencia e incluso me temo que parte de nuestros planes, presiento que un peligro cercano se cierne sobre nosotros.

»Creo que lo mejor es que huyas de inmediato y te pongas a salvo. Yo, desde la resistencia, trataré de entorpecer la acción del enemigo y más tarde, cuando las circunstancias sean más propicias, te mandaré aviso para que te unas a nosotros definitivamente —y volviéndose al abad, añadió—: La cuestión es: ¿dónde podría ocultarse con seguridad?

Toribio juntó las manos bajo su barbilla. Tras un rato de intensa concentración en el que sus amigos le contemplaron en silencio, dijo:

—Querido muchacho, debes abandonar cuanto antes el reino del Pirineo y esconderte en el convento de San Miguel Bajo la Piedra. Conozco a su abadesa desde hace muchos años. Se llama Jimena. Dile que vas de mi parte y te prestará su ayuda sin hacer preguntas.

—¿Abandonar el reino? ¡Pero si apenas he salido nunca del valle de Salazar!

—Solo tienes que coger el camino del Este hasta el Salto de Roldán. Lo identificarás porque dos enormes moles pétreas, situadas una frente a la otra, te lo han de señalar. En lo hondo del inmenso barranco discurre el río Flumen. Para cruzarlo tendrás que dar un largo rodeo de varios días, bordeando por el sur la gigantesca hendidura.

»Superados estos obstáculos, has de buscar el convento, que se encuentra

enclavado en una zona bastante escondida e inaccesible. Se trata de un territorio deshabitado, sin leyes ni fueros que lo rijan, y en el que abundan los malhechores. Tendrás que moverte con sumo cuidado.

—No sé... No creo que pueda dar con ese convento yo solo.

—No te apures, hijo, yo te procuraré un guía de confianza para que te acompañe.

—San Miguel Bajo la Piedra... —dijo Rodrigo pensativo—. Parece un sitio excelente para esconderte una temporada. No creo que tu tío te busque allí, y si lo hace, dudo mucho de que te encuentre. Y eso es por ahora lo más importante.

No bien Rodrigo Cortés terminó de decir esas palabras cuando, procedentes del exterior, se escucharon fuertes voces junto al ladrido furioso de los perros.

—¡Alarma, alarma, nos atacan! —gritó alguien en las proximidades.

Rodrigo entreabrió la puerta: un círculo de antorchas rodeaba la heredad, y el aire nocturno se vio invadido de un colérico entrechocar de armas.

—El peligro del que os hablaba ha llegado ya a nuestras puertas —gritó el antiguo senescal, desenvainando la espada—. No hay tiempo que perder. ¡Leonardo, tienes que escapar!

—Fuera hemos dejado dos caballos ensillados —manifestó Carlos—. ¡Cogedlos y huid los dos antes de que os atrapen!

—No, no me moveré de aquí. ¡Lucharemos todos juntos! —afirmó el joven con convicción.

Cortés le asió con fuerza de los hombros y mirándole a los ojos con determinación, dijo:

—No, es necesario que te pongas a salvo. Eres el príncipe de Iberia. Por tus venas corre sangre de una gloriosa estirpe, y solo tú podrás liberar a tu pueblo del yugo que lo tiraniza. Si te quedas y mueres o eres capturado, nuestra esperanza morirá contigo. Yo únicamente he sido un instrumento en manos del Altísimo y ya he cumplido mi parte; ahora te toca a ti cumplir la tuya. Tu deber es huir y seguir con vida. Yo cubriré tu retirada.

Solo cuando consiguió arrancar del joven un asentimiento de cabeza, le soltó y abrió la puerta del todo. El barón de Mieres salió a descubierto seguido de su protegido, quien, por primera vez, blandía la espada que fue de su padre: la sentía ligera en su mano, y un brillo acerado refulgía en su mortífero filo.

La luna aún no había hecho su aparición, por lo que la oscuridad era casi completa. La luz de las antorchas agitaba las sombras y apenas dejaba entrever un grupo de combatientes que, desplegados en abanico, se esforzaba en contener lo que parecía una avalancha de tenebrosas figuras. La lucha era encarnizada. De una sola mirada, el senescal evaluó la situación: solo quebrando la línea de ataque enemiga el príncipe tendría alguna posibilidad de escapar.

En el ala izquierda, dos agresores montados a caballo habían conseguido sobrepasar la barrera defensiva y, con antorchas, prendieron fuego al henil, repleto de hierba recién recogida. A continuación se dirigieron a la casa con la misma intención, pero entonces el príncipe les salió al paso y, volteando su espada con rapidez, de sendos mandobles, les derribó de sus monturas. A uno de ellos no le dio tiempo a incorporarse, pues allí mismo le dio muerte, y al otro, un verdadero gigante, lo esquivó haciendo un quiebro inverosímil y le atravesó el vientre de abajo arriba,

sentenciándolo también.

—Intentaré abrir una brecha en aquel flanco; allí las líneas enemigas parecen menos compactas —le declaró con voz vibrante Rodrigo. Si lo consigo, monta a caballo y huye. Dirígete al lugar convenido y espera noticias mías.

—¿Y vos? ¿No vendréis conmigo?

—No te preocupes por mí. He salido de situaciones peores.

Y mirando con orgullo a su joven aprendiz, se lanzó como un ciclón sobre la vanguardia atacante. Ya en el primer choque barrió a un gran número de adversarios. Su arrojo enardeció y arrastró tras de sí a los soldados de Alfonso, que lograron abrir un estrecho pasillo. Alrededor de ellos se arremolinó una nube de espadas y el suelo se empapó en sangre quedando tapizado de despojos humanos.

—¡Vamos, malditos cobardes! —bramó una voz imperiosa tras las líneas enemigas—. ¡Cerrad pronto esa brecha si no queréis que lo haga yo mismo con vuestros cadáveres!

Quien así hablaba era sin duda su capitán —un jinete, todo de negro, que exhibía una gruesa cicatriz en su mejilla izquierda— y a su grito acudieron más hombres. Los atacantes los superaban en número, por lo que no solo la brecha se cerró de nuevo, sino que los defensores empezaron a perder terreno palmo a palmo.

El cruento combate se libraba cada vez más cerca de la casa. Sus habitantes, al ver que el fuego devoraba la hierba que tanto esfuerzo les había costado recoger, habían salido corriendo para intentar apagarlo, sin reparar en el peligro que se cernía sobre ellos.

El príncipe tomó una decisión: trataría de escapar y arrastrar tras de sí al mayor número de enemigos posible. Conocía bien esos campos, podía moverse por ellos casi con los ojos vendados. Si huía, ellos seguramente le perseguirían y podría despistarlos fácilmente.

Corrió a donde se encontraban sus padres que, junto a los demás, trataban en vano de sofocar las llamas, pues ya se habían adueñado de toda la construcción.

—Padre, madre, dejadlo. El henil está perdido. Refugiaos en la casa, allí estaréis mejor protegidos. —Y abrazándolos a ambos, añadió—: Os quiero. Siento dejaros así en hora tan amarga, pero...

Elvira le estrechó entre sus brazos, y con lágrimas en los ojos le dijo:

—No te preocupes por nosotros, hijo, estaremos bien. —Le tranquilizó su madre.

—Ve, Leonardo. Ponte a salvo, y lucha para que desmanes como este no se repitan jamás —le habló Diego con apasionada voz.

Al ver a los tres despidiéndose, Gregorio soltó el balde de agua y corrió hacia ellos.

—¡No dejaré que te marches sin mí!

—Gregorio, no...

—No. Tú eres mi hermano, porque para mí siempre lo serás. Somos corteza y leña del mismo árbol, he aprendido a luchar a tu lado y puedo serte de gran ayuda. Lo

quieras o no, me convertiré en tu sombra y lucharé contra quien haga falta para protegerte; hasta con las manos desnudas si es preciso. Me voy contigo.

Leonardo lo miró a los ojos, y supo que Gregorio estaba decidido a todo.

—Está bien. Acompáñame si ese es tu deseo —contestó el príncipe emocionado y agradecido a la par, y su hermano sonrió satisfecho—. Pero primero hemos de pensar en cómo salvar esa muralla de enemigos que nos rodea.

—De acuerdo. Dime qué tengo que hacer.

Leonardo echó un vistazo alrededor, y descubrió los caballos de los dos incendiarios, que deambulaban sueltos por la era.

—Coge esos dos caballos y engánchalos a ese carromato, y que te ayuden algunos hombres a cargarlo con gavillas de paja.

Gregorio comprendió enseguida las intenciones de su mellizo y se puso manos a la obra. Mientras tanto, Leonardo despojó a uno de los caídos de su espada y el correaje, y fue en busca de los caballos del abad.

Cuando se reencontraron, el príncipe le entregó espada y arnés a Gregorio, quien enseguida se los colocó y ajustó a la cintura, y sin perder un segundo, ambos montaron en los caballos del abad y se situaron detrás del cargamento.

—Tened mucho cuidado muchachos.

—Descuidad, madre. Volveremos enteros y de una pieza —prometió Gregorio para consolarla.

—Adiós, hijos. Os echaré mucho de menos.

—Adiós, padre.

Diego y Elvira se hicieron a un lado y se quedaron allí para verles partir.

—¿Listo, hermanito? —preguntó Leonardo.

—Cuando quieras.

A una señal del príncipe, uno de los hombres de la hacienda prendió fuego a la paja, que rápidamente se convirtió en una formidable hoguera. Los caballos del tiro relincharon y piafaron de terror y, al sentirse hostigados, se lanzaron desbocados y sin control hacia la barahúnda de combatientes, arrastrando tras ellos el carro en llamas.

Los mellizos, detrás, espolearon a sus monturas.

—¡Abrid paso! —gritó Gregorio.

Al ver que aquella enorme bola de fuego se precipitaba imparable hacia ellos, el terreno quedó despejado al instante: los agresores escaparon despavoridos, despejando un amplio hueco por el que pasó el carro y detrás, cabalgando a toda velocidad, los hermanos.

—¡Seguidme, príncipe! Y que nos alcancen si pueden —gritó Gregorio al pasar.

—¡Te seguiré, senescal! Si hace falta, hasta el fin del mundo —gritó aún más alto Leonardo.

—¡El príncipe y el senescal escapan! ¡El príncipe y el senescal escapan! —chillaron a la vez varios atacantes.

—¡Pronto, vosotros, montad a caballo y traédmelos aquí, me da igual vivos que

muertos! ¡Vamos! —gritó desaforado el jinete negro.

Rodrigo, que había visto a los jóvenes pasar, aprovechó aquellos instantes de desconcierto y, agrupando a los hombres que quedaban en pie, los lanzó hacia delante en un ataque desesperado. Salpicado de sangre y cercenando cabezas y miembros de todo aquel que se le ponía por delante, fue aproximándose al capitán de los agresores, quien, montado a caballo daba órdenes a sus hombres. Cuando lo tuvo suficientemente cerca y vio la cicatriz que le cruzaba el rostro, lo reconoció.

Tres contrincantes le salieron al paso para proteger a su señor, pero el antiguo senescal se desembarazó de ellos y continuó en su titánico avance. Cuando llegó a su altura, levantó la espada para abrirle la barriga al corcel y desmontar a su enemigo... Justo en ese instante, sintió un fuerte golpe en la cabeza y se desplomó, quedando tendido en el suelo.

«¡Voto al diablo! Nunca he visto luchar a nadie como a él —se dijo Froilán—. Me interesan hombres así. Lo llevaré conmigo. Tal vez lo convenza para unirse a la guardia del rey».

Froilán valoró la situación. El trabajo que les había llevado hasta allí —capturar al príncipe— estaba hecho, o casi, y continuar aquella batalla ya no tenía ningún sentido, de modo que dio orden de retirada.

Cuando lanzó el ataque, estaba seguro de que el príncipe se encontraría en la casa. Lo que no sabía es que el senescal también estuviera con él. ¡Los dos pájaros en el mismo nido! Eso había sido un verdadero golpe de suerte, sin duda... aunque no esperaba encontrarse con aquellos disciplinados soldados defendiendo la casa. Menos mal que era previsor y se había hecho acompañar de una numerosa tropa. De todas formas, sus presas habían escapado, aunque pensaba capturarlas muy pronto.

Los fugitivos fueron a galope tendido por el camino del valle, y después de un trecho, se detuvieron un momento para echar la vista atrás. A cierta distancia, se oía el característico golpeteo de cascos acercándose con rapidez y, recortándose contra el resplandor del incendio, ya un poco lejano, pudieron vislumbrar la sombras de sus perseguidores. Por las pocas antorchas que portaban, parecía un grupo no muy numeroso.

—Si cruzamos este campo hasta el río, enseguida llegaremos al bosque. En él estaremos en nuestro medio y será más fácil defendernos —propuso Leonardo con cierta urgencia.

—Estoy de acuerdo.

—Pues démonos prisa, porque esos perros de presa se nos están echando encima.

—¡Qué pena que no tengamos arcos! Con esas antorchas, hubieran sido un buen blanco para nuestras flechas —se lamentó Gregorio.

—¿Arcos, dices? ¡Claro! ¡Los tenemos en la cabaña de Arcabad! Quiero decir... de Rodrigo. ¿Crees que nos dará tiempo a llegar hasta allí?

—Movámonos con rapidez y seguro que podremos darles una buena sorpresa — exclamó Gregorio, ávido de venganza.

Así pues, desviándose en aquel punto del camino, atravesaron el labrantío.

De los siete hombres que componían el grupo perseguidor, uno de ellos era un rastreador con verdadero instinto de sabueso. Enseguida identificó el lugar en el que las «piezas» habían abandonado el camino: las huellas eran claras sobre el terreno. Exhortó a sus compañeros para que cruzaran el río y rápidamente retomó el rastro. Tierra y hojas removidas, ramitas tronchadas... aquello era como un libro abierto para él.

Los otros seis hombres avanzaban siguiendo a su rastreador, iluminando el camino con las antorchas. La densidad de los arbustos y la maleza les obligaba a caminar a pie y en hilera, cual caravana de hormigas. Al cabo de un tiempo, llegaron a un claro del bosque. Ante ellos se hizo visible una rústica cabaña, y desde uno de sus laterales, dos caballos enjaezados les contemplaban inquietos. El rastro llegaba precisamente hasta su puerta.

El rastreador se volvió hacia sus compañeros y les indicó por señas que rodeasen la construcción. Los demás asintieron con la cabeza, desenvainaron las espadas y fueron tomando posiciones en completo silencio. Al ir estrechando el círculo en torno a la cabaña, pudieron ver que la puerta estaba ligeramente entornada, y que por el quicio escapaba un tenue y titilante haz de luz.

«¡Ya son nuestros!», pensó el rastreador.

Uno de los hombres se acercó a la entrada y, con la punta de la espada empujó la puerta hacia dentro, un poco al principio, y del todo después.

—¡Aquí no hay nadie! —exclamó alarmado.

Todos se miraron sorprendidos justo antes de que unos ligeros silbidos cortaran el aire nocturno y dos de ellos cayeran al suelo fulminados.

En un acto reflejo, los otros cinco se reagruparon y se colocaron de espaldas a la casa. Dos flechas más se clavaron en el pecho de otros dos hombres, que se desplomaron sobre la hojarasca.

Entonces, en el borde del claro, apareció una pareja de jóvenes, casi unos muchachos. Aquello les sorprendió, porque esperaban que al menos uno de ellos fuera el ermitaño barbado y con mirada de loco que les habían descrito.

—¡Acabad con ellos! —les dijo en voz baja el rastreador.

Los dos soldados avanzaron, confiados en despachar rápidamente a aquellos mozalbetes. Gregorio desenvainó la espada y fue el primero en intercambiar varios mandobles con el oponente que le había tocado en suerte. Después de este primer tanteo, asestó varios golpes cruzados, que hicieron a su adversario perder el equilibrio y poner rodilla en tierra, ventaja que aprovechó para descargar sobre él un golpe descomunal con el que casi lo partió en dos. Leonardo jugó con su contrincante

breves segundos, y en cuanto este abrió un poco la guardia, con un movimiento certero le atravesó el cuello.

El rastreador, que no podía dar crédito a lo que veía, temblando, echó a correr en dirección a los árboles más cercanos, pero el príncipe, ligero y veloz como un gamo, lo alcanzó en pocas zancadas. El hombre se revolvió con un puñal en la mano, dispuesto a vender cara su vida, mas no tuvo tiempo de utilizarlo: el filo refulgente de Briosa trazó un amplio círculo en el aire y en un santiamén, su cabeza rodaba sobre el suelo.

—Me apena dar muerte a los hombres de este modo —se lamentó Leonardo.

—Estos no son sino alimañas. De haber podido, habrían acabado con nosotros, así que no atormentes tu conciencia.

—Solo han transcurrido unas horas y, mírame, ya soy deudor de seis almas.

—Creo que las almas que entre los dos hemos despachado ya estarán ardiendo en el infierno, y me temo que hemos de acostumbrarnos, porque a partir de ahora, si queremos mantenernos con vida, este trabajo de « segar la mies » va a ser moneda corriente —remachó Gregorio, dando por zanjada la cuestión.

—Está bien. Apaguemos esas antorchas antes de que prendan fuego al bosque.

—¿Hacia dónde dirigiremos nuestros pasos? —preguntó Gregorio.

—Hacia el este, cruzando el reino... —En ese momento, un sonido se escuchó a sus espaldas—. ¡Chist! ¿Has oído eso? —susurró a su hermano.

—¿Qué?

—He oído ruido de gente por donde hemos venido. ¿No ves allí? —dijo señalando hacia la floresta.

—¡Sí! ¡Veo luces desplazarse entre los árboles! ¡Deprisa! Hemos de poner tierra por medio, pero antes cojamos las cotas de malla.

Tras esto y subiendo de nuevo en sus monturas, los dos jóvenes se alejaron de la cabaña lo más rápido y silenciosamente que pudieron.

La luna, magnífica y brillante, había hecho por fin su aparición. Su luz plateada amortiguaba el fulgor de las estrellas, a la vez que permitía distinguir el contorno de los árboles.

El claro del bosque en el que se asentaba la cabaña había quedado en calma. No obstante, poco tiempo después de que lo abandonaran los hermanos, irrumpió en él un nutrido grupo de soldados a cuya cabeza iba Froilán. A la luz de las antorchas contemplaron los cuerpos tendidos de sus compañeros. Contaron hasta siete, es decir, todos los que habían salido en persecución de los huidos, y parecían estar todos muertos. Aun así, el capitán se apeó de su cabalgadura para comprobarlo.

Sí, todos habían perecido excepto uno, que, con una flecha clavada en el pecho, profirió un desgarrado lamento. Froilán se acercó, y un par de soldados fueron tras él para iluminar el rostro del moribundo.



—¿Puedes hablar? ¿Qué ha sucedido?

—Eran dos... demonios —gimió dolorosamente—. Nos tendieron una emboscada.

—¿Dijeron algo?

—Que... que irían hacia el este... cruzando el reino. Los dos eran muy... muy...

—¡Vamos, habla! ¿Eran muy qué? ¿A qué te refieres? —le apremió su comandante, zarandeándole por la pechera.

El espectro de la muerte se apoderó con ansia de aquel pobre infeliz sin dar tiempo a que terminara la frase y rápidamente quedó inerte, contemplando la nada con mirada vidriosa.

Froilán le soltó y miró alrededor con recelo. «¿Qué habrá querido decir? Algo importante, sin duda. ¿Que los dos eran muy... peligrosos? Sí, sin duda se trataba de eso. A la vista está. En cualquier caso, ellos son la llave que me permitirá ver cumplidas mis ambiciones. He de darles caza como sea. Pero ¿por qué se dirigirán al este? ¿Qué hay allí?...».

—Traedme aquí al prisionero. ¡Deprisa! —ordenó girándose hacia sus hombres.

Sus hombres obedecieron prestos y trajeron a Rodrigo. Traía las manos atadas a la espalda, su vestimenta estaba toda cubierta de sangre renegrida y aunque despacio, parecía caminar sin dificultad.

—¿Quién eres? —le preguntó Froilán.

—¿Para qué decíroslo si ya lo sabéis?

—Me gustaría oírtelo decir.

—Soy un soldado al servicio del rey Alfonso.

—¿Un soldado, dices? En todo caso, no un soldado cualquiera.

—Veo que nada se oculta a vuestra mirada.

—¡Dime tu graduación!

Viendo que no le habían reconocido, Cortés decidió seguirle la corriente y contestó con convicción:

—Soy el oficial al mando de las fuerzas defensoras con las que habéis tenido la oportunidad de mediros.

—¿Cuál es tu nombre?

—Artemio —contestó, recordando el nombre del verdadero comandante.

—¿Por qué estabais apostados en aquella casa?

—El rey en persona me dio la orden de defender esa plaza.

—¿Y qué tenía de especial para que la defendierais con tanto tesón?

—Me imagino que lo mismo que os ha hecho a vos atacar con tanto empeño.

—Protegíais a personas importantes, ¿no es así?

—En efecto, pero ya sabéis que han escapado y, por lo que se me alcanza, van dejando un rastro que no os será difícil seguir.

—Eres sarcástico y altanero. Eso me gusta... aunque aún me gusta más tu forma de luchar. ¿Te interesaría entrar en mi guardia? —le preguntó, dando por hecho que

todas las personas tenían que ser de su misma condición.

—Eso depende de cuál sea la paga.

—¿La paga? Tú mismo la señalarías.

—En ese caso, pienso que podremos ponernos de acuerdo.

—Acompañarás a mis tropas hasta el castillo de Babia. ¡Quitad a ese valiente las ligaduras! Por cierto, ¿desde cuándo vigilabais esa casa?

—Desde hace unos pocos días —aventuró el barón de Mieres en su respuesta.

—¿Hacia dónde han huido tus... protegidos?

—No lo sé. En realidad ni siquiera los he visto marcharse.

—Está bien, lleváoslo con vosotros y tratadle bien. Pero no dejéis de vigilarle estrechamente. ¡Me responderéis con vuestra cabeza si escapa! Y moveos con rapidez, porque pronto rondará por aquí un enjambre de enemigos. Y diciendo esto, Froilán, seguido de un pequeño grupo de hombres, rodeó la cabaña y desapareció entre los árboles.

El senescal, con las esperanzas renovadas y dichoso por tan oportuno equívoco, pensó que pronto habría de aprovechar aquella ventaja que tan a punto se le brindaba. Sin embargo, una preocupación enturbiaba aquel golpe de suerte. Si aquel hombre no sabía hacia dónde habían escapado sus queridos muchachos, ¿por qué se separaba del grueso de las fuerzas? Sin duda para perseguirlos, pero visto lo sucedido frente a la cabaña, esto le sorprendía bastante.

Trazando un amplio arco en su marcha, Froilán dejó a su derecha el bosque, tras lo cual cruzaron los campos segados y retomaron el camino principal. Presentía el peligro y no deseaba que una flecha inesperada saliese detrás de un árbol y acabase con su vida. En el camino estarían a salvo: la noche se mantenía tranquila y ahora la luna iluminaba el entorno con sorprendente claridad.

Su cabeza le aconsejaba regresar de inmediato al reino de su señor; no obstante, si así lo hacía, regresaría con las manos vacías, y el rey no perdonaría un fracaso como ese. Por otra parte, su corazón le decía que los fugitivos efectivamente se dirigían hacia el este, tal como le había manifestado el soldado moribundo, aunque aún no conociera la razón. ¡Tenía que confiar en su intuición! Seguir esta pista durante algún tiempo no perjudicaría la marcha de las cosas y sí, quizás, le serviría para capturar a aquella valiosa pareja. Ya se veía presentándolos ante el rey Jaime, quien sin duda le recompensaría con creces por llevarle dos pájaros de tal calibre...

No había duda posible. Se dirigiría hacia el este.

Los alrededores de la casa de Albar aparecían sembrados de cuerpos ensangrentados y los perros, aventando la muerte, aullaban en tono quejumbroso. Los defensores, que desconocían si el enemigo se había replegado definitivamente, mantuvieron sus posiciones en prevención de nuevos ataques. Después de un tiempo que les pareció interminable, a la luz de la luna pudieron vislumbrar la silueta de una gran turba de figuras que, montadas a caballo y en columna cerrada, se alejaban a buen paso por el camino real.

El incendio, imparable, había consumido por completo el heno almacenado y derrumbado la techumbre del henil. Los habitantes de la casa contemplaban atribulados los destrozos.

—No os preocupéis por esto. No ha de faltaros hierba para el próximo invierno y el henil se puede reconstruir —les animó el abad.

—¿Qué habrá sido de nuestros hijos? —preguntó Elvira, con el dolor reflejado en el rostro.

—Habrán logrado escapar, sin duda —la tranquilizó su marido—. Conocen estas tierras mejor que nadie y son jóvenes y decididos, no sufras por ellos.

—¿Y Rodrigo? —preguntó Toribio al capitán de los defensores.

—Si os referís al caballero que se unió a nosotros en el fragor del combate, solo os puedo decir que le vi caer rodeado de enemigos —respondió Artemio, señalando en una dirección determinada.

Todos miraron hacia donde el oficial señalaba.

—Si le viste caer, ¿por qué no aparece su cuerpo? —volvió a preguntar el abad.

—Es posible que lo hayan capturado —conjeturó Artemio.

Volvieron a mirar entre heridos y muertos, extendiendo la búsqueda a un radio más amplio, pero todo fue en vano. El abad ya no dijo nada más. Seguramente su amigo había sido reconocido y capturado, aunque al menos, su principal deseo de que el príncipe escapase se había visto satisfecho.

Atendieron a los heridos de la mejor forma posible y, a continuación, depositaron los cadáveres en la era, unos al lado de otros, sin hacer distinción entre amigos y enemigos. Cuando concluyeron, las primeras luces del alba despuntaban por el este.

Los hermanos cabalgaron toda la noche. La fronda era intrincada y el terreno abrupto, por lo que era bastante improbable que alguien se atreviera a seguirlos y se sentían bastante tranquilos al respecto. A pesar de ello, avanzaron procurando dejar tras de sí el menor rastro posible.

Tomaron la dirección que Cecilia solía seguir para regresar de sus incursiones al

bosque. Leonardo no se lo había contado aún a Gregorio, pero pretendía ver y hablar con la joven antes de emprender rumbo definitivamente hacia el este. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que sus miradas se cruzaron durante el encuentro con el rey Jaime, y el corazón le impulsaba irrefrenablemente hacia ella, sin que su voluntad pudiera hacer nada para impedirlo.

Cuando llegaron al límite de la espesura, todavía amparados en la penumbra, hicieron un alto para descansar, momento que el príncipe aprovechó para revelar sus intenciones a Gregorio.

—¿Estás seguro? Ni siquiera sabemos a ciencia cierta si nos persiguen o si les hemos dado esquinazo.

—Pero el castillo de Olite no puede estar muy lejos.

—Ese capricho tuyo nos puede costar muy caro... Además, aunque lo encontráramos, ¿crees que te van a recibir en él y dejarte hablar con la princesa así, sin más?

—No lo sé, pero no puedo marcharme sin decirle adiós. Déjame intentarlo. Si no lo consigo, continuaremos nuestro camino y no volveré a hablar más del asunto.

Gregorio dio un suspiro de resignación.

—Está bien, partamos ya. El tiempo apremia.

Subieron de nuevo a sus monturas y, al dejar atrás los últimos árboles, con el sol ya sobrepasando la línea del horizonte, distinguieron la armoniosa silueta de un castillo recortarse contra el cielo.

—Mira, ahí lo tienes, el hogar de tu amada. Desde luego, espacio y lujos no deben faltarle —se guaseó Gregorio.

—Acerquémonos a él todo cuanto podamos —propuso Leonardo, ignorando las chanzas de su hermano.

Decidieron esconder los caballos bajo un grupo de acebos y continuar a pie. Al rebasar un estrecho collado, la ciudadela se erigió ante ellos en todo su esplendor. Se hallaba protegida por altas murallas y, justo debajo de donde ellos se encontraban, se abría una profunda quebrada cubierta de vegetación que llegaba hasta la base del muro, ocultándolo en parte.

—Si lográsemos introducirnos en ese barranco, creo que podríamos aproximarnos al pie de la muralla y quizás intentar escalarla. No parece que haya demasiada vigilancia.

En efecto, después de estar un buen rato observando, comprobaron que el único soldado que hacía su ronda en aquel sector pasaba por allí de tarde en tarde, circunstancia que aprovecharon para descolgarse ágilmente y con rapidez hacia la hondonada. Poco después, ocultos entre el follaje, llegaron al pie del muro.

Solo cuando lo vieron de cerca comprendieron que no podrían escalarlo: los bloques de granito encajaban tan perfectamente entre sí, que apenas dejaban entre ellos resquicio alguno en el que sujetarse.

—¿Y ahora qué? —preguntó Gregorio.

Leonardo guardó silencio; en realidad no tenía pensado nada en concreto, él solo quería ver a la princesa.

—¿Por qué no te presentas en la puerta del castillo y te das a conocer? Quizás sea lo mejor —opinó su hermano—. Eres el príncipe de Iberia; no creo que se nieguen a darte audiencia.

—No. Mi historia ha sido mantenida en secreto hasta ahora, todos creen que mi tío me mató siendo una criatura. Si me presento ante el rey como el príncipe Leonardo, él no me creerá; al contrario, pensará que soy un impostor. Y tampoco quiero que Cecilia sepa por el momento quién soy en realidad.

—Está bien, no te quiero presionar. Tú sabrás lo que haces.

—No, si tienes razón. El tiempo corre en nuestra contra. Si de aquí al mediodía no se me ha ocurrido ningún plan, renunciaré a ver a Cecilia, te lo prometo.

Viendo que allí escondidos no conseguían nada, decidieron volver al collado, desde donde, al menos, podían observar sin ser vistos.

Cerca del mediodía, cuando ya estaban a punto de darse por vencidos y se disponían a regresar a por sus caballos, escucharon risas de mujer. Al asomarse, divisaron a tres damas que, seguidas a cierta distancia por una reducida guardia, paseaban bordeando el perímetro defensivo y se acercaban hacia donde ellos estaban. Dos de ellas charlaban animadamente; la tercera, que caminaba un tanto adelantada, se entretenía en recoger flores silvestres. Cuando esta llegó al borde del talud, tropezó y cayó resbalando por él, pero enseguida se puso de pie y empezó a sacudirse despreocupadamente la ropa.

Leonardo al verla levantarse, le dio un vuelco el corazón. Allí, a escasa distancia, se encontraba su amada; un poco descompuesta, pero tan esplendorosa como siempre. El azar, o acaso los sutiles y poderosos hilos del amor, habían querido acercar a los jóvenes.

—¿Es ella? —susurró Gregorio al oído de su hermano.

—Sí, lo es.

Leonardo no quería asustarla, así que arrancó un puñado de briznas de hierba y las dejó caer para reclamar su atención. La princesa, al sentir sobre ella aquella lluvia menuda, levantó la vista... y cuál sería su sorpresa al descubrir el rostro de su amigo que, con un dedo en los labios, le indicaba silencio.

—¡Dios mío, Leonardo! ¿De veras eres tú? ¡Qué alegría! —exclamó la muchacha en un murmullo.

—¿Te has hecho daño?

—No, estoy bien. Pero mi madre y mi aya vienen detrás. Tengo que irme o nos descubrirán.

—No te preocupes, van tan ensimismadas en su conversación que no te han visto caer y se encuentran todavía un poco lejos. Disponemos de unos instantes.

—¿Qué diantres estás haciendo aquí?

—He venido para verte y hablar contigo. Me marchó muy lejos y no sé cuándo

podré regresar.

—Chist, silencio, ya se acercan. He de subir ya. Pero cuando nos vayamos, baja a esta vaguada y escóndete en ella. Dentro de una hora enviaré alguien a buscarte.

Y dicho esto, la joven ascendió de nuevo por la ladera y se unió a sus acompañantes que, ignorantes de lo sucedido, continuaban su charla impenitente. Juntas tomaron el camino de regreso hacia las puertas del castillo. El príncipe, inquieto, le dio sus armas a Gregorio y también la cota de malla.

—Espérame con los caballos en la acebeda y ten paciencia. Me reuniré contigo en cuanto pueda.

—Deberías llevarte siquiera el puñal.

—No, no será necesario.

El príncipe esperó a que las mujeres se perdieran de vista para deslizarse hacia el lugar señalado. Una vez allí, se agazapó entre la vegetación y esperó. Contó todos y cada uno de los segundos, que parecían transcurrir mucho más despacio de lo normal. Por fin, escuchó unos pasos ligeros sobre el lecho de hojas acercándose, y ante él apareció una mujer de mediana edad, alta y delgada.

—Eres Leonardo, ¿verdad?

—¿Y vos?, ¿quién sois?

—Me manda quien ya sabes. Sígueme sin tardanza y mantente en silencio.

Así lo hizo. Llegados al pie de la muralla, ascendieron por un pequeño escarpe rocoso invadido de hiedra. Entonces la mujer se agachó y, sin titubear, levantó una trampilla perfectamente disimulada en el suelo, dejando una amplia abertura al descubierto.

—Entra, rápido —le dijo.

Leonardo obedeció sin hacer preguntas, y la mujer se coló tras él, bajando a continuación la trampilla.

La mujer encendió un candil y condujo al joven por una galería descendente. Tras sobrepasar un robusto e inexpugnable portón de hierro, siguieron caminando hasta que, por otra trampilla igualmente camuflada, lograron acceder al interior del castillo. Aurelia —que no era otra aquel batidor de la avanzadilla— guio a Leonardo hasta un pequeño y recóndito jardín.

—¿Ves ese madroño que crece al pie del caserón? Trepá por el raudo y sube hasta la balconada; en ella te espera Cecilia. Yo me sentaré aquí a tomar el sol, y si observo algún peligro, agitaré este pañuelo, así que estad atentos. Después te acompañaré nuevamente hasta la salida.

—No sé quién sois, pero quedo en deuda con vos, buena mujer.

—No lo hago por ti, sino por ella. No puedo negarle nada a mi niña, ni aunque sea una idea tan disparatada como esta. Sin duda ha sido un diablo marrullero y embaucador el que me ha convencido de ello, porque ayudándoos estoy traicionando una promesa y sé que me condeno.

—Os prometo por mi honor que nada ha de suceder. Solamente hablaremos y

después nos despediremos sin más.

—Ten cuidado, joven. Dicen que las calles del infierno se hallan empedradas de buenas intenciones. Si no cumples lo prometido, ¡que el Creador te lo demande, en este mundo o en el otro!

Tras estas advertencias, el príncipe comenzó a ascender por las ramas del madroño con la agilidad de un gato y pronto desapareció en las alturas. Cecilia, que ya no podía aguantar de la impaciencia, estaba asomada al balcón para verle llegar.

—Date prisa. He anhelado tanto este encuentro, que como tardes un segundo más, creo que he de morir aquí mismo.

Al oír aquellas apasionadas palabras, el joven estuvo a punto de resbalar y caer al vacío, pero finalmente alcanzó la barandilla y saltó al balcón.

—Ven. Aquí nadie nos molestará —dijo la princesa, cogiéndole de la mano y conduciéndolo al interior.

La habitación, amplia y soleada, era ni más ni menos que el cuarto donde habitualmente dormía el haya. Los dos quedaron de pie en medio de la estancia, mirándose a los ojos, contemplando cada uno cómo la emoción embargaba el rostro del otro. Y sin mediar palabra, se fundieron en un tierno y largo abrazo.

—No he podido dejar de pensar en ti ni un solo instante, ¿sabes? —dijo Cecilia con voz ahogada.

—Yo tampoco —confesó Leonardo, acunándola entre sus brazos.

Lentamente se separaron. La princesa, sin soltarle las manos, le condujo hasta un diván, donde tomaron asiento.

—Antes que nada, me gustaría pedirte disculpas por los equívocos que te he podido causar en este tiempo —comenzó la infanta cabizbaja—. Sé que no he sido sincera contigo ni con tu hermano, y que mereces una explicación.

De súbito, a Leonardo retornó todo el dolor acumulado durante aquellos meses en los que no había sabido nada de ella.

—No... no tienes por qué explicarme nada... —Entiendo que yo no soy más que un plebeyo para ti.

—¿De dónde has sacado esa idea? No es cierto eso que dices.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué nunca quisiste decirnos quién eras en realidad? ¿Por qué la última vez que nos vimos ni siquiera te dignaste a cruzar una mirada conmigo? —le recriminó, más dolido que enfadado.

—Os mentí porque no quería que nuestra amistad se viera condicionada por mi posición. Porque de haberos desvelado desde un principio quién era yo, nunca os habríais mostrado naturales y espontáneos conmigo. Y respecto a lo segundo, sabes que era una situación muy comprometida. No podía dar muestras delante de mis padres, de toda la corte, de que te conocía...

—¿Lo ves? Eres la hija del rey y yo, un simple vasallo —insistió descorazonado el joven—. Un simple entretenimiento para ti o, como mucho, un compañero de cacerías inadecuado para tu condición.

—No, tú no eres solo eso para mí. —Le cogió las manos y le obligó a mirarla a los ojos, continuando hablándole con voz trémula—. Desde que te conocí, aquel día que salvaste mi vida... ¿recuerdas? Era tal la alegría que sentía a tu lado, que solo pensaba en que llegara el momento para encontrarnos de nuevo. Y luego, poco a poco, mi afecto por ti ha ido creciendo, hasta convertirse en un sentimiento profundo y sincero.

—Si eso es cierto, ¿por qué dejaste de acudir a nuestras citas? —preguntó Leonardo, aún receloso.

—Ya te lo he dicho. Mis padres tenían intención de prometerme al rey Jaime. Cuando se enteraron de mis escapadas al bosque, y les confesé mi cariño hacia ti, me prohibieron volver a verte. No puedes imaginar lo que he sufrido sin tener noticias tuyas. Me pasaba las noches abrazada a la almohada, llorando porque echaba en falta el sonido de tu voz, tu risa, tu compañía... Nada, ni el fulgor del sol, ni el cariño de los que me rodean, han conseguido aliviar esta melancolía que desde entonces me embarga.

Por el rostro de la princesa corrían lágrimas ardientes. Aquello convenció a Leonardo definitivamente de la sinceridad de la joven, y decidió abrirle también su corazón.

—Cecilia, lo que dices sentir por mí... es lo mismo que yo siento por ti. Te quiero, pero eso no enturbia tanto mi entendimiento como para no ver que nuestro amor es imposible. Además, tus padres te han prometido a un rey...

—No, en realidad no —se apresuró a contestar la joven—. Ese hombre... odioso, pretende mi mano desde hace tiempo. Pero mi padre no tiene intención de desposarme con él; lo único que quiere es darle largas y ganar tiempo para no ceder a sus pretensiones. Y aunque no fuera así, yo nunca me plegaría a los deseos de ese monstruo, por mucho que ame y respete a mis padres. Nunca me casaré con nadie que no seas tú. Y si eso significa renunciar a mi posición, lo haré —concluyó con determinación.

—¿No lo entiendes? Precisamente por eso debemos olvidar lo nuestro. Nunca me podría perdonar que deshonrases a tu familia por mi causa —le dijo él vehemente.

Un silencio tenso se instaló entre ambos.

—Antes me has dicho que te marchabas muy lejos. Pues bien, prepararé mis cosas y me iré contigo.

—No, eso no —contestó el joven nervioso, levantándose del diván como un resorte.

—¿Por qué?

—Porque... Porque te pondría innecesariamente en peligro. —Leonardo caminaba de arriba abajo por la estancia—. Han sucedido graves acontecimientos que... pero no puedo hablarte de ellos. Solo te diré que tengo enemigos que buscan mi ruina.

—¿Enemigos? —preguntó la muchacha, que cada vez entendía menos.



—Enemigos poderosos que no sabía que existieran. Por eso me veo obligado a huir y esconderme durante un tiempo.

—¡Entonces con más razón para que te acompañe! Te ayudaría a...

—¡No puedo dejar que vengas conmigo! —la cortó él de forma tajante.

—Si me quedo aquí, me consumiré en la tristeza y la agonía pensando que puede ocurrirte algo malo. Si de verdad me quieres, ¡llévame contigo!

La joven lloraba con tal aflicción que conmovía sus entrañas.

—Por favor, no me hagas más difícil alejarme de ti... Confía en mí. Cuando regrese te lo contaré todo, pero ahora debo irme. Me esperan.

Estaba visto que no le haría cambiar de opinión, así que la princesa inspiró hondo y, enjugándose las lágrimas, dijo:

—Está bien, no puedo obligarte a que me cuentes lo que está pasando, ni a que me dejes acompañarte si no quieres. Estás en tu derecho. Pero lo que no voy a hacer de ninguna manera es renunciar a nuestro amor. Eso es decisión mía, y tú no puedes impedírmelo. A partir de ahora me consideraré tu esposa, aunque ningún sacerdote haya santificado nuestra unión.

»Y para que veas hasta qué punto estoy convencida de ello, quiero sellar nuestro enlace esta misma noche. Dentro de poco oscurecerá. Espérame aquí. Cuando el castillo quede en calma, regresaré, y este lecho será testigo de nuestro amor; seré tu esposa para siempre. De esta forma, cuando nos separemos, el recuerdo de esta noche nos servirá a ambos de sostén y esperanza.

Ante esas dulces palabras, la determinación de Leonardo flaqueó. Cogiéndola por la cintura, la besó con dulzura —un beso largo y apasionado, de esos que abren una ventana en el alma—, y mirándola a los ojos, le dijo:

—No sabes cuánto me seduce tu propuesta. El que quieras entregarte a mí es la mayor prueba de amor que podías ofrecerme, pero no puedo aceptarla. Si mancillase tu honor, no sería digno de ti, y no quiero que nuestra unión se consagre bajo la ocultación y el engaño. Sin embargo, algún día no muy lejano, la Providencia volverá a reunirnos, y juro que yo te tomaré a ti como legítima esposa, y ya no habremos de separarnos nunca más. Te lo prometo.

Entonces el príncipe caminó hacia el balcón, esta vez, llevando él de la mano a Cecilia, y le dio un último beso de despedida.

—Suerte y que Dios guíe tus pasos.

—Gracias, amor mío. Y que Él guarde tus sueños.

El muchacho se descolgó por el madroño y fue en busca de Aurelia, mientras su amada le veía alejarse desde el balcón. Ambos con el corazón encogido por la separación, pero aclarado lo que verdaderamente importaba.

Se dice que la juventud “es un divino tesoro que no conoce el abatimiento”; pero si además media el amor, es capaz de superar cualquier obstáculo, por difícil y peligroso que este sea.

Casi a la misma hora en la que los amantes se despedían, Toribio, montado en su jumento y acompañado de una reducida escolta, entraba en el castillo de Olite. El abad consideró indispensable informar a su rey de todo lo sucedido, y así se lo comunicó a Artemio, quien convino con él en partir de inmediato hacia la corte.

Sin darse un respiro, el abad pidió audiencia con su señor, siendo recibido por los monarcas en su gabinete. Al verlo llegar todo sudoroso y cubierto de polvo, Alfonso lo contempló de hito en hito y le dijo:

—Traéis cara de preocupación, buen Toribio, y por vuestro aspecto deduzco que habéis cabalgado hasta aquí sin descanso.

—Mi señor, en primer lugar, quisiera daros las gracias por haber puesto a mi disposición la compañía de soldados que os pedí y, sobre todo, por haberlo hecho sin exigirme explicación alguna.

—Os considero un fiel y leal consejero, además de un buen amigo, y supuse que teníais vuestras razones para tomar esa medida. ¿Os sirvió de algo mi ayuda?

—Sin duda alguna. Precisamente de ello venía a hablaros. Creo llegado el momento de poner en vuestro conocimiento algunas cosas que hasta ayer se han mantenido ocultas.

Los reyes se miraron extrañados.

—Hablad pues. Habéis despertado nuestra curiosidad —exclamó Alfonso.

—Ayer noche se cumplieron mis peores presagios. Una numerosa hueste fuertemente armada, atacó con nocturnidad y alevosía la casa de Albar. No sé si vos la recordaréis...

—La recuerdo muy bien. Continúa.

—Por razones que ahora os explicaré, yo estaba allí anoche y, por suerte, vuestras tropas, que habían sido desplegadas en torno a la casa, lograron contener el ataque. La lucha fue terriblemente encarnizada y muchos hombres, de ambos bandos, perecieron o resultaron heridos. Tras varias embestidas, el enemigo se replegó y desapareció.

—¿A quién crees que pertenecían esas fuerzas?

—Con toda seguridad, al rey Jaime.

—Tal como lo contáis, sospecho que vos os temíais algo así. ¿Qué es lo que buscaban allí con tanto empeño?

—Buscaban a Leonardo, el hijo del rey Eduardo, y a Rodrigo Cortés, barón de Mieres, su senescal.

—¿Pero no fueron asesinados ambos hace años?

—Eso era lo que todo el mundo creía.

—¿Incluido vos?

—No. Yo sabía que habían sobrevivido. De hecho, han morado todos estos años cerca de la abadía bajo mi protección.

—¿Y cómo es que nunca me habéis dicho nada de todo esto, siendo cosa de tanta importancia?

—Os ruego que me perdonéis, pero Rodrigo me hizo prometer que el secreto quedaría completamente a salvo conmigo.

—Pues yo creo que el senescal no ha calibrado bien las consecuencias. Al esconderse en mis tierras, Jaime puede interpretar que yo he estado ocultando a sus enemigos.

—Lo sé, mi señor, y podéis hacerme responsable de ello, pero soy un hombre de palabra y no podía romper mi promesa. Por otra parte, también sé que vos estimabais al rey Eduardo, y antes que vos, vuestro padre al suyo; conociendo esto y vuestro gran corazón, estaba seguro de que, de haber estado al corriente de la situación, les hubierais dado cobijo.

—Cierto. No lo hubiera dudado ni un instante.

—Pero eso os habría comprometido directamente, y yo no deseaba que tal cosa sucediera.

El rey sopesó sus palabras, y comprendió que tenía razón.

—Está bien, proseguid. ¿Cómo es que el senescal y el niño lograron librarse de la matanza y llegar hasta aquí?

El abad relató a los reyes todo lo que ocurrió aquel día nefasto, tal como se lo contara Rodrigo en la biblioteca de Ochagavía, hacía ahora dieciocho años: con el máximo detalle y sin omitir nada que fuese importante. Luego, les explicó por qué estaban todos reunidos en la casa de Albar el día anterior, y cómo se había resuelto la contienda.

—¿Y dices que el joven príncipe ha logrado huir?

—Él y su “hermano” consiguieron romper el cerco y escapar, pero no hemos vuelto a saber nada de ellos desde anoche. En cuanto al senescal, creemos que ha sido apresado, y que seguramente ese fue el motivo de que las fuerzas enemigas se retiraran.

—Mmm... Si el ataque fue anoche, los atacantes estarán dirigiéndose en estos momentos hacia las fronteras del reino. Solo nos sacan algunas horas de ventaja.

—¿Qué queréis decir, majestad?

—Que si salimos en su persecución y cabalgamos sin descanso, quizás pudiésemos darles alcance y liberar a Rodrigo.

—¿Estaríais dispuesto a hacer tal cosa?

—No lo diría si no fuera así. Al fin y al cabo, esos soldados han atacado a mis súbditos y en mi propio territorio. Aunque seamos un reino pacífico, no he de tolerar ultrajes como este. Organizaré un pequeño ejército y mañana, con las primeras luces, partiremos en su busca.

—Sois un digno rey, mi señor. Vuestro padre estaría orgulloso de vos.

—No es por pura filantropía, mi querido abad. Cortés está contribuyendo a debilitar el poder de Jaime. De no haber sido por él, me habría visto obligado a firmar aquel odioso acuerdo de matrimonio. El senescal es un hombre de honor, un valeroso caballero y me siento en deuda con él. Tratar de ayudarle es lo menos que puedo hacer.

—Gracias, señor, gracias —dijo el abad arrodillándose.

—¡Levantaos! Cenaréis con nosotros y mañana me acompañaréis en esta acción.

—Lo haré con sumo gusto.

Después de que el abad se retirara, el monarca reunió a sus hombres de confianza y dio las órdenes necesarias para poner en marcha el plan. También envió correos a los cuatro puntos cardinales del reino. El paso que iba a dar era importante y arriesgado, y convenía que sus nobles estuvieran sobre aviso por si los necesitaba.

Las dependencias del castillo bulleron de actividad, y pronto se empezó a formar un embrión de milicia, que se iría engrosando en las horas posteriores. Tras una frugal cena, los preparativos de la marcha mantuvieron ocupados a todos los habitantes de la ciudadela, que trabajaron a un ritmo frenético durante toda la noche, y antes de despuntar el día, el ejército del rey Alfonso, formando una compacta y larga columna, se puso en marcha.

Después del encuentro con la princesa, los hermanos montaron de nuevo a caballo. Ocultos bajo la vegetación, fueron bordeando el bosque hasta perder de vista el castillo, y a continuación eligieron un estrecho sendero que, paralelo a la vía principal, parecía dirigirse en la dirección correcta: hacia los confines del reino, siguiendo la ruta marcada por la salida del sol.

Aunque pensaban que el enemigo había perdido su rastro, querían seguir pasando desapercibidos. Cabalgaron sin descanso por aquella senda durante el resto del día, y cuando la oscuridad les envolvió en su manto de sombras, decidieron salir al camino del este pues, al ser más ancho y despejado, les facilitaba el avance.

Leonardo no dejaba de pensar en Cecilia. No le había hecho partícipe del secreto de su vida porque seguía siendo el joven de siempre, y así quería que le recordara en su ausencia. Y es que, a pesar de asumir la historia desvelada, él no había sentido ningún otro cambio en su interior, que no fuese el de la rabia y la pena contenidas. Miraba a las estrellas tratando de imaginar cómo sería el rostro de sus padres y pidiéndole a Dios que iluminase su senda. Era mucho lo que el senescal esperaba de él y no tenía la seguridad de estar a la altura de las circunstancias. Por casualidades de la vida, o quizás por otras razones que él no alcanzaba a comprender, había puesto sus ojos sobre la hija de un rey, y esta le había dado pruebas de que su amor era correspondido.

Se sentía pletórico por haber podido ver a la princesa de nuevo y cabalgaba con el ánimo bien dispuesto; sin embargo, le preocupaba la situación de los que había

dejado atrás. Era evidente que después de escapar los habían seguido, primero aquellos siete que habían cruzado ya la línea sin retorno, y después un grupo mucho más nutrido, lo cual habría servido para aliviar la presión sobre los defensores; pero lo cierto es que no sabía cómo había terminado la lucha. Tampoco deseaba que en su mente se afianzasen malos presentimientos.

Gregorio, por su parte, también iba rumiando sus propios pensamientos, intranquilo por lo que le hubiera podido suceder a su familia y a la vez satisfecho de poder servir de ayuda y compañía a su hermano. También se alegraba de que la princesa correspondiese al amor de Leonardo. Al fin y al cabo ambos tenían sangre real, y creía sinceramente que estaban destinados el uno para el otro. No terminaba de entender por qué Leonardo no había querido descubrirle su verdadera identidad; quizás pretendía probar hasta dónde llegaba el verdadero afecto de la joven. Por lo que le había comentado, su amor estaba fuera de toda duda y después del encuentro, venía alborozado como no le había visto nunca.

—Creo que deberíamos descansar un poco —sugirió Gregorio—. Llevamos todo el día sin probar bocado, y muchas horas sin dormir.

—Es mejor que paremos cuando amanezca. Con la claridad del día podremos ver dónde nos encontramos y elegir un sitio que nos convenga.

El camino ascendía lentamente en aquel trecho, y tras coronar un altozano pudieron observar allá abajo, en su largo declive, un tenue resplandor.

—Mira —dijo Gregorio—, alguien debe estar allí acampado. ¿Tú crees que, a pesar de la hora, esas buenas gentes nos podrán dar algo de comer?

—Reserva tu apetito para mejor ocasión. ¿Quién te dice a ti que esos no sean nuestros perseguidores?

—Si nos persiguieran, los tendríamos detrás, ¿no te parece?

—O delante. Ten en cuenta que nuestra parada en el castillo de Olite nos ha hecho demorarnos bastante.

—Tienes razón. Entonces, intentemos acercarnos y, según lo que veamos, obremos en consecuencia. ¿Qué me dices?

—De acuerdo.

Así pues, sacaron sus monturas nuevamente del camino, las dejaron bien sujetas a unos arbustos y se aproximaron en silencio hacia el lugar del que provenía el resplandor. Cuando se encontraban a unos treinta pasos, Leonardo continuó solo. Moviéndose en la oscuridad con el sigilo de un zorro, se acercó lo suficiente para comprobar que se trataba de un numeroso grupo de hombres durmiendo al raso. Parecían portar armas y dos de ellos hacían la guardia. Los caballos estaban pastando en un prado cercano.

Tras hacer estas averiguaciones, el príncipe retrocedió hasta volver junto a su compañero, le hizo una señal y ambos se alejaron de allí.

—Es una partida de hombres armados. Te apuesto lo que quieras a que se trata de nuestros perseguidores.

—También podrían ser soldados del rey Alfonso.

—No lo creo. Tienen exactamente el mismo aspecto de los que atacaron nuestra casa.

—Si son quienes tú crees, ¿cómo es que saben en qué dirección vamos?

—No lo sé. A lo mejor me preocupo en exceso y esos hombres no sean quienes creo que son.

—Mmmm... No, no podemos arriesgarnos. Voto por hacer caso de tu instinto; no te suele engañar. Puestos en lo peor, lo que sí te digo es que preferiría ir delante de ellos.

—Estoy de acuerdo. En ese caso, deberíamos sobrepasarlos y continuar.

En ese preciso instante, algún animalillo nocturno asustó a sus caballos y uno de ellos relinchó, quebrando el silencio de la noche. Los jóvenes se miraron alarmados, conteniendo la respiración.

—¿Habrán oído el relincho? —preguntó el príncipe.

—No estoy seguro, pero deberíamos irnos de aquí cuanto antes.

Caminando delante de sus monturas, a las que llevaban cogidas de la brida, los dos jóvenes dieron un amplio rodeo para evitar el campamento, y cuando se hubieron apartado lo suficiente, volvieron a montar y se alejaron de allí lo más deprisa que pudieron. Orientándose por las estrellas, que a esa hora brillaban con fuerza en el firmamento, modificaron ligeramente el rumbo.

Cabalgaron toda la noche, casi siempre campo a través y sin detenerse, solo lo justo para abreviar a sus sufridos compañeros y calmar ellos mismos la sed.

Cuando el día comenzaba a clarear, decidieron que, ahora sí, había llegado el momento de tomarse un bien merecido descanso. Eligieron para ello una especie de amplio embudo, cubierto de vegetación y situado a los pies de un apretado grupo de hayas que, enraizadas en lo alto de una ladera, semejaban atentos vigías oteando el horizonte.

Ni siquiera desensillaron los caballos. Rendidos por el cansancio, ambos jóvenes se echaron en el suelo, que les pareció el más mullido y cálido lecho en el que jamás hubieran estado, y ni las agudas punzadas del hambre, ni el recuerdo de las intensas emociones vividas pudieron evitar que, casi al instante, cayesen presos de un profundo sueño.

Mientras el disco solar ascendía lentamente, nada consiguió turbar su sueño durante varias horas. Con las riendas colgando de sus cabezas, los corceles pastaron en aquella hierba suculenta para luego, siguiendo su instinto meterse entre las hayas y ponerse a cubierto del sol, que ya empezaba a calentar.

No muy lejos de allí, hizo su aparición un nutrido rebaño de ovejas que, mientras pacían y ramoneaban, iba ascendiendo en movimiento compacto por la ladera. Pronto las apretadas filas de vanguardia alcanzaron la hoya donde los hermanos yacían, pero ni la lanuda tropa se fijó en los muchachos, ni el ruido de sus patas ni el de sus tiernos balidos logró arrancar a estos de los brazos de Morfeo.

Las sucesivas oleadas de animales anegaron, una tras otra, la hondonada, bajando por uno de sus bordes y remontando por el otro, y tras las últimas ovejas, aparecieron el pastor y dos robustos chavales que iban a su cuidado, y que enseguida descubrieron a la pareja de bellos durmientes. Les miraron asombrados: ambos dormían a pierna suelta junto a sus espadas, las cotas de malla brillando por el reflejo del sol.

Los perros que les acompañaban se acercaron a olisquearlos brevemente y siguieron su camino. «¡Qué raro! No han ladrado ni dado muestras de inquietud — pensó su dueño—. En cualquier caso, esas armas no son propias de unos muchachos tan jóvenes».

—Id con el rebaño y no os separéis de él. Yo enseguida os alcanzo —les ordenó a sus ayudantes. Y cuando estos se hubieron alejado un poco, se sentó al borde del hoyo, dispuesto a esperar a que aquellos dos se percatasen de su presencia.

Un corderillo, nacido hacía apenas algunos días, se acercó a Gregorio y se puso a olisquear su cara. El chico se despertó. Con ojos de extravío, contempló la pequeña aparición que había osado turbar su plácido sueño, y que le miraba fijamente a solo unos centímetros de su nariz. Al momento, la intensa gazuza que sentía le hizo contemplarlo dando vueltas sobre una alegre fogata, y extendió sus manos en un intento de que aquella sabrosísima imagen no se desvaneciese en el aire. Por supuesto, el corderillo escapó a toda velocidad buscando refugio entre las patas de su madre y el joven chasqueó la lengua desilusionado.

Después, desperezándose y mirando en derredor, descubrió al hombrecillo que, sentado en lo alto y con un nudoso cayado entre las manos, les contemplaba en silencio.

Por el atuendo —llevaba una zamarra de piel de oveja y un sombrero de paja puntiagudo—, aquel hombre parecía un pastor. De mediana edad, barba oscura y poblada, brazos nervudos y con una mirada perspicaz y penetrante. En sus labios se dibujaba una sonrisa amistosa.

Gregorio sacudió vivamente por el hombro a su compañero, quien despertó sobresaltado.

—¿Qué sucede?, ¿por qué me despiertas así?

—Mira ahí arriba, tenemos visita —dijo Gregorio, señalando al hombrecillo.

Todavía un poco aturdido por el brusco despertar, Leonardo contempló al pequeño pastor.

—¿Qué hacen unos jóvenes caballeros durmiendo al raso y tan despreocupadamente? —inquirió el desconocido.

—¿Y quién eres tú para meterte en asuntos que no son de tu incumbencia? —le respondió Gregorio.

—Me llamo Juan Bradley de Chippenham, y soy pastor de los rebaños del rey en esta comarca. Todo lo que en ella sucede me incumbe —contestó el pastor con firmeza, poniéndose en pie—. Responded a mi pregunta. Tengo la impresión de que os encontráis algo perdidos; quizás yo os pueda ayudar.

Gregorio, enfadado, ya iba a contestar de malos modos, pero el príncipe le detuvo poniéndole la mano sobre el hombro y dijo:

—Me llamo Leonardo y este que me acompaña Gregorio. Pareces un buen hombre, y por lo que nos dices, prestas un digno servicio al rey, que también lo es nuestro. Me gustaría contarte por qué estamos aquí, pero si lo hiciera, traicionaríamos la misión que nos ha sido encomendada. Solo te puedo decir que se avecinan tiempos difíciles y que si nos prestas ayuda, estarás con ello ayudando a tu señor —le dijo con desenvoltura y desplegando una mirada que rebosaba franqueza.

El pastor le escrutó, sopesando su respuesta, y contestó:

—A pesar de tu juventud, muestras una prudencia y una sinceridad que te honran. No os haré más preguntas. Consideradme un amigo y decidme en qué os puedo ayudar.

—Pues en primer lugar y si no es demasiado pedir, nos gustaría comer algo. Llevamos casi dos días sin probar bocado. —Esta vez fue Gregorio quien se apresuró a contestar.

El pastor rio con ganas.

—Eso será fácil de satisfacer. Desde luego, por el modo en que mirabas antes a ese corderillo, tu apetito no debe ser pequeño. Mi hogar no queda lejos de aquí. ¡Seguidme!

—Espera, antes hemos de recuperar nuestros caballos.

—Están pastando bajo aquellos árboles —señaló Juan.

Gregorio fue en busca de las monturas, las cuales después de descansar y alimentarse habían recobrado todo su vigor, y el pastor se apresuró detrás de su ganado a un paso que contradecía la cortedad de sus piernas. Los hermanos se vieron en verdaderos apuros para mantener su ritmo. De vez en cuando, el de Chippenham miraba hacia atrás, siempre con esa media sonrisa prendida de sus labios, para asegurarse de que no se retrasaban demasiado.

—Esos que van allí arreando al ganado son mis dos hijos mayores: Francisco y Santiago.

Tras una corta pero intensa caminata divisaron la majada. Se trataba de una rústica edificación, formada por una pequeña vivienda y el aprisco, techado en parte, todo rodeado por un murete bajo. Cerca de ella, una fuente derramaba su agua fresca en un abrevadero.

Al ruido del regreso de los pastores, salieron a recibirlos una mujer con un niño en brazos y una muchachita, que no parecía tener más allá de siete u ocho años. Juan saludó y abrazó afectuosamente a sus hijos y le dijo a su mujer:

—Mira, Justina, hoy me acompañan estos jóvenes caballeros que están al servicio del rey. Serán nuestros invitados. Me parece que traen hambre de varios días, así que, esposa mía, prepara comida en abundancia, mientras nosotros vamos abrevando el ganado.

Justina, tan sonriente y alegre como su marido, miró a sus convidados, que se



hallaban cubiertos de polvo y sudor.

—Si lo deseáis, antes de comer podéis daros un baño, aunque os advierto que el agua estará un poco fría —les propuso la señora de la casa.

—Te lo agradecemos, pero no quisiéramos causaros molestias... —rehusó educadamente Leonardo.

—¿Qué molestias? Mi marido ha ideado un artilugio para conducir el agua hasta esa pequeña estancia y que facilita mucho las cosas, ya lo veréis. Acompañadme. Os enseñaré cómo funciona.

Después de que tanto los hermanos como el pastor y sus hijos se hubieran aseado, se sentaron alrededor de una amplia mesa, preparada bajo un fresco cobertizo. En el centro de ella, Justina posó un caldero repleto hasta el borde de gachas, y Juan cortó gruesas rebanadas de pan que distribuyó entre los comensales. De segundo sirvieron cordero asado, que, a decir de Gregorio, estaba incluso mejor que el que preparaba su madre, y de postre, Santiago trajo una fuente de olorosos higos. Los hambrientos caballeros comían con tanta voracidad, que los anfitriones los miraban entre divertidos y asombrados, convencidos de que si los hubieran de tener allí durante todo un mes, sin duda agotarían sus provisiones e incluso acabarían con el mismo rebaño.

Terminada la comida, mientras Justina y sus hijos retiraban los platos, Juan Bradley y sus invitados charlaron sobre las labores del pastoreo. «Estos jóvenes, a pesar de su atuendo y educadas maneras, entienden bastante del oficio. Sin duda tienen un origen rústico», pensó el pastor. Tan inusual mezcla le pareció un portento y reforzó aún más su simpatía por los desconocidos.

—Tienes un curioso apellido: Bradley de Chippenham. ¿De dónde eres exactamente? —preguntó Leonardo.

Chippenham, un pueblecito de Wiltshire en Inglaterra. Es donde nací.

—¿Inglaterra? —se sorprendió Gregorio—. Pues para ser de tan lejos hablas perfectamente nuestro idioma.

—Siendo aún muy niño, perdí primero a mi madre y más tarde a mi padre, que fue asesinado por unos bandidos. Yo hubiera muerto también de no ser por un noble que me recogió y me llevó a vivir con él en el ducado de Cornualles. Cuidó de mí y me enseñó mucho de lo que sé; aunque ahora no lo parezca, llegué a ser un perfecto cortesano.

—Pero, ¿cómo es que viniste a parar al Pirineo?

—Mi protector cayó en desgracia y me vi obligado a escapar para salvar la vida. Embarqué en el puerto de Falmouth y llegué al de San Sebastián; de esto hace ya veinte años. Por circunstancias que no vienen al caso, me acogió un pastor que me trató como a un hijo. Él, las ovejas y los perros se convirtieron entonces en mi única familia. Tuve la suerte de acompañarle hasta sus últimos días. Ahora hago su trabajo, que no solo consiste en apacentar el rebaño, sino también en vigilar esta comarca, que hace frontera con los territorios del este.

—¿Y no echas de menos vivir en un lugar más poblado, o dedicarte a algo que no sea el pastoreo? —preguntó Leonardo.

—En absoluto. Me gusta vivir así, en plena libertad. Hago un trabajo honrado, tengo todo lo que necesito y, por añadidura, he encontrado a este ángel de la guarda que me acompaña y cuida de mi hogar y de mis hijos. No puedo pedir más, y le doy gracias a Dios por estos dones cada día.

—De modo que no hay nada que enturbie tu felicidad. Sinceramente, siento envidia por ti —manifestó el príncipe, admirado del relato que acababa de escuchar.

—Bueno, en realidad sí. Decía mi padre que no hay nadie en este mundo que no soporte su cruz. La mía son los lobos. Siempre los ha habido por aquí. Estos muros y mis canes los han mantenido a raya; sin embargo, últimamente se han vuelto más agresivos y por la noche merodean cada vez más cerca del aprisco. Mi mujer y mis hijos tienen miedo a quedarse solos. De seguir así, no sé qué voy a hacer.

—Tus mastines parecen bastante fieros; no creo que los lobos se atrevan a acercarse —opinó Gregorio.

—Dios te oiga, pero lo dudo.

El príncipe aprovechó la pausa que siguió para levantarse de la bancada.

—Bueno, Bradley. Muchas gracias por acogernos y darnos comida y reposo. Nos agrada mucho vuestra compañía, pero deberíamos reemprender nuestro camino.

—¿Qué prisa tenéis? Apenas quedan horas para que anochezca; sería más prudente dormir aquí que al raso. Podréis partir mañana temprano, y así nos dará tiempo a prepararos algunos víveres. Seguro que os harán falta.

Los dos hermanos se miraron indecisos, pero finalmente decidieron aceptar el ofrecimiento que se les hacía.

Lo que restaba de tarde transcurrió entre amenas conversaciones, y tras una cena ligera, todos se fueron a dormir, acomodándose los jóvenes en la cocina, junto al fuego del hogar.

Era noche cerrada cuando Juan se despertó agitado. Había creído sentir el ladrido de los perros, amortiguado por la distancia. Aguzó el oído. Ahora escuchaba perfectamente el balar aterrorizado de las ovejas en el corral, y el relincho de los caballos. Saltó raudo de la cama y abrió la ventana de par en par: en la claridad lechosa de la noche, pudo vislumbrar unas formas oscuras saltando ágilmente por encima del muro. Rápidamente despertó a su mujer y a sus hijos mayores, y a continuación puso en alerta a sus invitados.

—Amigos, creo que han entrado lobos en el redil y están matando a mis ovejas. No sé qué ha sido de los mastines; he oído sus ladridos, pero lejos de aquí.

Leonardo se levantó de un salto, se ciñó el puñal al cinto, cogió el arco y las flechas y salió de la casa a la carrera, seguido de cerca por su camarada, que había cogido su espada, y por Juan, que blandía en la mano el cayado. Los tres pudieron ver a varios lobos entrando en la majada, y a otros acercándose con poderosa zancada.

No aullaban. Llegaban en silencio cual mortíferas sombras, con las fauces

entreabiertas, dejando a la vista los colmillos y sus largas y húmedas lenguas. Sus ojos, que refulgían como ascuas en la noche, helaban la sangre en las venas. Sin embargo, los tres compañeros se situaron en el exterior, paralelos al muro, y afrontaron la acometida furtiva de los carnívoros.

Leonardo cargó el arco, apuntó por debajo de aquellos ojos refulgentes que se le echaban encima y disparó. El dardo fue a clavarse profundamente en el cuello de la bestia que ya llegaba, derrumbándose a sus pies. Gregorio esquivó por los pelos la dentellada de otro fiero animal y descargó sobre él el filo de su espada.

Otros dos lobos se lanzaron a la vez sobre el oponente de menor tamaño y aparentemente más débil pero, para su sorpresa, el señor Bradley resultó ser un difícil adversario que descargaba mortíferos golpes a diestro y siniestro con su cayado. Consiguió romperle el cráneo a uno de ellos, pero el otro se le echó encima buscando su cuello. Hombre y animal cayeron al suelo. El aguerrido pastor se defendía como podía, pero en aquella posición llevaba todas las de perder. Suerte que Leonardo, que acababa de despachar a otra alimaña, se acercó por detrás, agarró al lobo por el lomo, tiró de él hacia arriba y con el puñal le atravesó el corazón. Juan se incorporó agradecido, recuperó su cayado y volvió a ocupar su posición defensiva frente al muro.

Al ver la suerte que habían corrido sus compañeros, el resto de la manada pareció titubear en su ataque y se mantuvo a distancia. En el claro de luna se entreveían sus figuras, moviéndose indecisas de un lado a otro.

Mientras tanto, los cuatro que sí habían logrado entrar al corral estaban realizando una auténtica matanza. Las ovejas, indefensas, caían una tras otra al suelo, sangrando a borbotones y con los cuellos desgarrados; los caballos se defendían a coces y, de momento, lo hacían bastante bien.

Cuando los tres defensores entraron en el corral y vieron el gran daño que estaban causando aquellos diablos, se abalanzaron sobre ellos con una valentía rayana en la temeridad, y los fueron acorralando hacia el fondo. Casi en una lucha cuerpo a cuerpo, consiguieron acabar con tres de ellos. El cuarto agarró a una oveja por la garganta y, sin soltarla, intentó saltar el muro. Una flecha certera atravesó oveja y lobo y ambos quedaron inertes en lo alto de la cerca.

Mientras Gregorio y Juan hacían el recuento de las ovejas muertas, el príncipe se acercó a la empalizada y escrutó la penumbra. Un grito desgarrador proveniente de la casa surcó el espacio, y por el hueco de una ventana se deslizó hacia el exterior un lobo enorme.

—¡Se lleva a mi hijo! ¡Se lleva a mi hijo! —gritó Justina llena de desesperación.

Leonardo corrió hacia su caballo, lo montó de un brinco y, clavando con fuerza los talones en los ijares, ambos salieron lanzados hacia delante como un torbellino y superaron el muro de un salto colosal.

El joven podía distinguir los cuartos traseros del lobo, que corría veloz hacia la manada. Azuzó a su corcel con rabia. El animal se lanzó a galope tendido, apenas sin

ver y confiando a ciegas en su jinete; la distancia se fue acortando con rapidez. El lobo, al darse cuenta de que se le echaban encima, dio de improviso un quiebro cerrado que hizo al caballo desequilibrarse y caer, volteando sobre sí mismo. El jinete salió despedido y fue a aterrizar en unos tupidos arbustos que, aunque amortiguaron el golpe, cubrieron su cuerpo de pequeñas espinas.

Al ver fuera de combate a su perseguidor, el lobo se detuvo en su huida, depositó la presa al pie de una roca y, con paso lento y sin prisa, se encaminó hacia donde aquel se encontraba. El joven se desembarazó como pudo de las ramas que le aprisionaban y, puñal en mano, afrontó el peligro que se le venía encima. Había visto muchos lobos en su vida, pero nunca uno de un tamaño tan descomunal. El resto de la manada comenzó a acercarse también, y con gruñidos amenazantes rodearon a joven, quien, sintiéndose perdido, se encomendó a su madre invocando ayuda e inspiración.

El príncipe de los lobos lanzó un terrorífico aullido, y sus vasallos, entendiendo la señal, se abrieron en círculo, expectantes ante la demostración de fuerza que su señor iba a hacer una vez más. El lobo le miraba fijamente, agazapado, esperando a que se le presentara la mejor oportunidad para abalanzarse sobre él.

Sin embargo, no fue así como ocurrieron las cosas, porque Leonardo, en lugar de esperar a que le atacara, tomó la iniciativa. Corrió derecho hacia él y, dando un salto mortal que sorprendió a su adversario, voló por encima y fue a caer junto a sus patas traseras. La bestia no consiguió revolverse con la suficiente presteza y el príncipe, cogiendo una de sus extremidades, le cercenó de un tajo el tendón principal. El animal aulló de rabia y de dolor.

Desde ese momento, la fiereza y agilidad del lobo quedaron mermadas, circunstancia que Leonardo aprovechó para acosarle por todos lados, sin darle tregua, hasta dejarle sin fuerzas, y cuando cayó rendido, le hundió el puñal en el costado. El lobo se desangró lentamente hasta morir, y el resto de la manada huyó despavorida.

Cuando se vio solo, el joven corrió hacia el pequeño bulto depositado al pie de la roca, temiéndose un trágico final. Sin embargo, notó que se agitaba y de súbito, un llanto infantil se escuchó en la noche: el chiquillo estaba vivo y sin daño aparente. Con el niño en brazos, se acercó a donde su caballo yacía tendido. Le acarició el cuello y la cabeza, y comprobó el estado de sus patas; por suerte, ninguna estaba rota, de modo que lo ayudó a levantarse.

Cogiendo de las riendas a su corcel y con la criatura sana y salva en brazos, regresó hasta la majada, con el convencimiento de que el espíritu de su madre le había amparado e inspirado en aquella lucha.

La familia, al verle regresar con el pequeño, estalló en júbilo y agradecimientos y todos se abalanzaron sobre él abrazándole con fuerza, pues un verdadero milagro había tenido lugar. Justina y su hija curaron los rasguños del héroe y le quitaron las espinas que llevaba clavadas.

A la mañana siguiente aparecieron dos de los mastines: presentaban cortes y heridas y tenían los hocicos teñidos de sangre. Catorce fueron las ovejas degolladas,

pero era este un precio pequeño a cambio de tan grande victoria. Se aprovechó lo que se pudo de las ovejas muertas y de los lobos abatidos, y el resto fue quemado en una gran hoguera.

Después de desayunar y bien provistos de comida, los hermanos se despidieron de aquellas bondadosas y agradecidas gentes.

No muy alejados de allí y apostados entre grandes rocas, varios pares de ojos vigilaban expectantes los alrededores. Justo al mediodía pudieron observar cómo dos jinetes abandonaban el lugar, aunque desde aquella distancia no podían distinguir bien sus facciones.

—Hemos acertado madrugando y esperando aquí. ¡Vive Dios que ahora nuestras presas no escapan! —dijo Froilán, frotándose las manos y dirigiéndose a uno de los hombres que le acompañaban—. Además de ganarte un ascenso, voy a doblar tu paga. No solo has tenido buen oído oyendo relinchar al caballo, sino que tu intuición al proponerme seguir el rastro que ayer por la mañana encontraste ha resultado infalible.

—Gracias, capitán, sois muy generoso.

El que así hablaba tenía mirada huidiza, salientes pómulos y una barbilla estrecha y puntiaguda que le daba un extraño aspecto.

—Nos acercaremos a ese aprisco y veremos qué información podemos conseguir —anunció el capitán.

—Señor... no creo que esa sea una buena idea —expresó el de la mirada de hurón.

—¿Y eso por qué? —preguntó este de malos modos.

—Bueno... Descubrir nuestra presencia no nos va a reportar ventaja alguna, en mi humilde opinión. Muy al contrario, nos hará retrasarnos y distanciarnos de los hombres que perseguimos.

—Entonces, ¿qué propones que hagamos? —inquirió su jefe.

—Lo mejor sería sortear el redil, por ahí arriba, y retomar cuanto antes el rastro de los fugitivos. Si no salimos inmediatamente tras ellos, ese trecho no será ya fácil de recuperar.

Froilán miró a su interlocutor fijamente durante unos segundos, sopesando sus opciones.

—Está bien, haremos lo que dices. Vayamos tras ellos.

El grupo espoleó a sus monturas y ascendió por la ladera del monte, describiendo un amplio círculo para no ser detectados.

Las fuerzas de Alfonso conocían perfectamente aquellas tierras y cabalgaron a trote sostenido sin apenas descanso. A medida que avanzaban, nuevas partidas de hombres armados se fueron incorporando al contingente, hasta constituir una temible milicia.

En el amanecer del tercer día, el rey ordenó efectuar una parada para que su ejército repusiera fuerzas. Dos exploradores llegaron a galope tendido: habían

avistado una hueste que apresuraba sus pasos camino de la frontera. A nadie le cupo duda alguna de quiénes eran aquellos hombres, e inmediatamente se dio orden de levantar el campamento y reemprender la marcha.

Un par de horas más tarde, las vanguardias de Alfonso avistaron al enemigo. La línea fronteriza ya se encontraba a la vista, y aquella oscura partida trotaba confiada en que pronto se pondría a salvo. En cabeza y rodeado de algunos hombres, Rodrigo cabalgaba con las muñecas atadas por delante.

—¡Soldados —gritó el rey volviéndose a su hueste—, Dios ha sido benévolo con nosotros! ¡Allí están los hombres de Jaime! ¡Alcancémoslos antes de que salgan de nuestro territorio! ¡Adelante!

Y picando espuelas, se lanzaron al galope en pos de los perseguidos, en silencio, sin gritos de combate. Poco a poco fueron recortando distancias, y el retumbar de los cascos se fue haciendo audible. Los hombres de Froilán volvieron la vista atrás. El sol, que ya estaba alto en el cielo y brillaba con fuerza aquel día, les deslumbró y les hizo entrecerrar los ojos. Pronto vislumbraron una densa polvareda, de la que emergió la una vanguardia con las lanzas en ristre. Solo entonces fueron conscientes del peligro que se les venía encima.

Todo fue tan rápido que las fuerzas enemigas apenas se percataron de lo que estaba sucediendo. Muchos cayeron al suelo en la primera acometida y, sin tiempo para responder, fueron rematados allí mismo sin compasión. El resto, sorprendidos por el poderoso ataque y sabiéndose en inferioridad numérica, huyó a la desbandada, siendo perseguidos y cazados como ratones en una ratonera. Tan solo un pequeño grupo de hombres consiguió escapar.

Desde su posición, Toribio pudo ver cómo su camarada era obligado a huir con ellos y quiso ir en su busca, pero Alfonso, poniendo una mano sobre su hombro, se lo impidió.

—Amigo mío, esos hombres llegarán a la frontera antes de que los alcancemos. Hoy no se puede hacer nada más.

—Sí que podemos —contestó el abad—. Podemos perseguirlos. Tenemos que liberar a ese hombre. ¡Se lo debemos!

—No, Toribio. Si he cargado contra esos diablos ha sido porque lo considero un acto defensivo y de pura justicia, y con ello le demuestro a Jaime que no pienso tolerar sus desmanes en mi reino. Pero no me adentraré en suelo enemigo. Eso sería exponer demasiado y no deseo provocar su ira más de lo necesario.

—Tenéis razón, majestad, perdonadme. Mi afán por salvar a Rodrigo ha nublado momentáneamente mi juicio.

—Mirad el lado bueno: hoy hemos castigado y humillado a Jaime con una gran derrota y además, ahora sabemos que el barón de Mieres sigue vivo.

—Así es, sigue vivo, pero no sabemos por cuánto tiempo, y eso me preocupa, mi señor...

—Sé que le tenéis gran aprecio y también a mí me inquieta el destino de ese

hombre, pero pensad que si a estas alturas lo mantienen con vida es porque les interesa. Eso nos da esperanza y, espero, tiempo para organizar un plan con el que liberarlo. ¿No os parece?

—Cierto, mi señor. Vuestras sabias palabras han sido un bálsamo para mí.

En previsión de la posible reacción del rey de Iberia al enterarse de lo sucedido, Alfonso decidió dejar parte de sus fuerzas guardando aquellas fronteras, y regresó con el resto de sus tropas al castillo de Olite.

Los colores del final del verano se enseñoreaban de los bosques y campos por los que cabalgaban el príncipe y su fiel compañero, ajenos al peligro que se cernía sobre ellos. Juan Bradley les había indicado que en pocos días llegarían a los confines del reino y que lo sabrían porque, tal como le dijo el abad a Leonardo, podrían divisar dos colosales prominencias pétreas entre las que discurría una sinuosa torrentera.

Aquel día los hermanos cabalgaban relajados, apenas sin hablar y sintiendo sobre sí los dorados rayos del sol. Ya próximo el ocaso, aquellas ciclópeas moles aparecieron ante ellos. La más cercana a la luz del sol poniente asemejaba una gigantesca llama amarillo-rojiza, acaso vomitada de las fauces del infierno y flanqueada por una extensa cornisa que se asomaba al hondo precipicio.

Con extrema precaución se acercaron al borde de la arista, desde donde contemplaron, como reflejada en un espejo, otra gigantesca llama gemela del otro lado de la profunda brecha. Tan solo el batir de las alas de los buitres y el lejano rumor de las aguas allá abajo rompían la quietud del lugar.

—Nunca he contemplado nada igual. ¡Qué prodigio! —murmuró Leonardo, mudo de asombro—. Siento como si aquí terminase nuestro mundo, el mundo que conocemos, y que si cruzamos al otro lado, apareceremos en un nuevo orbe desconocido e inquietante... —continuó ensimismado el príncipe.

—Sí, muy bonito, pero para cruzar esta garganta veo que tendremos que caminar hacia el sur. Además, la oscuridad caerá pronto sobre nosotros y aquí estamos al descubierto. Deberíamos buscar un lugar donde poder pasar la noche.

—Ja, ja, ja, ya veo que a ti este paisaje no te conmueve. Está bien, mi juicioso hermanito, vayamos a buscar el cobijo que tanto deseas.

Encaminaron sus pasos hacia el sur. Poco después se levantó un viento frío que arreciaba por momentos, levantando remolinos de polvo y hojas que cegaban a los jóvenes y les empujaba hacia la sima, por lo que no tuvieron más remedio que echar pie a tierra y continuar andando con la figura encorvada.

Al pasar cerca de un rosal silvestre, Gregorio atisbó entre las ramas de su base un ligero movimiento y, sin pensárselo dos veces, se lanzó en plancha, consiguiendo capturar una rolliza liebre que se había acurrucado allí para ponerse al abrigo de la ventolera.

—¡Eh, mira! ¡Ya tenemos cena para esta noche! —exclamó ufano Gregorio—.



Haremos una buena fogata para calentarnos y cocinarla.

Leonardo rio de nuevo con ganas.

—Es un alivio para mí contar con un compañero que muestra siempre, incluso en las más adversas circunstancias, tan buen ánimo y disposición.

—Querido hermano, la sabia naturaleza ha depositado en nosotros la semilla del buen apetito y para un mejor y más natural equilibrio, nos brinda los dones con qué saciarlo. Por tanto, habría cometido un gran pecado si hubiera permitido escapar a esa liebre.

—No continúes con tus argumentos, me has convencido.

El terreno descendía ahora ligeramente, el sol comenzaba a ocultarse y el viento se había convertido en vendaval, pero seguían sin encontrar un lugar en el que resguardarse. Entonces Gregorio se asomó casualmente al precipicio y dijo:

—¡Eh, ahí hay un amplio resalte al abrigo del viento, justo debajo de nosotros!

—Estupendo, bajemos.

Dejando atados a un árbol los caballos, empezaron a hacer acopio de ramas para prender un buen fuego. Luego bajaron a la balconada armas, provisiones, y las mantas de viaje con las que les había provisto Justina.

Aquel voladizo prolongaba su superficie en una oquedad natural no muy profunda excavada en la pared de roca, constituyendo un mirador excepcional sobre el lecho del río. Allá abajo, el agua se precipitaba formando lo que parecía una profunda poza.

Leonardo observó con detenimiento el panorama bajo sus pies. Las paredes de piedra que encajonaban la garganta estaban salpicadas aquí y allá de ligeras manchas de vegetación, y un extenso caos de roca tachonaba el cauce del río, dificultando su alegre discurrir y haciéndolo a veces desaparecer bajo los peñascos.

Mientras el príncipe estudiaba el terreno, su compañero, preocupado de lo inmediato, había preparado en aquella especie de gruta un hogareño fuego y ya colocaba sobre él la liebre para que se fuera asando lentamente.

La noche fue desplegando mientras tanto su manto de sombras, y seguía escuchándose el ulular huracanado, que arremolinaba las nubes por encima de la garganta. Sobre sus cabezas se desplegaba el resplandor de los primeros relámpagos, e instantes después, cada vez más breves, se oyó el retumbar del estallido de los truenos. La tormenta se estaba acercando; suerte que habían encontrado aquella oquedad para guarecerse.

Cuando la liebre ya estaba casi en su punto y Gregorio se imaginaba deleitándose con su carne dorada y crujiente, una saeta golpeó con fuerza en la cota de malla de su hermano, quien trastabilló hacia delante y estuvo a punto de caer.

—¡Nos atacan! —gritó retrocediendo con rapidez, mientras varias flechas rebotaban contra el suelo del saliente—. Pronto, apaga el fuego y coge tus armas.

—¡Si os rendís, respetaremos vuestra vida! —tronó una voz imperiosa desde lo alto de la cornisa, seguida de un trueno tormentoso y de varias centellas que se precipitaron en la hondonada, recorriéndola en toda su extensión.

—¿Quiénes sois y por qué me habláis en esos términos? —preguntó Leonardo, indicándole a Gregorio que guardara silencio.

—Subid los dos aquí y os lo explicaremos.

—¿Qué dos? Estoy solo —aventuró el príncipe a decir para ver qué le respondían. Otro rayo resplandeció en la garganta, y comenzaron a caer las primeras gotas.

—No nos hagais reír, muchacho, bien sabemos que estás acompañado. ¡Salid de una vez antes de que acabéis con mi paciencia! No tenéis escapatoria.

—Puede que tengas razón, pero si quieres cogermé, tendrás que venir a buscarme.

Al poco, una sombra seguida de otra empezó a deslizarse por el acceso hacia el saliente. Leonardo tensó el arco y apuntó un poco a bulto, puesto que la oscuridad reinante no permitía apenas ver nada. Otro fogonazo de intensísima luz les permitió distinguir cómo una figura se precipitaba al vacío, pero su grito quedó ahogado por el trueno. La que iba detrás retrocedió de inmediato, poniéndose a salvo.

—¿Por qué no queréis bajar hasta aquí? Si lo hacéis, os daré muestra de mi hospitalidad. Un lugar al abrigo del huracán y una cena digna de un rey —ofreció Leonardo.

—¡Guárdate tu comida para ti y para tu amiguito! Pronto caeréis en mis manos, y entonces probaremos ese temple que ahora pareceis mostrar.

—Pues, en ese caso, espero que os hayáis provisionado tan bien como yo, porque podré aguantar aquí durante bastantes días, más aún si no queréis que comparta con vosotros mi comida —replicó el príncipe.

—¡Tú, jovenzuelo insolente y grosero...! No sé con qué derecho usurpas la palabra al que te acompaña, que si no es tu padre, por la edad bien podría serlo.

Los hermanos se miraron asombrados.

—¿Has oído? Son los soldados que atacaron nuestra casa, ¡y creen que tú eres el senescal!

—Los relámpagos iluminaban el lugar, mientras que el estrépito de los truenos, seco y violento, se veía amplificado por el eco.

—Mi acompañante me sugiere. —Leonardo tuvo que gritar para hacerse oír por encima del viento y de la lluvia, que ya caía con fuerza— que os haga saber que no desperdiciará su valiosa palabra para dirigirse a alguien de un linaje tan bajo como el vuestro.

Una nueva andanada de impotentes flechas golpeó el suelo mojado frente al hueco en el que los jóvenes se resguardaban.

Con un chasquido metálico, un pavoroso rayo se estrelló sobre la plataforma, originando una enorme grieta.

—Tenemos que salir de aquí. ¡Este saliente se va a desprender en cualquier momento! —exclamó Leonardo.

—Pero si subimos, nos atraparán y pereceremos de igual forma —le respondió su camarada.

—No estoy pensando en subir, sino en bajar.

—¿Qué? ¿Estás loco? ¡Nos despeñaremos!

—Si saltamos con el suficiente impulso, caeremos en el centro de la poza; por su aspecto me ha parecido lo bastante honda.

—Esto está más negro que boca de lobo, ¿y pretendes saltar a ciegas y caer justo en el centro de la poza?

—Tú confía en mí.

Gregorio miró con aprensión hacia la negrura del fondo.

—Leonardo, que el agua se halla a mucha distancia, que nos despedazaremos contra ella...

—No si caemos de pie. —Le cogió de los hombros y le obligó a mirarle—. Esta es la única posibilidad que tenemos de salir vivos de aquí. ¡Saltemos!

Los dos hermanos se ciñeron las espadas bien apretadas al cuerpo, encomendaron su alma al Altísimo y, tomando carrerilla, saltaron al vacío.

La centella que acababa de caer tan cerca de ellos, sobre el saliente, hizo retroceder a Froilán y sus hombres, y cuando, luchando contra el viento tempestuoso, trataron de adelantarse de nuevo hacia la cornisa, un terrible fragor se desencadenó delante de ellos.

Con sangre fría, el de la mirada de hurón se acercó al borde del abismo y quedó petrificado.

—Venid, capitán, todo ha terminado.

Froilán y sus hombres se asomaron, y un nuevo relámpago iluminó una escena dantesca. Parte de la pared, incluido el saliente en el que se protegían los fugitivos, ya no existía: se había desprendido y precipitado al vacío, y ahora se podía ver en el fondo, sobresaliendo de una pequeña charca contra la cual se había reventado.

El capitán sonrió de satisfacción. Nadie podía haber sobrevivido a un impacto tan brutal. Ahora podría regresar tranquilo y su rey le colmaría de honores. Esa terrible tormenta había resultado providencial. Lástima que no hubiera podido tener entre sus manos a aquella principesca pareja siquiera durante algunas horas, pero por lo demás, se consideraba un hombre de suerte.

—Nuestra misión ha terminado —dijo Froilán a sus secuaces—. Regresemos para llevarle cuanto antes estas noticias a nuestro soberano.

Calados hasta los huesos y escondidos entre la vegetación del lecho del río, los “mellizos” contemplaron, a la luz de los relámpagos, cómo varias figuras se asomaban en lo alto. Habían resultado milagrosamente ilesos, pues salieron a flote con rapidez y nadaron corriente abajo, lo justo para evitar que la cornisa se les viniese encima. Con el impacto, la poza había quedado prácticamente vacía.

—Parece que ya se han cansado de mirar. Creo que se van —susurró Leonardo.

—Deja que me reponga. Nunca, en toda mi vida, unos segundos se me han hecho tan largos.

—¿Lo has visto? Tenía yo razón. Te dije que caeríamos en la poza y que era lo bastante profunda. ¡Hemos entrado en el agua derechos como una vela!

—¡Ja! De no haberlo sido, ahora no podríamos contarlo, desde luego... —Gregorio quedó pensativo—. ¿Por qué sabes tú que hemos entrado en el agua derechos como una vela? ¿Acaso no has cerrado los ojos?

—¡Pues claro que no!, los he mantenido abiertos todo el tiempo. Por nada del mundo me hubiese perdido nuestra interminable caída.

—No sé cómo puedes hablar así. El estómago se me ha subido a la garganta y pensé que el corazón me dejaba de latir. ¿Y el golpetazo en el agua? Creí haberme roto todos los huesos.

—¿Pero de qué te quejas? ¡Mírate! Ni siquiera un simple rasguño. ¡Ha sido un salto prodigioso!

—Oye, ¿crees que esos tipos nos habrán visto saltar?

—No lo creo. Lo hemos hecho rápido y en silencio, y luego el resalte se ha venido abajo. Pensarán que hemos muerto aplastados.

—Ya. También estábamos convencidos de que nadie nos pisaba los talones.

—Pues ahora que lo dices, la culpa de eso la tienen el relincho de mi caballo y tu buen apetito.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que los que nos perseguían nos habrán localizado por el resplandor de la fogata. A partir de ahora, nada de fuegos por la noche.

Guardaron silencio. No parecía oírse ningún ruido en lo alto del precipicio. La lluvia seguía cayendo sobre ellos, pero las nubes ya no tronaban tan cerca; la tormenta pasaba de largo.

Gregorio rompió el silencio:

—Tenemos las espadas, pero hemos perdido todo lo demás: los arcos, los caballos, las provisiones... ¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó preocupado.

—Hermanito, se te olvida lo principal: que conservamos la vida. ¿Te parece poco?

—No, claro, pero...

—Pero basta de charla. Míralo por el lado bueno: nuestro salto nos ha resuelto el problema.

—¿Qué problema?

—El de cruzar este vasto tajo —contestó Leonardo sonriente, a lo que su hermano respondió con un resoplido—. Ahora solo hemos de buscar la forma de remontar esas altas paredes; lo mejor es continuar río abajo. El resplandor de los relámpagos nos facilitará el avance.

Los jóvenes comenzaron a bajar por aquel tramo del río. Curiosamente el agua había desaparecido bajo el subsuelo y solo algunos charcos dispersos daban fe de que por allí discurría una torrentera. El caos de roca con el que permanentemente se topaban les dificultaba la marcha y a menudo se veían obligados a trepar y escalar, con el riesgo que eso suponía de resbalar y partirse una pierna.

Tras más de cuatro horas de marcha, llegaron a un recodo desde el cual su avance se hizo más llevadero. La tormenta se había desvanecido del todo y una brillante luna se encaramó en lo alto del firmamento, iluminando el entorno con claridad plateada.

Del lado que ellos habían saltado, la pared seguía siendo tan alta y escarpada como antes; sin embargo, del otro, vieron que el muro daba paso a una ladera rocosa cubierta de abundante vegetación, bastante abrupta pero franqueable a fin de cuentas.

Una sonrisa de alivio se dibujó en sus labios. Por fin lograrían salir de aquella maldita brecha.

Mientras tanto, Froilán y su cuadrilla emprendían el camino de vuelta siguiendo el itinerario por el que habían venido. Al aproximarse al castillo de Olite, observaron un gran movimiento de tropas en todos los caminos, lo que les obligó a avanzar despacio y redoblar las precauciones para no ser descubiertos.

Cuando, días después, alcanzaron la frontera, se encontraron con que varias compañías de soldados del rey Alfonso vigilaban estrechamente todos los pasos, y no fue sino tras varios intentos cuando finalmente consiguieron cruzarla. Una vez que tuvieron el camino despejado y cambiando a menudo de monturas galoparon sin descanso hacia el castillo de Babia, hasta que al fin, casi al borde del agotamiento y después de unas jornadas que resultaron interminables, avistaron sus almenas en la lejanía.

A pesar del cansancio, Froilán se dirigió impaciente hacia las dependencias del rey, quien lo recibió al instante.

—¡Me has hecho quedar otra vez en ridículo! ¡Todas tus pesquisas no han servido de nada, salvo para alertar a Alfonso! —le espetó el rey, con ojos encendidos y enfurecido.

—Majestad, permitidme que me explique...

—¿En serio crees poder justificar lo que ha pasado? ¡La hueste que puse bajo tu

mando ha sido prácticamente aniquilada, y según se me ha informado, el sacrificio solo ha servido para capturar a un simple oficial enemigo! Para colmo, abandonas a tus hombres a merced del adversario y desapareces sin dejar rastro —el rey se inclinó hacia él y bajó peligrosamente el tono de voz cuando dijo—: A esto, yo lo llamo traición, y juro que has de pagar por ello.

Froilán no se amedrentó ante aquellas palabras y respondió con determinación:

—Mi soberano y señor, antes de tacharme de traidor, escuchad al menos lo que tengo que deciros; después, actuad conmigo como mejor os plazca.

El monarca se recostó lentamente y le escrutó con el gesto pétreo.

—Habla pues, y rápido.

—Cuando atacamos la propiedad en la que se encontraban el senescal y el príncipe, para nuestra sorpresa, había toda una compañía de soldados defendiéndola, de manera que nos vimos obligados a trabar combate. Sirviéndose de una estratagema, nuestras presas consiguieron abrir brecha en nuestras líneas y escapar. Aunque mandé una pequeña partida en su busca, conocían bien el terreno y consiguieron ponerse a salvo. Providencialmente pude saber que se dirigían hacia el este, y decidí perseguirlos en lugar de retornar con el grueso de mis hombres, pues al fin y al cabo esa era la razón que nos había llevado hasta allí.

»Antes de partir, ordené a nuestras tropas que se replegasen y que retornasen de inmediato hacia Iberia. Por lo que decís, deduzco que no siguieron al pie de la letra mis instrucciones y fueron atacados, pero bien sabéis que para ganar una guerra a veces es preciso sacrificar algunas piezas. En cuanto a mí, acompañado de algunos hombres, conseguí dar con el rastro de los fugitivos, que ahora yacen muertos en el fondo de un profundo barranco.

—¿Estás seguro de ello?

—¡Completamente! Yo mismo los vi precipitarse al abismo. Tengo que reconocer que, en este caso, la naturaleza hizo lo principal del trabajo. Si no me creéis, podréis corroborarlo con cualquiera de los hombres que han regresado conmigo.

Al escuchar aquella larga explicación, a Jaime se le suavizó el semblante.

—Entonces, ¿puedes afirmar que mi sobrino y su valedor han desaparecido para siempre?

—Sí, majestad. Ahora que estáis al tanto de lo sucedido, sé que vuestra perspicacia y buen juicio os harán ver que actué correctamente.

—Está bien, aséate y descansa un poco. Más tarde hablaremos de nuevo.

Por supuesto, Jaime, desconfiado por naturaleza, constató todo lo que le había contado el capitán de su guardia y no pudiendo encontrar contradicción alguna, llegó a la conclusión de que, efectivamente, sus más odiados enemigos habían muerto, y se frotó las manos con satisfacción. Ahora, nada ni nadie le podría presentar oposición y decidió retomar inmediatamente sus planes de conquista del reino del Pirineo.

Tres horas más tarde volvió a recibir a Froilán, esta vez en el salón del trono.

—Valeroso capitán, he de reconocer que me has servido satisfactoriamente

después de todo. Dime, ¿qué has visto al cruzar los territorios del reino del Pirineo en tu camino de regreso?

—Hay tropas desplegadas en terreno fronterizo, y también alrededor de su castillo.

—¿Crees que me plantará cara si decido invadir su reino?

—Sus fuerzas son escasas pero, por la impresión que saqué durante el ataque a aquella hacienda, se hallan bien adiestradas, parecen leales y conocen muy bien el terreno que pisan. A pesar del factor sorpresa y de la superioridad numérica, no conseguimos romper sus defensas. Si además, me decís que en la frontera acabaron prácticamente con todos mis hombres, eso nos indica que cuenta con un verdadero ejército, capaz de desplazarse con rapidez y diestro en el ataque sorpresa, por lo que, a pesar de nuestra superioridad teórica, no deberíamos despreciarlos en absoluto.

—Entiendo... Verás, últimamente los rebeldes apenas han dado señales de vida, lo cual me hace pensar que les falta la dirección de Rodrigo Cortés. Por otra parte, la ofensa de que he sido objeto con la masacre de nuestros hombres me proporciona la justificación perfecta para atacar a Alfonso. Si me decido a ello, iniciaríamos las hostilidades lo más pronto posible, antes de que llegue el invierno. ¿Qué opinas?

—Es lo más adecuado a la situación, mi señor. Al dar cobijo durante tantos años a vuestros enemigos ha estado conspirando contra vos y ahora, haciéndoos pagar un alto precio por nuestra acción y desplegando sus tropas en la frontera, está desafiando vuestro poder. No hay duda de que debéis considerar al rey Alfonso como enemigo.

—Tienes razón. Me hierve la sangre en las venas al escucharte.

—Y tampoco olvidéis cómo se comportó el día que pretendíais firmar el acuerdo de matrimonio con la princesa Cecilia, lo ufano que se marchó al verlo frustrado. A mi entender, el rey Alfonso nunca ha tenido intención de casar a su hija con vos. Se ha limitado a ir dando largas a vuestras pretensiones.

—Cierto. Reconozco que al principio consideraba ese matrimonio como un simple medio para hacerme con el control del reino del Pirineo, pero después de conocer a la joven, tengo un nuevo aliciente para consumarlo...

—Eso será fácil de conseguir una vez derrotado el padre y os alabo el gusto. Se trata de una verdadera joya y hará una magnífica pareja con vos, mi señor.

Jaime se hinchó como un pavo real al oír aquellas palabras.

—Entonces está decidido. Encárgate de poner todo en marcha... ¡Senescal! Porque desde ahora mismo te consideraré como tal. Mañana ratificaré el nombramiento.

—Gracias, mi señor. Sois un soberano de palabra, y quiero que sepáis que para mí será un gran honor el poder servir desde tan insigne puesto. Espero no defraudaros.

—Yo también lo espero.

Froilán hizo una reverencia, entendiendo que la conversación había terminado y que debía retirarse.

—Senescal...

—¿Sí, mi señor?

—Siento curiosidad. ¿Por qué hiciste prisionero a ese oficial de Alfonso?

—Muy sencillo majestad. Descubrí en él el espíritu guerrero que siempre busco entre los hombres.

—¿Tan bien luchó?

—Si le hubierais podido ver... Peleó como un auténtico titán. Él fue el causante de que no pudiésemos quebrar el círculo defensivo.

—Enemigos así, mejor muertos, ¿no te parece?

—No si se pasa a nuestras filas. Tengo la impresión de que lo hará, parece lo bastante ambicioso.

—Me gustaría conocer a ese portento.

—Con sumo gusto os lo presentaré, mi señor.

Y haciendo una nueva reverencia, Froilán abandonó el inmenso salón, colmado de orgullo y con sus ambiciones satisfechas. Por fin se le brindaba la oportunidad de demostrar su valía y genio militar.

Transcurridos un par de días después de esta conversación, Rodrigo recibió la visita de su captor, quien lo mantenía encerrado bajo vigilancia en un aposento sencillo, aunque no exento de algunas comodidades.

Cortés estaba asomado a la ventana cuando Froilán entró en la estancia.

—Miras con mucha atención a través de esa ventana, Artemio. ¿No estarás pensando en escapar? —preguntó el recién nombrado senescal, tratando de ser cordial.

El barón de Mieres, pensando que debía hablarle en los mismos términos para ganarse su confianza, le respondió con amabilidad:

—Dudo que pudiera hacerlo con tan grueso enrejado cerrándome el paso. Además, el trato que hasta ahora me habéis dispensado me predispone a favor vuestro.

—¿Has reflexionado sobre la oferta que te propuse? —preguntó sentándose en una silla y señalando a su interlocutor la que tenía enfrente para que hiciera lo mismo.

—Desde luego, vuestra oferta me sigue pareciendo interesante, aunque deberíais precisarla un poco más.

—Me imagino que estarás casado.

—No, señor. Soy hombre de armas y no he tenido mucho tiempo para buscar tan grata compañía.

—Pero a alguien habrás dejado atrás, alguien a quien aprecies y eches de menos...

—Tan solo a mi caballo, que es el único compañero que siempre me escucha y en el que puedo confiar.

—Aparte de tu última misión en la hacienda de aquel hombre, ¿qué otros



cometidos has desempeñado?

—He sido guardia de fronteras. En los últimos años he estado comandando una pequeña unidad destinada en el este.

—Un puesto de poca importancia, a la vista de tu valía y merecimientos, ¿no crees? Con la edad que aparentas tener, no me parece que vayas a disponer de muchas oportunidades de medrar.

—¿Qué os hace pensar tal cosa?

—Bueno, el rey Alfonso, al que hasta ahora has servido, siempre fue conformista y pusilánime. Su padre y él siempre han seguido una política de paz y autocomplacencia, en la que solo han prosperado aduladores y ratas de corte. Los hombres como tú, con agallas y talento para el combate, nunca han tenido futuro en ese reino. Créeme, sé bien de lo que hablo. Yo procedo de allí y tuve que abandonar tierra y familia siendo muy joven para poder alcanzar mi sueño, y ahora mírame: el rey me acaba de nombrar su senescal.

—Os doy mi enhorabuena.

—Como ves, en el reino de Iberia sucede todo lo contrario. Aquí somos los hombres de armas los que controlamos la situación, podemos alcanzar riqueza y gloria. Muy pronto el reino del Pirineo caerá en nuestro poder, y tras él vendrán otros. Nada podrá detener nuestro avance.

—¿Pensáis entonces en conquistar el reino del Pirineo?

—Así es, y más pronto de lo que imaginas.

—¿Y queréis que yo participe en esa campaña?

—No exactamente... aunque, bien mirado, sería una buena manera de vencer tus escrúpulos y de probarnos tu lealtad. ¿Qué me dices? —preguntó Froilán inclinándose hacia adelante en su asiento.

Rodrigo le miró fijamente un instante. Aquella era una pregunta muy comprometida, y sabía que de su respuesta dependía en gran medida su supervivencia.

—No tendré ningún inconveniente en acompañaros y poner mi brazo a vuestra disposición. Mataré al mismísimo rey Alfonso si la suerte lo pone en mi camino.

Froilán se arrellanó en su asiento con una sonrisa de satisfacción.

—No queremos ver a tu rey muerto, pero te aseguro que en su momento tendrás ocasión de demostrar lo que dices. En realidad, esperamos una rápida campaña, y para ello tu información nos resultaría de gran ayuda.

—¿De modo que eso es lo queréis de mí? ¿Que me convierta en un simple confidente?

—No, no, lo que realmente deseo es que te ocupes de organizar y dirigir una pequeña guardia personal a mi servicio. Ahora que soy el senescal, mi nombramiento suscitará muchas envidias, y eso, en los tiempos que corren, podría resultar bastante peligroso.

»Yo te daría algunos nombres. Se trata de individuos decididos, con agallas y

dispuestos a cualquier cosa, si se les incentiva convenientemente, claro está. Sin embargo, estas cualidades no me garantizan su lealtad; aquí dentro no me puedo fiar de nadie, ya me entiendes... Por eso prefiero a un hombre como tú, ajeno a todo esto, independiente en sus juicios y lo bastante sagaz e inteligente como para escrutar todo lo que ocurra a mi alrededor.

»En conclusión, tu misión sería la de protegerme y cumplir las órdenes que te dé sin titubear. Cualquier indisciplina o recelo por parte de tus hombres deberás castigarla con rigor. El miedo y el afán de riqueza serán las herramientas que has de usar para conseguir lo que necesito. Si estoy contento de tu trabajo, te garantizo que en poco tiempo serás un hombre opulento y tan poderoso, que todos te han de temer y respetar. ¿Qué respondes a mi proposición?

—Que la acepto sin reservas, aunque, sinceramente, preferiría acompañaros en las batallas que se avecinan.

—Me alegra oírte decir eso, pero es mucho más importante que permanezcas aquí, en retaguardia, y dediques tus esfuerzos a la tarea que te encomiendo. Una parte importante de los efectivos de nuestro rey se quedará en el castillo. De entre ellos tendrás que hacer la selección y no será tarea fácil. Ahora bien, te advierto que tendré ojos vigilándote. Si haces un movimiento en falso que frustre la apuesta que hago por ti, no tendré misericordia contigo. ¿Está claro?

—Más claro que el cristal transparente. Cuando regreséis vencedor, vuestra guardia personal os estará esperando.

—Eso espero. ¡Ah! Otra cosa. El rey desea conocerte.

A Rodrigo se le demudó un tanto el rostro, pero nada dijo.

—Ja, ja, ja, veo que te impresiona la posibilidad de conocer al rey. Tranquilo, ordenaré que te traigan lo necesario para que puedas darte un buen baño, y también ropa adecuada para que te presentes dignamente ante él. Te presentaré a mis lugartenientes en la guardia del rey; ellos te mostrarán el castillo y sus alrededores.

—Antes de iros, señor, me gustaría haceros una pregunta.

Froilán se levantó y se encaminó hacia la puerta.

—Tú dirás.

—¿Qué sucedió con las personas a las que protegía?

—¿Por qué te interesa saberlo?

—Simple curiosidad profesional, pero si no deseáis contestarme...

—Está bien. Como muestra de la confianza y familiaridad que a partir de ahora ha de haber entre nosotros, te contestaré. Supongo que, habiendo patrullado por el este de tu reino, conocerás un lugar al que denominan el Salto de Roldán.

—Así es. He bordeado esa brecha muchas veces.

—Pues aquel abismo ha servido de sepulcro a tus protegidos.

Rodrigo creyó que se le paraba el corazón.

—¿Acaso les habéis despeñado por él?

Froilán volvió a reír con ganas.

—Ya me hubiese gustado a mí haberlos empujado con mis propias manos, pero la propia naturaleza se encargó de hacerlo por mí, y también de amortajarlos.

—¿Visteis entonces sus cuerpos?

—No fue necesario. Te aseguro que el príncipe Leonardo y Rodrigo Cortés están muertos y bien muertos. ¿Acaso lamentas su muerte?

Conteniendo a duras penas la emoción, contestó:

—Lo que me decís me deja indiferente, pero si ha servido a vuestros propósitos, me alegro por vos.

—Estupendo. Ahora que ya he satisfecho tu curiosidad, te dejo. Más tarde vendré a buscarte para llevarte ante el rey.

Y Froilán salió de la estancia cerrando la maciza puerta tras él, mas sin echar la llave por fuera.

Cortés estaba libre, o lo estaría en breves momentos; sin embargo la angustia le abrumaba el ánimo y aniquilaba su entendimiento. Sintiéndose desfallecer por primera vez en su vida, se desplomó sobre el frío suelo y cerró los ojos, desesperanzado. «¡Entonces mi príncipe está muerto! Si es así, ¿qué sentido ha tenido toda nuestra lucha? ¿Para qué tantos desvelos y peligros? Ahora el mal se asentará para siempre en estas tierras... Yo soy el culpable de todo. Si hubiera huido con él, habría podido defenderle. He traicionado a sus padres y también a mí mismo. ¡Estoy condenado a los infiernos! Más me valdría morir para no causar ningún otro mal... ¡Eso es, me quitaré la vida!».

Se levantó del suelo y con paso titubeante se dirigió hacia la salida. De pronto, alguien llamó a la puerta. Aquel hombre maltrecho y doliente se paró en mitad de la estancia, sin saber qué hacer. Volvieron a llamar, pero como el barón de Mieres no reaccionara, la puerta se abrió.

En el rellano había una mujer que traía al costado un voluminoso cesto de mimbre.

—Señor, ¿me permitís entrar? Me han mandado que os ayude a preparar lo que ha sido dispuesto... —y al verle la cara, añadió—: ¿Qué os sucede, señor? ¿Os encontráis mal?

El hombre, medio desvanecido, se derrumbó ante ella.

La mujer dejó el cesto a un lado y, alarmada, corrió a arrodillarse junto a él.

—¡Señor, señor! ¡Volved en vos! Señor, ¿podéis oírme?

Rodrigo abrió lentamente los ojos y vio el rostro preocupado de aquella mujer, al principio de forma borrosa y después con más precisión.

—Yo... yo te conozco —balbuceó el senescal sonriendo levemente.

—¿A mí, señor? No creo que eso sea posible.

—Mírame bien, María. ¿De verdad no sabes quién soy?

La mujer, que no era otra que María la Brava, la esposa de Bertrán Sánchez, se sorprendió mucho de que dijera su nombre, así que frunció el ceño y le miró detenidamente, pero seguía sin dar muestras de reconocerle.

—Soy Rodrigo. Rodrigo Cortés...

María dio un pequeño grito y se llevó las manos a la boca.

—Reconozco esa voz... pero el rostro que la pronuncia es totalmente distinto del que recuerdo. ¿Dónde están vuestra barba y vuestros cabellos?

—Anda, ve y cierra la puerta, mujer, no vaya a ser que nos oigan hablar.

María la Brava obedeció al instante, mientras él se incorporaba penosamente y se quedaba sentado en el suelo.

—¡Así que erais vos el prisionero! —susurró la mujer.

—Sí, pero nadie sabe quién soy. Froilán cree que soy un capitán del ejército del rey Alfonso, y me ha capturado porque quiere que le ayude a formar su guardia personal.

—Ese hombre es el demonio en persona. Deberéis tener mucho cuidado con él.

—Sí, ya me he dado cuenta —dijo Rodrigo abatido.

—Decidme, ¿por qué os habéis desmayado hace un momento? ¿Qué os preocupa?

—Ay, María. Creo que nuestro príncipe ha... ha muerto, y también su hermano, que le acompañaba.

—¿Nuestro príncipe Leonardo? ¿Quién os ha dicho tal cosa?

—Froilán.

—Eso no es posible. ¡Dios no lo permitiría!

—Dice que él no los mató y que tampoco vio sus cuerpos, pero está seguro de que yacen sepultados en lo más hondo de una profunda garganta. Aunque cree que su compañero era yo.

—Ahí lo tenéis. Vuestro enemigo se confunde, y no debéis permitir que os confunda a vos. No tenéis razones para perder la esperanza. Si no ha visto sus cuerpos, el príncipe puede estar vivo, al igual que vos lo estáis. Yo sé que lo está, y que sabremos de él cuando el Señor lo disponga.

—Sí, tal vez tengas razón...

—Además, habéis conseguido engañar a vuestros enemigos y os habéis introducido en la guarida de la bestia sin que os descubran. Tendréis acceso a información que, sin duda, será vital para el futuro y, por si fuera poco, sabéis que no estáis solo. Yo os serviré de enlace con el exterior.

A medida que María iba hablando, el nudo que Rodrigo sentía en su corazón se fue destensando, y un impulso vigoroso recorrió hasta la última fibra de su ser. Tanto fue así que se incorporó, y abrazando a aquella valerosa y menuda mujer, la levantó en vilo y le plantó dos sonoros besos en las mejillas.

—Si estuvieses soltera, serías la mujer de mis sueños. Has espantado de un plumazo los negros fantasmas que poblaban mi mente. No sabes cuánto te lo agradezco.

—No será para tanto —dijo ella sonriendo—, pero si es como decís, me alegro de haber podido ayudaros.

—Y a mí que pueda contar contigo, porque tengo un problema ahora mismo que no sé cómo solucionar.

—¿Cuál?

—Ese bastardo de Jaime desea hablar conmigo y temo que me reconozca.

María rio con ganas, por lo que Cortés la miró confundido.

—¿Por qué te ríes?

—Mi buen barón, hace casi veinte años que os fuisteis de aquí y siento deciros que, aunque os conserváis bastante bien para vuestra edad, habéis cambiado bastante. ¡Ni siquiera yo he podido reconocerlos!

—Sí, bueno, pero aun así...

—Llevabais la barba y el cabello más largos por aquel entonces, y os crecían más espesos y oscuros que ahora, ¿me equivoco? Yo que vos me afeitaría a fondo y me recortaría aún más el cabello. De esta forma no os reconocerá ni vuestra propia madre.

—¿Y ya está? ¿Estás segura de que con eso servirá?

María ladeó la cabeza y le miró con los ojos entrecerrados.

—Mmmm... No, puede que no. Esa mirada ardiente que a menudo mostráis apenas ha cambiado y tampoco vuestra voz. Ensayad una mirada esquiva y, en cuanto a la voz, fingíos afónico y hablad en un tono más bajo y lento de lo que acostumbráis.

—De acuerdo, haré todo lo que me dices; recemos para que sea suficiente. Y ahora démonos prisa. ¡El tiempo apremia!

Leonardo y Gregorio lograron después de muchos esfuerzos salir de aquella honda garganta y se internaron en un bosque poblado de hayas y robles. El terreno, aunque pedregoso e irregular, no impedía que creciese en él una exuberante vegetación de helechos arborescentes.

Los jóvenes deambularon todo aquel día entre el laberinto vegetal, subiendo escarpadas laderas y cruzando boscosos valles, sin encontrar una sola vereda transitable que les condujera a algún lugar habitado o que, al menos, les facilitase la marcha. Si había animales por allí, ellos no vieron ninguno. Ni siquiera se escuchaba el trinar de los pájaros —cosa sorprendente, por cierto—, y sí, sin embargo, el constante zumbido de numerosos insectos, que presentaban un tamaño más grande de lo habitual.

Inmersos en estas extrañas circunstancias y considerándose perdidos, transcurrieron un buen puñado de días, durante los cuales solo pudieron alimentarse de raíces y bayas silvestres, lo cual, unido a lo mucho que les costaba conciliar el sueño, mermó sus fuerzas y alteró sus sentidos.

Desde el primer momento tuvieron la sensación de que algo o alguien les vigilaba y seguía sus pasos. Se trataba de una sensación indefinida que ambos podían percibir con claridad meridiana, a pesar de que nada en concreto habían visto.

Bajo el tupido dosel vegetal, los hermanos caminaban de forma cansina, resbalando sobre las húmedas piedras y sin poder mantener un rumbo definido por culpa de lo accidentado del terreno y los recovecos del bosque.

Cansados y desmoralizados, paraban a menudo, miraban en derredor con gesto ausente y reanudaban la marcha como autómatas, siempre adelante, sin saber hacia dónde se dirigían. Aturdidos, hambrientos, con la ropa sucia y desgarrada, cada noche improvisaban un lecho de hojas donde poder dormir; mosquitos y tábanos les atormentaban sin piedad y sus mentes, quizás intuyendo un peligro cercano, les mantenían en duermevela y continuo sobresalto.

Una de aquellas noches especialmente oscura y brumosa y encontrándose ambos al borde del desfallecimiento, se hizo un completo silencio, tan absoluto que incluso los omnipresentes insectos parecían haberse desvanecido. Entonces, un invencible sopor fue poco a poco apoderándose de ellos hasta quedar profundamente dormidos...

Cuando despertaron y sin tener noción del tiempo transcurrido, descubrieron que estaban postrados boca abajo sobre un lecho de tierra, completamente desnudos y con las extremidades sujetas a gruesas estacas clavadas profundamente en el suelo: tiras

de cuero se arrollaban a muñecas y tobillos manteniendo sus miembros en máxima extensión.

Apenas se podían mover, tan solo levantar un poco la cabeza y mirar hacia los lados. Era tal la penumbra reinante que al principio nada podían distinguir. Luego, poco a poco, sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, y percibieron que se hallaban en una especie de túmulo alargado; no pudieron ver acceso alguno, salvo intuir, tal vez, un agujero en el techo desde el cual se irradiaba una tenue claridad. Al mirar Leonardo a su izquierda, la sangre se le heló en las venas. A escasa distancia había un cuerpo humano, sujeto a sus correspondientes estacas y cubierto de larvas. Los repugnantes bichos reptaban a su antojo, entrando y saliendo por un sinfín de oquedades. Detrás de tan terrorífica figura, perfectamente alineados, se adivinaban otros cuerpos en diferentes estados de descomposición, y en el extremo más alejado, los blancos y pulidos huesos de algunos esqueletos.

—Nos han capturado para servir de alimento a esas inmundas criaturas — exclamó el príncipe, sin atreverse a alzar la voz.

Gregorio, el último en aquella hilera de cuerpos postrados, levantó un poco la cabeza tratando de mirar por encima de su compañero, y pudo entender a lo que este se refería.

—Esto está lleno de cuerpos descompuestos y, sin embargo, no hay olor a carne putrefacta —dijo Gregorio.

—Es cierto, solo huelo a excrementos y orines —contestó su hermano—. Alguien nos ha debido de arrastrar hasta aquí y, por la forma en que nos ha inmovilizado, se diría que es experto en estas lides.

—Deberíamos procurar soltarnos de estos correaes —sugirió Gregorio en tono poco convincente.

Los muchachos forcejearon y se retorcieron tratando zafarse de las ligaduras, pero lo único que consiguieron fue que el cuero se les clavase más profundamente en las carnes. Entonces imaginaron que sus desgraciados compañeros también habían intentado escapar... y a la vista estaba el resultado de sus vanos esfuerzos.

—Dios, no quiero sentir esas cosas recorriéndome el cuerpo...

Dada la situación solo quedaba esperar.

—No te aflijas. Ya verás como con la ayuda de Dios saldremos de esta —dijo Leonardo para tranquilizarse e infundir ánimos a su hermano—. No puede ser que hayamos llegado hasta aquí, después de enfrentarnos a tantos peligros, para morir de una forma tan infame y horrible.

No bien había terminado de hablar, cuando sintieron un ligero ruidillo sobre sus cabezas, y una figura menuda se descolgó por el supuesto hueco del techo hasta el suelo. Con paso ágil se acercó a sus recientes capturas, se agachó ante Gregorio y con una mano descarnada, le levantó la barbilla.

—Muy delgados estos animalitos; solo piel y huesos. No gustar así a quien sirvo —dijo aquel ser, hablando para sí.

—¿Quién eres? ¿Por qué nos has traído hasta aquí? —inquirió Gregorio, mirando a la sorprendente figura que tenía ante él.

—Mis animalitos no hablar; cortaré sus lenguas si no —le contestó en su sibilante murmullo y mostrándole un afilado cuchillo—. Aquí bien estaréis. Yo alimentaré vuestros cuerpos que muy pronto serán manjar de mi dueño.

Los muchachos se miraron angustiados. La extraña criatura desapareció por el agujero, para regresar enseguida acarreando un pequeño cántaro de barro y dos cuencos de madera. Les dio de beber agua fresca, y después les fue dando cucharadas de una papilla espesa, que los jóvenes apuraron con voraz apetito.

Esta escena se fue repitiendo dos veces al día, y poco a poco la pareja fue recuperando las fuerzas. Aquel ser diariamente les limpiaba las heces y también aflojaba sus ligaduras. No obstante, el guardián conocía bien su oficio y jamás les dio la más mínima oportunidad de escapar.

Una mañana, tras alimentarles, el carcelero palpó detenidamente el cuerpo de sus prisioneros y, esbozando una mueca —¿tal vez una sonrisa?—, exclamó:

—Mis animalitos a punto están. Pronto de nuevo el milagro tendrá lugar, y yo testigo he de ser. ¡Contento ha de estar mi dueño!

Poco tiempo después, este abyecto personaje llegó a la celda más pronto que de costumbre, pero no les dio bebida ni alimento alguno. En vez de eso, se desnudó por entero y embadurnó su cuerpo con una sustancia grasienta y pegajosa que desprendía un intenso olor acre. Después se sentó en cuclillas e inició una especie de cántico que fue creciendo en intensidad y con el cual, sin duda, estaba convocando a su diabólico amo. De pronto, el servidor quedó en trance, y un penetrante y agudo zumbido se dejó sentir dentro de aquel enterramiento en vida.

A través de la abertura, hizo su aparición un enjambre de insectos alados del tamaño de grandes libélulas, pero con un aspecto muy diferente. Predominaba en ellos el color negro y tenían cabeza, tórax y abdomen perfectamente diferenciados, unidos estos dos últimos por una especie de flexible y largo vástago. Algunas franjas amarillas tachonaban la parte intermedia, mientras su abdomen, de un brillante tono rojizo, terminaba en una especie de queratinosa trompa picuda. Tan solo verlos ponía el vello de punta, y bien a las claras se apreciaba que eran seres sumamente peligrosos.

Volaron primero alrededor de su sirviente, manteniendo con él lo que parecía un diálogo imposible, y a continuación, pasando por encima de Gregorio, se posaron en la espalda de su hermano. Al contacto con sus patas ganchudas, el joven no pudo reprimir un escalofrío involuntario. De improviso, en un movimiento perfectamente sincronizado, los formidables insectos contrajeron el cuerpo, levantaron el abdomen y lo dispararon con fuerza hacia abajo, clavando sus aguijones en la carne que sin resistencia se les ofrecía. Un alarido de inmenso dolor surcó el espacio. Luego, aquellos demonios levantaron el vuelo y desaparecieron.

El príncipe sintió cómo un intenso frío penetraba en sus venas y le paralizaba los



miembros. Fue a decir algo, pero no pudo articular palabra alguna. Agudas punzadas, cual hierros candentes, le atravesaban la piel y los músculos, mientras una especie de niebla le velaba la visión.

Percibió que se adentraba en un espantoso círculo de fuego y que todo su ser se adormecía progresivamente, hasta quedar convertido el latido de su corazón en imperceptible murmullo. En un último instante de cordura, pensó que se hallaba en el infierno y que de allí ya nunca podría regresar.

El sirviente, enloquecido por lo que acababa de suceder, danzó alrededor de Leonardo. Poco después posó la mano sobre la espalda del príncipe y bisbiseó:

—Cuerpo inerte y frío, pero vivo para mis criaturas. La semilla pronto en él germinará y su alimento ha de ser —dijo mientras Leonardo perdía la conciencia y adquiriría una palidez cadavérica.

Gregorio miró a su hermano sintiendo un nudo en la garganta. Gruesas lágrimas surcaron sus mejillas, mientras una profunda tristeza ahogaba los fuertes latidos de su corazón.

Observó a aquel ser degenerado limpiar la sustancia con la que se había embadurnado y vestirse de nuevo con los harapos de siempre, y supo que el siguiente sería él, al igual que el resto de desdichados de aquella hilera mortal. Ahora ya estaba claro que el dueño al que servía no era sino el desvarío de una mente enloquecida.

Recordó las palabras de su hermano y entendió que solo en sus manos residía el poder de salir de allí con bien, si es que todavía existía alguna esperanza.

Una furia rabiosa emergió de lo más profundo de su ser. Comenzó a temblar y a sufrir fuertes convulsiones, los ojos se le quedaron en blanco y un espumarajo amarillo y viscoso comenzó a fluirle de la boca.

La pérfida criatura, al ver a su animalito en aquel estado, pensó que estaba muriendo y se acercó colérico. Después de tanto trabajo... La carne muerta no le habría de servir de nada. Agarró al muchacho por el pelo, zarandeándole e intentando reanimarle, pero este finalmente dejó de moverse y de respirar.

El extraño ser se arrodilló, sin dejar de sujetar la cabeza de Gregorio por el cabello, y escudriñó a corta distancia su rostro, tratando de descubrir en él algún hálito de vida. De repente, como si de un resorte se tratara, la boca de Gregorio buscó y encontró el delgado cuello de aquel bastardo del demonio y mordió con todas sus fuerzas a la altura de la nuez.

El inmundo ser chilló como un condenado. Por más que se revolvió y se defendió con manos y pies, no conseguía zafarse de aquel mordisco atroz, mientras Gregorio, vislumbrando una posibilidad de sobrevivir, apretaba las mandíbulas con desesperación. Poco a poco, la resistencia de su oponente fue menguando más y más, hasta que dejó de debatirse.

No muy convencido de haber acabado con la vida de su carcelero, el joven siguió

mordiéndolo con fuerza mucho tiempo después. Más tarde, viendo a la criatura inmóvil, aflojó la presa y dio gracias a Dios por haberle inspirado y ayudado en aquellos momentos cruciales, pero aún faltaba algo muy difícil: ¡liberarse de aquellas terribles ligaduras!

Recordó el primer día que vieron a su carcelero, cuando este les amenazó con un afilado cuchillo. Comenzó a tirar con la boca de aquel menudo y desmadejado cuerpo. Fue palpando los ropajes con la cara, hasta que finalmente lo encontró a la altura de la cintura. Lo sujetó entre los dientes por el extremo del mango y, estirando el cuello todo cuanto pudo y con mucha paciencia, consiguió cortar la correa de su muñeca izquierda. Una vez hecho esto, liberarse por completo fue coser y cantar.

Vacilante, intentó ponerse en pie. Tenía la vista nublada y un torbellino giraba dentro de su cabeza. Tuvo que hacer tres intentos hasta que por fin lo consiguió.

Lo primero que hizo fue acercarse a Leonardo y cortar las ligaduras que atenazaban sus miembros. En su espalda se apreciaban claramente varios ronchones prominentes en cuyo centro destacaban círculos cárdenos.

Con sumo cuidado, le volteó y limpió la tierra de frente y nariz. La expresión de su rostro era tranquila a pesar de todo. No respiraba o, al menos, esa era la impresión que daba. Sin embargo, dejando a un lado por un momento la intensa palidez y la frialdad de su piel, sus miembros no se hallaban rígidos del todo y sus labios presentaban un matiz levemente rosáceo. Gregorio pegó una oreja en su pecho y percibió unos ligerísimos latidos, aunque a intervalos extraordinariamente largos.

«El guardián del túmulo se ha referido a Leonardo como cuerpo inerte y frío, pero vivo para sus criaturas. Tal vez solo esté muerto en apariencia. ¡Tengo que sacarle de aquí e intentar reanimarlo!».

Presa del nerviosismo, Gregorio miró en derredor. En aquel oscuro sepulcro no había otro acceso que la abertura del techo por la que se descolgaba su cuidador y carcelero, y en un rincón se encontraban todas sus pertenencias, incluidas espadas y cotas de malla. Se acercó al agujero y miró hacia arriba: era este un pozo estrecho, de unas tres varas de alto, y por el que pendía una escala de cáñamo. Comprobó su resistencia —sí, parecía capaz de aguantar su peso—, y comenzó a ascender por ella. Con algunas dificultades finalmente logró salir al exterior.

Era la hora cercana al alba. Hacía un frío intenso y la claridad, aunque escasa, le deslumbró lo bastante como para tener que entrecerrar los ojos. Volvió a descender al sepulcro y se las ingenió para amarrar a su hermano a la escala. Tirando de él con todas sus fuerzas, consiguió izarlo conducto arriba hasta dejarlo tendido sobre el lecho del bosque. Después cortó dos fuertes ramas de un árbol cercano y utilizando las ropas de su captor improvisó unas andas con las que esperaba transportar a Leonardo.

A continuación volvió a bajar para recoger sus pertenencias, y una vez fuera, vistió a su hermano, se vistió él mismo y arrastrando la rústica pero efectiva parihuela, se alejó del espantoso lugar, al cual, si hubiera podido, le habría prendido

fuego.

El joven caminó el resto del día, sorteando dificultades y obstáculos. A última hora de la tarde, ya a punto de caer rendido, observó que el terreno ascendía hacia una zona dominada por brezos y retamas y en la que apenas había árboles. El canto de las aves, que revoloteaban entre los arbustos, le pareció al joven un buen augurio y continuó avanzando, tratando de apurar el tiempo de claridad que aún restaba.

Cuando alcanzó el borde del talud, del otro lado divisó una espaciosa ladera tapizada toda ella de rosa y amarillo y que, en fuerte pendiente, se precipitaba hasta lo hondo de un barranco. Sintió una brisa vivificante refrescando su cara y respiró con fuerza, entrecerrando los ojos. En aquel instante sintió que en verdad había regresado al mundo de los vivos y que por fin atravesaba aquella puerta a la que, en el Salto de Roldán, había hecho mención su hermano.

Las sombras pronto cubrieron con su oscuro manto la faz de la tierra, mientras haces de estrellas se fueron haciendo presentes en lo profundo del firmamento. El muchacho bebió agua de un arroyo cercano y después, sintiendo algo de frío, abrazó a su hermano, se hizo un ovillo junto a él, y quedó dormido.

A eso de la medianoche, despertó sobresaltado y angustiado por lúgubres temores. Sin embargo, todo a su alrededor se hallaba en calma. Se giró hacia su hermano y le puso la mano en la frente: seguía fría como el hielo. Los ojos se le llenaron de lágrimas y, levantando su mirada hacia lo alto, murmuró para sí una triste y a la vez esperanzada plegaria:

*Cuando la tormenta furiosa nos anega en sus aguas  
y el huracanado viento nos roba el aliento.  
Cuando el rayo y el trueno nos encogen el alma  
y la negra oscuridad nubla nuestra mirada.  
Cuando las injustas pendencias nos esclavizan y matan  
y el ponzoñoso mal envenena tu gracia.  
A ti, ¡oh, Señor!, levanto mis ojos.  
Te ofrezco mi vida a cambio de la de mi hermano.  
¡No permitas que muera!  
¡Señor Omnipotente! En tus poderosas manos nos encomendamos.*

Justo al terminar su oración, una brillante estrella fugaz recorrió la bóveda celeste de un extremo al otro, y Gregorio sintió que sus sencillas y sentidas palabras habían sido escuchadas. Luego se volvió a dormir, esta vez ya libre de todo temor.

Al alborear la mañana, el muchacho despertó rebosante de un desconocido y extraño sosiego. No muy lejos de allí, pudo escuchar unas alegres y cantarinas voces. Sin hacer ruido se asomó a la otra vertiente y vio que, sentadas cada una sobre su borrico, dos monjas y una bella joven venían ascendiendo en hilera por una senda de herradura, charlando animadamente.

—Sor Teresa, ¿vos creéis que me adaptaré con facilidad a la vida en comunidad?  
—preguntaba la joven, que no llevaba hábito.

—Eso yo no te lo puedo decir; tendrás que descubrirlo por ti misma. Has elegido

una comunidad muy apartada, en la que la austeridad se impone por pura necesidad.

—Sor Teresa, no asustéis a la niña antes de tiempo —le reprendió la otra monja, que cerraba la marcha—. Hija mía, no se puede negar que en nuestro convento vivimos sobriamente, pero lo hacemos en paz y con alegría, ya lo verás.

—Sor Juana, no me asusta prescindir de las comodidades a las que estoy acostumbrada, sino dejar a mi familia y amigos. Aun así, creo que mi vocación de servir a Dios es firme y me permitirá vencer los inconvenientes y dificultades.

—¡Así se habla, Mariana! —la animó sor Juana.

El tortuoso camino que seguía la pequeña comitiva ascendía en diagonal precisamente hasta donde se hallaba esperando el joven, que se mostró a la vera de la senda.

—Muy buenos días tengan sus reverendas hermanas —las saludó el muchacho, mostrando su mejor sonrisa.

Asustado por la repentina aparición, el borrico que iba en cabeza —precisamente el de sor Teresa— paró en seco su marcha cansina y a punto estuvo de dar con los huesos de su amazona en tierra.

—Con ese aspecto de rufián que tienes, a fe mía que sin duda has de ser un salteador de caminos —gritó la monja alterada, interpellándole con furia mal contenida—. ¿De dónde has salido? ¿Qué es lo que quieres de nosotras? Te advierto que no tenemos nada de valor que te pueda interesar.

—Ni soy rufián ni salteador de caminos. Tan solo un simple viajero extraviado en estas tierras, y tengo conmigo a un fiel compañero que necesita de vuestra ayuda o al menos de vuestra caridad. Permitidme que os lo muestre.

Gregorio desapareció y al poco asomó tirando de las improvisadas angarillas en las que transportaba a su hermano. Sor Teresa se apeó del pollino y, con desconfianza mal disimulada, se aproximó a aquel joven, cuya extrema palidez contrastaba con el rojizo tono de sus cabellos. Le tocó la mejilla con los dedos.

—Tu compañero está muerto —sentenció sor Teresa al sentir la frialdad de su piel.

Mientras, sor Juana y la joven novicia también habían descabalgado y se acercaban impresionadas.

—Pues aunque lo parezca, no lo está —replicó el salteador de caminos—. Su corazón late todavía, podéis comprobarlo vos misma.

—Aunque tuvieras razón, que lo dudo, si hemos de ayudarte, primero exijo saber qué es lo que os ha sucedido —reclamó sor Teresa.

—Se trata de una larga historia, pero para resumir, os diré que nos perdimos en aquel bosque cercano —dijo señalando la fronda de la que habían salido—. En él habita, o mejor diré, habitaba, una criatura trastornada que, aprovechándose de nuestra debilidad, nos capturó e introdujo en un oscuro túmulo. Allí nos mantuvo prisioneros durante un tiempo, cebándonos para que sirviésemos de alimento al que él denominaba su dueño...

—¡Eso no es posible! —exclamó sor Teresa, con el terror reflejado en la voz.

—¡Por todos los ángeles del cielo! Permitidle terminar su relato —la cortó sor Juana.

—Sé que suena increíble. Hasta a mí, que lo he sufrido, me lo parece, pero juro ante lo más sagrado que estoy diciendo la verdad. El dueño al que esta horrorosa criatura se refería resultó ser un enjambre de grandes insectos voladores que entraron en nuestro enterramiento en vida y picaron a mi amigo en la espalda. Desde entonces se halla en ese estado.

Gregorio desató a su hermano, lo volteó con delicadeza y descubrió su espalda, para que vieran por ellas mismas los gruesos ronchones de color cárdeno que la cubrían y que habían empezado a supurar.

Sor Juana sintió al instante una profunda piedad que la conmovió hasta lo más hondo.

—¡Santo cielo, pobre muchacho! Las llagas están aún calientes y algo parece agitarse en su interior. Si no hacemos nada por él, aunque ahora conserve un hálito de vida, pronto estará muerto, y eso Dios nunca nos lo podrá perdonar.

—De acuerdo —contestó sor Teresa—. Más tarde continuaremos esta conversación. El monasterio, al que nos dirigíamos, queda a algo más de dos leguas, pero allí hay una persona que quizás pueda ayudar a tu amigo.

Las tres mujeres ofrecieron su pollino para transportar a Leonardo y seguir ellas a pie, pero finalmente se hizo sobre el de sor Juana, que parecía ser el más inteligente y tranquilo. Con mucho cuidado, lo colocaron doblado bajo su vientre y bien sujeto a la silla de montar.

Las monjas, seguidas de Gregorio, con paso firme y decidido reemprendieron su camino, a pesar de que el sendero apenas era reconocible. Llegaron así a la entrada de un barranco, cuyas altas paredes encajonaban el lecho de un río seco, alfombrado todo él de multitud de cantos rodados. Desde allí comenzaron a ascender nuevamente, abandonando el cauce y tomando una intrincada vereda cubierta de un impenetrable y verde dosel. Subieron y subieron, y cuando ya animales y viajeros se sentían desfallecer, alcanzaron un terreno algo más llano, distinguiendo al fondo una colosal pared rocosa de tonos pardos que se perdía entre las nubes.

Las monjas eligieron aquel sorprendente lugar para reponer fuerzas y tomarse un breve descanso. Enseguida el grupo reanudó su caminar, bordeando la base de la vasta pared y siendo escoltado por el fresco deslizar de un rumoroso arroyo, el cual hubieron de cruzar en varias ocasiones.

El paraje era sobrecogedor y tan solo el canto de algunas aves, allá en lo alto, alteraba el silencio reinante. Alisos y álamos tachonaban la marcha, hasta que por fin llegaron a lo que parecía el final del camino. La misma pared que les acompañaba desde hacía ya un buen rato les cerraba ahora el paso.

Sor Teresa, a pie y sujetando las bridas de su jumento, se dirigió hacia una densa enramada situada bajo las peñas, y abriéndose paso a su través, desapareció de la vista. Los demás la siguieron sin titubear.

Aquella espesa vegetación ocultaba una oquedad excavada en la roca, paso obligado para acceder a un amplio corredor que cruzaba la montaña. Sor Teresa encendió un candil colocado sobre una repisa natural, cuya luz les permitió cruzar sin tropiezos hasta el otro lado.

Ante los ojos atónitos de Gregorio y Mariana, se mostró un dilatado espacio de formas casi circulares, rodeado todo él por un muro pétreo de considerable altura, lo que no impedía que a aquella hora del día, un sol radiante iluminase con claridad sobrenatural gran parte de su extensión. A un lado, bajo un pronunciado y largo resalte del muro de roca, se había construido el convento. Su fachada de piedra presentaba un ancho portalón en la planta baja y dos pisos superiores rematados de pequeñas ventanas, todas equidistantes y perfectamente alineadas. Junto a él destacaban otras edificaciones auxiliares, a cubierto también bajo la extensa visera natural. Había también algunos huertos y campos de labor, y al fondo, el son amortiguado de una pequeña cascada acompañaba el vaivén de las copas de dos añosos nogales.

Aunque se lo hubieran jurado por lo más sagrado, Gregorio nunca hubiera creído que pudiese existir un paraíso escondido como aquel.

Al verlos aparecer, varias monjas corrieron a avisar de su llegada y en pocos

instantes, prácticamente toda la congregación salió a recibirles. Las religiosas se persignaron asombradas al darse cuenta de que sus hermanas, además de a la novicia, traían consigo a dos hombres: uno a pie y el otro quién sabe si muerto, o solo inconsciente o herido. La presencia de varones en aquella pequeña comunidad religiosa no era habitual y, por tanto, causó gran revuelo.

Una monja muy alta y de adusto semblante salió al encuentro de los recién llegados.

—¡Bienvenidas seáis a esta vuestra casa, sor Teresa y sor Juana! Veo que, además de traer con vosotras a la joven Mariana, habéis decidido completar las provisiones que os encargué con dos gallardos varones, pensando en amenizar, a lo que parece, nuestra tediosa y descansada vida de contemplación.

—Querida madre abadesa, nunca hemos osado pensar ni remotamente que nuestra vida sea de ese modo que decís, todo lo contrario. Sin embargo, la presencia de estos jóvenes responde a la necesidad de mostrar nuestra piedad, tal como siempre nos habéis enseñado y la ocasión lo requería —contestó de un tirón sor Teresa, adelantándose también y besando la mano que se le ofrecía.

—Permitidme que sea yo quien juzgue tal cosa —respondió la madre abadesa—. ¡Pronto! Que alguien se haga cargo de las caballerías y procurad lo necesario para que estos hombres se asean y coman algo. Vosotras, hermanas, venid conmigo y dadme cuenta de lo sucedido.

Sor Jimena, que así se llamaba la abadesa, escuchó con atención el relato, pero dado su carácter inquisitivo no quedó del todo satisfecha. En su opinión existían bastantes incógnitas que desvelar y esperaba poder hacerlo de inmediato.

—Mmm... Decís que ese joven está frío como el mármol y que, sin embargo, su acompañante insiste en que presenta síntomas de vida... En verdad que es chocante. Quiero que lo lleven a una habitación bien iluminada para poder reconocerlo. ¡Ah!, y que el compañero esté presente.

La luz del sol penetraba a raudales por la ventana abierta de la celda en la que habían alojado Leonardo. Era un reducido, aunque limpiísimo aposento. El joven yacía boca arriba sobre una cama, y tenía la faz lívida y el cabello desparramado sobre la almohada, mientras que su hermano, sentado sobre una rústica silla, velaba por él.

Al poco tiempo, la alta figura de la abadesa hizo su aparición, acompañada de sor Teresa y sor Juana. Traían toallas, unas bolsas de cuero y cuencos con lo que parecía ser agua tibia.

—Soy sor Jimena, la madre abadesa de este convento. Con tu permiso, quisiera reconocer a este desdichado.

—Tenéis mi permiso señora y os aportaré toda la ayuda que sea menester —contestó Gregorio, levantándose y apartando la silla.

La abadesa se inclinó sobre Leonardo y comenzó a examinarlo con ojo experto.

Enseguida comprobó que la temperatura de aquel cuerpo inanimado era sumamente baja, pero que, efectivamente, mostraba un hilo de aliento en sus labios, aunque muy tenue, y que su corazón aún latía, con pavorosa lentitud y casi sin fuerza. Luego palpó vientre y cuello, y miró con detenimiento boca y ojos, ocultos bajo los párpados cerrados. Notó además que aquel cuerpo no estaba rígido ni había perdido elasticidad.

—Acercaos, joven. Ayudadnos a darle la vuelta.

Gregorio así lo hizo y, con sumo cuidado, entre los cuatro le voltearon, haciéndose evidentes los cárdenos ronchones ulcerados.

—¿Podrías describirme esos insectos que dices que picaron a tu amigo? —preguntó la abadesa.

Y Gregorio se los describió lo mejor que pudo.

—Nunca he visto insectos como esos, pero vistos los resultados, por nada del mundo me quisiera encontrar con ellos —manifestó sor Jimena—. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde las picaduras?

—Algo más de un día, señora.

—Está bien, haré por tu amigo todo lo que esté en mi mano. Pero con una condición: deberás contarnos qué es lo que os pasó exactamente en ese bosque y cómo conseguisteis escapar de ese horrendo sepulcro.

Gregorio miró fijamente a su inquisidora, tratando de encontrar una buena razón para no hacer lo que se le pedía, pero viendo su expresión franca y su indudable deseo de ayudar, venció sus reservas y narró el atroz episodio en el túmulo con todo los pormenores de que fue capaz. El semblante de aquellas buenas mujeres se contrajo por el horror y el asombro, sobre todo al pensar que aquella terrorífica historia había tenido lugar no muy lejos de allí.

La abadesa, seria por naturaleza, y más seria aún después de escuchar aquel relato, pidió a sus hermanas que, por el bien de la comunidad, mantuviesen aquellas confidencias en el más estricto secreto, y a continuación ordenó que se preparase un baño de agua muy caliente. Las hermanas salieron y trajeron un tronco hueco hasta la celda que utilizaron a modo de bañera. Después de llenarlo con agua calentada en las cocinas, vertieron lo que parecían ser sales de diferentes colores, y luego introdujeron en él a Leonardo, que seguía inconsciente. Lo tuvieron allí hasta que el agua quedó tibia, y luego lo depositaron de nuevo sobre la cama, pero esta vez boca abajo.

—Ahora necesito de vuestra ayuda, hermanas. Vamos a intentar reducir los efectos de estas picaduras. Empezaremos por esta.

Con movimientos precisos, sor Jimena empapó un paño blanco con un líquido aceitoso y limpió la superficie amoratada de una de las ronchas, incluida la pústula que en su centro parecía rebullir. Después, cogió una especie de escalpelo, pasó su filo por la llama de una vela, e hizo sobre ella dos incisiones en forma de cruz bastante profundas. Al momento, la piel se retrajo, dejando a la vista una masa blanquecina y compacta formada por pequeños óvulos semitransparentes y diminutas



larvas, que verbeneaban entre carne y sangre.

Sor Teresa se echó hacia atrás con repugnancia, pero su superiora, sin arredrarse lo más mínimo, dijo:

—¡He aquí a la diabólica prole! Pero yo te extirparé de raíz, con la ayuda del Señor.

Y concentrando toda su atención, limpió la zona con gran esmero y meticulosidad. La sangre apenas fluía, espesándose por momentos. Pronto aquella herida abierta quedó libre de parásitos y sor Jimena derramó sobre ella un líquido plateado, que cauterizó al instante todo el contorno.

De esta misma forma fue desinfectando una por una las ronchas, lo cual les llevó más de dos horas. Cuando terminó, embadurnó generosamente con un ungüento de olor penetrante la espalda del joven, y por último le vendaron el torso.

—Dentro de unos días cambiaremos la venda y veremos cómo evolucionan las heridas; sin embargo, temo que el veneno siga causando su maligno efecto. Trataremos de administrarle algunos antídotos e intentaremos por todos los medios de que reviva. Si no lo conseguimos, tendremos que recurrir a la oración.

Entonces, la superiora despidió a las hermanas y se quedó a solas con Gregorio.

—Y bien. Hasta ahora nos has hablado de vuestra terrible experiencia en aquel bosque. Ahora quiero que me cuentes quiénes sois, cómo habéis llegado a estos parajes y hacia dónde os dirigíais. Si vais a disfrutar de nuestra hospitalidad durante un tiempo, es preciso que contestes a mis preguntas, sin dobleces y con sinceridad.

Un sudor frío perló la frente del muchacho al sentir su mirada escrutadora posada sobre él.

—Si quedo satisfecha con la explicación, después te contaré yo una historia que, aun sin aliviar tu pesar, creo que te aclarará parte de lo sucedido —añadió la madre superiora para animarlo.

Era imposible soslayar unas preguntas tan directas, de modo que el muchacho cerró los ojos con impotencia y asintió con la cabeza, intuyendo que en este caso la franqueza habría de ser su mejor aliada. Además, después de todo lo que estaba haciendo por su hermano, aquella mujer merecía, cuando menos, una explicación.

—Reverenda madre. En primer lugar, me gustaría agradeceros vuestra maravillosa acogida y los cuidados que estáis prodigando a mi compañero.

—Dios Nuestro Señor nos exige que asistamos al menesteroso.

Gregorio carraspeó y, eligiendo muy bien las palabras, continuó:

—Mi nombre es Gregorio y el de mi amigo, Leonardo. Ambos procedemos del reino del Pirineo.

—En nuestro reino han tenido lugar algunos acontecimientos que ponen en peligro nuestra vida, en especial la de mi compañero, y nos hemos visto obligados a dejar atrás familia y hogar, al menos durante un tiempo.

—¿Por qué estáis en peligro? ¿Quién os persigue?

—Se trata de sucesos acaecidos hace muchos años, en los cuales no hemos tenido

parte, consciente al menos, y que, sin embargo, nos atañen directamente y sobre este punto nada más puedo deciros, salvo que la amenaza proviene de fuera del reino y que no nos afecta únicamente a nosotros.

—Si no sois culpables de nada y dices que se trata de una amenaza externa, no entiendo cómo vuestro rey no os ha defendido de vuestros enemigos.

—Y a fe mía que lo ha hecho, pero su ayuda ha resultado insuficiente. Nuestros enemigos son poderosos.

—Mal entonces tienen que estar las cosas en tu reino.

—Y tan mal, señora.

—Veo que lo esencial de tu relato no estás dispuesto a contármelo...

—Madre, os aseguro que no habríais de ganar nada con ello. Al contrario, tal como marchan las cosas, podría perjudicaros a vos y a vuestra comunidad.

—Está bien. Dime, ¿de qué parte de reino del Pirineo procedéis exactamente?

—Del valle de Salazar.

—En ese caso, conocerás la abadía de Ochagavía y el nombre del monje que la gobierna.

—¿Monseñor Toribio? Sí, claro que sí. Él fue nuestro padrino en el bautizo.

Al escuchar aquello, sor Jimena quedó poco menos que atónita.

—¿El abad de Ochagavía es padrino vuestro?

—Sí. Siempre le ha unido una gran amistad con nuestra familia.

—¿Vuestra familia? ¿Acaso vosotros dos sois parientes?

—Somos hermanos.

—¿Hermanos, dices? —preguntó, cada vez más perpleja—. Pues estarás de acuerdo conmigo en que físicamente os parecéis muy poco.

—Lo sé, señora, pero lo que os digo es cierto. Cuando veáis a nuestro padrino, él os lo podrá confirmar.

—¿Y cómo llegasteis a ese peligroso bosque?

—Veníamos huyendo de nuestros perseguidores y cuando creímos haberlos despistado, nos encontramos con ellos en el Salto de Roldán. Tuvimos que saltar al torrente desde una altura inimaginable en medio de una furiosa tormenta y, milagrosamente, logramos salvar la vida. Después, descendimos por el cauce durante toda la noche y a la mañana siguiente, conseguimos salir de la garganta e internarnos en esa maldita selva.

—Sin duda, debe de tratarse de algo muy importante para que vuestros enemigos os hayan seguido hasta el Salto de Roldán y puesto tanto empeño en capturaros. ¿Y qué fue de ellos?

—Supusimos que nos dieron por muertos, no los hemos vuelto a ver.

—¿Sabes cuánto tiempo hace de eso?

—Pues, la verdad, no estoy muy seguro... ¿a qué fecha estamos hoy?

—A 29 de noviembre.

Gregorio la miró con ojos de asombro.

—¡Santo cielo! Hemos pasado en ese bosque muchos más días de lo que yo había calculado...

—Está bien. ¿Hacia dónde os dirigíais?

—Esto solo lo sabía mi hermano. Bien es verdad que tampoco se lo pregunté... Solo sé que su intención era sortear aquel inmenso despeñadero.

Sor Jimena respiró con resignación.

—Bien, de momento me daré por satisfecha. Creo que aquí estaréis a salvo. Muy pocas personas conocen la ubicación exacta de este convento y el miedo a ese bosque impide que nadie se acerque a estos lugares.

—Gracias, reverenda madre. Entonces, ¿me contaréis la historia que me prometisteis?

—Se trata de una triste historia porque, tal como presumo, ha tenido un triste final.

—Estoy en ascuas por escucharos.

—Antes de que mis hermanas y yo nos instaláramos aquí, en San Miguel Bajo la Piedra, este lugar estaba ocupado por una congregación de monjes. En los últimos años, se incorporó a la abadía un novicio llamado Conrado, Conrado de Otín. Al parecer era un joven muy tímido y taciturno. Pronto dio muestras de que le interesaba más el mundo de los insectos alados que el trato con sus hermanos y el servicio a Dios. Empleaba los días y las noches en contemplarlos, y muchas veces le vieron hablando con ellos, como si pretendiera entenderles.

»La mayoría de los hermanos no estaban de acuerdo en que se le ordenase monje y, entretanto se dirimía la cuestión, decidieron ponerle al cargo de las colmenas, que aun hoy en día existen. Dicen que las cosechas de miel nunca fueron tan abundantes como en aquella época, por lo que los monjes pensaron que, a pesar de todo, Dios había encontrado una ocupación útil para Conrado en la comunidad.

»Sin embargo, poco a poco fue abandonando el interés por las abejas y sus ropajes y aspecto se fueron descuidando. Comenzó a ausentarse de la abadía, al principio durante el día, aunque regresaba para dormir, y luego en periodos cada vez más dilatados. Nadie sabía a dónde iba ni lo que hacía en esas salidas.

»Llegó el día en que dejó de acudir a la comunidad, y el abad llegó a la conclusión de que el joven se había vuelto loco y de que había trasladado definitivamente su morada a lo más intrincado del bosque que tú bien conoces, el Bosque Silencioso. Varios hermanos salieron en su búsqueda, pero solo uno de ellos logró regresar.

—¿Y qué pasó con los otros monjes? —preguntó Gregorio, cada vez más interesado en la historia.

—Nunca pudieron averiguar qué les sucedió. En los años que siguieron, siete monjes más, así como algunos caminantes y aldeanos de la zona, también desaparecieron en ese, y que Dios me perdone, condenado bosque. El miedo atemorizó de tal modo a la comunidad, que el abad decidió abandonar San Miguel

Bajo la Piedra... de esto hace ya bastante tiempo.

—Vaya.

—Hará unos diez años que, conociendo yo de su existencia, decidí establecerme aquí con mi rebaño. Gracias a Dios, nosotras nunca hemos sufrido ningún percance, aunque sé que en este tiempo varias personas, todas ellas varones, sí han desaparecido sin dejar huella.

—Entonces, ¿creéis en serio que ese Conrado de Otín... era nuestro carcelero? — dijo Gregorio sin estar muy convencido.

—Sí, vuestro carcelero, al que tuviste que matar para escapar. ¡Que el Señor lo acoja en su seno!

—Aquel hombre estaba loco, nunca nos habría dejado salir de allí. Se trataba de nosotros o de él.

—Lo sé, hijo mío, lo sé. Dios te perdonará por ello. Gregorio, te voy a pedir un favor.

—¿Cuál?

—Que mantengas en secreto lo que te he contado. Si se enteraran el resto de mis monjitas, solo serviría para intranquilizar su tierno corazón.

—Tenéis mi palabra.

Tercera parte  
LA INVASIÓN

Graves acontecimientos habían tenido lugar mientras tanto. Sin previo aviso ni declaración de guerra, los ejércitos de Jaime se habían movilizado y, en una acción perfectamente coordinada, habían iniciado la invasión del reino del Pirineo. Esta, más que provocación, no sorprendió a nadie.

Alfonso no deseaba bajo ningún concepto una confrontación directa con aquellas fuerzas, pues no solo les superaban en una proporción de diez a uno sino que, además, se hallaban mejor pertrechadas. No obstante, bajo aquella apariencia de rey prudente y pacífico, se ocultaba un corazón valeroso y un espíritu indomable que hasta entonces nunca había tenido una verdadera ocasión de ser puesto a prueba.

Una parte de sus consejeros, sintiéndose abatidos y derrotados de antemano, le propusieron presentar una rendición con condiciones; otros, por el contrario, mostraban su desacuerdo, tachando de villanía tales propuestas.

Alfonso, desde su sitial en la sala del consejo, les habló en estos términos:

—Represento una estirpe que ha vivido en estas tierras desde tiempos inmemoriales y que en diferentes momentos de la historia dejó huella de gestas gloriosas, sabiendo defender siempre su legado y estando en todo momento a la altura de las circunstancias. Lo que algunos hoy me proponéis, lo considero deshonoroso.

»Bien se echa de ver que durante todos estos años habéis llevado una vida acomodada y placentera, y que pensabais sin duda que iba a durar para siempre, pero no es así. Tal vez sea el miedo lo que nubla vuestra capacidad de discernimiento y no seáis conscientes de lo que está en juego.

»A estas alturas, deberíais saber ya en qué ha convertido esa bestia al reino de Iberia y cuáles son sus métodos. ¿Queréis que haga lo mismo con el nuestro? ¿Os parece bien que esclavice a vuestros hijos y confisque tierras y propiedades? Pues yo os aseguro que eso es lo que hará. Anegará en sangre y lágrimas nuestro suelo patrio y lo convertirá en territorio yermo y calcinado si no hacemos nada para impedirlo.

Después de tan encendido discurso, miró con ojos de furia a cada uno de sus consejeros, quienes bajaron la cabeza avergonzados.

—Perdonad nuestras vacilaciones, señor —contestó uno de ellos, llamado Gonzalo de Tudela, seguramente uno de los más leales y aguerridos—. Siento vergüenza por daros esta imagen de cobardía y desánimo. Vuestras palabras han hecho que me hierva la sangre en las venas, y creo no equivocarme si os digo, en nombre de todos, que ponemos a vuestra entera disposición nuestra vida y la de nuestros vasallos, que también lo son vuestros. Defenderemos con uñas y dientes hasta el último palmo de tierra.

Los demás consejeros asintieron todos a la vez y se arrodillaron ante su rey.

—No esperaba menos de vosotros. Lo que algunos habéis sugerido antes, lo

consideraré como algo dicho en un momento de ofuscación. Antes he hablado sobre todo con el corazón, pero dada la realidad a la que nos enfrentamos, es necesario que ahora os hable desde el entendimiento.

»He de admitir que nos hallamos en inferioridad de condiciones, por lo que tendremos que eludir los enfrentamientos en campo abierto. Tampoco creo que recibamos ayuda de otros caudillos y reinos, no querrán convertirse en enemigos de Jaime, pero lo intentaremos de todas formas, enviaremos correos hacia el este y hacia el sur en solicitud de auxilio.

El rey no consideró conveniente decir nada sobre la resistencia que estaba operando dentro del propio territorio enemigo, pero contaba con ella y estudiaría la manera de reforzar el apoyo que ya desde hacía algún tiempo le venía prestando.

Después de debatir intensamente sobre lo que había de hacerse, el rey Alfonso tomó de nuevo la palabra.

—Las cosechas este año han sido inmejorables. Haremos acopio de víveres y agua en todos nuestros castillos y fortalezas antes de que llegue el invierno, y despacharemos inmediatamente emisarios con instrucciones, para que mujeres, niños y ancianos se refugien en ellos con enseres y ganados y nos prepararemos para el asedio. Toda persona con capacidad de luchar colaborará en la defensa.

»Se cegarán pozos y fuentes y no dejaremos nada a nuestras espaldas que pueda alimentar o dar cobijo al enemigo. ¿Quién mejor que nosotros conoce los valles, montes y bosques de nuestro reino? Aprovechémoslo para hostigar al adversario sin darle tregua. Movilidad y rapidez serán nuestra divisa.

»Ellos son conscientes de su superioridad y preveo que avanzarán orgullosos y confiados; piensan que esta ofensiva será para ellos un paseo triunfal, pero pronto se darán cuenta del error que están cometiendo. Según mis noticias, gran parte de sus tropas se componen de jóvenes reclutados a la fuerza y muchos de sus oficiales son mercenarios que luchan tan solo por el reconocimiento y el saqueo. Nosotros, sin embargo, pelearemos por nuestra vida y nuestro terruño.

»Siempre que trabemos combate trataremos de identificar a sus oficiales, cosa bastante sencilla porque, según tengo entendido, se atavían y adornan como gallos de corral. Pues bien, trataremos de abatirlos; eso confundirá y desordenará sus líneas. En el cuerpo a cuerpo, siempre que podamos, les golpearemos en la cara. ¡Sí, habéis oído bien, en la cara! Son jóvenes y perderán de inmediato la hermosura, os aseguro que eso les asustará y desmoralizará en extremo.

»¡Creedme, nada está perdido y todo depende de nosotros! ¡Dios nos asiste! ¡Defenderemos en su nombre nuestra patria, que es su obra!

Así fue como el pánico y la claudicación fueron sustituidos por el coraje y la determinación, y vivas atronadores resonaron en el castillo.

—¡Viva el rey Alfonso! ¡Viva el reino del Pirineo!

La reina y su hija, que habían sido testigos de aquella importante reunión, se fundieron en un estrecho abrazo con aquel hombre, que además de rey, era esposo y

padre, tal fue el sentimiento de afecto, respeto y orgullo que les embargó.

Cual noche lóbrega y tormentosa, una sombra cubrió los campos y caminos del Pirineo. El ejército invasor se había puesto en marcha y, como nube de langosta, avanzaba sin que nadie osase presentarle oposición. Con sus oscuros ropajes, banderas y pendones desplegados, una marabunta de soldados hacía retemblar el suelo y las ramas de los árboles con sus pasos, mientras el eco se perdía en la distancia, portador de promesas de rapiña y destrucción.

Tras aquel interminable reguero de soldados rodaban, en apretada hilera, numerosos artefactos de guerra arrastrados por largos tiros de bueyes, y cerrando la marcha, avanzaban las líneas de aprovisionamiento, un tanto exiguas para tan grande milicia. Froilán, recién nombrado senescal y ávido de entrar en combate, contaba con una rápida campaña; si algo les faltase, lo tomarían del enemigo por la fuerza.

La estrategia consistía en apoderarse rápidamente de aquellos enclaves que le permitiesen dominar las principales rutas de comunicación, estrangulando así el posible apoyo que los nobles intentasen prestar a su señor. Por último, atacaría con todas sus fuerzas el castillo de rey y si el ejército oponente les plantaba cara, simplemente lo barrerían de la faz de la Tierra. El senescal había prometido a su soberano que la conquista habría terminado antes de la llegada del invierno.

Era el quinto día de campaña. Hasta el momento, las únicas fuerzas enemigas con que se habían cruzado eran grupos aislados de guardias de frontera que, al ver lo que se les venía encima, pusieron rápidamente los pies en polvorosa.

Ya avanzada la tarde, avistaron el primer enclave que se habían propuesto conquistar: Peña Velada. Majestuosa e imponente, la fortaleza se elevaba sobre la villa del mismo nombre, en la que confluía un importante cruce de caminos, vía principal de acceso desde las tierras del sur. El recinto defensivo se había construido sobre las escarpadas laderas de un cerro y sus murallas parecían suspendidas de modo inverosímil al borde justo del abismo.

Al cruzar la población, Froilán y sus hombres comprobaron su total abandono y que muchas de sus casas habían sido incendiadas o destruidas precipitadamente. Encontraron graneros y establos completamente vacíos, las fuentes inutilizadas y sus manantiales cegados. Los soldados se miraban entre sí extrañados, pensando que el bastión defensivo quizás también estaría desierto. Por lo que se veía, aquello iba a ser un paseo triunfal.

Se dio orden de acampar a las afueras del pueblo. La ingente milicia ocupó el terreno casi hasta donde alcanzaba la vista y, desembarazándose de armas y bagajes, se dispuso a levantar en él las tiendas y pabellones de campaña. Se apostaron centinelas en todo el perímetro del campamento, mientras patrullas a caballo recorrían cada corto espacio de tiempo los puestos de vigilancia, dando contraseñas y pidiendo novedades.



Con las últimas luces del día, el mismo senescal, fuertemente escoltado, se dirigió hacia la fortaleza con intención de reconocer el terreno y pedir la rendición, si es que quedaba algún ocupante en ella. La comitiva fue rodeando todo el cerro, observando sus verticales contornos. Les sorprendió sobre todo el silencio del lugar: ni siquiera los grajos, huéspedes habituales de aquellos parajes, osaban interrumpirlo.

El grupo ascendió hacia las murallas por un camino de tierra que les condujo hasta el único portón de acceso. De improviso, un repentino clamor de golpes y gritos espantó a corceles y jinetes, algunos de los cuales estuvieron a punto de venirse al suelo. Sobre el matacán y a lo largo de todo el adarve del muro frontal, un bosque erizado de lanzas y flechas les apuntaba, dispuestas a ser arrojadas sobre ellos. Con voz de trueno, alguien acalló aquel estruendo y se dirigió así a los recién llegados:

—¡No deis un paso más, a no ser que busquéis yacer aquí para siempre! ¿Quiénes sois y qué es lo que se os ha perdido por estos lugares?

—Mi nombre es Froilán, senescal del rey Jaime de Iberia. Vengo a pedir os que, si en algo apreciáis vuestras vidas, rindáis esta plaza inmediatamente y sin condiciones. De no hacerlo así, asaltaremos la fortaleza y pasaremos a cuchillo a todos sus ocupantes.

—Yo soy Gonzalo de Tudela, señor de estos lugares y alcaide de la ciudadela. Decidle a vuestro amo que esta plaza no se rinde y que necesitaréis algo más que amenazas para conseguir vuestro propósito. ¡Viva el rey Alfonso!

—¡Viva! —contestaron a una y con gran vocerío los defensores.

—Está bien, si así lo queréis... Habéis firmado vuestra sentencia de muerte.

Froilán y sus hombres dieron media vuelta y regresaron al campamento cuando el sol acababa de ocultarse.

—De modo que no podremos aprovisionarnos de agua ni alimentos, tampoco dormir bajo techo —exclamó Jaime con gran contrariedad cuando su lugarteniente entró en su pabellón a traerle la respuesta del enemigo.

—No os preocupéis, mi señor, pronto dejaremos atrás este fortín —improvisó Froilán, no sabiendo muy bien qué otra cosa responder.

Cuando la oscuridad cubrió con su manto el vivac, se levantó una bruma tan húmeda y pegajosa, que a duras penas las fogatas y antorchas conseguían mantenerse encendidas y alumbrar más allá de unos pocos pasos.

No lejos de allí, en la atalaya, Gonzalo debatía la situación con sus hombres de mayor confianza.

—Estoy de acuerdo en que tenemos acampado frente a nuestras puertas un ejército grande y poderoso. Pero recordad que nuestro baluarte es poco menos que inexpugnable, y que tenemos agua y provisiones para soportar un largo asedio. No hemos de hacer caso de sus bravatas —les animó el alcaide.

—A mí lo que más me preocupa son sus ingenios de guerra —manifestó un sobrino de Gonzalo llamado Lorenzo—. Con ellos podrían abrir brecha en nuestros muros. Yo sé dónde se encuentran los bueyes que los arrastran. Tal vez, si la niebla

espesase un poco más...

—¿En qué estás pensando? —inquirió su tío, que conocía la valentía e ingenio del muchacho, y le urgió—: A ver, cuéntanos qué es lo que tienes en mente.

Y el joven expuso su plan. Si daba resultado, desde luego les permitiría neutralizar, siquiera por un tiempo, aquellos peligrosos artefactos, así que, a pesar del riesgo que suponía, fue aceptado de inmediato. Discutieron todos los detalles de la operación y, pasada la medianoche, se pusieron en marcha.

Por un pasadizo secreto, un reducido grupo de hombres salió al exterior de las murallas. Llevaban con ellos una reata de perros podencos, bien sujetos con correas y con los bozales ajustados, y para pasar más desapercibidos, hombres y animales se hallaban cubiertos de polvo de carbón de encina, de tal modo que tan solo se les distinguía el blanco de los ojos. Transportaban, además, ramas secas de retama y brezo, cuerdas de cáñamo y algunos baldes llenos de un líquido negro y viscoso.

Bañados por aquella bruma teñida de luz espectral que espesaba por momentos, se dirigieron hacia las fuerzas acampadas en fila y sin hacer el menor ruido. Caminaban deprisa, sin que al parecer la espesa niebla les supusiera ningún inconveniente para sus planes. Cuando calcularon que se hallaban a unos trescientos pasos, las bordearon por un lado. Después de un largo trecho, el que iba delante se paró en seco y susurró:

—Me parece que ya estamos a la altura de nuestro objetivo. Es el momento de cruzar las líneas y entrar en el campamento enemigo.

Apenas había terminado de hablar cuando escucharon a muy corta distancia ruido de cascos pateando el suelo, por lo que se echaron al suelo precipitadamente, sin atreverse siquiera a respirar, y observaron. Una patrulla recorría los puestos de vigilancia. Oyeron dar las novedades, y luego entrevieron el resplandor de una antorcha alejarse.

Como creían haber localizado la posición del centinela, decidieron eliminarlo antes de continuar. Dos hombres, con el puñal entre los dientes, se aproximaron a él reptando como serpientes. Al poco lo vieron: estaba apoyado en el tocón de un árbol recién cortado. Casi lo podían tocar.

Uno de ellos se levantó y se le acercó sigilosamente por la espalda, con tan mala suerte que pisó una rama. Advertido por el chasquido, el centinela se volvió de un salto y se puso en guardia, momento que aprovechó el otro compañero para echarse sobre él y apuñalarle, sin darle tiempo a reaccionar.

Entre los dos arrastraron el desmadejado cuerpo, y una vez oculto entre los matorrales, todo el grupo sobrepasó el perímetro defensivo. Tratando de no perder la orientación, cruzaron un sector en el que los soldados dormían alrededor de las fogatas, algunas de ellas prácticamente apagadas, y más allá se toparon con las gigantescas torres de asedio emergiendo de entre la niebla. Tras ellas, perfectamente alineadas, se hallaban las catapultas, a la espera de ser utilizadas en el inminente asalto. El grupo quedó sobrecogido al observar tan enorme arsenal de máquinas de

guerra.

—No os arredréis ahora, esto ya lo sabíamos, por eso estamos aquí —susurró Lorenzo a sus compañeros—. ¡Escuchad! Se oyen bramidos muy cerca.

Guiados por aquel sonido, llegaron a un redil improvisado en el que descansaban los bueyes. Estaban nerviosos y no dejaban de moverse y mugir.

—Me temo que hoy su ración de agua ha sido escasa —comentó por lo bajo uno de ellos.

La niebla cerrada no les dejaba ver la amplitud del chiquero, aunque intuyeron que debía de ser bastante amplio y, guardando lo que parecía ser la entrada, vislumbraron tres figuras alrededor de un fuego.

—Bien, para que podamos hacer nuestro trabajo, primero tendremos que eliminar a esos guardias. Tres de nosotros nos introduciremos en el aprisco y nos deslizaremos entre los animales para tratar de sorprenderlos —y señalando a dos de aquellos valientes, susurró—: Tú y tú, venid conmigo. Un guardia para cada uno, ¿entendido?

Estos asintieron con resolución. A un gesto de Lorenzo, los tres sobrepasaron la barrera del redil y, despacio y acucillados, se fueron acercando al resplandor de la hoguera. El ruido de los animales amortiguaba sus pasos.

A una señal convenida, se abalanzaron a la vez, cada uno sobre la presa elegida. Despejada la zona, el resto de los compañeros se aproximó a la hoguera.

—Es la hora —dijo Lorenzo. ¡Hagamos lo convenido!

Se ataron las ramas secas que transportaban a los rabos de los podencos, quienes al sentirse molestos trataban por todos los medios de librarse de ellas. Seguidamente embadurnaron las ramas con la brea contenida en los baldes, les quitaron el bozal y las correas a los canes y las prendieron fuego.

Los animales aullaron enloquecidos de pavor e iniciaron una frenética carrera entre los bueyes, que, aterrorizados ante aquellos lobos ardientes, se espantaron y emprendieron una incontenible estampida: tiraron abajo la cerca y cruzaron el campamento a toda velocidad, pisoteando hombres e impedimenta en su alocada huida y desapareciendo entre la bruma. Los perros, por su parte, huyeron en todas direcciones, perseguidos cada cual por su propia estela de fuego, y en su inconsciencia incendiaron los rastrojos de aquellos campos de trigo en los que había acampado el ejército. Las llamas se extendieron rápidamente por el lugar, y aunque se extinguieron pronto por sí mismas, sí causaron un gran pánico inicial y posterior confusión durante el resto de la noche. Y en cuanto a los causantes del golpe de mano, todos lograron salir de aquel círculo de fuego sin que les descubrieran.

A la mañana siguiente, ya disuelta la niebla, los cadáveres del centinela y de los guardeses del ganado fueron descubiertos, y quedó claro que aquello no había sido un accidente, como se había pensado al principio.

Sin bueyes que tirar de las máquinas de guerra, sería descabellado pretender atacar aquella bien defendida posición. Tuvieron que emplear varios días en localizar y recuperar los cabestros que, cansados y sedientos, vagaban desperdigados por la

llanura.

Para colmo, la falta de agua empezaba a ser en un problema acuciante. El río más cercano se encontraba a una jornada de distancia, de modo que decidieron buscar los manantiales que abastecían las fuentes del pueblo. Los encontraron en la base del cerro, y los zapadores tuvieron que emplearse a fondo para recuperarlos. Su protección se hacía indispensable, lo que les obligó a desplazar hasta ellos un fuerte contingente de tropas.

Cada día, al anochecer, el mismo tupido velo de niebla se enseñoreaba del llano —empezaban a comprender que eso era lo habitual en aquella época del año—, y temiendo nuevas incursiones del enemigo, se vieron en la necesidad de reforzar la vigilancia nocturna, hasta tal punto de que, por la mañana, prácticamente la totalidad del ejército agresor se encontraba soñoliento y cansado.

Nueve días después de haber llegado y ya recuperados casi todos los bueyes, Froilán se decidió a lanzar el tan ansiado ataque, y lo hizo situando previamente las catapultas frente al muro frontal de la fortaleza, único punto accesible. Desde primera hora de aquella mañana se inició el intenso bombardeo, y durante veinticuatro horas ininterrumpidas, enormes piedras y bolas de fuego cayeron sobre los habitantes de la plaza, provocando cuantiosos daños y multitud de bajas. Sin embargo, la muralla, aunque deteriorada, resistió la acometida.

El siguiente paso fue intentar aproximar dos torres de asedio, pero la inclinación del terreno no facilitaba las cosas, por lo que finalmente tuvieron que desistir y traer en su lugar escalas de asalto. La embestida comenzó. Los defensores, atrincherados tras las almenas del adarve y utilizando pértigas, empujaban hacia atrás las escalas cargadas de enemigos, mientras que a través de saeteras y aspilleras, cientos de flechas acribillaban a los atacantes, quienes, desplomándose hasta el suelo, comenzaban a formar montículos de cadáveres junto a la base de los muros.

Las oleadas de atacantes se sucedieron durante varias horas, pero tan solo unos pocos hombres fueron capaces de poner el pie en las almenas, y pronto cayeron también, atravesados por lanzas o heridos de espada. Viendo que su táctica no daba resultado, Froilán mandó cesar el asalto con las escalas y reiniciar el bombardeo de piedra y fuego; simultáneamente, un pesado ariete articulado fue aproximándose hacia la entrada lenta y dificultosamente. Aunque ello costó numerosas bajas, finalmente lograron situarlo en posición. Impulsado con gran fuerza por un nutrido grupo de soldados, golpeó con furia y estruendo el portón. Entonces, desde la abertura enrejada del matacán y sin previo aviso, se desplomó un río de aceite hirviendo que abrasó a los hombres de Froilán y si alguno quedó con vida, fue rematado a flechazos desde las aspilleras que flanqueaban la entrada.

Estaba visto que no iba a ser nada fácil tomar aquel bastión. El senescal, desesperado, dio orden de que las catapultas apuntasen hacia la muralla, justo por encima del portón: de esta forma y tras un rabioso apedreamiento, consiguieron destruir la parte superior del matacán, adarve incluido. Rápidamente, otra compañía

de soldados, protegida a ambos lados por sendas líneas de escuderos, limpió de cadáveres y escombros los alrededores, y pronto se encontraron en disposición de comenzar a batir de nuevo las pesadas hojas de madera y hierro. Equipos de soldados se turnaban en el manejo del ariete. La madera poco a poco fue astillándose y las planchas de hierro empezaron a desclavarse de ella.

Del otro lado, los defensores eran conscientes de que se acercaba el momento decisivo. Todos los que se hallaban todavía en condiciones de luchar, sudorosos y ensangrentados, ocuparon posiciones y esperaron. Gonzalo dio órdenes a su sobrino para que, junto con otros dos hombres, reuniese de inmediato a ancianos, mujeres y niños y los condujese al pasadizo secreto y les pusieran a salvo. A continuación prendieron fuego a los almacenes y sacrificaron los animales.

A última hora de la tarde, el portón saltó hecho añicos. El ariete fue retirado a un lado y por la abertura se precipitó una avalancha de asaltantes. Durante un instante pareció que iban a ser contenidos, tal fue la heroica resistencia que ofrecieron los hombres de la ciudadela, pero solo fue una ilusión momentánea, pues los defensores fueron cayendo uno tras otro.

Cuando Froilán y su señor entraron en la fortaleza, pudieron apreciar la gran destrucción y mortandad que allí dentro había tenido lugar, no solo por el bombardeo a que la habían sometido, sino porque un enorme fuego consumía lo que debían haber sido las caballerizas y almacenes. Puede que aquellas huestes hubieran vencido, pero su botín fue escaso y pobre.

—No hay rastro de mujeres ni de niños. Me temo que han debido escapar. ¿Deseáis que busquemos sus huellas? —preguntó Froilán a su rey.

—Déjalos. Ellos darán fe de lo que les espera a aquellos que se opongan a mi voluntad —afirmó Jaime con la faz aún lívida—. Sea como fuere, esta conquista ha costado muchas vidas y nos ha llevado mucho más tiempo del que preveíamos.

—Han opuesto una resistencia feroz, majestad... —trató de justificarse Froilán.

—Sí, cierto, cierto, pero si otros asaltos nos han de significar tanto esfuerzo, se nos echará el invierno encima. Tenemos que cambiar de estrategia.

—¿En qué estáis pensando, mi señor?

—Lo más práctico sería dirigirnos directamente a la guarida de Alfonso, sin intentar controlar previamente todo el territorio.

—Sí, pero eso supondría dejar muchos enemigos a nuestras espaldas, y eso, a mi entender, sería muy peligroso.

—Después de lo que hemos hecho aquí, los nobles que apoyan a Alfonso se esconderán aterrorizados dentro de sus fortificaciones, y no se atreverán a mover un dedo cuando pasemos de largo ante ellas. De esta forma y antes de que se den cuenta, habremos sitiado y conquistado el castillo de Olite. Cuando sus caballeros vean que su señor está en mi poder, se rendirán sin luchar.

—Majestad, sois un magnífico estratega y me gusta vuestro enfoque. Es más directo y creo que con él ganaremos tiempo y ahorraremos esfuerzos y peligros; pero

permitidme hacer las cosas a mi modo. Conozco bien estas tierras y se me ocurre un plan que se acomoda perfectamente a vuestras intenciones. Confíad en mí. Nos pondremos en marcha lo antes posible.

Froilán dio órdenes de retirar las catapultas de sus posiciones y regresar al campamento.

Al día siguiente, en aquellos campos de trigo, excavaron una enorme fosa en la que fueron enterrados los caídos, sin distinción de rango y sin palabras de despedida. Los cadáveres de los defensores quedaron en la fortaleza, a merced de los elementos y de las aves carroñeras. Ya hacia el mediodía y después de una comida frugal, levantaron el campamento y el ejército se puso en marcha de nuevo. Siguiendo el consejo de Froilán, el rey condujo a sus fuerzas hacia el norte, hacia otro enclave importante, el alcázar del Paso, el cual quedaba a varias jornadas de distancia.

Cuando las últimas columnas de guerreros desaparecieron en la lejanía, Lorenzo salió de su escondite. El cuadro que se mostró ante sus ojos era desolador: esqueletos de construcciones aún humeantes, muros ennegrecidos, casi en ruinas y un suelo sembrado de escombros y cadáveres. Recorrió como alma en pena el patio de armas y subió al adarve, o lo que quedaba de él. Allí, recostado en el muro, encontró a su tío, quien con ojos vidriosos parecía querer dirigirle una mirada postrera. El joven lo abrazó con devoción y ternura. Luego volvió al pasadizo secreto y pidió que le acompañaran al exterior a sus dos compañeros y a algunas de las mujeres más valerosas; no iba a permitir que el resto contemplase aquel panorama dantesco.

Entre lamentos y lloros de desesperación, fueron reconociendo a familiares y amigos, y comprobando que no quedaba nadie con vida. Como no disponían de medios para procurarles cristiana sepultura y tampoco deseaban que fuesen pasto de los buitres, los transportaron uno a uno hasta el centro del patio —tarea que les mantuvo ocupados hasta bien entrada la noche— y en aquel emblemático lugar los amontonaron, rociaron sus cuerpos con brea y aceite y les prendieron fuego. Al momento aquella pira funeraria crepitó con furia, elevando sus llamas por encima de las murallas y proyectando reflejos fúnebres hacia el cielo nocturno.

—Mirad, son las almas de nuestros difuntos, que se dirigen a su encuentro con Dios —musitó, conteniendo los sollozos, Lorenzo.

Las terribles noticias cayeron como un mazazo sobre Alfonso y su reducido ejército. La tenaz resistencia de aquellos valientes había servido para dilatar su angustioso final mucho más de lo esperado, pero también demostraba que Jaime estaba dispuesto a todo y que no tendría misericordia con los vencidos. Estaba claro que con el ataque a Peña Velada, pretendía controlar esa importante encrucijada y despejar el camino hacia el castillo de Olite; sin embargo, no había dejado contingentes custodiando dicha plaza, lo cual parecía carente de sentido.

Por si fuese poca la confusión, los invasores habían cambiado insólitamente de dirección y se encaminaban hacia el alcázar del Paso, una ciudadela que coronaba una estrecha garganta sin salida y muy alejada de los caminos principales del reino.

Tan solo unos días más tarde, los vigías apostados sobre el adarve del Paso observaron cómo la vanguardia de un numeroso ejército ocupaba una colina cercana y comenzaba a organizar su vivac. Cuando cayó la noche, tanto la loma como una amplia explanada a su alrededor se fue poblando de multitud de brillantes hogueras.

Los habitantes de la ciudadela, no queriendo verse sorprendidos, vigilaron los fuegos y se mantuvieron alerta por lo que pudiera suceder, y con las primeras luces del día, todos ocuparon sus puestos, aprestándose a resistir la esperada embestida.

Cuál no sería su sorpresa cuando, al clarear la mañana, se dieron cuenta de que el campamento se hallaba en completo silencio. Tan solo algunos finos penachos de humo atestiguaban que allí había acampado una concurrida milicia. Tal vez se trataba de una estratagema y titubearon sin saber muy bien qué hacer.

Finalmente, después de varias horas sin advertir ningún movimiento, se decidieron a enviar un grupo de reconocimiento, que no tardó en regresar, asegurando que aquel ejército había desaparecido. Emplearon el resto del día en tratar de localizarlo, mas todo fue en vano: era como si se lo hubiese tragado la tierra. Nadie sabía qué podía haber sucedido. A galope tendido fueron enviados mensajeros al castillo de Olite portando tan extraña noticia.

Siendo Froilán un rapaz de no más de quince años, se hallaba cuidando de dos escuálidas vacas, que con fruición mordisqueaban la escasa hierba que crecía al borde de un camino. En aquella apacible mañana al final del verano, el espigado muchacho, sentado sobre una pared de piedra, se entretenía afilando una gruesa vara de avellano con un cuchillo. De improviso, entre los robles que crecían detrás de él, percibió un ligero ruido de pasos sobre la hojarasca. Froilán se volvió y escrutó entre la fronda, pensando que se trataría de algún animal comestible y llevado más del hambre que de la curiosidad, se acercó en silencio hacia donde le había parecido oír el rumor.

Allí, a corta distancia, encontró un rebaño de ciervos que ramoneaba distraído. El chico se acuclilló entre los helechos armado con su improvisada jabalina, pero los animales, sin mostrar temor alguno, se alejaron un trecho. «Si consigo cazar a uno de esos soberbios animales, mi familia y yo tendríamos comida para una semana — pensó—. Las vacas seguirán pastando tranquilas y no se saldrán de la senda; cuando vuelva, seguro que seguirán donde las dejé». El joven se consideraba un buen rastreador, y de hecho lo era, así que decidió acechar a los ciervos y se adentró tras ellos en la espesura.

El tiempo transcurría veloz y cuando quiso darse cuenta, el sol ya había alcanzado su cénit. El terreno boscoso terminó abruptamente al borde de un talud, para dar paso a una extensa depresión pantanosa tachonada de matas, juncos y agrupaciones dispersas de cañas.

Los animales se internaron en la ciénaga. El muchacho había escuchado historias sobre el peligro que albergaba aquel lugar; sin embargo, después del esfuerzo de caminar hasta allí, no estaba dispuesto a renunciar a su objetivo. Él no se atemorizaba fácilmente, y si los ciervos eran capaces de atravesar el fango, él también lo habría de hacer. Solamente debía seguir su rastro en el lodo removido.

Introdujo la vara en el légamo turbio y viscoso para comprobar la profundidad de la charca y la solidez del terreno. Parecía uniforme y sólido, y sin dudarlo se aventuró en aquellas aguas cenagosas, que le llegaban a la cintura. Ayudándose con la vara para tantear dónde ponía los pies, fue avanzando sin perder de vista a sus presas. Cuando la ciénaga al fin terminó, se hizo visible un trecho del camino empedrado, de unos diez pasos de ancho, y entonces lo comprendió: ¡por eso el fondo del pantano era tan firme! Sin proponérselo, había descubierto una calzada sumergida, construida en tiempos inmemoriales y de la cual nadie guardaba recuerdo.

Al filo de la noche Froilán no sabía muy bien qué hacer ni tampoco dónde se encontraba. Había visto a los ciervos bordear una ligera elevación y desaparecer. Encontró un manantial, junto al cual crecía una exuberante higuera. Hambriento y sediento como estaba, se abalanzó sobre el agua para saciar la sed y comió con voracidad aquellos frutos dulces y jugosos; luego se sentó apoyándose en el tronco, y en pocos instantes quedó profundamente dormido.

Durmió de un tirón toda la noche y al despertar, se dio cuenta de que delante de él había una inmensa muralla de pura roca que le cerraba el paso. No parecía tener fin, y formaba una estructura imposible de describir; tantas eran sus oquedades e inverosímiles pliegues, pues se hallaba horadada por un dédalo de gargantas que se entrecruzaban a diferentes alturas. Aquel extraño paisaje asemejaba un extraño bosque cincelado en piedra y petrificado en el tiempo.

Descansado y recuperadas las fuerzas, Froilán había perdido todo el interés por los ciervos que había estado persiguiendo el día anterior. Con ciertas dificultades desanduvo el camino, sin dejar de discurrir sobre el embuste que habría de contar a su familia para justificar su desaparición, y sepultó en la memoria el secreto de aquella



ruta escondida.

Años después, forzado por su soberano a llegar lo antes posible al castillo del rey Alfonso, Froilán rememoró aquel episodio de su juventud y se le ocurrió beneficiarse de aquel secreto guardado.

La noche anterior, tras haber simulado la acampada frente al alcázar, envolvieron los cascotes y pezuñas de los animales en tejido de arpillera y engrasaron los ejes de los carros. A eso de la medianoche, después de ser avivadas las hogueras, las huestes emprendieron la marcha en la oscuridad. El viento, que soplaba con fuerza a aquella hora tardía, se encargaba de amortiguar el rumor que, a pesar de todo, producía todo un ejército en movimiento.

Con la intención de confundir a sus oponentes, retrocedieron por el mismo camino por el que habían llegado, y antes del amanecer lo abandonaron, desviándose hacia sureste por una amplia cañada de suelo rocoso, en el que las huellas de su paso no quedaron marcadas.

El itinerario que pretendía seguir el senescal les conduciría, si sus cálculos eran correctos, directamente a las inmediaciones del Bosque Lunar. Según tenía entendido, nadie hasta entonces había conseguido cruzarlo, y los que lo intentaron jamás regresaron. Tan solo algún que otro pastor de cabras se atrevía a llevar su ganado por aquellos despoblados parajes.

Justo del otro lado de Bosque Lunar se encontraba la Ciénaga del Olvido. Froilán estaba seguro de poder conducir hasta ella sus fuerzas y atravesarla. Era una apuesta arriesgada, sin duda, mas ¿cómo había hecho siempre para medrar en la vida y elevar su posición? Apostando fuerte y asumiendo riesgos. Él no conocía otra forma de hacer las cosas, y ahora creía firmemente que el destino le estaba tendiendo una mano. No desaprovecharía la ocasión. Si sus planes salían bien, en pocas jornadas, el deseado castillo estaría a su alcance, a lo cual habría que añadir la inestimable ventaja del factor sorpresa.

Al cabo de un par de días de marcha, después de bordear varias lagunas, ascendieron a un collado desde el cual se pudo ver el frente rocoso que buscaban, y les quedó claro el porqué de su nombre: multitud de gargantas se adentraban en aquel laberinto de piedra rodeado de infranqueables montañas. Esa noche acamparon en el llano, y con las primeras luces del alba, se formaron varios equipos de reconocimiento para buscar un paso franco.

Los miembros de estas batidas no tardaron en comprobar que se hallaban ante un auténtico dédalo de galerías, y muy peligroso por cierto, pues se hallaba plagado de cavidades y profundas simas en las cuales no era difícil precipitarse. De hecho, varios hombres tuvieron la desgracia de resbalar y caer, desapareciendo en la hondura de esos abismos, y algunos equipos jamás regresaron. Al final de la jornada aún no se había sacado nada en claro, por lo que el rey comenzó a impacientarse.

Froilán, a quien no se le había pasado por alto la inquietud de su señor, no podía pegar ojo. Cansado de dar vueltas sobre el duro lecho, se levantó y caminó sin rumbo

definido. Cuando quiso darse cuenta, había rebasado los límites del campamento. La luz de la luna refulgía en el firmamento, alumbrando con su pálida claridad el gigantesco frontispicio. El senescal se recostó en unas peñas, admirado de aquella fantasmagórica visión, esculpida en el tiempo a golpe de agua y viento.

Un dulce sopor se iba adueñando de sus sentidos cuando, de repente, muy cerca de él, escuchó unos sordos gruñidos, acompañados de un ruido como si alguien escarbara. Todo su ser se contrajo en un movimiento reflejo, si bien no pudo vislumbrar nada en concreto entre aquel juego de brillos y sombras. Las primeras luces de la aurora revelaron la presencia de una jabalina y algunos pequeños jabatos que hozaban en una estrecha franja del terreno. La claridad fue en aumento y la hembra, seguida de su séquito, echó a andar.

Froilán sintió el impulso irrefrenable de ir tras ellos, igual que hiciera antaño con aquellos ciervos. Los jabalíes sobrepasaron la entrada de varias gargantas y al llegar a la altura de una, que en nada se diferenciaba de las demás, giraron y se adentraron en ella, pronto torcieron por uno de los innumerables ramales que fueron apareciendo a diestra y siniestra. Esta operación se fue repitiendo una y otra vez en el intrincado laberinto.

El senescal seguía a la prole a cierta distancia, y cada vez que abandonaba un camino para internarse en otro, señalaba el desvío colocando en el suelo varias piedras superpuestas.

Después de casi tres horas de perseguir a aquellos incansables animales, la senda desembocó en un mirador, desde el cual pudo contemplar un cerro que se elevaba a gran altura en el centro de una inmensa depresión. La pequeña piara se dirigió trotando a la base de la elevación, tomando por una ancha trocha que subía en espiral. Froilán hizo lo propio, y cuál no sería su sorpresa al descubrir, cinceladas en el suelo pétreo las profundas huellas de ruedas de carros.

Siguiendo aquellas huellas, Froilán fue ascendiendo hasta divisar, encaramado en las alturas, los restos de un poblado del cual apenas quedaban vestigios, salvo algunas paredes semiderruidas, silos y depósitos de agua excavados en la roca, y los macizos cimientos de una antigua muralla. La senda que le había conducido hasta allí dividía al poblado en dos y terminaba junto a un pequeño cementerio rupestre, con tumbas asomadas al abismo. Un puente de recia apariencia salvaba una pavorosa brecha y facilitaba la salida de aquel lugar.

Froilán ya no veía a los jabalíes, pero aún oía por delante el eco de su trotar. En pos de aquellos sonidos, pronto comenzó a descender por una calzada bien conservada. Bajó y bajó sin descanso, y al cabo de agotadora marcha, por fin consiguió dejar atrás el Bosque Lunar y ante él se mostró la higuera que sirvió en otro tiempo para aplacar su hambre y, tras ella, los bordes de la ciénaga. Nada parecía haber cambiado desde entonces. Él, en cambio, ya no era aquel chico pobre y desmedrado, sino el senescal de un rey poderoso, un hombre capaz de forjar su propio destino.

Bebió agua del manantial, se tomó un breve respiro y, rebosante de orgullo, regresó al campamento. El sol estaba a punto de ocultarse cuando llegó a él, e inmediatamente fue en busca de su señor, quien le recibió con desconfianza palpable.

—¿Dónde te habías metido? Hoy hemos vuelto a perder varios hombres en esta búsqueda insensata y seguimos aquí detenidos, por no decir petrificados, perdiendo un tiempo precioso y agotando las escasas provisiones que aún nos quedan.

—No os amarguéis más. He conseguido pasar al otro lado y llegar hasta la ciénaga. En un par de jornadas más, vuestras fuerzas estarán en el valle de Salazar, os lo juro.

Los ojos de Jaime mostraron su asombro.

—¿Es cierto eso que dices? ¡Bravo! Mi enhorabuena. Cada día que pasa me siento más satisfecho de haberte nombrado senescal.

—Es un honor servirlos, majestad —dijo Froilán, a sabiendas de que aquellos halagos respondían más a un repentino cambio de humor que a una valoración sincera.

—¿Podremos arrastrar las máquinas de guerra?

—El camino es suficientemente ancho y el piso firme. Nos encontraremos con algunas cuestas difíciles de superar, tanto de subida como de bajada, pero nada nos detendrá. Hay también un puente de piedra que salva un profundo tajo; espero que resista nuestro paso.

Todo salió mejor de lo que se preveía. Al día siguiente levantaron el vivac y el ejército al completo cruzó, sin grandes contratiempos, el Bosque Lunar. Las tropas hicieron noche de nuevo y al despuntar el día, siguiendo las indicaciones del senescal, se introdujeron en la ciénaga.

A intervalos de treinta pasos, dos lanceros a pie marcaban con sus lanzas los lados de la calzada sumergida. Los demás avanzaban despacio y con sumo cuidado, tanteando el terreno y procurando no sobrepasar los límites señalados. Aun así, un carro de provisiones y una torre de asedio se salieron de la calzada, y en breves instantes y sin que nadie lo pudiese impedir, enseres, animales y conductores desaparecieron bajo el oscuro légamo.

A la vista de aquellas desgracias, se hizo patente el peligro que las tropas corrían y el pánico se adueñó de la columna, por lo que los oficiales tuvieron que emplearse a fondo para impedir que se produjese un auténtico desastre. Finalmente y ante la imposibilidad de retroceder, la soldadesca entró en razón y continuó la marcha sobre aquella fina cinta de piedra.

Tras emplear otro día completo en vadear aquel pantano inmundo, por fin ¡allí estaban! En seis jornadas y con un número ínfimo de bajas, Froilán había conseguido situar el ejército de su señor a las puertas del valle en el que había nacido.

Galopando a la desesperada y sin apenas descanso, los mensajeros del alcázar del Paso tardaron solo cinco jornadas en llegar hasta el castillo del rey. El relato de lo sucedido preocupó mucho a Alfonso quien inmediatamente reunió al consejo real.

Sentado en la sala, el monarca miraba a sus hombres de confianza con gesto contrariado.

—No es posible que todo un ejército haya desaparecido delante de nuestras narices —comenzó diciendo sin disimular su enfado.

—Ese hombre maligno que los conduce habrá hecho tratos con Lucifer, quien sin duda lo oculta y protege —afirmó uno de los consejeros.

—No creo que Lucifer tenga nada que ver con esto. Tal vez ha sucedido algo que les ha obligado a regresar a sus dominios —comentó otro de los presentes.

—Pero de haber sido así, nos habríamos enterado —opuso un tercero.

—Lo que más me inquieta —dijo el rey—, es que han transcurrido varios días desde entonces, y eso constituye una gran ventaja para el enemigo. En estos momentos, Jaime estará moviendo y situando sus piezas con entera libertad, y nosotros no podemos hacer nada para impedirlo. No sabemos dónde asestará su próximo golpe, y os aseguro que si une la sorpresa a su fuerza, estaremos perdidos.

—Primero bajaron hacia el sur y golpearon en Peña Velada —afirmó el último consejero que había hablado—. Sin embargo, por lo que se ha visto, no pretendían dominar las rutas del mediodía, tan solo causar dolor y espanto. Después subieron al norte y en el Paso simplemente han amagado, aprovechando la noche para desaparecer. Está claro que su intención no es ir conquistando pedazo a pedazo nuestro reino, ni tampoco dividir sus fuerzas.

—En eso estoy de acuerdo —terció de nuevo Alfonso—. Tienen un propósito oculto, pero ¿cuál?

Aunque la reunión se prolongó durante gran parte del día, no sirvió siquiera para llegar a intuir dónde se encontraba el ejército invasor, y mucho menos para elaborar un plan de defensa aceptable, por lo que se solicitó la presencia del abad. No en vano su opinión siempre había resultado valiosa en situaciones apuradas como aquella.

Toribio se presentó en el castillo a primera hora de la mañana siguiente y fue conducido de inmediato a la sala del consejo, donde ya le esperaban. El rey le puso al corriente de las preocupantes noticias y también de las discusiones y puntos de vista suscitados el día anterior. El abad, con las manos cruzadas sobre la gran mesa circular, le escuchó con atención y reflexionó durante largo rato, mientras los demás le contemplaban en silencio, expectantes. Al fin Toribio se rebulló en el asiento y tomó la palabra:

—Mi señor, tengo una teoría que seguramente os va a parecer descabellada. Si

consiguiéramos resistir hasta la llegada del invierno, el enemigo tendría que renunciar a la conquista, o al menos retrasar las operaciones hasta muy entrada la primavera, pues de lo contrario, sus tropas se verían paralizadas y sin posibilidad de abastecerse, ¿tengo razón?

—Sí, en efecto, pero no veo adónde queréis llegar —contestó Alfonso impaciente.

—Veréis, señor, es posible que la intención inicial de Jaime fuese ir conquistando comarca a comarca y dejar vuestro castillo para el final. Sin embargo, en Peña Velada quedó demostrado que las cosas no iban a ser tan rápidas ni fáciles como él pensaba. ¡Han empleado casi medio mes para vencer su resistencia! A ese ritmo, las primeras nieves se les echarán encima, y él lo sabe, por lo que ha decidido cambiar de táctica...

—¡Continúa! Nos tienes en ascuas —le apremiaron todos.

—No sé por dónde, ni de qué forma, pero estoy seguro de que el enemigo se dirige hacia aquí con todo su ejército.

El rey y sus consejeros quedaron anonadados ante aquellas palabras.

—¿Que vienen hacia aquí, decís? —preguntó uno de los consejeros—. En tal caso, alguien los tendría que haber visto, y nosotros lo sabríamos. Se trata de fuerzas muy numerosas que no pueden pasar desapercibidas.

Justo en ese instante anunciaron que un heraldo traía noticias para el rey.

—Está bien, hazle pasar. Puede que nos traigan alguna novedad importante.

Al instante, un hombre joven, cubierto de polvo y con aspecto de haber descansado muy poco en los últimos días, entró en la sala del consejo. Sintiéndose algo cohibido, hizo una reverencia nerviosa y dijo:

—Con la venia, sus señorías...

—Adelante, joven, dínos qué se te ofrece.

—Me... me llamo Ginés, y traigo un mensaje urgente para el rey Alfonso.

—Yo soy a quien buscas.

Ginés se acercó con pasos rápidos y, sacando de una pequeña valija un pergamino lacrado, se lo entregó al rey. Este rompió el sello, lo desenrolló y comenzó a leer con creciente interés. Cuando terminó, miró al heraldo con una sonrisa y le dijo:

—Valiente y animoso joven, has sido portador de valiosas noticias. Sé que has arriesgado la vida llegando hasta aquí, y te estoy doblemente agradecido por ello. Ahora quiero que comas y descanses lo necesario antes de emprender tu regreso.

—Gracias por vuestra amabilidad, señor.

El rey acompañó al heraldo hasta la puerta de la sala y pidió a sus sirvientes que lo atendieran debidamente.

Los consejeros y el abad se hallaban expectantes y deseosos de conocer el contenido del mensaje. Habían visto sonreír a su señor varias veces mientras lo leía, sin poder adivinar la causa.

—Tomad, leedlo vos mismo y hacedlo en voz alta —le dijo al abad—. Cosa que

Toribio hizo de inmediato y con sumo interés. La misiva decía así:

*Augusto señor, rey del Pirineo.*

*Me dirijo a vos desde el castillo de Babia. Por fin he encontrado la ocasión de poder informaros sin peligro de ser descubierto. Aprecio en lo que vale vuestro esfuerzo de tratar de liberarme aunque, como ahora podréis juzgar por vos mismo, es casi mejor que no lo hayáis conseguido.*

*Froilán, hasta no hace mucho capitán de la guardia del rey, ha sido nombrado senescal y comandante de sus ejércitos. Este singular mercenario me vio luchar en el sitio de la casa de Albar y cree que soy un oficial a vuestro servicio. Me ha propuesto que trabaje para él y he considerado conveniente no oponerme a sus deseos.*

*Aunque he comenzado a moverme con cierta libertad, no dejo de estar vigilado, sobre todo desde que fui presentado a este rey usurpador, quien, afortunadamente, no dio muestras de reconocermme.*

*Ha organizado un gran ejército contra vos, y por el gran número de máquinas de guerra desplegadas, diríase que piensa asaltar hasta el más insignificante de vuestros castillos. Hace ya bastantes días que salieron de aquí. Siento no haberos podido informar antes, pero, como os digo, me encuentro fuertemente vigilado.*

*No tengo noticias de Leonardo. Froilán asegura que tanto él como el senescal del rey Eduardo —yo mismo— hemos perecido en el Salto de Roldán. A pesar de ello, algo en el fondo de mi corazón me dice que eso no puede ser cierto, y como prueba de lo que digo, ¡aquí estoy para desmentirlo!*

Toribio quedó muy preocupado al leer aquello. Cierto es que no había tenido la más mínima noticia sobre el muchacho desde el asalto a la casa, y había transcurrido mucho tiempo desde entonces. ¿Habría seguido Leonardo sus instrucciones? ¿Por qué aquel hombre estaba tan seguro de su muerte? Pero guardó sus reflexiones para sí y continuó leyendo:

*He dado órdenes a la resistencia para que retome sus acciones. Últimamente las circunstancias nos han impedido actuar.*

*Resistid, señor, ¡Dios no ha de permitir vuestra derrota!*

*Rodrigo Cortés*

—Ja, ja, ja. ¡Así que nuestro amigo ha conseguido engañarles! —dijo el rey con indisimulada alegría—. Bien se ve de qué madera está hecho ese valiente. Si no ha escapado hasta ahora, es porque considera que desde allí puede servir mejor a sus intereses, que también son los nuestros. Lástima que lo de la invasión sea ya cosa conocida y nos aporte tan poco.

—Yo no estoy tan seguro de eso, majestad. Hay un detalle importantísimo en estas líneas —precisó el abad. El rey le miró inquisitivamente—. Nos informa de que el comandante de las fuerzas es Froilán, que, por si no lo sabéis, nació en el valle de Salazar, cerca de la abadía. Me consta que pastoreó en esas tierras desde muy joven, y si hay alguien capaz de conducir un ejército hasta allí, esa persona, sin duda, es él.

—Entonces, ¿por dónde creéis que aparecerá? —preguntó uno de los consejeros.

—Por el este es más que dudoso; tendrían que haber conquistado el enclave del Paso y a continuación dar un largo rodeo, en cuyo caso nuestros informadores nos hubieran puesto al corriente.

—El oeste representa la ruta natural y mejor conservada para desplazarse entre ambos reinos, pero retomarla significaría que habría retrocedido otra vez hacia la

frontera y lo sabríamos —reflexionó otro consejero.

—Y por el sur tampoco parece probable, puesto que después de Peña Velada cambiaron de dirección —añadió el rey.

—Existe otra posibilidad —continuó Toribio—: atravesar el Bosque Lunar y la Ciénaga del Olvido.

Todos le miraron con cara de incredulidad.

—¡Eso no puede ser! Cruzar esa zona tan peligrosa es imposible para cualquiera, ¿cómo iba a conseguirlo todo un ejército? —asevero un tercer consejero.

—¡Escuchadme, señores! Aceptemos, aunque solo sea por un momento, tal posibilidad. Si fuesen capaces de hacerlo, ¿dónde aparecerían? —inquirió el abad de forma retórica—. Ni más ni menos que en el valle de Salazar, a una jornada de distancia de este castillo.

»Jaime es un hombre impaciente —prosiguió el monje— y habrá presionado a su senescal para que busque una forma de llegar hasta aquí sin tener que desandar lo andado, y Froilán ha buscado la manera de complacerle. Él sabe que esos lugares están deshabitados y que en ellos su presencia será indetectable; si consiguiera cruzarlos, tendría muchas posibilidades de cogernos por sorpresa, lo cual sería determinante para una rápida victoria.

—Sigo diciendo que los riesgos son demasiado altos para un resultado tan incierto —dijo uno de los consejeros meneando la cabeza negativamente.

—El que nadie haya intentado una cosa así, no significa que no pueda hacerse. Tened en cuenta que el que un simple mercenario haya llegado a senescal nos desvela no solo un corazón tan negro como el de su amo, sino también un temperamento arriesgado y dispuesto a cualquier cosa —adujo Toribio—. Froilán nunca fue un tipo insensato o impulsivo; es muy posible que disponga de una información que nosotros desconocemos.

—La verdad sea dicha —dijo otro de los consejeros, mesándose las barbas nervioso—, atravesar esos lugares que decís es el camino más corto desde el alcázar del Paso para llegar hasta aquí, y aunque me cuesta creerlo, después de escucharos, la idea no resulta tan descabellada como pareciera en un principio.

—Así también yo lo creo —remachó el rey—. Bien, entonces, ¿qué alternativa nos queda? ¿Atrincherarnos en el castillo, a la espera de que irrumpen en él? Nos superan en número, no creo que pudiésemos resistir mucho tiempo. Propongo que tomemos la iniciativa.

Tras corto debate, se aceptó unánimemente aquel planteamiento como posible. Si las tropas invasoras podían aparecer en cualquier momento, no había tiempo que perder, de modo que, una vez reforzada la defensa del castillo, el resto del pequeño ejército se puso en marcha, rumbo al valle de Salazar. Las mujeres, incluidas la reina y la infanta, despidieron a los valerosos soldados desde el adarve con la preocupación marcada en sus rostros, y muy pronto aquella brava milicia, con las armas a punto y banderas y pendones ondeando al viento, desapareció en el horizonte.

Se mandaron por delante y a galope tendido varios exploradores, para reconocer el terreno entre la abadía y los márgenes de la ciénaga. A media tarde, el grueso de las tropas llegó a su destino, pero decidieron esperar las novedades de los batidores antes de tomarse ninguna determinación importante. Estas llegaron al filo de la puesta del sol, y no eran nada alentadoras. Un numeroso ejército había estado atravesado el espantoso lodazal, en interminable hilera y como deslizándose sobre las aguas negruzcas, y en ese momento las huestes, acampadas en la orilla, descansaban bajo la atenta vigilancia de los centinelas.

Rápidamente se enviaron mensajeros para que los habitantes de las aldeas y casas desperdigadas por el valle se pusieran a salvo, y se dirigieran con sus ganados y provisiones a la abadía de Ochagavía o al castillo de Olite, y todos, sin excepción, alabaron la sagacidad del abad, gracias al cual habían descubierto *in extremis* la astuta maniobra.

Para llegar hasta allí, el enemigo tendría que atravesar inevitablemente el denso robledal, cosa que no le iba a resultar nada fácil: los zapadores tendrían que emplearse a fondo para despejar una ancha trocha por la que pudieran circular sus máquinas de guerra. Y más allá de la linde boscosa, un vasto campo en barbecho con algunas ondulaciones transversales se extendía hasta un altozano. Paralelo a aquel campo dormido, a lo largo de sus costados, destacaba una escarpada cresta de escasa altura, y a cuatrocientos pasos, un tupido barranco ocultaba el discurrir de un riachuelo.

Dada la disposición del terreno, Alfonso y sus oficiales creían saber con bastante certeza por dónde habría de aparecer el enemigo, así que elaboraron su plan conforme a ello y seleccionaron las posiciones más ventajosas para tratar de contenerle.

Poco después del amanecer, algunos batidores emergieron del bosque y se adentraron sigilosamente en el llano, sin descubrir nada sospechoso. Uno de ellos se asomó al barranco para inspeccionarlo a través de la enramada, pero solo observó el agua deslizándose chispeante entre las piedras. Poco después, los batidores retrocedieron por donde habían venido y desaparecieron.

Definitivamente, los campos estaban en calma a esa hora y todo presagiaba una marcha triunfal hasta el castillo de Alfonso. Cuando el astro rey se levantó por el este, el eco de un murmullo creciente espantó a una bandada de palomas torcaces que, confiadas, picoteaban la tierra. Primero asomaron algunos cuerpos de infantes, que se desplegaron en la explanada formando un ancho pasillo. Tras ellos, una turba de guerreros a caballo surgió de entre los árboles como un torrente y rápidamente se organizó en cuatro gruesas columnas, que comenzaron a avanzar despacio, para dar tiempo a los que venían detrás.

Cuando llevaban recorridos unos setecientos pasos, las primeras líneas distinguieron delante de ellos y a cierta distancia dos apretadas formaciones de



lanceros, rodilla en tierra, que pretendían cortarles el paso. No los habían visto aparecer y, sin embargo, allí estaban, impávidos, como si se hallasen cosidos al suelo. Los jinetes se pararon en seco, calibrando la situación, pero su comandante, recién ascendido y deseoso de distinguirse, consideró a aquellos enemigos una presa fácil, levantó su espada y ordenó cargar. Las columnas de caballería se abrieron en una amplia y compacta línea y, lanzas en ristre, pusieron a sus monturas al trote ligero, que pronto se convirtió en rabioso galope. Tras esa primera línea y dejando un espacio suficiente entre ellas, una segunda línea se lanzó también a la carga. Remolinos de polvo se levantaron con el patear de los cascos, haciendo que las figuras de los jinetes se perdieran de vista. Pero al sobrepasar el primer badén, se escuchó un espantoso clamor.

Toda la hilera de caballería sintió que el terreno cedía bajo sus pies y se vino a tierra, literalmente tragada por un bien disimulado foso con el fondo erizado de estacas. Las puntas se clavaron profundamente, atravesando bardas y petos, y un amasijo de cuerpos, aprisionados o heridos, se retorcieron entre charcos de sangre.

Como una ola llegó la segunda línea de ataque. Por los gritos creían que sus camaradas habían trabado combate, pero cuál no sería su sorpresa cuando, al sobrepasar el badén, se encontraron una masa doliente de hombres y animales tendidos en tierra. Sin apenas espacio para maniobrar, espolearon a sus monturas con furia saltando por encima de sus compañeros y dirigiéndose hacia sus contrincantes que, ya a muy corta distancia, les aguardaban impasibles.

El choque parecía inevitable, pero nuevamente, entre gritos y relinchos de pánico, toda aquella oleada se vino al suelo en un segundo foso, e inmediatamente, los lanceros corrieron a rematar a los pocos que se habían salvado o que gemían heridos y agonizantes.

Desde la linde del bosque, los escuadrones en reserva observaban incrédulos la matanza. Dominado por la ira, el comandante se lanzó a la carga con sus últimos hombres, mas tampoco en esta ocasión pudieron alcanzar su objetivo, pues se abatió sobre ellos una lluvia de flechas, que disparadas a no mucha distancia, se clavaban profundas sobre caballos y hombres, sin que les sirviesen de nada las protecciones que llevaban.

Parapetados a lo largo de la cresta que flanqueaba el campo de batalla, los arqueros del rey Alfonso asaeteaban a placer a los invasores, quienes para huir de ellas tuvieron que azuzar a sus corceles en dirección opuesta. Desde su nueva posición y ya fuera de alcance de los arqueros, contemplaron cómo las flechas se precipitaban ahora sobre los soldados que seguían saliendo del bosque, haciéndoles replegarse en completo desorden. Entonces, desde el borde del talud que quedaba a sus espaldas, surgió una nutrida fuerza a caballo que había estado emboscada entre la floresta del cauce, esperando su oportunidad. A una señal se lanzaron sobre los restos de la caballería enemiga, cogiéndoles desprevenidos y arrollándoles sin compasión. Desmontados la mayoría, fueron ya presa fácil.

Cuando los arqueros agotaron su provisión de dardos, aprovecharon la confusión para salir de sus escondites; reagrupados, se reunieron con los lanceros a pie. Los jinetes también retrocedieron, y todos juntos se dirigieron al otero que se divisaba en la distancia, donde tomaron posiciones defensivas para dominar desde su altura los accesos al camino del valle.

Froilán, que había ordenado a las tropas salir a campo abierto tras recabar información de sus exploradores, presenció impotente desde la linde del bosque aquella precipitada carga de caballería y sus funestas consecuencias. Ahora se hallaban atascados entre la arboleda, y lo que era peor aún, la confusión y el pánico se habían adueñado de los soldados.

Con las tropas de vanguardia retrocediendo en completo desorden, a Jaime le costó un triunfo llegar hasta donde se encontraba su lugarteniente.

—¿Qué demonios está ocurriendo? ¿Por qué retroceden nuestros hombres en desbandada? —inquirió consternado.

—Nos estaban esperando. El enemigo nos ha tendido una emboscada. No sé cómo, pero esto es lo que ha sucedido —contestó el senescal, mostrando una intensa palidez que hacía resaltar la cicatriz en su rostro.

—De modo que el factor sorpresa que tú esperabas conseguir trayéndonos por este laberinto, se ha vuelto en nuestra contra y nos ha puesto al borde del desastre.

—Señor, vos sabéis mejor que yo que una guerra siempre exige sacrificios, y que su resultado no queda determinado por una escaramuza.

—¿Y tú llamas a esto una escaramuza!? ¿Cuántos efectivos hemos perdido? ¡Contesta!

—Aún no lo sé con exactitud. Tal vez... algo más de la mitad de nuestra caballería.

El tono airado del rey se convirtió en otro peligrosamente glacial.

—Ya veo. Un completo desastre, del que *tú* eres el único responsable.

—Majestad, mi maniobra de cruzar el Bosque Lunar y la Ciénaga del Olvido estaba bien concebida. Os aseguro que nadie excepto yo habría podido concebir esa idea...

—Entonces, ¿cómo es que sabían que llegaríamos por aquí?

—De momento, no os puedo contestar a eso.

—Mmmm... Quizás alguien nos haya traicionado.

—Yo me inclino más a pensar que el rey Alfonso, de alguna forma que no alcanzo a comprender, ha llegado a intuir nuestra jugada. Su acción ha conseguido infringirnos un gran daño, pero no irreparable.

—Esas fuerzas de caballería perdidas son irremplazables.

—Cierto, pero a pesar de este desgraciado contratiempo, el hecho es que el grueso de nuestras fuerzas sigue intacto, que en un corto espacio de tiempo he podido situar a vuestros efectivos en el valle de Salazar y que, en líneas generales, el plan que vos mismo concebisteis continúa siendo válido. Nuestro ejército es aún muy superior al del enemigo; si nos lo proponemos, en dos o tres días obtendréis la victoria definitiva.

El rey meditaba sus palabras, mirándolo de hito en hito.

—Y según tú, ¿dónde se encuentra ahora el enemigo?

—Se ha replegado hasta aquella loma del fondo —dijo señalándosela— y parece que ha tomado en ella posiciones. Creo que, con un ataque combinado, lograremos desalojarle de allí.

—No será esta otra de tus grandes y desastrosas ideas, ¿verdad?

—Señor, si me lo permitís, pienso que no es momento para la desconfianza ni la aprensión, sino para la acción. Hemos llegado hasta aquí con un propósito, y lo cumpliremos. Solo os pido que confiéis en mí una vez más.

—Está bien, sea como tú dices. Adelante, da orden de marchar a las tropas. —Y dando media vuelta a su caballo, regresó a la retaguardia.

Tras esta conversación, el senescal reunió de urgencia a sus comandantes. Combinando hábilmente amenazas y promesas, consiguió tranquilizar a sus hombres y reordenar las tropas. Elaboró también un plan de avance, en el que se adoptaron medidas de cautela para ahorrarse nuevas sorpresas.

Así pues, pasado el mediodía, las fuerzas se pusieron en marcha y, apoyadas por las catapultas, batieron las posiciones de sus adversarios.

Entre tanto, no muy lejos de allí, reunido en la abadía con sus consejeros, Alfonso decidía las acciones más convenientes para la defensa de su reino.

—Hemos conseguido una victoria, sí, y por ello debemos alegrar nuestros corazones, pero no se trata en absoluto de un triunfo definitivo. Así que abandonad esa euforia que he visto pintada en vuestros rostros. Sería engañosa y negativa para nuestros propósitos.

—¡Pero, majestad, hemos logrado desbaratar el factor sorpresa con el que contaban y abatido a una parte importante de su caballería! —dijo uno de los consejeros más jóvenes—. ¿Acaso no tiene eso un importante valor táctico?

—Su ejército continúa siendo extremadamente poderoso, y ahora será prácticamente imposible volver a sorprenderlos —contestó el rey—. Según mis últimas noticias, el enemigo se ha reagrupado y en este momento está atacando las posiciones que hemos ocupado en el cerro.

—Y si los nuestros no retroceden, pronto perecerán —manifestó, asustado, uno de los consejeros.

—La cuestión es: ¿qué hacer? —habló nuevamente el rey—. Un enfrentamiento directo y en campo abierto sería una completa temeridad por nuestra parte. ¿Qué pensáis vosotros?

—Retroceder, y hacerlo inmediatamente —propuso el último consejero que acababa de hablar.

—De acuerdo, pero ¿hasta dónde? ¿Hasta nuestro castillo? —preguntó Alfonso.

—Con esas diabólicas máquinas que arrastran, no tardarán en abrir brecha en las

murallas, en cuyo caso todos nuestros esfuerzos habrán sido en vano —opinó otro consejero—. Me temo que la única salida posible es... —Y bajó la mirada azorado.

—¿Sí? Vamos, hablad —le conminó el soberano.

—Me avergüenza decirlo, pero creo que la única salida es huir lejos de aquí y esperar a que las circunstancias nos sean más propicias.

—¡Ni hablar! ¡Eso nunca! Sería deshonroso —contestaron todos en un clamor.

—No huiré de mi reino. ¡Antes prefiero mil veces la muerte! —exclamó con voz alterada el monarca.

El venerable abad, que acudía al debate con semblante ensimismado, como ajeno a tan trascendente discusión, de pronto se levantó de su asiento y empezó a hablar:

—Escuchad, amigos.

Nadie pareció oírle al principio, mas al verle extender la mano y señalar hacia los ventanales, los presentes volvieron la cabeza en esa dirección y quedaron en silencio.

—Escuchad, valerosos compañeros. Ese ulular que se escucha es el viento del norte; si prestáis atención, observaréis que desde hace rato suena de modo diferente. —Ante la expresión de su auditorio, prosiguió—: ¡No me miréis con esas caras! No se trata de un sonido de trompetas anunciando el Juicio Final, sino de algo mucho más mundano. Este viento presagia la llegada del frío y quizás de la nieve, bendito maná que ha de anegar campos y caminos, por lo que esas huestes salidas del averno se encontrarán en graves aprietos para avanzar.

»Por otra parte, en su afán de sorprendernos y lograr una rápida y aplastante victoria, a la fuerza se han tenido que mover ligeros de impedimenta y provisiones. No creo que estén preparados ni siquiera para mantener un corto asedio, y menos aún para soportar los rigores del invierno que, con rápidos pasos, se aproxima.

—¡Dios sea loado, mi querido abad! Él, y solo Él, ha podido dotaros de esa maravillosa clarividencia que siempre nos ilumina y saca de apuros —aseguró el rey con el ánimo algo más templado—. Mientras habéis ido tejiendo vuestro discurso y al hilo de vuestras acertadas previsiones, he visto claro lo que debemos hacer.

Los consejeros escucharon sus planes. Se replegarían en orden y lo más rápidamente posible hacia el castillo, empezando por todas las personas que se habían refugiado en la abadía, y se destruirían las provisiones que no se pudiesen transportar. Antes de llegar, un tercio del ejército se desviaría hacia el bosque de Irati y, oculto, retrocedería hasta situarse a espaldas del enemigo; desde esa posición, aprovecharía cualquier ocasión para minar sus fuerzas y atacar su retaguardia. Con el resto del ejército tratarían de frenar en la medida de lo posible el avance invasor, y cuando ya no quedara más remedio, se harían fuertes detrás de las murallas.

—... Y allí, con la ayuda de Dios, resistiremos el asalto de esos lobos. Enviaremos también mensajeros para que informen a Rodrigo de la situación en la que nos encontramos. Él, sin duda, buscará la forma de ayudarnos —concluyó el rey.

—Y yo rogaré al Todopoderoso para que nos proteja y nos cubra con el mayor manto blanco que jamás se haya visto por estas tierras —remachó Toribio.

Los consejeros aceptaron de forma unánime el planteamiento de su señor, y llevados del agradecimiento, abrazaron al abad, quien no pudo menos que sonrojarse ante esas muestras espontáneas de afecto.

Toribio reunió a sus monjes en el claustro y dio las instrucciones oportunas para desalojar la abadía. A continuación encargó a Anselmo que, acompañado de otros dos camaradas, fuese a buscar al molinero y a su mujer y les trajera de inmediato, si hacía falta por la fuerza, para que fueran con los demás al castillo de Olite.

También le pidió al joven preceptor y a otro monje de confianza que viajaran hasta el lejano monasterio de San Miguel Bajo la Piedra y recabaran noticias de sus ahijados, pues después de leer la carta de Rodrigo tenía el ánimo atribulado, preguntándose si habrían conseguido ponerse a salvo. No obstante, cuando Alfonso se enteró de su partida, aconsejó a los dos monjes que primero buscasen a un pastor y guardia de fronteras llamado Juan Bradley, para que él les condujese hasta su destino, y les facilitó un salvoconducto con instrucciones para su guía.

Mientras todo esto sucedía, las fuerzas invasoras se encontraban a punto de vencer la resistencia de los defensores de la colina, que hasta ese momento se habían batido con denuedo y pundonor.

Cuando ya las postreras luces del día se extinguían y las alargadas sombras se adueñaban del campo de batalla, el sonido penetrante de algunos cuernos de guerra retumbó en la lejanía, y como por arte de magia, las tropas que protegían aquel altozano se replegaron, desapareciendo con inusitada rapidez.

Al no encontrar ya oposición, la oscura milicia se derramó en tropel hacia delante y, siguiendo las órdenes de su comandante, se desplegó en una amplia línea de frente que, protegiendo los flancos, ocupó toda la cabecera del valle. A la tenue claridad que aún restaba, pudieron reconocer las espaldas de los últimos defensores escapando a toda velocidad.

—Mira cómo huyen esas ratas cobardes, ¡corren presas del terror! Este bello paraje será su tumba —gritó el rey con enardecida voz.

—Tenéis razón, este valle será su tumba, pero no hoy —le contradijo Froilán.

—¿Cómo dices? ¿Acaso te niegas a cumplir mis deseos? ¡Huyen en retirada! ¡Ve tras ellos!

—Tened en cuenta, mi señor, que pronto llegará la noche y nuestros soldados llevan luchando desde hace más de catorce horas. Están al borde del desfallecimiento. Se hace preciso descansar.

—Nuestros enemigos estarán en las mismas circunstancias que nosotros.

—No, ellos apenas han sufrido bajas y conocen a la perfección el terreno que pisan. Aventurarnos en la creciente oscuridad sería muy peligroso y podría costarnos muy caro.

—Pero ahora los tenemos a nuestro alcance. Mañana la situación puede cambiar y

quizás no resulte tan favorable —adujo el rey con pertinacia.

—Ellos también necesitarán reponer fuerzas y nos hallamos a poco más de una jornada del castillo de Olite. Mañana, a la luz del día, avanzaremos deprisa y no lograrán contenernos.

Jaime elevó la mirada hacia el cielo. Las primeras estrellas empezaban a hacer su aparición, y una ráfaga de viento helado azotó su rostro y le produjo escalofríos.

—Está bien. Quizás tengas razón después de todo y no debemos aventurarnos de noche por tierras que no conocemos. ¡Ordena acampar!

A la mañana siguiente, aquellas huestes avanzaron como un vendaval por el valle de Salazar. Rabiosas porque después de la estratagema inicial su orgullo había sido puesto en entredicho, y coléricas por no poder aprovechar las provisiones que creían iban a encontrar. Para colmo, el frío reinante hacía presagiar una tormenta de nieve. Si no se daban prisa, lo que parecía una inminente conquista se podría transformar en una contundente derrota.

El terreno que les separaba del castillo era bastante llano y despejado, por lo que prácticamente en dos días, el rey y su senescal consiguieron situar a sus milicias frente al último reducto defensivo del reino del Pirineo y ponerle sitio.

Los defensores, por su parte, se aprestaban a resistir. El de Olite era un castillo con excelentes cualidades defensivas. Al igual que en Peña Velada, la fortaleza se elevaba sobre una colina y sus murallas eran singularmente altas y macizas. Por otro lado, estas se hallaban rodeadas prácticamente en todo su perímetro por un profundo y ancho foso, el cual solo se salvaba gracias a un estrecho puente levadizo, y la entrada quedaba protegida por el propio puente y por hasta tres sólidos portones montados en paralelo.

Froilán, portando bandera blanca y protegido por una nutrida escolta, se acercó a la entrada del castillo y se dirigió así a los sitiados.

—Mi señor, el rey de Iberia, me envía para pedir una entrevista con el rey Alfonso.

—¿Y por qué no es vuestro mismo señor quien viene a solicitarla? —contestó una voz.

—Yo soy Froilán, senescal del rey y comandante de estos ejércitos.

—Elevados títulos os otorgáis, mas decidme, ¿cuál es exactamente el motivo por el que desea entrevistarse vuestro señor?

—Antes de contestaros, me gustaría saber con quién hablo —interpeló con creciente enfado.

—Bien me conocéis. Hace años solíais dirigiros a mí como reverendo padre. Soy el abad Toribio.

Froilán calló.

—Mi señor quiere pactar las condiciones de la rendición y evitar así un baño de sangre.

—¿Rendición? ¿Baño de sangre? ¿Es así como tu rey quiere tratar con su futuro

suegro? Mal comienzo me parece si finalmente ambos se han de emparentar.

—Precisamente por eso se hace necesario zanjar esta disputa de la mejor manera posible.

—¿Disputa llamáis a entrar por la fuerza en este reino y masacrar a sus súbditos?

—Con ello no hemos hecho sino castigar la grave ofensa que previamente nos hicisteis vosotros al exterminar a tres compañías completas de nuestras tropas en la frontera.

—Más que ofensa, yo lo llamaría acto de justicia y legítima defensa, puesto que dichas compañías habían penetrado en nuestros territorios a escondidas y con intención de atacarnos.

—Sea como decís, estamos en paz. Es hora de cumplir con aquel compromiso de matrimonio que debió ser suscrito en su día entre mi rey y el vuestro. Un matrimonio así no haría necesaria la rendición, sino simplemente la abdicación del rey Alfonso en su hija. ¿Qué me decís a esta propuesta?

—Permitidme que la consulte.

Después de un buen rato, el abad se asomó al adarve y habló de nuevo.

—Mi señor la considera una proposición interesante que requiere ser debidamente meditada.

—¿Cuánto tiempo necesitaría para ello?

—Al menos cuarenta y ocho horas —contestó Toribio, queriendo ganar todo el tiempo posible.

—Imposible. Necesito una respuesta ahora, no dentro de dos días. Vuestro rey estaba dispuesto a firmar el compromiso hace unos meses, por lo que es una decisión que tiene más que meditada. Simplemente tiene que ratificarlo, y para ello nada mejor que celebrar inmediatamente la boda. Vos mismo la podríais officiar, y tened en cuenta que ese matrimonio se ha de celebrar en cualquier caso.

—Ese “en cualquier caso” contradice la última parte de vuestro discurso.

—Señor, me encantaría continuar esta sugestiva charla, pero el tiempo apremia. Tenéis hasta el mediodía para dar respuesta a nuestras razonables peticiones. Si la misma no es acorde con lo que esperamos, entonces iniciaremos el asalto y os lo anticipo, no habrá tregua ni clemencia. ¡Que vuestro rey decida!

Y dicho esto, Froilán y sus hombres dieron media vuelta y regresaron al campamento hasta que, a las doce en punto del mediodía, el senescal se plantó de nuevo ante las puertas del castillo. Cuando le dijeron que necesitaban más tiempo para darle una respuesta, su paciencia se agotó. Enfadado, volvió para transmitírselo a su señor, y decidieron disponer las catapultas e iniciar el ataque de inmediato.

Grandes rocas y bolas de fuego comenzaron a caer dentro del recinto, causando destrucción y espanto entre la población, aunque los proyectiles no parecían hacer mella en la muralla. El batir de piedra y fuego fue incesante durante el resto del día, y a medianoche se unieron a él los silbidos de las ballestas, que escupían dardos punzantes por encima del parapeto. Por suerte, el frío del ambiente favorecía que los



incendios no se propagasen.

El ataque continuó toda la noche, hasta que al despuntar la aurora cesó por completo. Fue entonces cuando las torres de asalto y las escalas, seguidas de las tropas, comenzaron a avanzar al ritmo de tambores. El ancho del foso iba a presentarles dificultades, pero el senescal esperaba poder alcanzar las almenas, y una vez controlados los baluartes frontales, dominar ya la situación.

El silencio dentro de la fortaleza era atroz, y no parecía que hubiese quedado nadie con vida para defenderla. Sin embargo, cuando torres y escalas llegaron al borde del foso, un gran clamor se alzó en lo alto de las murallas, y desde sus almenas y aspilleras comenzó a caer una densa lluvia de flechas sobre los asaltantes, al tiempo que multitud de saetas incendiarias se clavaban en las atalayas. Fueron tantas las bajas que sufrieron con estas andanadas, que se vieron obligados a retroceder. Sorprendidos por la contundente respuesta del enemigo, se decidió seguir bombardeando el castillo para debilitarlo sin arriesgar la vida de más hombres.

Los bombardeos y los intentos de asalto se fueron repitiendo durante varios días, sin que los sitiadores pudieran lograr su propósito. Muy al contrario, la situación se hacía cada vez más comprometida, pues las provisiones se agotaban y sus fuerzas, poco a poco, iban mermando.

Lo que algunos esperaban y otros temían finalmente sucedió: la tormenta de nieve estalló en toda su crudeza. Estuvo nevando con fuerza durante más de tres días. Toda la extensión se cubrió con una gruesa capa de blancura, y las temperaturas bajaron hasta un extremo que se hacía insoportable tanto para hombres como para animales. Los escasos avituallamientos que le quedaban a Jaime se congelaban, y los mecanismos de catapultas y ballestas quedaron rígidos y completamente trabados, por lo que las operaciones se paralizaron por completo. La aterida y hambrienta milicia empezó a vislumbrar, con claridad meridiana, que su campaña triunfal iba a terminar en rotundo desastre.

Froilán envió un destacamento a Iberia, con la intención de establecer una línea permanente de abastecimiento, pero al poco tiempo regresó un oficial herido y cubierto de sangre, contando que habían sido atacados y masacrados por lo que parecían fuerzas del rey Alfonso. La noticia terminó por hacer estallar la situación.

—¡Nos encontramos en un callejón sin salida y todo se debe a tu imprevisión e incapacidad! —le reprochó el rey—. Llevamos aquí atascados más de diez días, el enemigo continúa resistiendo tras esas malditas murallas y, por si fuera poco, también lo tenemos a nuestras espaldas. ¡Dime! ¿Cómo piensas enderezar la situación?

Su señor lo escrutaba con mirada amenazadora y en el gesto translucía una cólera que no hacía presagiar nada bueno. Froilán se sintió angustiado y, por primera vez en su vida, no supo qué contestar. Debía decir algo y pronto.

—Sin ánimo de excusarme, señor, las circunstancias a veces se alían de tal forma contra los deseos de los hombres, que hasta el más sabio y clarividente se ve desbordado por los acontecimientos. Esto es lo que nos sucede ahora a nosotros.

—Ni tú eres sabio, ni tampoco clarividente, eso salta a la vista.

—Siempre os advertí de que no debíamos menospreciar las habilidades de Alfonso y el arrojo de sus hombres... y no lo hemos hecho —se apresuró a añadir ante el ceño fruncido del monarca—, pero aun así, reconozco que nos encontramos ante una situación complicada. Hemos de tratar de encontrar una salida honrosa.

—¿Me estás diciendo que renuncie a la conquista del reino del Pirineo y que huya con el rabo entre las piernas?

—Tal como están las cosas, es materialmente imposible tomar esa fortaleza, y si seguimos aquí, nuestros hombres se rebelarán y pereceremos. La prudencia aconseja retirarnos y retomar la campaña más adelante, cuando finalice el invierno.

—Eso significaría aceptar la derrota y la claudicación, y dicha posibilidad no entra dentro de mis cálculos. Para huir a mi reino no te necesito. Te doy hasta mañana para que ideas una forma de tomar ese castillo. De lo contrario, me responderás con tu cabeza y esta es mi última palabra.

Mientras esto sucedía en el bando del rey Jaime, dentro del castillo los ánimos eran excelentes. Allí no faltaba el sustento ni un buen fuego donde calentarse, y aunque los daños materiales habían sido cuantiosos tras los continuos ataques, no se habían sufrido bajas personales importantes.

Desde lo alto de la muralla, Alfonso contemplaba el campamento enemigo. Ahora los atacantes formaban una masa informe, desparramados delante de la fortificación y paralizados por el frío.

Aquel día, el rey, acompañado de sus consejeros y escoltado por varios guardias, paseaba por las dependencias del castillo. Quería conocer de primera mano cómo se encontraban los paisanos allí refugiados y tomar nota de los destrozos causados.

—Y bien, amigos, creo que nuestra situación es inmejorable —dijo el rey a sus acompañantes mientras hacía la inspección—. De seguir el mal tiempo, esas jaurías no tendrán más remedio que regresar a sus cuarteles, si es que pueden.

—Si vuelven a su cubil, lo único que harán será aplazar sus propósitos de conquista hasta que pase el invierno. Cuando llegue la primavera, todo volverá a empezar —contestó uno de los consejeros.

—No si les perseguimos en su retirada —propuso otro.

—¿Y por qué esperar a su retirada? —interpeló un tercero—. Sería más efectivo salir a campo abierto y atacarlos de improviso; pondríamos fin a esta lucha de una vez por todas. Las unidades que tenemos situadas detrás de ellos nos podrían servir de refuerzo.

—Estoy de acuerdo —intervino Alfonso—. Aunque pienso que esperar unos días nos ha de facilitar las cosas. En ese tiempo se debilitarán aún más de lo que ya lo están.

Esta conversación, improvisada según iban paseando, les llevó hasta las puertas de las cocinas, de las cuales emergía a aquellas horas un agradable olor a comida. Al asomarse a la antesala, vieron una mesa enorme rodeada de bancos corridos y, junto a ella, otra de dimensiones más reducidas en la que estaban comiendo dos hombres y una mujer. Enseguida salió el cocinero mayor y, al reconocer al rey y a sus consejeros, les quiso agasajar con algo de lo que se estaba cocinando.

—Estamos a punto de terminar de asar unos cabritos que están diciendo «¡comedme!». Si el rey y sus nobles caballeros quisieran dignarse en probarlos, enseguida prepararé esa mesa, que está como hecha a medida de la ocasión.

El rey y sus acompañantes se miraron, dejando traslucir una sonrisa de conformidad.

—¿Por qué no? —dijo el rey—. ¡Sentémonos a descansar un rato! Dejar de comer más tarde por haber comido ahora es algo que no debería preocuparnos.

Los tres comensales se levantaron en el acto, dispuestos a salir de la estancia, pero Alfonso se lo impidió.

—Tú eres Anselmo, ¿me equivoco?

—Sí, majestad, para servirlos.

—Podéis seguir comiendo, a nosotros no nos molestaréis.

—Pero, mi señor, si ya estábamos acabando.

—¡No se hable más! —contestó el rey—. Probaréis ese asado que está a punto de salir del horno.

—Gracias, majestad, gracias —balbuceó el monje, volviéndose a sentar con sus compadres, que no eran otros que Venancio Velasco y su mujer Catalina Asilvestrada.

Los guardias reales quedaron fuera custodiando la entrada.

Se sirvió el excelente asado, acompañado de un buen vino que corrió generosamente, calentando la sangre y, por qué no decirlo, también la cabeza.

Anselmo y sus invitados comían en silencio, sin levantar los ojos del plato y no probaron el vino que el rey ordenó se les sirviera. Como contrapunto, en la mesa de al lado se fue animando la conversación que fue subiendo de tono, convirtiéndose en una pequeña barahúnda cada vez más ruidosa. Llegó un momento en que estos animados e ilustres contertulios se olvidaron por completo del monje y de sus compañeros.

Tal licencia no era de extrañar. Aquellos días de tensión y combates constantes habían dado paso a un clima más tranquilo y esperanzado.

—Retomando lo que comentábamos antes de este magnífico refrigerio —dijo un poco achispado el consejero sentado al lado de Alfonso—, se me ocurre que, si fuésemos capaces de inutilizar todas esas máquinas de guerra, sería tanto como dejar a un gato sin uñas.

—Desde luego, desde luego. La cosa está en quién estaría dispuesto a ponerle el cascabel a ese gato —contestó el rey, riéndose de su propia ocurrencia.

—Aquí hay muchos hombres valientes, mi señor. En la oscuridad de la noche, bien se podrían acercar unos cuantos y hacerlas arder con brea y aceite —propuso otro de los consejeros—. Con el frío que deben estar pasando esos soldados, seguramente nos agradecerían que les preparemos unas ardientes hogueras.

—Pero, ¿cómo salir del castillo sin llamar la atención? —interrogó el monarca—. No podemos abrir los portones y bajar el puente levadizo, sería demasiado evidente nuestra intención.

—Yo no estaba pensando en los portones, sino en la salida secreta que tan bien conoce vuestra hija —respondió el mismo consejero sonriendo.

—Eso está bien pensado, nuestros soldados podrían así salir inadvertidamente y a continuación regresar por el puente levadizo; lo bajaríamos solo el tiempo necesario para dejarlos pasar. En fin, es hora de incorporarnos a nuestras tareas. Más tarde volveremos a hablar de este asunto —dijo Alfonso, levantándose de la mesa.

Tras llamar al cocinero mayor para alabar su comida y despedirse de él, la

comitiva salió de las cocinas. La estancia quedó vacía... bueno, salvo por el trío silencioso, que seguía en el mismo lugar, mirándose asombrados por lo que habían podido escuchar.

Al atardecer, mientras continuaba nevando intensamente Toribio fue reclamado a presencia del rey. Este, sentado en el salón del trono en actitud relajada, conversaba con su esposa y su hija, y enseguida fue puesto al corriente de la acción que aquella misma noche se pensaba realizar. Dos oficiales dirigirían las operaciones y en esos momentos se estaban pidiendo voluntarios para completar la partida. Monseñor nada tuvo que objetar.

Margarita y el rey tuvieron que ausentarse, y el abad se levantó para irse también.

—No os vayáis —le pidió Cecilia—. Quedaos un rato conmigo y hacedme compañía... si os apetece y no tenéis otra cosa mejor que hacer, claro está.

—No, alteza, en este momento mis obligaciones pueden esperar —dijo volviendo a tomar asiento frente a ella.

La infanta se frotó las manos con nerviosismo antes de comenzar a hablar:

—En tiempos de guerra, las doncellas nos sentimos inútiles, porque no se nos permite participar en la batalla, pero tampoco salir a cazar ni recorrer campos y bosques.

—Hacéis mención a unas aficiones más propias de un gavilán que de una paloma.

—Quizás mi femineidad me dé aspecto de paloma, mas os aseguro que mi corazón es el de un gavilán, y me gusta llevar el pico y las garras bien afiladas, por lo que pudiera suceder.

—De eso no tenéis que convencerme, aunque no sé si se podría encontrar algún varón con la edad apropiada que, viendo ese pico y esas garras, no saliese corriendo como alma que lleva el diablo.

—No os referiréis al rey de Iberia, ¿verdad?

—¡*Vade retro*, Satanás! —exclamó el monje, haciendo en el aire la señal de la cruz—. A ese, mejor ni mentarle. Yo hablaba de algún joven pretendiente que os cayese en gracia.

—Corren tiempos difíciles para andar pensando en esas cosas... —dijo afligida.

—Tenéis razón. Pero decidme: os he estado observando estos últimos días, y en ocasiones aprecio en vos como un aire ausente. Tan pronto sonreís como mostráis una profunda tristeza, y esos son dos sentimientos contrapuestos que no deberían ir de la mano. Y me pregunto si se deberá a que esa amenaza de matrimonio os angustia y entristece.

—Oh, no, padre. Sé que mis padres nunca consentirán tal enlace, y en el caso de que ese fuera mi destino, os aseguro que sabría muy bien qué hacer —respondió la princesa con una determinación que asustó a Toribio.

—Hija, espero y deseo que las circunstancias no os pongan nunca en ese aprieto,

porque tal como lo decís, me parece que estaríais dispuesta incluso a condenar vuestra alma...

—Si ello fuese inevitable, no lo dudéis.

El abad carraspeó e intentó reconducir el tema.

—Ya veo. Volviendo a vuestros cambios de humor... Vos siempre habéis sido una niña sonriente y feliz. ¿Por qué ahora mostráis ese gesto serio y adusto? Sois muy joven y tenéis toda una vida por delante. ¿Qué es lo que os preocupa? Tal vez, si me lo contarais, podría ayudaros...

La princesa tomó aire, le miró un segundo y finalmente se decidió.

—Está bien, padre, os contaré algo que quizás os sorprenda. Pero antes debéis prometerme que no diréis nada a nadie.

—Descuidad, lo consideraré secreto de confesión.

—Estoy enamorada de un joven.

—¿De un joven, decís? Supongo que será alguien de la corte...

—No, no vive en la corte.

—En ese caso, será algún príncipe o un noble de los muchos que han visitado este reino en los últimos tiempos...

—Erráis de nuevo, padre.

—¿Entonces?

—Se trata de un plebeyo, pero que a mí me parece un rey.

—Y... ¿vuestros padres están al tanto de ello?

—Sí, y me han prohibido que lo vuelva a ver. Dios sabe que he tratado de olvidarle para cumplir sus deseos; sin embargo, se ha hecho dueño de mi vida y de mis sueños. No lo he podido evitar.

—¿Qué estaríais dispuesta a hacer por él?

—Cualquier cosa. Si no me he ido ya con él, es porque me lo ha impedido.

—¿Cuánto hace que lo conoces?

—Va camino de dos años.

—¡Dos años! Pensé que era cosa de menos tiempo. ¿Y se trata de un amor correspondido?

—Estoy segura de ello.

—Supongo que se habrá resguardado en el castillo, como todos los habitantes del valle...

—Ojalá fuera así pero, por desgracia, se halla muy lejos de aquí.

—¿Muy lejos?

—Sí, aunque no sé dónde exactamente.

—Cecilia, creo que el amor entre un hombre y una mujer es la mayor bendición del cielo que pueda existir. Sin embargo, cuando se da una situación como la vuestra, para que el amor se mantenga, habría que estar dispuesto a una renuncia completa y total. Ese joven que decís que os quiere vivirá siempre acoyado a vuestro lado, posiblemente pensando que por su culpa renunciasteis a ser reina y a la vida que

como tal os habría de corresponder. Puede incluso que algún día vos misma echéis en falta la vida que ya no tendréis y culparéis a vuestro marido de su egoísmo. Y eso sin hablar del disgusto que se llevarían vuestros padres. Como veis, ese matrimonio solo sería fuente de desdichas.

—Me lo estáis pintando todo muy difícil, reverendo padre. De ese modo no me ayudaréis.

—Mi ayuda consiste en abriros los ojos y en haceros meditar como es debido sobre las consecuencias que tendría una decisión tan trascendente para vos.

—Si vos lo conocierais, con seguridad no hablaríais de ese modo.

—En ese caso, contadme algo de él.

—Es valiente, generoso y decidido. Me hace reír y me hace llorar. Me hace temblar con su mirada. Es instruido, ocurrente y delicado. Encantador, fiero y orgulloso. Es el cielo cuando me besa. Es su ausencia, un infierno que me abrasa. Sin él no soy nada, y con él nada me falta.

Al escuchar aquel torrente de apasionadas palabras, Toribio quedó mudo de asombro. En aquella relación había mucho más amor y sentimiento del que en principio se pudiera pensar.

—¿Puede haber en el mundo una persona así, tal como me la habéis descrito? ¿No será que vuestros sentimientos os engañan?

—No, padre, él es así en realidad. Tendréis oportunidad de conocerle algún día, y cuando lo hagáis, me daréis la razón. Y si por un casual opinaseis lo contrario, renunciaré a él. ¡Os lo juro!

—Por lo que decís, ese muchacho parece digno de vos, no tengo más remedio que daros la razón.

—¡Oh, mi buen abad! Qué alegría siento al haberos abierto mi corazón. ¿Me ayudaréis entonces a convencer a mis padres?

—Bueno, hemos quedado en que antes tendría que conocerle, ¿no es así?

—Sí, padre, os lo presentaré, y vos mismo nos casaréis.

—Bueno, bueno, vais demasiado deprisa...

En ese momento, la reina irrumpió en la estancia:

—Oh, disculpad. Venía en busca de mi hija...

—Por supuesto, mi señora, yo ya me iba.

Cecilia se levantó, miró ilusionada al abad por última vez y se fue con su madre, y aquella más que interesante conversación tuvo que ser interrumpida, con el consiguiente fastidio de Toribio.

Pasada la medianoche, una numerosa partida de hombres salía por la trampilla secreta al pie de la muralla. Confundidos entre las sombras, se fueron aproximando paso a paso a la zona en la que se hallaban emplazadas las máquinas de guerra y las torres de asedio. Su perfil se adivinaba, más que se veía, dibujado sobre la superficie nevada,

pues aunque la nieve había dejado de caer, una rabiosa ventisca levantaba blancos torbellinos y azotaba sin compasión los rostros de aquellos valientes. Nadie las vigilaba, aunque muy cerca ardían las fogatas y se podía escuchar a los centinelas en sus rondas de vigilancia. Acordando previamente un punto de reunión, la partida se distribuyó en pequeños grupos y se dirigieron hacia sus respectivos objetivos.

De uno de aquellos grupos, una sombra se separó y se acurrucó disimuladamente entre la nieve. Dejó que sus compañeros se alejasen y luego, lo más rápido que pudo, se encaminó hacia el resplandor de los fuegos.

—¡Alto! ¿Quién va? —preguntó un centinela con la lanza preparada.

—Soy un amigo. Llévame ante Froilán. Tengo una información que cambiará el curso de esta guerra.

—No te muevas del lugar en el que estás y espera.

Vinieron otros centinelas, que rodearon al intruso y lo acompañaron dentro del acantonamiento.

—Señor, siento mucho el despertaros, pero acabamos de apresar a un individuo que exige hablar con vos.

—No te preocupes, no estaba dormido. Hacedle pasar.

Acto seguido, dos guardias entraron en la tienda acompañando a un soldado que, por la vestimenta, parecía pertenecer al ejército del rey Alfonso.

—Descúbrete y dime qué es eso tan importante que justifica el interrumpir mi descanso.

—¿Tan cambiado me encuentras que no me reconoces? —le contestó aquel individuo.

El senescal miró con más detenimiento aquel rostro, y creyó que los ojos se le salían de las órbitas al reconocerle.

—Abandonad la tienda y dejadme a solas con él —les ordenó imperioso su comandante.

—Señor, eso sería muy peligroso. No podemos consentir... —le advirtió uno de los guardias.

—No te preocupes por mí —le cortó—. ¡Fuera! ¡He dicho fuera!

Los guardias salieron precipitadamente de la estancia, dejando a los dos hombres frente a frente.

—¡Venancio! ¿Qué haces tú aquí disfrazado de soldado?

—No hay tiempo para explicaciones, hermano. Tan solo escúchame. En este momento, hombres del rey Alfonso están prendiendo fuego a vuestros artefactos de guerra.

—¿Cómo? En ese caso tengo que actuar rápidamente...

—Espera, todavía no he terminado. No hemos salido del castillo por el puente levadizo, sino por un pasaje secreto que conduce hasta el exterior de la muralla. Digo "hemos", porque yo me he unido a la partida; por eso estoy aquí. Lo importante del caso es que Anselmo sabe quién tiene las llaves de acceso a ese pasadizo, y cuando



regresemos, cosa que tú nos vas a permitir, Anselmo y espero que yo también, intentaremos franquearos el paso a ti y a tus hombres.

—Pero, ¿cómo?, ¿cuándo?

—Dos horas antes del amanecer. —Y Venancio le informó dónde estaba exactamente la entrada a dicho pasaje.

—Si conseguís entrar, ya no necesitaréis esas torres de asalto. Ahora debo irme y reincorporarme a mi grupo antes de que me echen en falta.

—Salga esto como salga, nunca olvidaré lo que tú y ese astuto monje estáis haciendo por mí —afirmó Froilán, colocando sus pesadas manos sobre los hombros de su hermano.

No hubo tiempo para más. Venancio salió al exterior y se encaminó raudo hacia la claridad que acababa de surgir entre nubes de ventisca, no lejos de allí.

—Dejadle el paso libre —ordenó el senescal a sus hombres.

Cuando la mayoría de las mortíferas máquinas, cual naves varadas en la noche, comenzaron a arder, los diferentes grupos infiltrados corrieron hacia el punto de reunión y el molinero se pudo reincorporar a la partida sin levantar sospechas.

Las tropas de Jaime tardaron en reaccionar, pero al fin se movilizaron para intentar dar caza a los incendiarios que huían en dirección a la muralla. Cuando parecía que ya iban a alcanzarlos, tropas a caballo salieron como un rayo de la fortaleza, haciendo retumbar los cascos sobre la madera del puente levadizo, y arremetieron contra los perseguidores, que se vieron obligados a huir. De esta forma, cumplida la misión, todos regresaron sin contratiempos al abrigo de la ciudadela.

De madrugada, Alfonso convocó consejo y los oficiales al mando de la misión dieron parte de lo sucedido, ganándose fervorosas felicitaciones. A continuación todos subieron hasta la torre del homenaje, desde donde pudieron vislumbrar cómo el fuego consumía, avivado por fuertes rachas de viento, aquellas demoledoras armas, sin que el enemigo hiciese nada por apagarlas. Entendieron aquello como un signo claro de claudicación, y el rey pensó que muy pronto terminarían de rematar al invasor.

Antes de que la claridad de la mañana se enseñorease de aquellos lugares, dos sombras fugitivas y de apariencia espectral reptaron en la oscuridad, con un propósito bien definido en sus mentes. Sin hacer ningún ruido, se escurrieron hacia el ala oeste del bastión, hasta el cuarto donde el guardián del secreto corredor dormía profundamente. Intentaron entrar, pero al ver que la puerta estaba cerrada, llamaron con golpes suaves a la misma.

—Pardiez, ¿quién llama a estas horas? —contestó una voz soñolienta desde el interior.

—Te traigo órdenes del rey. ¡Abre! —dijo en voz queda Anselmo.

El guardián no se extrañó de lo que se le decía, pues había tenido una noche de

mucho trajín, y aún medio dormido, se levantó y les abrió. Esa fue su perdición, porque Venancio se abalanzó sobre él, lo acuchilló en el vientre y, tapándole la boca, lo remató en el suelo.

—¡Venga, ayúdame, no te quedes ahí parado! —dijo a su cómplice que parecía petrificado.

—Sí, perdona...

Rápidamente escondieron el cadáver bajo la cama, cogieron un manajo de llaves que estaban colgadas de la pared y se dirigieron al pasadizo que conducía al exterior.

A la hora convenida, el paso quedó franco, y Froilán y sus hombres se precipitaron como un ciclón en el interior de la fortaleza. Guiados por Anselmo, no tardaron en ocupar el torreón de la entrada y abatir a la guardia que lo custodiaba. En pocos instantes habían despejado la abertura y bajado el puente levadizo.

Las huestes del rey de Iberia, mientras tanto, esperaban apostadas en la nieve y al amparo de la noche. En cuanto se hizo la señal convenida, picaron espuelas y se lanzaron hacia el puente.

Los centinelas, desde sus posiciones en el camino de ronda, solo pudieron dar la voz de alarma, y presenciaron impotentes cómo aquella interminable columna entraba en el castillo y se adueñaba del patio de armas y de todos los puntos estratégicos. Dada la rapidez con la que se produjo la irrupción y lo temprano de la hora, los defensores apenas tuvieron capacidad de reacción y los pocos que osaron oponer resistencia fueron masacrados en el acto.

Las voces de alarma llegaron enseguida a los aposentos de la familia real, que, junto a Toribio y a algunos miembros del consejo, corrió a refugiarse en la torre del homenaje antes de que los invasores los atraparan. Desde la terraza superior, el rey observó con preocupación creciente cómo sus soldados eran desarmados y reunidos, cual rebaño de corderos, en la vasta explanada. No vio, sin embargo, a los habitantes de las villas y aldeas. Pensó, «seguramente les han encerrado en los sótanos». Alfonso volvió al interior del alcázar y convocó a todos los presentes en el gran salón.

—Amigos, hoy es un día desventurado para mi reino. No alcanzo a entender cómo los excelentes augurios que se nos prometían hace tan solo unas horas se han trocado de repente en tan terrible desgracia. Mi guardia y mis súbditos se hallan a merced del enemigo, y nosotros aquí, emparedados en vida, no nos resta sino esperar un triste final.

—Padre mío, vos sois un hombre acostumbrado a creceros siempre ante las adversidades —le susurró con dulzura la princesa.

—No, hija mía. La veleidosa fortuna es tan cambiante como el viento sutil, y los humanos no somos más que débiles criaturas sometidas a sus dictados —dijo el monarca, mesándose los cabellos y con la faz desencajada.

La infanta lo miró como si no lo conociera. Nunca, ni en la más comprometida de las situaciones, había visto a su padre mostrando tanto desánimo.

—Señor, estoy convencido de que es la preocupación que sentís por vuestros súbditos la que habla por vuestra boca —aseguró uno de los consejeros, tratando de alentar a su señor.

—Sin duda no les resultará nada fácil desalojarnos de aquí, majestad —secundó otro consejero.

—Toribio, os lo suplico, ¡decidle algo a mi esposo! —le pidió la reina, que dejaba escapar lágrimas de desconsuelo.

El abad contemplaba apenado la escena.

—Soy un hombre viejo, y no temo a lo que haya de venir, porque sé que nos hallamos en manos de Dios y no de la veleidosa fortuna, como vos decís. Yo estoy igualmente sorprendido por cómo han mudado las tornas. Sin duda, una mano traidora ha tenido que ser la causante. Eso explicaría por qué ni siquiera trataron de salvar del fuego sus dispositivos de guerra: tenían otros planes en mente.

Al escuchar aquellas razonables palabras, Alfonso escrutó al abad y comenzó a caminar lentamente por la habitación, al ritmo de sus pensamientos.

—El puente levadizo solo puede bajarse desde la torre de acceso, es decir, que los guardias que lo custodiaban han sido previamente neutralizados por agentes enemigos. Pero entonces, ¿cómo han conseguido acceder al interior del castillo? —se preguntó el rey.

—¿Insinuáis que hayan podido escalar las murallas? —interrogó uno de los consejeros—. Imposible. Los centinelas los habrían detectado.

—No necesariamente. Puede que entrase por el mismo lugar que utilizaron vuestros hombres para salir esta noche... —aventuró el abad.

—... con ayuda de alguien desde dentro. Sí. Esa podría ser una buena explicación —dijo el rey deteniéndose.

—Ya os dije que aquí se adivina una mano traidora —respondió Toribio.

—Y... ¿tenéis alguna idea de quién pudo hacerlo? —preguntó la reina con preocupación.

—Pues... ahora que lo decís, mi señora, se me ocurre una teoría al respecto.

—¡Habla! Te escuchamos —le apremió el rey.

El abad se acomodó en un escabel.

—Los acontecimientos se han desarrollado con tanta rapidez estos días, que no me he podido ocupar debidamente del molinero de Ochagavía. Ya sabéis, Venancio Velasco, aquel que os comenté que era hermano de Froilán y un conspirador, aunque, evidentemente, él no sabe que estamos al tanto de sus maquinaciones. Pues bien, antes del asedio, les obligamos, a él y a su mujer, a venir hasta aquí con nosotros, y ambos se hallan bajo la custodia de Anselmo, un monje de mi confianza.

—¡Pardiez! —exclamó el rey—. Conozco a ese monje. Precisamente ayer compartimos estancia a la hora de comer, ¡y estaba acompañado de un hombre y una mujer!

—Sin duda eran los molineros.

—En ese caso, es muy posible que escucharan nuestra conversación —dijo uno de los consejeros, mortalmente preocupado.

—Cierto. Pensándolo ahora más despacio, esa actitud de silencio y quietud mientras comíamos... sin duda estaban pendientes de lo que decíamos —aseguró el rey convencido.

—Conozco a Venancio, y de sobra sé que es un hombre taimado, capaz de cualquier cosa si puede sacar algún provecho de ello —dijo el abad—. No obstante, me cuesta creer que haya podido urdir él solo un plan de este calibre.

—Recordad que no estaba él solo. Le acompañaban su mujer y Anselmo. Allí estaban los tres juntos, y parece que en amigable compañía.

—Catalina apenas es una sombra de su marido, y Anselmo... bueno, Anselmo es un monje de mi abadía; lo conozco desde hace muchos años y aunque resulta a veces un poco fisgón, nunca me ha dado motivos para la desconfianza.

—No obstante, todo apunta a que ese monje no está libre de culpa. ¿Por qué un hombre de Dios, podría estar implicado en una traición tan horrenda? —interrogó la reina.

—No lo sé, mi señora —dijo Toribio—. Las motivaciones humanas son un misterio difícil de desentrañar, y en este caso, nada puedo decir. Ese hombre lleva mucho tiempo a mi lado, y tampoco me parece a mí que tenga excesivas luces; por lo tanto, permitidme que por el momento le otorgue el beneficio de la duda.

—Una cosa no termina de encajar —afirmó la princesa, que no se había perdido ni una sola palabra de aquella conversación—. Nadie ha salido del castillo salvo la expedición de esta noche. ¿Cómo es que una traición urdida ayer ha llegado tan presta a conocimiento del enemigo?

—Buena pregunta —respondió el abad—. Solo se me ocurre que alguno de los dos, posiblemente el molinero, se haya unido a los expedicionarios, y una vez en el exterior, se haya escabullido y puesto en contacto con su hermano...

—... Y más tarde, él solo o con Anselmo, se habría podido encargar de dejar libre el paso —concluyó el soberano.

Aquel esfuerzo de indagación había servido para que el rey reaccionase y recuperase la sangre fría que en él era habitual.

—Perdonadme estos instantes de debilidad —se disculpó Alfonso—. Estamos en manos de Dios y Él, con su bondad infinita, nos inspirará para vencer a nuestros enemigos.

Toribio sonrió complacido y todos recuperaron la esperanza al oírle decir aquello. La conversación tomó ahora otros derroteros.

—Creemos haber descubierto quiénes han sido los traidores, pero eso no cambia el hecho de que estemos en un atolladero —continuó Alfonso—. ¿Qué podemos hacer, dadas las circunstancias?

Uno de los consejeros hizo un breve análisis de la situación:

—Bien. Nuestros rivales han tomado el castillo de una forma rápida y efectiva.

Ahora ya no tendrá problemas para abastecerse ni para hacer frente al invierno. Desde esta plaza, y con nosotros de rehenes, pensarán que ya será coser y cantar el dominar nuestro reino. Por otro lado, las unidades que ordenasteis dejar a su retaguardia sabrán muy pronto, si es que no lo saben ya, que se han adueñado de la fortaleza.

—Tampoco os olvidéis del movimiento de resistencia de Rodrigo, ni de las fuerzas que enviasteis para apoyarle —apuntó el abad—. A estas alturas, nuestro amigo, aun sin conocer nada de lo sucedido, al menos sí sabrá que nos hallamos en dificultades, y buscará la forma de ayudarnos.

—¿Y qué creéis que hará Jaime con nosotros? —preguntó Margarita.

—Me temo que intentará por todos los medios el hacernos salir —opinó Toribio—, aunque tampoco se verá acuciado por las prisas, salvo que desee regresar pronto a sus dominios.

—Si intentan asaltar este bastión, les va a costar abrir brecha. No nos precipitemos; esperaremos a que nuestro oponente mueva sus piezas —remachó el rey.

Mientras esto se debatía en la torre del homenaje, en los aposentos reales tenía lugar una reunión de otra índole.

—¿Se puede saber por qué has permitido que la familia real se refugie en esa maldita torre? —inquirió Jaime airado.

—Señor, el castillo se halla rendido y vuestro enemigo encarcelado tras sus propios muros. ¿Acaso os parece poco lo conseguido de ayer a hoy? —contestó el senescal, con el enfado reflejado en su cara.

Jaime supo que se había excedido —en realidad se sentía muy satisfecho con los resultados obtenidos—, por lo que trató de remediarlo.

—Tienes razón; es la ambición la que habla por mí. Tú y tus soldados habéis hecho un buen trabajo, y seréis recompensados por ello. También hemos de pensar cómo pagar a esos hombres los servicios que tan lealmente nos vienen prestando; me refiero a tu hermano Venancio y a ese monje... ¿cómo se llama?

—Anselmo.

—Eso es, Anselmo. Gracias a ellos hemos podido ganar la batalla decisiva. Pero, por el momento, ese espacioso y rico valle que hemos seguido hasta aquí, considéralo tuyo. Dispón de él como te plazca.

—Gracias, majestad. Es el valle en que nací... no podríais otorgarme mejor recompensa —exclamó haciendo una reverencia, pero el rey hizo un gesto con la mano quitándole importancia y continuó.

—Ahora lo más urgente es decidir qué hacer con toda esa caterva de prisioneros; quizás nuestras tropas viesan con buenos ojos que les diéramos un escarmiento...

—Mi señor, necesitaréis campesinos para trabajar la tierra, artesanos que fabriquen los útiles necesarios, soldados que mantengan el orden...

—¿Sugieres que les perdonemos la vida?

—¿Qué ganaríamos con matarlos? Nada, salvo sembrar odio y rencor.

—El temor es la mejor arma para hacer dóciles a los hombres.

—Señor, ¿por qué no conseguir que esos soldados luchen a vuestro lado?

Jaime rompió en una carcajada.

—Difícil proyecto me propones.

—No tanto. Pensadlo bien. Todo buen soldado busca honor y gloria, y si eso va acompañado de reconocimiento, habrá encontrado el paraíso en la Tierra. Ofrecédselo a esos hombres derrotados, y pronto olvidarán a sus antiguos amos.

—Mmm... No es mala la idea —reflexionó el rey—. De ese modo, daría una imagen de conquistador magnánimo a los súbditos del Pirineo, algo muy conveniente si desposo a la joven princesa, como es mi intención...

—Desde luego, una matanza sería el peor de los comienzos para tan prometedora

relación —añadió el senescal.

—Sí, y supongo que matar a su padre sería también un funesto regalo de bodas...

—añadió Jaime como al descuido.

—¿De veras estáis pensando en acabar con él, majestad?

—No, no. Digo lo que tú, ¿de qué me serviría muerto, salvo satisfacer mi vanidad? Vivo, nunca podrá convertirse en un mito o en símbolo de resistencia. Al final se tornará en un viejo decrepito que, muy a su pesar, deberá amarme a través de sus nietos. En fin, eso vendrá con los años, ¿qué haremos con él ahora?

—Desde lo alto de esa torre no creo que pueda haceros mucho daño.

—Sí, pero mientras no se doblegue ante mí, sus huestes y vasallos siempre tendrán la esperanza de redimirse, y eso no lo puedo consentir.

—Entonces, supongo que la boda con su hija vuelve a ser la solución a vuestros problemas... Nunca se atrevería a volverse contra su yerno.

—Sí, supongo que sí. En fin, ¿qué piensas hacer con las partidas que aún quedan en libertad?

—Nada.

—¿Nada? ¡Podrían reagruparse y plantarnos cara!

—Al contrario, mi señor. Se dispersarán al ver a su rey en nuestro poder y harán correr la voz por todo el reino. Dentro de poco, el resto del territorio rendirá sus armas, empezando por el valle de Salazar con el que tan graciosamente me habéis obsequiado. Me encargaré de que se acomode a los nuevos tiempos, os doy mi palabra.

—Vaya, veo que serás un excelente señor de tu feudo. Está bien. Que una parte de mi ejército se dedique a conseguir la rápida sumisión de todos los pobladores, sean estos campesinos, villanos o caballeros, y a consolidar nuestra posición. Y que mi matrimonio se haga una realidad cuanto antes; comienza con los preparativos. Más tarde, si todo se desarrolla según mis deseos, dejaré aquí una fuerte guarnición y regresaremos a mis dominios.

Con una reverencia, Froilán salió y se puso manos a la obra para cumplir las órdenes de su señor.

Al tercer día después del asalto mejoró el tiempo y un sol invernal hizo su aparición, arrancando brillantes destellos en el congelado paisaje. El senescal hizo formar ante él a todos los pobladores del valle, incluidos los monjes de Ochagavía, y se dirigió a ellos con estas palabras:

—Mi rey me ha nombrado señor y guardián de este valle y de sus tierras colindantes.

Todos se miraron entre sí, y un leve rumor se elevó entre multitud.

—Hoy os dirigiréis sin tardanza a vuestras casas y aldeas, y os ocuparéis de los trabajos que tenéis por costumbre. Se os suministrarán los víveres necesarios para

pasar el invierno. Los monjes regresaréis inmediatamente a la abadía, y una vez allí, elegiréis a un nuevo abad para que me dé cumplida cuenta de mi feudo. No os oculto que mis preferencias se inclinan por ese monje llamado Anselmo, uno de los más antiguos entre vosotros.

»Mi hermano Venancio Velasco, hasta ahora molinero de la abadía, será dueño y señor del predio de la casa de Albar, así como de todas sus edificaciones y pertenencias. Sus antiguos dueños y todas las personas que vivíais con ellos seréis desde ahora vasallos del nuevo señor.

»Como veis, deseo que volváis a vuestros quehaceres cotidianos sin dilación, y sin castigos de ningún tipo. Ahora bien, solo espero que mis disposiciones se cumplan siempre y sin objeciones. No toleraré protesta alguna. La rebeldía y la sedición serán castigadas con la muerte, pero si colaboráis y me siento satisfecho, ganaremos todos y vosotros podréis seguir disfrutando de estas bellas y fértiles tierras.

Poco después, una larga columna de paisanos maltrechos y cabizbajos, entre los que se encontraban Diego Albar y Elvira, abandonó el castillo escoltada por un nutrido contingente de tropas, y se dispersó hacia sus hogares en el añorado valle caminando despacio y dejando sus huellas marcadas sobre la nieve.

Cuando el patio de armas quedó despejado, se hizo salir a los soldados de Alfonso, quienes, con el rostro apesadumbrado y cargados de cadenas, se apelotonaron en el recinto. En esta ocasión fue el propio Jaime quien se dirigió a ellos.

—Debería lavar las afrentas que he recibido con vuestra sangre, pero no he venido hasta aquí con ese ánimo —dijo el nuevo soberano, con la voz tan baja que los prisioneros de las primeras filas apenas lo pudieron oír—. Vosotros habéis actuado siguiendo órdenes, habéis sido leales a vuestros señores, y la lealtad nunca debería recibir castigo. ¡Librad de las cadenas a estos valientes! No quiero más muertes ni humillaciones —ordenó a sus hombres, quienes le obedecieron de inmediato.

Los prisioneros, conocedores de la carnicería perpetrada en Peña Velada, se miraron confundidos al ver que los soldados de Jaime recorrían las filas soltándoles los grilletes.

—Como seguramente sabréis —continuó el conquistador—, he pedido repetidamente la mano de vuestra princesa, cuya belleza y donaire me cautivaron desde un principio. Dios sabe que mis intenciones han sido siempre honestas y que mi propósito con este matrimonio fue el de hermanar ambos reinos. Sin embargo, se me han ido dando largas con buenas palabras, como si yo fuese un plebeyo al que se pudiera engañar fácilmente.

Con su apagado tono de voz, el rey consiguió que, desde el primer momento, todos se esforzasen en escucharle y no se oía ni tan siquiera el más leve murmullo en el patio de armas.

—Pero vuestro señor también me ha agraviado ocultando premeditadamente en



su reino durante muchos años a mis dos peores enemigos. Bien pude declararle inmediatamente la guerra, sin embargo, el amor que siento por su hija puso freno a mi ira. Sabiendo que Alfonso nunca me los entregaría de buen grado, decidí enviar una expedición para capturarlos y vuestro rey no solo los defendió, sino que persiguió y dio muerte a los míos. ¿Qué hubierais hecho vosotros en mi lugar?

Los ojos de Jaime parecían desprender chispas mientras hablaba y su potente voz se podía escuchar, ahora sí, en todos los rincones del castillo.

—Solo entonces, y no antes, fue cuando decidí entrar a la fuerza en su reino. Con esta campaña he conseguido un doble objetivo: defender mi honor y castigar las marrullerías de vuestro señor. Y ahora, ¡heme aquí, victorioso ante vosotros! —remachó con voz vibrante, y a continuación hizo una larga pausa, recorriendo con la mirada los rostros de los soldados y comprobando el efecto de sus palabras.

—Mientras vosotros tratabais de defender la plaza, vuestro rey ha corrido a ponerse a salvo en la torre del homenaje, y allí permanece, escondido como un conejo asustado. ¡Sus días de soberano han terminado! Sin embargo, mi deseo de casarme con su hija continúa vivo en mí y espero poder cumplirlo. Alfonso y Margarita serán muy pronto mis suegros y, a pesar de todo lo sucedido, os prometo que tendrán mi cariño y respeto.

»En cuanto a vosotros, no quisiera yo que esas cualidades guerreras que nos habéis demostrado se perdiesen por mi culpa. Por eso os hago la siguiente propuesta: ¡uníos a mí! ¡Formad parte de mis huestes!

Los prisioneros, asombrados ante lo que acababan de escuchar, se miraron unos a otros y empezaron a cuchichear en voz baja.

—Si lo hacéis, forjaremos un ejército invencible. Junto a mí alcanzaréis la gloria. Seréis respetados y temidos, poseeréis tierras y riquezas, y se hablará de nuestras hazañas en los siglos venideros.

»No he de obligar a nadie a seguirme. El que no desee hacerlo, es libre de marcharse, pero os advierto que se hallará condenado a una vida vulgar y de mí no obtendrá otra cosa que el más absoluto desprecio. ¡Esto es lo que yo os ofrezco! Una nueva era comienza, y formar parte de ella solo depende de vosotros. ¡El futuro es nuestro! —gritó el rey.

Un clamor de asombro se elevó entre aquellos hombres.

El invierno, ajeno a los desvelos humanos, avanzó paso a paso y pronto quedó atrás. En San Miguel Bajo la Piedra, los árboles frutales florecieron y los días amanecieron preñados de esplendoroso colorido y de un dulce bullir. Los pájaros se desperezaban con la aurora sacudiendo su plumaje y comenzaban a cantar, y hasta las abejas, aletargadas en sus palacios de invierno, de repente iniciaron una frenética actividad.

Todos los días, Gregorio solía velar el cuerpo de su hermano hasta muy entrada la noche y después se retiraba a dormir al cuarto contiguo. Aquella noche en particular, el viento azotaba con fuerza y se colaba por las rendijas, silbando una singular melodía, cuando de pronto, en una racha suprema, consiguió abrir la ventana de la celda de par en par: la ropa de cama revoloteó agitada y cayó al suelo, quedando el cuerpo inerte y frío de Leonardo al descubierto.

Al poco y durante breves instantes, un rayo de luna, claro y resplandeciente cual espada de plata, penetró en el pequeño recinto, envolviendo por completo el cuerpo del príncipe. Justo entonces, una chispa de conciencia prendió en el fondo de su ser y le hizo despertar de su profundo sueño.

Con los ojos del alma, el joven pudo vislumbrar una minúscula partícula de luz y haciendo un supremo esfuerzo se dirigió hacia ella, sintiendo que se elevaba sobre un infernal círculo de fuego. Al acercarse a aquel esplendoroso fulgor, le pareció que se transformaba en un bellissimo rostro de mujer, radiante y luminoso. Ella tenía lágrimas en las mejillas y su intensa mirada lo envolvió en un círculo mágico de calor y protección. Se sintió feliz y confiado como nunca lo había estado, y se dejó guiar hacia lo alto, superando el pavor y la angustia que habían estado atenazando la esencia de su aliento.

Leonardo sintió la sangre fluir de nuevo en sus venas, abrió los ojos y miró alrededor. Se encontraba postrado en una estancia que no pudo reconocer. Las hojas de la ventana golpeaban contra un marco de piedra iluminado por una claridad lunar que a él le pareció intensa y bendita.

Sentía al fin su cuerpo, que apenas podía mover. Intentó articular alguna palabra, pero tenía la garganta tan reseca que incluso tragar le hacía daño. Respiró profundamente, y al sentir entrar el aire vivificante en sus pulmones, supo que se hallaba de vuelta en este mundo. Había conseguido cruzar la puerta, y tenía grabada en su alma un rostro que ya no le abandonaría el resto de su vida, y sabía a quién pertenecía.

El fuerte golpeteo de la ventana acabó por despertar a Gregorio, quien se levantó para ver lo que sucedía. Encendió un candil y se dirigió a cuarto en el que se hallaba su compañero. Cuando entró y encontró la ventana abierta de par en par y la ropa de cama sobre el suelo, se apresuró a cerrar los batientes y a tapar a su hermano, pero al

hacerlo le vio parpadear. Fue tal la impresión, que la lámpara se le cayó al suelo con estrépito apagándose al instante.

—¡Santo cielo! ¿Has abierto los ojos, o es mi imaginación?

Le puso la mano en la frente y la notó caliente. Le acarició las mejillas, y sucedió lo mismo.

—¡Dios mío! ¡Has regresado! ¡Has vuelto! —exclamó llorando de alegría, y salió de aquel cuarto corriendo, saltando y gritando sin poderse contener—: ¡Sor Jimena, sor Jimena! Mi hermano ha despertado, vuelve a estar entre nosotros.

A aquellas horas de la noche, se organizó un gran revuelo en el convento, pues todos se levantaron a ver lo que sucedía, madre superiora, monjas y novicias, embutidas en sus blancos camisones, corrieron a comprobar lo que Gregorio, riendo y llorando, no paraba de decir. Y así era: Leonardo había recuperado la temperatura corporal aunque tenía el cuerpo cubierto por entero de sudor. Iluminaron mejor la habitación, y comprobaron que el joven les miraba sonriente, y que incluso trataba de decirles algo y de levantar ligeramente el brazo derecho.

La abadesa, viendo la estancia invadida por tanta gente y pensando que tan ruidosa algarabía no era lo mejor para un convaleciente, ordenó de inmediato despejar la habitación y que fuese preparado un baño de agua bien caliente. Luego incorporó un poco la cabeza del doncel y le ofreció agua fresca para beber: la mayoría se le resbaló por la comisura de los labios, pero al menos consiguió tragar una pequeña porción que saboreó con complacencia. Gregorio, que se había arrodillado a la vera de la cama, le cogía las manos entre las suyas.

Lo bañaron durante largo rato, renovando el agua caliente a cada poco, y después sor Jimena le sometió a un intenso y concienzudo masaje, activando músculos y articulaciones. Más tarde le vistieron con un comfortable camisón y le ofrecieron una taza de caldo humeante, que fue tomando a sorbitos hasta apurar la última gota. A continuación la madre abadesa le reconoció la espalda, y se alegró al constatar que se podía considerar recuperado de aquellas terribles picaduras, aunque se apreciaban todavía las cicatrices de los cortes y un tono ligeramente más oscuro a su alrededor. Por último, cambiaron la ropa de cama y le volvieron a acostar, dejándole dormir plácidamente.

Más de tres días durmió el príncipe sin interrupción, y cuando volvió a despertar parecía otro. Tenía ganas de levantarse, un hambre atroz y por fin podía hablar, aunque despacio y sin levantar la voz. Gregorio le miraba incrédulo ante tan rápida recuperación.

—Por la cantidad de monjas que veo a mi alrededor, deduzco que nos hallamos en un lugar de recogimiento y oración, ¿me equivoco?

—Así es, nos encontramos en el convento de San Miguel Bajo la Piedra, y yo soy sor Jimena, la madre abadesa.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó el joven—. Ese es el nombre del lugar que yo estaba buscando.

—¿Quién te habló de este sitio tan recóndito? —le preguntó.

Leonardo miró a su hermano con cierta desconfianza antes de responder:

—Fue... un buen amigo, señora.

—No te preocupes, puedes confiar plenamente en ella, ambos le debemos la vida. Durante estos meses, esta bendita mujer y yo hemos hablado largo y tendido.

—¿Has dicho *meses*? —preguntó el príncipe con ojos desorbitados—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí postrado?

—Casi es primavera —le contestó su hermano—. ¿No escuchas el canto del jilguero a través de la ventana?

Leonardo quedó mudo de asombro ante aquella revelación.

—Ese amigo se llama Toribio, y es el abad de la abadía de Ochagavía.

—Sin duda, San Miguel ha velado por vosotros conduciéndoos hasta nuestro convento —repuso la madre superiora—. Habéis tenido mucha suerte.

—Pero decidme... ¿cómo hemos llegado hasta aquí? Recuerdo perfectamente cuando me picaron esos malditos insectos y a aquel ser que era nuestro carcelero...

Gregorio le relató de qué forma había acabado con la vida de aquel desdichado y conseguido liberarle y sacarle del túmulo. También le narró su providencial encuentro con las monjas y la evolución de su enfermedad. Sor Jimena, por su parte, le refirió la historia del monje Conrado.

—¿Qué cosa extraordinaria te ha sucedido para que vuelvas a la vida, así, de repente? ¿Y por qué estabas tan sudoroso y la ventana abierta de par en par? —le preguntaron.

—En realidad no lo sé, he estado inconsciente desde que recibí aquellas picaduras hasta ahora. Sin embargo, gracias a Conrado y a sus voraces amigos, me he dado cuenta de que poseo un valioso tesoro que debo conservar.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es ese tesoro, si puede saberse? —inquirió Gregorio.

—¡Tú! Sí, tú, no me mires con esa cara —añadió al ver la reacción de su fiel compañero—. Eres mi ángel de la guarda.

Gregorio se sonrojó hasta las orejas al escuchar aquellas agradecidas palabras y no supo qué contestar, aunque la abadesa lo hizo por él:

—Me imagino que ese sentimiento es mutuo, y no solo os honra a ambos, sino que demuestra la esencia divina del vínculo de la amistad.

A partir de aquel día, el príncipe se dedicó por completo a recuperar la forma física, tarea en la que su hermano le ayudaba.

Algún tiempo después, una tarde primaveral, hallándose ambos descansando a la sombra de los nogales, vieron venir a tres hombres montados a caballo completamente embozados. Sin duda se dirigían al convento, por lo que se ocultaron precipitadamente detrás de los troncos y observaron.

Varias monjas salieron a recibir a los recién llegados y les invitaron a desmontar,

guiando unas las caballerías a los cobertizos y acompañando otras a los visitantes hasta el interior del convento. Sor Jimena salió a su encuentro presa de gran curiosidad y, tras hablar con ellos brevemente, les hizo pasar a su gabinete. Poco después, la abadesa salió de nuevo y fue directa en busca de los dos hermanos, quienes se la quedaron mirando expectantes.

—Solo una misión importante puede haber hecho a esos hombres aventurarse por estas sierras. Me han preguntado por vosotros.

—¿Han dicho quiénes son? —interrogó Leonardo.

—Dicen que vienen de parte del abad Toribio, y aseguran que os conocen. El que se ha dirigido a mí se llama Carlos y dice ser un monje.

—Describidnoslo un poco —rogó Gregorio.

—Es alto y bien parecido, un poco mayor que vosotros y por la forma en que se expresa, parece muy instruido.

—¡Es él sin duda! ¡Vayamos a verle cuanto antes!

Cuando los dos jóvenes entraron en el gabinete, reconocieron a golpe de vista a su querido tutor y se le echaron encima, abrazándole con tanto entusiasmo que por poco lo tiran al suelo. Pasados esos primeros momentos, miraron a sus dos compañeros. Al primero, hombre entrado ya en años, de barba crecida y completamente calvo recordaban haberlo visto en la abadía. Al segundo, un tipo singular por su reducida estatura aunque de fornido aspecto, se le quedaron mirando un rato y este, sin esperar a que hablasen, les espetó:

—Estas ásperas tierras serían propicias para que volviésemos a cazar alimañas lobunas, ¿no os parece, muchachos?

—¡Juan Bradley! —exclamaron al unísono.

—¿Qué haces aquí, tan lejos de tu tierra? —preguntó el príncipe, abrazándole como lo haría un oso del bosque.

—Mi rey me ha ordenado que sirva de guía a estos monjes. Por las cosas que Carlos me ha ido contando, me di cuenta enseguida de que os buscaban a vosotros, y así se lo hice saber.

—¿Y los lobos?, ¿han vuelto a aparecer? —preguntó Gregorio, que también lo saludo con efusión.

—No en este invierno, a Dios gracias. Parece que les dimos un buen escarmiento.

—¿Y tu familia cómo se encuentra? —inquirió el príncipe.

—Perfectamente, no me puedo quejar.

—Muchachos, quiero presentaros a Guillermo de Trouville, buen amigo y persona cabal donde las haya —dijo su amigo señalando al otro monje, a quien los chicos saludaron cordialmente, y continuó—: No os podéis imaginar el peso que me habéis quitado de encima al veros aquí recogidos, vivos y con salud. Muchos os creen muertos.

—¿Nuestros padres viven? —pregunto angustiado Gregorio.

—Estad tranquilos. Cuando huisteis detrás de aquel carro en llamas el ataque cesó

y los asaltantes se retiraron. Ninguno de vuestra casa fue muerto o herido. Sin embargo, vuestro maestro de armas fue hecho prisionero.

—¿Rodrigo, prisionero?, ¿qué ha sido de él? —interrogó el príncipe, mordiéndose los labios.

—Mi abad no ha sido demasiado explícito en eso; tan solo nos ha dicho que sabe que está bien y que Dios vela sus pasos.

—Entonces no todo está perdido. ¡Seguro que algo podremos hacer para liberarle! —manifestó Leonardo.

—Espera, aún he de contaros lo peor. El rey de Iberia ha invadido nuestro reino con un poderoso ejército.

Aquello fue un auténtico mazazo. Su preceptor les contó en sucintas palabras lo valerosamente que se les había plantado cara a la salida de la Ciénaga del Olvido, aunque al final no hubo más remedio que retroceder.

—Cuando partimos hacia aquí, la abadía estaba siendo desalojada y los vecinos del valle, entre los que se encontraba vuestra familia, se dirigían al castillo de Olite para ponerse a salvo. Tras esa primera batalla, el consejo real se reunió en la abadía y todo el mundo salió de ella con la firme resolución de resistir y plantar cara al adversario.

—Por lo que nos has contado, hace ya más de tres meses que dejasteis el valle. ¿Cómo es que habéis tardado tanto tiempo en llegar hasta aquí?

—Nos costó bastante dar con Juan Bradley, y cuando por fin lo encontramos, se hallaba en casa con una pierna rota. Pensamos en continuar Guillermo y yo solos, pero entonces la nieve lo sepultó todo y nos vimos obligados a quedarnos allí en espera de que los caminos se despejasen y de que Juan se recuperase lo suficiente para poder andar.

—Gregorio, después de escuchar todo esto, pienso que deberíamos regresar cuanto antes a nuestra tierra. ¿A ti qué te parece?

—¿Qué me va a parecer? Estoy completamente de acuerdo.

Sor Jimena, que hasta ese momento había estado escuchando sin intervenir, propuso a los recién llegados que se sentasen en el claustro a descansar mientras se preparaba la cena y se ponían a punto las provisiones, para que aquella pequeña compañía emprendiese el camino de regreso.

Tras la cena, los cinco hombres se reunieron alrededor de un buen fuego a charlar animadamente, hasta que Carlos y sus fieles compañeros, vencidos por el sueño, pidieron permiso para retirarse a dormir. Aquellos duros aunque limpiísimos catres les parecieron a los tres amigos lechos dignos, si no de dioses, sí al menos de auténticos héroes.

Por la mañana temprano, antes de partir, el príncipe quiso hablar un momento a solas con sor Jimena.

—Mi querida madre abadesa, nunca os agradeceré lo bastante todo lo que habéis hecho por nosotros. Por eso no quisiera irme de aquí sin despejar algunas dudas sobre

mi historia que mi hermano, por prudencia, no ha podido aclararos.

—Adelante hijo, te escucho —dijo sor Jimena invitándole a sentarse frente a ella en su gabinete.

—Veréis. Yo soy hermano adoptivo de Gregorio. Me crié en su casa desde muy pequeño y siempre he considerado a sus padres y a él mi auténtica familia. Sin embargo, mis verdaderos progenitores perecieron ambos en trágicas circunstancias al poco de yo nacer. El causante de su desgracia fue el hermano de mi padre, quien, cegado de ambición, cometió la mayor de las infamias.

»Alguien que me es muy querido y que también lo era de mi padre consiguió ponerme a salvo. Durante todos estos años he vivido privado de mis derechos, lejos de mi tierra y de la ira de mi mal llamado tío, que me creía muerto. Pero hoy su perfidia todavía me persigue, porque recientemente conoció de mi existencia y continúa empeñado en buscar mi ruina.

—Dices que has vivido privado de tus derechos. ¿Quiénes eran tus padres?

—Eduardo de Onís y doña Beatriz, reyes de Iberia, y mi tío Jaime es el usurpador que desde entonces esclaviza a mi pueblo, quien, como oísteis ayer de labios de Carlos, ha invadido el reino del Pirineo.

—Ahora todo encaja —manifestó la madre abadesa, que había escuchado con pesar y tristeza aquella dolorosa historia—. Querido muchacho, por todo lo que os he oído, me consta que la situación es extremadamente difícil, pero existe una justicia divina que no ha de permitir que tu pariente se salga con la suya. A no mucho tardar será castigado y arderá en las llamas del infierno. Ve tranquilo, pues estás bajo la protección de San Miguel y la de tus propios padres.

—Lo sé —contestó el joven, cogiéndole las manos y besándoselas en señal de agradecimiento y respeto.

—Cuando veáis a Toribio, dadle recuerdos de mi parte —le pidió aquella buena e inteligente mujer.

—No os quepa duda de que se los daré.

Con el astro solar ya a la vista, la reducida comitiva, guiada por Juan Bradley, se puso en marcha y la comunidad al completo, con lágrimas en los ojos, salió a despedirles.

En el valle de Salazar, la gruesa capa de nieve, cual asustada milicia, se batió en retirada diluyéndose en un sinfín de arroyuelos y empapando la tierra. Los envites del sol, cada día más radiante, y la prodigiosa memoria del reloj eterno hicieron recordar a sus reinos que debían despertar y la naturaleza, obediente a la llamada, se desperezó de su sueño. El bosque, cubierto una vez más de verdes ropajes, cobijó a sus alegres y despreocupadas criaturas y los campos, teñidos de color, renovaron la promesa de sustento a sus atribulados pobladores.

Durante los meses transcurridos desde la conquista del castillo de Olite habían sucedido muchas cosas. Froilán había cumplido su promesa y en poco tiempo logró la sumisión de todo el reino sin necesidad de más batallas ni matanzas: las plazas fueron capitulando una tras otra, incluido el alcázar del Paso, último reducto en rendir las armas.

Muchos de los soldados de Alfonso, quién sabe si por miedo o por codicia, aceptaron el ofrecimiento del nuevo rey y se unieron a sus huestes, haciendo bueno el dicho de que la memoria de los hombres es tornadiza y desagradecida. Los que permanecieron leales a Alfonso, en cambio, se disgregaron y ya no representaron oposición para los conquistadores.

En cuanto a los pobladores, vivían bastante peor que antaño, puesto que el nuevo señor, contradiciendo sus suaves y engañosas palabras, les despojaba del fruto de su trabajo y de los mejores de sus hijos.

Anselmo, como era de esperar y siguiendo las preferencias de Froilán, fue elegido abad de forma natural, dado que siempre le habían visto próximo a Toribio y nada sabían de su traición. Eso, unido al oro que había recibido en pago de sus servicios, hizo que aquel ladino se sintiera en la cima del mundo. Más aún, lejos de sentirse mortificado por los remordimientos, se hallaba convencido de que con sus acciones se había ganado un puesto en los cielos.

¿Y qué decir de Venancio? A este bribón sí que la conciencia no le turbaba en absoluto, puesto que carecía de ella. Enseguida se le pudo ver como dueño y señor de las tierras usurpadas. Ataviado con costosos ropajes y a lomos de un borrico magníficamente enjaezado, trotaba a diario a lo largo y ancho del predio otorgado. Su mujer, siempre de pocas luces, no le iba a la zaga a su marido: le faltó tiempo para poner a buen recaudo el oro recibido y tomar posesión de la casa de Diego Albar y Elvira, los cuales tuvieron que soportar las vejaciones y abusos de aquel par de desalmados, esperando tiempos mejores.

Por su parte, Alfonso y los suyos, que seguían reclusos en la torre, habían aguantado todas las presiones para capitular. Ni argucias ni amenazas habían valido en ese empeño. No obstante, el rey sabía que, gracias a las expectativas que Jaime



tenía sobre su hija, hasta ahora no se habían empleado medios más contundentes para obligarlos a rendirse, pero intuía que la paciencia del usurpador tenía un límite y que esta se encontraba a punto de acabarse. Aunque Cecilia nada decía al respecto, su nerviosismo se hacía cada día más patente, lo cual hacía aumentar la preocupación de todos a su alrededor. La joven, sintiéndose entre la espada y la pared, se propuso escapar, y así se lo hizo saber a sus mayores.

—Pero el torreón está estrechamente vigilado día y noche, y no hay nadie fuera que te pueda auxiliar —objetó el rey.

—Sabéis que soy ágil y fuerte. No creo que me resultase muy difícil descolgarme con una cuerda hasta el suelo. Entonces, correré hasta el adarve y salvaré la muralla.

—Te verán y serás capturada —afirmó su madre espantada.

—La luna tardará en salir esta noche. Lo haré todo envuelta en la oscuridad y nadie percibirá mi presencia. Si consigo alcanzar el bosque, estaré a salvo. Sabré ocultarme y defenderme si es preciso.

—Eso es una locura y no lo he de consentir —atajó el rey.

—¿Acaso tenéis una alternativa mejor, padre?

Tras un largo y penoso silencio, Alfonso contestó:

—No, no la tengo.

—Querido padre —dijo la princesa, abrazándose a él tiernamente—, bien sabéis lo que sucederá si me quedo aquí. Prefiero correr cualquier riesgo, por peligroso que sea, antes que unirme por la fuerza a ese hombre.

—Perdonad mi intromisión, majestad, pero creo que vuestra hija, en esta hora decisiva, tiene razón —intervino Toribio después profunda reflexión.

—¿Qué decís vos, madre?

—Que tienes mi bendición, hija mía —respondió con ojos llorosos.

El monarca, rendido ante la determinación de su hija, dio su aprobación al proyecto, mas puso como condición que la acompañara una persona de confianza, a lo que la princesa se negó, por considerar que tendría mayores posibilidades de éxito si iba sola. Tras breve discusión, Cecilia se salió con la suya y comenzaron los preparativos de huida.

Ese mismo día, llegaron cabalgando al galope dos correos procedentes de Iberia, cuyas noticias hicieron cundir la alarma. Al parecer, hacía apenas dos semanas se había producido una auténtica rebelión que se extendía como un fuego en el estío por todos los rincones del reino. Numerosos grupos armados asaltaban y hostigaban por doquier sin que hubiera fuerzas suficientes para contenerlos, y se solicitaban refuerzos de inmediato. Esta noticia terminó de exasperar a Jaime, quien se dijo que ya no iba a esperar más: o salían de aquella torre por su propia voluntad, o la arrasaría hasta los cimientos.

Sobrevino una noche oscura. A trechos, las nubes ocultaban el fulgor de las estrellas,

y solo algunas antorchas conseguían desvelar una mínima porción de aquellas tinieblas. A medianoche y ataviada de negro, la muchacha fue descolgada por la cara norte del torreón. Cuando llegó al pie del mismo, los de arriba soltaron la cuerda, que ella recogió y se echó al hombro.

Con paso felino rodeó la pétrea construcción y se asomó al patio de armas. Todo parecía tranquilo y en silencio, así que reemprendió su camino logrando acceder al adarve. Envuelta en la oscuridad, se apostó en uno de los baluartes, desde donde estudió las idas y venidas de los centinelas, hasta que seleccionó el lugar más conveniente para tratar de escapar. Luego se acercó allí sigilosamente, anudó la cuerda a una de las almenas y lo dejó caer al vacío. A continuación apresó aquel hilo de salvación entre sus manos y, sin titubear, comenzó a descender por el exterior de la muralla.

No había llegado aún al suelo cuando un centinela, por el ruido del roce, descubrió la sogá. Dando la voz de alarma, disparó varias flechas hacia abajo. Seguidamente terminó por sacar la espada y cortar la cuerda de un golpe, que fue acompañado de un rumor apagado, como el de un fardo al caer.

Al punto, una patrulla salió del castillo y, a la luz de las antorchas, localizó el cáñamo cortado al pie del muro. Unas ligeras huellas y un reguero de sangre señalaban el lugar por el que había huido el evadido. Se encaminaban hacia el oeste, pero allí solo estaba el gran bosque, un sitio muy poco propicio para dar cobijo a un fugitivo; las alimañas darían buena cuenta de él. Así pues, decidieron regresar para poner al corriente al senescal, quien preocupado por las noticias de la rebelión en Iberia, no le dio al asunto importancia.

Al amanecer, la patrulla reinició las pesquisas donde las había dejado. No averiguaron nada significativo; solo corroboraron que aquel individuo, quienquiera que fuese, se había internado en la espesura y estaba herido. Durante un trecho intentaron seguir el rastro, pero viendo que era esta tarea imposible, regresaron al castillo y se dio por zanjada la cuestión.

Esa misma mañana, Jaime se levantó dispuesto a cumplir su amenaza y le hizo saber a Alfonso su intención de demoler la torre con ellos dentro si no cedían a sus exigencias. Por la forma en que se expresaba, el soberano del Pirineo supo que su adversario hablaba muy en serio, por lo que decidió rendir la plaza para evitar males mayores.

Pero cuando el rey de Iberia accedió a la torre del homenaje y comprobó que la princesa no se encontraba con sus padres, la cólera se apoderó de él.

—¿Dónde está tu hija, viejo decrépito? ¿Dónde está? —gritó fuera de sí—. ¡Rápido, registrad el torreón de arriba abajo! Tiene que haberse escondido en algún lugar. ¡Encontradla!

Sus hombres obedecieron, pero la joven no apareció. A empellones y patadas hizo

salir a los cautivos de la torre y los reunió en el patio de armas.

—Vas a decirme ahora mismo dónde se encuentra tu hija —advirtió Jaime en tono amenazante.

—Creo que te has engañado todos estos meses dando por supuesto que Cecilia se encontraba con nosotros —respondió Alfonso aparentando una calma que estaba muy lejos de sentir.

—¿Pretendes burlarte de mí?

—Nada más lejos de mi intención. Mi hija se encuentra a salvo, fuera de tu alcance. Solo yo sé dónde está.

—¡Pues tendrás que decírmelo, porque si no, juro que lo vas a pagar muy caro! —le contestó crispado.

—Ya lo estoy pagando, mas nunca te revelaré su paradero. Puedes torturarme, mutilar mi cuerpo si quieres, pero bien sabe Dios que no he de decirte una palabra —sostuvo Alfonso con determinación.

—Créeme, no será necesario llegar a tanto —contestó taimadamente el usurpador.

Y allí, delante de todos, conociendo en cuánta estima se tenía al abad, el déspota tiró de un empujón al venerable anciano al suelo. Después le arrastró por los cabellos hasta un tocón de madera en el que descollaba un hacha clavada, la cogió con parsimonia y le sujetó un brazo contra el tronco.

—Empezaré por su brazo. Si estimas en algo la vida de este hombre y no quieres ser responsable de la carnicería que estoy a punto de iniciar, me dirás dónde se esconde.

—¡No se lo digáis, mi señor! Mi vida no tiene importancia —gritó Toribio, sin resistirse a la agresión.

—¡Tú calla, perro! —aulló Jaime—. ¿Qué me respondes... mi estimadísimo suegro?

Alfonso tenía la frente perlada de sudor. Durante algunos instantes, aquel rey, aquel padre, pareció dudar, mas finalmente contestó con aparente sangre fría:

—Puedes hacer con él lo que quieras. ¡Nunca sabrás dónde se encuentra Cecilia!

Jaime supo de inmediato que no conseguiría nada con intimidaciones, e incluso así, levantó el hacha, la mantuvo en lo alto un segundo y descargó el golpe fatal.

Margarita no pudo contener un grito de horror. El tocón se había partido en dos; sin embargo, el brazo del monje seguía intacto.

—Llevadlo a las mazmorras; quizás allí entre en razón —ordenó el rey refiriéndose a Alfonso—, y haced lo mismo con su confesor. En cuanto a los demás, encadenadlos a todos y llevadlos a sus aposentos, y nos les deis comida ni bebida hasta nuevo aviso.

Después de aquello, Jaime estimó necesario regresar a su reino. Pensaba que con la muerte de Rodrigo Cortés se extinguiría aquella pertinaz rebeldía, pero parece que se

había equivocado. Ahora que acababa de conquistar un reino, no estaba dispuesto a perder el suyo propio. Debía aplastar a los insumisos.

Dos días más tarde, acompañado de su lugarteniente partió con el grueso de su ejército, dejando apostado en el castillo un destacamento fuertemente armado. Por supuesto, no quiso dejar allí a los padres de la princesa, y prefirió trasladarlos con él a su fortaleza.

Escondidos tras unas peñas, cinco pares de ojos vigilantes vieron pasar a aquellas huestes, y enseguida se percataron de que las cosas no marchaban bien por allí.

—Por lo que se ve, tu tío ha conseguido su propósito —exclamó apesadumbrado Gregorio—. ¿Adónde se dirigirán ahora?

—Demasiadas tropas me parecen para ir tan solo de visita a la abadía —afirmó Carlos, con semblante pensativo—. ¿Y qué habrá sido de la familia real y del abad?

—Necesitamos saber qué es lo que ha sucedido, y no creo que nadie por aquí nos lo pueda explicar, al menos de buen grado —manifestó acertadamente Juan Bradley, que se había negado a abandonar a sus amigos.

—Quizás en la abadía nos podamos enterar de algo más —sugirió Guillermo de Trouville, quien durante el viaje se había granjeado el aprecio de los dos hermanos.

—Tal vez —le contestó Carlos—. Lo malo es que no sabemos cuál es ahora la situación allí ni cómo seremos recibidos. Hace ya varios meses que faltamos, y no hay duda de que nos preguntarán de dónde venimos y qué hemos estado haciendo durante todo este tiempo. Debemos pensar en una buena justificación.

—Podríamos decir que fuimos enviados a poner a salvo una reliquia, por ejemplo... —sugirió el de Trouville, que poseía una desbordante imaginación.

—¿En qué reliquia estás pensando? —preguntó el otro monje extrañado.

—Pues... ¡Ya lo tengo! Un fragmento de la Vera Cruz que el abad tenía bajo su custodia personal —propuso Guillermo, convencido de lo acertado de su ocurrencia.

—Y cuando os pregunten sobre el lugar al que lo habéis llevado, ¿qué vais a responder? —advirtió el príncipe.

—Diremos que ahora se halla a buen recaudo en el convento de San Miguel Bajo la Piedra.

—¿Y si enviaran a alguien a comprobarlo? —objetó Gregorio.

—No darán con él, y si nos obligan a acompañarles, nos perderemos adrede. Sería como buscar una aguja en un pajar —aseguró el monje sin darle importancia.

—No me parece mala idea, pero hemos pasado demasiado tiempo fuera de la abadía —objetó Carlos—. ¿Cómo justificaremos eso?

—Muy fácil. El invierno ha sido muy crudo y se trata de un paraje muy alejado e inaccesible. Solo cuando caminos y sierras se han visto despejados del hielo y la nieve, hemos podido emprender el regreso.

Leonardo meditó unos instantes la idea del monje, hasta que dijo finalmente:

—Suenan bastante creíbles, ahora solo falta ponerla en práctica. Entre tanto, Juan, Gregorio y yo nos acercaremos a nuestra casa y trataremos de echar un vistazo y comprobar cómo están las cosas por allí.

Tres días tardaron en llegar a la abadía, pues numerosas patrullas, que sin cesar deambulaban de un lado para otro, les obligaron a dar un amplio rodeo.

Por fin, aquella mañana primaveral, dos monjes sudorosos y cansados llamaron a las puertas de Ochagavía. Cuál no sería su sorpresa al ser recibidos por soldados en lugar de religiosos, que tras preguntarles quiénes eran y qué hacían allí, los condujeron a punta de lanza a presencia de Anselmo.

El nuevo abad los recibió en la sala capitular. Su primera reacción de asombro se tornó rápidamente en desconfianza mal disimulada.

—Pensé que habíais colgado los hábitos, aunque ya veo que no es así —les interpelló Anselmo, recostado en su sitial.

—¿Qué haces ahí sentado? —le echó en cara Carlos—. Si te viera el abad, te reprendería y con razón.

—Yo soy ahora el abad de Ochagavía. Vuestros hermanos me eligieron como su mentor y guía después de que Toribio fuera depuesto.

—¿Un nuevo abad? Pero... ¿quién y con qué autoridad ha depuesto a Toribio? —inquirió Carlos confundido.

—Si tienes ojos en la cara, habrás podido percartarte de que otro señor gobierna en nuestro valle. Él ha sido quien lo ha destituido, y no solo eso: lo ha declarado su enemigo, y como tal lo trata.

Al escuchar aquellas palabras, los dos monjes se miraron atónitos.

—Si deseáis seguir perteneciendo a esta comunidad, desde este momento deberéis acatar mi autoridad y tratarme con el debido respeto. No toleraré ninguna indisciplina, y a la más mínima muestra de desprecio o descortesía por vuestra parte, seréis expulsados de aquí. ¿Queda claro?

Carlos se mordió los labios en un intento de contenerse. Fue el de Trouville quien, haciendo gala de un gran dominio de sí mismo, contestó por los dos:

—Mi señor abad, perdonad a mi compañero, os lo ruego. Es un monje joven al que le cuesta entender lo que ha sucedido, pero no tengáis recelo alguno, yo se lo explicaré y él lo ha de comprender. Creo que ambos podemos ser de gran utilidad para vos.

—De acuerdo, depositaré un voto de confianza en vosotros. Y ahora decidme: ¿adónde os envió Toribio? ¿Y por qué habéis tardado tanto en regresar?

Los monjes, resignados, le contaron a Anselmo lo que ya habían previsto, adornándolo con tal lujo de detalles que resultó del todo convincente.

—Lo que no entiendo es por qué Toribio guardaba para sí una reliquia tan importante.

—Señor —repuso Carlos, imitando las buenas maneras de su camarada—, el anterior abad era custodio personal de esa insigne reliquia por encargo directo de Roma. Su intención, sin duda, era ponerla a salvo cuando las tropas invasoras sitiaron el castillo de Olite, para que no sufriera ningún daño.

—Pero un exvoto de tal relevancia exaltaría la fe. Si se hallase aquí con nosotros, podríamos convertirnos en centro de peregrinación para toda la Cristiandad —exclamó Anselmo en un arranque místico.

—No se nos había ocurrido, pero ahora que lo decís, es cierto —ratificó Guillermo de Trouville, y con una mirada de adoración fingida, añadió—: Cómo se ve que el Espíritu Santo derrama ahora su gracia sobre vos.

—Id con Dios. Necesito orar y reflexionar. Más tarde seguiremos hablando —dijo el nuevo abad extendiendo hacia ellos su mano izquierda.

Los dos monjes se arrodillaron ante él, besaron el grueso anillo que les mostraba y se retiraron.

Los jóvenes hermanos y Juan Bradley decidieron aproximarse a la casa de sus padres ocultándose entre la vegetación que crecía a orillas del río. Agachados y en silencio, cruzaron los huertos cercanos. Desde allí, escondidos entre hortalizas y legumbres, podían observar los accesos a la casa, el henil, y más al fondo, los establos. En la era, algunas personas conocidas trabajaban con desgana, mientras que varios soldados a caballo parecían montar guardia frente a la casa.

No llevaban mucho vigilando cuando reconocieron a Diego abandonando los establos con un hato de vacas. El corazón de los muchachos comenzó a latir con fuerza y mirándose ambos, en un signo de mudo entendimiento, acordaron seguirle.

Diego condujo el ganado hasta un prado bastante alejado de la casa, al fondo del cual destacaba un bosquecillo de fresnos en flor. Hacia allí se dirigieron los tres y se escondieron detrás de los troncos, esperando la ocasión. Mientras los apacibles rumiantes pastaban despreocupados, su pastor recortaba y limpiaba el contorno de zarzas y maleza con una hoz. De vez en cuando, Diego se paraba como abstraído y se le oía murmurar en voz baja.

En esto, un perrazo le pasó por el lado y corrió como una centella hacia la fresneda.

—Ulises, ¡Ulises! Vuelve. ¿Dónde vas?

Pero el can, que había desaparecido entre los árboles, no ladraba ni daba señales de vida. Sujetando la hoz entre las manos, Diego se encaminó hacia el fondo de la pradera. Lo encontró meneando el rabo y lamiéndole la cara a un desconocido que, echado sobre el suelo, reía sin parar. A Diego le dio un vuelco el corazón, porque aquella risa le resultaba familiar.

—¡Ulises, ven aquí! —le llamó de nuevo, pero el animal no obedeció.

—¿Acaso no me conocéis, padre? —dijo Leonardo, quitándose a Ulises de

encima e incorporándose.

—¡Hijo! ¡Hijo mío! ¡Dios sea loado! ¿De verdad eres tú?

—Sí, y no estoy solo.

De entre los fresnos salió entonces un sonriente Gregorio, y tras él, su menudo compañero.

—¡Hijos de mi corazón! Tantos meses sin saber nada de vosotros... Esto es un milagro —dijo, y los tres se fundieron en un intenso y largo abrazo, riendo y llorando de felicidad.

—Ven, Juan, acércate. Este hombre de aquí es Diego Albar de Belagua, nuestro querido padre —le dijo el príncipe—. Padre, él es Juan Bradley, leal amigo y compañero de viaje. No le juzguéis por su pequeña estatura, pues en realidad es un gran hombre.

—Bienvenido seas, Juan —le saludó Diego con un fuerte apretón de manos.

—Gracias, señor.

—Hijos míos... Os tengo aquí delante de mí, y aún no me lo puedo creer. Tenéis que contarme qué os ha sucedido durante todo este tiempo —y levantando rápidamente la mano y susurrando, añadió—: pero aquí no, adentrémonos un poco más en la floresta. Hay oídos por todas partes.

Y Gregorio y Leonardo así lo hicieron. Aquel hombre discreto y sensible sufrió al escucharles, imaginándose los indecibles peligros a los que sus muchachos se habían visto expuestos.

—Padre, ¡alegrad esa cara! Hemos vuelto a casa sanos y salvos —le animó Gregorio, dándole otro abrazo.

—Sí, lo sé, pero las cosas han cambiado mucho desde que os fuisteis. —Y acto seguido, fue el turno de Diego de ponerles al corriente sobre los terribles hechos que habían sucedido en Salazar mientras habían estado ausentes.

—En cuanto le eche la vista encima a esa sabandija de Venancio, le voy a estrujar entre mis manos como si fuese un limón. ¡Lo juro! —aseguró Gregorio, acompañando con el gesto su amenaza, a lo que su padre le reconvino:

—Ni se te ocurra. Si lo haces, todos lo pagaríamos muy caro.

—Perdonadme, padre, pero ¿cómo podéis aguantar los ultrajes de esa alimaña? —casi le reprochó Gregorio.

—Porque de momento no tengo más remedio. Además, ese zorro disfrazado de petimetre sabrá mucho de moler grano, pero poco de las fatigas del campo, y mal que le pese, me necesita, así que no sufráis por mí.

—¿Cómo se encuentra madre? —se preocupó Leonardo.

—Está bien, dentro de lo que cabe. Ahora la mujer del molinero se considera una gran señora y la ha tomado a su servicio.

—Volviendo a la victoria de Jaime —intervino el príncipe—, sigo sin comprender cómo pudo tomar el castillo con tanta facilidad.

—Muy sencillo: las tropas asaltantes encontraron bajado el puente levadizo.

—¿Cómo? Pero eso no es posible —se quejó Leonardo.

—Solo si hubo alguien que le dejara el paso franco desde dentro.

—¿Queréis decir un traidor? —preguntó Juan Bradley.

—Uno o varios, sí. Pero nadie tiene indicios de quién pudo causar tal afrenta.

—Dices que a los paisanos os apresaron un tiempo y que luego os dejaron marchar pero ¿qué le sucedió a la familia real? —preguntó Leonardo muy atribulado, pensando en el posible destino de su amada.

—Tuvieron tiempo de refugiarse en la torre del homenaje; me parece que Toribio estaba con ellos. Cuando nos hicieron abandonar el castillo allí seguían, pero ayer mismo, un grupo de soldados que pasó por aquí le contaron a Venancio que el rey del Pirineo finalmente se había rendido.

—En tal caso, mi tío los habrá hecho prisioneros, o quizás algo peor... Debemos averiguar qué ha sido de ellos.

—¿Qué es lo que pensáis hacer a partir de ahora?

—Necesitamos recabar más información; después ya se verá —contestó Leonardo—. Bueno, padre, tenemos que dejaros ya.

—Antes de que os vayáis, me gustaría daros un consejo. Aunque seáis jóvenes, deberéis tener la paciencia y la cordura de los viejos, porque la impulsividad solo puede conducirlos a la perdición. En cuanto a vos, Bradley, que además de gigante me parecéis un hombre juicioso, cuidad de ellos en la medida en que os sea posible.

—Así lo haré, señor, os doy mi palabra.

—Adiós, padre. Mantened en secreto este encuentro.

Y embargado por la emoción, Diego se despidió nuevamente de sus hijos, y mientras se alejaban pensó: «Dios mío, permíteme volverles a ver».



Carlos y Guillermo de Trouville pronto se incorporaron a la rutina de rezos y labores de la vida monacal.

Anselmo, al contrario de su antecesor, era un abad poco paciente con las debilidades ajenas y acostumbraba a ensañarse con los más torpes. Solo parecía preocuparle el cuidado y atención de su persona, que mostraba en aquellos días una marcada inclinación al boato. Pero eran sus falsos aires de misticismo y su engañosa piedad lo que más contrariaba a Carlos, quien a los dos días de su regreso en la abadía, ya apenas podía tolerarle.

El todavía joven monje dedicaba gran parte de su tiempo a restaurar viejos manuscritos y a copiar e ilustrar otros nuevos. En el *scriptorium*, uno de los hermanos le informó de que desde hacía poco tiempo había un prisionero en la abadía. Que él había visto, por casualidad, cómo lo traían de noche cargado de cadenas, aunque no había podido distinguir su cara. En cuanto pudo, Carlos le comunicó la noticia a su amigo Guillermo, y ambos se pusieron a indagar.

Al día siguiente, cerca de la hora nona, el de Trouville tuvo que bajar a los almacenes subterráneos a por víveres. Ya iba a abrir la puerta, cuando dos guardias salieron de entre las sombras y le cerraron el paso.

—¡Bendito sea el Señor! Me habéis dado un susto de muerte. ¿Qué hacéis vosotros aquí?

—Somos nosotros los que hacemos las preguntas —respondió uno de los soldados—. ¿Quién eres tú? No te habíamos visto antes.

—Soy Guillermo de Trouville. Me mandan de las cocinas a buscar un saco de harina. Pero ¿a qué viene tanta prevención? Esta es la casa de Dios y, que yo sepa, los puerros y las alubias no merecen tan estrecha vigilancia...

—Nadie puede entrar al almacén sin la autorización del abad.

—Ya veo. Supongo entonces que el señor abad, y apuesto que vosotros también, os quedaréis sin cenar esta noche.

Los guardias le miraron con recelo, pero no contestaron.

—Vamos, será solo un minuto. Entraré, cogeré mi saco de harina, y me iré. Podéis acompañarme si queréis.

—¡Te hemos dicho que por aquí no pasa nadie sin autorización! De modo que no insistas —le dijo el soldado en actitud amenazante.

Así que, ni corto ni perezoso, el monje fue a pedirle a Anselmo su beneplácito, quien, como no quería quedarse sin cenar, no tuvo más remedio que otorgárselo.

Antes de acostarse, los dos camaradas se encontraron en los corredores del claustro y acordaron someter a vigilancia los accesos a los sótanos. Pronto descubrieron que, a diario, Anselmo bajaba provisto de un hatillo. Guillermo intuía

que dentro había comida, pero ¿comida para quién?

Algunos días más tarde, el ayudante de cocina recabó dos lustrosas perdices con las que preparó un magnífico estofado. Cuando los adustos guardianes le vieron aparecer con aquel guiso humeante acompañado de una jarra de vino, le contemplaron sorprendidos.

—No me miréis con esa cara —les dijo—. Sé que nuestra comida es frugal y poco apetitosa, y no me parece justo que unos aguerridos soldados, que no han hecho voto de pobreza, tengan que sufrir nuestros rigores. Por eso, como muestra de desagravio, os he preparado este viático. Espero que os guste.

Los guardianes no sabían qué decir.

—Bueno, si no lo queréis, buscaré a algún otro con quien compartirlo; entre los dos daremos buena cuenta de él.

—No, no, por favor, no te lo lleves —dijeron casi al unísono ambos echándose encima—. Ya es hora de que alguien se acuerde de nosotros. Gracias.

Aquella noche, la vigilancia se relajó tanto que brilló por su ausencia, como era de esperar. Después del yantar y, sobre todo, del buen vino, los soldados quedaron profundamente dormidos al pie de la escalera que custodiaban, circunstancia que Guillermo aprovechó para descender de nuevo a los sótanos.

Estos ocupaban un gran espacio abovedado, con dos zonas bien diferenciadas: la más extensa estaba dedicada a almacenaje y la más reducida, sin un uso definido, contenía lo que parecían ser cuatro celdas diminutas, selladas con macizas puertas de roble cerradas con llave. Si de verdad había un prisionero allí abajo, debía hallarse a la fuerza en alguna de ellas.

Sigiloso, el monje acercó la oreja a una de las puertas, mas nada especial pudo oír; golpeó con los nudillos suavemente, con el mismo resultado. Repitió la operación con otra y otra más, hasta que en la última pudo escuchar un claro rumor.

—Soy un amigo. ¿Quién anda ahí? —preguntó Guillermo en voz baja.

Nadie contestó.

El monje insistió varias veces, sin obtener respuesta. «Bueno, al menos ya sabemos dónde se encuentra el misterioso prisionero», pensó para sí. Luego salió deprisa de los sótanos, no fuera que se despertaran sus carceleros.

A primera hora de la mañana del día siguiente, Carlos salió por la puerta funeraria de la iglesia abacial provisto de una azada y a largas zancadas se encaminó hacia el huerto.

Todos los días, Leonardo acudía allí puntual y, agazapado entre las plantas, esperaba la llegada de su amigo. Al fin, después de varios días de esperas infructuosas, el monje apareció y se puso a remover la tierra.

—Siento haberte dado plantón estos últimos días —dijo Carlos en un murmullo, como platicando consigo mismo y sin dejar de cavar.

—¿Habéis descubierto entonces algo interesante?

—Solo que esconden en los sótanos de la abadía a un prisionero.

—¿De quién se trata?

—Aún no lo hemos averiguado, pero debe tratarse de alguien importante.

Anselmo ha tomado muchas medidas de seguridad.

—¿Anselmo? No te entiendo.

—Se han producido cambios relevantes aquí. Él es actualmente el nuevo abad.

—No me dijo mi padre nada de eso el otro día.

—Quizás él no se dio cuenta de decírtelo. El caso es que da la impresión de que Anselmo estuviese colaborando con el enemigo. Esa comadreja siempre me pareció un ladino y un desaprensivo.

—No era esa la impresión que de él tenía el abad Toribio.

—Créeme, nuestro abad siempre fue la bondad personificada y consideraba a ese hombre como un hijo pródigo al que se podía redimir.

—Hemos de averiguar la identidad del prisionero y tratar de contactar con él. Me disfrazaré de monje y os ayudaré.

—De acuerdo. Mañana te traeré un hábito y entrarás conmigo en la abadía —remachó Carlos antes de despedirse.

Un día después, Guillermo de Trouville, se encargó él mismo de subir la cena a los aposentos del abad, que se encontraba un poco indispuerto. A continuación, preparó un opíparo tentempié para sus conocidos, los carceleros, en esta ocasión a base de conejo y arroz. En ambos refrigerios había echado unas gotitas de un poderoso somnífero que había cogido de la botica esa misma tarde.

Pasada la medianoche, una sombra furtiva se coló en el dormitorio del abad y, con dedos hábiles, sustrajo un grueso manojó de llaves de sus ropajes. Algo más tarde, tres monjes en apretada formación recorrían silenciosos los corredores del claustro y bajaron a los sótanos, sin que los guardias estuvieran en disposición de darles el alto.

Guillermo fue probando una a una las llaves en la cerradura de la misteriosa celda, hasta que finalmente sonó un clac, y el pestillo quedó liberado de su resorte, logrando entreabrir la puerta.

A la luz parpadeante del candil, una forma humana se perfiló tendida sobre un rústico camastro. Tenía grilletes en los tobillos y la barba y el cabello crecidos, apelmazados por el sudor y la sangre reseca. Con mano temblorosa, aquel ser desvalido protegió sus ojos de la luz, exhalando un suspiro que parecía traslucir un profundo dolor. La celda se hallaba desprovista hasta de lo más necesario. De no haber estado destinada a sepulcro, habría podido servir bastante bien de bodega.

Los tres amigos se acercaron a él y quedaron mudos de asombro al comprobar que se trataba de...

—Dios santo, Toribio, ¿qué os han hecho? —exclamó Carlos.

—Padrino, padrino —le llamó quedo y con dulzura el príncipe—. ¡Despertad, abrid los ojos! ¿No me reconocéis?, soy yo, Leonardo.

El joven se sentó al borde del jergón y, pasando el brazo por detrás de los hombros del abad, le incorporó un poco y le hizo reclinar su venerable cabeza sobre el pecho, pero el anciano no volvía en sí. La frente le ardía.

—Tenemos que sacarle de aquí o pronto morirá —dijo el príncipe consternado.

—¿Dónde lo habrías de llevar que estuviese a salvo? —le preguntó Guillermo.

—No lo sé, pero no le podemos dejar aquí en este estado.

—Pero miradle, está demasiado débil y enfermo. No aguantaría los ajetreos de una huida —afirmó el de Trouville con tozudez.

—Entonces, ¿qué propones que hagamos? ¿Dejarle morir aquí, sin más? —preguntó Carlos.

—No, pero ya se me ocurrirá algo para no tener que sacarle de la abadía —contestó una vez más Guillermo.

—De acuerdo —aceptó el príncipe no demasiado convencido.

—Salgamos de aquí, Anselmo puede despertar en cualquier momento y, si no encuentra las llaves, todo estará perdido. Confiad en mí. Dios me mostrará el camino.

Con gran pesar, Leonardo dejó a su padrino tumbado en la misma postura que estaba y los tres salieron de la celda, echaron la llave y regresaron por donde habían venido.

El monje calvo y barbudo apenas pudo dormir lo que restaba noche, tratando de buscar una solución a tan grave circunstancia. Por la mañana temprano fue a las cocinas y le preparó al abad un copioso tentempié.

—Su eminencia —voceó el de Trouville golpeando la puerta—. Os traigo vuestro desayuno.

—Entra y, por favor, no des un portazo al cerrar, como haces casi siempre. Me estalla la cabeza.

—Monseñor, tenéis mala cara. ¿No habéis dormido esta noche?

—Sí que he dormido, pero no me encuentro bien.

—Os habrá sentado mal la cena y habréis tenido pesadillas.

—Sí, en eso tienes razón. He soñado cosas terribles.

—Yo sé algo de interpretar los sueños.

—¿En serio?

—Contadme alguno y os lo demostraré.

Aquello había picado la curiosidad del abad, quien respiró hondo y comenzó así:

—Está bien. Cabalgaba sobre un pollino por una senda de montaña cuando, de repente, nos salió al paso una culebra. El animal resbaló espantado y ambos caímos en un profundo precipicio. El asno quedó reventado al instante, pero inexplicablemente, yo salvé la vida, así que me encontré abandonado en el fondo del abismo y sin posibilidad alguna de salir de él.

—Triste final para un santo varón como vos, monseñor.

—Bastaría con que me trataras de “señor abad”. ¿Dónde has aprendido esos títulos con los que te diriges a mí? —le preguntó Anselmo un poco escamado.

—¡Bah! Todos ellos me parecen poca cosa comparados con el halo de santidad que de vos se desprende.

—Me parece que exageras, pero en fin. ¡Venga! Interpretáme ese sueño.

—El pollino, sin duda, representa vuestra propia conciencia, que se ha visto castigada por algún hecho inconfesable que a vos mismo tratáis de ocultar.

—¿Cómo dices?

—Lo que habéis oído, ilustrísima. El hecho es que vos, privado de conciencia, habéis sido despojado de las cualidades y virtudes que algún día habrían de convertirnos en estandarte de la Cristiandad.

—¿A qué virtudes te refieres, insensato?

—A las de la piedad y la justicia.

—¿Por qué... me dices eso a mí? —musitó el abad, temblándole la voz.

—Porque ese abismo representa el infierno al que vais a ir de seguro si no ponéis remedio.

—¿El infierno? ¿Y qué... qué podría hacer yo para evitarlo?

—No lo sé, eminencia, yo solo interpreto vuestro sueño. Habéis de ser vos quien reflexione sobre vuestros actos, aunque... esperad. Quizás sí que os pueda ayudar. ¿Habéis perjudicado o deshonrado últimamente a alguien que no se lo merezca?

Anselmo miraba a aquel hombre con ojos de desvarío, retorciéndose las manos.

—No me contestáis, monseñor, eso debe ser porque tengo razón. Pero no temáis, todavía estáis a tiempo de libraros del fuego eterno.

—¿Qu-qu-qu-é debo hacer? —rogó, más que preguntó, el impío abad.

—¡Despojad a los oprimidos de sus cadenas y curad sus heridas!, dijo el Señor —bramó el monje, y Anselmo dio un respingo—. Haced vos lo mismo y salvaréis vuestra alma.

Guillermo dejó el desayuno encima de la mesita y, sin añadir nada más, salió de la estancia, convencido de haber manipulado la mente de aquel simple aunque malvado bellaco.

El nuevo abad no daba crédito a lo que había escuchado mas, sin saber cómo, aquellas palabras había calado en lo más hondo de su ser. Ahora sabía exactamente lo que debía hacer, y todo gracias a aquel monje perturbado, porque sin duda lo estaba. ¡Dios, a través de sus palabras, le había mostrado el camino! Una idea piadosa —no sabía si conveniente— comenzó a abrirse paso en su mente.

Habían dejado a su antiguo mentor a su cargo, el cual se hallaba ahora encadenado y maltrecho en los sótanos de la abadía, cuando Toribio siempre se había comportado con él como un padre. Definitivamente, bajarle la comida todos los días no era pago suficiente por todo lo que había hecho por él, más aún cuando el anciano apenas tenía fuerzas para comer y rechazaba el alimento. Se había comprometido a custodiarlo, pero no tenía por qué hacerle sufrir innecesariamente. «Bien podría

ordenar que lo trasladaran a la habitación de invitados —se dijo—. Se trata de una estancia amplia, bien iluminada y orientada al sur; allí se encontrará, desde luego, mucho mejor. Diré al hermano boticario que cuide de él, y cuando se recupere, le permitiré pasear por el patio del claustro... bajo la vigilancia de los guardias, claro está».

De esta forma, el plan ideado salió según lo previsto, y aquella misma mañana Toribio pudo descansar entre blancas sábanas y dentro de un cuarto seco y caldeado. El hermano boticario constató, tal como le transmitió a su superior, que aparte de las laceraciones en manos y pies, tenía varias costillas rotas y heridas por todo el cuerpo, pero que si se alimentaba debidamente y se seguían sus instrucciones, lograría salir adelante. Anselmo se sintió orgulloso de que su honorable protector pudiera salvar la vida y ser tratado dignamente dentro de la comunidad, y todo gracias a su indulgencia.

Pasaron los días e incomprensiblemente, a pesar de los cuidados que recibía, Toribio seguía sin probar bocado. Lo que ni el nuevo abad ni el boticario sabían es que el suyo era otro tipo de padecimiento. Una infinita tristeza, que nada tenía que ver con las humillaciones y daños físicos a los que había sido sometido, se había ido apoderando poco a poco de él, y esta tenía que ver con la ausencia de noticias sobre sus ahijados y la princesa Cecilia. «¿Habrán muerto? —se preguntaba a cada poco—. Porque de ser así, prefería ir a su encuentro cuanto antes». Charlando con el hermano boticario, Carlos intuyó que era esta flaqueza de ánimo lo que le impedía al anciano recuperarse, y llegó a la conclusión de que tenían que buscar la manera de hablar con él.

Anselmo se acostumbró a que Guillermo le sirviese cada mañana el desayuno. Aquel monje le resultaba un tanto singular. Unas veces, las más, no abría la boca, y otras lo hacía con un verbo apasionado, inspirado y premonitorio al estilo de los antiguos profetas —o esto le parecía a él— que conseguía impresionarle y admirarle vivamente. Ese día en concreto, al monje barbudo le brillaban las pupilas más de lo habitual y como en otras ocasiones, sin soltar la bandeja, miraba fijamente al abad.

—¡Yo tengo la medicina que ha de curar a vuestro prisionero! —le dijo con vehemencia.

—¿Qué medicina es esa? —le preguntó Anselmo para seguirle la corriente.

—Es un elixir del espíritu, y solo yo conozco la fórmula para elaborarlo.

—En ese caso, podría ayudarte el hermano boticario. Él sabe mucho de esas cosas.

—No es mi fórmula de este mundo. ¡Dejadme verterla en su oído, y veréis cómo surge el milagro!

—Muéstramela entonces.

—No se puede ver, ni tampoco tocar. Es con mi simple palabra que yo obraré ese prodigio.

El corazón se le encogió nuevamente al escucharle y el abad no pudo negarse a lo

que aquel hombre le pedía.

—Está bien, te dejaré hacer, pero yo iré contigo.

El ayudante de cocina dejó la bandeja en la mesita, como siempre, y ambos se dirigieron a la estancia en la que se encontraba Toribio. Nada más ver a Anselmo, los soldados les franquearon el paso.

El afligido páter estaba tumbado en la cama. A pesar de parecer muy debilitado, presentaba un decoroso aspecto y se hallaba consciente y con los ojos abiertos.

Desde la entrada, Anselmo vio a Guillermo dirigirse decidido hacia la cabecera de la cama, y allí inclinarse sobre el desventurado. Al reconocerle, el enfermo trató de incorporarse como un resorte, pero el de Trouville se lo impidió y a continuación, depositó el sortilegio de divinas palabras en su oído. Nadie pudo saber cuáles fueron en realidad, pero lo cierto es que al antiguo abad se le iluminaron los ojos y le cambió la faz al instante, solicitando algo de comer.

A la vista de lo sucedido, Anselmo no pudo menos de pensar que allí, ante su atenta mirada, había obrado un milagro, y que ese hermano de mirada alucinada era el causante. Desde aquel día y como muestra de confianza, el abad consintió que fuese él quien se ocupase de preparar y llevarle la comida al convaleciente anciano. Y a fe que se notó su mano, porque en poco tiempo tuvo una apreciable mejoría, volviendo a ser casi el de siempre.

El talento de aquel monje para conseguir primero que liberaran al buen abad y después su restablecimiento, quedó puesto de manifiesto. Ciertamente es que la vigilancia sobre la habitación de invitados era incluso más estrecha que antes, pero ello no impidió que Toribio y sus queridos ahijados se comunicasen a través de Guillermo. De esta forma, los dos hermanos pudieron saber que los reyes del Pirineo se hallaban cautivos en el reino de Iberia y que el infatigable Rodrigo, desde su arriesgada posición, había conseguido poner en jaque al enemigo en su propio territorio, forzando a su tío a regresar precipitadamente.

El clarividente abad aconsejó a su ahijado que tratase de contactar con Rodrigo por todos los medios, porque en la lucha que este tenía planteada se hallaba la única esperanza posible de liberación. Toribio estaba convencido de que había llegado la hora de que su ahijado asumiera el papel que le correspondía y de que si colaboraba con su maestro y protector en la resistencia, ello bien podrían inclinar la balanza a su favor.

El príncipe acogió con verdadero entusiasmo la propuesta de su padrino, y acompañado de su hermano y Juan Bradley, se despidieron de Diego, partiendo hacia Iberia y pensando que la princesa se hallaba también en poder de su tío. Y es que Toribio prefirió mantener en secreto la huida de la princesa, no quería que nada entorpeciese o demorase la partida de los jóvenes. Ya encontraría él la manera de indagar sobre su paradero con la ayuda de Guillermo y Carlos.

Cecilia había logrado escapar y ponerse a salvo de sus perseguidores. Durante muchos días vagó por la floresta, atenta a cualquier sonido que pudiera suponer una amenaza. Dormía al socaire de las peñas o en los huecos de los árboles sobre un lecho seco de hojas y ramas, que preparaba cada noche.

El profundo desgarró en el muslo que se hizo al pie del muro había dejado de sangrar y ahora presentaba un buen aspecto. El tiempo era soleado y apacible y el bosque le servía de cobijo y le procuraba el alimento que necesitaba; sin embargo, era consciente de que esa situación no debía prolongarse indefinidamente. No podía regresar al castillo, de modo que decidió encaminarse hacia los alrededores de la abadía; tal vez allí encontrara a alguien que la pudiera ayudar. Le preocupaba el hecho de ser reconocida, aunque en realidad esto era muy poco probable. Con vestimenta de mancebo, el cabello despuntado apenas dos dedos y con la piel atezada y curtida, asemejaba más a un joven labriego que a una engalanada princesa.

Por casualidad, y al filo del ocaso, descubrió la vieja cabaña que durante tantos años sirvió de morada a Arcabad. Se acercó con precaución y se asomó por una ventana: por su aspecto y el polvo acumulado, dedujo que nadie había vivido allí desde hacía bastante tiempo, por lo que se decidió a entrar.

El interior se disponía alrededor de un hogar circular excavado en la tierra. Camastro a un lado, mesa y banco al otro, alacena y anaqueles en la pared, y un viejo arcón que descansaba en el suelo a los pies del catre eran todo el mobiliario disponible. Una sencilla y pequeña morada en medio del bosque que a la joven le pareció el mejor de los palacios, por lo que no se lo pensó dos veces y la convirtió en su refugio temporal.

Por primera vez en muchos días, la princesa durmió profundamente y sin sobresaltos. Al levantarse una de aquellas mañanas, descansada y llena de optimismo, se fijó en el arcón y sintió curiosidad por ver lo que contenía. Cuando lo abrió, este se reveló como una caja de sorpresas: encontró varias espadas, algunas de ellas de madera y dos arcos y sus correspondientes aljabas repletas de flechas, que le habrían de resultar muy útiles para procurarse el sustento.

En los días que siguieron, Cecilia deambuló por los alrededores, aunque pronto, su ánimo inquieto la condujo hasta la linde del bosque, desde donde pudo contemplar la abadía. No muy lejos de ella descubrió un molino, así como una extensa heredad, cuyas construcciones destacaban al otro lado del río.

Una hermosa mañana, a Catalina Asilvestrada se le antojó ir dando un paseo hasta el molino acompañada de Elvira. Su intención era deleitarse recordando lo que había



sido su vida en aquel lugar, escuchando el constante batir de los álaves con el impulso del agua y el parco rechinar de la piedra moliendo el grano, cubierta siempre toda ella de blanco y llevando una existencia aburrida y miserable, que nada tenía que ver con la que ahora disfrutaba.

Mientras su acompañante entraba en el recinto y saludaba a los nuevos molineros, ella recorría el borde del canal. Al llegar a la altura de la balsa que alimentaba de agua el molino, contempló su oronda figura reflejada en la pulida transparencia. Con su camisola de fino lino bordada en el escote y en las mangas y un rico y tupido sayal, aquella estampa le pareció magnífica.

De improviso, sin saber cómo, la mujer perdió el equilibrio y haciendo aspavientos, se precipitó en el canal. El agua rápidamente empapó sus lujosos ropajes y la atrajo hacia el fondo. Catalina braceó y pataleó con desesperación, pero la fuerte corriente la arrastraba hacia la sima en la que se precipitaba el agua con fuerza colosal. Exhausta, después de una lucha titánica, desapareció bajo la acrisolada superficie y simplemente se dejó arrastrar.

Por suerte, la abertura del sumidero no era lo bastante grande como para dejar pasar un cuerpo adulto, y allí quedó atravesada. Ya empezaba a aceptar lo inevitable y a sentir que su consciencia se desvanecía, cuando notó que alguien tiraba de ella hacia arriba con energía, la sacaba del agua, y la dejaba tendida al borde del estanque.

La antigua molinera, con tos espasmódica, consiguió expulsar el agua de sus pulmones, y en el suelo quedó tumbada boca arriba, pálida como un cadáver. Cuando al fin su respiración se hizo más acompasada y regular y abrió los ojos, vio que un rostro bronceado y juvenil la contemplaba en silencio.

—¿Eres tú el ángel que me ha salvado? —interrogó la señora apenas en un susurro.

—En efecto, yo he sido, pero no soy ningún ángel —contestó Cecilia, pues de ella se trataba.

—¿Por qué has arriesgado tu vida para salvar la mía?

—Os vi caer al estanque y si no hubiera actuado de inmediato, os habríais ahogado sin remedio.

—¿Quién eres?, ¿y qué hacías por aquí? No te conozco.

—Vengo de muy lejos. Solo estoy de paso por este valle.

—Pareces muy joven. ¿Hacia dónde te dirigías?

—A ningún lugar en particular. Mis padres murieron, de modo que voy de un lado para otro.

—Por tu voz sé que eres una doncella, sin embargo, tu aspecto y atuendo son los de un varón, ¿por qué causa?

—Bueno, es más práctico y menos peligroso para una mujer viajar así, sobre todo en estos tiempos revueltos.

Aquella rústica dama, recién arrancada de las garras de la muerte, se sintió emocionada y agradecida al mismo tiempo, quizás por primera vez en su vida. Nunca

había podido concebir hijos, no sabía si por culpa de ella o la de su marido, y siempre envidió a los que los tenían. Su joven salvadora bien podría haber sido la hija que nunca tuvo. Sin duda, era una doncella valiente y decidida, y no parecía tener adónde ir.

—¿Cómo te llamas, muchacha?

Cecilia pensó con rapidez y contestó:

—Victoria, para servirla.

—Mira, Victoria, yo no tengo hijos, pero creo que esa vida que llevas no es la más apropiada para ti. Me has salvado la vida, y es mi deseo que vengas a vivir a mi casa. ¿Qué me respondes? —le dijo la mujer en un arranque de benevolencia.

—Pues... es una tentadora propuesta que no esperaba —respondió la joven, que en ese momento no sabía qué decir.

—En mi casa no te faltará de nada y te hallarás a cubierto de cualquier peligro.

Cecilia lo meditó unos instantes. Había salido del bosque en busca de ayuda. ¿Por qué no aprovechar la oportunidad que tan a punto se le brindaba?

—¿Dónde está vuestra casa, señora?

—En medio de un magnífico predio, al otro lado del río.

—Pero puede que esa idea no sea del agrado de vuestro esposo.

—¡Mi marido hará lo que yo le diga! —dijo la medio ahogada, con su genio característico—. Además, en cuanto le relate lo ocurrido, no me podrá negar este gusto.

—No sé. No quisiera convertirme en una carga para vuestra casa...

—¿Una carga, dices? Desde luego que no lo serás. Ayudarás en todo lo que se te mande. Es una propiedad muy extensa, y en ella siempre hay mucho trabajo que hacer.

Había algo en aquella mujer que, no sabía por qué, a la princesa no la terminaba de convencer, pero sus dudas se disiparon cuando apareció Elvira. La recién llegada se asombró al ver a su señora de esa guisa. Cuando le explicaron lo que había pasado, Elvira agradeció a la muchacha con dulces y cariñosas palabras su heroico acto y apoyó entusiasmada el ofrecimiento de su ama. Una corriente de mutua simpatía y entendimiento surgió al instante entre ambas.

—Catalina, ¿quieres que me acerque a la casa y pida que venga un carro a buscarte? —sugirió su acompañante.

—No hará falta, creo que podré caminar. Después de todo, no tengo ningún hueso roto... eso sí, no volveré a probar el agua en una larga temporada. Bueno, niña, ¿qué has decidido? —insistió la encopetada señora, que así, calada y con el cabello todo revuelto, no lo parecía tanto.

—Está bien, acepto.

—¡Magnífico! ¿Dónde has dejado tus cosas? —preguntó mirando alrededor.

—¿Mis cosas? Solo tengo lo que podéis ver.

—¿Quieres decir... las ropas que llevas puestas? —preguntó asombrada.

—Las ropas, y esta daga, que siempre llevo al costado.

Así pues las mujeres, acomodando el paso al de Catalina, se encaminaron hacia la hacienda.

A Venancio no le pareció mal la decisión de su mujer. Aparte de que no acostumbraba a llevarle la contraria, aquella joven parecía fuerte y voluntariosa; seguro que se le podría sacar mucho provecho en la hacienda. Ahora bien, no compartía con su esposa esa idea suya de considerarla como a una hija, y menos aún después de verla aseada y convenientemente vestida. La joven tenía formas plenas de mujer y unos labios que despertaban su lujuria. Cecilia enseguida captó las penetrantes miradas que le dedicaba el señor de la casa, y aunque no sabía muy bien lo que significaban, sí le sirvieron para ponerse en guardia.

A Venancio, que de natural era desconfiado, le extrañaba no obstante que una doncella con ese porte hubiese aparecido en el molino tan de repente. Su desenvoltura y sus maneras no eran en absoluto las de una hija de labriegos, como daba a entender. Además, su rostro le resultaba familiar. La había visto en algún sitio, sin duda, pero no podía recordar dónde.

Catalina se sentía cada vez más satisfecha de su decisión. Cecilia, o Victoria, que es como allí la conocían, se aplicó a fondo en todo lo que le mandaban. —Elvira se encargó de instruirla en las faenas del campo y del hogar, que eran totalmente desconocidas para ella, aunque supo disimularlo bastante bien—, y con su desbordante simpatía no tardó en ganarse el cariño y el respeto de todos los habitantes de la casa. Su relación con los sirvientes era amable y cordial, aunque percibía en ellos una tristeza y desgana permanentes, por el trato rudo y arbitrario que les dispensaba el nuevo señor. Solamente Elvira y su afable esposo parecían inmunes a sus constantes vejaciones e insultos, y nunca les vio perder la sonrisa o la compostura.

Un día, la princesa acompañó a su nueva amiga a recoger flores silvestres. Siguiendo la orilla del río, llegaron hasta unos prados repletos de flores y mariposas de todos los colores. Mientras cortaban los delicados tallos, las dos mujeres charlaban animadamente.

—¿Estás contenta de haber encontrado un hogar?

—Sí, claro que sí. Solo que...

—¿Solo que...? ¿Qué ibas a decir? Sabes que puedes hablar con entera confianza conmigo.

—Sí, tienes razón. Bueno, es que no soporto los aires de grandeza de nuestra señora y la forma cruel y descortés con que nos trata su esposo. No sé cómo lo podéis resistir, es intolerable.

—En estos tiempos que corren, la consigna de mi esposo es resistir. No nos queda otro remedio. Pero es curioso ver cómo un golpe de suerte puede cambiar tanto a una

persona.

—¿Golpe de suerte? No te entiendo.

—Bueno, verás. Hasta hace muy poco, esta heredad pertenecía a la familia de mi marido. Venancio y Catalina solo eran los molineros de la abadía. Froilán nos despojó de nuestras propiedades para ponerlas en mano de ese patán y, de la noche a la mañana, todos nosotros nos convertimos en sus siervos.

—¿Quién es Froilán?

—El nuevo señor del valle de Salazar. En realidad es el comandante de los ejércitos del rey Jaime.

—Pero eso no explica por qué os quitó vuestras tierras y se las dio a un molinero.

—Naturalmente que sí. Venancio es hermano de Froilán.

La princesa cada vez estaba más asombrada.

—Nosotros no somos los únicos que nos hemos visto afectados —continuó Elvira—. En la abadía, por ejemplo, han nombrado un nuevo abad.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se llama? —preguntó la joven, tratando de no mostrar demasiado interés.

—Anselmo.

—¿Anselmo? —exclamó Cecilia palideciendo.

—¿Es que lo conoces?

—No, no, ¿por qué lo iba a conocer? —se apresuro a decir, para a continuación preguntar—. Y el abad anterior, ¿qué ha sido de él?

—Según me ha contado mi marido, se encuentra prisionero en la propia abadía, custodiado por guardias. Dicen que su estado era lamentable cuando lo llevaron hasta allí, pero gracias a Dios se está recuperando. Tiene buenos amigos que lo protegen y se ocupan de él.

—¿Qué... qué les ha sucedido a vuestros reyes? —consiguió interpelar Cecilia, temiéndose la respuesta.

—Resistieron todo el invierno refugiados en la torre del homenaje de su castillo, pero finalmente fueron capturados por ese usurpador. Hace varios días que el ejército invasor pasó por aquí, de vuelta hacia el reino de Iberia y creemos que se encuentran allí prisioneros. Pero ¿qué es lo que te sucede, Victoria? ¿Por qué tiembles de ese modo?

La princesa, muda de espanto ante aquel cúmulo de malas noticias, dejó resbalar su ramillete de flores entre las manos. Elvira, preocupada por lo afectada que estaba la joven, la abrazó afectuosamente.

—Anda, ven, siéntate aquí conmigo.

—No, gracias, ya estoy mejor. Discúlpame. Yo perdí a mi familia en circunstancias parecidas, y lo que me has contado me ha hecho revivir aquellos tristes días —dijo la infanta, esforzándose en sobreponerse—. Sin embargo, hay algo que no termino de entender. ¿Cómo puedes estar siempre tan alegre y sonriente, con tantas calamidades que se han abatido sobre vosotros?

—Solamente siendo madre lo podrías comprender —respondió con una enigmática sonrisa.

—¿Por qué?

—Porque lo máspreciado para una mujer no es ni su ajuar, ni su hacienda, ni siquiera su hogar. Son sus hijos. Yo había dado a los míos por perdidos, y me siento dichosa por haberlos encontrado de nuevo.

—No sabía que tuvieses hijos...

—Bueno, no hemos tenido ocasión hablar de ello, pero sí, sí que los tengo. Dos apuestos varones, valientes y generosos donde los haya. Acaban de cumplir diecinueve años, ¿sabes?

—¿Por qué los creías perdidos?

—Verás, sucedieron una serie de graves circunstancias que les obligaron a huir muy lejos de aquí, y hubo un momento en que los dimos por muertos. Pero han regresado sanos y salvos, aunque han tenido que partir de nuevo. Esta lucha les toca mucho más de cerca de lo que me gustaría y la situación continúa siendo muy comprometida para ellos. Por eso espero que guardes el secreto, es cuestión de vida o muerte.

—No te preocupes, jamás diré nada a nadie. Dime una cosa, ¿cómo es que tienen los dos la misma edad?

—Son mellizos. Bueno, al menos eso es lo que todo el mundo cree.

—¡Mellizos!

—Así es. Sería largo de explicar, y por el momento no puedo contarte nada más.

Una cada vez más lúcida intuición prendió en el corazón de la muchacha.

—¿Ni siquiera decirme cuál es el nombre de tus hijos?

—En eso sí te puedo complacer. Se llaman Gregorio y Leonardo.

Cecilia, para tratar de ocultar la turbación que la embargaba, se dio la vuelta y allí, justo delante de ella, apareció Venancio aproximándose a escondidas quien, al verse descubierto, avanzó ya sin ningún disimulo.

—¡Vaya, vaya, vaya! Mis máspreciadas sirvientas en amigable charla —exclamó con torva mirada—. Una, la violeta más fresca de mi jardín, y otra, la rosa más perfecta de mi hacienda. ¿Siendo yo el señor de estos prados, no he de poder gozar de tan preciosas flores a mi antojo? Espero que mi joven pupila se muestre agradecida con su benefactor, y en cuanto, a ti Elvira, siempre he sentido debilidad por tu magnífico cuerpo. Considero de todo punto injusto que solo sea tu marido quien lo disfrute; a partir de ahora también lo he de hacer yo.

Diciendo esto, el Chismoso se abalanzó babeando sobre ellas. Las dos mujeres se defendieron con uñas y dientes de aquel desalmado, y los tres rodaron por el prado hasta que por fin, la fuerza bruta se impuso. Elvira se dio un golpe en la cabeza y quedó tendida sobre el verde tálamo, inconsciente, mientras Cecilia quedó inmovilizada bajo el peso del rufián.

—Linda muchacha, no te resistas ante lo inevitable. Disfrutarás más y sufrirás

menos.

—Está bien —contestó la princesa—. Si me soltáis los brazos, podré subirme la ropa y complaceros.

—Así me gusta. Si colaboras, te prometo que no te arrepentirás y que has de gozar como nunca lo has hecho.

—Tened en cuenta que soy doncella y virgen. No creo que encontréis en mí lo que estáis buscando.

—Todo lo contrario. Tendré el privilegio de ser el primero en desflorarte, pero no temas, lo haré con delicadeza.

No bien hubo el gañán aflojado su presa, la muchacha rebuscó entre los pliegues de su vestido y, en un movimiento rápido y preciso, encontró la daga que llevaba escondida y le infringió a su oponente un profundo corte en el cuello.

—¡Hija de mala madre! ¿Qué demonios has hecho? —chilló el otro, llevándose la mano a la herida, que sangraba en abundancia.

—Si no te apartas de mí ahora mismo, te degollaré como a un cerdo —siseó, volviendo a apoyar la punta del acero en su garganta, para demostrarle que iba en serio.

El hombre se la quedó mirando fascinado. Aquellas facciones, esa mirada firme y decidida... y entonces, en ese preciso instante, cayó en la cuenta de quién era ella. Solo la había visto de cerca una vez, en la ceremonia de compromiso con el rey de Iberia, y quedó impresionado por la belleza y dignidad que irradiaba...

Al ver que no se movía, Cecilia clavó de nuevo la daga en su garganta y el antaño molinero, temiendo por su vida, hizo lo que la joven le decía, tratando de contener la hemorragia con las manos.

—Rufián despreciable, ¡mantente a distancia! Ya has visto de lo que soy capaz —le dijo, separándose de él—. Si vuelves a intentar algo parecido, aguardaré la ocasión de encontrarte desprevenido y juro ante Dios que te desollaré vivo, y después colgaré la piel y tus despojos en el bosque para que las alimañas den buena cuenta de ellos. ¿Te ha quedado suficientemente claro?

El hombre, aturdido, asintió con la cabeza.

—Pues ahora vete. ¡Desaparece de mi vista si no quieres que te despelleje ahora mismo, cornudo del demonio!

La mente aterrorizada de Venancio reaccionó al fin: si se quedaba, tenía la certeza de que o bien moriría desangrado, o bien la doncella cumpliría su amenaza, por lo que echó a andar a trompicones y escapó por donde había venido.

Elvira, que había vuelto en sí y había asistido perpleja al enfrentamiento, miraba a su amiga, presa del asombro. Nunca había visto tanta valentía y determinación en una mujer, y menos siendo tan joven.

—Ese bastardo de momento tiene su merecido. Vamos, regresemos a casa y hagamos como si nada hubiera sucedido.

—Victoria, ese hombre es artero y vengativo. Si no muere desangrado, no va a

permitir que esto quede así —manifestó Elvira—. Debes huir ahora mismo.

—Tienes razón. Recogeré mis cosas y me iré. No te preocupes por mí, sabré salir adelante. Ya lo he hecho otras veces.

Hicieron el camino a casa lo más rápido que pudieron, para llegar antes que su agresor. La princesa volvió a ponerse sus ropas de zagal, mientras que Elvira le preparaba apresuradamente un zurrón con un pedazo de pernil curado, medio queso de oveja y una hogaza de pan. Sin poder contener las lágrimas, las dos mujeres se abrazaron con cariño, esperando volver a encontrarse algún día.

Cecilia se descolgó por una ventana que daba a la parte trasera de la hacienda y, tras cruzar un campo de árboles frutales, torció hacia el río y se internó en el bosque.

## 36

### EL RAPTO

No muy lejos de allí, Venancio rondaba escondido sin saber muy bien qué hacer. Por suerte para él, el corte no había llegado a seccionarle la yugular, pero se sentía humillado y furioso. Escuchó a cierta distancia un ruido ligero y, atisbando escondido entre la maleza, avistó a la hija del rey que, vestida ahora de mancebo, se dirigía hacia el río, lo cruzaba ágilmente y se internaba en la espesura.

Manteniendo la distancia, el villano se deslizó tras ella como una serpiente. Así recorrieron un largo trecho, hasta llegar a la cabaña de madera. La muchacha parecía conocer muy bien el terreno que pisaba, porque no titubeó ni un instante: cruzó el claro, abrió la puerta y desapareció en el interior. Su perseguidor esperó agazapado entre los árboles, mientras la luz del día comenzaba a menguar.

La princesa se consideraba a salvo en aquel refugio abandonado y respiró aliviada cuando cerró tras ella. Pensó que no le vendría mal hacer noche allí y tomarse un descanso, para reponer fuerzas y ordenar sus ideas. Comió con apetito una rebanada de pan y una loncha del queso, tras lo cual se echó en el camastro quedando casi al instante dormida. El antiguo molinero se convenció de que la joven princesa ya no abandonaría el nido a esas horas, al menos hasta el día siguiente, y maduró su plan.

Muy entrada la noche, un grupo de soldados, guiados por Venancio, rodeó la cabaña e irrumpió en su interior. Sorprendida en su sueño y sin tiempo para reaccionar, Cecilia fue levantada a la fuerza, prendida y conducida hasta la abadía.

Anselmo fue puesto enseguida al corriente de la verdadera identidad de aquella muchacha, y los dos traidores estuvieron de acuerdo en lo que había de hacerse: al despuntar el día, sería convenientemente escoltada hasta el castillo de Babia. Sin duda, el rey agradecería y mucho el presente que se le ofrecía.

El abad llamó a su presencia a Guillermo de Trouville.

—Antes del rezo de laudes, quiero que busques acomodo para un prisionero. Dale agua y ofrécele algo de comer, pero no hables con él ni contestes a sus preguntas.

—¿Os parece bien en los sótanos, monseñor?

—No, no, se trata de un prisionero... ¿cómo decirlo?... demasiado delicado para los sótanos.

—En ese caso, puede que la celda sin ventanas que hay al lado de la habitación de invitados sea más apropiada. De allí no podrá escapar.

—Me parece bien, de modo que adelante, no perdamos más tiempo. Toma la llave y coge un candil.

El abad dio unas palmadas y al momento aparecieron los guardianes a los que tan bien conocía Guillermo. Entre ambos y sujeto firmemente por los brazos, caminaba el



cautivo. En la penumbra reinante no se distinguían bien sus facciones, pero parecía tratarse de un joven bien parecido.

—Haced con el prisionero lo que el hermano Guillermo os diga —ordenó el abad a los guardianes y dándose la vuelta se fue a dormir.

El monje los guio por el pasillo hasta el pequeño cuarto, introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta.

—Pasa —le dijo al cautivo—. Vosotros, esperadme fuera.

Una vez dentro, Guillermo cerró la puerta y acercó el candil al rostro del joven. Quedó desconcertado al ver que el supuesto mancebo no era sino una bella muchacha de ojos color turquesa y con el cabello castaño muy corto. Se llevó el dedo índice a los labios y en voz apenas audible, le dijo:

—No sé quién eres ni por qué te han traído hasta aquí, pero debes saber que soy tu aliado, y te ayudaré en todo lo que esté a mi alcance.

Cecilia, que después de lo que le contó Elvira no confiaba en nadie de la abadía, en voz igual de baja le preguntó para probarle:

—¿Sabes dónde está Toribio?

—Pues claro. Está aquí mismo, en la habitación de al lado.

—Si de verdad deseas ayudarme, procúrame una entrevista con él. Te quedaré eternamente agradecida.

—Veré qué puedo hacer para cumplir tu deseo, pero antes dime quién eres.

—Si consigues que hable con Toribio, él te lo dirá.

—Está bien, Ahora saldré y dejaré aquí el candil. Espera y presta atención.

Guillermo salió del cuarto y cerró de nuevo la puerta con llave.

—Amigos, ¡relajaos un poco! —les dijo a los guardianes—. ¿Os gustaría que os trajese algo de beber para que la noche se haga más corta?

Los guardianes asintieron encantados, y el monje apareció poco después con una botella de licor espirituoso destilado por él mismo.

—Aquí está, tomad. Bebed cuanto queráis —dijo al tiempo que les entregaba la botella—. Este licor es tan bueno que limpiará vuestros pecados y os alegrará el alma, y está mal que yo lo diga. En fin, mientras brindáis a mi salud, yo iré a darle su medicina al viejo abad.

El monje entró en la habitación de invitados, encendió un candil y se acercó sigiloso a la cama donde Toribio dormía plácidamente. Apoyando una mano en su hombro, le susurró al oído:

—No os asustéis, soy yo, Guillermo.

—¿Guillermo? ¿Qué haces aquí a estas horas de la madrugada? —le preguntó, entreabriendo los ojos y tratando de enfocar a su amigo.

—Acaban de traer a una joven prisionera vestida con ropajes de varón. He conseguido que la encierren en la celda de al lado.

Al escuchar aquello, el anciano se incorporó casi de un salto.

—¿La has visto tú? Descríbemela.

—Pues parece muy joven, apenas una chiquilla; es muy espigada, y tiene la tez morena y los ojos azules.

—¿De qué color es su cabello?

—Castaño, pero lo lleva muy corto. Me ha pedido hablar con vos.

El buen hombre vibraba de emoción y de preocupación al mismo tiempo.

—Señor, ¿qué os sucede? Parecéis muy afectado por la noticia.

El anciano se acercó al monje y le cogió con fuerza por los hombros.

—Escúchame con atención. Creo que esa joven es la princesa Cecilia. Ella consiguió huir antes de que Jaime nos apresara pero, a lo que se ve, ahora la han vuelto a capturar. Corre un gran peligro, ¡tenemos que ayudarla!

—Algo podremos hacer, pero por de pronto, tranquilizaos —contestó animoso su redentor—. Yo sé cómo lograr que podáis hablar con ella.

—¿Habiendo guardianes vigilándonos a los dos?

—Eso no es ningún problema, porque hablaréis con ella desde aquí. Mirad. —Y apartando un arcón que había junto a un muro de mampostería, Guillermo se agachó y comenzó a desprender algunas piedras de su base que estaban sueltas, pero bien ajustadas unas con otras. En poco tiempo, quedó despejado un pequeño hueco que comunicaba ambas estancias.

—¿Veis? Si os tumbáis aquí, podréis hablar con ella sin necesidad de alzar la voz.

Del otro lado del muro, la joven percibió un rumor como de piedras removidas. Al fijarse en la base de la pared, vio que un pequeño bloque perfectamente encajado se balanceaba y desaparecía, como si alguien hubiese tirado de él hacia dentro, y poco después, escuchó una voz que a través de la cavidad la llamaba por su nombre.

—Cecilia. ¡Cecilia! ¿Me oyes?

La princesa se tumbó cuan larga era y pegó su oído a la oquedad.

—¡Cecilia! ¿Eres tú, hija mía? —preguntó de nuevo la voz.

—Sí, soy yo, y os reconozco, mi querido abad. ¡Cuánto me alegra oíros! ¿Qué tal os encontráis? Me dijeron que habíais estado muy enfermo.

—Voy mejorando de día en día, aunque me temo que mis viejas y doloridas costillas tardarán aún bastante en reponerse del todo. Pero no es mi salud lo que me preocupa en estos momentos, sino tu situación. Cuéntame cómo has llegado hasta aquí.

La infanta le narró todo lo sucedido desde que huyera del castillo, y el abad quedó admirado de la forma en que el Altísimo entretejía los destinos y las vidas de sus criaturas. También se alegró de que fuese precisamente la cabaña de Arcabad la que le sirviera de refugio.

—Seguramente Venancio me siguió hasta la cabaña del bosque. No debí ser tan confiada.

—Si ese ladino se hubiera querido vengar de ti por lo que le hiciste, no te hubiera traído hasta la abadía. Presiento que te ha reconocido.

—Quizás. Cuando le clavé el puñal no pareció sentir dolor, al contrario, se me

quedó mirando admirado como si hubiera visto a un aparecido.

—Ahí lo tienes. Aquella revelación lo dejó mudo de asombro, sin duda. Sabe quién eres, y ahora también lo sabe Anselmo. Apuesto a que ahora están tramando qué han de hacer contigo, y me parece adivinar a donde te llevarán. Hay que sacarte de aquí cuanto antes.

—Padre, tengo otra cosa importante que revelaros —dijo la princesa—. Elvira, esa maravillosa mujer de la que os acabo de hablar, es la madre del joven al que he entregado mi corazón. Lo descubrí ayer en una conversación que tuve con ella.

Toribio no podía dar crédito a lo que oía.

—¿Cómo se llama ese afortunado muchacho? —preguntó el abad, visiblemente emocionado.

—Leonardo.

—¿Qué te ha contado su madre de él?

—No mucho, la verdad. Solo me dijo que esta lucha tocaba muy de cerca a sus hijos, que habían regresado y que se habían tenido que volver a marchar.

—¿Eso es todo?

—Sí. ¿Acaso vos sabéis algo más que pueda tranquilizar mi ánimo?

Tres fuertes golpes sonaron en la puerta, dejando la pregunta en suspenso. El de Trouville tuvo que volver a colocar a toda prisa las piedras en su sitio y arrimar el arcón a la pared, mientras el convaleciente se metía en la cama fingiendo dormir. Cuando todo estuvo en su lugar el monje iluminado abrió la puerta: el propio Anselmo apareció en el dintel.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —inquirió desconfiado.

—Vuestro hijo adoptivo se ha estado quejando mucho de las costillas, reverendísimo, y he creído conveniente prepararle un remedio que le ayudará a descansar —le contestó en voz muy alta el monje—. ¡Vedlo vos mismo! Ahora duerme como un bendito.

—No alces tanto la voz, vas a despertar a toda la comunidad. ¿Y el prisionero?, ¿también duerme?

—Será lo más probable, monseñor. Le dejé encerrado en la celda, tal como hablamos.

—Aquí todo el mundo parece dormir a pierna suelta. Hasta los guardianes se hallaban amodorrados cuando he llegado.

—Si no necesitáis nada más de mí, piadoso señor, con vuestro permiso me retiraré a descansar, siquiera lo que resta de noche.

—Sí, hazlo, pero antes dame esa llave.

Y el monje no tuvo más remedio que entregársela.

La noche aún teñía de sombras el valle cuando un destacamento de soldados llegó a la abadía. El abad los estaba esperando y después de hablar largamente con su

capitán, los condujo directamente hasta la celda de la princesa, abrió la puerta y sin mediar palabra la hicieron salir.

—¿Adónde me lleváis? —interrogó la muchacha.

—Pronto lo sabréis, pero ahora caminad. El tiempo apremia —contestó el capitán.

Cubrieron a Cecilia con una gruesa capa de tonos oscuros y la obligaron a montar en uno de los caballos. Luego los soldados hicieron lo propio y pronto dejaron atrás la abadía.

A la mañana siguiente, Guillermo fue a pedirle al abad la llave de la celda para dar algo de comer al nuevo prisionero, pero el monje fue informado de que ya no sería necesario.

—El cautivo a estas horas se encuentra ya lejos de aquí y se dirige hacia un brillante y dorado sitio —fue su enigmática respuesta.

Toribio se disgustó grandemente cuando se enteró de lo sucedido, pues no había podido impedir aquello que más temía, y aunque solicitó hablar con Anselmo, este no lo consideró necesario, al menos de momento.

En el castillo de Babia, Jaime había reunido a su consejo con urgencia.

—¿Y bien? ¿Cuál es la situación? —preguntó.

—Los asaltos y emboscadas son cada vez más numerosos y en las últimas semanas dos fortificaciones han sido atacadas —informó nervioso el comandante de una de ellas.

—Los siervos protestan y se rebelan y muchos de ellos se niegan a cumplir los decretos promulgados por vuestra majestad. El otro día, sin ir más lejos, se atrevieron incluso a apalea a dos de mis recaudadores —comentó temeroso el intendente mayor—. Los sediciosos alientan la rebelión y los lugareños les apoyan y encubren abiertamente.

—¡Sois un atajo de cobardes e incapaces! —bramó furioso el rey—. Habéis permitido que un puñado de bandidos atemorice a nuestros soldados y que unos aldeanos desarmados levanten su mano contra mí.

—Si se tratase de simples bandidos, como vos decís, se conformarían con tomar las cosas de valor, pero no es eso lo que parecen buscar —continuó sin arredrarse el intendente.

—¿Qué es lo que pretenden entonces? —inquirió el rey.

—No lo sé, mi señor. En sus ataques siempre dirigen todo el esfuerzo sobre nuestros oficiales y se empeñan en abatirlos, mientras que a los soldados se conforman con despojarles de sus armas y dirigirles encendidas proclamas con las que desafían vuestro poder.

—¡Continúa! —le conminó el soberano.

—Cuando aparecen, es como si saliesen de debajo de la tierra, y no se trata ya de

pequeñas partidas, sino que han logrado concentrar fuerzas numerosas.

—¿Queréis decir que esos lugareños rebeldes disponen de un ejército con el que hacernos frente? —preguntó Froilán.

—No se comportan como simples lugareños. Están bien organizados y manejan sus armas con destreza.

—Vaya, vaya. Yo pensaba que una vez descabezada la serpiente, el movimiento del cuerpo no tardaría en extinguirse. No obstante, da la impresión de que nos enfrentamos a una hidra de cien cabezas —dijo con sorna Jaime.

—En ese caso, hemos de descubrir su cubil cuanto antes —contestó su lugarteniente, dándose por aludido—. Desde hoy y para evitar nuevas sorpresas, limitaremos el movimiento de tropas a destacamentos completos y desplegaremos las máximas medidas de seguridad. Si os parece bien, mi señor.

—Más aún. Por cada oficial que perdamos, descabazaremos a veinte campesinos varones elegidos al azar. Además, castigaremos con la horca cualquier acto de hostilidad, por pequeño que este sea, y someteremos a tortura a esas ratas de campo. Pronto hemos de conocer por su boca dónde se encuentran las bases desde las que operan esos bastardos y quiénes son sus cabecillas. Tenemos que reconducir la situación inmediatamente y te hago a ti responsable de ello.

—Haré lo que pueda, señor.

—Harás mucho más que eso —le amenazó el rey en un susurro.

Durante aquellos meses, Rodrigo había desplegado una actividad frenética, seleccionando y adiestrando por un lado a los hombres que habían de constituir la guardia personal del senescal y por otro, organizando a escondidas y con la inestimable colaboración de María la Brava y su marido Bertrán la acción de la resistencia.

De entre las tropas que habían quedado acuarteladas en Babia, escogió a doce hombres, ocho de ellos siguiendo las indicaciones de su nuevo señor y cuatro según su criterio personal. Los primeros tenían en común el ser mercenarios capaces de traicionar a su propia madre y dispuestos a todo. Los otros cuatro parecían estar en el castillo más por obligación que por gusto; eran jóvenes y valientes, y aunque al principio rechazaron el ofrecimiento, finalmente lo aceptaron, seducidos por sus palabras. Uno de ellos era aquel guardia de fronteras llamado Felipe.

Rodrigo sometió al grupo a una férrea disciplina, sin concesiones ni descanso alguno. Les convirtió en diestros luchadores, capaces de manejar con soltura cualquier tipo de arma. Elevó su resistencia hasta límites que ellos mismos desconocían. Les enseñó a sobrevivir en condiciones extremas pero, sobre todo, les hizo apreciar las ventajas de trabajar en equipo. Con paciencia y sirviendo él mismo de ejemplo, supo crear desde el principio un ambiente de camaradería y lealtad que la mayoría de ellos desconocían. El antiguo senescal se mostraba con ellos duro como

una roca y a la vez justo y franco.

Cuando salían del castillo para realizar prácticas sobre el terreno, se encontraban a menudo grupos de soldados, y también de campesinos. Su jefe siempre les mostraba a todos consideración y respeto, sin hacer distinciones. Incluso se paraba a charlar con ellos amigablemente cuando la ocasión se prestaba a ello, haciendo gala de un don de gentes que dejaba a todos admirados. Más tarde, acuartelados de nuevo en el castillo, les decía: «Tratad bien a un hombre y siempre será vuestro aliado. Tratadlo mal y se convertirá en vuestro más encarnizado enemigo». Este tipo de comportamiento y las conversaciones que a menudo mantenía con «su familia», como él les llamaba, fueron poco a poco calando hondo en aquellos hombres. Felipe, que ya de antes era un muchacho cabal y de buenos principios, enseguida se convirtió en adalid de esta doctrina, y con los demás ocurrió lo mismo... Salvo quizás con el “Hurón”, un tipo de mirada aviesa y hocico largo y estrecho —de ahí su apodo— que parecía nadar entre dos aguas. Rodrigo lo sabía, pero aun así quiso seguir contando con sus servicios, a pesar de la oposición de algunos de sus compañeros.

Aprovechando uno de aquellos paseos con su cuadrilla por los alrededores del castillo, Rodrigo se situó a la retaguardia acompañado de Felipe y, ralentizando el paso de su montura, le dijo de improviso:

—Has sido un buen aprendiz y he podido constatar día a día cómo te has ido convirtiendo en un auténtico guerrero, incluso en un líder para la mayoría de tus compañeros. No obstante, no pareces muy entusiasmado con nuestra misión.

—Señor, vos me elegisteis para este trabajo y aún no sé por qué razón. He tratado de captar vuestra filosofía, y a fe mía que me convence, pero...

—¿Pero?

—... Pero no consigo entenderos del todo.

—Dime, ¿qué es lo que no entiendes? Si me lo cuentas, tal vez te lo podría aclarar.

—No comprendo cómo vos, un hombre de tantos recursos y hasta hace poco leal a otro soberano, podéis aceptar este nuevo oficio con tanta frialdad, sin que os remuerda la conciencia. Nunca me habéis parecido un espíritu mercenario, aunque a veces lo aparentéis ser.

—Tampoco el tuyo me lo parece, y no obstante aquí estás, tan atrapado en la red como yo.

—En mi caso la explicación es sencilla. Yo, al igual que la mayoría de mis camaradas, me he visto obligado a colaborar para no poner en peligro a mi familia.

—Una razón poderosa, muchacho. Yo también tengo las mías, si bien no te las puedo explicar.

—¿Podría... podría deciros una cosa? —dijo el joven—. Puede que peque de indiscreto, y acaso comprometa mi seguridad...

—Habla con total confianza. Quedará como una confidencia hecha entre amigos —le respondió su mentor con intención de animarle a hablar.

—Os lo agradezco, señor. Pues veréis, hace ya algún tiempo, conocí a un extraño ermitaño que tenía vuestra misma mirada y un tono de voz que me recuerda mucho al vuestro también.

—¿Has comentado esto con alguien? —le preguntó su capitán preocupado.

—¡Oh, no! Por nada del mundo se me ocurriría tal cosa, señor. El caso es que poco después de conocer al ermitaño, tuve ocasión de escoltar hasta aquí al abad de Ochagavía.

—¿Te refieres a monseñor Toribio, el enviado y consejero del rey Alfonso?

—Al mismo.

—¿Y qué tiene que ver ese santo varón con el ermitaño del que me hablas?

—El señor abad me dijo que ese singular personaje respondía al nombre de Arcabad. Resulta curioso que ambos me hicieran planteamientos parecidos sobre la situación que vive mi pueblo, con los que estoy completamente de acuerdo.

—Sigo sin ver adónde quieres llegar.

Felipe miró fijamente a su patrón y le dijo:

—Lo que quería transmitir, señor, es que si con mi actuación pudiese contribuir a poner punto final a este estado de cosas, no dudaría en hacer lo que fuese necesario.

Rodrigo se lo quedó mirando impertérito.

—Tienes pensamientos peligrosos. Ten cuidado de no manifestarlos en voz alta.

—Señor, si estoy aquí es únicamente por vos, por nadie más. Ponedme a prueba y comprobaréis mi absoluta lealtad.

—Está bien. ¿Harás todo lo que te diga, sin titubeos ni preguntas, por peligroso y arriesgado que te parezca?

—Os lo repito, ¡ponedme a prueba! —le respondió el joven parando su caballo.

—De acuerdo, empezaremos por una misión sencilla. Desde hoy no perderás de vista al Hurón. Conviértete en su sombra e infórmame de cualquier cosa que haga fuera de lo normal.

—¿A esa rata traidora y retorcida? Dadlo por hecho. Haré lo que me pedís.

Cuando regresó Froilán y vio a aquella formidable guardia esperándole, pensó que Artemio había hecho un buen trabajo, pero fue al verles desplegarse en torno a él cuando quedó convencido del todo. Aquellos hombres conseguían trenzar a su alrededor una muralla infranqueable pasando casi desapercibidos, y no solo se ocupaban de su custodia física inmediata, sino que también hacían una labor preventiva, indagando y calculando los posibles peligros que pudieran sobrevenirle.

El Hurón fue reclamado a presencia de Froilán.

—¿Y bien? ¿Qué tienes que decirme de vuestro capitán?

—No está hecho de la misma pasta que nosotros.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que no me parece a mí que busque honores y riquezas. Simplemente quiere hacer bien su trabajo y quizás sentirse valorado; y digo quizás, porque tampoco estoy seguro de eso. Es un hombre de hierro, no parece descansar nunca y nos ha sometido a unas pruebas y a un entrenamiento tan intensos que varias veces he estado a punto de reventar.

—No obstante, pareces estar en mejor forma que nunca.

—En eso tenéis razón. Ese hombre es fuerte, apasionado y directo. Nos trata con dureza, pero a la vez nos alienta y estimula como si fuésemos sus polluelos. Ha conseguido, cosa inaudita, que seamos una familia bien avenida, de la cual solamente yo me excluyo.

—¿Y por qué te excluyes?

—La verdad, tanta camaradería me fastidia. De hecho, algunos de mis compañeros querían que me expulsara, pero ha sido el capitán en persona quien les ha parado los pies. Les ha dicho: «¡Bien se ve que no conocéis a ese hombre! Él me place. ¡Miradle bien y descubriréis sus virtudes!». ¿Qué os parece? Nunca nadie me había defendido así.

—Y en todo este tiempo, ¿le has vigilado tal como te dije?

—Lo he hecho, y a fe mía que he puesto en ello todo mi empeño, pero como cuando yo cierro el ojo de puro cansancio, él siempre sigue despierto, no he podido descubrir a qué se dedica mientras yo duermo.

—¿No has encontrado en él nada sospechoso?

—Señor, una persona que se entrega a algo con tanta dedicación, no creo que tenga tiempo para maquinaciones, sinceramente.

—Está bien, puedes irte. Sigue ojo avizor por si descubres algo; serás debidamente recompensado.



Desde aquel día, Froilán se hizo acompañar a todas horas de su guardia personal. Donde iba él, allí estaba Rodrigo —o Artemio, que con ese nombre allí se le conocía—, de modo que el antiguo senescal pudo tener información de primera mano sobre prácticamente todo lo que aquellas diabólicas mentes estaban tramando.

Siguiendo las órdenes de su señor, Froilán puso en marcha aquella política sanguinaria para detener la rebelión. Muy pronto, una larga hilera de indefensos labradores fue conducida a la fuerza a las mazmorras del castillo, y los lamentos de aquellos infortunados podían escucharse claramente en las cálidas noches de la primavera.

Estos métodos inhumanos enseguida dieron sus frutos y algunas bases rebeldes fueron localizadas. El rey enviaba inmediatamente a sus tropas, mas para su sorpresa, cuando ellos llegaban a los escondites, solo encontraban las huellas recientes de su huida. Y eso sucedía una vez, y otra, y otra. Algo incomprensible de todo punto, salvo que estos supiesen de antemano que habían sido descubiertos. No había otra explicación: existían espías dentro del castillo, y el rey desconfiaba hasta de su propia sombra. Ante su ánimo irascible y desasosegado, nadie se sentía seguro.

Uno de aquellos azarosos días, al atardecer, mientras el monarca cenaba en el salón del trono junto a sus más estrechos colaboradores y se comentaban las últimas operaciones fallidas, de repente se escucharon gritos y ruido de armas en la antesala y cuatro hombres se precipitaron en la estancia blandiendo sus espadas. Aprovechando la sorpresa de los presentes, se abrieron paso entre los guardias reales, derribaron la mesa y arrinconaron a Jaime. El senescal corrió en ayuda de su señor y se colocó delante de él, tratando de protegerle a pecho descubierto. Cuando ya parecía que la suerte estaba echada, se oyó un sonido seco y silbante, y dos de aquellos hombres, con los aceros aún en alto, se desplomaron fulminados, con sendas flechas clavadas en sus espaldas. El tercero se quedó en suspenso un instante al ver derrumbarse a sus camaradas, y esa fue su perdición, porque como una centella, los guardias de Froilán también consiguieron abatirle.

Finalmente, solo quedó con vida uno de los atacantes, gracias al cual se pudo descubrir todo el complot: una vez asesinados el rey y su lugarteniente, estos serían sustituidos por un triunvirato formado por tres representantes de la nobleza que, tras el ascenso del capitán de la guardia, habían visto frustradas sus ambiciones.

Aquella acción le sirvió a Rodrigo para ganar muchos puntos no solo delante de su señor, sino también del propio soberano. Al día siguiente, los conjurados fueron aprehendidos y llevados a la plaza de armas y el rey, como muestra de distinción, pidió a Artemio que él o alguno de sus hombres ejerciese de verdugo. Fue el Hurón quien se prestó voluntario a tan horrenda tarea, y en menos tiempo del que se emplea en contarlos, las cabezas de aquellos desdichados rodaron por el suelo.

Por su parte, Froilán también había dejado patente dos cosas: de cara a los demás,

que estaba dispuesto a morir con tal de proteger a su señor, y de cara a sí mismo, que no podía haber elegido mejor: Artemio era el hombre que necesitaba. Le había salvado la vida. Deseaba felicitarle personalmente, y con esa intención lo llamó a sus aposentos.

—Mi apuesta por ti se ha visto largamente recompensada, y quiero premiarte por ello. Pídeme lo que desees y te será concedido.

—Me basta con que se les otorgue a mis hombres el grado de oficial, con todos los privilegios que ello suponga, incluido el aumento de la soldada.

—¿Nada más que eso? ¿No quieres nada para ti?

—Con serviros ya me basta. Visto lo sucedido ayer, preveo que mi servicio me ha de dar mucho más trabajo del que yo pensaba.

—¿Y eso te preocupa?

—Solo me preocupa vuestra seguridad, señor.

—Un hombre como tú debería saber que mantenerse en la cima del poder, y más aún a la sombra de un rey como el nuestro, conlleva muchos riesgos.

—Eso es porque vos lo deseáis así.

—¿Qué intentas decirme? —le preguntó Froilán, escrutándole.

—Ayer tuvisteis la oportunidad de ser el primero entre vuestros pares; sin embargo, no elegisteis ese camino. ¿Me equivoco?

—Se me podrá tachar de muchas cosas, pero no de desleal. Nunca lo he sido y jamás lo seré. ¿Me entiendes?

—Os entiendo tan bien que, con aquella acción, me desvelasteis una parte de vuestra alma.

—¿Y no te gusta lo que has vislumbrado?

—Todo lo contrario. Para mí la lealtad es también un valor primordial, aunque en estos tiempos se encuentre en decadencia, lamentablemente. Además, reconozco a un valiente cuando lo veo y vos, ¡voto a bríos!, lo sois sin duda alguna.

—Me alegra escucharte, porque yo pienso lo mismo de ti.

—Por eso entenderéis lo que ahora me atreveré a pedir, señor.

—Me estabas preocupando. ¡Al fin me pides algo!

—Sé que habéis traído hasta aquí a mis antiguos soberanos. Ellos siempre me trataron bien y nada tengo contra ellos. Me gustaría saber cómo se encuentran.

—Que yo sepa, hasta ahora se han satisfecho todas sus necesidades y han sido tratados como merecen, dadas las circunstancias. Entre tú y yo, el rey sigue empeñado en desposar a su hija, y ese futuro parentesco garantiza su seguridad y bienestar mejor que ninguna otra cosa.

—Entiendo que la muchacha se encuentra con ellos.

—No, la princesa no sabemos dónde está. Mira, para que salgas de dudas, les haremos una visita —propuso el senescal, pensando que sería interesante ver cómo reaccionaban Alfonso y Margarita ante la presencia de su inveterado vasallo.

—Oh, no es necesario apresurarse, señor, dejadlo para otro día —le dijo Rodrigo,

calibrando las consecuencias que podían derivar de aquel repentino encuentro.

—Está decidido, iremos ahora mismo. ¡Sígueme!

Los reyes del Pirineo habían sido confinados en la estancia espaciosa y bien iluminada de aquella torre de infausta memoria. Dos soldados custodiaban el acceso inferior y otros dos se hallaban apostados en el rellano, frente a la puerta. Mientras los dos hombres subían las escaleras, Rodrigo vibraba de emoción, recordando los gorjeos infantiles de antaño y las risas de las mujeres. Los guardianes, al reconocer al senescal, le saludaron marcialmente y le franquearon el paso. Froilán llamó a la puerta.

—Si nos traéis comida, no tenemos apetito. Dejadlo para más tarde —respondió una voz masculina desde el interior.

—Soy Froilán. Alguien que dice conoceros se halla aquí conmigo. Abrid y tendréis la ocasión de saludarle.

El barón de Mieres tuvo que hacer un gran esfuerzo para aparentar impasibilidad. Cuando la puerta se abrió y un rostro se les quedó mirando a contraluz, Cortés se adelantó saludando con una ligera genuflexión.

—Señor, soy Artemio, uno de vuestros capitanes; quizás ya no os recordéis de mi —le dijo al rey guiñándole un ojo.

—Claro que sí. Te dábamos por desaparecido en combate —respondió Alfonso—. Veo que tienes buen aspecto y que acompañas a personajes muy importantes. ¿Qué haces aquí?

—Es una historia larga de contar —respondió.

—Pasa. Mi esposa y yo estaremos encantados de escucharte; en realidad tenemos poco que hacer.

—No será necesario. Solamente quería veros y comprobar que estabais bien.

—Te hemos echado de menos estos meses. Tu brazo nos hubiera venido muy bien.

—Mi brazo, señor, está ahora al servicio de este hombre, al que creo ya conocéis.

—¿Cómo no lo he de conocer? Él ha sido mi vencedor, pero ¿y tú?, ¿por qué cambiaste de bando? ¿Tienes alguna queja contra mí?

—Siento decirlo, señor, que el bando al que os referís ya es historia, y la historia no suele volver sobre sus pasos. Yo ya soy un soldado entrado en años y debo garantizar mi futuro. Este hombre me ha nombrado capitán de su guardia; es un luchador como yo y he ligado a él mi suerte.

—En ese caso, no es necesario que pases. Está todo dicho —dijo Alfonso cerrando la puerta.

El senescal se sentía muy satisfecho del resultado de aquel encuentro y le habían gustado las respuestas de su hombre de confianza. ¡Así es como debía hablar un valiente!

Cecilia cabalgaba abatida y triste entre sus guardianes. Envuelta en los oscuros pliegues de su capa y con la capucha calada, podía sentir en sus mejillas la humedad de la neblina matutina. A media mañana la bruma se fue disipando, dejando entrever, a retazos, un cielo brillante y azul.

La escolta marchaba por un valle cubierto de tupida vegetación, ajena a los ojos que les estaban observando desde la espesura. Sin previo aviso, algunos de los jinetes que iban en retaguardia fueron derribados por flechas. Inmediatamente cundió la voz de alarma y el capitán ordenó galopar hacia delante, buscando un terreno más propicio para defenderse.

Muy por encima de ellos, parapetados tras las peñas que circundaban la depresión, tres rostros contemplaban asombrados la escena que se desarrollaba allá abajo, en el valle. Mientras caminaban por un sendero de montaña, habían escuchado el eco del retumbar de cascos y voces en la distancia y, espoleados por la curiosidad, se habían asomado al precipicio: entre jirones de niebla, divisaron a una tropa a caballo avanzando con dificultad entre un denso mar de retamas en flor. Algo inesperado debió suceder, porque de súbito varios jinetes gritaron alarmados y todos a una se lanzaron hacia delante en tropel.

El compacto grupo logró alcanzar un terreno algo más despejado, pero frente a ellos, cortándoles el paso, tres líneas de arqueros se aprestaron a descargar sobre ellos sus dardos. El que iba a la cabeza frenó en seco su cabalgadura, ordenando detenerse a todos los que venían detrás. Miró a su alrededor evaluando la situación, y después giró hacia la izquierda y subió en diagonal monte arriba, siendo seguido de inmediato por el resto de los jinetes. A pesar de que el terreno era abrupto e inclinado, los corceles, espoleados hasta el frenesí, consiguieron ascender y distanciarse de sus perseguidores, que iban a pie.

Los tres espectadores vieron cómo la tropa fugitiva se dirigía justo hacia donde ellos estaban. Cuando los tuvieron lo bastante cerca, pudieron distinguir sus enseñas y negros uniformes y en el centro, rodeado de un apretado grupo de jinetes que parecían encargarse de protegerlo o, más bien, custodiarlo, a un personaje embozado. El personaje en cuestión hacía todo lo posible para quedar rezagado; incluso llegó a desmontar dos veces tratando de huir, pero todo fue en vano: los soldados le obligaron a montar de nuevo y fustigaron con furia las ancas de su alazán.

Viendo el capitán las dificultades que sus hombres tenían para conducir a la princesa, ordenó que le atasen los pies a los estribos.

—No quiero que sufráis daño alguno, pero si no colaboráis, me veré obligado a

convertiros en un fardo y como tal seréis acarreada a lomos de vuestro corcel. ¿Queda claro, mi señora? —la intimidó con voz autoritaria el capitán.

—¿Seríais capaz de tratar así a una mujer? —le preguntó Cecilia desafiante, echando hacia atrás la capucha y descubriendo su rostro.

—Haré eso y más, ¡creedme! Todo lo que sea necesario, excepto emplear mi tiempo en discutir con vos —respondió el capitán, dando por finalizada la conversación.

A continuación, los jinetes reemprendieron la marcha y rodearon aquel baluarte rocoso, desapareciendo de su vista.

Leonardo y Gregorio quedaron desconcertados al escuchar las palabras de la muchacha. El timbre de su voz era el de Cecilia, pero su apariencia y semblante eran diferentes. Al pasar por delante donde estaban, la joven levantó la cabeza, y el príncipe reconoció su mirada al instante.

—Es ella. ¡La llevan cautiva! —exclamó, tratando de salir de su escondite espada en mano, seguido de su hermano.

—¿Qué hacéis, insensatos? —les dijo el pastor, tratando de contenerles.

—¡Déjanos! ¿No ves que es Cecilia? Tenemos que liberarla —bramó Gregorio.

—No sé a quién os referís, pero ellos son demasiados y van a caballo. Descubriéndonos, solo conseguireis que nos maten, o quizás lo hagan los que llegan detrás. ¡Mirad ya donde están!

Tras estas palabras, los hermanos se calmaron un poco e hicieron caso de su juicioso amigo. Minutos después, una numerosa partida de hombres pasó por el mismo lugar, persiguiendo a los jinetes negros. Los tres compañeros dejaron pasar un tiempo prudencial, y luego se lanzaron en pos de perseguidos y perseguidores —al fin y al cabo, todos parecían ir en la misma dirección que ellos llevaban—.

Leonardo caminaba abatido, sumido en sus pensamientos. Desconocía cómo la princesa había llegado hasta allí, pero el hecho es que todo este tiempo había creído, equivocadamente, que se hallaba en poder de su tío. Sin duda, la tropa la llevaba cautiva a Iberia; debían elaborar un plan para rescatarla por el camino, antes de que fuera demasiado tarde...

—No estés tan apesadumbrado, hermano. Aún tenemos posibilidades de liberarla —le dijo Gregorio, tratando de animarle.

—¿Por qué no me aclaráis de una vez quién era esa joven? —les pidió Juan Bradley.

—Ahora no hay tiempo de explicaciones, pero cuando paremos a descansar te lo explicaré con mucho gusto —le prometió Leonardo, abandonando la protección de las rocas.

Caminaron siguiendo el rastro de los que iban delante hasta mucho después de ponerse el sol, momento en que decidieron buscar acomodo para pasar la noche. Todo

parecía estar en calma, y una radiante luna llena amortiguaba el fulgor de las estrellas. No lejos de allí podían escucharse voces, que provenían sin duda del campamento improvisado por los que les precedían.

—Mi buen amigo, esa muchacha que llevan cautiva se llama Cecilia, y es ni más ni menos que la hija del rey Alfonso —le dijo Leonardo al pastor y guardia de fronteras.

—¿Cómo? ¿Esa muchacha era la princesa del Pirineo? —exclamó el de Chippenham atónito.

—Exacto. Y creo que ha llegado el momento de que conozcas la historia de mi vida. Así podrás entender mejor lo que está sucediendo.

Y el joven príncipe le relató los aspectos más relevantes de su existencia. Juan le miraba apenas sin parpadear mientras el otro hablaba, profundamente conmovido, y cuando terminó, sin poderse contener, le dio un fuerte abrazo.

—Aunque nada supiese de ti, sabes que estaría dispuesto a cualquier cosa con tal de ayudarte. Rogaré a Dios para que ilumine tus pasos y te conceda la victoria.

—Agradezco tus palabras en lo que valen. Es un privilegio para mí contar con tu ayuda y me siento muy honrado por ello. Nunca lo olvidaré. Ahora, tratad de dormir un poco. Yo haré la primera guardia.

Con las primeras luces del alba, los tres camaradas reemprendieron la marcha, siguiendo de cerca a los arqueros. Sin embargo, estos parecían conocer muy bien el terreno e imprimieron un ritmo endiablado, por lo que pronto se distanciaron, perdiéndose el contacto visual. Al tercer día de marcha, comprobaron que el rastro se dividía: parecía como si los perseguidores hubiesen abandonado la presa, quizás convencidos de no poder alcanzarla. Algunas pertenencias de escaso valor aparecían dispersas por el suelo, entre las que había un pequeño arco de rústica factura y una flecha, que Leonardo recogió, pensando en que le podrían resultar útiles en el futuro.

—Y ahora, ¿qué haremos? —preguntó Gregorio, a lo que su hermano respondió.

—Sigamos las huellas de los jinetes.

Así lo hicieron durante dos días más, cruzando valles y atravesando montañas. Al mediodía decidieron tomarse un respiro, y eligieron para descansar un grupo de árboles situados sobre una pequeña elevación del terreno. Frente a ellos, el camino serpenteaba, tachonado de amapolas, entre un verde mar de centeno, mientras un viento racheado lo hacía estremecerse cual embravecido oleaje de rumorosas espigas. El ulular del viento y la visión de aquel ondulante vaivén indujeron en los hermanos un dulce sopor.

Viendo a sus compañeros dormidos y no habiendo signos de peligro, Juan se alejó de allí un trecho con la intención de hacer sus necesidades sin ser molestado. Hallándose en tan imperiosa faena acuclillado entre el cereal, el pastor divisó cómo se materializaba de la nada un grupo de hombres a caballo que se dirigían hacia donde sus amigos descansaban y cuyo aspecto no parecía presagiar nada bueno.

Quizás fue su sexto sentido el que se lo advirtió; el caso es que el príncipe se

despertó al instante y de un simple vistazo supo del peligro que sobre ellos se cernía. Solo tuvo tiempo de zarandear a su hermano y coger el arco y la flecha.

Ambos salieron corriendo en direcciones opuestas.

Gregorio enfiló hacia el centeno acosado de cerca por tres jinetes, consciente de que no era el mejor lugar para defenderse. Dos de aquellas tenebrosas figuras, a galope corto, le flanquearon los costados, entre tanto una tercera, viniendo desde atrás, trató de alancearle como si de un jabalí se tratase. El joven se revolvió en el último instante hacia un lado, consiguiendo esquivar la carga por muy poco. El jinete pasó de largo, pero enseguida hizo volver grupas a su caballo, dispuesto a realizar una segunda acometida, mientras sus comparsas contemplaban impasibles la escena.

El muchacho, encomendándose a Dios, apuntaló bien los pies en el suelo y esperó. El lancero inclinó ligeramente su arma, apuntando directamente al pecho del joven, y clavó espuelas. El animal, como impulsado por un resorte, se lanzó con fiereza hacia delante. Cuando ya se le echaba encima, un guijarro del tamaño de una nuez se estrelló en la frente del agresor, que al momento soltó la lanza y cayó al suelo. El caballo, al sentir aflojarse la brida, desvió la trayectoria, evitando así arrollar a Gregorio.

Los otros dos jinetes, que no encontraban explicación a lo sucedido a su compinche, optaron por acabar rápidamente lo que este había empezado y desenvainaron sus espadas. El pelirrojo esquivó como pudo las primeras embestidas, danzando entre las patas de los caballos.

De repente, otro guijarro zumbó en el aire, yéndose a estrellar, esta vez, contra el casco de uno de los agresores, que, aturdido, miró a su alrededor con sorpresa. No muy lejos de allí, tras mucho mirar, distinguió a un hombrecillo que apenas descollaba entre los altos tallos, y que sostenía una honda en la mano.

Comprendiendo por fin lo ocurrido, el jinete espoleó su corcel dispuesto a acabar con aquella minúscula alimaña, mientras que el pastor comenzó a voltear las tiras de cuero sobre su cabeza. Entre tanto, el tercer jinete y Gregorio los contemplaban paralizados, en espera del inminente desenlace. El jinete estaba cada vez más cerca, iba a arrollarla, pero la menuda figura, impasible, mantenía su posición y continuaba peinando el centeno, en círculos cada vez más veloces. Esperó casi hasta el último segundo para enviar su recado. Fue tal su puntería, que el canto se coló como un rayo entre la adarga y la visera del casco, golpeando a su rival en el entrecejo, que se desplomó de su cabalgadura y quedó tendido sobre el cereal.

Gregorio aprovechó para coger del suelo la lanza que momentos antes le amenazaba y, sujetándola con firmeza, corrió hacia su adversario, quien acobardado volvió grupas y escapó a galope tendido, dejando marcado un amplio surco entre el cereal. Ya se había distanciado un largo trecho cuando, de súbito, cayó del caballo, atravesado esta vez por varias flechas que habían surgido silbantes de entre aquel mar de espigas.

Mientras todo esto ocurría, Leonardo, perseguido por otros dos, se había abierto

camino entre peñas y matorrales, finalizando su carrera al borde de una laguna sembrada de juncos y cañaveras. Oyendo los cascos aproximándose, decidió ocultarse entre la tupida vegetación y esperar. Una pareja de inoportunos patos, asustados por su presencia, levantaron el vuelo, y poco después, vislumbró entre los juncos a dos lanceros a caballo que se acercaban con sus lanzas en ristre. En un movimiento instintivo, el príncipe retrocedió adentrándose en el líquido elemento. Cuando aquellos hombres estaban a punto de cernirse sobre él, inspiró una profunda bocanada de aire y se hundió bajo la superficie.

Uno de los lanceros, percibiendo un ligero rumor entre las aguas, se adelantó hasta la orilla, donde las notó removidas. Sin decir palabra, apoyó bien los pies en los estribos y atravesó de un lanzazo su propia imagen reflejada en el sinuoso espejo, pero sorprendentemente, de entre las estremecidas ondas surgió la punta de una flecha, luego un arco tensado, y después las manos que lo sostenían. Cuando quiso reaccionar, ya era tarde: una pequeña saeta le había atravesado el cuello por encima del peto, desplomándose inerte.

Al ver lo sucedido, el compadre que iba detrás espoleó su montura y trató de ensartar al joven, pero este, haciendo gala de una agilidad proverbial, sujetó el astil por su extremo y tiró con fuerza de él, consiguiendo descabalgarse a su adversario. Rápidamente lo inmovilizó bajo el agua, hasta que este dejó de moverse.

Leonardo corrió de vuelta hacia la arboleda en la que habían estado descansando para recuperar su espada. Fue entonces, al levantar la vista hacia el campo, cuando se dio cuenta de que sus compañeros se hallaban rodeados por varias decenas de arqueros. Sin dudarle un momento, blandió su acero y les salió al encuentro.



—¿Ese es el trato que dispensáis a mis amigos? —les recriminó el príncipe alzando la voz cuando llegó a su altura—. En tiempos de mi padre, esta tierra era hospitalaria con los forasteros. Me apena ver que se ha convertido en refugio de asesinos.

Sin previo aviso, uno de los arqueros disparó sobre él, pero el príncipe, en un alarde de reflejos, logró desviar la flecha con la hoja de su espada.

—¡Quietos, no disparéis! —gritó un hombre, adelantándose con los brazos en alto. Parecía ser el jefe de la partida—. Tu espada debe poseer un temple magnífico. Nunca he visto nada igual.

—¿Acaso no dejaréis ir en paz a unos peregrinos?

—¿Vosotros, peregrinos? ¿Con espadas y cotas de malla? No me hagais reír.

—Son para defendernos. Corren tiempos inciertos, como lo demuestra el hecho de que nos hayan atacado esos jinetes sin advertencia previa ni motivo alguno.

—¿También tú has sido atacado?

—Los cuerpos de los dos lanceros que acabo de despachar en la laguna os dará fe de ello.

—¿Y dices que no tenían ninguna razón para atacaros?

—Tal vez nos confundieran con alguien, o puede que tuvieran órdenes de hacerlo contra cualquiera que pasase por aquí.

—¿Y se puede saber qué hacen por estas tierras dos jóvenes y un pequeño David? ¿Adónde os dirigís?

—No podemos decíroslo, pero os aseguro que nuestras intenciones son honorables. Dejados seguir nuestro camino.

—Confieso que no tenéis aspecto de villanos. ¿Quiénes sois?

—No somos vuestros enemigos; con eso basta.

—Sabemos que nos habéis estado siguiendo durante estos últimos días. ¿Me lo vas a negar ahora?

—En realidad no os seguíamos a vosotros, sino a los jinetes que iban delante.

—O sea, que pretendíais uniros a ellos.

—En absoluto. Solo deseábamos saber hacia dónde se dirigían.

—¿Con qué propósito?

—Esos hombres transportan un tesoro muy preciado para nosotros que ha sido robado del reino del Pirineo. Intentábamos recuperarlo.

—¿Eso significa que estáis al servicio del rey del Pirineo?

—En eso acertáis plenamente.

—¿Acaso no os habéis enterado de que vuestro soberano se halla aquí prisionero?

—Esa es otra de las razones que nos han traído hasta aquí.

—¿No me digas que también queréis liberarle?

—Sé que os puede parecer descabellado, pero os aseguro que eso es lo que haremos —exclamó el príncipe con total convicción.

Los arqueros rompieron a reír a carcajadas.

—Solo por curiosidad, ¿de qué forma pensabais hacerlo, si puede saberse? —preguntó con sorna el que hablaba.

—Eso no lo sabemos aún, pero lo decidiremos cuando llegue el momento.

Aquella, no sabía si arrogancia del joven o pura ingenuidad, le tenía al jefe de los arqueros perplejo a la vez que divertido.

—Esos soldados a caballo a los que perseguís se encuentran ya a buen recaudo. Si queréis, podéis acompañarnos; así podré presentaros a algunas personas que estarán encantadas de conoceros.

—Primero, decidme, ¿quiénes sois, y a qué rey servís vos?

—Somos gente de esta tierra que rechaza la villanía. No sirvo a ningún rey, de momento, y estos amigos míos tampoco. En su día servimos a uno que quisimos y respetamos pero que, por desgracia, nos fue arrebatado.

—En ese caso, os acompañaremos —respondió Leonardo, satisfecho con la respuesta.

—¡Compañeros, recuperad los caballos de los caídos y regresemos a nuestra base!

Caminaron todos en fila, siguiendo un sendero apenas dibujado sobre el áspero suelo, y se internaron en un denso e intrincado bosque. Poco después del anochecer, aquellos hombres vendaron los ojos de los tres peregrinos y siguieron avanzando todavía durante largo trecho. Al fin la partida llegó a su destino: un campamento de aspecto militar dispuesto alrededor de la entrada de una cueva. Una vez dentro de ella, les fueron retirados los pañuelos de los ojos.

—Esperad aquí, voy a informar de las novedades —les dijo el jefe de la partida, desapareciendo en la oscuridad.

Los tres visitantes miraron en derredor. Se hallaban en el centro de una inmensa oquedad natural. Los candiles que había colocados en las paredes iluminaban con luz tenue el contorno, pero sin lograr vencer la penumbra. Tras un buen rato de espera, el jefe reapareció acompañado de varios desconocidos.

—He aquí a nuestros invitados —dijo el anfitrión a modo de presentación.

Un hombre de poblada barba entrecana les miró de arriba abajo.

—Curiosa cuadrilla al servicio de un rey... que ya no lo es —manifestó aquel hombre con expresión neutra en la voz—. Si no fuese porque vuestra hazaña ha sido vista y comprobada, hubiese jurado hallarme ante unos impostores que tratan de confundirnos.

—Señor, ¿por qué querríamos hacernos pasar por quienes no somos? —contestó Leonardo—. Somos quienes decimos ser y, por lo que he podido entender, tenemos enemigos comunes.

—Ese tesoro del que hablas... si nos dices algún detalle sobre él, tal vez

reafirmaría nuestra confianza en vosotros.

El príncipe miró a sus compañeros interrogándoles con la mirada.

—No creo que perdamos nada satisfaciendo la curiosidad de estos hombres —dijo su hermano.

—Yo no tengo ninguna objeción —secundó el guardia de fronteras.

—Está bien, os sacaré de dudas, señor. Se trata de nuestra princesa Cecilia. No sabemos cómo ha sucedido, pero lo cierto es que se halla en poder de los jinetes a los que perseguíamos.

—Esos hombres son soldados al servicio del rey Jaime y se dirigían al castillo de Babia —aclaró el hombre de la barba entrecana.

—Pues si es así, tenemos que liberarla cuanto antes. Con todo respeto, señor, os pedimos que nos indiquéis el camino para llegar hasta allí lo antes posible.

—¿Acaso pretenderéis asaltar esa fortaleza? —rio divertido.

—Hemos de intentarlo, aun a riesgo de perder la vida. Hace tiempo que vuestro rey tiene el propósito de desposar a la infanta, y estará dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de conseguirlo.

—Dices “nuestro rey”, pero debieras decir “nuestro más odiado enemigo”. Hace tiempo que lo combatimos.

—En ese caso, vuestro sentir y el nuestro coinciden, y eso es lo esencial, ¿no os parece?

Desde luego, aquellos hombres tenían pinta de luchadores aguerridos. Si ellos también se consideraban enemigos de Jaime, tal vez se podría alcanzar una alianza con ellos.

—¿Por qué das por hecho que los padres de la princesa y ella misma no están de acuerdo con ese matrimonio?

—Porque nunca lo han estado y, por añadidura, ella ama a otra persona.

—Sí, pero la situación ha cambiado y la posición de sus padres es ahora más precaria que nunca. Ese enlace real sería un alivio para ellos, que lo han perdido todo, y su hija no querrá verlos sufrir.

—Razón de más para intentar liberarlos cuanto antes. No podemos perder más tiempo.

—No tengas tanta prisa, aún nos quedan algunas cosas por aclarar. ¿Quiénes son los valientes que te acompañan?

—Este es mi hermano Gregorio, y él es Juan Bradley, pastor y guardia de fronteras.

—Cuando os cruzasteis con los hombres de Jaime, vosotros ya os dirigíais hacia aquí, ¿no es así?

—Es cierto.

—¿Con qué intención? Y no me digas que para liberar a vuestro rey, dos jóvenes y un gnomo extranjero.

—Señor, no he de consentir que nos ofendáis con vuestros insultos —manifestó

Leonardo desenvainando su espada. Los hombres a su alrededor se pusieron en guardia, pero no le amenazaron con las suyas.

—¡Guarda ese arma! No es mi intención agraviaros, sino haceros ver el despropósito que pretendéis llevar a cabo.

El príncipe no obedeció, pero sí bajó el brazo y la dejó apuntando hacia el suelo.

—Sea o no un despropósito, como vos decís, eso es exactamente lo que nos proponemos hacer —respondió—, pero antes queríamos entrar en contacto con la resistencia.

—Pues, por si todavía no os habíais dado cuenta, os anuncio que nosotros somos quienes estabais buscando. ¿Quién os ha hablado de la resistencia?

—El abad de Ochagavía fue quien nos lo aconsejó antes de partir.

—¿Te refieres al abad Toribio?

—Al mismo. ¿Lo conocéis?

—Por supuesto que lo conozco, pero tengo entendido que se halla prisionero.

—Gracias a Dios y a la ayuda de unos monjes amigos nuestros, ahora se encuentra a salvo, aunque continúa privado de libertad.

—Me alegra oír eso. Por cierto, nos has dicho el nombre de tus compañeros, pero no el tuyo.

—Leonardo.

Al escuchar ese nombre, aquel hombre barbudo, acostumbrado a una dura existencia y poco dado al sentimentalismo, sintió un estremecimiento en lo más profundo de su ser, si bien trató de disimularlo lo mejor que pudo.

—¿Te importaría mostrarme esa espada que llevas? Me ha parecido que posee un temple extraordinario.

—Sí que lo tiene —contestó el joven, tendiéndosela.

Nada más verla, la reconoció: era Briosa, la espada del difunto rey Eduardo.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó intrigado.

—Pertenece a mi padre y me la entregó no hace mucho una persona que me es muy querida.

—¿Cómo se llama esa persona?

—Rodrigo. Rodrigo Cortés.

—Ven, acércate a la luz de este candil, para que mis cansados ojos te puedan ver mejor.

El joven así lo hizo. Ahora todo le cuadraba. Sus facciones, su porte, el color del cabello, la apasionada mirada... ¡Era la viva imagen de la reina Beatriz, tal como él la recordaba!

—¡Dios bendito y misericordioso! Vos sois el hijo del rey Eduardo. ¡Arrodillaos, arrodillaos todos! Él es nuestro príncipe, al que tanto tiempo hemos estado esperando.

Y acto seguido, todos aquellos valientes, rodilla en tierra, rindieron homenaje a Leonardo, ante la mirada estupefacta de los tres amigos.

—Por favor, levantaos, no es necesario que os inclinéis ante mí. Me tomaré ese

gesto como una muestra de respeto y afecto hacia mi padre. —Los hombres así lo hicieron, y prosiguió—: Y ahora señor, ya que sabéis quién soy, me gustaría conocer vuestro nombre.

—Bertrán Sánchez de Laciana, para serviros. Soy un buen amigo de Rodrigo. Hace ya muchos años, cuando el senescal huyó llevándoos en brazos, pasó por mi casa en el bosque, y mi mujer os aseó y os dio de comer. En aquel entonces no erais más que un ser indefenso, ¡pero mirad ahora en qué os habéis convertido!

—¿Qué es eso de “vos”? Trátame de tú como lo has hecho hasta ahora, sin remilgos ni protocolos. Los amigos de Rodrigo lo son también míos, y más cuando, como dices, nos ayudaste en tan peligrosas circunstancias. ¡Ven a mis brazos, Bertrán!

El curtido leñador se dejó abrazar, embargado por la emoción y confundido ante la afectuosa reacción del príncipe.

—Y ahora, si te parece bien, quisiera contactar con mi padrino enseguida. ¿Crees que eso será posible?

—La noticia de que estás aquí con nosotros sano y salvo animará su espíritu y renovará sus deseos de lucha. Pronto podrás verle, pero ahora debéis descansar.

—De acuerdo. Despertadnos con las primeras luces del amanecer. Hemos de ponernos en marcha de inmediato.

Tras ser despertados a la hora convenida, los tres compañeros desayunaron y se dispusieron a partir. Sin embargo, al abandonar la cueva en la que habían pasado la noche, vieron ante ellos una muchedumbre que, expectante, esperaba en silencio.

—¿Qué hace aquí toda esta gente? —preguntó el príncipe asombrado a Bertrán en un susurro.

—Anoche no pudimos evitar que la noticia de tu llegada corriera de boca en boca por todo el campamento. Te esperan a ti. Tendrás que decirles algo si quieres que te dejen pasar.

—¿Qué? ¿Y qué les voy a decir?

—En eso yo no te puedo ayudar —se excusó el de Laciana con una sonrisa.

—Hermano, háblales con el corazón y déjate llevar —le murmuró Gregorio.

Leonardo se mordió los labios, y con el alma encogida de ver ante él a tanta gente, habló así:

—Queridos compatriotas, ¿qué hacéis aquí tan temprano? Me dicen que estáis esperando por mí. ¿Es eso cierto?

Un murmullo de voces confirmó que así era.

—Entonces me parece que se verán frustradas vuestras ilusiones. Si esperabais ver ante vosotros a un héroe legendario, a un guerrero de fuerza descomunal y nervios de acero... en fin, si estabais aguardando por vuestro salvador, siento defraudaros. Solo soy un hombre, uno más entre vosotros.

Entre la muchedumbre se escucharon voces que decían:

—¡Pero eres el hijo del rey, de nuestro verdadero rey!

—Sí, eso es cierto, de vuestro verdadero rey. Mas temo no estar a su altura.

—¡Lo estarás, y nosotros te ayudaremos! —gritó alguien entre el gentío.

—Me conmueve tanta confianza. Solo puedo deciros que estoy dispuesto a entregar mi vida por vuestra causa, que también es la mía.

—¡Así se habla! —contestó su auditorio sin poderse contener—. ¡Abajo el tirano! ¡Viva el príncipe!

—Si me aceptáis, mis camaradas y yo nos uniremos a vosotros, y entre todos destronaremos a mi tío, ese rey impostor que durante tantos años ha ensangrentado y deshonrado esta bendita tierra.

—¡Sí! Marcharemos contra él —respondió la multitud.

—¡Ha llegado la hora de que este reino vuelva a ser el que fue! —dijo el príncipe, y su timbre de voz sobrecogió a todos los presentes.

La llegada de Cecilia sorprendió y colmó de júbilo al rey. Al punto fue informado de las circunstancias en las que la joven había sido apresada, y todo gracias a la colaboración, una vez más, del hermano de Froilán. Este golpe de suerte le proporcionaba la última carta que necesitaba para ver completados sus planes. Su futuro suegro le había hecho creer que su hija se encontraba escondida y a salvo en algún lugar desconocido, pero ahora la princesa se hallaba en su poder, y nada ni nadie podría impedir que se convirtiera en su esposa.

La muchacha fue recluida en una sobria y fría estancia del castillo, tan solo iluminada por un mortecino rayo de sol que se filtraba a través del estrecho tragaluz, situado en lo alto de un techo abovedado y protegido con rejas. No le permitieron ver ni hablar con sus padres, ni tampoco le dieron noticias de ellos, por lo que la joven se sentía con el ánimo abatido y muy preocupada por lo que les pudiera haber sucedido.

Esta situación se prolongó durante tres largos días. Los pocos sirvientes que accedían a aquella habitación, bien aleccionados, no contestaban a sus preguntas ni hacían caso de sus súplicas. Cuando ya se encontraba consumida por la desesperación y el abatimiento, una mañana temprano recibió la repentina visita del rey, que entró sin pedir permiso y con actitud soberbia.

—Tal vez no lo sepáis, pero debemos la dicha y el honor de que os halléis aquí a mi lado a ese molinero llamado Venancio y al abad de Ochagavía. Deberíais estarles agradecida.

—¿Agradecida? —respondió la princesa indignada—. La próxima vez que le eche la vista encima a ese mal nacido de Venancio, ni el cielo con toda su corte celestial podrá impedirme que le envíe al infierno.

—¡Vaya! No os hacía con ese carácter tan bravío, pero me place. ¿Sabéis? No sois fácil de reconocer con ese cabello tan corto y la tez tan morena, sin embargo, he

de admitir que me resultáis más atractiva y bella que nunca. Decidme, ¿os encontraréis a gusto en mi castillo? ¿Necesitáis algo que no tengáis?

—No, gracias, estoy bien. No necesito nada de vos, salvo un poco de luz y aire fresco.

—Bueno, eso sería sencillo de conseguir. Bastaría con que nuestro compromiso de matrimonio se transformase en boda real.

—Ese compromiso solo ha existido en vuestra calenturienta imaginación; yo os detesto.

—A veces, entre el amor y el odio tan solo existe una fina línea de separación, muy fácil de cruzar, por cierto. Acepto el que hoy no me queráis, pero sé que cuando me conozcáis más íntimamente, sabréis apreciar mis cualidades.

—Tal cosa no será posible. Conozco sobradamente la negrura de vuestro corazón y sé lo despiadado que sois.

—Un buen soberano ha de combinar sabiamente el ejercicio de su poder con la condescendencia y el aprecio de sus súbditos. Hasta ahora, vos únicamente habéis podido contemplar mi faceta de soldado. Dadme algo de tiempo y conoceréis la de dulce y amante esposo.

—Siento decirlo que mi corazón ya está comprometido, pertenece a otra persona.

—Eso a mí no me importa. Me imagino que habréis puesto vuestros ojos en algún jovencito bisoño y tierno, pero confundís un capricho de juventud con la dicha del amor. Yo os he de enseñar lo que es el amor verdadero y pondré a vuestros pies todo lo que una reina pueda desear.

—Os equivocáis. Mi amor por ese joven bisoño, como vos lo llamáis, no solo es profundo, sino que además es correspondido, os lo puedo asegurar.

—Cuando nuestros hijos corroteen alrededor de vos y los cojáis en vuestros brazos, seguro que pensaréis de otra forma.

—¡Yo no tendré hijos con vos jamás! Antes preferiría convertirme en estaca seca y estéril —exclamó la princesa con un mohín de desprecio.

—Veremos qué opinan de eso vuestros padres —contestó Jaime con sarcasmo.

Cecilia acusó el comentario y sintió una aguda punzada en el pecho.

—¿Qué habéis hecho con ellos?

—¿Qué habría de hacer? Son mis invitados y se encuentran perfectamente alojados en el castillo. Desde que saben que estáis aquí, se hallan locos de alegría. Incluso me están ayudando a hacer los preparativos de la boda.

—No, eso es imposible. No os creo. Quiero hablar con ellos. No me podéis privar de ese derecho.

—Os puedo privar y lo haré; al menos, hasta que no os halléis en disposición de colaborar. De lo contrario, los veréis el mismo día de la boda.

—Pero yo no me casaré con vos. ¡Antes prefiero morir!

—En ese caso, no los veréis nunca. Y cuando vuestra belleza se marchite entre estas cuatro paredes y yo me harte de esperar, ya no tendré interés alguno por vos, ni

tampoco en mantener la amistad con vuestros padres, en cuyo caso los consideraré enemigos y me desharé de ellos al instante.

—¡No seréis capaz de esa villanía!

—De eso y de mucho más, si lo que está en juego es la continuidad de mi estirpe y el cumplimiento de mis reales deseos. Pensadlo bien, porque mi paciencia tiene un límite... que está a punto de agotarse —amenazó el rey—. Si no dais vuestro brazo a torcer, os tomaré igualmente, pero por vuestro bien y el de vuestra familia, preferiría que aceptaseis de buen grado el destino que os ofrezco. —Y efectuando una ligera reverencia, se dirigió hacia la salida—. ¡Ah! Una última cosa —continuó Jaime, volviéndose de repente—. Si satisfacéis mis deseos, os prometo que restituiré a vuestro padre su reino y podrá regresar inmediatamente a su castillo después de las celebraciones. ¡Guardias, abrid la puerta!

Los guardias obedecieron, y el rey salió dando un portazo.

La infanta quedó consternada ante las palabras de aquel infame. La vida de sus padres pendía de un hilo, y solo en sus manos se hallaba la posibilidad de salvarles, ¿mas a costa de qué? De hacer una renuncia completa y definitiva a la libertad y a la felicidad que tanto anhelaba.

Ella era una joven decidida, valiente, capaz de cualquier cosa, pero su voluntad se encontraba en ese momento secuestrada y paralizada. ¿Tendría que permitirle a aquella alimaña que saqueara su cuerpo y mancillase su alma? Presa de la impotencia, su conciencia se inclinaba por ceder ante los deseos de Jaime, aunque el corazón le gritase lo contrario.

El rey, por su parte, abandonó la estancia convencido de que conseguiría al fin sus propósitos, y se encaminó hacia la torre del oeste, impaciente por hablar con sus cautivos, el rey Alfonso y su esposa Margarita de Aquitania. Ascendió por la escalera como un vendaval. Los soldados que protegían el acceso saludaron marcialmente al ver a su señor y le franquearon el paso.

Jaime pidió las llaves al guardia y abrió él mismo, entrando sin ningún tipo de miramiento. Los padres de Cecilia lo recibieron con el gesto resuelto y tranquilo.

—Alfonso, traigo una noticia que de seguro va a alegrarte el espíritu.

—¿Acaso ese veneno que destilas te ha hecho enfermar hasta el punto de necesitar un confesor? Si no es así, no tenemos nada de que hablar. ¡Déjanos tranquilos!

»No solo eres un ser sin escrúpulos sino que, además, te muestras descortés y ordinario —le reconvino Alfonso.

—Poco o nada me importan tus insultos, viejo estúpido. Soy yo quien tiene aquí la sartén por el mango, y en ella habré de cocinar tu soberbia e impotencia. Pero no he venido para intercambiar halagos ni lisonjas, sino a otra cosa. ¡Por fin podremos celebrar la boda que tanto añoramos!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alfonso palideciendo de inmediato, en tanto que a su esposa, angustiada, se le demudaba el rictus.



—Lo que habéis oído. Vuestra hija, está aquí, en mi castillo. La estratagema que urdisteis contra mí no os ha servido de nada.

—Eso es imposible. Mientes —manifestó Alfonso temblándole la voz.

—Nunca mentiría sobre eso. Y por cierto, bien se ve que no ha hecho vida de corte últimamente... pero tranquilo. Aunque bastante cambiada, tiene un aspecto magnífico que me seduce y excita si cabe aún más. Voy a ordenar que se hagan rápidamente los preparativos para el enlace, y quiero... ¿qué digo quiero?, ¡exijo!, vuestra colaboración.

—Si lo que dices es cierto, queremos ver primero a nuestra hija y hablar con ella.

—No. Lo siento, no permitiré que habléis con ella hasta el día de la boda —dijo con ironía.

—Entonces dejad al menos que lo haga su ama Aurelia, a la que sabemos que mantenéis también encerrada en algún lugar de este castillo —le rogó Margarita.

—Cecilia es ya toda una mujer y necesita otra clase de cosas; desde luego, no una niñera.

—En ese caso, no tendrás nuestra colaboración —afirmó Alfonso con la cara demudada por la desesperación.

—La tendré, muy a vuestro pesar, y de no ser así, tomaré a vuestra hija por la fuerza tantas veces como me plazca, y cuando me canse, la haré recorrer todos los burdeles del reino, hasta que no se reconozca ni ella misma. Después me desharé de vosotros, y pronto no seréis más que una pálida sombra en el recuerdo... puede que ni siquiera eso.

Aquellas palabras destilaban tanto odio y maldad, que Alfonso, lívido cual difunto, no supo qué responder, y Margarita se echó a llorar desconsoladamente.

—Si siguiera aún con vida, se me ha antojado que nos case ese abate de Ochagavía que tan bien te ha servido siempre. Él oficiará nuestra unión, y vosotros otorgaréis el consentimiento y nos daréis la bendición. No os preocupéis más por vuestra hija: os prometo que en pocos meses sentiréis la dicha de ser abuelos.

Viendo que con aquel discurso había conseguido por fin doblegar a Alfonso, se dio por satisfecho y sin despedirse salió de la habitación.

Ya solos, aquellos apesadumbrados padres se asomaron a la balconada del torreón, tratando de resignarse ante lo que parecía inevitable. La única esperanza que les quedaba ahora residía en la remota posibilidad de que Rodrigo, camuflado de incógnito en aquel lugar, urdiese algún plan para, al menos, liberar a su hija de tan siniestro destino.

De inmediato, Jaime despachó correos a todos los rincones del reino, para hacer partícipes a sus seguidores del próximo enlace real e invitarles a la ceremonia, la cual habría de celebrarse lo antes posible, pues no quería más dilaciones.

Con el proyecto de matrimonio ya bien urdido, permitió a su futura consorte hospedarse en unas dependencias más confortables. Los preparativos de la boda así como de las celebraciones que se harían en su honor se pusieron en marcha, y una compañía de soldados fue enviada a la abadía de Ochagavía, con el encargo de traer hasta el castillo de Babia al antiguo abad, sin importar el estado de salud en el que se encontrase, y también de escoltar a Anselmo y a Venancio como invitados del rey. Froilán, por su parte, recibió la orden de redoblar los esfuerzos para someter definitivamente a los rebeldes antes de que tuviese lugar tan notable acontecimiento.

Durante aquellos primeros días del mes de junio, el senescal cabalgó sin descanso, peinando con sus tropas el territorio cercano al castillo y tratando de descubrir los escondrijos de los sediciosos. Sin embargo, estos siempre se desvanecían ante él como fantasmas, y de nada le sirvieron las detenciones y torturas a civiles. En estas batidas, el antiguo senescal y sus bien adiestrados hombres acompañaban siempre a su señor, protegiéndole de cualquier amenaza que se pudiese presentar, y regresaban con él al castillo cuando volvía a dar novedades al rey.

Uno de esos días, sobrepasada la medianoche, Rodrigo descansaba en la cama, incapaz de conciliar el sueño, cuando de repente unos golpes suaves sonaron en su puerta. Extrañado, se incorporó ágilmente y franqueó el paso a su misterioso visitante.

—¡María! ¿Qué haces aquí? Es muy arriesgado que vengas a verme tan tarde. Alguien podría verte y desconfiar.

—Lo sé, señor, pero debéis escuchar lo que tengo que deciros. Si estoy aquí es por una buena razón —susurró la mujer pasando a la habitación y cerrando tras ella—. Hace más de dos semanas que no veo a mi marido, pero él ha buscado el modo de hacerme saber que ha sucedido algo extraordinario. Dice que lleva varias noches esperándoos en el refugio de cazadores, ese que vos bien sabéis, y que lo seguirá haciendo hasta que logre contactar con vos.

—Pero ¿no te ha dicho por qué quiere verme?

—La persona que vino a avisarme no supo o no quiso explicarme nada más, pero puedo aseguraros que se trata, sin duda, de algo importante.

—Está bien. Regresa a tu cuarto, y procura que nadie te vea. —Le dijo plantándole un beso en la frente.

Tras el sigiloso encuentro, Cortés se vistió con rapidez, enfundó sus pies en unas polainas de esparto y salió de la habitación sin hacer el más mínimo ruido. Como un

espectro recorrió las galerías del castillo, atravesó el patio de armas, alcanzó el pasadizo oculto que tan bien conocía y salió al exterior del recinto.

Era una noche despejada y con luna. Como una sombra se deslizó al pie de la muralla y descendió esquivando arbustos y rocas. Al poco tiempo alcanzó la orilla del río y lo cruzó decidido, internándose en el bosque.

Caminó con rapidez, sorteando maleza y troncos de árboles. Cuando llevaba recorrido un buen trecho, una rama crujió justo detrás de él y frenó en seco, escuchando con todos los sentidos alerta, pero solo pudo oír el aleteo de las aves nocturnas y el monótono canto de los grillos. Tal vez hubiese sido un animal; sí, eso era lo más probable.

Después de un buen rato sin advertir nada sospechoso y deseoso de alcanzar el refugio cuanto antes, reanudó la marcha. Por seguridad abandonó el sendero habitual y avanzó dando un rodeo, parándose y volviendo la vista atrás de cuando en cuando.

A ras del suelo y ocultos entre la húmeda hojarasca, dos ojos, brillantes como tizones no se atrevían a parpadear, ni siquiera cuando aquella sombra reemprendió su cauteloso caminar. Paralizado de temor y con el corazón desbocado, el Hurón, tumbado sobre el humus de la floresta y oculto tras los helechos, meditaba sobre si le convenía o no seguir adelante.

No le tocaba guardia aquella noche, pero sin saber por qué se había sentido excitado y sin sueño, así que se levantó y, cruzando el patio de armas, se sentó sobre un poyete de piedra a contemplar la luna. Desde allí observó cómo una oscura figura pasaba muy cerca de él sin advertir su presencia. La sombra se movía sigilosamente y de forma un tanto sospechosa, y tuvo la corazonada de que se trataba de su capitán. Quizás era esta la oportunidad que había estado esperando.

El Hurón experimentaba sentimientos encontrados por aquel hombre. Lo admiraba y temía a la vez, e intuía lo letal que podría llegar a ser si se le daban suficientes motivos para ello. ¿Hacia dónde se dirigía? ¿Qué ocultos propósitos perseguía internándose en el bosque a aquellas horas de la noche?

El Hurón aún dejó que se calmara un poco su acelerado corazón antes de ir detrás de aquella sombra felina. Pero esta había abandonado la trocha seguida hasta entonces y ya le resultó imposible detectar su rastro, de modo que el perro de presa, considerándose burlado, se vio obligado a retroceder por donde había venido. Sin embargo, al retornar de nuevo a la senda, tuvo un presentimiento y en lugar de regresar hacia el castillo, optó por ir en sentido contrario, adentrándose en la espesura.

Caminó y caminó durante un largo trecho sin atisbar nada digno de consideración; cuando ya estaba a punto de desistir y volver sobre sus pasos, súbitamente, al sortear una pequeña elevación, vislumbró entre las sombras el contorno difuso de lo que parecía una sencilla y tosca construcción, hábilmente mimetizada con el terreno y oculta entre los arbustos. Así que se tumbó sobre el lecho del bosque, dispuesto a esperar toda la noche si fuese necesario.

Al poco de estar allí, vio cómo varias figuras embozadas se acercaban a pie y sin hacer ruido, e intercambiaban saludos en voz baja con alguien que les esperaba a la puerta del recinto. Luego desaparecieron en el interior del rústico refugio, todas excepto una, que quedó haciendo guardia en el exterior.

Muy despacio, reptando como una serpiente, el confidente se fue aproximando al muro trasero de la cabaña, en el que apenas destacaba un estrecho ventanuco situado a media altura, casi oculto entre la exuberante hiedra que cubría por completo la pared. A través de él, un tenue rayo de luz centelleaba y difundía dorados reflejos sobre el verde tapiz. El vigilante hacía su ronda y pasaba a menudo entre el refugio y el Hurón, quien maldecía para sus adentros porque no veía ocasión de aproximarse al tragaluz.

En aquel refugio de cazadores y con Bertrán de testigo, tuvo lugar el encuentro entre Rodrigo y el príncipe. La sorpresa fue mayúscula para el antiguo senescal. No daba crédito a lo que veían sus ojos: allí, delante de él, después de tanto tiempo e incertidumbre, estaba Leonardo. Le parecía más alto, más fuerte, más regio.

—Mi apreciado muchacho, mi esperado príncipe y futuro rey —le dijo su maestro, cogiéndole con fuerza por los hombros y sin dejar de mirarle.

—¡Padrino querido! No sabes cuánto te hemos echado de menos —le contestó Leonardo sonriente.

Ahijado y padrino se abrazaron con tanta fuerza, que de no ser por las cotas de malla que llevaban, seguramente se habrían fracturado algunas costillas.

—Hoy es uno de los días más felices de mi vida. Verte aquí, sano y salvo después de todo... —Y dirigiéndose a Bertrán, añadió—: Tenía razón tu bendita esposa, amigo: su fe ha triunfado sobre mis negros presagios.

—Apareces en el momento justo. Por fin ha llegado la hora en la que acabaremos con esa alimaña usurpadora y recuperaremos el trono que por derecho te corresponde —continuó Rodrigo, empleando el tono ardiente y apasionado que acostumbraba, mas sin levantar la voz—. Es tu oportunidad. ¡Y vive Dios que la hemos de aprovechar!

—Me alegro de encontrarte con tan buen aspecto; casi no te reconozco. Te veo muy cambiado, más recio... incluso más joven y apuesto. Contigo a mi lado, estoy seguro de conseguir todo lo que nos propongamos.

Y acto seguido, los tres camaradas se sentaron para hablar largo y tendido alrededor de una tosca mesa de roble, pues mucho era lo que había que contar, cosa que hicieron en el tono de confianza que la ocasión requería.

—¿Cómo se encuentra el bueno de tu hermano?

—¡Oh, estupendamente! Deseoso de ayudarnos y de verte. Es el mejor compañero de viaje que hubiese podido tener.

—No sabes cuánto me alegro. Siento haberme perdido vuestro cumpleaños.

—Bah. La verdad es que tampoco hemos tenido tiempo de celebraciones —respondió alegre el príncipe.

Cada uno escuchó atentamente y sin interrumpir el relato de las andanzas del otro. Sin embargo, nada quiso decir Leonardo de su relación con la princesa, pensando que aún no había llegado el momento.

En mitad de la charla, Bertrán Sánchez se levantó y salió afuera, para cerciorarse de que todo seguía en orden.

—¿Qué tal va esa guardia, compañero?

—Todo está tranquilo, pero no os preocupéis, que ante el más mínimo síntoma de peligro, os pondré sobre aviso.

Tranquilizado por la respuesta, Bertrán entró de nuevo en el refugio.

Tras una espera que al Hurón se le hizo interminable, alguien salió al exterior a pedir novedades, ocasión que aprovechó para incorporarse y correr a ocultarse entre el tupido follaje bajo la ventana.

Allí quedó, petrificado e incrustado en el muro como si de una raíz se tratara, dispuesto a escudriñar en el interior y tratando de descifrar el murmullo que llegaba hasta él.

—La noche está en calma. Podéis continuar —expresó el de Laciana, volviendo a sentarse junto a ellos.

—Como ves, el hecho de que no sepan mi verdadera identidad nos otorga cierta ventaja —dijo Rodrigo.

—Mucho más que eso. Las informaciones a las que tienes acceso nos harán ganar la guerra. ¿Dices que esa alimaña sigue queriendo casarse con la hija del rey Alfonso? —preguntó Leonardo.

—Así es, y quiere que la boda se celebre cuanto antes. Con la familia real en su poder, cree tener en su mano todos los triunfos para ganar la partida.

—Entonces, ¿los padres de la princesa han consentido finalmente en ese enlace? —preguntó el joven sintiendo una angustia en el pecho.

—Que yo sepa no lo han hecho todavía, pero los tiene amedrantados con sus amenazas, y lo mismo ocurre con su hija. Ya sabes la presión que es capaz de ejercer esa bestia sobre los demás.

—Me lo puedo imaginar. Tenemos que impedir esa boda —dijo el príncipe con total convencimiento.

—¿Por qué? Esa unión se ha convertido para Jaime en una auténtica obsesión, pero no veo que sea algo tan crucial para nuestros proyectos...

—Padrino, perdóname que por una vez te lleve la contraria. Precisamente porque para él es una obsesión, si impedimos la boda o la hacemos peligrar de algún modo, se volverá loco de rabia. Se ofuscará y cometerá errores, graves errores, y ese será el momento que aprovecharemos para atacar. —El joven dijo esto con tal aplomo y

determinación, que no pudo por menos de impresionar a aquel curtido y experimentado guerrero.

—Mmm... No había yo pensado en ese punto de vista; puede que tengas razón...

—contestó el padrino frotándose la mejilla.

—Pero si como dices, ese perro tiene todos los triunfos en la mano, ¿a qué espera para casarse? —preguntó Bertrán.

—Supongo que antes querrá rendir la voluntad de esa joven, a base de no dejarla ver a sus padres. Y por otro lado, se ha empeñado en que sea nuestro querido Toribio quien oficie la ceremonia. De hecho, hace ya algún tiempo que ha enviado tropas a Ochagavía para que le escolten hasta aquí.

—¿Y si interceptáramos a monseñor en su ruta hacia el castillo de Babia? —propuso Bertrán—. Tal como lo habéis expuesto, Toribio es la pieza que le falta a Jaime para completar el círculo de sus deseos. Si no hay cura, no hay ceremonia que valga, digo yo. Interceptemos a la comitiva antes de que llegue al castillo de Babia.

—Yo no lo tengo tan claro —opinó el barón de Mieres—. De no ser nuestro abad, podrá ser cualquier otro el que oficie la boda. Anselmo por ejemplo, a quien también ha invitado a la boda, junto con Venancio. Es mejor poder contar con nuestro querido y sagaz amigo en el castillo: dadas las circunstancias, su presencia allí puede sernos más beneficiosa que perjudicial.

—De todas formas, no pienso que el rey le haya revelado a Toribio por qué lo hace venir —afirmó el príncipe—. Cuando lo haga, será para cogerle desprevenido y no dejarle otra opción que doblegarse a sus propósitos. Ese hombre tan astuto y manipulador querrá conseguir, a través de él, lo que seguramente no está consiguiendo por medio de sus amenazas. Tendríamos que ponerle sobre aviso.

—Sí, yo también creo que debemos advertirle de lo que se le viene encima —secundó Rodrigo—. Imagino que la comitiva viajará despacio, así que no tendremos problemas para alcanzarla; la cuestión es cómo contactar con el abad sin levantar sospechas.

—Se me ha ocurrido algo que podría funcionar. Si me lo permitís, yo me encargaré de organizar ese asunto —propuso Leonardo.

—No me parece que seas tú el que deba encargarse de esto después de todos los peligros que has corrido para llegar hasta aquí —opuso Cortés, dejando traslucir su inquietud.

—Tranquilo, padrino, no seré yo el que vaya. Vosotros me ayudaréis.

—¿En qué estás pensando entonces?

—Si no me equivoco, y conociendo la manera de ser del nuevo abad, me parece que en esa comitiva viajará con Toribio un buen amigo que ya nos ha prestado su valiosa colaboración en circunstancias comprometidas.

—De acuerdo, muchacho, se hará como tú deseas —cedió el antiguo senescal, orgulloso de ver esa capacidad de iniciativa que demostraba su ahijado.

—Otra cosa.

—Tú dirás.

—Es preciso que busques la manera de hablar con los prisioneros. Debes tranquilizar e infundir ánimo a esos atribulados padres y, sobre todo, a su hija. Tienen que resistir como sea hasta que podamos hacer algo por ellos.

—Eso va a ser muy difícil —aseguró su guía y mentor, un tanto abrumado por el empuje de su pupilo—. Tanto los reyes como la princesa se hallan bajo una vigilancia extrema. No sé cómo podría acercarme hasta ellos.

—Tú siempre has sido un hombre de recursos, incluso ante las más terribles circunstancias. Sé que antes o después se te ocurrirá algo.

Aquel no era el joven que había dejado atrás hacía tan solo unos meses. Se había convertido en un hombre valiente, decidido y, al parecer, con ideas propias, cosa que no le disgustaba, aunque sí le preocupaba.

—Por lo que me has contado, el castillo de Babia se halla en este momento algo desguarnecido de soldados —continuó Leonardo—, ¿te he entendido bien?

—Sí. Por desgracia para tu tío, los levantamientos que se están produciendo cada vez con más frecuencia a lo largo y ancho del reino le han obligado a dispersar sus fuerzas para intentar contenerlos. Aun así, ha dejado en el castillo un contingente importante comandado por su lugarteniente, aparte de la guardia personal del rey. Estos soldados son los hombres de más confianza, y también los mejor adiestrados en la lucha. Los conozco bien, pues me veo obligado a acompañarles casi a diario en sus salidas en busca de rebeldes.

—¿Por qué salen cada día? ¿No sería más seguro que permaneciesen en la fortaleza para defenderla si fuera preciso? —inquirió el príncipe.

—Simplemente, al rey no le cabe en la cabeza que los rebeldes se atrevan a atacarle en su propia guarida. Más bien está empeñado en descubrir y destruir sus madrigueras, convencido de que se hallan cerca de aquí; por eso todos los días manda a su comandante a perseguir ese fantasma.

—Pues no creas, no anda descaminado. Cualquiera día alcanzará su objetivo —terció Bertrán.

—Hemos de pensar sobre esto. Con esta estrategia lo único que hacemos es poner en riesgo a nuestros mejores hombres. No podemos seguir huyendo continuamente con el rabo entre las piernas. Tenemos que buscar la manera de tomar la iniciativa —manifestó el príncipe, dando un puñetazo sobre la mesa.

Rodrigo, y también Bertrán, por qué no decirlo, estaban cada vez más asombrados ante las ideas del joven, y lo cierto es que no le faltaba razón.

—La noticia de que el hijo del rey Eduardo ha regresado ha empezado a extenderse por todo el reino —dijo el de Laciana—, y creo que esto nos será de gran ayuda, porque enardecerá hasta a los más incrédulos.

—Y preocupará a nuestros enemigos —remachó Cortés.

—Es tarde. Dentro de dos semanas, a la misma hora, nos reuniremos de nuevo aquí y traeremos propuestas concretas con las que intentar dar un vuelco a la

situación —continuó Leonardo—. ¿Estáis de acuerdo conmigo?

—¡Lo estamos! —contestó el barón de Mieres, dejándose arrastrar por el entusiasmo del príncipe.

Los conjurados apagaron la vela que les alumbraba y, tras despedirse, abandonaron de inmediato el lugar, donde pronto volvió a reinar el silencio.



El Hurón no se atrevió a retornar al castillo hasta mucho después de que finalizase la reunión. No se había aventurado a moverse, casi ni a respirar, y ahora se sentía entumecido. Para colmo, tenía la ropa empapada en sudor, un sudor frío que le envolvía como una mortaja. El guardián había estado a punto de descubrirle en un par de ocasiones, pero había conseguido dominar el pánico y mantener la sangre fría.

No obstante, soportar aquella enorme tensión durante tanto tiempo había merecido la pena. Ahora era dueño de valiosos secretos, tan cruciales que podrían llegar a determinar la marcha de la guerra... porque sin duda se estaba librando una guerra, aunque a veces no lo pareciera, y él sabía a qué bando pertenecía —o lo creía, al menos—.

Por fin, aquel hombre taimado decidió regresar a su madriguera, enormemente satisfecho de sí mismo. No se apercibió de que una sombra de apariencia humana, oculta entre los árboles, le observaba fijamente.

Rodrigo descansaba tumbado de nuevo sobre la cama, feliz y lleno de excitación por lo sucedido en las horas previas. La luna ya se había ocultado y la noche, clara hasta entonces, cubrió con su velo de sombras el castillo y los parajes circundantes.

El maduro paladín comenzaba a cerrar los ojos, pensando en el porvenir, cuando repentinamente alguien llamó quedo a su puerta.

—¿Quién es? —preguntó sobresaltado el capitán.

—Soy yo, Felipe. ¡Abridme, por lo que más queráis!

El capitán se apresuró a dejarle entrar en su cuarto.

—¿Qué sucede? Vienes sudoroso y demudado.

—Señor, ¿recordáis el encargo que me hicisteis para probarme?

—Sí, naturalmente.

—Pues a fe mía que lo acabo de cumplir.

Su jefe lo miró alarmado y lo invitó a sentarse en su cama.

—Señor, esta noche el Hurón os ha seguido hasta el refugio de cazadores.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Porque a su vez yo lo he seguido a él, y he visto cómo se camuflaba entre la hiedra que cubría la pared, bajo el ventanuco. —Rodrigo fue a replicarle, pero el otro le cortó antes de que lo hiciera—: Sí, ya sé que parece mentira, teniendo en cuenta que una persona montaba guardia alrededor del refugio, pero tras varios intentos, esa sabandija logró colocarse donde más le convenía sin que le vieran. Nada, ni siquiera los continuos paseos del vigilante tan cerca de él, consiguió que descompusiera la figura. Allí el falsario quedó oculto entre las hojas y pegado al muro como si formase

parte de él, sin moverse ni un ápice, hasta mucho tiempo después de que finalizara el encuentro. Creí en verdad, que se había convertido en estatua de sal.

—¿Estás seguro de que no se ha percatado de que le seguías?

—Totalmente. En todo momento me he movido a bastante distancia de él, y cuando hemos llegado al castillo, se ha ido directamente al cuerpo de guardia, supongo que a esperar que amanezca, pero yo he considerado conveniente venir de inmediato a contároslo.

—Has obrado prudentemente y con inteligencia, y te agradezco lo que has hecho por mí. Ahora debes regresar también al cuerpo de guardia. Y no pierdas de vista a nuestro amigo por nada del mundo. Quiero saber adónde va y lo que hace en cada minuto del día.

—No sé muy bien lo que está pasando, señor, pero consideradme un amigo dispuesto a hacer por vos cualquier cosa. Incluso despacharía a ese cerdo en este mismo instante si me lo ordenaseis. Así no os importunará nunca más.

—Gracias de nuevo, pero por ahora no hace falta llegar a ese extremo... salvo en caso de que le veas dirigirse a las dependencias del senescal. Entonces sí, no dudes en matarle, porque no debe hablar con nadie de lo que ha sucedido esta noche. ¿Harás eso por mí, a pesar del riesgo?

—Dadlo por hecho. Al menor paso en falso, le atravesaré con mi puñal.

—Está bien. Ve pues a donde te he dicho y obra con disimulo y astucia.

Felipe salió de la estancia y Cortés quedó sentado en la cama, pálido el rostro y profundamente preocupado. «Así que aquel ruido que escuché cuando iba hacia el refugio no fue casual, y no me sirvió de nada dar un rodeo. ¿Qué es lo que habrá conseguido escuchar ese bellaco? Ciertamente es que no levantamos demasiado la voz, pero si tiene el oído tan fino como el olfato para rastrear a sus presas, sin duda habrá oído más de lo que nos conviene, en cuyo caso lo más acertado sería quitarle de en medio, para no correr ningún riesgo. Puede que me equivoque, pero presiento que ocultará su información. A pesar de ser un mercenario, creo que en este momento su lealtad está dividida entre Froilán y yo. Quién sabe, quizás eche sus cálculos y estime que, a la larga, puede salir más beneficiado en nuestro bando... Además, seguramente sabe que nos hemos citado nuevamente dentro de dos semanas en el mismo sitio, y me temo que no desaprovechará esa oportunidad para intentar descubrir nuestros planes; tal vez esto nos pueda beneficiar de algún modo... En cualquier caso, trataré de buscar alguna ocasión para sondear a ese hombre, sin apercibirle de que estoy al corriente de todo, por supuesto».

No muy lejos de allí, rebulléndose en su catre, el Hurón se debatía en un mar de dudas, sin saber qué hacer. En esto entró Felipe, y su desconfiado compañero le interrogó:

—¿De dónde vienes a estas horas?

—¿De dónde va a ser?, de las letrinas. ¿O acaso uno no puede levantarse a hacer sus necesidades cuando le place?

—Has tardado mucho, me parece —le dijo el Hurón, tratando de descubrir si el otro se había dado cuenta de su ausencia.

—Lo necesario para dar gusto al cuerpo —le respondió su compañero cortante mientras se metía en la cama—. La cena de anoche no me ha sentado nada bien. ¿Y tú?, ¿qué haces despierto tan temprano?

—Me has despertado al salir y ahora ya no podré conciliar el sueño —mintió el Hurón.

—Dejemos para otro momento tan interesante conversación y tratemos al menos dar una cabezada antes de que amanezca. —Con estas últimas palabras, Felipe se puso de costado dando la espalda a su interlocutor y quedó tan inmóvil como si se hubiese dormido, por lo que el otro siguió con sus cavilaciones.

El Hurón consideraba la información interceptada aquella noche como algo de un valor extraordinario, a pesar de que existían aspectos que no terminaba de comprender. «Seguramente el senescal podría ayudarme a aclarar los cabos sueltos. Ahora bien, ¿qué gano yo delatando a mi capitán y descubriendo la jugada? ¿Acaso quitarle el puesto a Artemio? No, creo que mis confianzas valen mucho más que eso, y no me parece que Froilán las vaya a apreciar debidamente. ¿Y Artemio?, ¿quién es en realidad este hombre? Desde luego, no el que dice ser. Su interlocutor le ha llamado padrino en diferentes ocasiones. ¿Qué significa eso? ¿Es de verdad su padrino, o solo era una expresión cariñosa para referirse a él?

Por otro lado, no he conseguido averiguar los nombres de las personas con las que Artemio se ha entrevistado, ni he visto sus caras. Lo que no cabe duda es que todos están implicados en esta insurrección que tan a las claras se está produciendo. ¡Y han dicho también que el hijo del rey Eduardo está con ellos!, ¿acaso no acabamos con él y con el antiguo senescal en el Salto de Roldán? ¡Yo fui testigo, vi cómo fueron sepultados por el derrumbamiento! No, no. Sin duda hablaban de un impostor, o puede que sea una estratagema para dar esperanzas al populacho.

Dentro de un par de semanas tendrá lugar una nueva cita en el mismo sitio, y allí estaré yo, con la suficiente antelación como para no perderme ni una sola palabra de esa reunión. Después determinaré qué es lo que más me conviene hacer; hasta entonces actuaré como si nada hubiese sucedido».

Tranquilizado con estos pensamientos y sin querer martirizar más su cerebro, se puso también de lado y se durmió —él sí— al instante.

A la mañana siguiente y con el sol casi en su cénit, el senescal, ordenó a sus fuerzas ponerse en marcha una vez más. Cabalgaron varias horas hasta un paraje conocido como el Canchal, un gigantesco roquedal entreverado de jara y retama en flor y coronado por un gigantesco pináculo con forma de yelmo. La información

confidencial que había recibido y que quería corroborar afirmaba que entre aquel laberinto de piedra se escondía la partida rebelde más importante. No obstante, dado que el terreno no era muy propicio para el despliegue de sus fuerzas y temiéndose una emboscada, prefirió ir con cautela, enviando por delante varias patrullas de reconocimiento, que pronto estuvieron de vuelta sin resultado alguno.

En el camino de vuelta, Froilán, terriblemente frustrado, se adelantó para cabalgar en vanguardia, mientras Artemio y sus hombres le seguían un poco más retrasados. El Hurón, aprovechando la ocasión, aceleró el paso de su corcel hasta ponerse a la altura de su jefe.

—Señor, ¿me permitiríais hablar con vos un momento a solas?

—Cualquier cosa que quieras preguntarme o decir puede ser oída por tus compañeros; recuerda, somos una familia y no debe haber secretos entre nosotros. Mas si lo prefieres, hablemos en confidencia. —Ante el asentimiento del soldado, ambos espolearon sus monturas y se separaron un poco del resto. Fue entonces cuando el Hurón le preguntó:

—Señor, ¿os gusta cómo marchan las cosas?

—Siempre he sido un soldado y no me hago ese tipo de preguntas. Me basta con hacer bien mi trabajo, y con tu ayuda y la de los demás, creo que lo estamos consiguiendo. ¿Y a ti?, ¿te gusta cómo marchan?

—La verdad, no demasiado.

—¿Y eso por qué? —dijo mirándole con interés.

—Pues porque veo a nuestro rey demasiado pendiente de su boda, no parece pensar en otra cosa, y mientras tanto, la insurrección se extiende y cobra más fuerza cada día que pasa. De seguir así, no me extrañaría nada que cualquier día de estos terminase por triunfar.

—¿Y eso te preocupa? ¿Acaso no eres tú, al igual que yo, una simple pieza en este tablero de la que otros se aprovechan? ¿Qué podrías perder tú en esta contienda, aparte de la vida? ¿Riquezas? ¿Familia? ¿Amigos?

—Demasiadas preguntas cuando de lo que se trata es de sobrevivir —respondió el Hurón, desconcertado y rehuyendo la mirada de su interlocutor.

—Si la situación se agravase, ¿tú de qué lado estarías? —volvió a interrogarle el capitán.

—Yo siempre del vuestro, señor.

—Pero yo soy un mercenario, y tú también, y ya sabes lo que eso significa.

—Puede que yo lo sea, mas no creo en absoluto que vos lo seáis. Al menos no lo habéis sido hasta hace bien poco.

—Dada la situación, quizás me haya visto obligado a ello, y puede que a ti te ocurriera lo mismo. En muchas ocasiones somos prisioneros de nuestras circunstancias.

—¡Qué razón tenéis! Yo perdí a mis padres y a mis hermanos cuando tenía diez años, y enseguida fui reclutado en los ejércitos del rey nuestro señor. Gracias a eso he

podido sobrevivir estos últimos quince años.

—Así que tienes veinticinco años... pues aparentas unos pocos más. Pero has dicho que perdiste a tu familia, ¿cómo fue aquello?

—A decir verdad, no lo sé a ciencia cierta. Un día de otoño al atardecer, cuando regresaba a la aldea después de pastorear nuestro rebaño, vi todo arrasado y los cadáveres de mi familia dispersos por el suelo.

—Quizás les atacó una partida de bandidos para robarles.

—O a lo mejor las propias tropas del rey al que sirvo, por orden suya, o sin ella —añadió el Hurón, apretando las riendas con furia contenida.

—A la vista de los métodos que se utilizan en este reino, no me extrañaría nada —añadió el capitán.

—Para qué engañarme. No sé lo que pasó, y el saberlo tampoco me ha de servir de mucho, pero es algo que me estará persiguiendo y carcomiendo por dentro hasta el día en que muera. La impotencia y los deseos de venganza siempre formarán parte de mi vida.

—No sabes cuánto me apena oírte hablar así. Veo que la pesadumbre y el sufrimiento se han apoderado de tu alma.

El Hurón sonrió tristemente, y por un momento, la expresión despiadada y de ave rapaz de aquel hombre se convirtió en una máscara de amargura.

—Hace ya mucho tiempo que tuve que desprenderme de mi alma para poder seguir adelante. ¿Cómo, si no, podría seguir viviendo entre tanta podredumbre y negrura?

—No te atormentes. A mí también me han sucedido cosas terribles y como tú, he tenido que aprender a vivir con ellas.

—Entonces, ¿vos también os habéis despojado de vuestra alma para sobrevivir?

—No, no he llegado a tanto. Siempre he encontrado motivos para conservarla, a Dios gracias.

—¿Ahora también, señor?

—Sí, ahora más que nunca.

—Sois muy afortunado —dijo el Hurón, bajando la mirada.

—Verás, muchacho... ¿me permites que te llame muchacho?

—Así era como me llamaba mi padre —murmuró el Hurón, anclado por un momento en los recuerdos que afluían a su memoria.

—¡Mírame, muchacho! ¡Mírame como el hombre que eres! —El Hurón obedeció—. Así, sin rehuir la mirada y sin bajar la cabeza. Aunque tus compañeros te desprecien y tú mismo lo hagas, yo sé desde el principio quién eres y lo que hay dentro de ti. Por eso te elegí para mi grupo.

—Perdonadme, pero no tenéis ni idea de quién soy en realidad. Si lo supierais, no hablaríais así y me despreciaríais como hacen los demás.

—Lo sé, a tu pesar, y eso me basta. Durante muchos años has estado atrapado dentro de un círculo de maldad. Ahora, en cambio, te encuentras caminando sobre el

filo de la navaja... sí, sobre el filo de una navaja cortante y peligrosa, y tú lo sabes — le dijo el capitán, echando chispas por los ojos—. A un lado, tus inclinaciones y costumbres, cinceladas a fuego y sangre durante estos últimos quince años; al otro, lo que te reste de vida, junto a tu corazón y a tu alma por fin encontrados. Piénsalo bien, en tus manos está el recuperarlos, volver a ser quien fuiste alguna vez, ¿o es que ya no recuerdas el rostro de tus padres y hermanos? Porque yo sí recuerdo el de los míos.

—Señor, no os entiendo —manifestó el Hurón vacilante ante aquel caudal de apasionadas palabras.

—Me entiendes perfectamente. Eres inteligente, y yo te digo que existe otra forma de vivir, y si tú lo deseas y das el paso, tendrás una oportunidad de redimirte. Todo el mundo la tiene, siquiera una vez. Esa nueva vida de la que te hablo está a tu alcance, pero recuerda que te encuentras al filo del abismo. Cualquier paso en falso, y terminarás ya sin remedio en el lado oscuro, el que ya conoces, repleto de dolor y tinieblas.

Rodrigo acercó su caballo al del Hurón e, inclinándose hacia él, le puso una mano en el hombro durante breves instantes; luego espoleó al animal y se incorporó al círculo defensivo que él mismo había creado, dejando a su compañero atrás, ensimismado y confuso.

Tras su encuentro en el refugio de cazadores, Rodrigo no había encontrado forma alguna para entrar en contacto con los reyes del Pirineo, y menos aún con la princesa: su vigilancia se hallaba en manos de personas de la entera confianza del rey, y nadie se hubiera atrevido a desviarse un ápice de lo que este había ordenado; le temían demasiado.

Cecilia sufría en silencio los avatares de su encierro. Ahora disponía de un poco más de espacio y comodidades, incluso podía disfrutar de un minúsculo jardín encorsetado entre altas paredes cubiertas de hiedra. En el centro destacaba una fuentecilla de mármol rodeada de algunos macizos de primulas en flor. En el extremo, había un joven nogal plantado entre olorosos arbustos de lavanda y junto a este, un banco de piedra.

En su recorrido matutino, el sol prestaba luz y calor durante algo más de una hora a aquel reducido espacio de sosiego y quietud. La joven princesa aprovechaba esa hora mágica que cada día iluminaba su amargo destino para recostarse en el banco y sentir cómo la alcanzaba, incluso recluida en aquella prisión sin barrotes, el influjo de Dios. No, no podía dejarse vencer por el abatimiento que, sobre todo en la noche, nublaban su juicio y la hundía en la desesperación. En esos momentos de calma, la princesa recordaba a sus padres, a su buena ama Aurelia, la vida que había dejado atrás, rebotante de inolvidables recuerdos... y, por supuesto, evocaba, cerrando los ojos, la imagen de su único y perdido amor. ¿Dónde se encontraría ahora Leonardo? ¿Qué peligros se habría visto obligado a desafiar? ¿Qué pensaría él de todo lo sucedido? ¿Se acordaría aún de ella, o ya la habría olvidado? Estas y otras muchas preguntas se agolpaban en su mente, martilleando en lo más profundo de su ser.

Hacía ya bastantes días que el rey no la había importunado con su oscura presencia, lo que en cierto modo la preocupaba aún más. Tampoco tenía noticias de sus pobres padres, y aunque preguntaba a menudo a sus carceleros, estos nunca le respondían; es más, ni siquiera se dignaban mirarla. Sintiendo una terrible fatalidad, solo se le ocurría una forma de escapar, que desgraciadamente conllevaba la condenación de su alma y la muerte de sus progenitores. ¡Difícil elección para una joven que acababa de cumplir, sin percatarse de ello, diecisiete años!

Pero volvamos al jardín. Todo el armonioso conjunto estaba limpio y bien cuidado, cual si una mano amiga lo quisiera preservar de aquella atmósfera opresiva y tiránica. Esa mano amiga pertenecía a un ser jorobado de piernas contrahechas, andar renqueante y brazos anormalmente largos, aunque recios y poderosos. En su cara barbilampiña y aplastada en forma de media luna lucían unos ojos deformes, y estaba rematada por una maraña de pelo negro, duro y encrepado que le caía en

cascada sobre los hombros. Muchos y terribles debieron de ser los pecados de sus padres para que Dios castigase a ese hijo con un cuerpo tan repugnante. Abandonado siendo una criatura en tiempos del rey Eduardo, había sido criado por el viejo jardinero de palacio y tratado por todos como si fuese una mascota. Pronto, sin embargo, dio muestra de sus habilidades con las plantas, por lo que cuando falleció su guía y protector, se hizo cargo del cuidado de los jardines, a los que trataba con primor. Nunca, desde su más tierna infancia, se le había oído hablar, aunque sí parecía escuchar con atención lo que otros decían, de modo que le tenían por mudo, y con tal nombre era conocido por todos. Mudo no solo se ocupaba de los jardines. En la linde del bosque había construido, hacía ya bastantes años y con la ayuda de Bertrán Sánchez, que le proveyó de todo lo necesario, un espléndido y enorme palomar que cuidaba con cariño paternal. Este se hallaba suspendido a gran altura, sobre las copas de dos corpulentos robles, muy juntos el uno del otro. La construcción tenía una original forma de iglesia, con planta de cruz latina, ábside, torres y cimborrio, y por las múltiples aberturas que imitaban puertas y ventanas entraban y salían las aves a su antojo. Una pasarela, de una vara de anchura, bordeaba la construcción en todo su perímetro. Mudo no parecía que tuviese interés por nada, que no fuesen sus plantas y sus pájaros, y cada jornada, al finalizar sus labores en el castillo, el jorobado abandonaba la fortaleza en dirección al palomar.

Mudo acudía cada tres o cuatro días a atender el minúsculo edén, coincidiendo siempre con la hora en la que el sol le brindaba su calor. Mientras con tacto ágil y delicado cavaba y regaba las plantas, miraba de reojo a la princesa y la veía suspirar y levantar sus ojos hacia el cielo. A Cecilia la admiraba el cuidado y esmero que aquel extraño personaje ponía en todo lo que hacía y trataba de agradecerse, dirigiéndole cariñosas palabras que él no parecía comprender.

—No sé cuál es tu nombre. El mío es Cecilia —le decía—. Está bien, no me contestes. Ya sé que todos tenéis la orden de no dirigirme la palabra ni de mirarme; no obstante, si me lo permites, yo sí te hablaré, porque si sigo así terminaré volviéndome muda, y quizás también sorda y ciega. A veces me parece incluso que todos vosotros lo estáis... ¡No me mires con esa cara! Entiéndeme. Yo soy como los gorriones que acuden a este árbol cada mañana y atardecer. Estoy acostumbrada al aire, al sol, a sentir la suave brisa en mi cara, a volar alto y cabalgar sobre las nubes, a lanzarme en pos de la luna y las estrellas, a ser libre como el viento —susurró con voz quebrada Cecilia—. Me gusta recorrer prados y bosques. Las plantas y los árboles son mis amigos, me acunan con sus ramas y me hablan entre susurros. No sé si eso te ocurre a ti; yo creo que sí.

Mudo no pudo contestarle; ni siquiera pudo decirle su nombre —si es que su apodo podía considerarse tal cosa—. Pero mientras ella le hablaba, la miraba boquiabierto y el asombro se reflejaba en su cara de media luna.

Desde ese momento, el jardinero empezó a acudir allí todas las mañanas, sin faltar ni un solo día a su cita, y la joven se alegró mucho por ello. Ahora sí, al menos



una hora al día, podía mantener con alguien que le devolvía la mirada un animado monólogo, y de ese modo evitar enloquecer de soledad.

Aun así, el resto del día lo pasaba en el más absoluto aislamiento. Para alegrar un poco sus horas más tristes, solicitó que la trajesen algunos pájaros. La demanda llegó a oídos del rey, quien no tuvo inconveniente en acceder a su capricho —así estaría más entretenida y podría apreciar de paso su magnanimidad y buena voluntad—, y fue aquel desfigurado jardinero el encargado de atender tan inusual petición. Así pues, una de aquellas mañanas, Mudo se presentó ante la joven con una hermosa y espaciosa jaula, construida por él mismo, en la que revoloteaban alegres dos parejas de palomas. La princesa lloró de alegría, y sin poderse contener abrazó a su pajarero real quien, entusiasmado al ver tan contenta a la joven, le devolvió el abrazo, rodeándola con aquellos largos y robustos remos con los que Dios le había bendecido. Casi no recordaba la última vez que alguien le había brindado una mísera muestra de cariño.

En la preciosa jaula no solo se hallaban las aves; también se podían contemplar dos acogedores nidos, listos para convertirse en el cálido hogar de los polluelos que estaban en camino. Para mostrarle mejor aquellos nidos, el jardinero abrió torpemente la jaula, descuido que una de las palomas aprovechó para escapar rápida como el rayo, remontar el vuelo y desaparecer en las alturas. El jardinero pareció volverse loco, y empezó a golpearse la cabeza contra el suelo. La infanta le impidió continuar y le dijo:

—¿Acaso eres martillo para golpear ese yunque? No te preocupes, eso me podía haber pasado a mí. Además, te advierto que si alguna vez consigo salir de aquí y remontar el vuelo como esa paloma lo acaba de hacer, antes dejaré libres a estas aves. No me gustan las rejas, ni para mí, ni para nadie. ¿Crees que podrías conseguirme otro ejemplar?

Y el jardinero la miró, mostrando en su singular rostro lo que parecía una sonrisa, aunque bien pudiera ser justo todo lo contrario.

Al día siguiente, poco antes de que el sol se asomase sobre los muros al jardín, Cecilia vio que en una rama del nogal se hallaba posada una paloma muy parecida en tamaño y en color a la que se les había escapado.

La princesa, sorprendida, se acercó al árbol, llevando en sus manos extendidas un poco de alpiste, y cuál no sería su sorpresa, cuando la paloma, en un corto y grácil vuelo, se posó sobre ellas. El ave se dejó acariciar y coger sin asustarse lo más mínimo, cosa que le pareció increíble, y a continuación la metió en la jaula. Poco más tarde, llegó el jardinero a su jardín. Miró primero a la princesa, después a la jaula, y nuevamente apareció en su cara aquella mueca del día anterior.

Aquel atardecer, un día tranquilo de verano en el que una ligera brisa perfumada de madreselva revoloteaba en el aire, Mudo encaminó como todos los días sus renqueantes pasos hacia la linde del bosque y su querido palomar. Cuando llegó, el pajarero real, empleando únicamente sus membrudos brazos, ascendió con destreza a

las alturas, sujetándose e impulsándose de rama en rama. Alcanzada la pasarela, Mudo se puso a limpiar el palomar por dentro y por fuera. Luego atendió las puestas, contó los polluelos, curó las aves heridas, acarició a sus animalitos y les dio de comer.

Esa tarde en especial, Mudo sentía el corazón liviano y rebosante de alegría. La bellísima doncella a la que ahora servía le había transmitido su aprecio con apasionadas palabras y ella, sin reparar en su fealdad y repulsivo aspecto, le había estrechado con fuerza entre sus brazos, demostrándole que era un espíritu agradecido, delicado como las flores que él cultivaba y puro y libre como sus palomas. También había podido vislumbrar claramente su desesperación por sentirse prisionera entre aquellos altos muros.

Mudo siempre se había considerado a sí mismo como un monstruo, una aberración de la naturaleza, y estaba convencido de que algún demonio le había traído a este mundo solo para divertirse haciéndole objeto de burla y escarnio. Sin embargo, ahora se daba cuenta de que su vida tenía un sentido, una finalidad, y que sin duda Dios le había elegido a él para ser un instrumento en sus manos.

Ensimismado en estos y otros pensamientos trabajaba en silencio, rodeado del divino arrullo de las aves, cuando de repente se vio sorprendido por el vuelo de una paloma, que acababa de posarse en una de las ventanas del palomar. Se acercó al ave, ofreciéndole el cálido hueco de sus manos y esta, dando un corto vuelo, se acurrucó entre ellas. El jorobado se percató enseguida de que se trataba del mismo animal que el día anterior había abandonado la jaula.

—¿De dónde viene esa paloma blanca que acaricias entre tus manos? —interrogó una voz de mujer desde abajo.

Sobresaltado, Mudo miró hacia el suelo a través de las ramas, y al identificar de quién se trataba, sus rasgos se relajaron al instante —si es que algo así pudiera reflejarse en su semblante—. El pajarero real, contento de verla, saludó a María con la mano.

—Hacía muchos días que no te veía, y me he acercado hasta aquí, segura de encontrarte.

Mudo se le quedó mirando e hizo un gesto como preguntándole qué quería.

María, que había logrado adquirir una posición de confianza en las cocinas del castillo, se había enterado de que Mudo estaba autorizado a entrar en los aposentos de la princesa, y del curioso regalo con el que el rey había querido lisonjear a la doncella y ganarse su voluntad.

—Pues verás, he venido mayormente por curiosidad. Supongo que sabes a quién sirves cada mañana en el pequeño jardín, ¿verdad?

Mudo asintió con la cabeza, y sin soltar la paloma, puso el puño de la mano derecha sobre su testuz, a modo de tiara real.

—¡Pobre chica! Con lo joven que es... De poco le va a servir ser hija de reyes. Lo digo porque nuestro rey la va a obligar a casarse con él por la fuerza... Oye, tengo

entendido que te ha encargado que construyas una jaula para ella. ¿Se la has entregado ya?

Mudo asintió con la cabeza de nuevo.

—¿Y qué pájaros alegrarán con sus cantos a la desdichada joven? ¿No serán algunas de tus palomas?

El jorobado volvió a asentir.

—¿Pero no crees que esa doncella, además de arrullos, necesitará de trinos más alegres? ¡Mira lo que traigo aquí! —Y María le mostró una cestita de mimbre cubierta con un tul, que contenía una pareja de alegres y cantarines jilgueros—. Quiero que se los des a ella. ¿Harás eso por mí?

Mudo movió de nuevo su cabezota para decir que sí.

—Por cierto, ¿por qué acaricias con tanto cariño esa paloma que tienes entre las manos?

El pastor de palomas la echó a volar y el animal, buscando su nido, voló rauda hacia el castillo.

—Parece saber a dónde va —dijo María, siguiendo con la vista el vuelo del ave.

Mudo señaló hacia la cesta que llevaba la mujer.

—No te comprendo. ¿Qué quieres decir?

Mudo volvió a señalar hacia la cesta.

—¿Quieres decir que esa palomita se reunirá con mis jilgueros?

El jorobado, feliz, palmoteó con las manos y asintió una vez más con la cabeza.

—Entonces esa paloma ¿viene y va desde la jaula al palomar y desde el palomar a la jaula?

El pajarero, parece que sonriendo —aunque esto nadie lo podría asegurar—, asintió una vez más con la cabeza y se descolgó de las alturas para reunirse con la buena mujer.

María conocía a Mudo desde su más tierna infancia. Ella y su marido siempre le habían tratado con afecto y respeto, y sabía muy bien que en aquel cuerpo desfigurado, se ocultaba un corazón valeroso y leal.

—Amigo, me gustaría aliviar las penas de la joven princesa. No merece vivir encadenada en jaula de oro. No sé si me entiendes... —El pajarero parecía escucharla atentamente, por lo que prosiguió—. Estoy pensando que si me prestases una de las palomas, me refiero a la que viene y va hasta la jaula de la joven princesa, sus amigos podrían hacerle llegar un mensaje y así darle ánimos para resistir tanta amargura. ¿Qué me respondes?

Mudo asintió a su manera.

—¡Así me gusta! No esperaba menos de ti. Ocasión es esta en la que juntos intentaremos contribuir a enderezar los renglones torcidos con los que tan a menudo se escribe la historia.

No hace falta que te recuerde lo importante que es mantener todo esto en secreto. No te quiero engañar: si nos descubriesen, nuestras horas estarían contadas.

En ese preciso instante, como si la Providencia se hiciese eco de sus palabras, otra paloma revoloteó en torno suyo y fue a posarse en el hueco de sus poderosas manos. Tras mirarla con atención, se la entregó a su amiga, que la guardó entre los pliegues de su sayal, recibiendo a cambio la cestita con los jilgueros.

Después de tan provechoso intercambio, ambos regresaron al castillo, sin que nadie se extrañase de la animada charla con la que aquella simpática mujer obsequiaba al jardinero real.

Algunos días más tarde, hallándose la princesa triste y sola en el recoleto jardín, vio llegar volando a una paloma blanca que se posó en la rama acostumbrada. Al principio no le dio importancia porque se había habituado a este ir y venir de las aves, pero como no se movía de su sitio, se acercó a ella y la cogió. Cuál no sería su sorpresa al descubrir que llevaba anudado en su pata un delgado cilindro de metal. Lo desató con presteza y lo contempló ensimismada: era liso y brillante, y tenía en el extremo un cierre a modo de capucha.

Con gran expectación, Cecilia desenroscó la tapa y extrajo del interior una minúscula vitela. La desenrolló y leyó el mensaje que había escrito: «No desesperes, amor mío. Mantente firme, nada está perdido y pronto te sacaremos de ahí. Confía en mí. Leonardo».

La princesa dejó caer la vitela al suelo de la impresión. Un regocijo y alegría extraordinarios inundaron su atormentado espíritu, y todas las amarguras y calamidades sufridas en aquellos desdichados días quedaron apaciguadas al instante. Parece mentira cómo un simple y escueto mensaje puede cambiar una vida, pues así es el divino poder de la palabra: la palabra puede herir y matar, pero también puede aliviar y salvar.

Leonardo no solo parecía estar bien, sino que se encontraba muy cerca de ella e iba a liberarla. Después de todos los meses transcurridos desde la última vez que se vieron, la princesa sentía que la espera había merecido la pena.

Rodando lentamente y soportando un traqueteo infernal, dos carromatos se desplazaban bamboleantes bajo la enramada. En cada bache y curva del camino, aquellos viejos esqueletos chirriaban de dolor, dejando suspendido en el aire su desafinado lamento y dando la impresión de que fueran a descomponerse en cualquier instante en un sinnúmero de astillas. Grandes sabinas de retorcidos troncos milenarios contemplaban con asombro la singular procesión, la cual iba, además, acompañada de una numerosa tropa a caballo.

¿Qué valioso cargamento se ocultaba en aquellos destartalados carros para merecer tanta consideración? En el que avanzaba en vanguardia viajaban monseñor Anselmo, el iluminado monje Guillermo de Trouville y el antiguo abad, que aguantaba impertérrito los embates del pedregoso camino. En el que iba detrás, el opulento Venancio, que no tenía cara de mucha satisfacción, su mujer Catalina, dándose importancia como acostumbraba y encantada de haber sido invitada nada menos que a las bodas del rey, y por último y a instancias de tan oronda mujer, Elvira, para servirle de doncella y dama de compañía.

Naturalmente, Elvira se encontraba allí a la fuerza, y tenía que hacer de tripas corazón para aguantar a Venancio. No se había atrevido a contarle a nadie, ni siquiera a Diego, el atropello que había sufrido por parte de su patrón, sobre todo después de que él la amenazara con duras represalias si se iba de la lengua. Pero había otros muchos secretos guardados entre aquellos pasajeros. El antiguo molinero, por ejemplo, tampoco les dijo ni a su mujer ni a Elvira que habían capturado a Victoria, y menos aún que esta era en realidad la princesa, y Toribio tampoco había querido hablarle a Elvira de los amores entre Cecilia y su hijo Leonardo.

Ya habían dejado muy atrás los límites de reino del Pirineo y poco a poco se iban acercando a su destino. La ruta que habían elegido reducía al mínimo las posibilidades de sufrir algún encuentro peligroso, pero se hallaba muy descuidada y resultaba larga e incómoda. No existían en ella ventas ni posadas en las que poder pasar la noche, por lo que tenían que dormir al raso. A pesar de estas incomodidades, el tiempo cálido y apacible facilitaba el descanso nocturno, y durante el día, los colores del bosque, poblado de lirios, azucenas y peonías, cautivaban la mirada de los viajeros y contrastaban con el admirable azul del cielo, que extendía su manto glorioso por encima de los árboles.

A eso del mediodía hicieron una parada con el fin de que los ilustres viajeros pudiesen estirar las piernas y satisfacer el apetito. Para ello se eligió un calvero del bosque próximo al camino y no muy lejos del cual discurría perezoso un riachuelo. A esa hora el sol apretaba de firme y Anselmo y los demás hombres buscaron la fresca sombra de los árboles para acomodarse. Catalina expuso su deseo de alejarse un tanto

siguiendo el cauce del arroyo para poder refrescarse en la intimidad, cosa a la que accedió su marido, poniendo como condición que no se distanciase demasiado.

—Señora, ¿deseáis que os acompañe? —propuso su doncella—. Tenéis mala cara.

—No es necesario —contestó la mujer, añadiendo por lo bajo—: Además, aprovecharé para hacer algo que ni tú ni nadie podríais hacer por mí. Con tanto baqueteo me encuentro un poco revuelta; siento removerse mis tripas.

La señora fue caminando aguas abajo entre los árboles. De vez en cuando volvía la vista atrás, pareciéndole siempre no hallarse a suficiente distancia para hacer lo que su vientre le demandaba cada vez más imperiosamente. Sujetándose la barriga con ambas manos y andando encogida, se alejó un poquito más —en realidad, bastante más—, hasta desaparecer tras unas peñas. La mala suerte o quizás los fríos sudores que por momentos la embargaban hicieron que se tropezase con unas raíces y cayese rodando por una pronunciada pendiente.

Catalina quedó tendida sobre un lecho de musgo. Afortunadamente no se hirió, ni hizo daño alguno, pero se encontraba mareada. Al intentar incorporarse, le entraron tales arcadas que, sin poder remediarlo, vomitó el contenido de su estómago sobre el vestido a la vez que evacuaba sus intestinos. Consternada y perlada la frente de sudor —aunque, todo hay que decirlo, aliviada de su agonía—, logró ponerse en pie.

No bien había dado dos pasos cuando, repentinamente, cayeron sobre ella dos bandidos que la inmovilizaron y taparon la boca.

—¡Diablos del averno! ¡Qué olor más insoportable desprende esta mujer! —exclamó uno de los facinerosos cubriéndose la nariz.

—Tienes razón, compadre. Esta señorona debe de estar podrida por dentro —manifestó el otro, torciendo el gesto hacia un lado—. Mi tía cría cerdos y mira que huele mal la pocilga, pero después, cuando crecen, buen beneficio que saca de ellos vendiéndolos en la feria, y a nosotros nos sucederá lo mismo con este sucio animal, de modo que ten paciencia.

—Mira, parece que quiere decirnos algo. Quítale la mano de la boca y déjala hablar —propuso el primero, amenazándola con un puñal largo y afilado.

—Señores, si huelo mal y presento tan mal aspecto ha sido por culpa de un cólico que acabo de sufrir. ¡Apiádense de mí! Por Dios se lo ruego.

—Nos apiadaremos de vos cuando vuestra familia deposite el rescate que le pensamos pedir —le espetó el bribón que la estaba sujetando.

—¿Qué rescate? ¿No veis que soy una simple molinera?

Los dos bandidos se echaron a reír por el comentario.

—¿Creéis que somos tontos o qué? ¿Dónde se ha visto a una molinera que necesite de escolta y que se adorne con joyas y ricos vestidos? —inquirió aquel rufián—. ¡Venga, acompañadnos! Y si dais un grito u os resistís, ¡más os valiera no haber nacido! —le dijo sin contemplaciones.

Le taparon los ojos con un pañuelo y le ataron las manos a la espalda, a continuación la condujeron a través de la floresta, no sabía ella muy bien hacia

dónde. Justo entonces alguien más irrumpió en escena.

—¡Quietos, malandrines! Dejad libre a esa doncella, ¡vive Dios!, si no queréis perder aquí mismo la vida —rugió una voz llena de enojo.

—¿Quién eres tú? ¿De dónde sales, alfeñique? —respondió el granuja que iba delante.

—Eso no os importa. Si no hacéis inmediatamente lo que os digo, os atravesaré con mi acero.

—Deja de decir necedades y apártate de nuestro camino, mequetrefe.

Sin mediar más palabras, sintió Catalina que dejaban de sujetarla por el brazo y oyó muy próximo a ella un rabioso entrechocar de espadas entremezclado con imprecaciones y lamentos. Después de algún tiempo que a la mujer se le hizo eterno, la lucha se interrumpió y escuchó un galopar de caballos que se perdió en la distancia.

—Permitidme que os desate y retire ese pañuelo que me impide ver vuestros lindos ojos —dijo una voz varonil a su lado.

—No, por favor, no os acerquéis a mí; estoy sucia y maloliente —se apresuró a decir ruborizada, mientras notaba cómo le liberaba las muñecas.

—No os preocupéis, preciosa doncella. Con un susto como el que os han dado esos gañanes, os aseguro que eso le pasaría a cualquiera —dijo soltándole la venda.

Allí, frente a Catalina, apareció la figura de un caballero que sostenía el pañuelo con que la habían vendado entre las manos. Sin embargo, no era la de un caballero al uso, sino más bien la de uno un tanto menguado de estatura, aunque robusto y de fiera mirada, que dejó a la mujer de una pieza.

—No habláis con una doncella, sino con una señora —la mujer se expresaba con toda la dignidad que podía reunir en tan impresentable estado—. Si sois vos mi salvador, como lo parece, os doy mil gracias por vuestra galante y arriesgada intervención. Me habéis salvado la vida y librado de la deshonra, y os estoy por ello doblemente agradecida... Pero ¡Santo cielo, señor, estáis sangrando! —exclamó asustada.

—Oh, no os preocupéis, es solo un corte en el cuello sin importancia. Ellos se han llevado peor parte: a uno le he hecho un gracioso pespunte en el pecho, y al otro le ha correspondido una estocada en el vientre. Apuesto a que regresarán a su guarida para lamerse las heridas.

—¿Por qué los habéis dejado escapar?

—Porque os han soltado, señora, que es lo que les había pedido que hiciesen.

—Sí, pero ellos os han presentado batalla. Podrían haberos matado.

—Nunca hubiese dejado que eso ocurriera, no estando en juego vuestro honor... mas dejemos tan encantadora charla. Es menester que os libréis de ese perfume cuanto antes y de las moscas que os persiguen. ¿Desearíais que os ayudase a bajar hasta la ribera del riachuelo? —le brindó el desconocido con una sonrisa bailándole en los labios.

—Sois muy amable, pero no será necesario. Esperadme aquí, por favor.

Un gran estruendo de caballería resonó entonces al borde del talud y en breves instantes, rescatada y rescatador se vieron rodeados por los soldados de la escolta. Detrás de la tropa aparecieron corriendo Venancio y Guillermo de Trouville.

—¡Dejadle! No le hagáis daño alguno. Él me ha salvado y está herido —gritó Catalina protegiendo con el cuerpo a su valedor y ambos rodeados de moscas zumbonas de todos los colores y tamaños.

La mujer de Venancio les relató lo ocurrido. A todos les pareció providencial que aquel hombre estuviese tan cerca de allí y alabaron su determinación a defenderla.

Enseguida el monje, cuyas habilidades ya conocemos, se ofreció a curar la herida del menudo aunque fornido caballero.

—De no ser por vuestra cota de malla, es probable que ahora no lo contarais. ¡Podríais haber muerto desangrado, señor! —dijo el de Trouville con el énfasis que acostumbraba mientras terminaba de vendarle la herida—. Un poco más y vuestro contrincante os hubiese seccionado la arteria. Habéis tenido mucha suerte...

—¡Vaya, es curioso! Siempre pensé que la gente de Iglesia se conformaba con curar los espíritus, pero veo que también se ocupa de la cura de los cuerpos. Os agradezco vuestros cuidados, amable monje.

Más tarde, cuando Catalina estuvo convenientemente limpia y ataviada, los viajeros se reunieron con el singular personaje.

—Señora, ¡estáis magnífica! —exclamó el desconocido, contemplando a la dama con una mirada repleta de admiración—. Ha tenido que ser un ángel quien me ha puesto en vuestro camino. Si algo os hubiera sucedido pudiéndolo yo impedir, no hubiese en el mundo tormento suficiente con el que castigar mi cobardía.

—Además de caballero, observo que también sois poeta, señor —le dijo Venancio, escamado por los requiebros a su mujer.

—Sí, señor, soy esas dos cosas que me atribuíis, además de algunas otras.

—Aún no nos habéis dicho vuestro nombre, señor.

—Me llamo Francisco Amable, a vuestro servicio y el de todos los que os acompañan.

—Pero ¿quién sois realmente y hacia dónde os dirigíais por estos despoblados lugares? —preguntó Anselmo.

—Soy un caballero que procede de las tierras del sur.

—¿Un caballero decís? ¿Y por qué no un buhonero solitario y descreído? —inquirió con desconfianza el abad.

—¿Acaso tengo pinta de impío, páter? Soy cristiano hasta la médula, y conste que nada tengo contra los mercachifles errantes. Vengo de visitar la tumba del apóstol Santiago. Mi deseo es recorrer y conocer estas maravillosas comarcas de Dios, capaces de alumbrar mujeres de una pieza, tan bellas e inteligentes como esta señora —dijo Francisco con desparpajo—. He oído que próximamente se celebrará una boda real no muy lejos de aquí, y pensé que sería interesante asistir y compartir con las



buenas gentes la prodigalidad y fastos de vuestro señor el rey. ¿Me aconsejáis que mantenga mis planes? —preguntó el Caballero del Sur, recorriendo con la mirada el rostro de los viajeros.

—Por supuesto, señor —respondió Catalina sonriente y feliz—. Precisamente nosotros nos dirigimos hacia allí. Si lo deseáis, podéis acompañarnos. ¿No es así, monseñor Anselmo?

Ella no se dirigió a su marido por hacerle de menos, sino porque consideraba al abad como el jefe de la comitiva, pero después de lo ocurrido, nadie, ni siquiera Venancio se atrevió a objetar nada en contra de su propuesta.

Así fue como aquel héroe menudo llamado Juan Bradley en realidad consiguió introducirse en el ilustre grupo. Tras atar a su caballo a la parte trasera del segundo carromato, se subió a él y se sentó junto a su rival, frente a las dos mujeres, que le miraban una embelesada, y la otra con gran curiosidad.

Francisco Amable amenizó el viaje y enriqueció la conversación, y su presencia fue agradecida por todos... bueno, por todos menos uno.

Venancio, sin ningún sentido del humor, rabiaba con las chanzas y constantes pullas del caballero sobre su esposa. En la última, este había dado a entender que si Catalina no tenía descendencia, a la vista estaba que no era por culpa de ella, pues derrochaba juventud y lozanía, y que su ansia de maternidad podría verse cumplida en cualquier momento si ella lo deseaba, y que allí estaba él para mantener tal cosa ante cualquiera que opinase lo contrario. El afrentado marido se mordía la lengua y retorció sus manos ante comentarios como aquellos, pero no se atrevía a abrir la boca porque mientras hablaba, el señor Amable tenía siempre apoyadas las manos sobre el pomo de su enorme espada. Los sentidos del molinero, como burlándose de él, le hacían ver a su rival proporcionado al tamaño de su acero, mientras que se veía a sí mismo proporcionado al tamaño de su cobardía. Por eso, no tuvo más remedio que amoldarse a la situación y dejar sus deseos de venganza para mejor ocasión.

A Elvira, en cambio, aquel caballero pendenciero, bromista y que no dejaba de provocar a su patrón, le caía francamente bien. De vez en cuando incluso le guiñaba el ojo, haciéndola partícipe de sus guasas. Durante su breve paso por la hacienda, no había podido ver ni hablar con sus hijos, por lo que tampoco había visto al pequeño pastor que les acompañaba; sin embargo, su esposo sí le había hablado de él y también de su particular aspecto. El caso es que en una de las pocas conversaciones serias que el Caballero del Sur mantuvo dentro de aquel carromato, este les contó que se dedicaba al comercio de lana y que poseía rebaños de ovejas merinas, y sin saber cómo ni por qué, ella lo asoció inmediatamente con el compañero de sus hijos, y a la vez con la pequeña estatura y aspecto de Francisco. Desde ese momento miró todavía con mucha más atención a aquel pequeño gran hombre.

Toribio tampoco conocía a Juan Bradley personalmente, pero cuando Guillermo le desveló la verdadera identidad de Francisco, no pudo menos de quedar admirado ante su prodigiosa interpretación. El supuesto caballero aprovechó la primera ocasión

que se le presentó para ponerle al corriente de las intenciones del rey respecto a él, por lo que el buen samaritano no tardó en idear una adecuada estrategia para afrontar la comprometida situación de la princesa y de sus padres.

Sin mayores tropiezos, la comitiva consiguió en unas pocas jornadas más llegar al castillo de Babia. Pero no solo ellos, sino también otros muchos nobles e invitados a las nupcias reales lo hicieron, procedentes de los cuatro puntos cardinales; tantos, que el anfitrión tuvo verdaderos problemas para acomodarlos a todos debidamente.

Acorde con el siniestro corazón de su dueño, el castillo de Babia desprendía un halo sombrío, sobre todo por los lamentos de los ajusticiados y los gritos de angustia que a diario ascendían desde las mazmorras, traspasando los muros. La corte de Iberia había perdido el esplendor y alegría de otros tiempos, convirtiéndose en un pavoroso nido de araña en el que los prisioneros servían de alimento en un interminable festín de sangre y suplicio.

Aquel ambiente opresivo y despiadado trascendía más allá de la fortaleza, esparciéndose cual aliento ponzoñoso hasta los confines del reino. Tanto oprimidos como opresores se veían atrapados en un presente incierto y un futuro sin esperanza.

Las revueltas de la población y las acciones de los rebeldes, sin embargo, habían cobrado un renovado y desconocido impulso. La noticia de que el príncipe Leonardo había regresado, después de tantos años, para ponerse a la cabeza de las fuerzas sediciosas se había propagado como un incendio, enervando los ánimos de los lugareños, que ya no se dejaban amedrantar y mostraban su furia, durante tanto tiempo contenida. Esta novedad cogió totalmente desprevenidos al rey y a su senescal, que no daban crédito a lo que les contaban sus informadores.

De esta forma se llegó a un clima de tensión y alerta permanentes, que no resultaba en modo alguno el más propicio para la celebración de unos esponsales reales. Aun así, Jaime hizo engalanar suelos y paredes con tapices y alfombras: la celebración de esa boda ocupaba todo su pensamiento. Froilán intentó convencer a su señor de postergar el enlace, siquiera el tiempo necesario para apaciguar la revuelta, pero él no quiso ni oír hablar del asunto.

—No te he nombrado senescal para que me andes importunando con pequeñeces. ¡Ocupate tú de resolverlas! Debo casarme de inmediato. ¿No te das cuenta de que sobre este matrimonio gravita la estabilidad de mi reino y el asentamiento de las nuevas posesiones? Ya verás que pronto cesan esos levantamientos cuando el pueblo vea que su rey ha fundado una familia y tiene descendencia.

—Señor, lo que está sucediendo a vuestro reino es más grave de lo que parece; deberíamos intervenir.

—¿Acaso crees esa patraña de que mi sobrino ha regresado?

—No, señor. Seguramente se trata de un impostor; aun así, deberíamos localizarle y prenderle. Además de soliviantar a la población, nos está poniendo en una posición muy comprometida. Hasta nuestras propias tropas comienzan a rebelarse.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando tratamos de reprimir los desórdenes y los tumultos, nuestros soldados titubean y retroceden.

—En cuanto me descuido un momento, la disciplina se relaja, ¡y no lo he de

permitir! Debes dirigir mi ejército con mano de hierro, como siempre has hecho. ¿Desde cuándo Froilán se ha mostrado temeroso ante un embaucador o unos aldeanos cobardes? Mano dura, pulso firme. Amenaza, aterroriza. ¡Castiga a sangre y fuego si es necesario!

—Haré todo lo que pueda, mi señor.

—Tráeme la cabeza de ese farsante que se hace pasar por mi sobrino. Ese ha de ser mi regalo de bodas.

Las habitaciones de invitados, tan numerosas en épocas pasadas, habían sido sustituidas por otro tipo de dependencias más acordes con las necesidades y propósitos del rey. Por eso, cuando la comitiva del valle de Salazar llegó al castillo, se encontró con que la mayoría de los invitados ya estaban alojados en el salón principal, y algunos de ellos incluso en la armería y en la capilla, la cual no se utilizaba desde hacía mucho tiempo, de modo que Anselmo y los suyos fueron acomodados en la sala de audiencias y recepciones.

En cuanto el rey supo de la llegada del grupo quiso recibirlos de inmediato, por lo que les hizo llamar, y rodeado de su guardia, desde lo alto de su regio sitial, les habló de esta manera:

—Amigos, sed bienvenidos a este mi humilde hogar. Veo que os acompañan dos damas. Me hubiese gustado facilitaros un acomodo más confortable pero, como sabéis, aún nos hallamos en campaña y ello no ha sido posible.

»Soy consciente de los peligros y sacrificios que, desde hace ya tiempo, venís asumiendo en mi provecho —continuó el soberano, con voz melosa y sin retener la mirada en nadie en concreto—. He de reconocer que me habéis servido mucho mejor que la mayoría de los hombres que tengo bajo mi mando. Por eso, nos hemos decidido nombrarte a ti, Anselmo, marqués de Salazar.

El abad, atónito por aquel honor que le concedían, se adelantó, y arrodillándose y juntando las manos en actitud de oración, balbuceó:

—Mi señor, no quisiera pareceros ingrato, pero...

—¿Pero qué? —ladró Jaime contrariado—. No creo que tengas problemas para conjugar un marquesado con las obligaciones propias de tu cargo.

—Mi generoso señor, tengo el sueño de convertir mi abadía, que también lo es vuestra, en un lugar preeminente de culto y peregrinación.

Jaime lo miró entre sorprendido y divertido.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo esperas conseguir ese sueño? —le preguntó.

—Recuperando una sagrada reliquia que llegará a ser el orgullo de la Cristiandad y de la cual el papa de Roma hizo depositario al anterior abad, aquí presente.

Toribio no podía dar crédito a lo que estaba escuchando, pero en modo alguno quiso desmentir a su antiguo protegido.

—¿Quieres decir que ahora mismo no está en tu poder?

—No, señor, pero pronto lo estará. Sé que se encuentra a buen recaudo en el monasterio de San Miguel Bajo la Piedra.

Toribio se hallaba en el colmo de su asombro y miraba a Guillermo de Trouville como pidiéndole explicaciones, pero el barbudo monje ponía cara de esfinge.

—No he oído hablar de ese lugar... aunque tampoco es de extrañar. Nunca me ha interesado la religión ni las fábulas en las que se sustenta.

—Mi rey, permitidme que, con la autoridad que me otorgan las Santas Escrituras, os reprenda —exclamó Anselmo en un arranque evangelizador que dejó a todos sorprendidos, especialmente al rey—. La religión católica no es una fábula, como decís. Somos muchos los que la profesamos y bien sabéis que el poder de sus representantes en la Tierra no es cosa que deba ser tomada a broma. Si aspiráis a tener un reinado largo y próspero, ¡santificadlo convirtiéndoos a nuestra fe! Si así lo hacéis, tendréis asegurado un puesto a la diestra del Señor.

El monarca escuchaba lleno de estupefacción a aquel monje alto y enjuto, pensando que quizás había perdido el juicio; a los demás les ocurría algo parecido.

—¿Quieres decir que, con un simple acto de fe, se puede transmutar un alma negra como la mía en otra pura y cristalina?

—Sí, eso mismo.

—Pues ese milagroso arreglo me satisface —contestó el rey sonriendo y frotándose las manos—. Está bien. Si no deseas el marquesado de Salazar, dime, ¿qué es lo que quieres entonces?

—Opino que mi dignidad eclesiástica debe elevarse conforme a los excelsos y celestiales propósitos que tengo para mi abadía. Por ello os suplico, señor, que solicitéis al Santo Padre mi nombramiento como cardenal arzobispo custodio de tan preciosísimo exvoto.

Todos en la sala, hasta los guardias reales, se quedaron con la boca abierta.

—Todavía no me has dicho en qué consiste esa reliquia.

—Mi señor, es ni más ni menos que un fragmento de la cruz en la que fue crucificado nuestro Divino Redentor. Con él compondré un crucifijo, enmarcado en oro y marfil y engastado en piedras preciosas, que se convertirá en estrella y guía de los creyentes. Todo para mayor gloria de Dios.

—No me parece mala tu idea. Voy a conseguirte esa dignidad a la que aspiras, y juntos construiremos una magnífica catedral al lado de la abadía, todo para mayor gloria nuestra. Quiero congraciarme con la cabeza de la Iglesia, y tú me vas a ayudar a conseguirlo... Por cierto, no sé si te habrás dado cuenta, pero esa aspiración tuya al púrpura cardenalicio pertenece a la esfera del poder terrenal y de lo concupiscible.

—Vuestro verbo es tan florido, que no he entendido la última parte de vuestro discurso, señor, pero os doy las gracias por tanta magnanimidad. Bien se ve que sois un espíritu mucho más sensible y delicado de lo que aparentáis ser, y pronto, con mi ayuda, seréis conducido hacia la orilla de la salvación, os lo prometo.

—Está bien. Justo es que un hombre con tus merecimientos aspire a lo máximo.

Ahora deseo que el hermano de mi senescal dé un paso al frente... bueno, él y su bella consorte.

Venancio Velasco, el Chismoso y Catalina Asilvestrada así lo hicieron: él, temeroso por el episodio que le había sucedido con Elvira y la princesa; ella, henchida de un orgullo que le rebosaba por todos los poros de su orondo cuerpo.

—Venancio, me has ayudado de modo notable y para compensar tus méritos y buenos servicios, os nombro a ti y a tu mujer condes de Vistahermosa, pues ¿acaso la vista que se contempla desde tu nueva casa no es de las más encantadoras? Al menos así me lo han hecho saber. ¿Qué tienes que decir?

Al traidor le faltaron las palabras oportunas y no supo qué contestar.

—Mi gusto y exceso rey —contestó Catalina, saliendo en auxilio de su esposo—. Mi querido consorte se ha encontrado... enfermo en los últimos días y no está en condiciones de responderos.

Al escuchar hablar a su mujer, Venancio palideció ya del todo y las piernas le empezaron a temblar.

—¡Por todos los santos! —exclamó el rey muerto de risa—. Dadle al conde de Vistahermosa una silla para descansar y vos, señora condesa, continuad, por favor.

—Como os iba diciendo, mi soberanísimo señor, sabed que nuestra gratitud yo no sabría decirla con la debida palabrería, porque no me ducho en palabras, pero sabed que la guardo aquí, muy adentro de mis pechos, y para enseñárosla quiero ser la primera en felicitaros por vuestro próximo desenlace. Y si no tenéis inconveniente, me ofrezco para auxiliar a vuestra prometida en todo y más de lo que necesite. Supongo que estará la pobrecilla a rebosar de nerviosa, con tantos preparativos y su vestido de novia...

Aquella mujer se sentía ya parte de la realeza, y aunque su forma de expresarse resultaba un tanto turbia y hasta algo incomprensible, no cabe duda de que ponía en ello todo su empeño.

—Señora condesa —dijo el rey mirándola fijamente, cosa que ella interpretó como una señal de confianza—, es nuestro deseo que la boda se celebre lo antes posible, y considero que cualquier vestido ha de servir a la novia para la ocasión.

—Ah, no, eso sí que no, magnánimo señor. El vestido de novia para una reinona como lo será vuestra futura esposa no ha de ser cualquier cosa. Eso le causaría a ella tristeza y a vos mal fario.

—Tonterías. Debo casarme de inmediato y no hay tiempo para florituras.

—Si me dejerais, mi persona y mi doncella, que sabe mucho de aguja y dedal, nos encargáramos entrambas de coserle un vestido de ensueño en menos de lo que canta un gallo, digno de vuestra convicción y alcurnia. ¡Hacedme caso, señor! Sin un vestido adecuado, es como si la novia fuese desnuda, y a vos os pasará como me pasó a mí.

—¿Y qué es lo que os pasó a vos, señora?

—Que no pude tener descreencia.

—¿Queréis decir descendencia?

—Eso quise decir, mi ilustrísima, juntamente.

Al escuchar aquella premonitorias palabras que le tocaba donde más le dolía, el rey sintió una punzada en el pecho y una creciente aprensión. Hasta ese momento le había parecido aquella una conversación entretenida e incluso cómica, pero ahora había cambiado de opinión.

—Y ¿en qué vestido estabais pensando?

—En uno digno para la ocasión. ¡Elvira, doncella mía! Contadle al rey soberano lo que hemos estado pensando.

—Insigne señor —se expresó Elvira haciendo una reverencia—, nosotras no conocemos a la que ha de ser vuestra esposa, pero si es tan bella, joven y esbelta como nos han contado, ese esplendoroso día debería vestir un brial confeccionado en terciopelo de seda, de amplias mangas y escote cuadrado, rematado en los bordes con pasamanería de hilo de plata y lapislázuli. Como complementos, unos botines de piel suave y ciñéndola, un cinturón decorado también de pasamanería. Por último, cubriría su cabeza una toca de gasa de seda blanca ribeteada con perlas de río y, sobre ella, una diadema de oro y plata con rubíes y esmeraldas engastadas.

—¿Qué os parece la propuesta, mi divina majestad? —preguntó la condesa de Vistahermosa guiñando los dos ojos a la vez, porque no sabía guiñar uno solo.

—Yo... no entiendo mucho de esas cosas, pero me habéis convencido. Solo pongo una condición: que esté listo en el plazo de once días, ni uno más. En el día de San Juan, sin falta, me he de casar.

—Dejadme hablar con vuestra consorte futura y cogerle las medidas, veredes cómo se vuelve loca de alegría.

—Sí, bien, bien, hacedlo cuanto antes —contestó Jaime con un gesto de duda.

—Antes que eso, permitid que os presente, monseñor, ya que nadie lo ha hecho hasta ahora, a un valiente y forzado caballero. Él me salvó la vida y ha sido digno de acompañarnos hasta aquí. Viene de visitar la tumba del Apóstol Santiago y se dirige a su hogar, allende las tierras del sur. Acercaos, buen amigo, acercaos para que el rey pueda miraros mejor.

—Francisco Amable para serviros, mi augusto señor —formuló con desenvoltura y haciendo una profunda reverencia el pequeño paladín—. Yo soy tratante de ovejas y entiendo de lana y tejidos. Si os place, puedo ayudar a las señoras en la selección de los paños.

—Ayudadlas, pero recordad el plazo que he dado —dijo el rey, calibrando con la mirada la pequeña estatura del caballero—. Ahora mi mayor preocupación es dar de comer a tantos invitados.

—Majestad, me acompaña el monje Guillermo de Trouville —se adelantó Anselmo solícito—. Él es un experto en asuntos de fogones; a diario atiende el refectorio en la abadía. Hará milagros con vuestras provisiones y además podría ayudaros a preparar el convite de boda.

—Está bien. Cualquier ayuda se agradece en estos momentos. ¡Ah! Se me olvidaba. Me gustaría tener una conversación con tu prisionero, y deseo que estés presente.

—¿Os referís a Toribio? —preguntó el aspirante a cardenal.

—Sí. Acompañadme a mi gabinete, allí estaremos más cómodos. Pero conste que no quiero que nada de lo que hablemos trascienda. ¿Está claro?

—Claro que sí, mi señor —contestó el abad de Ochagavía.

Ya en el gabinete, los tres tomaron acomodo alrededor de una mesa taraceada en marfil y nácar.

—Por tu aspecto, deduzco que te han tratado mejor de lo que yo hubiera recomendado —le dijo el rey a Toribio.

—Señor, ¿de qué nos serviría un hombre muerto o que hubiese perdido sus facultades? —respondió el abad, dándose por aludido.

—Tranquilo, Anselmo, no te estoy recriminando nada. Además, ahora me favorece que se encuentre en buen estado.

—Pura apariencia, ya soy un hombre de edad y la procesión va por dentro —aseguró Toribio, quejándose de las costillas—. ¿A qué se debe el honor de querer contar con mi presencia, señor?

Jaime estudió sus facciones durante largo rato, como queriendo leer en su interior.

—Esa boda que deseo desde hace tanto tiempo está a punto de celebrarse y ya nadie podrá impedirla.

—Para que esa ceremonia tenga validez, es preciso el libre consentimiento de la novia y la autorización de sus padres, los monarcas.

—¡Cecilia consentirá, por las buenas o por las malas! Si no, ya sabe lo que la espera, tanto a ella como a los suyos.

—Con amenazas nada conseguiréis. Podréis presionar a esa joven hasta la locura, incluso amenazarla con asesinar a sus progenitores, pero con ello solo lograréis que el pueblo del Pirineo abomine de vos y que nunca os lo perdone. Viviréis el resto de vuestros días escondido en este oscuro nido y, cuando menos lo esperéis, una mano en la que confiáis clavará una daga en vuestro corazón o verterá un veneno mortal en vuestro oído o en vuestra copa.

—¡Cierra la boca, ave de mal agüero! —exclamó el rey dando tal puñetazo sobre la mesa, que hizo saltar algunas de las incrustaciones.

—Salid inmediatamente de aquí —le ordenó Anselmo—. Habéis conseguido alterar el ánimo de nuestro rey soberano.

—No, deseo seguir hablando con él. Me han traicionado mis nervios, nada más —y volviéndose a Toribio, continuó—: Precisamente para impedir que lleguemos a esos extremos es por lo que te he llamado. Quiero que entiendas que para mí esa boda es solo un medio para pacificar mis posesiones y dar continuidad a mi dinastía; si no es con la princesa, será con otra mujer. Estoy dispuesto a transigir en muchas cosas, pero no lo dudes: si no me dejan otra salida, borraré del mapa a los reyes del Pirineo



y también a su bella hija. Me importa una higa lo que ocurra después. He vivido siempre al límite del peligro y sabré cuidarme en el futuro, igual que lo he hecho hasta ahora.

—¿Y a qué llamáis vos transigir?

—Por ejemplo, si finalmente la muchacha accede a casarse conmigo, al día siguiente de la boda sus padres podrán regresar a su hogar y seguir con su vida como si nada hubiese sucedido.

—¿Queréis decir que recuperarán el reino del Pirineo?

—Justamente eso no, porque deberán abdicar en su hija, es decir, en la que ya será mi reina consorte. No obstante, ellos gobernarán con derecho propio en el castillo de Olite y en sus alrededores, incluido el valle de Salazar. Pronto no han de tener otro anhelo que el de ver crecer a sus nietos y serán felices. Por supuesto, podrán venir a la corte siempre que lo deseen, donde serán siempre bien acogidos, como se merecen los abuelos de mi linaje. Ya que por desgracia no tengo padres, ellos serán mi familia, y como tal los atenderé y agasajaré. ¿Qué más os puedo decir?

—Os repito la pregunta que os he hecho antes, señor: ¿para qué me necesitáis a mí, si ya lo tenéis todo pensado y decidido?

—Quiero que actúes sobre esos corazones afligidos, para que acepten de buen grado lo que su suerte les depara y consiguiendo que tu palabra se convierta en el bálsamo que les permita tragar mi medicina. Nada conseguirán con oponerse, salvo la muerte y el olvido. Tú eres hombre de Iglesia y Alfonso te considera, y con razón, su más leal y capacitado consejero... a pesar de que en aquella torre tu rey no movió un dedo para impedir que yo te descuartizara... —dijo ladinamente—. Pero no removamos recuerdos desagradables. Yo te valoro en lo que mereces, y sé que con tus dotes de convicción e inteligencia conseguirás que todo resulte más llevadero para ellos. ¿Me entiendes? Por supuesto, por tu ayuda recibirás algo a cambio. Para empezar, volverás a ser el abad de Ochagavía, donde podrás pasar en paz y bienaventuranza los años que te resten de vida.

—Puesto que habéis dicho “para empezar”, deduzco que vuestra oferta no acaba ahí.

—Naturalmente, salvarías la vida de esa real familia.

—En ese caso, haciendo lo que me pedís, estaré realizando una buena obra y ganándome el cielo, ¿no es así?

—Si lo deseas ver de ese modo... Decídette, páter. El tiempo apremia.

—De acuerdo, acepto, pero tendré que hablar con la princesa y con sus padres personalmente.

—Por supuesto, contaba con ello, pero lo harás en presencia de Anselmo y de mi chambelán real. Ah, y anúnciales que serás tú quien oficiará la boda. Esto les dará más confianza.

Al día siguiente de la audiencia con el rey, Guillermo de Trouville le propuso a su señor abad visitar las cocinas del castillo con la intención de valorar el avituallamiento y su organización. En un principio Anselmo no entendió la iniciativa de su ayudante, pero pronto el monje calvo y barbudo supo hacerle ver la importancia del asunto: dar de comer a diario a más de ochocientos invitados, amén de soldadesca y servicio, no era cuestión para ser tomada a la ligera. Fue el propio abad quien había propuesto que su protegido interviniese y este, ni corto ni perezoso, enseguida interpretó que el mismísimo rey le había otorgado máxima autoridad en todo lo concerniente a la manduca, eso sí, bajo la supervisión de su superior.

De esta forma, este monje de verbo profético, se presentó aquel mismo día en las cocinas de la fortaleza y acompañado de Anselmo se dirigió con voz grave y sonora a todos los que allí laboraban:

—¡Compañeros y camaradas! Dejad por un momento el trabajo y prestadme atención. Me llamo Guillermo de Trouville y me hallo al servicio de este insigne prelado de la Iglesia, su reverendísimo monseñor Anselmo, aquí presente. Por orden del rey, nuestro señor, desde este mismo instante y durante los próximos días me haré cargo de todo lo relacionado con el aprovisionamiento y la preparación de las comidas.

»Bien se echa de ver que el sustento no es en este lugar una prioridad, ni una preocupación —dijo el monje, paseando entre los fuegos y destapando ollas y calderos—. Por el aspecto de eso que estáis cocinando, en mi abadía no se lo daríamos ni a los perros. A ver, ¿quién está aquí al mando?

—Yo, señor. Rigoberto Tizón para servirle —contestó un hombre ya entrado en años y de aspecto sucio y grasiento.

—¿Qué es este potingue denso y oscuro que burbujea en este perol?

—Es un potaje de alubias pintas salteado con morcillas de sangre y tocino.

—Supongo que la sangre y el tocino los recogéis cada día de los desperdicios del matadero que tenéis en el patio de armas.

—No os entiendo, buen fraile. ¿A qué matadero os referís?

—¿Acaso no se cortan cabezas y se descuartizan cuerpos en él a diario? Agradable y entretenido espectáculo para tiempos de un enlace real.

—Eso no es de nuestra incumbencia, señor.

—¿Y tú crees que con tan pocas ollas y calderos se puede dar de comer a tanta gente? Y no son unos comensales cualesquiera, querido amigo. Estoy hablando de la flor y nata de la nobleza del reino.

—Hasta ahora siempre nos hemos apañado y nadie ha osado protestar de la comida. Nosotros no tenemos la culpa de que haya venido tanta concurrencia así, de

repente... —se defendió el propio Rigoberto algo azorado.

A continuación se visitó el almacén de las vituallas, el cual no presentaba mejor aspecto que el de las cocinas: mal abastecido y aún peor ordenado.

—¡Lo que me temía, su ilustrísima! —dijo el de Trouville alzando la voz—. Si no hacemos algo y rápido para remediarlo, todos los invitados, nosotros incluidos, deberemos regresar a nuestros hogares. Esto o perecer de hambre. Vos ya lo estáis viendo.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó el abad, que comenzaba a angustiarse.

—¡Por el momento, cortar el cuello a este rufián por no advertir al rey de la gravísima situación en la que se encuentran!

—¡Señor fraile, señor fraile, escuchadme, yo no tengo la culpa! —dijo el jefe de cocinas desesperado—. El rey no desea oír hablar de estas cosas; si lo hago, como ya lo han hecho otros que me han precedido, no permaneceré en este mundo ni lo que resta de día.

Guillermo lo miró echando chispas por los ojos, pero luego se serenó y le dijo:

—Está bien. Si en verdad quieres salvar el pellejo, te diré lo que hemos de hacer. En primer lugar, recluta no menos de cien hombres para ayudar en la tarea que se nos avecina.

—¿Cien? ¿Cómo voy a conseguir cien ayudantes?

—Diles que trabajarán como auténticos condenados, pero que se alimentarán y beberán como príncipes. En segundo lugar... ¿Me estás escuchando?

—Sí, sí, cómo no...

—En segundo lugar, dado que estas cocinas además de sucias y poco ventiladas son completamente insuficientes, las trasladaremos al patio de armas. A partir de hoy cocinaremos al aire libre, aprovechando este buen tiempo con el que Dios nos santifica.

—¿En qué parte del patio deseáis que situemos trébedes y brasas?

—¿Dónde va a ser sino en el lugar donde se ajusticia a los condenados?

—¿En el... en el patíbulo?

—Habrà que desmontarlo antes, claro. ¿No ves que es el mejor lugar para que circule el humo y los fuegos se encuentren protegidos? Tranquilo, mi superior se encargará de convencer al rey para que en estos días se nos libere de contemplar tan deprimente espectáculo, sobre todo a las bellas señoras. Ajusticiamientos y bodas reales no debieran ir de la mano, ¿no os parece, mi príncipe? —dijo con intención a su superior.

—No, no, naturalmente... Tienes razón, hermano Guillermo. Hablaré con el rey y trataré de que paren temporalmente no solo las ejecuciones, sino también las torturas. —Y con menos convencimiento al pensar en cómo reaccionaría Jaime cuando se lo planteara, añadió—: Al menos, lo intentaré.

—Señor, un cardenal arzobispo custodio no intenta: ¡impone su ley, que es la ley divina! Yo os recomiendo que lo hagáis, el soberano os ha de hacer caso. Usad para

convencerle esa gracia y elocuencia que el Creador sin duda ha depositado en vos.

»En tercer lugar —continuó el monje iluminado, volviéndose de nuevo a Rigoberto—, enviarás un destacamento para recabar, requisar, adquirir... en fin, componer un digno ajuar de ollas, sartenes, calderos y demás útiles con los que poder cocinar. Mañana mismo antes del mediodía los quiero aquí, limpios y relucientes. ¿Entendido?

—Sí, sí, señor fraile... —contestó el señor Tizón abrumado por tanta disposición.

—Por cierto, todos sin excepción os asearéis y vestiréis debidamente. —Los cocineros se miraron entre ellos—. Pasaré revista cada día a este regimiento de marmitones, ¡y pobre del que coja en falta! Tened en cuenta que un caballero peleando entre fogones hace mucho más por la victoria que luchando en el campo de batalla y no con menor riesgo.

»Por último, enviaréis otro regimiento a recabar vituallas de todo tipo: harina de centeno, de trigo... hortalizas, frutas y verduras, terneros... cerdos, corderos, pollos, gallinas, ocas y demás aves de corral, bacalao, arenques, fiambres, salazones, sales, hierbas aromáticas, especias... vinos y otras bebidas fermentadas... Bueno, y todo lo que a mí se me haya olvidado y a vosotros se os ocurra. Hemos de dar de comer y de beber y bien a este enjambre de zánganos.

»Tened en cuenta que esta tarea habrá de ser ejecutada durante la mañana, porque la tarde la dedicaremos a poner en práctica el honroso e ilustre arte de la caza. Nos ayudarán esos nobles caballeros que deambulan aburridos por los salones del castillo. Cualquier animal salvaje que vuele, nade, repté o corra será bien recibido en nuestra despensa.

—Señor fraile, sois como un ciclón, pero no será posible hacer nada de lo que decís sin la autorización del rey —le dijo don Rigoberto.

—¡Hombre incrédulo! —le contestó el monje señalándole con el dedo—. El rey no querrá quedarse soltero y por la cuenta que le trae, al menos durante los próximos días, se convertirá en valedor y adalid del suministro y la pitanza. Mi bondadoso y gentil señor hará posible este milagro. ¿O no, monseñor Anselmo?

—Sí, sí, es posible que sí...

—Es de seguro posible, y eso, definitivamente, descarta lo imposible.

Y así fue como sucedieron las cosas. Froilán, consciente de la difícil situación en que se encontraban, se opuso a que una parte de sus fuerzas y de las que defendían el castillo se dedicasen al aprovisionamiento de víveres y al servicio de cocina. Pero como el rey no deseaba bajo ningún concepto que los preparativos de su boda fracasasen, las ideas de aquel monje sorprendente puestas en boca de Anselmo le terminaron de convencer, de modo que hizo caso omiso al senescal. Al fin y al cabo, solo serían unos días; después volverían a la rutina de siempre.

Increíblemente, también el patíbulo fue desmontado, cesando ejecuciones y tormentos, siendo sustituido por varias hileras de fogatas bien abastecidas de leña, en las que calderos, ollas y sartenes crepitaban sobre las trébedes sin parar ni de noche ni

de día. Y alrededor de estos fogones se colocaron parrillas, asadores y hornos de hacer pan.

Los cocineros y su ejército de ayudantes, todos lustrosos y relucientes, desarrollaban su cometido extrañamente cantarines y alegres y cualquier cosa que cocinaban hacía las delicias de los invitados. Nunca, durante todos los años que llevaban allí, se habían visto comidas como aquellas... bueno, comidas, y bebidas también. El vino y los licores espirituosos corrieron en abundancia, refrescando el gaznate de los habitantes del castillo, despabilando las lenguas y adormeciendo los sentidos.

Todas las torres y almenas de la fortaleza se adornaron con estandartes de colores bordados con brillantes escudos y divisas que flameaban al viento, y también con cientos de banderas y pendones. Para completar el cuadro, se preparó un amplio estrado de no menos de quinientas varas cuadradas, sobre el que se dispusieron mesas y bancos y cubierto todo él por toldos bien afirmados al suelo, para proteger a los comensales del sol y la lluvia. El tiempo era cálido en aquella época del año, amén de tranquilo, y sentarse a comer o cenar bajo los coloridos pabellones era un auténtico placer que hacía olvidar las incomodidades del descanso nocturno.

Un numeroso grupo de soldados, escogido entre los más jóvenes —para solaz, sobre todo, de las damas—, fue destinado a faenas más pacíficas de las habituales, esto es, a servir a aquellos visitantes de alcurnia. A propuesta del Caballero del Sur y con el beneplácito de la condesa de Vistahermosa, que se desenvolvía a sus anchas en su nuevo papel, se pidió también permiso al rey para que se contrataran trovadores y juglares, músicos, malabaristas, contorsionistas y danzantes con el fin de amenizar las veladas nocturnas. Atraídos por el tintineo de las monedas y el brillo del dorado metal, un apretado cortejo de comerciantes y artesanos apareció de repente a las puertas del castillo y allí asentaron sus reales, dispuestos a hacer felices a todos aquellos que estuviesen dispuestos a pagar el precio de la felicidad.

Durante la tarde, mientras las partidas de caza rastreaban el bosque y peinaban los campos circundantes, las señoras se entretenían en bordar, charlar o pasear a la orilla del río, y en la noche, tras de la cena, se organizaban bailes y espectáculos, que hacían gritar de entusiasmo a damas y damiselas. Al fin se imponía, tal como la ocasión lo requería y así lo deseaba el soberano, un ambiente festivo y de celebración, aunque tan solo fuese por unos días. Como era de suponer, Anselmo se atribuyó todo el mérito de los cambios introducidos, y el rey lo felicitó nuevamente.

Catalina encabezaba la pequeña comitiva que tenía autorización para visitar y hablar con la princesa Cecilia. Iban flanqueados por una docena de guardias armados y precedidos por el chambelán real.

—Me alegro de que hoy nos acompañe, don Francisco: vos sois un caballero con gusto, y sé que nos ayudaréis en el cometido que me ha encargado el rey. No sé por

qué mi marido se ha negado a venir conmigo, la verdad...

—Por supuesto, señora mía. Será un placer sustituir a vuestro esposo en ese menester y en cualquier otro que necesitéis —le contestó el Caballero del Sur, tan galante como siempre.

—Y tú, Elvira, muéstrate respetuosa y dubitativa.

—Querréis decir comedida, mi señora.

—Eso he dicho, ¿no es así, señor Amable?

—Habéis dicho eso y otras muchas cosas, todas acertadas, las menos comedidas y casi todas juiciosas.

—Gracias, señor. Cada día me siento más contenta de haberos conocido.

Inmersos en esta charla, llegaron a la puerta de las dependencias de la princesa. Los soldados que custodiaban el acceso franquearon el paso al chambelán del rey, quien abrió la puerta y entró el primero, seguido de los demás. De los guardias que les acompañaban, solo entraron cuatro, desplegándose a su alrededor.

La princesa paseaba pensativa en el pequeño jardín, y se volvió con gesto crispado al ver a tanta gente irrumpiendo en él. Reconoció de inmediato a Catalina y a Elvira, mas no dio muestra alguna de ello. No sabía por qué extraña razón se encontraban allí, por lo que de momento prefirió mostrarse altiva y distante.

—Señora, hemos venido aquí por orden del rey —le dijo el chambelán real—. La condesa de Vistahermosa desea hablar con vos, y la acompañan su doncella y don Francisco Amable.

—Señora, aunque quisiera no podría ofreceros asiento, porque aquí no hay otro que este minúsculo banco de piedra.

Al escuchar su voz y verla de cerca Catalina palideció, quedando completamente pasmada. No menor sorpresa se llevó su doncella, quien al ver reaccionar así a su señora, tampoco supo o se atrevió a decir nada.

Como si hubiese salido de entre las faldas de las dos damas, apareció don Francisco, que tomó la palabra.

—Princesa y señora, habíamos oído hablar de vuestra gracia y hermosura, ¡pero vive Dios que hemos sido engañados! —dijo el Caballero del Sur inclinándose en una graciosa reverencia—. Ningún placer es comparable a encontrarnos aquí frente a vos. ¡Santo cielo! Sois diosa de la juventud, la doncella más bella y primorosa que jamás haya pisado este sucio y ordinario mundo. Un ángel sin duda caído del cielo que ha venido hasta aquí para ser dicha de nuestros corazones. ¡Bendita sea vuestra madre por haber concebido tan radiante estrella! —la piropeó el de Chippenham, tomando carrete—. No nos miréis así, princesa, no estamos aquí para causaros pesar, sino para todo lo contrario —concluyó, guiñándole un ojo con disimulo.

A la princesa le pareció que aquel pequeño bufón se había materializado de la nada y su asombro, al escucharle, no tenía límites. A pesar de su pequeña estatura, su voz bien modulada y su alegre mirada inspiraban un no sé que de confianza.

—Veo que sois un juglar, y os agradezco vuestras inspiradas palabras. Sobre todo

porque hacía mucho tiempo que no hablaba con nadie. ¿Cómo habéis dicho que os llamáis?

—Lo ha dicho por mí el señor chambelán, pero no me importa repetirlo. Soy Francisco Amable, y solo al apóstol Santiago y a mi señora Catalina debo la fortuna de haberme guiado hasta vos.

El chambelán real había oído hablar de aquel hombre menudo y atrevido. Las formas que había empleado para dirigirse a la princesa parecían las de un galán, pero no resultaban en modo alguno ofensivas ni peligrosas, y sí por el contrario graciosas.

En ese momento se oyó el alegre trinar de un jilguero, y las miradas de todos se giraron hacia la jaula que colgaba de una rama.

—¡Oh, qué dulce grajeo y qué jaula tan extraordinaria! —exclamó la condesa—. ¿Me permitís contemplarla más de cerca, princesa?

—Decidme, señora: ¿qué deseáis de mí? —le preguntó Cecilia sin contestar a su petición y mirándola fijamente desde su altura. Aquello puso nerviosa a la molinera, que empezó a tartamudear ostensiblemente.

—Se-se-señora princesa y futura reina de vuestro reino... yo me-me-me he ofrecido a to-tomaros medidas...

Por suerte, el chambelán salió en su rescate:

—Princesa, estas adorables señoras se han ofrecido a confeccionaros vuestro vestido de boda. Han llegado al castillo muchos comerciantes que venden finísimas telas...

Catalina, más calmada, le quitó la palabra de la boca.

—... Sedas, ricos paños e hilaturas de filigrana, pasamanerías de oro y plata, perlas, joyas y piedras preciosas... Si nos damos prisa, en pocos días tendremos preparado el vestido que vuestra gracia se merece con toda razón de ser.

—Veo que sabéis mucho de estas cosas, señora —respondió la joven.

—Bueno, para ser sincera, he de confesaros que no tengo ni idea... Eso sí, los que me conocen valoran mi buen gusto y afición a las telas pudientes. Esta que me acompaña es mi doncella de confianza —dijo haciendo que Elvira se adelantara—. Tiene unas manos de oro para la costura que ya las quisiera yo para mí. Ella ha sido la ideanta de un precioso modelo que os sentará a las mil maravillas; solo tendríais que elegir telas y colores. Podéis acompañarnos a las puertas del castillo o si lo preferís, serán los comerciantes los que vengan hasta aquí...

—Ni una cosa ni otra serán posibles —terció el chambelán real—. La princesa se encuentra confinada en este lugar y habréis de ser vos, y solo vos, quien le muestre los géneros.

—¿Qué quiere decir confinada? ¿Acaso la princesa se encuentra enferma y no puede salir de su aposento? —interrogó la mujer, en su completa ignorancia.

—Al parecer, señora mía —le intentó aclarar el Caballero del Sur—, en estas tierras debe de ser costumbre enjaular no solo a las aves, sino también a sus dueñas.

—No conocía yo esa usanza, pero desde luego no me agrada.

—Le guste o no, señora, las cosas son así por orden expresa del rey —respondió el chambelán, extrañado del comportamiento de la condesa—. La princesa no abandonará estos aposentos hasta el mismo día de la boda.

—En ese caso, mi doncella y el señor Amable me ayudarán a escoger todo lo que necesitemos... pero antes, tomemos medidas a la joven. Elvira, querida, cuéntale cómo va a ser el maravilloso vestido que habíamos pensado...

La infanta no opuso resistencia y dejó que Elvira midiera, anotara y remidiera durante más de dos horas y mientras lo hacía, la madre de Leonardo le describió con todo detalle el vestido que le habían propuesto al rey para el día de su boda. Aprovechando el aburrimiento de los demás y el descuido de los guardianes, dio a entender a la joven, señalándole con la mirada, que el Caballero del Sur era persona digna de su aprecio.

—Se ha hecho muy tarde y hemos de irnos —dijo con tono autoritario el chambelán real.

—Pero la princesa no ha dicho nada de qué le parece nuestro bosquejo —opuso Catalina.

—No os preocupéis, condesa —medió Cecilia—, lo que hagáis para mí, consideradlo bien hecho. Ese color blanco de la saya y el azul celeste del brial que me habéis propuesto me placen.

—Pronto nos volveréis a ver porque vendremos a realizar las primeras pruebas a no mucho tardar —aseguró la condesa de Vistahermosa—. Tened en cuenta que quedan muy pocos días para que se celebre el enlace real.



Cuarta parte  
LA FORJA DE UN REY

Antes de concluir el día y coincidiendo con la hora en la que los ilustres invitados se sentaban a la mesa para dar buena cuenta de la cena, atravesó el recio portón del castillo una nutrida tropa de soldados. Desarmados, con el paso vacilante, algunos parecía que heridos y todos cubiertos de sangre y sudor, cruzaron el patio de armas como una sombría procesión de almas en pena. Los presentes, incluido el rey, pudieron percibir en sus huidizas miradas un no sé qué de preocupación o, para ser más precisos, una mezcla de zozobra y temor. Sin duda algo grave les debía haber sucedido. La bulla de las cocinas y del personal de servicio y las animadas conversaciones sobre el vasto estrado cesaron como por ensalmo.

Froilán se hallaba fuera de la corte, tratando de capturar al príncipe impostor, por lo que tuvo que ser el rey en persona quien se ocupara de recibirlos. Abandonando su lugar preferente en la mesa y rodeado de su guardia personal, se dirigió a grandes pasos a la sala de recepciones y audiencias donde, recostado en su sitial, recibió a una representación de la doliente tropa.

—No os conozco a ninguno. ¿De dónde venís? —preguntó el rey, con el semblante visiblemente alterado.

—Mi augusto señor, venimos caminando a marchas forzadas desde la Villa del Quemado. Formábamos parte de su guarnición —contestó un joven que parecía llevar la voz cantante.

—¿Qué es lo que os ha pasado?, ¿por qué no portáis vuestras armas?

—Hace dos días se inició una peligrosa revuelta en la plaza de la villa, que nuestro comandante intentó sofocar a sangre y espada. La contienda se estaba resolviendo a nuestro favor, pero entonces un forastero y sus hombres, que estaban de paso por la población, se pusieron de parte del regidor y...

—¿Así que un manojo de villanos ha conseguido que unas tropas numerosas y entrenadas salgan corriendo con el rabo entre las piernas? —exclamó Jaime, levantando la voz—. ¡Sois una vergüenza para mis ejércitos!

—Mi señor, todo el pueblo se ha levantado en armas y ese forastero y sus amigos portaban espadas, escudos y yelmos. A fe mía que los sabían utilizar, y mucho mejor de lo que se pudiera esperar, teniendo en cuenta que parecían ser simples comerciantes. La batalla, porque no puede llamarse de otro modo, se inició en la plaza del pueblo y se extendió por todas las calles. Hubo muchos muertos y heridos.

—¿Y qué ocurrió después?

—Luchamos a brazo partido, os lo juro, pero la presión se hizo insostenible, sobre todo en los aledaños de nuestro fortín. Fue allí donde ese hombre concentró el ataque de sus leales, que pelearon como demonios y resultaron más mortíferos de lo esperado: solo él consiguió poner fuera de combate a más de diez de los nuestros.

Finalmente, el barón de la Villa del Quemado, viendo que todo estaba perdido, dio orden de replegarnos y nos refugiamos tras nuestras defensas.

—Allí al menos os encontrabais a salvo.

—No por mucho tiempo, señor. El falso comerciante nos amenazó diciendo que si no nos rendíamos y deponíamos las armas, nos prendería fuego por los cuatro costados. El barón contestó que si se atrevían a eso, el rey en persona vendría a destruir la villa y con ella a todos sus habitantes. Entonces el forastero retó al barón a dirimir el resultado de la contienda en combate singular, y nuestro comandante aceptó.

—¡Pero Barbarroja es un guerrero excepcional que no conoce la derrota! —dijo el rey refiriéndose al barón, resistiéndose a dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Es cierto, mi señor —contestó el joven soldado, agachando la cabeza y humillando la mirada—, sin embargo, en esta desdichada ocasión, ese diablo dejó a nuestro barón malherido, decidiéndose así la suerte de todos nosotros. Los pocos oficiales que no murieron fueron hechos prisioneros, y a los demás nos dejaron partir desarmados y con un mensaje para vos.

—¿Cuál es ese mensaje?

—Que el caballero de la ardiente espada os dedica esa victoria y os asegura que las horas que os restan de vida en este mundo están contadas.

El rey palideció mortalmente y un incontrolable temblor asaltó sus manos.

—¿Visteis... visteis la cara de ese hombre? —inquirió.

—No, señor. Llevaba un yelmo que le ocultaba el rostro y un jubón con un escudo de armas bordado en el pecho.

—¿Un escudo, dices?

—Sí, mi señor. Mostraba el antiguo blasón de la casa de Onís: gules, armiñado de plata.

Jaime creyó desfallecer.

—¿Alguna otra cosa que consideréis importante y aún no me hayáis dicho?

—Pues, ahora que lo decís, pudimos oír a través de un postigo cómo alguien le decía al regidor que pronto podría ver a Rodrigo Cortés y que él mismo podría contestar a sus preguntas.

Al escuchar ese nombre, Jaime comenzó a temblar como una hoja agitada por el viento y sintió que algo se removía en sus entrañas.

—¡Malditos bastardos! —masculló entre dientes—. ¿Habéis contado a alguien más lo sucedido?

—Aparte de vos, mi señor, a nadie más.

—Pues es mi voluntad que, mientras yo no os diga lo contrario, todo lo referente a ese caballero y a Rodrigo Cortés se mantenga en secreto; tú y todos los demás me responderéis de ello con vuestra vida. Y ahora idos a curar vuestras heridas y dejadme solo. Debo decidir lo que se ha de hacer —dijo el monarca retorciéndose las manos y mostrando un brillo endemoniado en la mirada.

La Villa del Quemado, situada a tan solo doce leguas de la corte real, constituía una población singular dedicada a la explotación de los bosques cercanos y con fama de albergar a los mejores carpinteros y tallistas del reino. De sus talleres no solo habían salido la mayoría de las máquinas de guerra utilizadas en la invasión del reino vecino, sino que además se encargaban de satisfacer los numerosos encargos de la nobleza, incluidos dignatarios reales y altas jerarquías militares.

Desde tiempos inmemoriales, la unión y camaradería de sus habitantes era considerada proverbial, pues la menor ofensa o daño infligido a cualquiera de ellos se interpretaba como una afrenta hecha al conjunto y, en conformidad con ese sentir, respondían todos a una, sin importarles lo que tuvieran que hacer para mantener su honor. Además, la villa estaba completamente amurallada y sus pobladores sabían organizarse para poderse defender y resistir si la ocasión así lo requería.

A Jaime le hubiese gustado doblegar el orgullo de aquella comunidad, porque su existencia constituía en sí misma un agravio, una excepción en la materialización de su poder absoluto y un mal ejemplo para el resto de sus vasallos; sin embargo, no podía prescindir de la destreza y laboriosidad de sus artesanos. Mediante una lucha firme y tenaz, los habitantes lograron arrancar del rey —cosa inaudita— el otorgamiento de privilegios importantes, entre otros, el derecho a la celebración de ferias y mercados, el derecho a nombrar a su propio regidor con poder de jurisdicción civil y penal, la redención de los tributos reales por la explotación de los bosques y la liberación de los jóvenes de las levadas forzosas.

Aunque la situación de la villa resultaba envidiable, esta podía cambiar en cualquier momento, dado el carácter de su señor. De hecho, Jaime, desconfiando de aquellas diligentes y esforzadas gentes, les impuso una baronía, haciendo construir un recinto fortificado para albergar a su representante en el mismo centro de la población. El barón de la Villa del Quemado, conocido por el apodo de Barbarroja, poseía la jurisdicción militar y mantenía una numerosa tropa armada a su mando, con la encomienda de mantener el orden y hacer cumplir la justicia —o más bien injusticia— del rey. La elección del título de barón recayó en un personaje del gusto del soberano, cómo no, soberbio y sanguinario, amén de pendenciero y mujeriego. Barbarroja, siguiendo órdenes de su señor, intentaba por todos los medios minar los derechos de la villa y, secundado por sus esbirros, trataba permanentemente de provocar a sus habitantes, buscando excusas que justificasen el enfrentamiento y el empleo de la fuerza. Sin embargo, el regidor, don Torcuato Valor, nacido en la población y hombre templado y animoso donde los hubiera, no se dejaba amedrentar con facilidad y salía siempre en defensa de sus paisanos, plantándole cara al barón y a sus secuaces.

Tan solo hacía dos días que se había producido la última disputa: un fornido leñador, vecino del lugar, había herido gravemente a uno de los oficiales, que al parecer —y esto no le extrañaba a nadie—, había intentado propasarse no solo con su

esposa, sino también con sus hijas más tarde. El regidor sostenía que el asunto era de su jurisdicción y el barón que de la suya. Finalmente, haciendo este último prevalecer su opinión por la fuerza de las armas, ordenó prender al leñador, cosa a la que se opuso todo el pueblo.

Así fue como comenzaron los enfrentamientos. Al principio solo se intercambiaron insultos y amenazas, pero luego, con los ánimos más caldeados, se inició una refriega en la plaza del pueblo que derivó en batalla campal. Parecía que las fuerzas de Barbarroja, armadas y mejor entrenadas, iban a dominar la situación, pero no contaban con la intervención a favor de los vecinos de un grupo de comerciantes. Se encontraban estos a la puerta de un tratante de maderas, todos cubiertos con capas grises, y al apercibirse del inicio del tumulto, se despojaron de las mismas, dejando al descubierto las vainas de sus espadas, así como escudos y yelmos. Como un vendaval se lanzaron contra los soldados, haciéndoles retroceder y repartiendo mandobles a diestro y siniestro. Entre ellos destacaba, por su ardor y empuje, un individuo alto y de aspecto fibroso que, con el yelmo bien calado, en pocos instantes abrió brecha, dejando fuera de combate a una hilera completa de oponentes. Hubo muertos y heridos por ambas partes, un resultado que era de esperar, puesto que llovía sobre mojado.

Tras más de dos horas de contienda, los esbirros del representante del rey y él mismo se vieron obligados a atrincherarse dentro del fortín para salvar la vida, no sin antes lograr hacer prisionero al leñador. Barbarroja, poseído por la ira y sin querer escuchar a sus hombres, lo ejecutó de inmediato sin juicio previo de ningún tipo y a continuación clavó su cabeza en una pica y la mostró a sus enemigos a través de un ventanuco. Los pobladores de la villa agitaron en lo alto sus hachas y horquillas rugiendo de cólera e indignación y rodearon el bastión pidiendo a gritos venganza.

El regidor, tratando de calmar los ánimos, tomó la palabra:

—Queridos convecinos, gritando así no conseguiremos nada. Por favor, os pido silencio, un minuto de silencio por nuestros compañeros caídos. Más tarde tendremos tiempo para las represalias.

Y se hizo un silencio sobrecogedor, tan solo interrumpido por el sonido del viento silbando en los aleros de los tejados y entre las chimeneas de las casas.

—Hoy se ha cruzado la delgada línea que separa lo difícilmente soportable de lo que resulta intolerable, ¡y vive Dios que hemos tenido paciencia infinita! No os culpéis de lo que ha pasado. Esto, más pronto que tarde había de suceder. Nos consideramos personas libres. No hemos de soportar nunca más el oprobio del rey, ni de ninguno de los que le apoyan y defienden.

»Antes de retirar a nuestros muertos, quiero agradecer la providencial intervención de estos hombres que tengo aquí a mi diestra. Sin ellos no habiésemos conseguido la victoria.

—Señor, esa victoria a la que os referís se encuentra aún muy lejos de ser alcanzada —le contradijo el aliado que había luchado como un león.

—Pensábamos que erais comerciantes de madera, pero con esas espadas y, sobre todo, viendo cómo las habéis manejado, ya no sé qué pensar...

—Da igual lo que seamos. Lo que importa es que os hayamos podido auxiliar en momento tan crucial. Nos resulta difícil admitir la villanía y la injusticia. En otras partes, os lo aseguro, se hacen todavía mucho más insufribles que aquí; estamos acostumbrados a contemplarlas a diario fuera de estos muros.

—Lo que ocurra fuera de la villa no nos incumbe. Hasta ahora hemos logrado mantenernos al margen de lo que sucede en otras partes del reino, y ello es así gracias a nuestra unión y a nuestra lucha —contestó Torcuato Valor.

—Después de lo ocurrido va a ser difícil, por no decir imposible, que os quedéis al margen. En primer lugar, porque el representante del rey se ha salido con la suya y aún no se encuentra vencido, y en segundo, porque me temo que a no mucho tardar el rey enviará a sus ejércitos para castigaros, y esta vez no ha de pasar por alto la ofensa recibida, como sabemos que ha hecho otras veces.

—Señor, antes de que sigamos hablando, ¿quién sois?, ¿por qué parecéis conocer tan bien al rey?

—Por una razón muy sencilla: yo soy su sobrino.

Un murmullo de sorpresa cundió entre los presentes. El regidor miraba al caballero con cara de incredulidad.

—Sí, aunque os parezca mentira, yo soy el príncipe Leonardo, hijo de Eduardo de la casa de Onís y de la reina Beatriz. He vuelto para derrotar a mi tío, al tirano que os gobierna con mano de hierro desde hace tantos años y para castigar el asesinato traicionero de mis padres, que fueron vuestros reyes.

—¿Y quién hablará por vos que nos dé fe de que eso que decís es cierto? —inquirió el regidor.

—No me voy a ofender por vuestras dudas, señor regidor, pues hasta a mí mismo me siguen asaltando. A Rodrigo Cortés debo la vida; no sé si lo conocéis. Él me salvó de las garras de la muerte llevándome muy lejos de aquí y dejándome bajo la protección de manos amigas.

»Crecí sin saber quién era yo en realidad, como cualquiera de vuestros hijos, rodeado de cariño de los que me acogieron y entre animales y campos de labranza. No ha sido sino hasta hace muy poco que la historia de mi familia me fue revelada. Desde entonces me he tenido que preparar para soportar tan pesada carga e intentar ser dueño de mi destino, que lo es también vuestro.

—Creo entender lo que me decís, pero insisto, ¿quién puede testificar sobre la autenticidad de vuestras palabras? No quisiéramos ponernos en manos de un loco o de un insensato advenedizo. De esos andamos sobrados en este reino —respondió el regidor.

—Señor, sois un hueso duro de roer —intervino un hombre ya entrado en años pero de aspecto fornido—. Supongo que a mí sí me conocéis, ¿no es así?

—Claro que os conozco, amigo Bertrán. Hace mucho tiempo que no os veíamos

por aquí. ¿Dónde os habéis metido estos dos últimos años?

—Es que he cambiado de oficio. Mas decidme, hombre incrédulo, supongo que siendo regidor de la Villa del Quemado desde tiempos del rey Eduardo, conocisteis al barón de Mieres, ¿no es verdad?

—Sí, ha pasado mucho tiempo, aunque es cierto que lo conocí. Era el senescal del rey... pero todos saben que murió defendiendo a su señor —dijo con el ceño fruncido por la confusión—. Por tanto, no pudo impedir la muerte del infante, y os juro que nada me haría más feliz que poder creer a este hombre.

—Tengo que aclararos una cosa, don Torcuato. Rodrigo Cortés era, además de senescal, el principal consejero y más leal amigo del rey. Para vencer de una vez por todas vuestra desconfianza, yo os doy mi palabra, aquí, delante de todos, de que pronto lo habréis de ver en persona y él mismo podrá contestar a vuestras preguntas. Se encuentra mucho más cerca de lo que pudierais pensar —y girándose hacia Leonardo, le dijo—: Príncipe, mostradle a don Torcuato la espada que fue de vuestro padre y antes que él, de vuestro abuelo, para que pueda ver grabada en ella el lema de la casa de Onís: *“Omnia cum Honore, nihil sine Justitia”*.

—No insistas, compañero. No podemos pedir a estas buenas gentes un acto de fe. Habíamos venido hasta aquí buscando apoyo para nuestra causa. Podemos aplazar este asunto hasta que terminemos la batalla emprendida.

Y el príncipe, tomando la iniciativa y seguido de sus camaradas, se dirigió hacia el fortín en el que se habían refugiado el barón y sus hombres.

—Facilitadme un escudo con el que protegerme —pidió al regidor.

—Pero ¿qué vais hacer? De ahí no será fácil hacerlos salir.

—¡Dadme un escudo y ahora veréis!

Ya con el escudo embrazado por si le lanzaban alguna flecha, Leonardo se acercó al portón del bastión y golpeándolo con el pomo de la espada tronó con voz imperiosa:

—¡Los de ahí dentro, oídmeme! No tenemos tiempo de esperar a que os rindáis por hambre y sed. Si no deponéis las armas de inmediato, voy a prenderle fuego por los cuatro costados a vuestro parapeto. Creedme, pronto arderéis en los infiernos y nadie ha de llorar por vuestra ausencia.

Barbarroja, que le escuchaba encaramado en lo alto de una torre, le contestó con voz altanera:

—Soy el barón de esta villa y el rey está más que harto de vuestras exigencias. Os aseguro que os arrasarán a sangre y fuego.

—Él siempre ha estado buscando una justificación para hacerlo, pero aquí estaremos nosotros para impedirselo. Además, en este momento bastante tiene con atender a sus invitados, entre los cuales, por cierto, no os encontráis vos. Como tantos otros, no sois más que un peón en sus manos.

—¡No sé quién eres, desgraciado, pero pronto has de pagar tu insolencia!

—Os propongo un trato, señor. ¿Para qué malgastar más vidas? Si no os queréis

abrasar, salid aquí fuera y enfrentaros a mí en buena lid. Si me vencéis, podréis abandonar la villa sano y salvo con todos vuestros hombres. Si perdéis, os rendiréis y aceptaréis ser nuestros prisioneros.

Barbarroja se quedó pensando, sopesando sus posibilidades.

—¿No respondéis? Me habían dicho que erais un fanfarrón, pero no sabía que, además, tuvierais hechura de cobarde.

Esta provocación ya no la pudo sufrir el barón, que, ciego de cólera, bajó de la empalizada, abrió el portón y salió en busca de su retador. Tras de él salieron sus leales tropas, dispuestas a presenciar el espectáculo que estaba a punto de iniciarse.

Ante él, Barbarroja solo vio a un hombre esperándole con el yelmo calado, el escudo en una mano y la espada en la otra. Aquello iba a ser un juego de niños.

Como no estaba acostumbrado a llevar escudo, Leonardo lo depositó en el suelo. El barón, sin desprenderse del suyo, aprovechó para atacarle, pensando en acabar de un solo golpe la contienda. Pero el príncipe lo esquivó sin dificultad:

—¿Ese color rojo en vuestros cabellos es natural, o lo conseguís mediante los afeites de vuestra esposa? —le preguntó el joven.

—¡Os voy a partir en dos, enredador charlatán! —bramó aquel gigante de más de siete pies de altura.

El entrechocar de los aceros resonó en la plaza, saltando chispas por doquier. En los primeros lances, el príncipe no hizo sino probar a su contrincante, esquivando y parando golpes las más de las veces. De cuando en cuando atacaba de improviso, a la velocidad del rayo, para probar la solidez de las defensas de su adversario, que no eran tan firmes como a primera vista se pudiera suponer. Barbarroja imprimía a sus golpes una fuerza desahogada y la propia inercia le hacía desequilibrarse. Leonardo, con una calma pasmosa que ponía en un puño el corazón de sus compañeros, evolucionaba sin descanso alrededor del cíclope, sorteando siempre sus mandobles en el último instante, girando y girando como un bailarín. El barón transpiraba como un condenado y pronto se cansó de este juego que lo único que hacía era mermar cada vez más sus fuerzas, de modo que decidió avanzar de frente para tratar de arrinconar a su contendiente contra la pared del fortín. Hasta en tres ocasiones intentó coserle al muro, pero las tres veces golpeó en falso.

El sudor que le chorreaba por la frente no le dejaba ver bien y los brazos comenzaban a pesarle como el plomo, descuidando visiblemente la guardia. En uno de esos momentos de debilidad, el príncipe cambió de improviso su espada de mano y atacó a fondo, logrando herir al barón en el vientre, quien profirió un agudo grito de dolor.

—Ahora, señor barón, ya os tengo donde yo quería —le dijo su oponente—, y vais a responder por todas vuestras fechorías.

Barbarroja nada contestó. Hizo un último intento de acometida que su enemigo paró en seco, para a continuación herirle en el brazo con el que sostenía la espada.

—Encomendaos al dios de la guerra o, si lo preferís, al señor de los infiernos,



porque es allí donde pienso enviaros.

Tras estas palabras, el hijo del rey Eduardo hizo un molinete con el que desarmó a su contrario. Barbarroja cayó de rodillas ante él y allí, delante de todo el pueblo, dejando a un lado su orgullo, pidió merced.

—Señor, haced conmigo lo que deseéis, pero no me matéis. Yo solo cumplía órdenes.

—¿Vuestro señor os ordenó matar al leñador y después mostrarnos su cabeza clavada en una lanza?

—¡Matadlo, matadlo ahora mismo, y después nosotros haremos igual con todos sus esbirros! —tronó frenética la población, que había contemplado la contienda.

El príncipe levantó la espada con las dos manos por encima de la cabeza de su adversario, como un ángel justiciero a punto de hacer cumplir la sentencia, y la descargó con fuerza. Pero ante el estupor de los que le rodeaban, la dejó clavada en el suelo.

—No deseo manchar mis manos con sangre. No de esta manera —exclamó Leonardo, dirigiendo sus palabras al regidor—. Si este hombre sobrevive a las heridas, juzgadle vosotros mismos, y haced lo propio con sus oficiales. En cuanto a los soldados, os pido que los desarméis y los dejéis en libertad —y a continuación se dirigió a las tropas:

»¡Soldados! Me consta que los más de vosotros estáis aquí a la fuerza o porque habéis sido engañados. Servís al rey Jaime, que es lo mismo que decir a Lucifer, un hombre sin alma ni escrúpulos. Pero yo, el príncipe Leonardo de la casa de Onís, perseguido y desposeído de mis derechos, me he propuesto con la ayuda de Dios y la de mis conciudadanos liberar a este reino de las tinieblas y devolverlo a la luz. ¡Servidores de tan oscuro demonio! Vosotros habéis sido testigos de lo que acaba de suceder. Id al castillo de vuestro señor y decidle que el caballero de la ardiente espada le brinda esta victoria, y decidle también que sus horas están contadas.

Los convecinos, que habían escuchado atentamente las palabras de su salvador, se hicieron a un lado y dejaron libre el camino a los soldados del barón, no así el de sus oficiales, que de inmediato fueron prendidos y metidos entre rejas. Acompañados del tañer de las campanas tocando a rebato, aquellos parias, humillados y vencidos, salieron por la puerta sur de la ciudad, tomando el camino que conducía a la corte real.

—Ahora que este capítulo ha concluido, mi querido regidor, quisiera volver al punto que estábamos tratando —propuso el príncipe.

Don Torcuato, que al igual que los demás había quedado deslumbrado por los actos del caballero, le contemplaba con ojos llenos de admiración.

—Decidme, valiente señor. Os escucharemos con el máximo respeto y atención.

—¿Os he entendido mal antes, o habéis dicho que lo que suceda fuera de esta villa no os concierne a vos ni a vuestros vecinos?

—Bueno, no quería decir eso exactamente...

—Pero sí algo parecido —le cortó Leonardo—. ¿Cómo se puede vivir tan de espaldas a la realidad? ¿No os dais cuenta de que vuestro pequeño navío navega en medio de un mar tempestuoso y que en cualquier momento puede naufragar, arrastrándoos a todos? Vosotros, que os enorgulleceís de ser hombres libres, hace tiempo que solo servís a un amo y señor y a los poderosos que le secundan. Ni una sola labor ha salido de aquí para ayudar a vuestros hermanos oprimidos y martirizados. Sin ir más lejos, mi tío se aprovechó de vuestro trabajo para cavar la fosa del reino del Pirineo. ¿Acaso tenéis un corazón tan insensible que no sois capaces de ver lo que sucede a vuestro alrededor? ¡Yo os digo que no hay peor ciego que el que no quiere ver y peor sordo que el que no quiere oír! Si vuestros ancestros levantasen la cabeza, sin duda alguna maldecirían a su progenie y también a la vuestra. ¿No os da sonrojo esconder la cabeza debajo del ala y hacer como que no pasa nada? ¡"Vileza y cobardía" deberían ser vuestra divisa! Debimos dejar que el barón y sus hombres os masacrasen, ahora os hallaríais en las mismas condiciones que los demás.

Un silencio sepulcral se hizo alrededor del príncipe.

—Señor, no sigáis con vuestros regaños: tenéis más razón que un santo —dijo el regidor, emocionado y con lágrimas en los ojos—. No sé qué pensarán mis convecinos, pero reconozco que me avergüenzo de mi proceder. Habéis conseguido llegarme al corazón con vuestras palabras. Ahora me veo tal cual soy y no me gusta lo que contemplo, pero estoy dispuesto a hacer acto de contrición y enmienda, si es que todavía estoy a tiempo.

»Después de escucharos, no solo estoy seguro de que sois quien vos decís, sino también de que vos sois un rey. ¡El rey que desde hace tanto tiempo estábamos esperando, digno representante de vuestra estirpe! Y yo, regidor de esta Villa, arrodillándome ante vos, pongo mi brazo y mi vida a vuestro servicio, si es que aún me consideraréis digno de ello.

—Levántate, amigo, no deseo que te humilles ante mí. Errar es humano; lo importante es darse cuenta del error y mudar de conducta. Acepto de todo corazón tu apoyo, que sé que desde este momento será leal y sin condiciones, como lo ha de ser toda ayuda entre hermanos y amigos. ¡Torcuato, ven a mis brazos!

Tras este acto de fidelidad, el pueblo al completo rompió en vivas al príncipe Leonardo y en vivas al rey, aun sabiendo que se trataba de la misma persona. Y aquella algarabía, unida al repicar de las campanas, voló por encima de prados y bosques, y todos, hombres y mujeres, niños y ancianos, todos le rodearon tratando de felicitarle, de hablarle, de tocarle, y él se dejó abrazar y devolvió los abrazos en aquel ir y venir sin fin, como el oleaje del mar. Todos deseaban compartir su alegría con aquel espigado y valiente adalid, porque la confesión de don Torcuato había representado un acto común de liberación y también de firme y duradera adhesión.

Los viejos fantasmas que a menudo poblaban la mente del tirano volvían a resurgir de entre las sombras. De nuevo ese maldito de Rodrigo tomaba forma corpórea, o al menos lo hacía su imagen, y también la de su sobrino. Como si ambos hubiesen resurgido de las cenizas y regresaran dispuestos a disputarle el poder y la gloria, a pesar de que los hechos aseguraban que habían perecido en el Salto de Roldán.

Recostado en el trono y con la mirada extraviada, Jaime meditaba sobre esta inquietante cuestión, tratando de analizar todas las posibilidades que acudían a su mente. «Tal vez todo sea una argucia fraguada por mi senescal para alcanzar posición y riqueza, y yo haya sido un necio al creerle. Si Rodrigo y Leonardo siguieran con vida, ello solo podría significar que he sido engañado. Pero si todavía descansan en sus tumbas, entonces, ¿quiénes son esos embaucadores que se hacen pasar por ellos y qué es lo que buscan? ¡¿Derrocarme?! Sí, eso es, no hay duda. Y mi lugarteniente debe de estar detrás del rompecabezas. La llama de la ambición domina el corazón de los hombres y él, como yo mismo haría, ha estado maquinado para ocupar mi lugar... Sí, eso explicaría todo lo que está sucediendo a mi alrededor.

Pero ¿quiénes son sus apoyos? Porque debe tenerlos, él no podría hacerlo solo. Seguro que uno de ellos es ese advenedizo de Artemio, el nuevo y flamante capitán de su guardia; y seguramente su hermano y, por qué no, también Anselmo. Todos proceden del valle de Salazar y se conocen desde hace tiempo. Y aunque han llegado a ser lo que son gracias a mí, querrán aún más, mucho más; no se han de conformar con menos.

¡Cielos, estoy en peligro! No me puedo fiar de nadie. No al menos hasta que desentrañe esta conjura y destruya a mis enemigos. Tengo que obrar en consecuencia... pero primero he de celebrar la boda y seguir con mis planes tal como los tenía pensados».

¿Habrá un reino más pobre e infeliz que este? Tierra quemada en la que sus habitantes viven atezados por el miedo, presos de la vileza, embargados por la desesperación y la angustia, con sus corazones llenos de pesar y turbación. Pero, ¿y el rey, este rey? Recluido entre torres y almenas, temeroso del puñal y la ponzoña que le acechan, sospechando hasta de su propia sombra, prisionero de negras pesadillas que cada noche se repiten, sometido a la adulación y servidumbre de hombres tan perversos como él, huérfano de amor y privado del calor de la amistad, solo y aislado entre una multitud esclavizada, desnudo de sentimientos, temeroso del infierno que le aguarda. Un hombre, en fin, que todo lo tiene y que en el fondo nada posee.

Aquel cálido y sereno mediodía, Froilán regresó nuevamente con las manos

vacías al castillo de Babia ajeno a las sospechas y recelos de su señor, y pronto fue puesto al corriente del alzamiento en armas de la Villa del Quemado.

«Esta es la gota que colma el vaso», pensó. Desde los cuatro puntos cardinales, todos los días le traían noticias de sublevaciones y revueltas, y cada vez se hacía más difícil no ya el sofocarlas, sino lograr contenerlas. Sin embargo, esta era la primera vez que las tropas del rey habían sido batidas en toda regla y puestas en fuga por el populacho. Algo que constituía un alarmante precedente y preludio de la tempestad que, intuía, se estaba fraguando. Había que dar una lección a los sediciosos del Quemado, y pronto, o de lo contrario podría cundir el ejemplo.

En su entrevista con el rey, había notado en él una cierta indolencia en cuanto a lo sucedido. Froilán había propuesto a su señor dar la orden de concentrar inmediatamente a todas las fuerzas disponibles cerca del castillo, aun a riesgo de dejar desprotegidas y sin vigilancia amplias zonas del reino. Su idea era emplear la mitad del ejército en marchar contra el enemigo, el cual se materializaba por fin en la Villa del Quemado, y la otra mitad en defender el castillo, atrincherándolo a su alrededor. Pero Jaime no quiso ni oír hablar de estos extremos: consideraba esa estrategia como una maniobra de su lugarteniente con la clara intención de, llegado el momento, ser empleada en su contra.

—No he de desviarme ni un ápice de mis designios. Dentro de pocos días me casaré con la princesa. Entonces, y solo entonces, habré de plantear mi batalla, no antes. Así que olvídate de esa villa; ya tendremos tiempo de recuperarla —decretó el rey, retando a su senescal con la mirada.

—Señor, unos pocos días pueden representar una eternidad. En tan solo un instante se puede perder un reino. Existen muchos indicios que apuntan a que los rebeldes están organizándose para marchar sobre nosotros. Saben que vuestros soldados se encuentran dispersos por todo el territorio, y lo sucedido en la Villa del Quemado no es sino un anticipo de lo que puede llegar a ocurrir si no le ponemos remedio.

—¡Relájate y descansa de tus quehaceres en estos alegres y ajetreados días! —le dijo Jaime, echándole el brazo sobre los hombros, en una inusual muestra de afecto—. Hasta nueva orden, te libero de tus obligaciones, incluso aunque no me hayas traído todavía a ese bastardo que se hace pasar por mi sobrino, como te mandé.

—Os pido disculpas por ello, majestad —contestó Froilán, desconfiando de tanta consideración por parte de su caudillo—. Por más que lo hemos buscado no hemos podido dar con él. Sin embargo, son muchos los que afirman su existencia y yo, para mayor seguridad, debo creerles. No me extrañaría que ese hombre escurridizo estuviese detrás de la revuelta en la Villa del Quemado.

—No te preocupes más. Pronto les dejaré claro mi punto de vista a esos sediciosos, y tú serás el primero en percartarte de ello, te lo prometo —aseguró el rey, con un deje de sorna en la voz—. Por algo sois mi hombre de más confianza, ¿no es cierto?

—Me parece percibir un tono de advertencia que no me gusta. No creo que haya hecho nada para merecerlo.

—Te repito que no te preocupes.

—Mi señor, a veces no logro comprenderos. Vuestras palabras son para mí un enigma y sabéis que no soy amigo de acertijos.

—Lo comprenderás, de veras que lo comprenderás. Ten paciencia, tan solo tendrás que esperar unos días, hasta después de la ceremonia.

—Su majestad, estoy aquí para defenderos y luchar por vuestra causa. Interrumpiendo mi labor en momentos tan comprometidos estáis adoptando una postura temeraria que nos puede resultar a todos muy cara.

—Me arriesgaré. Yo soy el rey, y mío es el derecho de decidir lo que ha de hacerse y lo que no. Vete ahora a descansar, te lo ordeno.

—Como deseéis, mi señor, pero os diré una cosa: ¡No digáis después que no os lo advertí! —Y se retiró haciendo una profunda reverencia.

Precisamente aquella noche era la fijada para el encuentro entre Rodrigo y el príncipe. Este golpe de suerte con el que no contaban les facilitaba la oportunidad de reunirse de nuevo.

Tanto los hombres del senescal como su guardia personal agradecieron la tregua que se les brindaba. Froilán, menos agradecido que sus hombres y más bien exasperado con la conducta de su señor, reunió a sus oficiales y les transmitió las nuevas órdenes. Para explicarles tan incomprensible mandato, les dijo que Jaime no quería inquietar en modo alguno a sus huéspedes. No obstante, ya que se veía obligado a esa inactividad temporal y sintiéndose intranquilo por lo que pudiera suceder, les exigió que estuviesen preparados para partir en cualquier momento, y que establecieran un extenso perímetro de seguridad alrededor del castillo, en previsión de un posible ataque por sorpresa. Las patrullas de vigilancia debían hacer sus rondas tanto de día como de noche, manteniéndose en tensión en todo momento. Cuando el rey se enteró de tales disposiciones, temiéndose una encerrona, a punto estuvo de mandar prender a Froilán, pero después se lo pensó mejor y le dejó actuar.

El senescal era un hombre acostumbrado a no depender de nadie ni confiar en nadie —en esto último se parecía mucho a Jaime—, pero en esta ocasión, quizás para apaciguar el ánimo, quiso tener unas palabras con el capitán de su guardia personal: necesitaba hablar con alguien y compartir su indignación.

—Artemio, acompáñame, deseo hablar contigo. Vayamos al adarve; allí nadie nos molestará.

Desde lo alto de la muralla, Froilán contempló el admirable panorama que se desplegaba ante él: una serpentina de plata discurriendo entre campos y arboledas, algunas nubes gráciles y vaporosas surcando los cielos impulsadas por el viento del atardecer, y el sol, amo y señor de la bóveda celeste, cabalgando hacia poniente en su

cuadriga de luz. Un aire templado y vivaz agitaba la larga cabellera de aquel hombre ambicioso y a pesar de todo leal.

—¡Qué portentosa vista se vislumbra desde aquí! —exclamó Artemio, observando a su señor.

—Me recuerda a mis años mozos en el valle de Salazar. Tiempos de fatigas y penurias y, sin embargo, felices —musitó Froilán con aire ausente.

—Erais más joven, señor, y la juventud suele teñir la vida con los colores de la inocencia y la despreocupación.

—Sí, tienes razón. A veces dudo si habrá merecido la pena el salir de mi tierra para mezclarme en asuntos que, en realidad, nunca han sido de mi incumbencia.

—¿Os referís a los asuntos de vuestro soberano, señor? Permitidme que os diga, y espero que no os lo toméis a mal, que ponéis demasiado empeño en satisfacerle y, ¡Pardiez!, no estoy seguro de que vuestros sacrificios se valoren y comprendan lo suficiente.

—Se ha empecinado de tal forma en esa maldita boda, que no atiende a razones, y aquí estamos, como barcos varados en tierra y sin esperanzas de que nos refloten. Me ha dicho que nos tomemos unos días de descanso, que el asunto de la rebelión en la Villa del Quemado puede esperar. ¿No se da cuenta de que hay una insurrección en marcha y de que la tenemos a nuestras puertas?

—Os preocupáis demasiado. Si el rey os ha ordenado que descanséis, pues hacedlo, no le deis más vueltas. Un monarca siempre sabe lo que hace.

Mientras hablaban, Rodrigo, siempre atento a lo que sucedía a su alrededor, distinguió allá abajo, al otro lado del río, una figura menuda que, con pasos furtivos y volviendo a menudo la vista atrás, se dirigía hacia el bosque. No tuvo que pensar mucho para adivinar de quién se trataba y hacia dónde encaminaba sus pasos.

—Nuestro señor no es consciente de la gravedad de las circunstancias y eso me turba, porque siempre ha mostrado una mente lúcida y dispuesta a la acción. Es como si estuviese embrujado, prendido del hechizo de esa joven princesa. Espero que cuando se case cambien las cosas, si es que antes no explota la situación.

—¿Tan mal están? A mí no me lo parece.

—Están mucho peor de lo que todos imagináis, créeme, y mientras, en la corte, todo jolgorio y algazara, ¿y los nobles?, embriagados la mayor parte del día y alejados de sus mesnadas. ¡Menuda ayuda en caso de necesidad!

—Fastos obligados de una boda real. Si vos estuvieseis enamorado, como el rey parece que lo está, quizás lo comprenderíais mejor.

—¿Y qué sabes tú de esas cosas si eres tan eremita como yo?

—Tenéis razón, pero decidme, ¿por qué pensáis que se avecina una tormenta? Yo miro al cielo y no veo caer centellas ni escucho los truenos que la anuncian.

—Lo de la Villa del Quemado ha sido la chispa que podría encender el fuego.

—Pero un fuego se puede apagar con un poco de agua.

—Eso es cierto solamente cuando el fuego se encuentra en sus inicios; pero ¿qué

me dices cuando el fuego se extiende por el bosque en un día de verano y es atizado por un viento huracanado? Entonces el agua a la que tú te refieres no sirve de nada.

—Explicadme mejor esa metáfora, os lo ruego.

—Con el día de verano me refiero a una situación como la que hoy vivimos, propicia a la rebelión; la chispa ahí la tienes, el alzamiento de la Villa del Quemado y la derrota de nuestras tropas; y el viento huracanado son esas cuadrillas sediciosas, cada día más mortíferas, y por supuesto, sus cabecillas, esos provocadores que calientan la cabeza de nuestros vasallos con sus soflamas.

—Ahora sí que os comprendo. Lo que no alcanzo a entender es cómo unos simples villanos han logrado vencer y desarmar a una unidad completa del ejército del rey.

—Seguro que esos provocadores rondaban por allí, y no me extrañaría nada que ese hombre que se hace pasar por el sobrino de nuestro rey también estuviese presente.

—Por lo que me contáis, mi señor, esto se parece más a una guerra que a una simple rebelión.

—Si fuera una guerra al uso, con dos ejércitos enfrentados, yo no me sentiría tan inquieto. Es otra cosa. Se trata de un combate a muerte en el que uno de los contendientes aparece y desaparece a voluntad y el otro se ve obligado a perseguir un fantasma que se desvanece en el aire.

—¿Y ese impostor del que habláis? Por lo que se cuenta de él, debe de ser pariente de Mercurio, el mensajero alado de los dioses.

—No te entiendo. ¿Por qué lo dices?

—Porque parece poseer el divino don de mostrarse al mismo tiempo en diferentes lugares, pero en ninguno de los que nos interesa a nosotros.

—No, yo creo que son diferentes personas haciéndose pasar por el hijo del rey Eduardo.

—¿Así que, según vos, nos enfrentamos con un hombre que tiene mil caras?

—Podría expresarse así. Según mis informes, ese hombre, o titán, o lo que quiera que sea, siempre lleva un yelmo que no deja apreciar bien sus facciones.

—Mi señor, un pájaro de tantas alas será muy difícil de capturar. ¿Por qué en vez de perseguirlo no intentáis atraerlo a vuestra red con un cebo? Con un buen reclamo, se puede atraer y capturar cualquier presa.

Froilán arqueó las cejas con sorpresa.

—¿Y qué cebo elegirías tú, si puede saberse?

—Pues está muy claro, la princesa Cecilia. Todo el mundo conoce la obcecación de nuestro soberano en casarse con ella. Si el enemigo estuviese en condiciones de poder impedirlo, seguramente lo haría. ¿Qué mejor y más sonado triunfo para ese caudillo que arrebatarle la novia al rey? ¿No podríamos arrimar esa miel al panal que más nos conviene? Si se lo ponemos fácil, ese misterioso pájaro emplumado no dejará de acudir a la cita. No todos los días se puede rescatar a una princesa como la

bella Cecilia. Además, si ella es el lucero que tiene embrujado a nuestro señor, privémosle de su luz y pronto abandonará su letargo. ¿No es eso lo que queríais? ¡Dos aspiraciones cumplidas por el mismo precio!

Froilán dejó escapar una risa franca.

—¿Y yo que te creía un sencillo e inocente soldado? Ahora me doy cuenta de que escondes otras valiosas cualidades. No tiene mala pinta el plan que propones, pero déjame pensarlo más detenidamente... y por supuesto, mantén la boca cerrada. Nos jugamos el cuello en esto.

—Creo que nos lo jugamos de todas formas, así que más vale tomar la iniciativa.

—Sí, siempre me han atraído las apuestas arriesgadas. Vete ahora, hablaremos de nuevo mañana.

El Hurón, fiel a su naturaleza y con toda la anticipación de la que fue capaz, llegó al refugio de cazadores justo cuando se ocultaba el sol. Envuelto en una túnica gris, apenas se le podía distinguir agachado entre la verde espesura.

Había abandonado el castillo sin pedirle permiso a su capitán, aprovechando la confusión provocada con la llegada de las partidas de caza. Situado a cierta distancia de la tosca construcción, escrutaba con reconcentrada atención todo lo que sucedía a su alrededor. No había señal de presencia humana; tan solo se podía escuchar el susurro del viento acariciando las copas de los árboles y el aleteo de las aves del bosque que regresaban al abrigo de sus nidos.

Cuando los últimos retazos de luz dejaron de centellear sobre la fronda y la oscuridad se fue adueñando paso a paso del lugar, aquel hombre solitario y sin alma se aproximó a la pared trasera de la edificación. De repente, pareció transformarse en flexible enramada de hiedra asomada a la pequeña abertura. Solo ojos y oídos. Nadie, ni a un palmo de distancia, hubiera podido descubrir al confidente.

Allí, petrificado contra el muro, el oportunista esperó pacientemente. Dos horas más tarde, cuando ya la Vía Láctea, desde su cúpula estrellada, trazaba pálidos reflejos entre las sombras, los convocados al encuentro finalmente aparecieron. En esta ocasión, no menos de una docena de hombres armados se desplegaron alrededor del refugio, vigilantes y atentos a lo que pudiera suceder.

La reunión se mantuvo en un tono de voz considerablemente bajo y fue mucho más breve de lo esperado. El Hurón no pudo distinguir voces ni rostros. Lo único que sacó en claro fue que, en el plazo de cuatro días, en un lugar llamado Peñalcázar, tendría lugar un consejo general de combatientes al que asistirían todos los jefes de la rebelión. La finalidad inmediata consistía, por lo visto, en aunar fuerzas y voluntades bajo el liderazgo supremo del príncipe heredero o del rey libertador, como muchos ya se referían a él. Se mencionó, además, que la victoria sobre los soldados de Jaime había sido obra del príncipe y sus hombres fundamentalmente, y también que el regidor de la Villa del Quemado se habría de reunir en breve con Rodrigo Cortés. Por



último, se comentó la asombrosa derrota del gigante Barbarroja a manos del príncipe.

Después, y con la misma celeridad con la que los juramentados habían llegado, se perdieron en la oscuridad sin dejar rastro.

El Hurón permaneció en su forzada posición durante el resto de la noche, sin atreverse siquiera a parpadear. Con las primeras luces del alba y comprobando que se hallaba solo en medio del bosque, se desgajó al fin de su haz de ramas y se encaminó hacia el castillo sin dejar de pensar en aquel secreto robado. No sabía muy bien qué hacer con esa trascendental información, sobre todo, después de haber sido advertido por su jefe directo y mentor. ¿Cómo servir a dos amos con intereses contrapuestos? Difícil cuestión esta, incluso para él.

A media mañana, Froilán requirió la presencia inmediata del capitán de su guardia. Sin testigos y mostrando un nerviosismo que no era propio de él, le dirigió estas palabras.

—Artemio, el rey me ha estado ocultado información de vital importancia.

—¿A qué os referís?

—Ese... pájaro emplumado del que estuvimos hablando ayer, al parecer ha dirigido la revuelta en la Villa del Quemado, y no solo eso. Si es cierto lo que me han contado, ha batido en justa lid al representante del poder real.

—¿Y eso es todo?

—No, hay más, mucho más. Me han informado de que el antiguo senescal del rey está a punto de reunirse con el regidor de la villa, si es que no lo ha hecho ya, y esto ya me resulta del todo imposible de aceptar. ¿Qué es lo que está pasando?, ¿por qué el rey no ha querido decirme nada? Seguro que los soldados liberados le informaron de esto, pero por alguna razón que a mí se me escapa, no quiso contármelo, y también debió de prohibirles hablar de ello. Tú que eres un hombre perspicaz, ¿entiendes algo de lo que sucede?

—Pues... sí, creo que sí.

—¿Y? ¡Vamos, habla! —dijo fuera de sus casillas.

—Sencillamente, señor, el rey desconfía de vos y se teme una conspiración.

—¿Qué? ¿Por qué habría de hacerlo?

—Le asegurasteis que esos dos pájaros habían muerto pero, a la vista de lo que me estáis contando, ahora parecen estar más vivos que nunca, o esa es la impresión que le daría a cualquiera. Y si desconfía de vos, también lo hará de mí, y de todos vuestros parientes y conocidos, no lo dudéis. Sin duda nos hallamos en peligro.

—Sí, eso tiene sentido. ¡Por eso no ha querido que dé las órdenes necesarias para reunir los ejércitos y me mantiene aquí encadenado! Ahora entiendo sus amenazas veladas: ¡solo espera a celebrar la boda para lanzarse sobre mí!

—Jaime teme que hagáis con él lo que hizo él con su hermano. Pero eso solo demuestra lo poco que os conoce. Pronto ha olvidado vuestra probada lealtad en el intento de regicidio.

—Hay algo más que debes saber. Ese posible plan que me proponías ayer se ha

visto superado por los acontecimientos. Dentro de tres días, en un lugar cuyo nombre de momento me reservo, tendrá lugar una asamblea de los principales jefes de la insurrección, entre los que seguramente se encontrará el famoso regidor de la Villa del Quemado.

—¿Una asamblea? ¿Con qué objetivo?

—Unificar el mando de las fuerzas sediciosas bajo un único blasón, el blasón de ese farsante, al que algunos ya llaman libertador. Si le aceptan como adalid, temo que allí mismo será coronado. Hemos de impedirlo cueste lo que cueste.

—¿Y quién os ha facilitado tan valiosa información?

—¿Por qué lo preguntas? —dijo Froilán, entrecerrando los ojos con desconfianza.

—Para descartar que se trate de una trampa.

—No es ningún ardid. Esa confidencia procede de un informador de los muchos que tengo, y puedo asegurarte que ha puesto en riesgo su vida para conseguirla.

—No lo pongo en duda, señor. Supongo que os habrá aclarado su procedencia... quiero decir, que os habrá dicho quién o quiénes se la han proporcionado... —afirmó Artemio, con el cuerpo puesto en tensión.

—Mi confidente se ha negado a hacerme esa revelación. Dice que sería muy peligroso descubrir sus fuentes, y que ello tampoco me aportaría nada importante.

—Está bien, mi señor. Y ahora, ¿qué es lo que pensáis hacer para eludir los peligros que se avecinan? —inquirió Artemio relajando los músculos y esbozando una ligera sonrisa—. Yo os secundaré en todo lo que esté en mi mano.

—Cuento con ello. Dentro de dos días, antes de que salga el sol, me dirigiré con mis tropas a ese lugar: espero apresar de un solo golpe a todos los cabecillas de la rebelión, incluido ese impostor que se hace pasar por el príncipe. Supongo que el rey me echará en falta, pero mejor eso que sentir peligrar mi cuello bajo su tutela.

—También yo tengo a mi garganta en alta estima. Mejor que nos eche en falta a los dos. Me gustaría desplumar a ese pollo de las mil caras y asistir al encuentro entre el regidor y quien vos ya sabéis. ¡No me lo perdería por nada del mundo!

—De acuerdo, pero antes debes cumplir una misión.

—Decidme. Soy todo oídos.

—Para que veas que tus consejos no caen en terreno baldío, quiero que una de estas noches, cuando el castillo se halle en calma, organices el secuestro de la princesa. Llévala a sitio seguro y prepáralo todo para que parezca una acción de nuestros enemigos. Que te ayude el Hurón y alguien más.

—Pero, mi señor, lo que me pedís es sumamente arriesgado y nada fácil de conseguir...

—Eres tú quien me lo ha sugerido. Inténtalo, y si tienes éxito, te colmaré de honores y riquezas. Te tengo por un hombre de ingenio; no me defraudes.

—Y cuando concluya la misión, si es que no sucumbo en el empeño, ¿dónde he de reunirme con vos?

—Lo sabrás cuando llegue el momento, no te preocupes por eso.

Una vez finalizada la entrevista, Froilán decidió convocar de inmediato y en secreto a todas las fuerzas acantonadas a lo largo y ancho del reino, y despachó correos hacia los cuatro puntos cardinales. No había tiempo que perder. Antes de que llegase el día de San Juan, tendría a su disposición un poderoso ejército con el que trataría de hacer valer su opinión. El senescal quería desplegar ante su señor una política de hechos consumados, dando por hecho que los ejércitos le seguirían a él, pues no en balde era su comandante.

Si Jaime llegaba a enterarse de que sus órdenes eran desobedecidas, rodarían cabezas, y la suya de seguro no habría de ser la que coronase la cima del cesto.

Ese mismo día a media tarde, el rey dio su beneplácito para que Toribio cumpliera con la misión que, muy a su pesar, le había sido encomendada. Desalentado y emparedado entre Anselmo y el chambelán real, el buen samaritano se dirigió con paso fatigado hacia los aposentos de sus antiguos señores, quienes habían sido avisados de antemano y ya le estaban esperando al fondo de la sala, sentados sobre un diván.

Al ver entrar a su apreciado amigo, Alfonso y Margarita hicieron ademán de levantarse, pero la presencia de sus acompañantes les frenó en su primera intención. Toribio, cambiando de súbito el ritmo de sus pasos, cruzó la cámara en un santiamén y rodeó con sus brazos primero a su reina y a continuación a su rey, indicándoles al oído que no se preocuparan por nada, oyeran lo que oyesen.

—Mis bondadosos y queridos soberanos, creo que ya conocéis a estos señores —dijo Toribio volviéndose hacia sus guardianes que, con cara de asombro, se habían quedado rezagados a la puerta de la estancia—. Ahí, a mi diestra, el abad de Ochagavía, monseñor Anselmo, mente preclara donde las haya y aspirante a príncipe de la Iglesia. Este otro caballero es el chambelán de la corte. Miradle bien, porque contemplándole a él, os hallaréis asomados nada más y nada menos que a los mismísimos ojos y oídos del rey.

—No sabíamos que te habían traído hasta aquí —dijo Alfonso a su incondicional consejero—. No te imaginas cuánto nos alegramos de verte; temíamos por tu vida. ¿Qué tal tu salud? Me ha parecido que cojeabas un poco al caminar.

—Alteza, he tenido tiempos mejores, pero estoy bien, de verdad. A vos también os encuentro cambiado, no sé... más delgado y consumido quizás. ¿Acaso no os dan aquí de comer lo suficiente?

—Oh, no, es solo que he perdido el apetito.

—Pues deberíais comer, porque habréis de necesitar un espíritu fuerte y un brazo poderoso.

—¿Qué tendrá que ver el comer con la fuerza del espíritu? —preguntó Anselmo con voz campanuda.

—El cuerpo es el soporte del alma y el alimento el sostén del cuerpo, de modo que, al menos en esta vida terrenal, cuerpo y alma se hallan condenados a peregrinar siempre unidos, formando un todo indisoluble. Sin el debido sustento, el cuerpo se debilita y perece, y el ánima que lo acompaña abandona este mundo. ¿No sois vos de la misma opinión, querido abad?

—Eh... sí, claro —contestó Anselmo por salir del paso.

—Un momento —terció el chambelán—. ¿Qué habéis querido decir con eso de necesitar un brazo poderoso?

—No me interpretéis mal. Desde luego, no para levantarlo contra vuestro soberano, si es eso en lo que estabais pensando. Ese brazo poderoso lo ha de necesitar mi señor para dedicarlo, a partir de ahora, al noble arte de la caza, ya que el de la guerra habrá que darlo por concluido. Mi señora, ¡animad a vuestro esposo, porque aún no se ha dicho la última palabra! —Viendo que la pareja le miraba de hito en hito sin entender nada, les dijo—: Mi rey, mi reina, no quiero andarme por las ramas. ¡Vayamos a lo que me ha traído hasta aquí! Hoy he venido a transmitir una proposición del dueño y señor de estas tierras: si accedéis gustosamente a la boda de vuestra hija, al día siguiente de la ceremonia podréis partir hacia vuestros dominios y así reanudar la vida que dejasteis atrás.

—¿A qué vida te refieres, amigo mío?

—No desde luego a la de un rey, puesto que deberéis abdicar a favor de vuestra hija. Esa es la única condición.

—En otras palabras, a partir de ahora nos hemos de conformar con llevar una vida placentera y tranquila.

—Mi señor, no muy distinta a la que siempre habéis llevado. Dejaréis de portar cetro y corona, nada más, pero os convertiréis en consejero de vuestra hija, ya casada y erigida en reina.

—¿Y si me niego?

—Sinceramente, no os lo aconsejo. Sería malo para todos: para vos y vuestra esposa, pero sobre todo para vuestra heredera.

»Mi señor, sabéis lo mucho que os aprecio; solo os pido que me escuchéis como habéis hecho otras veces. Las cosas son como son, y si pudieran ser de otra forma, que no dudo que puedan llegar a serlo, serían como debieran ser, a pesar de ser lo que no sin remedio son, y ya no sé si son lo que son o son lo que no debieran ser...

—¿Acaso queréis volvernos locos a todos? —intervino Anselmo, incapaz de descifrar lo que Toribio había querido decir—. ¿Qué significa ese galimatías?

—Sí, yo también quisiera saberlo —dijo enfadado el chambelán.

—Señores, no os enojéis. Podría repetiros lo que he dicho, pero no por ello dejará de ser más claro de lo que ya es. ¿Vos lo habéis entendido, mi señor? —interrogó Toribio mirando insistentemente a Alfonso.

—Desde luego, desde luego, y me has convencido con tu último argumento. Dile al rey que daremos nuestro consentimiento a la boda y ahora, por favor, quisiéramos que nos dejarais solos.

—Una última cosa, señor, ¿miráis al cielo en estas noches de primavera?

—Sí, siempre me ha gustado hacerlo.

—¿Y no os habéis dado cuenta de que este cielo y sus estrellas es el mismo que acostumbraís a contemplar desde los ventanales de vuestro castillo? Pues no os apesadumbréis más. Os halláis en terreno conocido y, está escrito en el firmamento que, con la ayuda de Dios, todo, a partir de este momento, se hará con Honor y nada será sin Justicia. Os lo aseguro.

—No sabes cuánto me placen tus versos. Honor y Justicia, palabras caídas del cielo y sin embargo aquí, hace tanto tiempo olvidadas —dijo Alfonso.

—¿Y el señor chambelán y monseñor Anselmo? ¿Suscribís también mis versos, caballeros? —preguntó Toribio a sus egregios escoltas.

—Sí, sí, claro que sí. Nos parecen un bello propósito para el tiempo de paz y concordia que se avecina —contestó el aspirante a la púrpura, hablando por él y por el chambelán, que no acababa de entender el epigrama.

A continuación y sin dar respiro a sus acompañantes, Toribio, satisfecho de su actuación y del buen entendimiento con su señor, se propuso visitar a la princesa.

—¿Y no sería mejor que descansáramos ahora y dejar para mañana esta visita? —se atrevió a proponer Anselmo, transmitiendo en su semblante un aire de sufrimiento. El pobre tenía la mente deshecha, y es que no estaba acostumbrado a realizar esfuerzos de comprensión como aquellos a los que acababa de ser sometido.

—El permiso del rey es para hoy —dijo el chambelán con cara de pocos amigos.

—Tenéis razón, el rey lo ha ordenado y así se hará; pero si vos no queréis venir, abad, os excusaremos e iremos nosotros solos.

—Hemos de ir los tres o ninguno —aclaró el chambelán.

—Si no hay más remedio... Hagámoslo de una vez y terminemos cuanto antes —accedió el abad con resignación.

En esta ocasión, el chambelán y Anselmo no se dejaron sorprender por el andar aparentemente lento e inseguro de Toribio, y tomando la delantera, se encaminaron a buen paso hacia las dependencias de Cecilia.

Se les podía ver a los tres viniendo por un largo pasillo, resollando y afanándose ya no en trotar, sino en galopar por ganar la cabeza. A la puerta de la cámara, los guardianes contemplaron con el asombro pintado en sus rostros aquella carrera desbocada entre galgos y podencos. Ganó la partida un galgo, el chambelán, en realidad el único al que los vigilantes podían abrir la puerta.

La princesa se vio gratamente sorprendida con aquella visita inesperada y, sin dejarse turbar por la presencia de los otros dos, se arrojó en los brazos de Toribio.

—Mi querido abad, cuánto tiempo sin tener noticias vuestras. ¿Estáis bien, lo estáis? —le preguntaba Cecilia excitada, separándose un poco para poder contemplarle y cogiéndole las manos entre las suyas.

—Me gustaría encontrarme mejor, pero no están los tiempos para quejas. ¿Y tú?, ¿cómo te encuentras tú, hija mía, encerrada entre estos altos muros? —interrogó Toribio, mirando en torno suyo.

—Pues ya lo veis, padre, prisionera de mi enamorado galán —contestó la joven con un marcado deje de sarcasmo.

—¡Atiéndeme, joven princesa! Tu enamorado galán está mucho más cerca de ti de lo que pudieras pensar —afirmó con entusiasmo el páter, cogiéndola por los hombros y mirándola a los ojos—, quiero decir que su amor crece como la marea al paso de las horas ¡qué digo de las horas!, de los minutos, de los segundos.

»No has de considerarte prisionera, no, en modo alguno. Con tu pasajera estancia aquí, el rey tan solo desea preservar del peligro y la mentira a la rosa más hermosa de su jardín. El enamorado paladín pronto te ha de liberar para llevarte al altar.

Anselmo y el chambelán real no sabían si llorar o reír. Aunque nada podían oponer a lo que el ingenioso clérigo estaba diciendo, un sexto sentido les advertía que no era oro todo lo que relucía, pero ¿dónde estaba el engaño?

—Padre, conozco al señor chambelán, pero no a este otro caballero que os acompaña. Por el hábito oscuro, deduzco que se trata de un monje.

—¡Mucho más que eso! Este dechado de virtudes, este arcángel de negras alas es el abad de Ochagavía y futuro cardenal arzobispo custodio, su eminencia monseñor Anselmo.

—Me alegro de conoceros, señor abad. He oído hablar mucho de vos y siempre para bien. Lleváis una carrera eclesiástica encomiable; cuidaos de no tropezar.

—Gracias, gracias, princesa —contestó Anselmo, balbuceando y sintiéndose intimidado frente a la joven sin saber muy bien por qué.

—Señor abad, ¿podrías decirme cómo se encuentran mis padres? Hace mucho que no sé nada de ellos.

—Se encuentran tan bien como cabría esperar, dadas las circunstancias —contestó el arcángel, mirando de reojo al chambelán.

—Decidme, monseñor Toribio, ¿qué es lo que os ha traído hasta aquí? Os hacía en la abadía.

—Vuestro enamorado es el causante y vuestra boda la causa. Yo, al igual que todos los que nos encontramos aquí, no he podido oponerme a tan venturosa fortuna. No te preocupes por tus padres: acabo de estar con ellos y están bien de salud. Te mandan sus recuerdos y afecto.

—¿Y ellos?, ¿qué dicen con respecto a esta boda?

—Tus padres no tendrán más remedio que dar el consentimiento, y yo refrendo su decisión, porque no cabe otra salida.

—Entonces, ¿pretendéis que dé el sí a Jaime?

—Sí. Ni más ni menos que sí, pero ¿qué es un sí? ¡Escuchadme bien, princesa! Oídmelos todos, porque no lo repetiré. Un sí con condiciones es una afirmación casi dudosa que, sin llegar a ser un no, expresa un sí a medias, un sí apenas consentido, un no con apariencia de sí, así que diciendo sí, yo diría que dices lo contrario de lo que no deseas decir. ¿Has comprendido? Di que sí y no te arrepentirás, te lo aseguro.

—Sí, padre, daré ese sí que vos me pedís —contestó la joven, casi sin poder contener la risa.

—Un momento —intervino el chambelán, que hasta ese momento había mantenido la boca cerrada—. Habéis hablado tan deprisa que... ¿ese sí del que hablabais, en realidad era un no? No me ha quedado claro.

—Señor chambelán, me escuchasteis como los demás, y previamente advertí que no lo repetiría de nuevo. ¿Acaso pensáis que mi memoria es tan buena como la

vuestra? Ni aun proponiéndomelo sería capaz de volver a decirlo tal cual lo dije, pero sí os puedo jurar que lo que dije lo mantengo. Y vos, compañero, ¿qué pensáis de mí?

—¡Que sí, que sí, lo que vos digáis! —contestó el abad con mirada extraviada y la boca incluso un poco torcida—. Habláis con un lenguaje que nunca terminaré de entender. ¡Acabemos con esto de una vez! Necesito que mi mente repose.

—Mi verbo es el de un hombre de Iglesia, por tanto parabólico, que no es decir mayestático ni hiperbólico...

—No sigáis, os lo suplico, es un martirio escucharos.

—Muchos de nuestros más preclaros santos sufrieron martirio, pero no os preocupéis, no he de martirizaros más por hoy. Tan solo deseaba aclararos que parabólico viene de parábola. —Y volviéndose hacia la muchacha, la abrazó al tiempo que le decía cariñosamente—: Hasta pronto y no desfallezcas, el futuro está por llegar.

—¡Esperad! ¿A qué futuro os referís? —preguntó de nuevo el receloso chambelán.

—No empecemos otra vez con vuestra desconfianza. Todo futuro está por llegar, porque de no ser así, lo llamaríamos presente, o pasado quizás. ¿No es así, monseñor Anselmo?

—A mí dejadme al margen. Por hoy ya he tenido bastante; me iré ahora mismo a descansar.

—¿Es que no pensáis cenar? —le preguntó Toribio con guasa.

—No, haré ayuno y penitencia.

—Eso es lo que ha de hacer un santo, y vos sin duda lo sois, u os halláis en camino de serlo.

—Pues lamento deciros que tendréis que posponer ese descanso, eminencia. El rey ha dado órdenes de ser inmediatamente informado del resultado de estos encuentros —anuncio el señor chambelán encaminándose hacia la salida.

Jaime no hizo mucho caso de las suspicacias que le manifestó su chambelán; por el contrario, quedó sumamente satisfecho al saber que finalmente sus futuros suegros habían otorgado su consentimiento y que la princesa daría el sí sin oponer mayor resistencia.

Ya sabía él que se podía contar con los buenos oficios de Toribio. El perspicaz pastor de almas había conseguido en una sola conversación lo que él, con todo su poder, no había sido capaz de lograr en todo aquel tiempo. Cecilia era un junco orgulloso y altivo, difícil de doblegar, y eso precisamente era lo que más le atraía de ella. Tras ese corazón inquebrantable y valiente, el rey estaba seguro de haber reencontrado el espíritu perdido de su dulce y nunca olvidada Beatriz, compañera robada de su juventud.



Toribio era un hombre de Dios, pero también un hábil y duro negociador, como ya lo había demostrado. Su modo de hablar, aunque suave en las formas, era firme como la roca a la hora de mantener sus designios. Él sabía que a veces su lenguaje no resultaba fácil de comprender por enigmático y misterioso y que su inteligencia volaba por encima de sus palabras, pero el hecho es que había conseguido llevarle hasta el punto que él quería, y eso era lo que realmente importaba.

Tan solo faltaban seis jornadas, coincidiendo con la festividad de San Juan, para que tuvieran lugar aquellas nupcias durante tanto tiempo esperadas por el rey. Según sus últimas noticias, el traje de la novia estaba a punto de ser concluido. Todo a punto, todo a tiempo, todo en su justa medida. Y después... Después ya tenía bien pensada y elaborada su siguiente jugada, la que le habría de servir para consolidar definitivamente su poder y abrir un nuevo y renovado ciclo de dominio y hegemonía, y para ello debería correr la sangre de los traidores.

A la mañana siguiente la condesa de Vistahermosa, Elvira y el chambelán real visitaron de nuevo a la novia. Esta sería la penúltima prueba que les daría tiempo a hacer, pues el plazo dado por el rey para que quedase listo y terminado el traje vencía dentro de dos días.

Los artesanos escogidos para la ocasión —cortadores, sastres, bordadores y orfebres—, todos ellos bajo la batuta de Elvira, interpretaron a ritmo de tijera, aguja y dedal por un lado y de martillo y buril por el otro, una extraordinaria melodía jamás escrita, ni tan siquiera oída, en la que se superponían a la perfección notas en clave de fa con otras en clave de sol. Todo ello en un tempo cada vez más rápido, por las prisas que la condesa imprimía a la dulce melodía.

—Ahí tenéis, hermosísima señora. En tan solo unas escasas jornadas hemos conseguido aparejar este lujoso vestido y el resto de las prendas, que no le van a la zaga. Señor chambelán, idos vos y vuestros guardias hasta el jardín, para que la infanta pudorosa se pueda desvestir y podamos encajarle el regio atavío. Y por favor, cerrad las puertas si no os importa.

—Señora, ¿dónde habéis dejado hoy al Caballero del Sur? Me hubiese agradado su compañía.

—No me extraña. A cualquiera le agradecería un dulce así... y no quiero decir con esto que seáis vos una cualquiera —dijo la condesa, tratando de enderezar sus inconvenientes palabras—. El caballeroso señor se encuentra despachando unos asuntos relacionados con los festejos, pero os prometo que la próxima vez que nos veamos estará presente.

Sobre el lecho de la joven fueron depositados los complementos y prendas ya confeccionadas, aunque todavía no acabadas del todo. Cecilia, asombrada ante la belleza de la vestimenta, no pudo reprimir un «¡oh!» de sorpresa y admiración. ¡Qué maravillosos tejidos y colores!, ¡qué corte más elegante y gentil!, ¡qué complementos

más exquisitos!, pero ¡qué esfuerzo más perdido, dada la ocasión! La princesa no deseaba desairar a su desenvuelta visitante, sobre todo por el trabajo y tesón de su amiga; sin duda, ni ella ni la condesa eran conscientes de la verdadera situación.

—Condesa, sé que os afanáis en ser la batuta que dirige la interpretación de esta bella partitura —dijo la joven, señalando el vestido de novia—, y en verdad que me satisface, pero, abusando de la confianza que me otorgáis y ahora que no nos oye el chambelán, no sé si estaríais dispuesta a prestarme, por añadidura, otro importante servicio.

—Decidme, bella princesa. Si está al alcance de mi mano, contad con él —contestó Catalina, orgullosa de poder hacer un favor a la futura reina.

—Desde que me encuentro aquí encerrada, temo la llegada de la noche, porque mi cabeza se puebla de demonios y pesadillas que me impiden dormir. Necesitaría que me procuraseis alguna pócima mágica con la que engañar a las sombras y liberarme de este horrible tormento.

—¿Y de qué modo os haría llegar el remedio, si siempre os encontráis tan vigilada?

—Preguntad por Mudo, el jardinero del castillo. Viene aquí cada mañana a cuidar de este jardín; él me lo entregará.

—De acuerdo. Confiad en mi buen hacer. Yo he de buscaros un brebaje que os haga dormir como a una marmota, ya lo veréis princesa.

—Este ha de ser un secreto entre nosotras tres, así que os ruego no habléis de ello con nadie.

—Señora, yo nunca he sido chismosa ni entrometida y cumpliré vuestro encargo con la máxima discreción.

—Ahora me desvestiré y probaré ese vestido, aunque vistas las circunstancias, mejor sería que me hubieseis preparado una mortaja.

—Señora y regia princesa, ¿qué os hace hablar así? ¿No os consideráis afortunada casándoos con este rey principesco?

—Sois muy avispada, señora, lo habéis acertado de pleno. Pensad que, aun dando mi aprobación, iré obligada al altar.

—Cuando yo me casé, hace de esto una gavilla de años, también pensé que quedaría enterrada para siempre en un odioso molino, pero ahora, ya lo veis: sus aspas me quedan muy lejos y la fortuna ha llamado a mi puerta. Quiero deciros con ello que contrayendo matrimonio con un rey tan poderoso como este, seguro que a la larga saldréis ganando, aunque en este momento no lo consideréis así.

»Entiendo lo que os pasa, sois joven y deseáis un vigoroso y apuesto mozo para calentaros el lecho, sin importaros el estado de sus caudales, ¿y quién no desearía un adonis así? Pero del aire no es posible vivir. Mirad, en este momento hay caballeros... en fin, hay amigos a mi alrededor que beben los vientos por mí, y si yo lo quisiera, podría tener una hermosa aventura, no os digo más. Quizás, llegado el caso, podríais valorar la posibilidad de hacer vos lo mismo, y que quede esto que os

digo entre nosotras.

Tras el tentador y edificante discurso de la antigua molinera, muy acorde con su idea de lo que significaba preservar el honor y buen nombre de un linaje, Cecilia hizo lo que le pedían.

Vestida con saya y brial, calzada con los primorosos botines, ceñida con el delicioso cinturón, colocada la sutil gasa sobre la cabeza y la inigualable diadema sobre la frente, la princesa se dio una vuelta por la sala y después salió afuera, justo a la hora en que los rayos del sol acariciaban el jardín. Todos los presentes quedaron mudos de asombro ante su majestuosa estampa, tales eran su señorío, distinción y nobleza. Hasta el jardinero real, que trasteaba por allí, enmudeció aún más, quedando como solidificado entre las primulas.

El devenir de la historia en aquellos días postreros de la primavera se desarrollaba vertiginosamente, como si una mano invisible, insensible a los avatares humanos, quisiera precipitar de una vez por todas los acontecimientos. Tan solo faltaban unos días para las reales nupcias, y mientras el rey contaba las horas con impaciencia, Cecilia sufría en silencio su cautiverio, con la esperanza de que el milagro de su liberación se produjera a tiempo.

Rodrigo y Leonardo elaboraron un plan de rescate que empezaba a tomar visos de convertirse en realidad. La participación obligada del Hurón no se podía soslayar, pero para intentar equilibrar un poco las cosas, se habían propuesto contar con la inestimable colaboración de Felipe.

Durante aquella noche agitada, el antiguo senescal habló primero con María la Brava, que debía hacer una vez más de correo providencial, y algo más tarde con sus dos abanderados. Hubiera preferido mantener esta entrevista por separado, pero no disponía de tiempo para ello.

—Os preguntaréis por qué os he citado aquí en mis aposentos a tan altas horas de la noche. Habréis observado que todos vuestros compañeros se preparan para partir. Nuestro señor abandonará el castillo dentro de unas horas.

—Señor, ¿podrías decirnos a dónde se dirige el senescal? —preguntó Felipe, que no acertaba a comprender lo que estaba sucediendo.

—De momento no dispongo de esa información, mas seré franco con vosotros y os contaré lo que sé. Pasado mañana por la noche tendrá lugar una asamblea secreta a la que asistirán todos los jefes de la rebelión. Al parecer, pretenden coronar a ese embaucador que se hace pasar por sobrino del rey, y el senescal quiere aprovechar la ocasión para apresarlos a todos.

»Nosotros tres, sin embargo, nos reuniremos con ellos más tarde, porque permaneceremos aquí cumpliendo una misión.

—¿Qué tipo de misión, señor? —inquirió Felipe.

—Vamos a raptar y a poner a buen recaudo a la futura esposa del rey.

—Perdonad mi atrevimiento, pero ¿os habéis vuelto loco? —exclamó Felipe desconcertado, no así su media naranja, que mostraba una extraña sonrisa.

—Te aseguro, amigo, que me encuentro en mis cabales. Debes confiar en mí —le contestó el capitán sin pestañear—. El rey se halla tan ensimismado con lo de la boda que lleva demasiado tiempo desatendiendo todo lo demás, y no parece darse cuenta de lo que se está preparando a sus espaldas. Se niega a convocar y reunir a sus ejércitos, y no ha creído oportuno castigar a esos renegados de la Villa del Quemado. Si no hacemos algo que lo impida, pronto los rebeldes y el pueblo llano en masa, con un nuevo rey a la cabeza, marcharán sobre nosotros.

—Pero... no acabo de ver la relación entre lo que nos habéis contado y el rapto de la princesa —manifestó de nuevo Felipe, rascándose la cabeza.

—El objetivo es retrasar la ceremonia el tiempo necesario para derrotar definitivamente al enemigo. Privado de su futura consorte, el rey se desprenderá del hechizo que adormece y embota sus sentidos y volverá por sus fueros.

—No puedo estar más de acuerdo con lo que decís, señor. ¡Decidme qué debo hacer y lo haré sin dudar! —expresó con inusitada vehemencia el Hurón, que hasta entonces había parecido estar mudo.

—El plan es el siguiente: pasado mañana, cuando los invitados se hayan ido a dormir... —y Rodrigo les desgranó cómo llevar a cabo su propósito.

Aquella atareada noche el lugarteniente del rey no pudo conciliar el sueño. La idea de apresar a sus mortales y desconocidos enemigos le enervaba y alentaba a un tiempo. ¡Por fin iba a verse las caras con ese inaprensible adversario que tantos quebraderos de cabeza le estaba causando! A la vista de las últimas noticias, ya ni siquiera le extrañaba que su señor hubiese llegado a desconfiar de él. No obstante, si así era, lo consideraba obsceno, por no decir injusto —teniendo en cuenta la vaga noción que tenía de la palabra justicia—. No había justificación para tanta suspicacia. Quizás otra cosa no, pero estaba seguro de haber dado sobradas muestras de fidelidad y adhesión a la causa de su rey en los momentos cruciales. ¿Quién si no él había conquistado un reino para Jaime y le había salvado la vida? Pero aun así, no solo le había amenazado veladamente, sino que además, a pesar del evidente peligro en el que se encontraban, le había desautorizado frente a sus hombres e incluso menospreciado. Ahora se le presentaba la ocasión de reivindicarse ante su señor y demostrarle lo equivocado que estaba en su apreciación de las circunstancias.

Creía conocer bien al rey. Era un hombre ambicioso y despiadado, pero no pusilánime ni estúpido. ¿Por qué entonces se había negado a reunir sus ejércitos y a escarmentar a la villa sublevada? Froilán se hacía una y otra vez esa pregunta y de repente se le ocurrió una respuesta que lo aclaraba todo: Jaime tenía envidia de su senescal; más aún, tenía miedo de que se convirtiese en su rival. Porque para eso solo necesitaba del favor y respeto de sus soldados, y eso él ya hacía tiempo que se lo había ganado. El rey consideraba su boda como un punto de partida en la renovación de sus ambiciones y para conseguirlo, ¿qué mejor cosa que hacer *tabula rasa*? El soberano de los dos reinos había llegado hasta allí gracias a su ayuda y protección, pero seguramente pensaba que su senescal se había vuelto demasiado poderoso y capaz de disputarle cetro y corona. Fue así como el antaño pastor del valle de Salazar llegó a la alarmante conclusión de que su señor no iba a contar con sus servicios en la naciente era de poder que tenía proyectada.

Llegado a este punto en sus razonamientos, el senescal se reafirmo en su línea de acción. Por primera vez en su vida decidió que tanta fidelidad no se hallaba

suficientemente justificada, y sí la necesidad de supervivencia. Ciertamente podía huir, desaparecer, transformar su modo de vida, pero tal posibilidad no tenía cabida en su naturaleza ni en su carácter. Quizás, entonces, cambiar de señor y otra vez volver a empezar desde cero... No, no tenía las ganas ni la paciencia precisas. Plantaría cara al destino y por méritos propios conjuraría los peligros y conquistaría el poder y la gloria. Esta y no otra era la única solución posible. Artemio, después de todo, iba a tener razón. Demonio de hombre...

Algunas horas más tarde, al alborear la mañana, Froilán, con el cuerpo cansado mas el espíritu renovado, abandonó el castillo a lomos de su caballo y seguido de su guardia personal. El rocío depositado durante la noche perlaba los campos y una ligera niebla velaba el contorno del camino, que serpenteaba siguiendo la orilla del río.

Cabalgaron en silencio y apenas sin descanso, manteniendo mientras pudieron un trote corto y acompasado. El sonido de los cascos se fundía con el rumor de la corriente, la cual era en aquellos pronunciados meandros poderosa y profunda. Se echaba de ver que aquella vereda no era muy transitada. Los árboles y arbustos que la flanqueaban parecían cobrar vida ante el empuje del viento, cerrándose sobre ella y tejiendo con su ramaje una galería interminable, repleta de crujidos y sombras y capaz de engullir entre sus fauces un ejército entero. Pronto los jinetes, batiéndose contra el dosel vegetal, se vieron obligados a echar pie a tierra y a caminar en fila delante de sus cabalgaduras.

Tras dura batalla y sin más contratiempo que algunos arañazos sin importancia, la pequeña partida logró dejar atrás el tupido corredor, desembocando en una pequeña explanada descubierta. Desde ella pudieron contemplar con asombro cómo las turbulentas aguas, cual hirvientes trenzas de plata, se despeñaban en tropel sobre insondables gargantas.

Los ecos del agua al caer en el Pozo de los Humos resonaban con un furioso rugido, pero poco después, olvidada su furia pasajera, se deslizaba mansamente sobre el llano.

Allá abajo, delante de un soto compuesto de alisos, chopos y álamos, esperaban, montadas a caballo, las tropas de Froilán, y tras ellas se desplegaba una verde llanura que parecía no tener fin. Al reconocer su figura destacando por encima de la rugiente cascada le saludaron marcialmente.

En cuanto estuvieron todos reunidos, el senescal advirtió a sus hombres de que les esperaba una larga cabalgada y que al día siguiente llevarían a cabo una acción que habría de cambiar el curso de los acontecimientos. Les pidió que confiaran en él una vez más y les aseguró que de su mano obtendrían la victoria. A continuación reunió a sus oficiales y les explicó cuál era el objetivo y la forma de alcanzarlo; después se pusieron en marcha, no sin antes proteger flancos y retaguardia y enviar por delante a varios exploradores.

El rey fue informado de la marcha del senescal al poco de partir este; también

supo, algo más tarde, que Artemio no le acompañaba —cosa esta, cuando menos, chocante—, y al avanzar la mañana le llegaron noticias de que las tropas apostadas alrededor del castillo habían desaparecido. Todo aquello no hacía sino confirmar sus sospechas: su lugarteniente estaba actuando por libre y desobedeciendo alevosamente las órdenes recibidas. Él, que no daba un paso sin que ese advenedizo de Artemio le guardase las espaldas, ahora había partido con destino desconocido, y seguramente huyendo de sus veladas advertencias.

Sentía que algo amenazador se estaba fraguando en torno suyo, pero dentro de su cubil creía estar a salvo de cualquier traición, y tampoco quería perder los nervios ante sus invitados en el último momento, no obstante, despachó correos para reunir a los ejércitos un par de días después de la boda —qué menos que cuarenta y ocho horas para poder disfrutar de las mieles del matrimonio—. Con el fin de evitar sorpresas desagradables y temiendo un nuevo intento de regicidio, ordenó prender a Artemio. Estaba seguro de que este hombre duro y curtido, que se había ganado la confianza del senescal, era depositario de secretos que él le haría desvelar.

Rodrigo contempló cómo Froilán y los hombres de su guardia salían por la puerta del castillo rayando el despuntar el día. Luego, la tensión y el cansancio acumulados tras una noche convulsa hicieron presa en él y sin siquiera desvestirse se echó sobre la cama, quedando dormido al instante.

Horas más tarde, recios golpes en la puerta le hicieron salir de su sueño.

—¿Quién va? Estoy descansando y no deseo ser molestado.

—El rey requiere vuestra presencia de inmediato —contestó una voz desconocida.

Cortés se levantó de la cama como un resorte. ¿Por qué querría verle el rey?, pensó preocupado. Hasta ese momento le había acompañado la buena fortuna y habían sido contadas las ocasiones en las que había tenido que dirigir la palabra al soberano. Sea como fuere, no tenía más remedio que salir y afrontar la situación.

—Voy, voy enseguida. Dadme un instante.

El barón de Mieres abrió la puerta y salió a la galería, siendo inmediatamente desarmado y rodeado por un grupo de soldados que le amenazaba con sus lanzas.

—Soy el capitán de la guardia del senescal. ¿Qué significa todo esto?

—Señor, por orden del rey quedáis arrestado. Hemos de conducirlos hasta las mazmorras —le anunció el oficial al mando.

—¿Y puede saberse de qué se me acusa?

—Eso lo sabréis más tarde. Según tengo entendido, el monarca en persona hablará con vos. Os aconsejo que no os resistáis si no queréis salir malparado.

A punta de lanza y sin contemplaciones, fue conducido hacia el patio de armas. Caminaron rodeando las cocinas, que se encontraban en plena faena ultimando los preparativos de la comida a punto de ser servida, por lo que todos los invitados

podieron presenciar el episodio de la detención. También Felipe y el Hurón, que se hallaban en ese momento sobre el adarve, observaron con estupor lo que sucedía.

Llevaron a Cortés hasta una celda oscura y húmeda, donde le despojaron de toda su ropa y le sujetaron con cepo y argollas a la pared del fondo. Luego, la gruesa puerta giró sobre sus goznes y se cerró con estrépito.

El intenso contraste entre la luz exterior y las tinieblas allí reinantes no le dejaron ver nada en los primeros momentos, hasta que, poco a poco, sus ojos se fueron acostumbrando a la penumbra. La tenue luz que se filtraba a través de un hueco en el techo le permitió descubrir, próximo a él, una ligera depresión en el suelo, convergente en un agujero a modo de letrina del que emanaban efluvios pestilentes. Eso era todo lo que había en aquel recinto.

El barón de Mieres se temía que algo así pudiera suceder. No en vano había estado corriendo el riesgo de ser desenmascarado desde el primer instante, y más ahora que el rey desconfiaba de Froilán, pero no esperaba que los acontecimientos se desarrollasen tan rápidamente. Había recibido con alegría mal disimulada la orden de raptar a la princesa, pero no se engañaba: sabía que en cuanto el senescal abandonase el castillo, él estaría corriendo un grave peligro. El deseo de poner a salvo a Cecilia había prevalecido sobre su temor a ser descubierto, pero ahora aquel giro inesperado había hecho que se cumplieran sus más negros presagios.

Daba por hecho que sus acólitos correrían también su misma suerte. Durante unos momentos se dejó arrastrar por la angustia y la desesperación que crecían dentro de él... Pero no, no todo estaba perdido. Quizás para él sí, pero ya hacía tiempo que había dejado de ser la pieza esencial en aquel tablero de ajedrez. Su ahijado había tomado el relevo, y a él le correspondía alcanzar la victoria que durante tantos años le había estado aguardando.

Poco después se abrió la puerta carcelera y Jaime entró en la celda, escoltado por dos hombres que portaban sendas antorchas, dispuesto a socavar la entereza de aquel hombre.

El rey se acercó y blandiendo un afilado puñal ante el rostro del prisionero, le preguntó en un susurro amenazante:

—¿Dónde están esas ratas que se han quedado contigo?

—Señor, no sé de qué me habláis. Vuestros soldados me han sacado hace un rato de la cama y no he tenido ocasión de ver ni de hablar con nadie. Ellos pueden dar fe de lo que digo —respondió el cautivo también en un susurro, fingiendo una afonía que le hacía farfullar de forma precipitada y confusa.

—Dime, ¿por qué no has acompañado a tu señor en su huida del castillo? Tú, que siempre te comportas como la gallina clueca de ese cobarde polluelo.

—No sabía que mi señor se hubiese marchado. Anoche, después de mi ronda, me fui a la cama y nada he visto u oído fuera de lo normal.

—¿Y por qué hoy no has madrugado? Sé que apenas duermes y que siempre te levantas antes del canto del gallo.



—Mi soberano y señor, anoche no me encontraba bien; me dolía todo el cuerpo y no podía conciliar el sueño. ¿Acaso no veis cómo tiemblo de frío? Debo de tener fiebre.

—¿Quieres hacerme creer que no sabes nada?, ¿con qué propósito permanecéis aquí tú y tus secuaces, si todos vuestros compañeros se han ido escoltando al senescal? Y más vale que no me mientas, porque se me está acabando la paciencia.

—Majestad, mi único propósito es el de restablecerme cuanto antes para poder estar donde me corresponde, protegiendo a mi señor y secundándole en sus planes, que también son los vuestros.

—¡Mientes! —le dijo el rey, abofeteándole el rostro—. ¿Me tomas por tonto?

—Señor, el senescal y mis hombres os salvaron la vida no hace mucho. ¿Así es como nos lo agradecéis? —balbuceó el prisionero, sintiendo correr por su pecho la sangre que le manaba de la nariz y los labios.

—Esa era vuestra obligación, pero las cosas han cambiado mucho desde entonces.

—¿Hasta el punto de no distinguir amigos de enemigos? Las cosas habrán cambiado, eso yo no os lo discuto, pero los hombres que lealmente os servimos no.

—Orgullosa e impertinente... pero yo he de amansarte, no lo dudes —exclamó Jaime lanzándole una puñada al estómago que le cortó la respiración y le hizo doblarse sobre sí mismo del intenso dolor—. Dime todo lo que sabes si no quieres que te despelleje. Sé que estáis confabulados contra mí y no he de parar hasta descubrir a todos los culpables.

—Yo solo me ocupo de la seguridad de vuestro senescal y él no acostumbra a ponerme al corriente de sus planes. Si ha creído conveniente abandonar este lugar sus razones tendrá. No soy quién para poner en tela de juicio sus decisiones.

—Se ha llevado las tropas que le tengo asignadas, privándome de la defensa exterior. De un día para otro han desaparecido. ¡Eso se llama traición! Mis instrucciones fueron muy precisas: le ordené descansar a él y a todos sus hombres hasta después de la boda y me ha desobedecido.

—No creo, señor, que esas tropas anden muy lejos. Seguramente el senescal no hace sino seguir una pista relevante que le ha de conducir hasta vuestros enemigos. ¿Acaso no le habéis conminado a que encuentre y prenda a los cabecillas de la rebelión, incluido ese espectro que se hace pasar por el hijo de vuestro hermano, en paz descanse?

Viendo que el rey le escuchaba sin oponer nada a lo que decía, Rodrigo continuó su discurso, siempre en voz baja y ronca.

—Decís además, señor, que algunos de mis hombres estaban en el castillo y que también han desaparecido. Por lo visto, eso de desaparecer se está convirtiendo en algo habitual; sin duda, un mago poderoso se encuentra aquí de incógnito. Deberíais revisar vuestra lista de convidados, majestad.

—Reconozco que tienes temple, lo reconozco, pero eso no te ha de librar de mi furia.

—Soberano y señor, ¿podrías decirme cuáles de mis hombres han desaparecido?

—¡Tú lo deberías saber! —respondió el rey, poseído de un enojo que crecía por momentos.

—Pues no, aunque os resulte extraño, no lo sé. Por eso os lo pregunto.

—Según me han informado, son el Hurón y un tal Felipe. Es como si se los hubiera tragado la tierra.

—Buenas piezas. Pues ellos seguramente sabrán más que yo. Hay que encontrarlos cuanto antes, porque seguramente tendrán instrucciones que darne de parte de mi señor. Dad con ellos y se aclarará este malentendido.

Hecho un basilisco, Jaime derribó a Cortés y lo pateó sin misericordia hasta casi dejarlo inconsciente; después abandonó la celda dando un portazo y ordenó al carcelero que no le diesen nada de comer ni de beber.

Mientras regresaba al salón del trono, el rey reflexionaba sobre su reciente interrogatorio. Estaba claro que aquel Artemio era mucho más listo de lo que aparentaba; y valiente por añadidura. Froilán había tenido buen ojo al fijarse en él... o puede que ya se conocieran de antes y todo hubiese sido una treta ideada por ambos para confundirle. Al mirarle a los ojos a la luz difusa de las antorchas, había sentido un escalofrío recorrerle la espina dorsal. Aquella mirada rabiosa que le bailaba en los ojos parecía querer taladrarle. Él ya había sufrido antes una mirada parecida, en otro tiempo y lugar que, por fortuna, había quedado atrás. No se dejaría engañar, y mucho menos iba a cejar en su empeño de hacerle hablar, aunque para ello tuviese que arrancarle la piel a tiras. ¡A ver si entonces era capaz de mantener la misma entereza y orgullo! Sin embargo, en una cosa sí tenía razón aquel hombre: debía encontrar a sus correligionarios: ellos aportarían los datos que faltaban para desentrañar el misterio.

Mientras, Rodrigo yacía doliente sobre las frías losas del suelo aturdido por la paliza recibida. Lejanos fantasmas acudían a su mente haciéndole revivir la historia de su vida, sobre todo la de los últimos años... Pero obcecarse en el pasado no iba a servirle de mucho en las adversas circunstancias en las que se encontraba. Haciendo un esfuerzo supremo en reponerse y dominar su voluntad, logró centrar el hilo de sus pensamientos en lo que ahora más importaba: no doblegar su espíritu, pasara lo que pasase, y tratar de confundir a su temible adversario.

Pasó revista a su reciente conversación con Jaime. En un determinado momento, este se le había quedado mirando fijamente a los ojos, con perplejidad y temor, acaso evocando una mirada que en un tiempo lejano le causara espanto. Por un segundo el antiguo senescal temió ser reconocido; sin embargo, el peligroso instante pasó de largo, dejando en el aire una estela de amenaza con sabor a sangre y olor a suplicio.

Aquel rey despótico y cruel buscaba que confesase una conjura, imaginada a la medida de sus propios temores y cimentada en su enfermiza desconfianza... aunque, todo hay que decirlo, no exenta de cierto grado de realidad, y vive Dios que, si no había más remedio, él estaba dispuesto a satisfacer sus deseos. Cualquier cosa menos

descubrir sus verdaderas intenciones.

¡Y pensar que había tenido ocasiones de matar al bastardo...! Pero sabía que ese atajo no era el que más convenía al príncipe heredero. Él y solo él debería ganar la última batalla, y a él habría de corresponder el derecho a vengar la muerte de sus padres y a restablecer la justicia en el reino.

Desde lo alto de la muralla, los conspiradores contemplaron la escena y vieron cómo su capitán era conducido por los soldados a las mazmorras. Ambos intercambiaron una mirada de mutua desconfianza y de entendimiento a la vez, presintiendo el riesgo que corrían si se quedaban allí.

—Alguien que no soy yo ha debido de informar al rey de nuestros planes, y he ahí el resultado. ¡Maldito soplón! —exclamó Felipe sumamente alterado y echando mano de su puñal.

—Cálmate, amigo, guarda esa arma. Si estás pensando en mí, como supongo, vas muy descaminado —respondió el Hurón a la acusación que se le hacía—. ¿No ves que no me he separado de ti ni un momento en los últimos dos días?

—Si no has sido tú, ¿quién entonces?

—¿Y yo qué sé? Pero no creo que sea este momento de pláticas. Más nos valdría pensar en ponernos a salvo si no queremos acabar apresados también. Es preciso que desaparezcamos, y pronto. Sé de un lugar en el que poder ocultarnos. ¡Sígueme!

Aprovechando los momentos de desconcierto que se habían producido, el Hurón condujo a su compañero hasta el pasadizo secreto que su jefe tan bien conocía, cerciorándose antes de que nadie les siguiera.

—¿Y qué haremos ahora? —se preguntó en voz alta Felipe.

—Seguiremos adelante con nuestros planes —contestó el Hurón sin inmutarse.

—Te veo demasiado tranquilo, dado el peligro en el que nos encontramos, y eso me choca bastante.

—¿Peligro? No comprendo a qué te refieres —dijo su compañero con cierta sorna—. Ya sabes que en esta profesión, como en cualquier otra, nuestro destino final es servir de merienda a esos amigos que reptan en las tumbas de los cementerios. Si eso es así y no se puede cambiar, ¿no te parece trivial el que eso suceda ahora o un poco más tarde?

—Ahora soy yo el que no te comprende. ¿A qué viene ese sermón de enterrador?

—Conozco gusanos que portaron corona de reyes, quiero decir, que reptaron por sus reales tripas, atrapando quizás esa sangre azul que les faltaba en su dulce y afanoso bullir.

—Pues de momento yo no quiero servir de pasto a los gusanos, por mucho que porten corona y hasta manto de armiño —objetó Felipe.

—Cuando se elige un trabajo como el nuestro, hay que estar preparado para todo... Pero mudemos de asunto. Debemos cumplir con nuestro propósito, como teníamos previsto. Es lo que querría Artemio.

—¿Estás loco? Si el rey está al tanto de nuestros planes, mañana nos estará esperando y acabaremos como nuestro capitán.

—Por eso te propongo que aguardemos aquí escondidos y lo hagamos esta misma noche. Así le sorprenderemos.

—De acuerdo, lo haremos.

Y ambos se sentaron a esperar, mientras el sol, incansable, hacía su recorrido matutino.

Nada más ser prendido Rodrigo, el rey mandó cerrar las puertas del castillo y capturar a sus compinches. Alguien aseguró haberlos visto caminar por el adarve; sin embargo, y por más que buscaron, no se logró dar con ellos. Todas las estancias fueron meticulosamente registradas una por una, mas todo fue en vano. Parecían haberse volatilizado en el aire.

El monarca, que nunca había creído en la magia, recordó las palabras de Artemio. Decepcionado por la inutilidad de sus hombres y sin tomarse siquiera un respiro para almorzar, se dirigió de nuevo a la celda del prisionero. Necesitaba descargar su ira sobre alguien de carne y hueso.

—Tus amigos han desaparecido. Esfumado —profirió Jaime contemplando al prisionero con siniestra mirada. El barón de Mieres le escuchaba sentado en el suelo y recostado sobre la pared—. Echaremos la culpa a ese mago del que hablas, pero conste que tú has de responder por ellos.

Al oír aquello, supo que Felipe y el Hurón habían logrado romper el cerco que se cernía sobre ellos, lo que le infundió ánimos para resistir.

—No me cabe duda de que sabes dónde se esconden tus hombres y por qué estaban aquí.

—Majestad, creo haberos contestado ya a vuestra última pregunta. Poco más puedo añadir, salvo que no os importe que invente una respuesta.

—Está bien. Veo que tu memoria flaquea, pero no te preocupes: conozco el remedio para que la recuperes.

El soberano se quitó la sobreveste, luego la cota de malla, y se arremangó parsimoniosamente las bocamangas de la camisola.

—¡Traedme un recipiente con brasas candentes y unas tenazas! —gritó al carcelero, y volviéndose a Rodrigo, continuó—: Te puedo asegurar que mis torturadores podrían hacer contigo una labor excepcional. La ejecutarían tan metódicamente, que serían capaces de mantenerte con vida incluso cuando ya dejases de ser tú mismo...

El carcelero volvió con lo que le habían solicitado, y rey empezó a remover las puntas de las tenazas entre las brasas ardientes mientras decía:

—Pero eso no me interesa. El tiempo apremia y yo no dispongo de él. A cambio de una existencia más breve, yo te prometo un apasionado suplicio que te transportará hasta la antesala del mismísimo infierno.

El día fue transcurriendo con extremada lentitud. La tensión creada por los sucesos de

la mañana fue como un viento helado que enfrió los ánimos de la concurrencia. La comida del mediodía, sin la presencia del futuro consorte, transcurrió en un silencio cortante tan solo interrumpido por el restallar de banderas y gallardetes ondeando al viento, y por la tarde la caza y los paseos a la orilla del río fueron sustituidos por un apresurado ir y venir de soldados escudriñando todos los rincones.

Ya muy avanzado el día el rey hizo su aparición. Se le vio cruzar el patio de armas con ademán enloquecido, la camisola sudada y salpicada de sangre, el gesto demudado y los ojos inflamados de una cólera sorda. No habló con nadie, y se fue directamente a tomar un baño, con la intención de librarse de aquel hedor penetrante e insoportable que, como una segunda piel, llevaba adherido a su cuerpo.

En la fría y húmeda mazmorra, convertida en celda de castigo por voluntad regia, Cortés yacía tendido sobre las losas de piedra formando una figura desmadejada e inmóvil. Horribles quemaduras y llagas laceraban su piel; las uñas, arrancadas una a una de sus dedos, sanguinolentas, estaban esparcidas a su alrededor, por no hablar de la sangre y del vómito, y también de la orina y las heces que lo cubrían.

El senescal del rey Eduardo aguantó con valor y pasmosa serenidad las provocaciones y amenazas a las que fue sometido. Decidió que la mejor estrategia era no responder a las ofensas ni tampoco a las preguntas, y enmudeció del todo, transformándose en esfinge de piedra, lo cual enfureció aún más a su verdugo.

Rodrigo se refugió del suplicio cerrando los ojos y concentrándose en las imágenes más hermosas que pudo rescatar de un tiempo pasado. Su memoria era un reducto desde el que resistir el intenso dolor que se le estaba causando. Un dolor insoportable, más allá de lo físico, que a cualquier otro le hubiera hecho derrumbarse y perder la razón, pero que él aguantó impasible, sin proferir un grito ni derramar una lágrima. Si perdió el conocimiento varias veces, vomitó o se hizo sus necesidades encima, fue algo involuntario, simples actos reflejos causados por una violencia excesiva sobre un cuerpo mortal.

Este rey bárbaro y cruel, o más bien demonio, no daba crédito a lo que estaba presenciando. Por más que se afanaba en hacer sufrir a su víctima no lograba una respuesta, ni tan siquiera arrancarle un lamento o un rictus de dolor. Aquel hombre solo cerraba los ojos y se aislaba de tal forma que parecía insensible a la tortura.

En cierto momento en que el prisionero miró de frente a su enemigo, y Jaime sintió derramarse sobre él aquella mirada ardiente, acusadora, a la que nada se podía ocultar, sucedió algo inaudito: de pronto se sintió inerme e indefenso, igual que cuando, siendo un muchacho, Rodrigo le amonestaba y reñía por alguna fechoría. «No puede ser —se dijo, mesándose el cabello y retrocediendo con pasos inseguros—. No puede ser», se repitió en voz baja. Las tenazas resbalaron de sus manos, y resonaron con un estruendo metálico al caer sobre el pavimento. Después de esto el rey salió corriendo de la celda, completamente trastornado.

Dados los hechos que habían tenido lugar, el enjambre de huéspedes se conformó con una cena ligera y se retiraron a descansar sin demandar los entretenimientos a los que el Caballero del Sur les tenía acostumbrados. «Quizás mañana el rey tenga otro estado de ánimo», se decían los invitados.

No habían dado aún las doce de la noche, cuando en los oscuros corredores resonaron los pasos apresurados de la condesa de Vistahermosa y su «séquito». Flanqueada por Elvira y el chambelán real, Catalina encabezaba la procesión que se dirigía a los aposentos de la princesa: al día siguiente cumplía el plazo dado por el rey para que el vestido de la novia estuviese terminado, y aún tenían que hacer la prueba definitiva. Tras ellos, y siguiéndola a duras penas, iban Francisco Amable, que llevaba enrollado bajo el brazo un grueso tapiz, a modo de lanza en ristre, y una escolta de seis soldados, en fila de a dos, cerrando el cortejo.

De repente, justo cuando los últimos escoltas iban a doblar el recodo final de la galería, dos sombras se abalanzaron sobre ellos y en menos tiempo del que se tarda en contarlos les facilitaron la entrada al Paraíso, después de lo cual se apresuraron a ocultar sus cuerpos tras unos pesados cortinajes.

La siguiente pareja de soldados se miraron sorprendidos al percibir un cierto revuelo detrás de ellos, y decidieron volver sobre sus pasos, topándose de frente con los que se habían retrasado.

—Lo siento, es que tropecé y me he caído al suelo —se disculpó sin levantar mucho la voz un soldado, prácticamente un calco del que acababa de despachar.

—Venga, daos prisa si no queréis que el chambelán real nos abronque.

Arreglado el asunto, los soldados apretaron el paso hasta alcanzar a la impetuosa comitiva, que ya llegaba a su destino.

Los guardianes apostados a la puerta de las habitaciones de la princesa les abrieron paso en cuanto les reconocieron.

—Dos de vosotros, seguidme —ordenó el chambelán a su escolta sin dirigirse a ninguno en particular.

Viendo la magnífica ocasión que se les presentaba, los fingidos soldados dieron un paso al frente y se lanzaron en pos del chambelán.

La princesa, que no se imaginaba una visita a esas horas tan intempestivas, saltó de la cama sobresaltada y un tanto aturdida.

—No os esperaba hasta mañana —acertó a decir Cecilia—. Perdonadme que os reciba en ropas de dormir, pero...

—Sois vos la que nos habréis de perdonar, señora mía, pero la ocasión nos lo demanda —dijo Catalina—. Dentro de unas horas os casaréis, vuestro traje y todo lo demás deberá estar dispuesto y no tenemos más remedio que realizar la última prueba.

—Y antes de que la princesa reaccionara y se opusiera a ello, dijo: —Don

Francisco, por favor, hacedme la venia de extender sobre el suelo ese magnífico tapiz que tan amablemente habéis transportado hasta aquí. Elvira, tú ayúdame a poner sobre él el ajuar que hemos confeccionado. Visto en conjunto, lucirá con mayor esplendor...

Los aludidos la obedecieron al momento. Estaban todos tan concentrados en la tarea, que nadie notó que a la princesa se le cerraban los párpados y se le caía la cabeza hacia delante, sin poderlo remediar.

—Está bien, así es como yo lo quería ver. Ahora, caballeros, os ruego que salgáis afuera y disfrutéis durante un rato de la enorme luna llena que corona esas altas paredes —ordenó la condesa—. Yo os avisaré cuando estemos listos. Don Francisco, vos no; vos os podéis quedar.

—¡Un momento! ¿Por qué este caballero se puede quedar y yo no? —opuso el chambelán manifestando su disconformidad.

—Porque este valeroso campeón, señor mío, además de caballero, es un artista de sensibilidad y gusto exquisitos y su opinión en este preciso momento me resulta impensable... quiero decir, irrefutable —respondió la condesa con un tono que no admitía réplica.

Así que el gentilhombre y los dos soldados salieron al pequeño jardín sin atreverse a rechistar. No en vano la condesa de Vistahermosa llevaba todo el día fustigando sin descanso, con el látigo de su lengua y la gracia de su verbo, a todos los que se afanaban en terminar el traje a tiempo.

Entonces Cecilia se sentó en la cama y dejó caer el torso hacia un lado.

—Princesa, ¡princesa! ¿Qué os sucede, niña mía? —le preguntó Catalina, arrodillándose ante ella y cogiéndole las manos entre las suyas.

A duras penas la joven logró despegar un poco los párpados, y con voz pastosa y arrastrando las palabras respondió:

—Ay, señora condesa, habéis llegado en mal momento. Hace ya un rato que tomé la medicina que me preparasteis, y creo que no habrá nada ni nadie que logre hacerme regresar al mundo de los vivos... ¡A fe mía que habéis bordado este trabajo!, os felicito.

—Pero si os dormís tan profundamente, ¿cómo vamos a probaros el traje?

—Mañana, mañana —respondió la princesa, dando un significativo bostezo.

—Pero, pero... mañana ya no tendremos tiempo de cambiar nada. ¿Y si hubiese algo que retocar? —exclamó la antigua molinera, sin soltarla de las manos.

—Vos, que no andáis mal de figura, probaos el vestido. Si se ciñe a vuestro contorno, con seguridad me valdrá a mí también. Y ahora, os lo suplico, por lo que más queráis, dejadme dormir... Un sopor irremediable, que es alivio de mis penas, nubla mis sentidos —dijo la joven apenas en un susurro, dejándose caer hacia atrás.

Por más que lo intentaron entre las dos mujeres, ya no hubo forma humana de despertarla a la durmiente.

—¡Ay, Virgencita de mi corazón! ¿Y ahora qué haremos? —dijo Catalina muy



preocupada.

—Hagamos lo que os ha dicho —aconsejó su doncella.

—¿Qué quieres decir?

—Que vos tendréis que ser el modelo sobre el que se probarán estas prendas, y así nos apañaremos —afirmó con pleno convencimiento Elvira.

Mientras esta metía a Cecilia en la cama y corría las cortinas del dosel, la condesa se acercó al espejo y se miró de un perfil y del otro. «¿Y por qué no? —pensó para sí, poniendo los brazos en jarras—. La princesa sabe lo que se dice, y si ella me pide que ocupe su lugar en la prueba, por algo será. No estoy yo acostumbrada a verme con tan buenos ojos, pero después de todo, la imagen que de mí veo reflejada no me disgusta. Con un poco de imaginación, hasta se diría que tengo regia apariencia».

—De acuerdo, Elvira. Ya sabemos que ella es más alta y delgada que yo, pero si el cuerpo de una servidora es el que ha elegido la infanta para tan delicada ocasión, no seré yo quien la defraude. Así que, ¡a ello! —dijo, desnudándose a continuación, sin importarle en absoluto que el Caballero del Sur estuviese presente.

—¡Qué blancos perniles!, ¡qué pechos!, ¡qué chuletas! —musitó para sí el pobre Francisco.

—¿Decíais algo, señor? Me ha parecido oíros rezar por lo bajo —exclamó un tanto recelosa Catalina.

—Decía que ¡qué blanquísimas carnes, qué firmeza de senos, qué rotundas caderas! En verdad sois la diosa de la belleza y del amor.

—Pues ya veis, señor, que mi marido ni siquiera lo aprecia.

—Si él no sabe valorar a una perla como vos, ¿qué ha de ser capaz de valorar entonces?

—Me temo que tan solo el dorado brillo del oro.

—Pues con maridos así en la Tierra, sin duda que tendréis el Paraíso ganado, porque es allí hacia donde os conduce vuestro recato y mansedumbre. ¡Qué desperdicio de mujer, válgame el Cielo!

—Para alegrar un poco el transcurrir de mis días, yo, señor Amable, estaría incluso dispuesta a pasar por el purgatorio, siempre y cuando ese... «tropiezo» pudiera darlo guiada de vuestra experta mano.

—Señora, donde y cuando vos me lo ordenéis, esta misma noche si es preciso, estaré dispuesto a desenvainar mi espada y atravesar con ella el tupido y oscuro bosque que conduce hacia la gruta encantada. Os aseguro que no habréis de encontrar caballero en todo el orbe capaz de presentar batalla con mayor empuje y ardor guerrero que yo, y por añadidura os prometo, que aun bajando al purgatorio, os haré sentir como si estuviésteis en el mismísimo cielo.

—Señor, si nos encontrásemos en lugar más propicio, a fe mía que os haría cabalgar sobre mi grupa y lo habríais de hacer a galope desbocado, sin importarme que se rompiesen las cinchas —dijo Catalina, entrecerrando los ojos y dejándose llevar por su arrebatada imaginación.

Elvira, que escuchaba con sonrojo creciente aquella intencionada conversación, tuvo que toser deliberadamente antes de que fuera a más y decir:

—Por favor, mi señora, no olvidéis lo que hemos venido a hacer aquí y vos, señor Amable, envainad vuestro estoque y dejad para mejor ocasión la justa que prometéis.

Y diciendo esto, cogió la saya de lino y se acercó a su señora.

—Levantad bien los brazos, a ver si consigo colocaros la prenda.

A duras penas consiguió que entrara la cabeza de la condesa —la cual era de tamaño algo mayor que el regular—, pero lo que ya resultó del todo imposible fue introducir sus gruesas muñecas y rechonchas manos en los puños del atavío. Por lo demás, la saya le quedaba demasiado estrecha en torso y cintura, y estando confeccionada para llegar hasta los tobillos, a ella le ocultaba los pies.

Tras de la saya le llegó el turno al brial. Su colocación precisó de una paciente labor a cuatro manos, Elvira por un lado y el Caballero del Sur por el otro. Ambos a la vez fueron tirando dificultosamente hacia abajo del vestido, comenzando por los fornidos hombros de la molinera. Sortear las montañas de la luna les hizo sudar de lo lindo, quedando estas tan apretadas, que parecían a punto de reventar, y no menos arduo fue sobrepasar las generosas caderas de la buena mujer. Después de media hora, lograron su objetivo. Embutido a presión y demasiado largo para la estatura de la dama, el brial formaba un círculo de ondas danzarinas alrededor de aquel gordo espantapájaros sin manos y sin cuello.

Absolutamente horrorizada por lo que veía, pero también animada por la actitud de su pequeño ayudante, que no dejaba de sonreír, Elvira indicó:

—Ahora solo nos falta colocarle la toca y la diadema, y también el cinturón y los botines.

Cuando la condesa estuvo ataviada ya del todo, quiso contemplarse en el espejo, con tan mala suerte que al intentar dar un paso cayó hacia delante como un saco de garbanzos, dándose de bruces contra el suelo.

—¡Señora, señora! ¿Os habéis hecho daño? —inquirió su doncella consternada yendo a socorrerla.

—No, no, solo ha sido un tropiezo. Con tanto vuelo del brial y estos botines minúsculos, en los que no me caben ni los dedos de los pies, es imposible moverse con soltura. Anda, ayudadme a levantarme y llegar hasta el espejo. —Y cuando llegó y se contempló—: ¡Dios bendito y misericordioso! —exclamó—. Espero que a la princesa le quede mejor que a mí. No ha sido una buena idea esto de probarme yo los atavíos. ¡Debí figurármelo!

—No os preocupéis. Desde luego, una cosa es segura: si las prendas no se han rasgado hasta ahora, ya no lo han de hacer y esa es una muestra de la resistencia y elasticidad de la urdimbre, a la par que de su belleza. Además, no os hacéis justicia. Viéndoos a vos, yo me hago una clara idea de cómo le quedará el vestido a la princesa, y no hay duda de que le ha de sentar de mil maravillas —dijo entusiasmado el Caballero del Sur.

—¿Habláis con sinceridad?

—¡Con el corazón en la mano! Al admiraros así, plantada en medio de la habitación entre bucles y arabescos de seda, parecéis una ondina surgiendo de entre las aguas, y a mí me place, ¡sí, señor! Y no diré sobre esto ni una palabra más.

—Oh, don Amable, sois un hombre extraordinario, capaz de elevar hasta el espíritu de un moribundo. No sabéis en cuánto aprecio vuestras cariñosas palabras. — Por casualidad, Catalina, que seguía plantada frente al espejo, miró lo que había detrás de su oronda figura, topándose con la cama de Cecilia—. Por cierto, ¿no está la princesa demasiado pálida? —preguntó la condesa—. Parece una estatua, de esas que adornan los mausoleos reales.

—Es cierto, mi señora —contestó don Francisco, y acercándose al lecho, apartó a un lado la cortina del dosel y puso una mano sobre la frente de la joven—: Está fría como el mármol.

—¡Ay, Dios mío! A ver si mi brebaje, además de ayudarle a dormir, le va a servir como viático al otro mundo —dijo Catalina, visiblemente afectada.

—No parece que respire —apuntó Elvira, que también se había acercado a la cama. La condesa quiso también aproximarse al lecho, por lo que se recogió todo el vuelo del vestido para no pisárselo.

—Señora, ¿podrías decirme qué contiene ese bebedizo que le habéis procurado? —preguntó el señor Amable.

—Pues... según me dijeron, beleño negro... creo.

—Sí, pero ¿en qué proporción?

—No tengo ni la más remota idea —chilló la mujer, cada vez más alterada.

—No deseo asustaros, pero tengo entendido que si este tipo de pócima no guarda el debido equilibrio, podría provocar la muerte. Espero, por vuestro bien, que no sea este el caso.

—No, desde luego —expresó con horror la ondina varada al borde del lecho—. Yo solo quería servirle de consuelo y aliviar sus penas...

—Vuestro buen corazón no os servirá de descargo si llega a suceder lo peor.

—¡Ay, ay, ay, que el Señor no lo quiera! Pero ¿cómo saber si la joven está en peligro?, ¿qué podemos hacer?

—Temo que, ante circunstancias como estas, solo quepa una solución: sacarla de aquí para que la reconozca alguien entendido y, si es necesario, administrarle un antídoto. Aún estamos a tiempo. Y antes de que finalice la noche, la traeremos de vuelta a su habitación.

—¡Eso es imposible! —exclamó Catalina, retorciéndose las manos y a punto de caer nuevamente, esta vez sobre la cama—. Los guardias y el señor chambelán nos lo impedirán.

—Haced lo que yo os diga, y veréis como todo se resuelve —propuso convencido, al menos en apariencia, el caballero.

Poco antes de que esto sucediera, ya más sereno pero aún hirviéndole la sangre por dentro, el rey había vuelto a la carga. Con pasos decididos cruzó el patio de armas y se internó en las mazmorras.

—Dadle agua a ese hombre —ordenó Jaime, contemplando al prisionero desde muy cerca.

Rodrigo rehusó beber y cerró los ojos, dejando caer la cabeza hacia delante, pero el rey le cogió de la barbilla obligándole a alzar el rostro.

—¡Abre los ojos y mírame! —exclamó iracundo el verdugo—. Tanto tiempo y tan cerca de mí... ¿cómo no he podido darme cuenta antes? ¡Sé quién eres, maldito! Un muerto resurgido de las cenizas, un fantasma del pasado que viene a atormentarme, para despojarme de lo que tanto esfuerzo me ha costado conseguir, pero ni todos tus desvelos ni tus maquinaciones te han de servir de nada, ¿me oyes? ¡De nada! Todo habrá sido en vano, porque esta vez me aseguraré de devolverte al lugar que te corresponde y del que ya nunca podrás regresar.

El barón de Mieres abrió un resquicio en sus ojos y emitió un gorgoteo quejumbroso, como si quisiese decir algo.

—¿Qué? No te entiendo. Habla más alto.

Rodrigo lo intentó, mas su estado era tan lamentable que apenas un murmullo salía de sus labios. El rey aproximó su oído todo cuanto pudo, ansioso de escuchar lo que su eterno enemigo tenía que decirle, y esto fue lo que le pareció oír:

—Tus horas están contadas. Un ángel exterminador te ha de arrancar el corazón y conducir hasta el infierno.

El monarca se separó un poco y le miró, temblando de cólera.

—Puede ser, pero antes te haré conocer lo que en verdad significa la palabra tormento —le contestó—. Y dime, ¿quién será ese ángel exterminador con el que me amenazas?

Mascullando de nuevo, el barón de Mieres le respondió:

—Lleva demasiado tiempo acechando entre las sombras, afilando a Briosa y esperando, tejiendo sus redes y condenando. La venganza a punto de llegar está; sangre a la sangre llama.

El monarca apretó puños y dientes con impotencia. Deseaba infligir a aquel hombre un sufrimiento a la altura del odio que le consumía. Él era el culpable de los agravios que hubo de sufrir en su juventud. Él el que predispuso a todos en contra suya, en especial a su propio hermano. Él el que le hizo sentirse un proscrito en su familia, que nunca supo apreciar sus muchos méritos y sí, sin embargo, destacar hasta sus faltas más insignificantes. Y no solo eso. También tuvo que sufrir al ver a su odioso hermano coronado, y contemplar con impotencia cómo se casaba con la mujer que a él estaba destinada, arrebatándole las dos cosas que más deseaba en el mundo.

Todo lo que se había visto obligado a hacer para restaurar el orden de su particular universo lo consideraba plenamente justificado. No había venido al mundo para aceptar resignado lo que otros tenían previsto para él, ni a conformarse con las

migajas del festín. Desde su más tierna infancia, un impulso salvaje había gobernado sus actos, siempre al servicio de sus deseos; no iba a consentir a estas alturas que nada ni nadie se interpusiese en su camino.

Hasta hace unos minutos había creído que sentiría gran complacencia triturando a su rival. Ahora, lo que sentía era más bien asco y hastío. Y una profunda sensación de fracaso. Porque después de un trabajo tan terrible y degradante, no había logrado desvelar ni uno solo de los interrogantes que desde hacía tiempo le carcomían por dentro. No había conseguido nada de lo que buscaba.

El chambelán, preso de una creciente inquietud, medía a grandes zancadas el reducido perímetro del jardín, mientras la claridad lunar teñía de argenta las hojas de hiedra y el vaivén de una suave brisa las hacía danzar a su alrededor en centelleante remolino.

—Esta mujer me saca de quicio, ¡y no digamos ese petulante e insolente bufón! —dijo el prócer sin alzar la voz y dirigiéndose a los soldados que le acompañaban.

Justo en ese momento un ligero rumor como de hojas y ramas quebradas se dejó sentir en lo alto del espeso follaje.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el chambelán con los nervios a flor de piel.

—Nada señor, solo son aves que anidan en la enramada —contestó Felipe—. ¿No oís el aleteo?

—Sí, es cierto —confirmó el compañero, mirando hacia arriba—. Por el ruido yo diría que son cuervos... Mirad, el suelo por aquí está cubierto de plumas.

Tranquilizado solo a medias, el chambelán reemprendió su incesante paseo.

—Voy a entrar. Llevan ahí demasiado tiempo, ¡y ya no aguanto más! —anunció el alto funcionario.

—Esperad, mi señor —terció el Hurón cortándole el paso—. El acicalamiento de una princesa requiere su tiempo, y vos no querréis contrariar a la condesa.

—¿Pero qué te has creído, majadero? Aparta de mi camino —exclamó el cortesano, no acostumbrado a que nadie osara contrariarle.

—Señor, con razón dicen de vos que sois los oídos y ojos del rey, pero precisamente por eso, ver a la princesa en su traje nupcial no conviene en absoluto; podría acarrear a nuestro señor una pésima fortuna —objetó el Hurón, manteniéndose firme en su posición.

—Si no te apartas ahora mismo, pasaré por encima de ti —dijo el chambelán, poseído de una rabia que crecía por momentos.

—Señor, si queréis que os deje el paso franco, antes deberéis decirme quién soy.

Y diciendo esto, se despojó del casco, dejando que la luz pálida de la luna cincelara de plata su rostro.

—Yo te conozco... ¡tú eres el Hurón! —profirió el caballero, mirándole con incredulidad.

—Acertasteis, mi señor; siento decirlo que no cumpliré lo prometido.

Y sin darle tiempo a reaccionar, le hundió su puñal en el costado. El hombre quedó tirado en el jardín, debatiéndose en un charco de sangre, mientras Felipe presenciaba la escena paralizado.

—Ahora que el camino está despejado, podremos trabajar con libertad —susurró el verdugo, limpiando la hoja de su daga en la capa del muerto—. Sumémonos a la

prueba del vestido de la novia.

Cuando la pareja desenvainó las espadas y entró en los aposentos de la princesa, se encontró con un panorama con el que no contaba. Un espantajo de mujer embutido, eso sí, en bella indumentaria, yacía tumbada boca arriba sobre el lecho, mientras que el Caballero del Sur y Elvira se afanaban en vestir a una joven que se mostraba completamente desmadejada, cual si fuese una muñeca de trapo.

—¿Qué demonios está sucediendo aquí? —exigió saber Felipe.

—La princesa ha sufrido un desmayo y no conseguimos que vuelva en sí —contestó don Francisco, con toda la flema de que fue capaz.

—Condesa, ¿qué hacéis de esa guisa tendida en la cama?

—¡Ay! Joven y apuesto soldado. Veréis, esta iba a ser la última prueba del vestido de novia, pero como la infanta consorte no se encontraba en... disposición de colaborar, ya lo veis, he tenido que ser yo la persona sobre la que hacer tal ensayo. Si me veis de esta suerte se debe a que apenas me puedo mover, atravesada como estoy dentro de este maravilloso traje, y menos aún caminar con estos zapatos diminutos.

—Entonces, ¿por qué estáis vistiendo a la princesa? Porque ella es la princesa, ¿no es así?

—Señor soldado, supongo que no querríais que la futura esposa del rey se quedase en cueros, tal como su madre la trajo al mundo —respondió Catalina.

—Pero cuando hemos entrado, la novia estaba en camisón, no en cueros —terció el Hurón desconfiado por naturaleza.

—Más decorosa está con mis prendas que con un simple camisón, ¿no os parece, belicoso guerrero? Porque esas son mis prendas, las cuales no le quedan nada mal, todo hay que decirlo... Y por cierto, ¿dónde está el señor chambelán?

—No os inquietéis. Ese sublime y excelso cortesano ha decidido hacer guardia eterna en el jardín para velar el sueño de los justos —manifestó el Hurón, blandiendo la espada en alto y dejando a las dos mujeres con los ojos como platos.

—¿Habéis asesinado al chambelán real? —inquirió Francisco sin dejarse intimidar por las palabras de aquellos hombres.

—Asomaos al jardín y comprobadlo vos mismo —le recomendaron.

Y así lo hizo el caballero del Sur, que quedó asombrado al ver aquel cuerpo inerte tendido sobre el frío suelo.

—Ahora haréis lo que os digamos, y sin rechistar. Vamos a sacar a la princesa de aquí y vos nos ayudaréis. Si por vuestra culpa somos descubiertos, seréis el primero en morir —reveló Felipe con autoridad—. En cuanto a vos, señoras mías, permaneceréis sin moveros y en completo silencio. Os va en ello la vida.

»Don Francisco, rasgad la sábana en tiras y atad con ellas a vuestras amigas; luego amordazadlas. Hacedlo a conciencia, porque de lo contrario el rey podría considerarlas cómplices de lo que está a punto de suceder.

—Os juro que no os causaremos problemas. Ahora bien, si lográis que la princesa vuelva en sí, solo os ruego que nos informéis de inmediato —y aseguró Catalina con

voz quebrada—: Le tenemos mucho más afecto del que pudierais imaginar.

—Me alegra oíros decir eso. Y ahora, señor Amable, terminad de vestirla y después cogedla por la cintura y echáosla al hombro. Supongo que podréis con ella.

—Por supuesto que podré. Transportarla será como llevar un ramo de lirios silvestres.

—Diremos que se trata de la condesa, que ha sufrido un vahído por la tensión de estos días y que la traeremos de vuelta en cuanto se reponga. Seré yo el que hable, ¿te parece bien? —interpeló Felipe dirigiéndose a su compinche.

—Desde luego —respondió su camarada—. Yo soy demasiado popular en el castillo; con solo escuchar mi voz, es muy posible que me reconozcan.

Cuando tuvieron todo listo, abrieron la puerta del aposento. Felipe salió el primero, a continuación el Caballero del Sur, portando sobre su hombro tan delicada gavilla, y cerrando la marcha, el Hurón.

—¡Abrid paso! La condesa de Vistahermosa ha sufrido un desfallecimiento —exclamó sin titubear el que iba en cabeza—. Necesita reponerse antes de continuar su labor. Enseguida regresaremos, espero.

—No es de extrañar. Mi augusta señora se ha visto sometida a una gran presión en los últimos días para cumplir el plazo dado por el rey, pero sin menoscabo de la perfección y excelencia en la confección de las prendas palatinas. La condesa rebosa finura y delicadeza, aunque ser tan perfeccionista la puede matar, y tal cosa ni yo ni su marido la podemos consentir. Y como su esposo no está presente, he de ser yo y solo yo quien, ciñéndola por la cintura, la ponga a salvo de sí misma —dijo de un tirón el Caballero del Sur.

Los guardias y soldados que estaban a la puerta se sonrieron entre sí, pues habían oído hablar del desparpajo y galantería de aquel hombrecillo para con aquella mujer.

—Señor, más bien deberíais decir que ciñéndola por las nalgas. Así doblada sobre vuestro hombro, la señora condesa parece un costillar de cerdo saliendo del matadero. ¿No sería mejor que la llevásemos entre varios? —ofreció el oficial al mando de la guardia, guiñando un ojo a sus hombres.

—¡Señor, me ofendéis con vuestras palabras! A esta preciosa dama nadie excepto yo debe ponerle la mano encima. ¡Y dejadme pasar, voto al diablo! El tiempo apremia y al señor chambelán se le estará acabando la paciencia.

—¿Necesitáis que os escolten algunos de mis hombres? —preguntó de nuevo el oficial.

—No es necesario.

No bien hubo la pequeña comitiva iniciado la marcha cuando un destacamento de soldados hizo su aparición justo enfrente y por la misma galería que ellos iban. Felipe y el Hurón, emparedados entre dos fuegos, no sabían muy bien qué hacer y acortaron el paso.

—¡Alto ahí! —ordenó el soldado que encabezaba la marcha, un individuo corpulento y macizo y con cara de pocos amigos.



—Por orden del chambelán real, llevamos a la condesa de Vistahermosa a la botica. Se ha desvanecido y necesita de atención. Es una emergencia. ¡Abrid paso! —exclamó Felipe con voz enérgica.

—El rey ha declarado toque de queda. Nadie puede deambular por aquí, de modo que todo el mundo se quede donde está. Hemos de hacer algunas comprobaciones —advirtió el fornido individuo, levantando aún más la voz.

—Un momento, a nosotros nadie nos ha informado de eso. ¿Qué es lo que ha sucedido? —interrogó el oficial al mando de la guardia.

—Corre el rumor de que fuerzas sediciosas quieren asaltar el castillo y secuestrar a la princesa —reveló el soldado del rey, que empezaba a mostrar cierta impaciencia.

—¿Y por qué no se ha dado la voz de alarma? —interrogó de nuevo el oficial.

—Órdenes del rey; prefiere obrar con discreción —aclaró el soldado, dejando traslucir un más que evidente nerviosismo—. Tenemos el mandato de relevaros y también de registrar los aposentos que custodiáis.

—Vais a necesitar algo más que palabras para convencerme de eso —respondió el oficial desenvainando su espada—. Nuestra misión es proteger y guardar esta entrada, y no va a venir ahora un simple soldado a decirme lo que tengo que hacer.

—Si no nos facilitáis el acceso por las buenas, tendrá que ser por las malas, y tened en cuenta que el rey no dejará sin castigo esta desobediencia —contestó el recio varón, quien, desprendiéndose del casco, dejó al descubierto una espesa y rojiza melena.

Mientras todo esto sucedía en los corredores, en el jardín, una sombra de silueta curvada se descolgó con la agilidad de un simio por la enramada, y sin pararse a mirar el cadáver, entró con paso vacilante en las habitaciones de la joven.

Mudo recorrió con atenta mirada la estancia, distinguiendo de inmediato a las mujeres que, sin posibilidad de moverse ni de articular palabra alguna, le observaban llenas de asombro si no de espanto. Pero, desesperado, vio que su paloma más preciada no estaba allí, por lo que se aproximó sigilosamente hasta el quicio de la puerta, que se encontraba entreabierta. Desde allí presenció parte de la discusión que estaba teniendo lugar entre los soldados; también se dio cuenta de que el Caballero del Sur llevaba cargada al hombro una inanimada figura con vestimenta y formas de mujer. Tal vez fuese ella.

El muchacho con cara de media luna llevaba varios días velando el sueño de la infanta o, para ser más precisos, haciendo guardia anidado en lo alto del muro. Tenía el presentimiento de que su ángel se hallaba en peligro y quería evitar que le sucediese alguna desgracia, pues se consideraba a sí mismo su mejor amigo y protector.

Él había sido quien le había traído el brebaje para dormir. Él la quería como nunca había querido a nadie, con un sentimiento de entrega que no tenía límites. En

lo más profundo de su corazón se había hecho la firme promesa de intentar liberarla y ponerla a salvo, y quizás consideraba llegado el momento de hacerlo. No sabía muy bien lo que estaba sucediendo allí, a la puerta de la estancia, pero, paciente como solo él sabía serlo, esperó su oportunidad.

El corpulento pelirrojo avanzó unos pasos hasta ponerse a la altura del Caballero del Sur y, sin previo aviso, levantó la cabeza de la supuesta condesa para echarle un vistazo.

—¡Qué intensa palidez! ¡Qué mejillas más heladas! Más que un boticario, lo que necesita esta señora es un médico. Señor, si no tenéis inconveniente, os libraré de este peso —dijo el soldado mirando fijamente a don Francisco, que se había quedado perplejo al ver quién era.

—¡Un momento! ¿Acaso habéis perdido ya el interés en acceder a las habitaciones? —tronó el oficial, que no entendía lo que estaba pasando.

—Haced vos vuestro trabajo, sea este cual sea, pero dejad que nosotros hagamos el nuestro —exclamó Felipe dándole un empujón al del cabello de fuego.

Y de repente se entabló una lucha feroz entre los dos. Espoleados por el ímpetu de su jefe, los soldados del rey se lanzaron sobre la guardia del chambelán, mientras que el Hurón trataba de proteger las espaldas al Caballero del Sur. Por lo visto, el empeño de unos y otros era ahora conservar la posesión de la supuesta condesa. En un instante la lucha se convirtió en un revoltijo de piernas y brazos, y el entorchocar de espadas, los gritos y las imprecaciones resonaron con fuerza en la galería, quebrando el silencio nocturno.

Ni el lugar ni la iluminación eran los más propicios para la refriega, por lo que llegó un momento en que fue imposible distinguir amigos de enemigos. Aunque al principio las fuerzas estaban bastante igualadas, la energía de aquel vigoroso titán pelirrojo comenzó a inclinar la balanza a su favor. Enseguida desarmó a Felipe, dejándolo fuera de combate, y luego le tocó el turno al Hurón, que se defendió como pudo de los tremendos mandobles que le dirigía desde todos los ángulos.

Justo cuando el Hurón estaba a punto de claudicar, sin saber cómo, los hachones anclados a la pared se apagaron, quedando todo sumido en la oscuridad. Aquel hombre, especialista en el arte de desaparecer, aprovechó la ocasión y, amenazando con su puñal al Caballero del Sur, le hizo caminar con su carga a cuestas a lo largo de la galería, consiguiendo alejarse del fragor de la lucha. Contento de su suerte y escoltando a sus cautivos, se dirigió hacia el pasadizo escondido que conducía al exterior de la fortaleza.

A esas horas de la noche, en las mazmorras, Jaime todavía se afanaba en torturar a su rival, el cual presentaba un aspecto lamentable, el de un auténtico eccehomo. Había

renunciado a hacerle hablar y ahora, sujetando un hierro ardiente, se disponía a abrasarle los ojos.

La puerta de la mazmorra se abrió súbitamente y apareció el carcelero:

—Mi señor, han dado la voz de alarma. Dicen que se está produciendo una refriega cerca de los aposentos de la princesa —informó con inquietud.

—Está bien. Voy enseguida —dijo el rey quien, a muy a su pesar, tuvo que posponer su repugnante ocupación.

Rápidamente, reunió a un numeroso grupo de guardias y soldados e, iluminando el camino con antorchas, acudieron al lugar donde se estaba librando el combate.

Al ser anunciada la presencia del soberano, los guardianes del chambelán inmediatamente dejaron de luchar; no así los desconocidos, que cambiando de enemigos se enfrentaron a los recién llegados.

Solo para someter al fornido pelirrojo se necesitaron más de media docena de hombres, pero finalmente lograron arrinconarlo, con el cuerpo cubierto de sangre y el cabello rojizo llameando a la luz de las antorchas. Apaciguada la contienda, el soberano entró en la habitación de Cecilia, donde encontró a la condesa de Vistahermosa y su doncella maniatadas, así como el cadáver de su hombre de confianza. Ni rastro de su prometida. Más pálido que el propio chambelán y con cara de consternación, se acercó a la antigua molinera y la liberó de la mordaza.

—¿Dónde está la princesa? —le preguntó con un tono tan cortante como el filo de una navaja.

—No lo sé, mi señor. Esos soldados se la llevaron.

El augusto monarca, desesperado, se mesó los cabellos y las premonitorias palabras de Rodrigo acudieron de pronto a su mente. Un profundo temor rayano en el pánico hizo presa en su ánimo.

Ya a punto de salir del castillo, el Hurón dirigió la punta de su acero hacia el Caballero del Sur y le ordenó:

—Bien, ahora suelta a la princesa y tómate un descanso.

Don Francisco así lo hizo. Se estaba agachando para depositarla en el suelo cuando, sin previo aviso, el Hurón le golpeó en la cabeza con el pomo de la espada, dejándole inconsciente. A continuación, se echó a la doncella al hombro y bajando en silencio hasta el río, lo cruzó y se perdió en la noche.

Caminó por terreno conocido hasta el lugar que les había señalado su capitán, que no era otro que el refugio de cazadores, y allí entró, dispuesto a esperar lo que hiciese falta, al menos hasta que la muchacha se despertase, porque en algún momento tendría que hacerlo —tenía la impresión de que había tomado algo para dormir—.

Le tomó el pulso: era un poco lento, aunque acompasado y regular. Luego le puso la mano sobre la frente y no percibió nada preocupante, salvo cierta destemplanza y una temperatura algo más baja de lo normal.

De repente, la puerta de la cabaña se abrió y en el vano se recortó una figura monstruosa, o eso le pareció, que con un salto prodigioso se lanzó sobre él levantándolo en vilo. El Hurón luchó con todas sus fuerzas, pataleó y cabeceó, pero le tenían agarrado por detrás en un abrazo mortal que apenas le dejaba respirar.

—¿Quién eres? ¿Qué tienes contra mí? ¡Suéltame, me estás ahogando! —logró gemir el mercenario con un hilo de voz.

Pero la única respuesta que obtuvo fue el sonido del viento colándose por la puerta. No tenía escapatoria. Boqueó un par de veces, como pez fuera del agua, y perdió la conciencia.

Al sentir aflojarse los músculos de su presa y ver cómo la cabeza le caía hacia delante, Mudo supo que había vencido. Sintiendo una alegría desbordante en el corazón, soltó al Hurón y alzando a la princesa en vilo como si de una pluma se tratase, abandonó el refugio, mostrándose a la luz de las estrellas el inconfundible balanceo de su cuerpo al caminar.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Jaime consiguió mantener la calma. Sabía que perder los nervios y dejarse arrastrar por la frustración no era la mejor manera de alcanzar sus propósitos.

Ordenó a sus hombres que identificaran a todos los que habían participado en la contienda y, mientras tanto, él mismo se encargó de liberar a las señoras de sus ataduras. Después, tratando de adoptar un tono más comedido y paciente, procedió a interrogar a Catalina.

—Decidme, señora, ¿a qué soldados os referíais antes? —le preguntó.

—A los que acompañaban al señor chambelán.

—¿Acaso los conocíais?

—No, no los habíamos visto nunca —respondió la condesa de Vistahermosa hablando por las dos.

—Cuéntamelo todo desde el principio.

Catalina, viendo el rostro desencajado del rey y temerosa de cómo este pudiera reaccionar, se dispuso a narrarle con palabras entrecortadas su versión de los hechos.

—Señor, todo ocurrió muy deprisa. Ellos entraron aquí y nos amenazaron de muerte. ¿Qué podíamos hacer nosotras a merced de esos salvajes?

—¿Y ese bravío Caballero del Sur que, según tengo entendido, ronronea a vuestro alrededor, no hizo nada en vuestro auxilio?

—Lo intentó, os lo juro, pero estaba desarmado y sin posibilidad material de oponer resistencia.

—Y supongo que mi prometida se mostró gustosa de colaborar con sus captores.

—Perdonadme, señor, pero esa es una idea descabezada... quiero decir, desenfadada. Veréis, vuestra futura esposa llevaba al parecer varios días sin poder conciliar el sueño, y con la tensión del momento sufrió... un violento desmayo, que esos asesinos aprovecharon para zurcir su plan. —No se le ocurrió nada mejor. No creía conveniente contarle lo del bebedizo para dormir, ni tampoco venía al caso la breve aparición del jardinero real—. A mí me hicieron ponerme el vestido de novia que traíamos, y a ella el que yo llevaba, cofia incluida. Después obligaron a don Francisco a cargarla sobre el hombro y los tres salieron por esa puerta.

Elvira miraba de hito en hito a su señora, pero no se atrevió a contradecirla.

—Está bien. Ahora tengo otros asuntos que resolver; ya nos veremos más tarde —dijo el rey con cara de pocos amigos.

—Rey soberano, ¿por qué no dejáis que mi doncella me traiga otro embalaje más acorde con mi continente y figura? Si sigo un minuto más entre estas estrechuras, reventaré sin remedio y en lugar de boda tendréis que celebrar un entierro.

—De acuerdo, de acuerdo. Trae a tu señora las ropas que necesite y date prisa —

indicó Jaime a Elvira.

Entre los apresados se encontraba Felipe, que había sido herido en el costado. En cuanto supieron quién era, lo condujeron sin ningún tipo de miramiento a las celdas de castigo. Lo mismo sucedió con el gigante de la cabellera de fuego, aunque en su caso nadie pudo reconocerle.

Fue el oficial que guardaba la entrada quien, herido en un brazo y tambaleándose, contestó a las preguntas del rey.

—Tenías el encargo de guardar esta puerta, incluso con tu propia vida si fuera preciso. ¿Así es como cumples mis órdenes? —bramó el rey, asiéndole del cabello y obligándole a arrodillarse ante él—. Me vas a explicar lo que aquí ha sucedido. ¡Quiero saberlo todo!

El oficial, humillado ante sus hombres y con el firme temor de perder la cabeza, se explicó lo mejor que pudo.

—Pero si el Caballero del Sur sabía que portaba a mi prometida, ¿por qué pretendió engañaros justificando el desmayo de la condesa? —preguntó el monarca, sin entender aquel punto.

—Seguramente se vio forzado a hacerlo, majestad —manifestó el oficial.

—¿Quién apagó los hachones de la pared?

—No lo sé. Quizá los apagamos sin querer en el ardor del combate, o es posible que se apagaran ellos solos. Desde luego, nosotros no vimos que nadie lo hiciera. Mis hombres así os lo podrán ratificar.

—Supongo que el otro hombre que acompañaba a Felipe era ese al que todos llamáis el Hurón.

—Señor, apenas pudimos verle la cara. Lo único cierto es que aquel hombre y el Caballero del Sur con su carga al hombro se esfumaron sin dejar rastro cuando se apagaron las candelas.

En ese momento llegó un soldado, anunciando que habían encontrado los cuerpos sin vida de los dos escoltas del chambelán, lo cual aclaraba, al menos en parte, el medio utilizado por los traidores para suplantarles.

—Está claro que tanto los dos renegados como ese grupo de conspiradores tenían todos la misma intención —aseguró convencido Jaime.

—¿A qué intención os referís, mi señor? —inquirió el oficial que, viéndose ya ante el verdugo, no era capaz de penetrar en lo que se le decía.

—Indudablemente, la de apresar a mi futura consorte —contestó el soberano—. Lo que no alcanzo a comprender es ¿con qué finalidad? Seguramente tenían motivaciones distintas...

—Ahora que recuerdo, señor —dijo el oficial—. El fornido pelirrojo mencionó que corría el rumor de que fuerzas rebeldes planeaban irrumpir en el castillo y capturar a la princesa; quizá eso es precisamente lo que ha sucedido.

—Desde luego, no me cabe duda de que eran rebeldes. Pero, ¿alguien tiene idea de cómo han logrado llegar hasta aquí? ¿Por dónde han entrado? ¿Cómo no han sido descubiertos antes?

El oficial tragó saliva e intentó salir del paso.

—Tal vez hayan entrado por el mismo lugar por el que pueden haberse llevado a la princesa...

—Mmmm... Es posible, muy pronto lo sabremos. En cuanto mantenga un cordial encuentro con los dos prisioneros, aclararemos todo este asunto —y a continuación, le ordenó—: Quiero que se redoble la vigilancia interior y que se patrulle sin descanso por los alrededores del castillo. Vamos, levántate y ve a transmitir mis órdenes. Y que me comuniquen cualquier incidencia de inmediato.

Dicho esto, se dirigió de nuevo a las mazmorras. Por lo visto, el trabajo se le acumulaba y no podía permitirse el lujo de perder un instante. ¡Tenían que encontrar a Cecilia!

Empezó por Felipe. Tras casi una hora de suplicios y amenazas, el joven finalmente se derrumbó, o eso parecía, y se decidió a hablar. Su compañero había tenido tiempo suficiente de huir y ponerse a salvo, por lo que consideró que no perjudicaría el éxito de la operación informando al rey y sí interrumpiría, al menos temporalmente, el tormento al que estaba siendo sometido.

De esta manera, se descubrió la existencia del paso secreto que conducía al exterior de la muralla, y también el propósito de esconder a la princesa en una cabaña situada en lo más profundo del bosque. En cuanto al motivo de aquella conspiración, el rey quedó sorprendido al escuchar las explicaciones de aquel desgraciado. Por lo visto, todo se había urdido para sacarle del estado de pasividad en el que se encontraba frente al enemigo, el cual se hacía más poderoso y temible cada día que pasaba. También se enteró de que su lugarteniente había partido, no sabía dónde, para prender a todos los cabecillas de la rebelión, incluido el que se hacía pasar por su sobrino.

El soberano se dio por satisfecho con esa información —tampoco tenía tiempo para más— y dio orden de que una compañía de soldados, guiada por el mismo Felipe, inspeccionase de inmediato el pasaje secreto y se dirigiese al refugio del bosque. Debían capturar al otro conspirador con vida y recobrar a la futura madre de sus hijos.

Luego, llevado de una corazonada, fue a la celda de Rodrigo y allí, frente a él, hizo sujetar con cepo y argollas al corpulento pelirrojo. Al contemplarlo de cerca, se dio cuenta de que era mucho más joven de lo que aparentaba.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó sin dejar de mirarle.

—Escuché que se dirigían a vos con el título de rey —dijo el cautivo, que le sostenía la mirada, con orgullo y sin temor.

—¿Quién eres y cómo te llamas?

—¿Para qué negarlo? Soy un combatiente. La pequeña gota de agua que precede

a la tempestad. En cuanto a mi nombre, nunca lo he sabido, pero los que me conocen me llaman Sanguinario, y también Vengador —contestó el prisionero, como inspirándose en lo que veía a su alrededor.

—¿Dónde has aprendido a luchar así?

—En vuestras filas, por supuesto, y siempre fijándome en vos... aunque hace ya tiempo que he encontrado un nuevo señor. Él me ofrece mejores perspectivas y más duraderas.

—¿Cómo habéis logrado entrar en el castillo?

—¿Acaso se le pueden poner puertas al campo? Ni siquiera un todopoderoso como vos lograría ese portento. Pero bromas aparte, os diré que si tuviésemos alas, habríamos entrado volando, pero como no es ese el caso, lo hemos hecho por donde hemos podido —respondió con insolencia.

Jaime decidió ignorarla por el momento y siguió preguntando:

—¿Qué es lo que pretendíais?

—No deseábamos, bajo ningún concepto, perdernos esa magnífica boda real que se avecina. Contábamos con que nos enviaríais las invitaciones, pero como no terminaban de llegar, nos hemos invitado nosotros mismos. ¿Tenéis algún inconveniente en ello, mi señor?

—Desde luego que no. ¿Cómo iba yo a negar tal cosa a alguien de mi parentela? Tan irónico, tan burlón... Tienes a quién parecerte, aunque no sé si esto se debe a tu falta de cerebro o a que estás tan loco como él. Pronto lo comprobaremos.

Ante estas palabras, el cautivo sufrió un estremecimiento y quedó paralizado.

—Y ahora dime: ¿conoces a ese hombre?... bueno, ¿o lo que queda de él? —dijo Jaime, echándose a un lado y señalando al despojo humano que, aovillado, se hallaba tendido a sus pies.

El rey vio que el joven parpadeaba y que un sudor frío le inundaba la frente.

—Míralo bien. ¿Lo reconoces, verdad? —insistió, levantándole a Rodrigo la cabeza—. Te has quedado sin palabras, ¿eh?... Está bien, yo te diré quién es. Se trata de un hombre casi con tantos rostros como nombres, quintaesencia del disimulo, maestro del disfraz y la ocultación. Mi más odiado enemigo y si no me equivoco, tu padrino y valedor. ¿No es así, querido sobrino?

El joven prisionero cerró los ojos, abatió los brazos y cayó de rodillas.

—Ya sabía de tus hazañas en la Villa del Quemado, y ahora la forma de luchar y tus gestos te han delatado. Insensato... ¡Ponte de pie y mírame! Has venido hasta mí siguiendo la estela de tu mentor y sin quererlo te has metido en la boca del lobo. ¿Qué voy a hacer contigo, príncipe Leonardo? —exclamó carcajeándose con profundo regocijo—. Para saborear mi glorioso triunfo tan solo me resta encontrar a Cecilia y hacerla mi esposa, y lo haré antes de que termine el día...

—¡Maldito bastardo!, ¡ave de mal agüero!, ¡vil gusano asqueroso! —gritó el recluso incorporándose de repente y dando un tirón de las cadenas tan fuerte que a punto estuvieron de desprenderse de sus anclajes—. Profetizaré tu futuro: nunca



tendrás a Cecilia, perderás cabeza y corona y te pudrirás en el infierno. —Y le escupió a la cara.

Jaime se limpió con el reverso de la mano antes de decir:

—Pues yo he de profetizar el tuyo: pagarás con sangre y dolor todas y cada una de las palabras que has pronunciado, y prometo que muy pronto podrás reunirte con tus padres. Tranquilo, sobrino, no hace falta que me lo agradezcas. ¡Ni agua, ni comida para estos dos! —ordenó al carcelero—. Y ahora cierra la puerta y que nadie entre aquí.

El monarca salió de la celda y la puerta se cerró con estrépito tras él, quedando sumida en una oscura penumbra.

—¡Maestro, señor, decidme algo, os lo suplico! —le susurró el joven prisionero, apenas se hubo cerrado el portón—. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué os han hecho?

El viejo senescal se rebulló sobre el frío suelo. Había sufrido un auténtico calvario y se sentía tan lacerado y maltrecho que apenas se podía mover, y en su mente no había espacio para otra cosa que no fuera el dolor. Sabía que alguien le hablaba, mas no lograba captar el sentido.

—¡Maldita sea! Tan solo nos separan dos pasos y no puedo auxiliáros.

Rodrigo, haciendo un esfuerzo supremo, se giró un poco, lo suficiente para encarar la voz que le llegaba desde tan cerca.

—Señor, ¡señor!, ¿podéis oírme?

—Sí, pero habla más alto —respondió con extrema debilidad.

—Soy Gregorio.

—¿Gregorio? ¿De veras eres tú? —Cortés tenía los ojos tan tumefactos que no podía enfocar su cara, pero reconocía su voz—. Querido muchacho, ¿qué estás haciendo aquí?

—Hemos fracasado en nuestra misión. Debí cumplir vuestras órdenes y no precipitarme. Lo siento.

—No te culpes y cuéntame lo que ha sucedido —le reclamó en un hilo de voz.

—Esperamos en el refugio de cazadores, tal como habíamos acordado, pero ayer al atardecer nos llegó la noticia de que os habían apresado. Pensamos que todo estaba perdido y que vuestros dos hombres no lograrían liberar a la princesa ellos solos, así que decidimos actuar por nuestra cuenta...

Cuando Gregorio completó el relato de lo sucedido en las últimas horas, el barón de Mieres preguntó:

—¿Y Cecilia?, ¿qué ha sido de ella?

—La última vez que la vi la llevaba a cuestras Juan Bradley. Entonces se inició la refriega y se apagaron las luces, y luego de eso ya no la vimos más: ni a ella, ni a Juan, ni al otro soldado que los escoltaba. Pero por lo que ha dicho el rey, debieron de escapar, porque él también la está buscando.

—Esos soldados que iban con Juan eran mis hombres precisamente, y temo que con tu intervención hayas desbaratado sus planes, los cuales, por lo que cuentas,

parecían estar desarrollándose bastante bien.

—Si hubiese sido más paciente... es lo que siempre me decía mi padre: ¡no te precipites! Por mi culpa nos vemos así...

—No le des más vueltas. Juventud e impaciencia suelen ir juntas de la mano, y recriminándote no vas a conseguir nada. De modo que cambia de actitud y prepárate para lo que haya de venir.

—No creo que me resulte fácil seguir vuestro consejo, pero lo intentaré. Una cosa más, maestro: el rey me ha confundido con mi hermano y yo le he seguido la corriente. No sé si he hecho bien...

—Todo lo que sea añadir confusión a esa mente perversa nos favorece. Haces lo correcto al advertírmelo: tal vez podamos sacarle partido.

El propio interés de la conversación había logrado milagrosamente que, dentro de la gravedad de sus heridas, el antiguo senescal se sintiese un poco mejor.

—Y lo demás, ¿cómo va?

—Creo que bien. Leonardo espera al enemigo donde ya sabéis.

—Entonces nada está perdido. Muy pronto tu hermano estará aquí y se librará la última batalla. Ahora tienes que aguantar, como yo he hecho hasta ahora. Nos asiste la razón y la justicia y Dios está de nuestra parte; con su ayuda, pronto se escribirá una página decisiva en la historia de este reino.

Mientras esto sucedía en las mazmorras, los soldados del rey, guiados por Felipe, se introdujeron en el pasaje secreto, donde encontraron al Caballero del Sur con una buena brecha en la cabeza y un tanto aturdido y desorientado. Esto no amilanó al pequeño león, quien, por el contrario, se negó a ser auxiliado y se empeñó en acompañar a la partida en su misión, cosa que logró sin necesidad de insistir mucho.

Atravesaron el río en tropel y, alumbrándose con antorchas, recorrieron el camino que llevaba hasta el refugio de cazadores. Era un espectáculo ver al Caballero del Sur andar tan raudo y ligero con aquellas piernas tan cortas. Acostumbrado como estaba a conducir su rebaño de ovejas, se le hacía muy cuesta arriba eso de ser conducido por otros como si fuese un carnero.

Cuando llegaron a la cabaña, el lugar se hallaba a oscuras y en calma. La puerta estaba abierta, pero no había nadie en su interior; tan solo una cofia blanca destacaba sobre el suelo.

—Conozco este tocado —dijo Francisco Amable, recuperando la cofia y examinándola con atención: es de la condesa de Vistahermosa y la princesa lo llevaba puesto. No deben andar muy lejos.

—Despleguémonos en torno a la cabaña. Cuando hallemos el rastro, lo seguiremos —ordenó el jefe de la cuadrilla—. Si no encontramos a la prometida del rey antes de que termine el día, nos arriesgamos a perder la cabeza.

Con tan convincentes razones, no tardaron en encontrar huellas, un tumulto de

huellas que confluían en aquel lugar, pero procedentes de diversos puntos. No, no era ese el rastro que les convenía seguir. Tenían que encontrar unas que se alejaran de allí, y no iba a resultar tan sencillo como pensaban.

Transcurrida más de una hora, por fin identificaron unas pisadas que parecían ser las que buscaban.

—Mirad estas marcas en el suelo: corresponden a las de unos pies descalzos, ¡y son enormes! Parecen de un gigante.

—Las huellas son profundas e irregulares. Así que, o bien ese gigante camina renqueando, o bien transporta sobre sus hombros a alguien —dijo uno de los rastreadores.

—O puede que las dos cosas al mismo tiempo —pronunció el jefe.

—Yo creo que pertenecen al Hurón. Tiene unos pies demasiado grandes para su estatura y acostumbra a andar a menudo sin botas; quizás se haya descalzado para despistarnos —opinó otro rastreador.

—Está bien, no perdamos más tiempo. Esta es la mejor pista que por ahora tenemos, de modo que sigámosla de inmediato —resolvió el cabecilla iniciando la marcha.

Felipe caminaba emparedado en la mitad de la formación, aunque el hecho de ir herido hizo que nadie considerase necesario atarle las manos.

El Caballero del Sur intentó acercarse a él. No le parecía que aquel joven tuviese malas intenciones respecto a la princesa; en cambio, ese que llamaban Hurón... Había algo perverso en su mirada que le hacía sentir escalofríos. Seguro que había sido él quien había asesinado al chambelán. Estaba claro que querían sacar de allí a la doncella, pero ¿con qué propósito? ¿Y qué hacía Gregorio con aquellos hombres dentro del castillo? ¿Tratar de liberar a Cecilia? ¿Y si unos y otros buscasen lo mismo? No era descabellada esa idea. En cualquier caso, ¿para quién trabajaban aquellos dos soldados? Él los había visto antes; formaban parte de la guardia personal de Froilán, al mando de Rodrigo. Si él había ideado todo aquello, entonces mucho se temía que había existido un malentendido o, cuando menos, una falta de coordinación. Tal vez la detención del antiguo senescal hubiese precipitado las cosas.

Todo esto y mucho más discurría la mente del pastor, el cual estaba dispuesto a aclarar lo sucedido. De momento trataría de hablar con el prisionero, entre otras cosas para averiguar qué le había ocurrido a Gregorio y también para corroborar su línea de pensamiento. Si, como creía, aquel joven fuese un aliado, trataría de ayudarle; puede que entre los dos lograsen impedir que capturasen a Cecilia de nuevo.

Pero ¿qué había sido del Hurón? Aquel hombre, considerado por todos como una alimaña rastrea y diestro en sobrevivir en el peor de los escenarios, había sido una vez más agraciado por la fortuna: la cota de mallas le había salvado la vida, pues de lo contrario, el abrazo del Mudo habría bastado para triturarle las costillas.

Tras volver en sí, se quedó aún un buen rato en el suelo tratando de recuperarse, y reflexionando sobre lo que había sucedido. No había duda de que aquella bestia los estaba esperando, posiblemente enviado por su propio capitán; alguien de la resistencia quizás. Era evidente que aquel hombre portentoso no se fiaba de ellos y que los había utilizado para sus propios fines. En realidad no le pillaba de sorpresa; lo que sí le confundía y ofuscaba era el hecho de que hubieran querido matarle. Eso no lo merecía después de tan valioso y comprometido servicio.

Otra incógnita por despejar que bullía en su mente era aquel pelirrojo. Había intentado arrebatárles a la princesa, y no había vacilado a la hora de enfrentarse con las tropas del rey. Mostraba bastante temeridad en su planteamiento, pero la fuerza y el arrojo con que luchaba eran dignos de alabanza. ¿Cómo habría acabado la contienda? ¿Qué le habría sucedido a su compañero?

Estando en estas consideraciones, un tenue resplandor se reflejó en el marco de la entrada y corrió a ver qué o quién lo producía.

Luces parpadeantes se acercaban con rapidez.

El Hurón recurrió a la maniobra que tan buen resultado le había dado en otras ocasiones. No había tiempo para más. Allí, petrificado entre las hojas de hiedra y confiando en no ser descubierto, esperó a que pasara el peligro.

Eran soldados del rey, buscándole a él sin duda, y les acompañaban Felipe y el Caballero del Sur. Se alegró sinceramente de verlos y saber que se encontraban bien, aunque le pareció que su camarada iba herido.

Transcurrida una eternidad, aquella tropa de lebreles pareció encontrar al fin el rastro que buscaba y desapareció entre la arboleda. El Hurón se desgajó del verde ramaje y decidió seguir a aquella chusma. Tal vez así tendría alguna posibilidad de ayudar a escapar a su compinche y de recuperar a la princesa.

No. Mudo, por desgracia para él, no había nacido con la capacidad de hablar, ni atesoraba, visto su modo de deslizarse sobre el suelo, un andar airoso y gentil, aunque la Providencia, quizá para hacerse perdonar tales agravios, le había otorgado una vista y un oído extraordinarios. Y aquella noche, esos sentidos le estaban resultando especialmente provechosos. Tampoco suponía para él un gran impedimento atravesar ese bosque interminable, considerado por muchos lleno de peligros y amenazas puesto que, rodeado de la espesa vegetación, se encontraba como pez en el agua.

Mudo, prisionero dentro de aquel cuerpo deforme y con una existencia atormentada, se sentía liberado en ciertas ocasiones. Las lejanas montañas bañadas por la luz dorada del atardecer; el arrullo de los manantiales, con sus aguas cristalinas en perpetua huida; las hojas de los árboles centenarios tremolando al viento... Esta maravilla melodiosa y cambiante como el devenir de los tiempos le tocaban el alma, y entonces se producía el milagro.

Era como si aquel espíritu sencillo y bondadoso se diluyera y, convertido en suave brisa, fuese capaz de remontarse a las alturas, acompañando a las águilas reales en su majestuoso vuelo y hasta rozando con sus dedos al astro rey. En momentos así, el buen jardinero no añoraba la necesidad de hablar, puesto que se hallaba en comunión con el universo infinito y su más íntima naturaleza era capaz de trascender todo lo que de feo y hostil le rodeaba en este mundo.

Así se sentía Mudo, deslizándose despacio y en silencio a través de la espesura del bosque, bañada su contrahecha figura por la luz plateada de una luna menguante que a intervalos se filtraba entre las copas de los árboles, estrechando contra su pecho el cuerpo inanimado de Cecilia.

Con su vaivén torpe y singular, caminó sin pausa toda la noche, en la firme idea de alejarse lo más posible del castillo que, hasta ese día, había considerado su hogar. Apenas conocía sus alrededores, ya que nunca se había distanciado más de media legua, y esto ya era mucho para él. Sin llevar un rumbo fijo atravesó riscos y hondonadas, dejó atrás elevaciones y calveros. Al fin, con los miembros entumecidos por el esfuerzo, decidió hacer un alto para descansar y escuchar con atención.

Nada parecía turbar la quietud de aquel momento; tan solo se percibía el murmullo del viento susurrando entre las ramas y el cercano ulular de un búho.

Al contemplar el rostro de la princesa le pareció que un tono carmín, surgido de repente, arrebolaba sus mejillas, y que una respiración agitada se abría paso a través de su letargo. Cecilia movió la cabeza a ambos lados y se defendió con manos crispadas de un enemigo invisible, mascullando palabras amargas. El arrebol dio paso a un sudor frío, y luego a un caudal incontenible de lágrimas.

Mudo se asustó, pensando que la pócima para dormir tal vez le había envenenado

la sangre y ahora, sin lograr despertar a la vida, acaso se hallaba agonizante. Sin saber qué hacer y loco de dolor, el joven con cara de media luna la abrazó aún con más coraje, tratando de transmitirle el fuego de su pecho y el afecto sincero que sentía por ella. Aquel simple gesto pareció calmar las pesadillas de la joven y su respiración volvió a ser pausada y tranquila.

Superada la crisis, Mudo reinició la marcha. Bajó en diagonal por una ladera de marcada pendiente hasta los márgenes de un río caudaloso y de rumorosa corriente. Árboles gigantescos, cuyo ramaje se perdía en las alturas, hundían sus raíces en el talud; centinelas de las aguas, siempre firmes y sustentadores de su cauce.

Mudo reverenciaba como nadie el valor casi divino del agua, fluido vital y alimento de sus plantas; pero también sabía de su ímpetu y, en ocasiones, de su pavorosa fuerza desbocada. Intuyendo un peligro latente, resolvió detener sus pasos y esperar a que amaneciera. Depositó con delicadeza a la joven en un improvisado lecho de hojas y luego se sentó a su vera, recostando su arqueada espalda sobre unos arbustos. El cansancio acumulado, la quietud del ambiente y el susurro melodioso de la corriente se aliaron para inducir en Mudo un sopor invencible, prelude del sueño.

Poco a poco, la claridad de la aurora fue tomando el relevo de la noche y un sol resplandeciente emergió del horizonte y fue ganando altura.

La princesa soñaba que despertaba un día más, atormentada por lo que ya sin remedio habría de ser su destino. Temía abrir los ojos y verse de nuevo cautiva entre aquellos altos muros, teniendo que afrontar su desdicha y desvanecida la promesa de ser liberada.

Entonces, un haz de rayos luminosos traspasó la cubierta vegetal y entreabrió una ventana en el bosque, a través de la cual se mostró una escena sorprendente: un caballero, sin armas y de extraordinaria apariencia, velaba recostado y profundamente dormido el sueño de una hermosa doncella. De repente, una pareja de urracas se aproximó a la joven y comenzó a picotear los pliegues de su vestido, acaso confundiénolo por el color con algún fruto maduro. Pero he aquí que el picoteo alcanzó también su pantorrilla y la muchacha, todavía prendido el entendimiento entre los desvaídos hilos del sueño, abrió los ojos, mirando sobresaltada a su alrededor. Las aves huyeron al instante y en un corto vuelo fueron a posarse de nuevo sobre las ramas cercanas.

Cecilia, frotándose los ojos, se incorporó a medias sobre el mullido suelo. No daba crédito a lo que veía: viejos y nudosos árboles a la orilla de un río de aguas turbulentas, helechos y flores balanceándose con el aire fresco de la mañana, pájaros revoloteando en la enramada y, lo más desconcertante de todo, el fiel jardinero, aparentemente dormido, con la cabeza girada y apoyada la mejilla sobre el hombro.

La joven dedujo que se hallaba en medio de un bosque, pero ¿cómo habían llegado hasta allí?, ¿y dónde se encontraban exactamente? Estas y otras muchas preguntas se agolparon en su mente. ¡Al fin era libre! Llena de alegría, contempló a su acompañante y le acarició suavemente el rostro para despertarle. Mudo entornó los ojos y se incorporó de un salto.

—No te alarmes, compañero de fatigas —le dijo Cecilia, cogiéndole las manos e invitándole a sentarse de nuevo—. Esa pócima que me trajiste ha obrado maravillas. Ayer sin ir más lejos me encontraba en la boca del infierno y hoy, heme aquí, a las puertas del Paraíso. ¿Cómo ha sido esto posible?

El rostro de Mudo era un poema. Con su cambiante expresión quería decirlo todo, mas en verdad nada decía y la princesa se echó a reír con ganas, abrazándole agradecida.

—Tan solo recuerdo que anoche vinieron a probarme el vestido de novia y que Morfeo se lo impidió, tejiendo para mí una red de inconsciencia de la que no he podido regresar hasta ahora.

»Pero no creas, todavía me invade el temor de que todo esto sea un sueño, forjado a la medida de mis deseos, y que en cualquier momento despertaré prisionera de la triste realidad... ¿Tú qué opinas?

Su compañero respondió componiendo un gesto indescriptible que podía significar cualquier cosa y a continuación, empezó a dar volteretas en círculos alrededor de la joven, luego se aupó a las ramas más bajas de un castaño con la agilidad de una ardilla y ascendió de rama en rama hasta perderse en las alturas, para reaparecer poco después junto a la base de un olmo de tronco grueso y ahuecado.

—¡Oh, ya entiendo! Sospecho que con ese despliegue de agilidad y destreza (con el que, te confieso, me has dejado sin palabras) intentas decirme que tanto tú como todo lo que nos rodea es una indiscutible realidad; mas compréndelo, es una realidad inexplicable para mí. Cuéntame, estamos huyendo, ¿verdad? ¿Cómo has logrado liberarme con esos soldados guardando mi puerta? ¿Y cómo te las has arreglado para traerme hasta aquí?

Mudo se acercó a ella y, cogiéndola suavemente entre sus brazos, caminó unos pasos sin esfuerzo, como quien transportara poco más que una paloma.

—Esto responde a mi última pregunta —exclamó la muchacha, asombrada nuevamente de la increíble fuerza de su amigo—. Está bien, déjame en el suelo; ahora caminaré yo también. Estoy más acostumbrada de lo que pudieras suponer, aunque no sé si estos vestidos son los más adecuados para andar campo a través. Por cierto, son horrorosos, pero quieren resultarme familiares. ¿Por casualidad son los de la condesa de Vistahermosa?

Mudo asintió varias veces con la cabeza.

Cecilia probó a dar unos pasos, pero viendo que le resultaba difícil moverse con soltura, ni corta ni perezosa achicó primero el vestido por debajo de la rodilla, escondiendo los trozos en el hueco de un tronco y después lo rasgó al medio, hasta

una altura conveniente, anudando los jirones a las piernas de la mejor manera que pudo. El jardinero la miraba boquiabierto.

—Ahora sí estoy lista, así que ¡en marcha! ¿Qué dirección tomar?

Mudo señaló hacia delante, y los dos echaron a andar corriente abajo, siguiendo la orilla del río.

Hombre y mujer, dos naturalezas tan dispares en lo físico y tan distintas en su nacimiento, pero tan gemelas en el espíritu; dos corazones vibrando a la par y emocionándose por las mismas cosas. Dos criaturas unidas por la amistad y persiguiendo ambas la libertad, hermosas palabras que formaban una pareja difícil de abatir. Si bien es cierto que, aunque hemos dicho amistad, no sabríamos decir si este es el nombre apropiado para expresar lo que Mudo sentía por Cecilia, pero dejémoslo ahí.

Algunas horas más tarde, escucharon un rumor que crecía por momentos y que al poco se transformó en rugido colosal. Al doblar un recodo, observaron cómo la arboleda se despejaba para dejar paso a un torbellino de aguas furiosas que se despeñaba en un hondo y vasto tajo formando una imponente catarata. Una nube de gotas diminutas y resplandecientes se proyectaba a gran altura, asemejando el humo de una hoguera infernal.

—¡Dios Santo, qué espectáculo! —no pudo dejar de exclamar la princesa—. Hiciste muy bien en parar ahí atrás; si no, nos habríamos despeñado en ese pozo. Propongo que bajemos hasta esa verde llanura que se distingue a lo lejos; parece que por allí las aguas se calman.

La princesa y su fiel escudero probaron a bordear la imponente catarata, pero les cerraba el paso un infranqueable farallón rocoso. Así las cosas, tuvieron que retroceder un largo trecho. Ambos intuían que aquel río era el mismo que bordeaba el castillo de Babia, pero acrecentado aguas abajo por la incorporación a su cauce de arroyos y torrentes tributarios.

Mudo expresaba con su actitud que no debían retroceder más, que corrían el riesgo de encontrarse con sus perseguidores, y para confirmar esa sospecha, hasta ellos llegó nítido el eco de voces que se acercaban.

Cecilia miró angustiada el torbellino de aguas bravas formando rizos e impetuosos remolinos: si intentaban cruzarlo a nado, la corriente les arrastraría sin remedio hacia el abismo. A pesar del peligro, la princesa dio un paso en dirección a las aguas embravecidas, pero su camarada la sujetó por el brazo, revelándola, en un gesto imperioso un «¡No! ¡No lo hagas!».

En donde se encontraban, los árboles extendían sus largos brazos por encima del cauce. Solo Mudo o las ardillas habrían sido capaces de imaginar en aquel trenzado de hojas una senda salvadora, un puente entre luces y sombras. Chispeándole los ojos y con ademanes expresivos, hizo comprender a la joven en lo que estaba pensando.

Solo un minuto después, las aves que habitaban en la enramada vieron alterado su sosiego cuando dos seres, uno colgado a las espaldas del otro, pasaron saltando de



rama en rama. Así fue como la pareja pudo cruzar el río y poner los pies en la otra orilla, sanos y salvos.

Emplearon lo que quedaba de día en llegar de nuevo al lugar donde la irresistible corriente se precipitaba peñas abajo. Un sol de tintes anaranjados que parecía suspendido en la línea del horizonte iluminaba la vegetación que tapizaba ambos lados de la sima.

—Pronto el sol se ocultará. Yo no me aventuraría a continuar —gritó Cecilia a su compañero para hacerse oír por encima de la atronadora columna de espuma—. Busquemos un sitio apropiado para pasar la noche.

Mientras la joven escrutaba los alrededores, Mudo advirtió cómo un par de cabras que pastaban en las inmediaciones desaparecía al borde del precipicio. Al asomarse al abismo, el jardinero real descubrió una angosta senda apenas visible que descendía en endiablado zigzag. A riesgo de precipitarse en el vacío, serpenteó sobre la escarpada pared aferrándose a piedras y arbustos hasta que avistó, algunas varas más abajo, una oquedad que bien les podía servir de refugio. Tras el descubrimiento retornó sobre sus pasos.

—¡Me has asustado! —gritó la doncella para hacerse entender—. Por un momento he temido que te hubieses podido despeñar.

El criador de palomas le indicó con un gesto que le siguiera.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco? ¿No querrás que baje por ahí? —exclamó la muchacha, retrocediendo espantada.

Mudo, haciendo caso omiso de los temores de la princesa, la aferró bien de la mano y tiró de ella, obligándola a descender. Tras un corto pero azaroso viaje, lograron alcanzar la oquedad, que no era otra cosa que el acceso a una gruta excavada en la roca. Allí estarían al abrigo de la noche, que se disponía a desplegar sus alas sobre la vasta llanura.

El suelo de la entrada era de tierra seca y compacta y el estruendo del agua les llegaba hasta allí amortiguado, convirtiéndose en un arrullo que invitaba a dormir; sin embargo, con los nervios a flor de piel y el hambre royéndoles las entrañas, esto sería bastante difícil de conseguir. Sin dudar, ambos se internaron en ella para explorarla un poco. Era mucho más profunda de lo que desde fuera hubiera podido parecer. Numerosos murciélagos, no se sabe si sobresaltados por la presencia de los intrusos o porque ya había llegado la hora, emprendieron los vuelos nocturnos y abandonaron su refugio.

Cuando la vista y los sentidos se acostumbraron a la oscuridad, pudieron percibir un tenue resplandor al fondo de una galería, la cual se precipitaba en pronunciada pendiente hacia el corazón de la montaña; también notaron un fuerte olor a ganado caprino. Tanteando con pies y manos y con grandes precauciones para no caer rodando, los dos bajaron por el pasadizo. Avanzaron hasta desembocar en una amplia cavidad, en cuyo centro chisporroteaba una alegre fogata. A su diestra, colgado de la pared, lucía un pequeño candil y al fondo, un grupo de cabras, en el que descollaba

un enorme macho cabrío, descansaba plácidamente. Súbitamente, de entre las sombras hizo su aparición un hombre —por la vestimenta, bien se echaba de ver que era su pastor—, tarareando una melodía alegre y hablándole a sus animales. Luego puso a calentar algo en un fuego y se sentó en cuclillas, contemplando con embeleso el danzar de las llamas.

Cecilia, que no salía de su asombro por el cuadro que se mostraba ante su vista, puso una mano sobre el hombro de su amigo, indicándole que la dejase ir delante, y dio unos pasos hacia el desconocido. El pastor, sumido en sus pensamientos, no les vio acercarse, y fue tal el susto que se llevó cuando les echó la vista encima, que cayó de espaldas todo cuan largo era, luego se levantó de un brinco y echó a correr hacia sus cabras que, no menos asustadas que él, se colocaron en formación apretada detrás de su dueño.

El centelleo de la hoguera alumbraba la figura de los dos recién aparecidos, proyectando sombras fantasmagóricas sobre las paredes de la caverna.

—¡Espectros de la montaña! ¡Dejadme disfrutar de mi merecido descanso! No soy yo quien ha de purgar vuestras afrentas ni aliviar vuestro sufrimiento. Solo soy un pobre cabrero que cuida de su rebaño. ¿Qué queréis de mí? —dijo el hombre postrándose de rodillas.

—Levántate y calma tus nervios. No somos espectros, sino personas de carne y hueso. Acércate y compruébalo por ti mismo —le recomendó la princesa con dulzura.

—¿Y cómo sabré si lo que me dices es cierto y no un ardid para ponerme a tu alcance?

—Venimos desarmados y yo soy una indefensa doncella.

—Ya, pero también podrías ser una bruja disfrazada, y ese que te acompaña, un encantador que ha adoptado la forma de engendro.

—Señor, cada cual posee la forma que Dios y la naturaleza le han querido dar, y no por eso se le ha de condenar.

—Vaya, esta es la primera vez en mi vida que alguien me trata de señor; os lo agradezco —respondió el pastor de cabras.

—Estamos desfallecidos. No hemos probado bocado desde ayer al mediodía. ¿Podrías compartir tu cena con nosotros?

—Bueno... Nunca oí de fantasmas que precisaran comer, al menos no alimentos de este mundo. Ni de nigromantes que pasaran hambre y sed, porque con sus artes bien que pueden procurarse el sustento...

—... Pero, como ves, no es ese nuestro caso. Acércate, yo me acercaré también —sugirió Cecilia, tratando de no intimidarle.

Ambos se aproximaron el uno al otro, despacio y midiendo la distancia, mientras Mudo y las cabras presenciaban desde atrás el encuentro. El pastor quedó pasmado ante la belleza de la joven, pero más aún por su vestimenta. Aquel vestido era de paño fino, pero tenía un corte que él no había visto nunca y lo llevaba anudado a las piernas. Lucía repleto de desgarros y verdines. La princesa, que se dio cuenta, le dijo:

—No te fijes demasiado en mis ropajes; solo los llevo por accidente y estoy deseando deshacerme de ellos.

—Dime, ¿quién eres tú, y qué haces aquí en compañía de esa portentosa criatura? —preguntó señalando al otro con la cabeza.

—Solo te diré que venimos huyendo de unos desalmados y que si estamos aquí es porque mi compañero dio con esta cueva por casualidad, no sé ni cómo.

—¡Eh, tú! ¿Cómo diste con esta cueva?

—Temo que no podrá contestarte. Verás, mi amigo es mudo de nacimiento. ¿No ves que hasta ahora no ha pronunciado palabra? No le mires así, aunque privado de ese precioso don, dispone de un gran oído, es capaz de cargar montañas sobre sus hombros y de volar sobre las aguas.

El cabrero se rascaba la cabeza, mirando alternativamente a uno y a otro.

—Está bien, no os voy a pedir más explicaciones. Pero entendedme, esta es la primera vez que alguien nos visita en muchos años —dijo el pastor, ya vencida su desconfianza inicial—. Acercaos y calentaos al fuego mientras preparo algo de comer.

—Gracias, señor, por acogernos en tu hogar durante esta noche. Dinos, ¿a quién hemos de agradecer tanta benevolencia?

—Os bastará con saber que me llaman Pasolargo.

Sin más preámbulos, los invitados se sentaron cerca de la lumbre, que el cabrero avivó con un haz de leña. Haciendo magia o algo parecido, hizo surgir ante ellos una mesa baja y alargada, así como tres rústicos asientos, y a continuación sacó un queso de cabra, una pieza de cecina, una hogaza de pan, un recipiente repleto de hidromiel y otro de agua fresca.

—Parece que tenéis un poco de hambre; id comiendo algo mientras termino de cocinar estas setas que tengo en la sartén —invitó Pasolargo con una franca sonrisa.

—¿Un poco de hambre, dices? —respondió la princesa, mirando primero a Mudo y después a las cabras—. Más que hambre, lo que tenemos es una inmensa gazuza, pero nos contendremos hasta que termines con ese guiso.

Enseguida las setas estuvieron preparadas y anfitrión y convidados, sin protocolos ni delicadezas, sino utilizando las propias manos, se pusieron a comer. Durante un rato el silencio se adueñó del lugar; tan solo se oían el crujir de las mandíbulas trabajando a ritmo regular, el deglutir del alimento y el chasquear de las lenguas.

Pasolargo creía tener un insuperable apetito, mas aquel día se vio eclipsado por el de sus acompañantes. Cuando la cena terminó, los tres se sentaron alrededor del fuego.

—He de confesarte, pastor, que no cambiaría estos alimentos ni por el sagrado maná del que habla la Biblia. Y dime, ¿cómo se llama este prodigioso lugar?

—Yo siempre le oí nombrar como el Pozo de los Humos, y a la planicie que tenemos a nuestros pies, el Llano de las Brumas. Seguramente porque es rara la mañana en que la niebla no se apodera de él. Eso sí, por la noche las estrellas brillan

como carbones encendidos. Después de la cena podréis contemplarlas desde la entrada de la gruta, si queréis.

—¿Y no te resulta peligroso tener que entrar y salir a diario por ese despeñadero?

—Normalmente no accedo a la cueva por ahí. Mañana, cuando amanezca, os mostraré mi secreto. Oye, ¿no decías que deseabas deshacerte de esos ropajes? De esos clavos que hay en la pared cuelgan dos trajes completos de soldado, con sus botas y correspondientes correajes. Mira a ver. Uno es de talla mediana y juraría que te puede servir.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó la joven, acercándose a ellos y probándoselos por encima—. Están ligeramente húmedos, pero este de aquí es perfecto para mí.

—Cuando regresaba esta tarde con mis cabras, vi flotando en el río los cuerpos de los desdichados que los vestían, uno muerto por espada y el otro ahogado. Como ya no les iban a ser necesarios y rezando antes una oración de difuntos, los desnudé como pude y he aquí el resultado.

—El empuje del agua de la catarata es incontenible, ¿cómo es que estaban flotando en el río?

—Oh, porque no fue aquí donde los encontré, sino allá abajo.

—¿Quieres decir en el llano?

—Exacto.

La princesa se retiró hacia la entrada de la galería y al rato regresó vestida con toda la apariencia de un soldado; ni siquiera le faltaban bizarría y apostura.

—Lo único que no me gusta de este uniforme es el color, parece ala de cuervo, pero me tendré que conformar. Ya solo me harían falta las armas, al menos un puñal.

—Pues aquí lo tienes —dijo el cabrero ofreciéndoselo.

—Mi buen pastor. ¡Ven a mis brazos! —exclamó el gallardo soldado—. Estoy en deuda contigo y juro que algún día te lo compensaré con creces.

—Con este abrazo ya me doy por satisfecho. Estas soledades pueden hacer que uno se vuelva loco. Hace años, la vida en estas tierras era mucho más agradable.

—¿Es que ahora estás solo?

—Solo del todo no, siempre me acompañan estas fieles amigas. Mis padres murieron a manos de unos soldados, no muy distintos de los que hallé en el río. Desde entonces he vagado pastoreando por estos solitarios parajes.

—Pues yo te digo, buen amigo, que las cosas muy pronto van a cambiar, y que los que tanto daño han hecho tendrán que dar cuenta de todos sus crímenes y desmanes.

—Dios te oiga —respondió el hombre, arrodillándose y besando las manos a la princesa.

—Levántate, por favor. No merezco tanta devoción. Amigos, antes de echarnos a dormir, os propongo que vayamos a contemplar la noche estrellada —y cogida del brazo de sus dos honorables caballeros, echó a andar hacia la entrada de la cueva.

Poco después de que la pareja de acróbatas cruzase al otro lado del río hicieron su aparición los soldados.

Por lo reciente de las huellas sabían que sus presas se hallaban muy cerca y avivaron el paso siguiendo el cauce aguas abajo. La impaciencia por atraparles más que caminar les hizo volar, pero al alcanzar la pétrea pared donde la trocha se cortaba de repente quedaron desconcertados. Vista la situación, decidieron volver sobre sus pasos, dividiéndose en varios grupos y peinando el terreno en una extensa franja paralela al río.

Hasta el momento, el Caballero del Sur no había conseguido hablar con Felipe y tampoco parecía que lo fuera a lograr más adelante, porque tres de los soldados, siguiendo las órdenes de su jefe, lo arrastraron hacia el interior del bosque y parece que no con muy buenas intenciones.

—Un momento, compañero —terció Francisco Amable, dirigiéndose al que mandaba la expedición—. ¿Dónde se lo llevan?

—Ese hombre es un traidor y ya no nos va a servir de mucho, así que nos desharemos de él —contestó el oficial.

—No estoy de acuerdo. Seguro que atesora valiosa información.

—Además, está herido y nos retrasa la marcha.

—Si es por eso, yo me brindo a quedarme con él. Haré de guardián carcelero mientras vos cumplís con vuestro cometido.

—Vos vendréis conmigo, señor, y que os quede claro: ajusticiando a ese hombre, no hago más que cumplir la voluntad real.

—Pues insisto en que ha de ser un error. Yo escuché decir a ese hombre cosas que le interesan al rey. ¿Estáis convencido de haber interpretado bien sus consignas? Mirad que si os equivocáis pelagra vuestro sustento, porque ¿cómo habríais de ganaros la vida si perdéis esa hermosa cabeza?

—Yo interpreté perfectamente lo que nuestro señor me ordenó —respondió el oficial, aunque ya sin tenerlas todas consigo.

—No perderíais nada si os asegurerais primero de que eso que creísteis oír coincide con los últimos deseos del rey.

—No os entiendo, señor. ¿A qué últimos deseos os referís?

—Veréis, todos los poderosos y, más aún los que en ellos mandan, suelen alardear de su frágil memoria, la cual se adapta como un guante a lo que en cada momento les agrada o conviene; y cuando ese momento llegue, seguro que os arrepentiréis de no haberme hecho caso. ¡Solo los necios desprecian la prudencia! Y vos no me parecéis uno de ellos... ¿o me equivoco?

—¡Eh, vosotros! —gritó el jefe a sus hombres—. Traed de nuevo al reo. Lo

mantendremos con vida por ahora. Vosotros tres, quedaos aquí y vigiladlo hasta que regresemos. Si intenta escapar, matadlo al instante.

El Caballero del Sur respiró aliviado, pero con cuidado de que no se le notara.

Felipe, que había escuchado la conversación con un sudor frío corriéndole espalda abajo, supo que debía su vida a la oportuna intervención aquel hombre.

La partida de sabuesos, pues, se dividió en pequeños grupos y pronto, todos desaparecieron entre la tupida fronda, excepto el que se quedó vigilando a Felipe. Este sabía que solo era cuestión de tiempo el que le matasen, por lo que decidió jugarse el todo por el todo. Su única salida consistía en aprovechar un despiste de los guardianes y saltar en medio del río. Solo así tendría, quizás, alguna probabilidad de escapar aunque, observando la fuerza de la impetuosa corriente y escuchando su estruendo al precipitarse en el vacío, intuía que tenía una posibilidad entre mil de salir con bien de aquello. Lo más seguro es que su cuerpo se despedazara contra las rocas y recibiese fría y húmeda sepultura en el fondo del torrente.

En espera de que los soldados que le custodiaban bajasen la guardia, el reo adoptó una actitud de completo sometimiento, y al primer descuido, se levantó y echó a correr hacia el cauce, con tan mala fortuna que tropezó y cayó rodando sobre las hojas. Sin armas con las que defenderse y debilitado por la herida, pronto sucumbió a la fuerza de sus oponentes.

—Nuestro jefe nos dejó dicho que te matémos si intentabas huir, y eso es lo que voy a hacer ahora mismo —le anunció uno de los soldados mientras otro compañero le sujetaba las manos por detrás y le obligaba a arrodillarse y bajar la cerviz.

—¡Soltadme! Ya habéis oído al Caballero del Sur, aún tengo que contarle muchas cosas al rey —opuso el joven con un sobrecogido tono de voz.

—Cuéntanoslas a nosotros. Será como una confesión hecha antes de morir —propuso el soldado que le inmovilizaba.

—No, solo al rey interesará mi confesión.

—Pues en ese caso muere, traidor —dijo el matarife apoyando la punta de su espada sobre la nuca.

—Compañero, por tu honor te lo pido, no me descabelles así. Déjame morir como un hombre, mirando cara a cara a la muerte.

—Lo siento, renegado, pero no te daré ese gusto —dijo, elevando la espada para descargar el golpe fatídico.

En ese instante decisivo, un destello acerado surcó los aires con un amortiguado silbido, dejando en suspenso la sentencia que a punto de ejecutarse estaba, y no fue sino el verdugo quien cayó a tierra con un puñal atravesándole el cuello, y sin interrupción, el Hurón salió de entre los árboles cercanos, arremetiendo contra el soldado que sujetaba a Felipe. Tal fuerza llevaba su acometida, que aquel cayó rodando hacia el río y, sin poderlo evitar, se precipitó en la pavorosa corriente, siendo arrastrado aguas abajo.

El tercer soldado, que hasta ese momento se había mantenido al margen,

asombrado ante lo que acababa de presenciar, se vio obligado a intervenir.

—Yo te conozco —exclamó, poniéndose en guardia—. Nada tengo contra ti, ni creo que tú contra mí, de modo que lo sensato es que nos despedamos ahora y vayamos cada cual a donde más nos convenga.

—En otras circunstancias habría aceptado tu propuesta —le contestó el Hurón—, pero hoy no puedo dejarte ir. En menos de lo que canta un gallo tendríamos aquí al resto de tus compañeros.

Felipe cogió la espada del hombre que había estado a punto de acabar con su vida y cerrando filas junto a su compadre, se lanzó contra el enemigo, quien, a pesar de la fiera resistencia que opuso, acabó sucumbiendo a los mandobles que le llovían desde todas partes.

—Nunca me he alegrado tanto de verte. Has aparecido justo en el momento oportuno —exclamó Felipe, estrechando con fuerza la mano de su compañero.

—Os he venido siguiendo toda la noche. Me alegro de que mi esfuerzo no haya resultado del todo en vano —manifestó el Hurón.

—Veo que vienes solo. ¿Dónde has dejado a la princesa?

—Amigo, un hombre con la fuerza de un coloso me dejó fuera de combate en el refugio de cazadores, y cuando recobré la conciencia ella ya no estaba.

—¿Quieres decir que te la han arrebatado? Entonces, ¿a quién hemos estado persiguiendo?

—Seguramente a ella y a alguien más. Creo que eran hombres de la resistencia.

—Hemos seguido las huellas de una sola persona durante gran parte del recorrido; creíamos que eran las tuyas. Después, ya cerca de aquí, esas pisadas se desdoblaron; puede que la joven haya vuelto en sí.

—No pueden andar muy lejos. Tengo mucho interés en descubrir la identidad de su acompañante: a punto estuvo de reventarme con su cariñoso abrazo. De no ser por la cota de malla, yo estaría ahora criando malvas y tú, tres cuartas de lo mismo.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Felipe llevándose la mano al costado, que le dolía terriblemente.

—¿Es grave tu herida?

—No estoy seguro. Con tanto andar se ha vuelto a abrir y me ha sangrado un poco. Tengo el cuerpo magullado y dolorido.

—A ver, déjame echarle un vistazo. —El maltrecho joven se levantó la camisa para mostrársela—. Tienes un corte sesgado que te llega a las costillas, pero no parece grave. Te haré un vendaje con las camisolas de estos hombres; no creo que protesten mucho por quedarse sin ellas.

Con gran habilidad y esmero, confeccionó y acomodó la venda al torso de su camarada.

—Tiene gracia. Te has convertido en un buen samaritano y yo siempre desconfiando de ti... Y por si fuera poco, ahora me encuentro en deuda contigo. Me has salvado la vida.

—No te confíes por esto que estoy haciendo, solo sirvo a mis intereses, que por ahora coinciden con los tuyos, y tampoco te sientas en deuda conmigo. Seguro que más pronto que tarde podrás devolverme el favor.

»Por cierto, he visto que os acompañaba el Caballero del Sur.

—Sí, lo encontramos sin sentido tirado en el suelo del pasadizo secreto, me supongo que gracias a ti.

—Antes de abandonar el castillo le proporcioné un remedio para que pudiese dormir un rato y le liberé de su carga. Después de soportar una noche tan agitada, espero me lo agradezca.

—Al despertar, se empeñó en sumarse a la partida.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—Le han obligado a ir con ellos, pero antes de tú llegar, convenció al jefe de la expedición para que no me ejecutasen.

—¡Para que luego digan que no existe el ángel de la guarda! A base de deber tantos favores, acabarás convirtiéndote en un opulento menesteroso.

—Mira, sé que con esa ironía de la que a menudo haces gala quieres hacerte pasar por quien no eres, pero a mí ya no me engañas. A partir de ahora seré tú más fiel e incondicional partidario.

—No, si al final tendré que matarte para demostrar que te equivocas... Ni te imaginas la de atrocidades que he tenido que hacer a lo largo de mi vida, y las que de seguro tendré que cometer en el futuro.

—Lo siento, no me vas a convencer, así que mejor dejemos ese asunto. En este momento toca decidir qué hacer.

—Lo primero, eliminemos el rastro de lo que aquí ha sucedido —propuso el Hurón—. Ven, ayúdame a dar sepultura a estos cuerpos; servirán de alimento a los peces.

Y sin miramientos, agarraron los dos cadáveres que yacían junto a ellos y los lanzaron al río.

—Cumplidos nuestros deberes cristianos, ahora retrocedamos porque por aquí no hay salida. —Al darse cuenta de que su condiscípulo le miraba muy poco convencido, dijo—: ¿Tienes una idea mejor?

—No.

—En ese caso, echemos a andar. El tiempo corre en nuestra contra.

—Pero ¿y si aparece el enemigo de frente? ¿Qué haremos entonces?

—¿Tú has visto dónde estamos? O desandamos el camino, o caminamos sobre las aguas. ¿Estamos de acuerdo en eso?

—Sí.

—En ese caso, no pongas más pegos, porque me estás sacando de quicio. Si nos encontramos con nuestros antiguos compañeros, huiremos ladera arriba o les haremos frente, según veamos.

Por suerte, no tuvieron que hacer ninguna de las dos cosas. Tras andar un buen



trozo sin toparse con nadie, dedujeron que la partida de sabuesos había decidido seguir aguas arriba.

—Descansemos un poco. Estoy agotado —solicitó el herido tumbándose en el suelo.

El Hurón, al ver la cara de sufrimiento de su colega, acabó por acceder a la petición, aunque no estaba muy convencido de que tal descanso fuera conveniente.

Felipe cerró los ojos durante un rato, tratando de no pensar en nada, y al abrirlos de nuevo miró hacia arriba. La luz de un sol en paciente retirada aún penetraba entre el ramaje, haciendo brillar el envés de las hojas. De improviso, colgando de una rama, vio ondear al viento un jirón de tela.

—Amigo mío, creo que mi oportuno descanso nos ha ayudado a descubrir la pista que andábamos buscando —dijo el cofrade levantándose de un salto.

—¿De qué hablas? ¿A qué pista te refieres?

—¡Mira hacia allí! Hacia esas ramas.

—Yo no veo nada. ¿Me estás tomando el pelo? Porque si es así, maldita la gracia que me hace.

—No, allí no. ¡Mira hacia donde te indico! —exigió, cada vez más alterado, extendiendo el brazo y señalando con el dedo—. ¿No ves ese colgajo? ¡Es del mismo color que el vestido de la princesa!

—¡Ahora sí que lo veo! ¿Y dices que es del mismo color que el vestido que llevaba la princesa? Yo no me fijé tanto.

—Pues yo sí; estoy seguro de ello.

—¿Y no lo habrán visto los otros?

—No lo creo. Yo lo he descubierto por casualidad; si no llego a tumbarme...

—¿Y qué hace eso ahí arriba? No lo entiendo —preguntó el Hurón asombrado.

—La princesa debió de huir a través de estos árboles, cruzando por encima del río hasta la otra orilla. Tuvo que ser así necesariamente, porque si no, hace ya horas que los hubiesen prendido. Esto, o suicidarse saltando en medio de las aguas.

—Pues si ella ha logrado pasar al otro lado, nosotros no hemos de ser menos. Si te encuentras con fuerzas, lo intentaremos ahora mismo, antes de que anochezca —ordenó, más que propuso, el Hurón, mientras se encaramaba al árbol del que pendía el fragmento de paño.

Con muchas dificultades y ayudándose mutuamente, los dos comenzaron a reptar por encima de las ramas. Estuvieron a punto de caer al agua en varias ocasiones, pero finalmente consiguieron aterrizar en la otra orilla sin sufrir ningún contratiempo.

—Debo darte las gracias de nuevo. De no haber sido por tu ayuda, nunca hubiese conseguido cruzar —manifestó Felipe, midiendo con la vista el recorrido que acababan de hacer.

—De niño, subir a los árboles era una de mis aficiones favoritas, y la verdad es que no se me daba mal del todo —respondió, con una mirada soñadora impropia en él. Por un momento habían acudido a su memoria imágenes de aquellos días lejanos,

que por desgracia nunca iban a volver.

—Un día de estos hablaremos de nuestras vidas pasadas y aliviaremos nuestras penas, si te parece —dijo Felipe, palmeando a su compañero en el hombro.

—No es momento de filosofías. Venga, tratemos de encontrar el rastro que nos interesa —recomendó el otro saliendo de su ensimismamiento.

No bien habían dado unos pasos cuando escucharon el ruido causado por la tropa que regresaba. Solo tuvieron tiempo de echarse al suelo y ocultarse entre la espesura de la otra orilla.

El jefe de la partida venía de un humor de perros. Nada. Ni una sola pista que apuntase hacia el paradero de la prometida del rey. Habían remontado la corriente hasta muy arriba sin encontrar ningún vado por el que poder cruzarla. Y para colmo, cuando regresaron al lugar donde habían dejado al prisionero, advirtieron que tanto este como sus ángeles custodios habían desaparecido también. Todos se miraban consternados, mientras la luz del día, lenta pero inexorablemente, se apagaba por momentos.

—Algo debemos estar haciendo muy mal —dijo el Caballero del Sur, con el temor reflejado en el rostro—. No hay duda de que aquí ha habido una carnicería; mirad estas hojas empapadas en sangre.

—De haber sido así, ¿dónde están sus cuerpos? —inquirió el oficial con expresión turbada.

—No temo duendes ni quimeras, pero ¿acaso no lo sentís? Algo funesto y oscuro se cierne sobre nosotros, y no ha de pasar esta noche sin que se nos haga presente —dijo por respuesta don Francisco—. ¡Creedme! Entre las sombras del bosque y los pliegues de esas agitadas aguas se ocultan espíritus hostiles, deseosos de inmolar nuestros cuerpos y encadenarnos el alma. ¡Innumerables y graves han debido de ser nuestras ofensas!

Al escuchar aquellas palabras y, sobre todo, el terrorífico tono de voz con que fueron dichas, todos los soldados se echaron a temblar.

—¿Y qué podríamos hacer para evitarlo? —preguntó el jefe de la expedición.

—Juraría que los espíritus de los que os hablo están de parte de la princesa, y ella está fuera de vuestro alcance. Por mucho que os esforcéis, no la vais a encontrar. Aprovechemos que hoy al sol parece que le cuesta ocultarse y huyamos de aquí.

—Pero ¿qué le diremos al rey?

—Le contaremos lo que ha pasado, ni más ni menos. Ahora bien, si le teméis más a él que a los espíritus, quedaos aquí haciendo guardia, y si cuando mañana amanezca tenéis la suerte de conservar la vida, reemprended la búsqueda. Yo he venido voluntariamente, así que regresaré por donde he venido; si alguien desea acompañarme, está a tiempo de hacerlo.

Y sin más explicaciones, el tratante de ovejas echó a andar, emprendiendo el camino de regreso al castillo.

La intuición le decía a Juan Bradley que Cecilia se encontraba a salvo. No sabía

qué había sido de Felipe, pero en el suelo había demasiada sangre como para pensar que solo fuera la suya, por lo que dedujo que debía pertenecer a sus guardianes y que, tal vez, este había conseguido escapar. Además, conociendo la terrible situación en la que se encontraban Gregorio y Rodrigo, consideró que su presencia era más necesaria en el castillo de Babia que allí, junto al río.

El oficial al mando, venciendo el pánico que sentía, decidió quedarse junto a sus hombres más fieles, aunque por más que les amenazó, no logró impedir que el resto siguiese la estela de don Francisco.

Al día siguiente, poco antes de salir el sol, Pasolargo despertó de su sueño. Se estiró como un gato y a continuación, incorporándose sin pereza alguna, encendió el candil y avivó el fuego, del cual tan solo quedaban unos pocos rescoldos. Luego se aseó restregándose rostro y manos en una especie de abrevadero natural por el que corría un agua pura y cristalina, y se puso a preparar el desayuno. Cuando todo estuvo dispuesto, avisó a sus protegidos, que dormían profundamente.

Con las fuerzas recuperadas tras el yantar y dispuestos a enfrentarse con lo que quiera que les deparara el día, Cecilia y Mudo agradecieron, cada uno a su modo, los cuidados y atenciones recibidas de su benefactor.

—Acompañadme. Os mostraré con qué cortinajes cubro yo el mirador de mi casa —propuso el pastor cogiendo el candil y dirigiéndose a largas zancadas hacia la parte trasera de la oquedad.

Unas escaleras talladas en la piedra ascendían en espiral por una especie de chimenea, comunicando la gruta con un pasaje alto y angosto que desembocaba en un balcón rocoso orientado hacia el valle. Una imponente cortina de agua y espuma velaba aquella ventana abierta al vacío. El ruido era ensordecedor y a esa hora, los primeros rayos del sol transformaban aquella fragorosa celosía en un vibrante juego de luces y destellos.

—Supongo que estamos detrás de la cascada. ¡Quién lo hubiera podido decir! —exclamó la princesa, que contemplaba extasiada el espectáculo apretando con fuerza el brazo de su escudero.

—No os acerquéis tanto al borde. El suelo está húmedo y resbaladizo; cualquier imprudencia os podría costar cara.

—¡Qué pena, no se puede contemplar la llanura desde aquí! —se lamentó la joven—. Es extraño. Parece como si la plataforma continuase hacia ese lado...

—Y no te equivocas. El Pozo de los Humos tiene forma de herradura. Por ese lado del que hablas se puede bajar hasta su base. Este pasadizo desemboca en un soto frondoso que bordea esa parte del río.

—¿Quieres decir que desciende por el interior de la montaña?

—Mirad hacia allí. ¿Lo veis? El rebaje de la pared forma un corredor natural que, a trechos, deja entrar la luz exterior por algunas aberturas. Cada día salgo y entro por ahí con mi rebaño.

—¿Piensas llevar a pastar y a ramonear hoy a tus cabras? Porque si es así, te acompañaremos, y ya que no tienes perros pastores, nosotros te las guardaremos...

—Oh, no os preocupéis, con Noé me sobro y me basto.

—¿Noé? ¿Quién es Noé? —preguntó Cecilia extrañada.

—El macho cabrío. No os podéis hacer una idea de lo listo y valiente que es ese

semental.

—Extraño nombre para un animal. ¿Se lo pusiste tú?

—¡Qué va! Cuando se lo compré a un comerciante judío, ya lo llevaba grabado en la frente. La Biblia dice que Noé fue quien nos salvó del Diluvio universal... ¿Quién sabe? Lo mismo este Noé también está predestinado a hacer maravillas. Pero ahora, vayamos a por las cabras y bajemos hasta el bosquecillo del que os he hablado.

Poco después, con Noé abriendo la marcha, todos iban en fila india recorriendo el pasillo, mientras el cabrero les invitaba a asomarse a alguno de los huecos para contemplar la magnífica vista.

—¡Precaución! El terreno está muy inclinado y cualquiera de esas aberturas puede conducirnos derechos al Cielo —advirtió Pasolargo—. Sujetaos con fuerza a este resalte de la pared.

Ambos quedaron admirados. Desde aquella atalaya no solo se podía ver, sino además sentir, la grandiosidad de aquel extraordinario paraje, y también entender el porqué de su nombre. La columna de agua, iluminada en oblicuo por los rayos del sol naciente, se precipitaba entre la bruma, que a aquella hora cubría el llano hasta donde la vista alcanzaba. Era una neblina blanca y uniforme, que se pegaba al suelo como una segunda piel; Pasolargo les explicó que procedía de una zona pantanosa al final de la planicie. Por encima, la claridad del día acariciaba y salpicaba de reflejos el mar de nubes.

La salida a la ribera del río se hallaba oculta en un pliegue del acantilado y disimulada entre la tupida vegetación. Al abandonar el vientre de la montaña, otro mundo se les hizo presente, todo él saturado de humedad y trabado de densos jirones de niebla.

—No se ve nada. Será mejor regresar al corredor y esperar a que se levante la bruma —planteó el cabrero, después de mirar a su alrededor—. A mis animales no les gusta la hierba tan mojada.

La pequeña comitiva se internó de nuevo en el pasillo de roca y se pusieron a charlar. De vez en cuando, Pasolargo se asomaba a la abertura para verificar si la niebla desaparecía. En una de aquellas comprobaciones, llegó hasta él, nítido y claro, el sonido de cuernos de guerra convergiendo sobre el valle.

—¡Chist, silencio! Escuchad —advirtió a sus invitados.

No mucho más tarde, se oyó una algarabía entremezclada de hombres y bestias marchando a la par, previsiblemente procedente del este. Durante toda la mañana, aquel eco se fue repitiendo a intervalos, como si llegase en oleadas, y cuando al fin despejó el día, la pradera apareció toda ella cubierta de pabellones y tiendas y sembrada de banderas y pendones ondeando al viento. Grupos de soldados, a pie o a caballo, recorrían aquel improvisado campamento, y hasta ellos llegaban las voces de los oficiales profiriendo maldiciones e impartiendo órdenes.

Aquel mismo día, antes del atardecer, las tropas de Froilán alcanzaron un pequeño valle boscoso en el que se escondieron, a la espera de que la pareja de exploradores regresara y diera cuenta de lo que sucedía en las inmediaciones del altozano, conocido con el nombre de Peñalcázar. Era esta una muela que se levantaba, formidable y altiva, en medio de campos y arboledas; hacia el sur, la corriente de un río lamía la base de sus escarpes. Una meseta de roca caliza privada de vegetación y sin gota de agua con la que aliviar la sed. De forma ovalada, no tendría menos de mil doscientos pasos de larga ni más de cuatrocientos de ancha. Todo su perímetro formaba una infranqueable muralla natural, la cual alcanzaba en algunos puntos más de cien varas de altura. Por su altitud y orientación, encrucijada de feroces vientos los más de los días. Un lugar apartado, recio y duro para vivir que, aun así, estaba poblado de algunas gentes valientes, principalmente pastores y jornaleros que habían levantado sus humildes moradas, al abrigo de un alcázar en ruinas. El acceso a tan singular paraje se hacía por la vertiente norte, mediante una calzada serpenteante que ascendía hacia la entrada de la fortaleza, defendida en otros tiempos por una puerta colosal encajada entre altas paredes de roca.

Aquella tarde, algo extraordinario debía estar a punto de suceder, porque un interminable reguero de gente, procedente de los cuatro puntos cardinales, se dirigía al promontorio.

Los exploradores, disfrazados de campesinos, no tuvieron ninguna dificultad para mezclarse entre ella.

—Compadre, ¿sabes tú a dónde va toda esta multitud? —preguntó uno de ellos al primer paisano que encontró, poniendo cara de despistado.

—A la iglesia de Peñalcázar —le contestó.

—Será para escuchar misa y venerar algún santo digno de devoción, digo yo —profirió el batidor rascándose la cabeza, con intención de sonsacarle.

—¿De dónde sales tú, que no te has enterado? Hoy no es un día de rezos, sino de tomar partido por el nuevo rey, ese al que ya llaman libertador.

—¿Qué más da un rey que otro? Yo he de seguir cavando la tierra y tú cuidando de tu hacienda. Aunque si de todo esto resulta un convite, bienvenido sea —dijo el explorador, componiendo una sonrisa de lo más amigable.

El hombre lo miró con los ojos entrecerrados.

—No te conozco; será mejor que sigas tu camino. Con compañeros así, la batalla que se avecina la tendríamos que dar por perdida. —Y dándoles la espalda, continuó hacia delante.

Después de esto, los batidores se escabulleron, recuperaron sus cabalgaduras, que habían dejado ocultas en una plegadura del terreno, y a todo galope regresaron al campamento, donde las fuerzas de Froilán esperaban con impaciencia.

—Entonces, todo se confirma —aseveró el senescal, frotándose las manos con

satisfacción.

—Señor, hemos de advertiros que era mucha la gente que se dirigía a ese lugar. No estamos seguros de que, con las tropas de que disponéis, podamos prenderles a todos.

—Solo prenderemos a los cabecillas de la rebelión y a esos farsantes que quieren esculpir en la cabeza de un niño una corona; los demás no me interesan. Solo son harina que hemos de amasar y trocear con nuestras propias manos. ¿Acaso unos soldados curtidos como vosotros van a tener miedo de simples jornaleros? Solo son chusma y escoria que hemos de borrar del mapa. —Y volviéndose hacia sus huestes, gritó—: ¡Oficiales, soldados, hombres de mi guardia! ¡Los más valientes y aguerridos! Hoy es el día en que forjaremos nuestra propia leyenda. Justo antes de ponerse el sol, marcharemos contra el enemigo, ¡y no ha de haber cuartel!

Cuando ya los guerreros avistaban aquella enorme muela encaramada sobre sus soberbios resaltes y casi rozando el cielo, con el sol a sus espaldas, un viento furioso, que soplaba de cara, se levantó procedente del este. La procesión de lugareños hacia la fortaleza parecía haber cesado del todo.

Con cierta precaución, la tropa fue ascendiendo por la calzada y se aproximó al acceso, sin que nadie les cortara el paso. Avanzaron en columna, dejando a su siniestra el lienzo de una antigua muralla y las paredes del alcázar, todavía en buen estado. Pronto desembocaron en la meseta, desde donde pudieron contemplar el campanario de la iglesia, destacando airoso por encima de los tejados de las casas. La casa de Dios se conservaba en pie, aunque en general estaba bastante deteriorada. No se veía un alma en las inmediaciones; debían de estar todos en el templo.

En silencio, a paso contenido y prestas las armas, los soldados fueron avanzando hacia la iglesia. El sonido de cascos y armaduras se disolvía y enredaba con el aullido del viento, que allí arriba era casi un vendaval. Varios batidores se adelantaron y, desmontando, se asomaron con disimulo al enorme hueco de lo que antaño debió de ser la puerta principal, situada en la pared oeste.

En el crucero, recrecido mediante un alto estrado, había varios personajes sentados en rústicos asientos; a su alrededor, una muchedumbre ocupaba todo el ábside y las naves. Los últimos retazos de luz se colaban por las aberturas y grietas de los muros, tiñéndolo todo de un fulgor difuso y rojizo.

—Están todos dentro, mi señor —informó uno de los batidores—. Parece como si estuvieran celebrando una asamblea importante.

Froilán quiso comprobarlo por sí mismo, y acercándose despacio a la iglesia y sin desmontar de su alazán, se asomó al interior. El bramido del viento hacía muy difícil, por no decir imposible, entender lo que estaban tratando, pero por el fervor y entusiasmo con el que la concurrencia intervenía, debía de ser algo trascendental.

Miró detenidamente a los que se hallaban situados sobre el estrado. Tan solo

conocía al regidor de la Villa del Quemado. A su lado, un joven alto y esbelto hacía uso de la palabra en ese momento, por lo visto arengando a aquella turba de desharrapados.

No necesitaba ver más. Saltaba a la vista que la información que le había procurado el Hurón valía su peso en oro. ¡Al fin lograría derrotar a los sediciosos! Aniquilaría aquel escurridizo y peligroso avispero de un solo golpe.

Con esta intención, dio la orden de cercar la asamblea y él mismo, rodeado de su guardia personal y montado a caballo, irrumpió en medio de la reunión, interrumpiendo el discurso del joven.

—Soy el senescal del rey —tronó por encima del viento para hacerse oír—. No permitiré que nadie escape, de modo que os aconsejo que vayáis saliendo de uno en uno; vos también don Torcuato. Pronto vuestra testa estará adornando mis pendones. En cuanto a ti, joven marrullero y embaucador, ¿dónde tienes esa corona que ha de valer un reino? Aunque, bien mirado, poco te habrá de servir en una cabeza sin cuerpo.

A una señal de aquel joven, las campanas comenzaron a tocar a rebato, y los paisanos que estaban más cerca de los recién llegados se dieron la vuelta todos a una y les presentaron una corona poblada de espinas, o lo que es lo mismo, de largas y punzantes lanzas.

—Prestad atención, señor senescal. ¿No oís gritar a vuestros hombres? Eso es porque una legión de avispas ha topado con ellos —le respondió aquel joven gallardo, que le miraba impasible desde el estrado.

Efectivamente, un cúmulo de lamentos y gritos junto a una gran algarabía, se escuchaban fuera del templo.

—Esa voz... Yo la conozco —exclamó Froilán mientras su montura piafaba intranquila.

—Por fin caéis en la cuenta y yo también tengo una cuenta con vos y ya que os lo digo, refrescaré vuestra memoria. En el Salto de Roldán aquel día rugía el viento como ahora, mas el cielo no se encontraba tan en calma, ¿recordáis? Me hicisteis dar el paso más largo de mi vida.

—¡Pardiez! ¿Cómo no lo habría de recordar? La misma altanería e insolencia que entonces... Pero eso es imposible. Nadie pudo sobrevivir a un cataclismo así.

—Pues ya veis que sí. Y no solo yo, sino también mi maestro; y si no me creéis, muy pronto lo habréis de comprobar... Pero basta ya de plática; pasemos a la acción —dijo el príncipe desenvainando a Briosa.

El círculo erizado de lanzas puntiagudas se expandió, obligando a Froilán y a su guardia a salir al exterior. Allí, en la explanada, una nube de flechas asaeteaba a los hombres y caballerías que cubrían el acceso al templo, quedando muchos tendidos en tierra, debatiéndose en oscuros charcos de sangre. Los dardos partían del lienzo de muralla que habían dejado atrás y contra ellos, poco o nada podían hacer. El comandante dio orden a sus hombres de ponerse a cubierto y los guio hacia la parte



opuesta del recinto sagrado. Allí los reagrupó, pensando en que así podrían contraatacar, pero se equivocaba.

Surgiendo de entre las sombras de las casas en un movimiento veloz y coordinado, un nuevo y numeroso grupo de combatientes entró en liza, tratando de rodear y arrinconar al enemigo contra los muros este y sur de la iglesia. Al mismo tiempo, los lanceros salieron de la nave y tomaron rápidamente posiciones a lo largo de los muros, desde donde fustigaron las espaldas de la caballería, que quedó atrapada entre dos fuegos.

La lluvia de saetas había cesado, pero no así el combate, que se hacía más encarnizado por momentos. Advirtiendo que la situación se desmoronaba, el senescal dio orden de retirada y atacando con saña a los que tenía delante, consiguió abrir una brecha por la que se precipitaron sus soldados, todos camino de la rampa de salida... mas para su sorpresa, un rastrillo de hierro les cerraba ahora el paso.

No teniendo más remedio que volver grupas, las diezmadas tropas, con su jefe a la cabeza, galoparon hacia un flanco, evitando la iglesia y cruzando la pequeña aldea, hacia el límite sur del altozano. Cuando dejaron atrás las últimas casas, se encontraron en campo abierto, un terreno despejado y yermo en el que tan solo crecían cardos y alguna que otra retama.

Los batidores comenzaron a reconocer los escarpes laterales, en busca de alguna quebradura por la que poder escapar de la encerrona, pero todo fue en vano. A seiscientos pasos y cubriendo todo el frente, un enjambre de lanceros avanzaba a paso marcial, tras ellos un cuerpo de infantes se desplegaba en orden de batalla y cerrando la marcha una legión de arqueros tensaba los arcos y preparaba las flechas.

En su extremo sur, la muela se asomaba majestuosa sobre un enorme resalte, que por su forma recordaba a la quilla de un barco varado en lo alto de una montaña. Allí, en aquel lugar solitario, abierto a vientos y tempestades, terminaba el recorrido de aquella hueste.

Froilán era consciente de la terrible verdad: había sido engañado. Él y sus hombres estaban atrapados en una ratonera. Asomado al vacío, sobre la proa de aquella enorme nave, con el agua del río acariciando el casco allá en lo hondo, iluminado el rostro por un sol de tintes sangrientos a punto de desaparecer, tendida la mirada hacia un horizonte inalcanzable y sintiendo el mundo en torno a él como suspendido en el tiempo.

Entonces, aquel joven que a Froilán le parecía orgulloso y altivo salió de entre la formación.

—Creo que ya se ha derramado bastante sangre por hoy. ¡Os conmino a que os rindáis! Sin condiciones —manifestó Leonardo, tratando de elevar su voz sobre el viento rabioso.

Tras él, un verdadero ejército había formado un arco, cerrando el paso a cualquier intento de huida. Aquellas tropas no se distinguían por llevar un uniforme al uso, ni por lucir banderas, gallardetes o pendones, pero su evolución y disposición sobre el

terreno, su táctica de lucha y, sobre todo, su determinación y fiereza a la hora de combatir hablaban por sí mismos. Gentes humildes y orgullosas que habían decidido luchar para recuperar su libertad les contemplaban impasibles y en silencio.

El viento arreciaba con rachas huracanadas, envolviendo en su bramar el tañer de las campanas, que no había cesado en su batir ni un momento. Froilán, sin perder la calma ni la compostura, cruzó sus propias líneas y enfrentándose al príncipe, respondió de esta manera:

—¿Rendición? No está esa innoble acción en nuestras intenciones. Antes bien, venderemos cara nuestras vidas, y si los hados deciden que ha llegado nuestra hora, ¡bienvenida sea! Puede haber gloria y honra en la derrota, pero no en una humillante capitulación.

—Creo que eso de que te ufanas no es sino falso orgullo. Plantándonos cara, solo conseguiréis que os masacremos a todos —gritó el príncipe por encima del vendaval. Tal declaración hizo que aquellos hombres cuchichearan nerviosos entre ellos—. Froilán, ¡escúchame! Ya sé que eres un hombre ambicioso y despiadado, pero también valiente y leal. Tu rey puede estar muy satisfecho de ti, mas esa lealtad no debería pasar por el sacrificio que te propones.

Tras escuchar estas palabras, el senescal se volvió y habló con sus oficiales.

—Tened en cuenta que si nos rendimos, nos han de ajusticiar a todos, sin excepción. No os fieis de las promesas de ese hombre; son muchos los agravios que sus seguidores tienen contra nosotros y no nos los perdonarán. Si rendimos las armas sin combatir, a continuación nos degollarán como a puercos.

—Pero, señor, nuestra posición es desesperada. ¿Qué podríamos hacer? —dijo uno de sus capitanes.

—Un ataque relámpago. Mirad, tratarán de abatirnos con sus flechas desde la distancia. Pero si avanzamos hacia ellos con rapidez y decisión, sus arqueros no se atreverán a disparar estando por medio sus compañeros. Tal vez logremos sorprender y quebrar esas lanzas, y después arrollar a la infantería. Si hacemos que cunda el pánico entre ese ejército de labriegos, puede que todavía tengamos alguna oportunidad. Pronto oscurecerá y las sombras se convertirán en nuestras aliadas.

—Señor, estamos con vos. Decidnos cómo hemos de actuar y lo haremos sin demora —dijeron sus oficiales, todos a la vez.

—Atacaremos por sorpresa, componiendo dos cuñas rompedoras que dirigiremos contra los extremos de esa formación. Si lográsemos nuestro primer objetivo, avanzaremos en diagonal, destrozando su infantería y cargando contra las líneas de arqueros. Nos encontraremos en el centro del cerro, allí donde empiezan las casas. ¡Fuerza y honor, compañeros!

—¡Fuerza y honor, comandante! —le contestaron sus hombres.

Dicho y hecho. Sin mediar más palabras, con el valor y el coraje que da la desesperación, aquellos soldados se lanzaron gritando como condenados contra el adversario. Aquello pilló desprevenidos a los lanceros, que no tuvieron tiempo de

reaccionar y fueron arrollados sin remisión.

A continuación y tal como se había previsto, hendiendo cabezas, cuellos y brazos al ritmo del tañer de las campanas, la caballería pasó como un ciclón por en medio de las líneas de infantería, dejando a su paso dos amplios regueros de sangre. Los arqueros, al ver lo que se les venía encima, salieron corriendo hacia donde Dios les dio a entender.

Reunidos los jinetes en el lugar convenido, giraron en redondo y vuelta a empezar, pero esta vez segando únicamente las vidas de arqueros e infantes. Bien se echaba de ver que aquella era una tropa entrenada y acostumbrada a reaccionar a la voz de mando de Froilán. Viendo el éxito de sus acometidas, embargó a los soldados una euforia que a duras penas podían contener.

En el bando contrario cundía el caos y la confusión después de haber perdido tantos hombres. Con gritos y advertencias se consiguió al fin que los que quedaban con vida volvieran a ocupar sus posiciones detrás de los lanceros que, ahora sí, no iban a dejarse sorprender nuevamente.

Aunque desapercibido para los contendientes, aquel día había sido el más largo del año, el solsticio de verano. El disco solar parecía anclado sobre la línea del horizonte, iluminando con una claridad ya muy menguada el teatro de los enfrentamientos. Pero la noche, amparada en su ejército de sombras, al fin abatió a la luz, tejiendo un manto que habría de servir de sudario a los caídos.

Esta vez las embestidas de los jinetes no dieron tan buen resultado, quedando guerreros y corceles traspasados por las lanzas. Las flechas enviaron, ahora sí, su mensaje de muerte, y los infantes atacaron con ímpetu renovado las patas y vientres de los caballos, desmontando a muchos de los jinetes, que tuvieron que luchar a pie.

La contienda, que se extendía por toda la superficie del llano, era sin cuartel, pero aquellos hombres, desperdigados, agotados por el inmenso esfuerzo e inferiores en número, poco a poco fueron sucumbiendo, incluida la guardia personal del senescal.

De entre todos, Froilán destacaba por la fuerza de sus mandobles y lo mortífero de sus arremetidas, y era de los pocos que había logrado mantenerse en su silla. Un tropel de lanceros e infantes evolucionaba a su alrededor tratando de desmontarle, y aun así él se defendía con la fiereza de un jabalí y la astucia de un raposo, todo él y su montura cubiertos de sangre. Pero inevitablemente tuvo que recular y ceder terreno palmo a palmo, hasta que se encontró de nuevo sobre la proa del navío, en el vértice de la montaña, con el mundo distante a sus pies.

—¡Quietos, no sigáis hostigando a este valiente! Después de haber capitaneado así a sus tropas y de haber luchado con tanto coraje, se merece algo más que ser ensartado por una lanza —ordenó el príncipe, que no había perdido de vista a su enemigo—. ¡Tú, bravo soldado! Mercenario en el reino que un día fue de mi padre, ahora usurpado por un traidor que comparte mi estirpe y al que apoyas. ¡Qué buen servidor hubieras podido ser! Mas ahora tienes manchadas las manos de sangre y esa infamia nunca la podremos olvidar.

»Tengo una cuenta contigo y ahora mismo la voy a saldar. ¡Elige! Morir a manos de mis soldados o saltar al precipicio. Creo que en ese lugar el río que te espera abajo es más profundo de lo que parece.

Froilán le sostuvo la mirada un segundo. Luego levantó los ojos hacia lo alto, mascullando un no sé qué con aspecto de oración, o quizá de maldición, dio media vuelta a su montura, clavó espuelas y se lanzó hacia delante, precipitándose ambos en el vacío.

—¡Diantres! No pensé que fuera a decidirse tan rápido. Este hombre es de los que hacen de la necesidad virtud —murmuró Bertrán Sánchez de Laciana, sorprendido de lo que acababa de presenciar—. Sin duda ese desdichado se habrá aplastado contra la superficie del agua. Nadie podría sobrevivir a un impacto desde esta altura. ¿Deseáis que mandemos a alguien para recuperar su cadáver?

—¿Piensas entonces que le he mandado a una muerte segura? Porque quisiera creer que tenía alguna posibilidad de burlarla. Sin ir más lejos, él también me dio por muerto en ocasión parecida, y sin embargo aquí estoy. Y contestando a tu pregunta, no, no recuperaremos sus despojos. Si está muerto, que el lecho del río le sirva de mortaja, y si no lo está, ¡que tenga su oportunidad! Se la ha ganado a pulso.

El crepúsculo había dado paso a la oscuridad y el viento parecía querer dar una tregua en Peñalcázar. Todos hubieran deseado que el toque a rebato, que no había parado de sonar mientras duró la batalla, se transformase en un repique festivo y glorioso por la victoria; sin embargo, era tanta la sangre derramada por ambos bandos, a su pesar toda de un mismo tono carmesí, que se impuso un tañer de difuntos en memoria de los caídos, muchos de los cuales dejaban atrás mujeres e hijos.

—Nos espera una larga noche enterrando a los muertos —dijo Leonardo—. Mañana sin falta hemos de partir hacia el castillo de Babia.

—Si os parece, señor, primero haremos recuento de nuestras bajas —propuso don Torcuato—. Mucho me temo que han sido mayores de las que preveíamos.

—El enemigo ha presentado cara y era poderoso. Si no hubiésemos reaccionado a tiempo, podría incluso habernos vencido, de modo que nos podemos dar por satisfechos. Este es el precio que debemos pagar a cambio de la libertad. Tened en cuenta, regidor, que esas tropas eran la flor y nata de sus ejércitos, y ahora ya no podrán contar con ellas. Este combate nos ha de servir a todos para endurecer el ánimo y ganar en experiencia. La próxima vez no descompondremos nuestras líneas ni seremos sorprendidos tan fácilmente.

Bicho malo nunca muere, reza el refrán, y eso es precisamente lo que sucedió a Froilán.

Aquel viaje por los aires parecía no acabar nunca. Incluso llegó a creer un instante que Zeus le había enviado a Pegaso y que lograría ascender hacia las alturas

siguiendo la estela del sol poniente, mas todo fue una ilusión. Animal y jinete, ambos en ciclópea unión, se estrellaron contra la superficie de aquel cristal transparente que en lo profundo les esperaba.

El choque fue tan brutal, que el caballo, llevándose la peor parte, sucumbió sin remedio y el hombre salió despedido y se hundió en el líquido elemento, con tanta fortuna que, salvo los huesos doloridos y la ropa empapada, salió del agua erguido y andando.

Trepando por la abrupta orilla, enroscado entre matas y zarzas, alcanzó la ribera y se tumbó boca arriba, sintiéndose exhausto y sin fuerzas para continuar.

Desde allí pudo contemplar, a la luz de las primeras estrellas, el altísimo escarpe desde el que se había arrojado. Recortado sobre el cielo, parecía como si la oscura forma del farallón se le fuera a venir encima.

No sabía a qué o a quién dar las gracias por haber burlado a la muerte. El joven príncipe, si es que en verdad lo era, también había hurtado su vida a la segadora de almas y en condiciones aún más adversas. De no haberle ofrecido la posibilidad de saltar al vacío, ahora estaría tan muerto como los demás. Sin saber por qué, había confiado en sus palabras, y eso le había salvado la vida.

El joven le dijo que quería saldar una cuenta, pero había elegido una extraña manera de hacerlo. Lo cierto es que se había salvado, lo cual daba lugar a una nueva cuenta pendiente, pero una cuenta también extraña, porque si tratase de cobrársela, no haría sino sentirse en deuda.

Entre estos y otros pensamientos, aquel gato de siete vidas descansó lo suficiente como para poder salir pitando de allí, no fuera que algún inoportuno viniese a certificar su defunción. Caminando, trotando, corriendo como alma que lleva el diablo, se alejó de aquel lugar.

Ya recobrada la calma, por lo demás, tan habitual siempre en él, sin lamentaciones, sin remordimientos, caviló sobre los pasos que a partir de ahora debería dar.

El primero, desde luego, reunirse con el ejército que había convocado cerca del Pozo de los Humos; para lo cual más que correr habría de volar. Necesitaba agenciarse urgentemente un caballo y de los rápidos, pero siendo un hombre de recursos, eso era lo que menos le preocupaba.

El desasosiego cundía entre los moradores del castillo de Babia, sobre todo desde la marcha del Caballero del Sur. La verdad es que se le echaba de menos. Era el único capaz de insuflar un poco de diversión y alegría en aquel ambiente crispado, que los invitados, inquietos y desatendidos, agradecían con efusión.

Sin embargo, tras la escaramuza nocturna y desdiciendo este sentir general, aquella mañana Jaime se encontraba de mejor humor que de costumbre, pues creía tener bien encauzada la situación. Sin caudillo al que proclamar rey y con el principal impulsor de la revuelta a buen recaudo, los rebeldes pronto abandonarían sus pretensiones. En cuanto a la conjura de aquel insensato de Froilán, ya nada tenía que temer de él, así que solo le restaba vigilar de cerca a sus paisanos, por lo que pudiera suceder.

A pesar de ello, en las horas previas el rey no había logrado conciliar el sueño ni siquiera un instante, ansioso porque el grupo de reconocimiento volviese para informarle de sus pesquisas. Era de noche todavía cuando un mensajero le trajo las nuevas que estaba esperando. No eran todo lo alentadoras que él hubiera deseado, pero tampoco iba a mortificarse por ello; encontrar a la princesa solo era cuestión de tiempo. Con el ánimo ya más distendido, el monarca decidió que lo mejor que podía hacer era irse a dormir un poco para templar el ánimo y calmar los nervios. Tal vez cuando despertase le estarían esperando buenas noticias.

Durmió profundamente y de un tirón hasta casi a la hora del almuerzo, y cuando volvió en sí, él mismo se sorprendió de lo presuroso que había transcurrido el tiempo y llamó a gritos a su ayuda de cámara.

—¿Por qué no me has despertado antes?

—Señor, ne... necesitabais dormir más que ninguna otra cosa —le contestó el gentilhombre, temeroso de su violento carácter.

—Espero que no hayan llegado nuevos mensajes, porque si así fuera y por tu culpa no hubiera sido informado...

—No ha venido ningún mensajero, mi señor; por eso no me he atrevido a interrumpir vuestro real reposo —se excusó el hombre, temblándole la barbilla—. Dentro de una hora se servirá la comida en el patio de armas. Si os place, rey soberano, puedo encargarme de anunciar que hoy acompañaréis a vuestros invitados. Creo que os echan en falta.

—Sí, esa es una buena sugerencia. Estoy siendo descortés con ellos y esto no es lo habitual en mí. ¿Qué se dirá de mis modales? Tomaré un baño primero y luego acudiré a la cita.

Una hora después el monarca, luciendo en los labios una inocente sonrisa que a algunos causó asombro y a muchos espanto, ocupó su asiento a la mesa. Quiso el

soberano en aquella ocasión tener cerca de él a Anselmo y también a Venancio, y les ordenó que se sentaran en los puestos de honor, uno a su diestra y el otro a su siniestra.

Comenzaron a traer los primeros platos, se llenaron las copas de vino y a una señal suya, dio comienzo el alegre festín de zampar y roer. Al principio el silencio dominaba el ambiente, pero pronto los convidados comenzaron a cacarear, contagiados del buen humor y la animada conversación del rey.

—Comed y bebed, amigos, porque me place sentarme entre hombres como vosotros —afirmó Jaime, con un tono de voz desconocido hasta para él mismo—. Cardenal arzobispo custodio (permíteme que te nombre así, tienes que irte acostumbrando), ¿qué rumores corren por el castillo?

El abad de Ochagavía contestó:

—Señor, se dice que habéis desbaratado una conspiración y que esta noche nos han atacado unos fantasmas, que aparecieron de repente.

—¿Y tú, Venancio? Veo que sigues tan callado y hermético como cuando llegaste. ¿Acaso te preocupa algo en lo que yo te pueda ayudar?

—No, no, señor, es solo que no estoy muy acostumbrado a estas romerías.

—Sin embargo, parece como si tales festejos fueran el oficio de tu señora esposa. ¡Y qué bien que se desenvuelve la hechicera entre paños y abalorios! Creo que la corte es el lugar ideal para ella.

—Quizá para ella sí, mas no para mí.

—¿No será que estás un poco celoso? Tengo entendido que ese gigante del gracejo y el requiebro se muestra... ¿cómo decirlo?... amable y cariñoso en exceso con doña Catalina.

—Es cierto, mi señor, y ella nada hace por pararle los pies —susurró el conde en un hilo de voz sintiéndose abochornado.

—No te sonrojes. En vez de preocuparte tanto, búscate una amante —le aconsejó el rey.

—¡Oh! No digáis eso, majestad. Lo que Dios ha atado en la Tierra, que no lo desaten los hombres —exclamó el abad, echándose las manos a la cabeza.

De repente, con una inflexión de voz que no auguraba nada bueno, Jaime inquirió:

—Venancio, ¿qué sabes de tu hermano?

—¿Yo? Yo no sé nada. Desde que estoy aquí apenas lo he visto y no he hablado con él ni una sola vez... aunque no es de extrañar. En realidad, siempre ha sido para mí un completo desconocido.

—Menos en los negocios que te han conducido hasta aquí, ¿no es así?

—Bueno, mi señor, eso es cosa aparte. Nos unían intereses comunes que, vos bien lo sabéis, servían sobre todo a los vuestros. Lo que quería decir es que su majestad lo conoce mucho mejor que yo, sin duda alguna.

—Tienes razón. ¿Y tú, Anselmo? ¿Tampoco sabes nada de mi senescal? —le

preguntó al abad mirándolo fijamente.

—Mi señor, con ocuparme de vuestros encargos ya tengo bastante. ¿O acaso creéis que dar de comer a tanta gente es cosa fácil?

—Pero cuentas con un excelente ayudante en el que descargar ese cometido.

—Y lo hago, mi señor. Gracias a que él me asiste en tan importante menester me queda tiempo para componer jaculatorias y plegarias y proporcionar el bálsamo divino con el que aliviar el corazón de los pecadores.

—Me gustaría conocer a ese hombre. Según me han contado, y corrígeme si me equivoco, es un asombroso monje capaz de obrar milagros e incluso de descifrar lo indescifrado.

El abad compuso un gesto de profunda sorpresa.

—¿Quién os ha contado eso, mi rey?

—Yo tengo ojos y oídos en todas partes. Quiero que más tarde lo traigas a mi presencia.

—Si ese es vuestro deseo, así lo haré, mi buen señor.

Jaime se dirigió nuevamente al antiguo molinero y le dijo:

—Llevo tiempo queriendo hacerte una pregunta. ¿Por qué mi futura esposa te tiene tanta aversión?

El aludido humilló la mirada y temblándole la voz, contestó:

—Señor, será porque fue gracias a mí que pudo ser capturada.

—Pero tu paisano también tomó parte en ello y, sin embargo, es de ti de quien abomina, cosa que no entiendo, puesto que con tu mujer parece llevarse muy bien.

Entre pregunta y pregunta, monje y molinero intentaban llevarse a la boca algún que otro bocado, pero el rey se lo impedía: apenas habían dado una respuesta cuando ya otra pregunta llegaba. Al final desistieron y tuvieron que conformarse con hablar en lugar de comer. (Hemos dicho comer, en ningún caso beber, porque libando de aquellas cárdenas flores aliviaron la sed, que no el apetito, lo cual les hizo perder hasta un poco el sentido e incluso la compostura).

—Señor, esta comida que nos va pasando por delante viene y se va como las olas del mar; ahora ya estamos a los postres. ¿No sería mejor que pudiésemos dar algunos bocados en lugar de tanto platicar? —reclamó el abad con cara de súplica.

Aquella pregunta, unida a las explicaciones que le habían dado aquellos simples, terminaron de convencer al monarca de que se encontraba sentado entre dos necios, con parte de su inteligencia menguada y, eso sí, dispuestos a hacer cuanto fuera necesario con tal de satisfacer sus ambiciones. No, allí no estaba el enemigo que él con tanto ahínco buscaba.

Terminado el yantar, saludó a la concurrencia y levantando la voz, anunció a las señoras que aquella tarde podrían reanudar sus pasatiempos y a los caballeros salir a cazar de nuevo, lo cual provocó que los invitados rompieran en vivas al rey.

A eso de las siete de la tarde llegaron nuevos informes. Al parecer, los fugitivos se habían dirigido hacia un lugar conocido como el Pozo de los Humos. Sus huellas



terminaban allí. Jaime dio orden de continuar la búsqueda con más empeño si cabe, ofreciendo una cuantiosa suma de recompensa al que lograra atraparlos y traerlos de vuelta al castillo.

Algo más tarde, volvió a convocar en el patio de armas a Venancio y a Anselmo pero además a Toribio, a Catalina y al monje iluminado.

—Doña Catalina, lucís mucho mejor con esos vestidos que ahora lleváis. ¿Por qué no os acompaña vuestra doncella? —comenzó Jaime, asombrando a todos de su gentileza—. Id a llamarla y traedla con vos, hacedme el favor. Mientras tanto, nosotros iremos hablando, aunque sea tan solo para entretenernos.

»Anselmo, ¿es este el monje que hace milagros con la comida? —continuó—. Nos tiene asombrados a todos.

—Él es, y como ya os dije, se llama Guillermo de Trouville.

—Guillermo, ven, acércate. —El monje así lo hizo—. Diriges esa tropa de marmitones como nunca he visto hacerlo a nadie. Si no fueses hombre de Iglesia, te pondría al mando de mis ejércitos. Sin duda, habrías de superar con tus gestas al mismísimo Alejandro.

—Señor, me parece que ya disponéis de un comandante para eso, pero si deseáis sustituirle, contad conmigo, pues estad seguro de que haré un buen papel. Antes que monje fui soldado en el ducado de Borgoña, tiempos lejanos en los que mutilé cuerpos y aniquilé multitudes, sin tasa ni medida y sin reparar en si se trataba de plebeyos o de reyes. Por no seguir llenándome de oprobio y para hacerme digno de perdonar, siquiera en parte, el mal del que fui causa, abracé la religión y ahora solo me dedico a esta profesión de fe.

El rey se quedó mirando lleno de estupefacción a aquel monje de espesa barba y hábito raído. En ese momento llegó la condesa, acompañada de Elvira.

—Tengo entendido que además de ser experto en la cocina y, según ahora me confiesas, en la guerra, también tienes la cualidad de curar enfermos desahuciados y de interpretar las pesadillas más oscuras —dijo Jaime, recuperándose de la enorme sorpresa que le había causado el de Trouville.

—Señor, no han de ser sino las malas lenguas las que han hecho correr tales embustes. Yo solo he hecho lo que se me ha ordenado. Soy un hombre como los demás.

—¿Es cierto eso que dice, abad?

—Yo le he visto hacer prodigios, mi señor. Lo que ocurre es que es un fraile poco dado a mostrar sus cualidades y sumamente modesto y humilde.

—Está bien, te someteré a una prueba. ¡Interprétame este, no sé si sueño o pesadilla!

»Un águila real se encuentra posada en lo alto de una montaña. Con una garra sujeta la rosa más bella y lozana que nadie jamás haya podido contemplar y con la otra, un cetro de oro. El cielo es azul y el viento se encuentra en calma. De repente, una paloma blanca como la nieve atraviesa el espacio en vuelo fugaz y le arrebató la

flor, mientras un halcón que llega envuelto entre los pliegues de una súbita tormenta la despoja de su cetro. Después, entre centellas y truenos, la reina de las aves es envuelta en un remolino de horrendas mariposas que desgarran sus alas y beben su sangre.

Tras escuchar el relato, un silencio sepulcral se apoderó de todos los presentes.

—Señor, a veces los sueños se convierten en pesadillas, y creo que este es el caso. Sería mejor dejar las cosas como están —aconsejo el monje.

—Si tienes algo que decir, dílo. Nunca he tenido miedo de quimeras ni de alucinaciones.

—Esa montaña de la que habláis parece encontrarse muy lejos; sin embargo, yo pienso que se trata de vuestro castillo o tal vez de un lugar cercano. En cuanto a la rosa, si es tan lozana y bella como decís, sin duda ha de ser una mujer, para más señas doncella, y tened en cuenta que las rosas, entre fragancias y pétalos de terciopelo, suelen esconder agudas espinas. Por cierto, ¿de quién son esas palomas que sobrevuelan este lugar?

—Son de Mudo, nuestro jardinero real. ¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé, en realidad he hecho una asociación entre la paloma de vuestro sueño y estas otras. Deberíais deshaceros de ellas.

El rey dio unas palmadas y varios cortesanos se acercaron.

—Buscad al jardinero y traedlo ante mí, rápido —dispuso el soberano—. Y ahora continúa, monje de los avernos.

—Señor, no me satisface la forma en que os dirigís a mí. No olvidéis que no soy responsable de lo que vos soñáis.

»Os diré ahora una gran verdad. Dicen que a veces el camino de los hombres se encuentra escrito en las estrellas, pero yo no estoy de acuerdo con eso. Creo que cada cual traza el suyo con sus pensamientos y acciones. No sé qué representa o significa esa paloma, mas está claro que una doncella os será arrebatada.

—¿Cómo que me será arrebatada? No os entiendo.

—Señor, el águila real sois vos mismo. ¿No lo comprendéis?

—Y esa doncella... ¿te refieres a la princesa Cecilia?

—Os contestaré con otra pregunta. ¿Acaso os interesa otra mujer que no sea la princesa? —Jaime le miró circunspecto—. Bien, veo que no decís nada, señor, así que continuaré con mi interpretación del sueño. Un enemigo fuerte y poderoso llegará hasta vos cabalgando a lomos de la tormenta, y os arrebatará todo lo que más queréis.

—¿Por qué dos aves de presa a la vez? —preguntó el rey, cada vez más consternado.

—Creo que un águila y un halcón son en cierto modo animales afines, casi parientes cercanos, pero no temáis. Es evidente que ese animal no será el que termine con vos; para eso ya están las mariposas.

—¡Qué sinsentido! Las mariposas son insectos inofensivos.

—Señor, quizás en vuestro sueño, esos insectos se hacen pasar por mariposas,

pero en realidad se trata de pequeños demonios, enviados para haceros pagar por vuestros pecados. Guardaos de ellos, porque está escrito que han de ser vuestra perdición.

—Pero tú, que por lo que se dice tienes remedio para todo, me darás alguna solución, ¿no es así?

—A mi humilde entender, señor, tenéis cuatro salidas.

—¿Cuatro? —se extrañó el soberano, casi aliviado—. Pues no son esas pocas.

—Lo malo es que no sé si serán de vuestro agrado, alteza reverendísima. Escuchadme con atención, porque os haré el inventario igualmente. La primera es la más sencilla de todas: se trata simple y llanamente de que huyáis tan lejos como podáis. La segunda consiste en que vos mismo os quitéis la vida; así evitaréis que nadie haga ese trabajo por vos.

El rey, rojo de ira y rebulléndose en su asiento, escuchaba a aquel monje con mirada asesina, pero Guillermo continuó su relato sin inmutarse lo más mínimo.

—La tercera tiene que ver con afrontar el destino y presentar batalla, aunque ya veis lo que anuncia vuestro sueño. Y la última y, a mi modo de ver, la menos gravosa para vos, os conduce a abrazar los hábitos como hice yo y renunciar al mundo y a la carne; solo de esta forma tendríais alguna posibilidad de salvaros y expiar vuestra culpa.

Anselmo, todavía bajo los efectos de la bebida y un poco nublado el entendimiento, intervino tratando de mediar en tan seria conversación.

—Mi augusto señor, parece poca cosa este monje, mas cuando se le arrebató la mirada, como ahora sucede, y presenta ese verbo florido y punzante, es mejor hacerle caso y seguir su consejo. Por su boca habla, como poco, el arcángel San Gabriel.

—¿Y qué prefieres tú, mentecato?, ¿que con mis propias manos ponga fin a mi vida o que huya sin corona ni honor?

—Perdonadme, señor, me refería a la última solución. Tened la certeza de que estaría encantado de acogeros bajo mi protección y ayudaros en vuestro camino de flagelo y penitencia.

—¡Fuera de mi vista, majadero, abad de los mil demonios! —tronó el rey levantándose de su asiento con furia mal contenida—. ¡Fuera de mi vista he dicho! Y mañana, cuando recobres algo de juicio, preséntate ante mí.

»En cuanto a ti, ave de mal agüero —dijo volviéndose a Guillermo—, profeta de calamidades y desdichas, regresa a tus cocinas y no vuelvas a salir de allí.

—Os advertí de que no me hicieseis más preguntas, señor, pero os empeñasteis en que continuara, y he aquí el resultado —remachó antes de retirarse.

Mientras el abad y su augur abandonaban el lugar, el rey, visiblemente trastornado, se quedó mirando sin ver al resto de convocados. Una cólera ciega y una amarga hiel le subían por la garganta y apenas le dejaban respirar. Le dieron agua y, poco a poco, recuperó el resuello y la cordura.

—¿Qué te ha parecido a ti esta farsa, Toribio? —inquirió el rey—. Tú que eres un

hombre de Iglesia, aunque sensato y de buen juicio.

—Si os referís a las palabras de ese monje alucinado, ¡qué queréis que os diga! Ni creo ni dejo de creer en lo que ha dicho, pero si yo estuviera en vuestro pellejo, me andaría con cuidado, por lo que pudiera suceder. Siempre ha habido falsos profetas mas ¿cómo distinguirlos de los verdaderos? Es cosa difícil, si no imposible.

—La pesadilla que he relatado es real. Hace mucho que me atormenta. Me acecha en la noche y enturbia mi reposo —dijo el rey, bajando la voz.

—En este mundo mortal, cada hombre ha de vivir con sus sueños y cargar con sus pesadillas. Ellas son solo el reflejo de la obra que a cada cual le ha tocado representar en el teatro del mundo.

»Miradme a mí. Yo también tengo un sueño que se repite a menudo. Me encuentro sentado a la mesa, compartiendo el pan con todos los que a lo largo de mi vida he conocido y amado, y esta mesa es larga y generosa. ¿A cuántas personas habéis amado vos? —Jaime guardaba silencio—. ¿No decís nada? Entonces no me extraña que os atormenten pesadillas.

—Ni siquiera sé si la muerte me libraría de ellas.

—Señor, permitidme que peque de sinceridad: con un corazón tan negro y ponzoñoso como el vuestro, solo podéis aspirar al tormento eterno, y en ese lugar, las pesadillas de las que hoy os quejáis solo son pálidos reflejos de las que os esperan.

—Toribio, tengo una pregunta para ti. Si me arrepiento de todas mis acciones pasadas, ¿conseguiría lograr el completo perdón divino? Piensa bien la respuesta, predicador, mira que son las mías acciones muy negras, porque no recuerdo ninguna que se pueda calificar de tolerable.

—Dios es misericordioso con los que se arrepienten y afirmo que si la retractación es sincera y profunda, hasta los pecados más espantosos pueden ser perdonados.

—En ese caso, tengo tiempo todavía. Dejaré para los últimos instantes de mi vida ese acto sublime, pero antes daré rienda suelta a mi naturaleza sin desaprovechar un instante. Y a vosotros os digo —exclamó Jaime, señalando a los condes de Vistahermosa y profiriendo una estruendosa carcajada—, tomad buena nota de esta homilía. A vosotros también os ataño, ¿no es verdad, doña Catalina?

La condesa, que se sentía un tanto apabullada y asustada después de todo lo que había escuchado y no tenía las más mínimas ganas de intervenir, se quedó sin abrir la boca y le dio por fin baza a su marido, quien, no obstante, decidió ahorrarse las palabras a pesar de ser su oportunidad de opinar. Toribio callaba también, porque para él estaba ya todo dicho.

—Condesa, ¿cómo se llama vuestra costurera mayor? —quiso saber el soberano.

—Su... su nombre es Elvira —comenzó a hablar Catalina con un poco de duda, pero enseguida recuperó su verborrea habitual—, y a ella se debe en gran parte la guía y la labor que han tenido su remate en el ajuar de la novia. Nunca me ha gustado apalancarme méritos que no son de mi incumbencia, de modo que justo es

adjudicárselos a esta mujer, por lo demás, mi mejor y en exclusiva dama de mi compañía.

—Está bien, está bien —dijo el rey, con trazas de sentirse bastante mortificado—. Empezó bien la mañana, mas con el paso de las horas las tornas han cambiado; debía tratar algunas otras cosas, pero creo que por hoy ya he tenido bastante.

No bien hubo el rey terminado de hablar cuando se acercaron unos soldados y, adelantándose el que iba al mando, pidió venia para informar.

—Señor, no encontramos a Mudo por ninguna parte. Al parecer nadie le ha visto desde ayer.

—¿Habéis mirado en su palomar?

—Allí y en todas partes. Es como si se le hubiera tragado la tierra.

—Continuad buscándole; no puede andar muy lejos —indicó Jaime cansado de tanto enigma por desentrañar.

La condesa, al oír aquello y sin dejar de mirar a su doncella, estuvo a punto de intervenir, pero pensándolo mejor, decidió seguir con la boca cerrada, intuyendo que decir lo que sabía no la iba a reportar ventaja alguna y sí muchos inconvenientes.

El resto de la jornada transcurrió sin novedades y el rey, con el ánimo apagado y sin ganas de diversión, se volvió a recluir en sus aposentos, fastidiado de que el sol tardase tanto en ocultarse.

De esta forma fue como transcurrió aquel portentoso y largo día veintiuno de junio por la gracia de Dios, preñado de acontecimientos, buenos para unos, desfavorables para otros, pero que no dejaron indiferente a ninguno, salvo a aquellos que habían tenido la desgracia de abandonar este mundo.

Con los primeros rayos de la aurora, el Caballero del Sur, cansado, por no decir rendido, se presentó ante la puerta del castillo; desde allí fue conducido a presencia del rey sin dilación, como si le estuviese esperando.

—¿Solo eres tú el que regresas? ¿Dónde está la patrulla que envié? —preguntó Jaime, clavando en Francisco unos ojos que, a la luz de dos candelas, parecían flamear.

—Señor, esa patrulla de la que habláis se ha deshecho como azucarillo en el agua.

—¿Cómo que se ha deshecho? ¡Sé más explícito!

—Tan solo vuestro oficial al mando y unos pocos de sus hombres han tenido valor para continuar la tarea; el resto me temo que ha desertado.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Ayer empleamos todo el día en buscar a vuestra prometida. Seguimos su rastro hasta la orilla de un caudaloso río, muy próximo a un despeñadero al que vuestros soldados se referían como el Pozo de los Humos y al que yo llamaría mejor el Pozo de las Tormentas, por la pavorosa cascada de agua que en él se precipita.

—Conozco el paraje. ¡Continúa!

—En ese punto las huellas se perdían y por más que se batió la orilla, no fue posible reencontrarlas.

—¿Y la otra orilla? ¿Por qué no la nombras?

—La otra orilla, señor, estaba fuera de nuestro alcance. No había vado practicable por el que poder cruzar.

»Además de eso —continuó el Caballero del Sur—, llevábamos o más bien arrastrábamos a ese tal Felipe con nosotros. Tenía una herida en el costado y magulladuras que, según cuenta, le hicisteis vos. En cierto momento y para no retrasar más la marcha, el oficial decidió darle muerte, cosa a la que yo me opuse, por considerar que no se ganaba nada con ello y sí que se perdía la oportunidad de interrogarle más a fondo.

—¿Y qué es lo que ocurrió?

—Pues que dejaron al desgraciado allí, vigilado por tres hombres. La cosa es que cuando regresamos con las manos vacías, ya cerca del anochecer, tanto el prisionero como sus guardianes habían desaparecido, eso sí, dejando sobre el suelo un copioso rastro de sangre. Al ver esto y no hallando explicación, el pánico cundió entre las filas. Por mi parte decidí que era mejor regresar al castillo para informaros de lo sucedido, mientras que muchos soldados, temiendo a la par vuestra furia por no haber encontrado a la princesa y la amenaza que se ocultaba entre las sombras del bosque, resolvieron, como se dice en mi pueblo, tomar las de Villadiego, y aunque al principio iban siguiendo mis pasos, pronto se dispersaron en grupos, como cuando se

desgajan las ramas de un árbol.

—¡Cobardes, traidores, gallinas! Lo pagarán muy caro —exclamó el rey, cerrando los puños lleno de furia.

—Señor, no todos fueron cobardes. Vuestro oficial al mando trató por todos los medios de convencerles de no abandonar, primero con razones y después por la fuerza de las armas, pero los que se querían marchar superaban en número a los que deseaban quedarse. A estas horas esos valientes habrán reemprendido la búsqueda... si es que todavía siguen con vida.

—¿Qué crees tú que sucedió? —le interrogó Jaime, mirándolo de arriba abajo.

—Yo no sé qué pensar. Puede que ese Hurón, del que tanto se habla, tuviese compinches en el exterior. A pesar de todo, le estoy muy agradecido porque pudiendo matarme, solo me dejó sin sentido. También me ha obsequiado con este abultado y cárdeno chichón; poco ha faltado para que me saltase los sesos —dijo, acariciándose el prominente moretón.

—Aclárame una cosa, Francisco, ¿por qué dijiste que cargabas sobre tus hombros a la condesa de Vistahermosa, cuando en realidad se trataba de la princesa?

—Señor, ese hombre me amenazó de muerte si no hacía lo que me ordenase; la punta de su espada tuvo la culpa de hacerme decir tal patraña.

—¿Y qué hay de esos soldados que se os echaron encima al salir de los aposentos de mi prometida?

—Nada sé sobre ese asunto. Lo único que puedo deciros es que luchaban como condenados, sobre todo aquel pelirrojo, que a punto estuvo de acabar con ese par de traidores. A uno le compuso un buen siete en las costillas, dejándole mal parado, como ya sabréis, y al otro, pudo hacérselo pagar aún más caro. Por suerte para él, se apagaron los hachones de repente, lo que le permitió huir y ponerse a salvo, manteniéndonos a mí y a mi carga siempre por delante.

—¿Conocías a ese pelirrojo que, según tú, luchaba como un condenado?

—No según mi parecer, sino el de todos los que le vieron pelear. No tengo ni idea de quién pueda ser; sin duda un esforzado y valeroso guerrero. Para mí es innegable que trataba de impedir el rapto de la princesa. Lo que no acabo de entender es por qué los guardianes le atacaban. ¿Le conocíais vos, señor?

—Sí, a decir verdad sí, pero no es quien tú me das a entender, sino otra persona bien distinta.

Haciendo como si no hubiese escuchado lo último que le había dicho el rey, Juan Bradley continuó de esta manera:

—Disponer de un guerrero así debería ser motivo de orgullo para cualquiera, y en este caso más aún, visto el gallinero que compone alguna de vuestras filas. Perdonadme, señor, la grosería.

El rey se revolvió en su asiento, rabiando por las palabras de aquel jocoso guasón, pero no respondió a su provocación.

—Si yo tuviese tan solo a veinte hombres como él, conquistaría un imperio, no lo

dudéis —continuó con su chanza el Caballero del Sur, aun sabiendo que se estaba metiendo en un avispero—. Supongo que después de haberle visto en acción le nombraréis, al menos, comandante de alguna de vuestras mesnadas.

Viendo Jaime que de aquel diálogo no iba a sacar sino escoceduras, decidió dejar en aquel punto la conversación. Estaba claro que aquel caballero, con sus ideas peregrinas, se encontraba muy lejos de entender la verdadera situación.

—Ahora vete a descansar, te lo has ganado; y cuando lo hayas hecho, ocúpate de que reine la animación entre mis invitados. La princesa aparecerá en cualquier momento y hemos de estar preparados.

—Señor, así se hará, no tengáis cuidado. Mientras yo me halle aquí junto a vos, no han de faltaros filigranas, cucamonas y arrumacos... quiero decir, vistosos y alegres festejos. Vuestras bodas lo merecen y, si me permitís el consejo, señor, vos también deberíais descansar. Vuestra cara es un poema. Salta a la vista que habéis pasado la noche en blanco. Haced como yo, no dejéis que los problemas y las malas noticias os atormenten y nublen el juicio; total, el camino de los hombres, también el de los elegidos, es corto, rueda cuesta abajo y no tiene vuelta atrás.

Desde que fueron trasladados al castillo de Babia, el rey del Pirineo y su esposa Margarita vivían rehenes de su odiado enemigo y yerno en ciernes. En todos los días que llevaban allí recluidos, no solo no habían podido salir de la vieja torre del oeste ni un solo instante, sino que se encontraban completamente desconectados del mundo exterior, a excepción del hermoso panorama que se podía contemplar desde la balconada. Aquella situación se avenía poco con el carácter de Alfonso, quien sufría en silencio su calvario personal, para así no entristecer y preocupar a su esposa. Desde que Toribio les visitó, no había vuelto a tener noticias de lo que estaba sucediendo, y esta falta de información le desesperaba. Ni siquiera Jaime, desde su última y única entrevista, había vuelto a tener contacto con ellos.

Esa misma mañana, Alfonso contemplaba el horizonte, meditando sobre lo ocurrido últimamente y en lo que estaba por venir.

—Esposo mío, sé lo que estás pensando, lo leo en tu mirada —le dijo su compañera acercándose a él y abrazándole con dulzura.

—¡Alcanzar esas cumbres quisiera y ganar la otra orilla si pudiera! Cruzando bosques, atravesando prados, surcando mares, cabalgando vientos y tempestades —murmuró tendiendo la vista hacia el bosque de Muniellos—. El hombre tiende a menospreciar la tierra que pisa y a menudo cree que aquella que se le muestra en la lejanía es promesa de prosperidad y abundancia. Este es el hilo que guía tantas hazañas y empresas, a pesar de que la realidad suele ser otra muy distinta.

»No es mi caso, por suerte. Yo siempre supe, porque mi buen padre así me lo enseñó, que mi tierra era lo máspreciado; y cuando digo tierra quiero decir gentes, hogares, terruño. Mirando hacia esos confines me parece sentir la patria que me vio



nacer y que ahora se encuentra sumida en el caos y la violencia.

—El buen abad nos animó a no desmayar, a mantener la moral alta. Él siempre ha sido un hombre de firmes principios y opiniones fundadas —le alentó su esposa.

—No soporto estar aquí sin poder hacer nada y sintiéndome prisionero de mis afectos. Cada vez que pienso en nuestra hija... ¡Pobre chiquilla, lo que estará padeciendo por mi culpa! Ojalá no la hubiera forzado a renunciar a aquel amor declarado. Quería para ella una persona de linaje y posición, pero Dios ha castigado mi soberbia. Parece mentira que no haya aprendido nada de mi propia condición, yo, que tuve la dicha de amarte desde el mismo instante en que te conocí, que por ti hubiera renunciado a todo... En cambio, con ella quise que prevalecieran mis propios intereses sobre sus sentimientos. ¡Debí escucharte cuando tuve ocasión!

—No te atormentes más, querido. Afrontaremos el futuro con valentía y esperanza. Son muchos años los que has estado sembrando paz y justicia, y algún día has de recoger el premio a tus desvelos y bondades.

—Difícil lo tengo cuando yo soy el único culpable de todas nuestras desgracias.

—La traición fue la que te privó de la victoria. Es inevitable cuando los corazones de algunos hombres están hechos de malicia y engaño y la codicia y la envidia alientan sus acciones. Todo lo contrario de lo que te ocurre a ti. Debes sentirte orgulloso de ello. ¡Alegra el semblante, mi rey! Aún no se ha escrito el final de esta historia.

Alfonso sonrió con tristeza.

—Tus palabras son un bálsamo para este corazón doliente. Eres la mejor madre, esposa y reina que jamás haya existido, y nunca agradeceré lo bastante a Dios el haberte conocido.

—Vas a lograr que me sonroje. Tú siempre has sido un hombre al que no le han movido afanes de dominio y riquezas; solo te has preocupado por el bienestar y la felicidad de tus súbditos, y ellos lo saben. En esta hora amarga, esas buenas y laboriosas gentes a las que tanto has ayudado te respaldarán, no lo dudes. Únicamente falta la chispa que encienda la mecha.

En ese momento la llave giró en la cerradura y la puerta de su encierro se abrió de par en par, dando paso a Jaime, que venía con aspecto de haber dormido poco aquella noche.

—Alguien ha raptado a vuestra hija —anunció con la cara desencajada.

—Querrás decir liberado —respondió Alfonso, dejando traslucir una sutil sonrisa. Un gesto de complacencia que no le pasó desapercibida a su adversario, quien se dispuso a borrarlo de un plumazo.

—Si tu hija no aparece, cambiaré mis planes para el día de San Juan. En lugar de bodas reales y celebraciones, tendremos reales decapitaciones, duelos y quebrantos.

—Señor, ¿acaso nos hacéis responsables de lo ocurrido? Nosotros no nos hemos movido de aquí, ni hemos tenido contacto con nadie —intervino Margarita con tono firme y resuelto.

—Llevan más de un día y medio buscándola, pero lo que parecía una tarea fácil se está convirtiendo en un propósito cuyo resultado se hace más difícil de vaticinar a cada minuto que pasa —respondió el rey, con el ceño fruncido y lanzando destellos homicidas por los ojos—. Asimismo, os comunico que he apresado al barón de Mieres y a mi querido sobrino; por tanto, no esperéis ninguna ayuda del exterior, ni del interior tampoco. Ellos formarán parte de vuestro cortejo fúnebre al pie del cadalso.

»Ahora haré venir a Toribio para que os confiese a ambos. No quisiera que por mi culpa abandonarais este mundo sin hacer contrición de faltas y pecados. Aprovechad también para que ese santo varón os acompañe en vuestros rezos y plegarias; quizás con ellas lograréis lo que yo no he podido conseguir hasta ahora: que aparezca la princesa. Os va en ello vida y hacienda.

Jaime, sin despedida de ningún tipo, se dio la vuelta y abandonó la estancia dando un tremendo portazo.

Poco después, tal como les había dicho el rey, hizo su aparición Toribio, acompañado, por supuesto, de Anselmo.

—Aplacad vuestros nervios, mis queridos amigos. Esta mañana ha regresado al castillo ese hombre al que se le conoce por el Caballero del Sur. Al parecer la partida que salió en busca de la infanta no ha sido capaz de encontrarla. Sin duda, los que la han liberado son mucho más poderosos de lo que el propio rey estaría dispuesto a admitir.

—Hermano, hemos venido hasta aquí para que confeséis a los prisioneros, no para que les hagáis confidencias —le recriminó Anselmo a su antiguo superior.

—Ese mal nacido nos ha dicho que Rodrigo Cortés y el príncipe Leonardo han caído en sus garras, ¿es eso cierto? —inquirió Alfonso, mostrando una gran preocupación e ignorando a Anselmo.

—No debéis hacer caso de todo lo que el rey os ha contado. Sabéis que en numerosas ocasiones, para hacer coincidir la realidad con nuestros deseos, nosotros mismos nos tendemos trampas y engaños. Él solo quiere creer lo que le conviene y, de paso, mortificaros, pero mal que le pese, no se ha de salir con la suya. Los hados han hablado por boca del monje Guillermo de Trouville y así nos lo han ratificado. ¿Verdad, Anselmo?

—¡Dejad de hablar de esas cosas, yo os lo ordeno! Y pasad a la confesión, que es lo que tenéis que hacer.

—Está bien, pero tú deberías saber mejor que nadie que la confesión es un secreto que no ha de trascender los límites de la discreción y la reserva que el confesor debe a quien confiesa; en consecuencia, apártate de mí y no hagas que me condene. Malos pastores seríamos si conculcásemos la esencia de tan divino sacramento. Mientras yo escucho a este matrimonio, tú podrías hacer lo mismo con los guardianes que custodian la puerta. Ambos impondremos las penitencias que haya menester.

Mientras esto sucedía, la cabeza de Jaime no cesaba de maquinarse. Enviando allí al antiguo abad no deseaba otra cosa que el que sus futuros suegros le declarasen que les había amenazado de muerte, y de ese modo dar pie a que la noticia se extendiese y llegase a oídos de todos, incluida la princesa. Si ella se enteraba de la delicada situación en que se encontraban sus padres, no creía que tuviese la sangre fría de abandonarles a su suerte.

Por otro lado, desde el oscuro vaticinio del día anterior, en el rostro del monarca se había dibujado una máscara de terror y crispación que no pasó inadvertida a nadie. Horas después, ya recluido en sus habitaciones, el rey no había dejado de pensar en las funestas advertencias que le habían sido anunciadas.

Él nunca se había caracterizado por dar crédito a oráculos ni auspicios de ningún tipo, pero lo cierto es que su encuentro con aquel monje de verbo encendido, además de hacerle pasar la noche en vela, le había producido un horroroso dolor de cabeza. Al pedirle que interpretase sus sueños solo había pretendido distraerse un rato a su costa, mas el envite transcurrió por caminos con los que él no contaba. Ahora y sin poderlo remediar, un temor misterioso y desconocido iba ganando espacio en su interior.

Esa paloma blanca de su sueño parecía tener alguna insondable conexión con el jardinero real, que casualmente se había esfumado.

«¿Tendrá algo que ver ese despojo de criatura con la desaparición de Cecilia?», se preguntaba el monarca.

En cuanto al halcón y aunque no resultaba claro del todo, la conjetura apuntaba innegablemente a su sobrino, a quien él creía tener a su merced, salvo que su propia intuición y el mismo joven se hubiesen conjurado para confundirle. No obstante, había una forma sencilla de saberlo: llamaría a Macías, el antaño guardián de la torre del oeste. Por fin había llegado la ocasión de comprobar el valor del secreto que decía guardar aquel hombre. También podía recurrir a Anselmo y a Venancio; tal vez ellos pudiesen identificarlo. Ahora se arrepentía de no haberlo hecho desde el principio.

Pero lo que más le alteraba en aquellos momentos era ese siniestro presagio sobre las mariposas. ¿Cómo unas inocentes y hermosas criaturas podían transmutarse en horrendos demonios? Era del todo incomprensible. Aunque, bien mirado, también él, cuando las circunstancias así lo requerían, era capaz de transformarse en una criatura encantadora y jovial. Doble fondo, disimulo y engaño, faz alegre y confiada, alma negra como la pez. Así son los ángeles caídos que, con aspecto y forma humanas, habitan entre los hombres.

No obstante, no podía dejar que ideas tan perturbadoras se apoderasen de su mente; tenía cosas más importantes que hacer. Además, ese era el camino más directo para extraviarse en una bruma de locura.

Mientras hacía venir a Macías, el rey convocó al abad y al antiguo molinero a las puertas de las mazmorras.

—Acompañadme, tengo un trabajo para vosotros.

Alumbrados con antorchas, los tres descendieron a aquellos infiernos. Un olor penetrante e inhumano impregnaba el ambiente, por demás húmedo y oscuro.

En este palacio de ultratumba diabólico e infame en el que la perversión y el suplicio se habían convertido en forma de vida, se podían escuchar, envueltos en un manto de silencio, los sollozos y quejidos de muchos infelices.

—¡Abre la puerta, carcelero! —exigió el rey con voz destemplada, e hizo pasar al interior de la celda a sus acompañantes—. Ese guiñapo que ves ahí tendido, aunque no lo parezca, es el capitán de la guardia de tu hermano —dijo el monarca, dirigiéndose a Venancio—. Bueno, en realidad es esa una personalidad prestada, una segunda piel con la que ha vivido disfrazado entre nosotros. Pero no es de él de quien me interesa hablar, sino de este otro ejemplar, un león a decir de algunos, mas con las garras quebradas.

Venancio y su confesor miraban con cara espantada a los dos hombres.

—Acercaos a él y miradle bien —ordenó Jaime, aproximando la antorcha a la cara de Gregorio, que mantenía los ojos cerrados.

Con las facciones cubiertas de sangre y sudor, el cabello largo y enmarañado y la barba cubriéndole el rostro, no era fácil de reconocer. Además, había pasado mucho tiempo y muchas cosas desde la última vez que aquellos infames habían visto al joven.

—¿Conocéis a este personaje? A la fuerza habréis de saber quién es.

—Señor, bien se ve que es un buen mocetón el mancebo, pero os juro que no soy capaz de identificarlo —respondió el abad, contemplándolo con la máxima atención.

—¿Y tú, Venancio?, ¿tampoco lo reconoces?

—¿Por qué tendría que hacerlo? Os aseguro que no he visto en mi vida a este hombre —contestó, examinando al cautivo desde todas posiciones y ángulos.

—¿Por qué está aquí encerrado? ¿Qué mal ha hecho? —preguntó Anselmo, haciendo gala de su indiscreción y sin medir el peligro latente.

—A ver, muchacho, cuéntale a estos dos quién eres —le propuso el rey, tratando de hacerle hablar y sin dignarse a contestar las preguntas del abad.

El cautivo decidió que era mejor no responder.

—¿No me has oído? ¡Habla te digo! Si no quieres que sea yo quien te haga escupir las palabras a la fuerza.

Pero el joven se mantuvo en silencio, lo que le costó una tanda de golpes y porrazos que le dejó tendido sobre el suelo.

Viendo el rey que nada conseguía con este nuevo método de instrucción, decidió no perder más el tiempo y despidiendo con cajas destempladas al hombre de Iglesia y al antiguo molinero, esperó a que trajesen a Macías.

Tardó el hombre bastante en aparecer. De hecho, hubiese huido de haber sabido lo que estaba a punto de suceder, pero no le dio tiempo. Llegaron a la puerta de su chamizo varios soldados y a rastras lo sacaron de allí, mientras su familia lloraba y gemía viéndole alejarse camino del castillo.

Ya en la celda en que se encontraba Gregorio y acompañado del soberano y dos carceleros, Macías recorrió con la mirada el torso desnudo del joven, pudiendo comprobar que no tenía grabada en su piel la señal que él tan bien conocía.

—Este hombre, señor, no puede ser quien vos decís —dijo el confidente en un hilo de voz y temblándole el cuerpo, temeroso del final que pudiera tener para él aquella historia.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé, mi señor, y eso basta.

—¡A mí no me contestes así! —le respondió el monarca, propinándole un puñetazo que le hizo rodar por el suelo—. Tendrás que decirme algo más si deseas convencerme.

—El príncipe tenía en el hombro derecho una señal que este hombre no tiene.

—¿De qué señal hablas? Vamos, dímelo ya, si no quieres hacerle compañía.

—Era una marca rosácea, como el resalte de una cicatriz o quizás de una quemadura.

—¿Tenía esa marca que dices alguna forma especial?

—Se parecía mucho a la de una abeja con las alas desplegadas.

—Curiosa señal esa —exclamó Jaime, comprobando por sí mismo que tal señal no existía—. Macías, Macías, mucho tiempo ha tenido que pasar, para que me desvelases este secreto que hoy ha dejado de serlo. Mediante él conseguiste aplazar tu cita con la muerte. ¿Conoces algún otro enigma que me pueda interesar? Porque de no ser así, tendrás que dar tu vida por concluida. ¿No respondes nada? Eres un mal mercader.

—Mi soberano, mi rey, mi señor, apiadaos, sino de mí, al menos de mi familia. Mi mujer se encuentra muy enferma y tengo varios hijos pequeños. Solo estas manos que os muestro contribuyen a su sustento. ¿Qué ganáis entregándome al verdugo?

—No sigas, me has convencido.

—Gracias, gracias, mi señor. ¡Que Dios os bendiga!

—¡Es de justicia que no se decapite a este hombre! Mediante su colaboración hemos podido aclarar un asunto importante, pero aún tiene una deuda conmigo.

—¿Cuál, señor?

—No haberme desvelado ese misterio cuando tuviste la oportunidad de hacerlo, de modo que, aun perdonándote la vida, he de ponerte un castigo. Lo entiendes, ¿verdad? Llevaos a este hombre y cortadle las manos; así sus hijos aprenderán desde jóvenes que no se pueden ocultar secretos al rey.

Y mientras los guardias lo arrastraban fuera de la celda y los gritos del desdichado se perdían por el corredor, Jaime se dijo para sí: «Ahora solo queda una cuestión por esclarecer. ¿Quién es este joven que tengo delante y que he confundido con mi sobrino?».

La noticia de la rebelión en la Villa del Quemado había echado a volar en las alas del viento, extendiéndose por todos los rincones del reino. También había contribuido a calentar los ánimos en aldeas y pueblos la nueva del regreso del príncipe Leonardo, encabezando la rebelión que había terminado con la aborrecible presencia del representante del rey.

Muchos recordaban todavía la imagen de sus padres, una pareja real amable y generosa, siempre comprometida en la paz y prosperidad de sus súbditos. Desde su muerte ya nada había sido igual y ahora, una oleada de esperanza volvía a conmover los corazones y enervar los espíritus de aquellas sufridas gentes. Como reflejos en un espejo, las revueltas se sucedían una tras otra y aunque muchas fueron sofocadas a lanza y espada, otras lograron triunfar, y —cosa no vista nunca hasta entonces— algunas guarniciones, tras prender a los representantes del rey y a los jefes que las comandaban, se solidarizaron con los sublevados.

Las órdenes recibidas por los destacamentos de marchar hacia el Llano de las Brumas no habían contribuido a reprimir la rebelión; muy al contrario, estaban ayudando a quebrar las cadenas que la mantenían razonablemente sujeta.

Pronto, a los rebeldes les llegó la invitación del príncipe, refrendada por don Torcuato Valor y otros dirigentes, de enviar representantes a la muela de Peñalcázar en el más riguroso secreto, con el resultado que ya se conoce, a la par que se convocaba en lo más profundo del bosque de Muniellos a todos los hombres dispuestos a luchar por la libertad. De este modo, durante varios días y manteniendo una distancia prudencial para no ser vistos, los hijos más valientes de aquella agradecida tierra siguieron las huellas de los soldados que les precedían, para más tarde tomar su propio camino.

Después de dar sepultura a los muertos y descansar durante unas horas, las fuerzas del príncipe se pusieron en marcha. Todavía era noche cerrada cuando abandonaban el cerro en dirección al castillo de Babia. La ruta más corta para llegar hasta allí les obligaba a pasar necesariamente por el Llano de las Brumas, lo cual suponía tener que atravesar un terreno despejado y expuesto, poco propicio a la defensa en caso de ser atacados. Además, existían en él zonas pantanosas, lo que representaba una dificultad añadida.

Cuando, llegada ya la tarde, dos exploradores alcanzaron el extremo sur de la planicie, pudieron avistar desde lo alto de un collado la espaciosa pradera que se desplegaba a sus pies. En la distancia, un río, brillante como pulido cristal, recorría la llanura por uno de sus extremos, hasta un punto en el que, desperdigándose cual hebras deshilachadas de un grueso hilo de plata, literalmente se desvanecía entre la hierba.

—¡Aquí está la parte pantanosa de esta campiña! —dijo uno de los exploradores.

—Pues no habrá más remedio que aventurarse a cruzarla —respondió el compañero, sin dejar de contemplarla con suma atención.

—No te preocupes, compadre; según tengo entendido, no es muy ancha y tenemos entre nosotros gente que la conoce muy bien.

—¡Mira! ¿Ves aquellas manchas que se destacan sobre el verde de la pradera, a lo lejos? Parece un campo sembrado de setas.

—Sí, las veo, pero tienen demasiado grande el sombrero para ser setas. Sin duda son tiendas de campaña pertenecientes a un campamento militar.

—Pues se encuentran diseminadas hasta donde alcanza la vista.

—Pronto, retrocedamos; hemos de informar a los nuestros.

Aquellos pabellones pertenecían a los ejércitos del rey que, convocados por el senescal, desde primera hora de la mañana habían estado llegando a oleadas procedentes de muy diferentes lugares. Las unidades habían ido incorporándose sin demasiado orden ni concierto y cada una montó su propio emplazamiento sin ocuparse del de las demás, cosa a la que contribuyó la espesa bruma que había cubierto los campos hasta bien entrado el día.

Algunas horas antes, por aquel mismo lugar, pasó Froilán montado a caballo tal como se había propuesto. Había tenido la sangre fría de entrar y salir subrepticamente de las posiciones enemigas en Peñalcázar, no sin antes robar un rocín ensillado y de buena estampa con el que había cabalgado hasta allí sin descanso. Exhausto, a punto de caer del corcel en un par de ocasiones, finalmente logró atravesar el marjal y llegar al campamento. Tras darse a conocer, convocó inmediatamente a sus comandantes para que le informasen de las novedades. A todos extrañó mucho que el senescal se presentase de esa guisa y, sobre todo, sin la compañía de su guardia personal, pero nadie se atrevió a preguntarle.

Una de las noticias fue la confusión que se había creado al salirles al paso los heraldos del rey con órdenes de reunir sus ejércitos dos días después de San Juan, pero como no coincidían con las que les había dado previamente Froilán y aún faltaban dos jornadas para la conmemoración del Bautista, se decidió que, acampando a los pies del Pozo de los Humos, se satisfacían en cierto modo los deseos de ambos.

Al enterarse de esto Froilán, ya no tuvo dudas de las siniestras intenciones del monarca y se alegró de haberle ganado por la mano. Junto a estos ejércitos, iban además algunos representantes del rey, todos hombres de su confianza, mas no de la suya; se hacía imperioso neutralizarles cuanto antes. La mayoría de ellos hubiesen querido acudir de inmediato al llamamiento de su señor, pero los capitanes se lo habían impedido, aduciendo que antes deberían reunirse allí con el senescal, tal como estaba previsto. Tiempo tendrían después para marchar todos juntos hacia la corte real.

A Froilán no le agradó en absoluto cómo habían acampado las tropas. Se hallaban tan dispersas y desconectadas entre sí que más que un campamento militar, aquello

parecía una feria de barracas. Aun así se montaron las guardias nocturnas y se organizaron grupos de soldados con la misión de recorrer permanentemente todo el perímetro en la zona de acampada, que era demasiado extenso y por tanto difícil de guardar.

Al anochecer, el senescal reunió a sus hombres de más probada lealtad. Algo más tarde hizo arrestar a todos los representantes reales. Por la mañana y ante las tropas reunidas, se proclamaría rey de Iberia y de los Pirineos, y a continuación ordenaría marchar hacia la Villa del Quemado y luego, hacia el castillo de Babia.

Las horas de su señor estaban contadas y una nueva estirpe estaba a punto de iniciar su andadura. Con estas disposiciones tomadas, aquel ambicioso varón se retiró a dormir con el ánimo tranquilo y las expectativas satisfechas.

Desde el altozano, el príncipe contemplaba a las tropas enemigas. No le cabía duda alguna de que se trataba de los ejércitos de su tío, pero ¿qué hacían allí cortándoles el paso? ¿Habría conseguido huir Froilán después de todo y, adivinando la jugada, interponerse en su camino? Aun habiendo escapado, cosa probable, ya que les había sido sustraído un caballo enjaezado aquella misma noche, no quería creer que esa fuese su intención.

Quizás la explicación más sencilla fuera que el senescal, creyendo poder apresar a los cabecillas de la rebelión y a él mismo en la muela de Peñalcázar, había convocado a sus hombres en el Llano de las Brumas con antelación, creyendo poder presentarse ante ellos como vencedor absoluto y más tarde, ante el rey en el mismo día de su boda. Sin embargo, de ser así, la jugada le había salido muy mal.

El príncipe no se descompuso al ver desplegada ante él aquella masa informe de tiendas y esperó pacientemente a que toda la infantería llegase hasta el collado, lo cual sucedió justo cuando el sol se ocultaba más allá del río, superando los riscos que lo flanqueaban.

—Parece que las cosas se tuercen. ¿Qué podemos hacer? —preguntó el regidor de la Villa del Quemado con preocupación.

—El cielo está despejado; esta noche lucirán las estrellas y tendremos luna nueva —dijo Bertrán, sin dejar de mirar la puesta de sol—. ¡Qué forma más extraña de acampar! Es como una maraña o un laberinto desordenado y caótico. No se distingue el pabellón central, ni calles, ni círculos defensivos...

—¿Creéis que nos podrían descubrir si nos deslizáramos en silencio por esa zona despejada que bordea el campamento? —interpeló Leonardo a los que le rodeaban.

—Señor, aunque la luna no brille esta noche, la luz de las estrellas bien podría revelar nuestra presencia —respondió uno de los exploradores—. Sin embargo, es muy probable que dentro de poco se levante esa niebla espesa y húmeda que da nombre a este lugar.

—En ese caso, atravesaremos el llano por donde os he dicho —expuso el príncipe



con determinación.

—Y yo y unos cuantos hombres más nos adelantaremos, para encargarnos de distraer la atención de esos demonios —se ofreció el mismo explorador que acababa de hablar.

—Excelente idea —declaró don Torcuato—. También sería muy conveniente llevar los caballos de la mano e impedir que con sus relinchos alguien nos puedan descubrir.

Antes de llegar la medianoche, apagadas ya las voces de los soldados, una pegajosa neblina emergió de los pantanos, al principio desvaída y ligera, pero que pronto se convirtió en lienzo de bruma que engulló tiendas, hombres y caballerías.

Desde su posición elevada, Leonardo contempló con asombro cómo se iba extendiendo sobre el llano aquel manto denso y vaporoso. Sobre él las estrellas resplandecían, salpicándolo de tonos lechosos.

Un fuego rabioso prendió de repente en un grupo de tiendas, aparentemente por culpa de una hoguera dispuesta demasiado cerca de ellas y mal atendida. Aunque no supuso ningún peligro para los que dormían, sí fue causa de un gran revuelo que despertó a todo el campamento y mantuvo entretenida a la tropa lo suficiente para que las fuerzas del príncipe cruzasen sin contratiempos las tierras pantanosas y a continuación la pradera, hasta alcanzar el Pozo de los Humos.

Desde su escondite, allá en lo alto, tres pares de ojos contemplaron el fulgor de las llamas, que apenas logró abrir un resquicio entre la bruma cerrada; también se escucharon gritos de alarma, relinchos de caballos asustados y el trasiego de los soldados apresurándose bajo el vaporoso dosel.

—No podemos permanecer aquí escondidos como conejos en la madriguera. ¡Tenemos que tomar la iniciativa! Os propongo que salgamos a pescar en ese río revuelto. Quizás consigamos averiguar lo que está sucediendo —dijo la princesa, ciñéndose el correaje—. ¿Qué me decís, amigos?

—Si ese ejército o lo que sea, permanece aquí muchos días, mis cabras perecerán de hambre, así que cuenta conmigo —respondió el pastor blandiendo un grueso garrote.

Mudo giró su cabeza de media luna de un modo peculiar, por lo que Cecilia dedujo que estaba también de acuerdo.

Unos minutos después, tres fantasmales apariciones se deslizaban en completo silencio entre los troncos de los árboles en dirección a las posiciones de los acampados. Al mismo tiempo y caminando en sentido contrario, Leonardo, cerrando la marcha de sus tropas, cruzaba también la arboleda.

Justo en ese momento y dominando el rugir del torrente, se escuchó un balido agudo y penetrante, contestado por otros de menor intensidad. Y es que Noé, aquel chivo de largas barbas, al ver que Pasolargo abandonaba el redil, guiado más por el

hambre que por devoción a su dueño, fue tras él seguido de su familia sin que este lo advirtiera. Tan pronto como Noé irrumpió en el soto, percibió el paso de las tropas del príncipe, y berreó como señal de advertencia. Si hubiese poseído la capacidad de hablar, hubiese dicho algo así como: «Amo, amo querido, ¡no vayas por ahí! No necesito yo ver para saber, tan solo me basta con oír y oler. ¡Evitad el peligro que ronda por aquí esta noche!».

El caballo del príncipe, espantado por aquel coro de balidos, se encabritó y lanzando un potente resoplido, escapó hacia delante a todo galope, dejando a su dueño solo y confundido en medio de la bruma.

La princesa, que marchaba un poco rezagada, se sobresaltó por el resoplido del corcel, situado a tan solo unas pocas varas de distancia, y permaneció quieta, sin atreverse siquiera a respirar. Escrutó la niebla en esa dirección, pero apenas vislumbró la enorme silueta del caballo pasar junto a ella a toda velocidad, y detrás, una figura humana, un hombre de armas al parecer, que enseguida se perdió entre la niebla. Aquel no era otro que Leonardo, quien no tuvo más remedio que echar a correr para no ser descubierto. Cuando vio alejarse la sombra, Cecilia respiró aliviada y corrió también en pos de sus compañeros.

Nunca, en los largos meses transcurridos desde que se vieron por última vez, los dos enamorados habían estado tan cerca de reunirse de nuevo, pero la Providencia, haciendo bueno el credo de que las cosas importantes se hacen esperar, dejó para otro momento la ocasión.

Pronto la princesa se topó con sus amigos y les puso al corriente de lo que acababa de suceder.

—Sí, nosotros también hemos oído ese resoplido, y el galopar de un caballo desbocado —susurró Pasolargo—. Creo que podrían ser tropas que se dirigen al norte siguiendo la orilla del río.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Porque Noé ha hablado alto y claro y así me lo ha hecho entender —contestó el cabrero con una amplia sonrisa en el rostro.

—Pues yo no te entiendo, aunque lo intento.

—Es muy sencillo. Al salir no tuve la precaución de dejar sujeto a Noé y nos ha debido de seguir acompañado de sus cabras. Ese balido tan fuerte yo lo conozco bien; solo lo hace cuando hay lobos cerca, o gente desconocida.

—Pero ¿qué hacen unas tropas cruzando el llano en mitad de la noche y de la bruma?

—A lo mejor querían pasar desapercibidas.

—Sí, eso justificaría su comportamiento. Incluso puede que hayan sido ellas quienes provocaran ese fuego repentino. De ser eso cierto, tal vez se trate de las personas a las que estoy buscando; en cuyo caso, debería ir tras ellas.

—Quizás, pero sería muy peligroso equivocarte. Además, si retrocedéis, corréis el riesgo de daros de bruces con los que os persiguen; me parece más prudente seguir el

plan que has propuesto.

—¿Sabes? Por la forma en que razonas, me recuerdas a una persona muy querida para mí. ¿No te interesaría ser consejero en vez de pastor?

—¿Consejero de quién?

—Digamos, de un noble.

—¿No lo dirás en serio?

—Ya hablaremos de eso más adelante. Ahora seguiré tu consejo, continuemos con el plan. Con un poco de suerte, podremos averiguar qué es lo que aquí se cuece.

—Joven, eso es hablar con sensatez.

—Espera. ¿Qué haremos con Noé y sus cabras?

—No te preocupes, tienen hambre y se quedarán pastando entre los árboles. Ya las recogeremos al regresar.

La extraña comparsa avanzó entre algodones de niebla, agachados unas veces, a rastras otras. Pronto divisaron el contorno de las primeras tiendas. Ocultos entre la hierba, esperaron a que se restableciese la calma, una vez que fueron controlados los fuegos. Hasta ellos llegaban conversaciones mantenidas en voz baja cada vez que dos centinelas se encontraban en su camino de ronda, pero que no lograban entender. De cuando en cuando emergían, como salidos de las entrañas de la tierra, soldados a caballo que rápidamente se desvanecían en medio de la bruma.

Los tres camaradas esperaron pacientes la ocasión. Ya de madrugada, un soldado se aproximó a donde ellos estaban con intención de aliviar sus necesidades. No bien hubo terminado la faena cuando se vio inmovilizado por un poderoso abrazo que apenas le permitía respirar.

—Silencio, amigo, si no quieres que esa tierra que pisas se convierta en tu sepultura —le susurró alguien al oído mientras le colocaba en la garganta el filo de un puñal.

El soldado, un joven bisoño, notó que le anudaban las manos a la espalda y que le vendaban los ojos.

—Ahora, cuando yo te lo diga, anda tan deprisa como puedas, y pobre de ti si haces el menor ruido, porque entonces habrá llegado tu última hora —dijo otra voz, más ruda que la anterior.

—Por favor, no me hagáis nada —suplicó el mocetón, temblando de miedo.

El pequeño grupo, sintiendo ya cercana esa hora en que nace el día, se apresuró a regresar a su refugio, cruzando el bosquecillo en el que todavía continuaban pastando las cabras.

—Llevemos primero a este guapo soldado a nuestro palacio; luego vendré a recoger a esta tropa. No quiero que la descubran —dispuso Pasolargo, sin que la princesa le contradijera.

En cuanto estuvieron de vuelta en la gruta, comenzó el interrogatorio.

—Vas a contestar a todas mis preguntas, rápido y sin titubear —le dijo Cecilia, hablando en voz muy baja—. Si tus respuestas nos satisfacen, puede que salves la

vida.

—Si no, te abriré en canal como si fueras un cerdo y echaré tus tripas a los peces —prometió el cabrero—. Ponte aquí de rodillas. ¡Vamos! No tenemos mucho tiempo.

—¿Quiénes sois y qué hacéis aquí acampados? —preguntó Cecilia.

—Solo puedo deciros que pertenezco a un destacamento de los ejércitos del rey Jaime y que desde hace días hemos venido marchando, hasta que ayer alcanzamos este lugar.

—Pero no habéis sido los únicos en llegar hasta aquí, ¿no es así? —continuó la princesa.

—No, no, otras muchas unidades se han ido incorporando a lo largo de la jornada.

—¿Acaso estabais esperando a alguien?

—Sí, al senescal del rey. Él fue quien nos citó aquí, hace de esto bastantes días, pero ya se encuentra con nosotros.

—¿De dónde venía y quién le acompañaba?

—No lo sé exactamente. Llegó ayer procedente del sur, parece que solo y muy cansado. Al menos eso es lo que dijeron nuestros oficiales, porque yo no lo he visto.

—¿Qué noticias hay de la lucha contra la resistencia?

—¿Os referís al aluvión de levantamientos que se está produciendo en todas partes?

—Por supuesto, a eso me refiero. ¡Contesta!

—Supongo que sabréis lo sucedido en la Villa del Quemado.

—Sí, desde luego, pero quiero oírlo de tu boca, para comprobar si tratas de engañarme.

—Muchos dicen que esa ha sido la pavesa con la que se ha iniciado esta hoguera.

—¿Qué fue lo que pasó allí exactamente?

—Las noticias son vagas. Parece que los villanos de esa población se levantaron, no sé sabe muy bien por qué, contra el poder del rey, y que gracias al apoyo de unos forasteros, lograron una aplastante victoria. Ahora la villa se ha declarado libre y está formando un ejército con gente llegada de todas partes.

—Creo que me ocultas algo.

—Quizá os refiráis a esa historia, la de que quieren coronar a un príncipe regresado del más allá.

—Es posible. Relátame ese cuento.

—Según se ha sabido, entre esos forasteros iba un hombre que, después de encabezar la revuelta, retó al barón del Quemado en combate singular. Un gigante de fuerza descomunal y que, para pasmo de todos, fue vencido en justa contienda.

—¿Y qué tiene que ver ese valiente con la coronación de un príncipe?

—Ese hombre dice ser el sobrino del rey, al que se había dado por muerto hace años, y por lo visto, muchos han decidido creerle.

—¿Cuáles son los propósitos de tu comandante?

—Pues... No lo sé muy bien. Ayer, ante el asombro de todos, el senescal dio

orden de prender a todos los representantes del rey.

—¿Es que venían con vosotros?

—Sí, claro. Ninguno hubiera querido quedarse en sus señoríos sin nuestra protección. Ya sé que todo os sonará muy extraño, pero supongo que habrá razones que lo justifiquen. Por la mañana levantarán el campamento y el senescal nos dirigirá unas palabras, según tengo entendido, muy importantes. Sentiré el perdérmelas.

—¿Hacia dónde crees que se dirigirá después?

—No lo sé. Es posible que a la Villa del Quemado, o tal vez al castillo de Babia. O puede que divida sus fuerzas y se dirija a los dos sitios a la vez.

—¿Algo más que añadir?

—No, esto es todo lo que sé, creedme.

Tras el interrogatorio, Pasolargo se puso a preparar el desayuno. Todavía era muy temprano, pero la excursión nocturna le había abierto un apetito voraz.

Justo en plena faena, Noé, seguido de las cabras, irrumpió en la cueva. Venían a la carrera, a todas luces espantadas por algo.

—¡Escuchad! ¿No oís el eco de botas batiendo contra el suelo? —advirtió el anfitrión, sujetando con fuerza el garrote.

—¡Y voces resonando en la roca! —remachó Cecilia, poniendo todo su cuerpo en tensión.

—Nos han descubierto —concluyó el pastor, propinando un tremendo garrotazo al cautivo en la cabeza y dejándolo sin sentido.

La princesa lo miró de hito en hito.

—¿Por qué has hecho eso?

—Para que no pueda contar nada de lo que ha visto y oído, al menos en las próximas horas. Propongo que escapemos por donde entrasteis ayer; esa es la única vía de escape que se me ocurre.

—Las voces se oyen cada vez más cerca. ¡Ahora o nunca! —respondió la joven, cogiendo un candil y echando a correr seguida de sus amigos.

Lo sucedido tenía una explicación. Aunque Cecilia, Mudo y Pasolargo creían que nadie les había visto capturar a su presa, y en efecto así era, en realidad, uno de los centinelas había visto salir a su compañero de la tienda. Le hizo la advertencia de no alejarse demasiado y después de un rato, al ver que no regresaba, salió a escudriñar entre la niebla, sorprendiendo así el sinuoso movimiento de sombras misteriosas que se afanaban en huir en dirección al Pozo de los Humos. Sin decidirse a dar la voz de alarma y manteniendo una distancia prudencial, optó por ir tras ellas.

Cuando el centinela alcanzó el soto, ya no tenía duda de que su compañero era conducido a la fuerza. Continuó con gran cautela atravesando la arboleda, hasta que se dio de bruces con la pared del acantilado. Las figuras que hasta hacía solo unos instantes había sentido tan cerca se habían evaporado delante de él sin dejar rastro. El inmenso fragor del tumulto de agua, resonaba en la noche como el trueno en un día de tormenta.

El centinela miró y remiró por los alrededores, sin descubrir nada sospechoso. No sabía qué pensar. Atenazado por el miedo, regresó a la zona de acampada y le contó lo sucedido al oficial de guardia, quien a su vez informó a su inmediato superior. Pronto el incidente llegó a oídos de Froilán quien, tras confirmar la ausencia del infante y abrigando un presentimiento, decidió encabezar él mismo de inmediato una partida de búsqueda.

Cuando el senescal y sus hombres llegaron a la altura de los primeros árboles, les hizo avanzar desplegados, en una larga línea que llegaba hasta la orilla del río. Al aproximarse al oscuro talud, unas cabras que allí tranquilamente pastaban se asustaron al verlos y lanzando sonoros balidos, corrieron a esconderse en una densa enramada y desapareciendo de la vista.

Tras mucho indagar por esa zona, se descubrió un pequeño paso esculpido entre ramas y hojas, que conducía hasta una brecha disimulada en un pliegue del muro. Resultó ser el acceso a un túnel excavado en el vientre de la montaña.

—¡He aquí el camino que estábamos buscando! —exclamó Froilán, asomándose a su interior—. Huele a cabras y a cabrones. ¡Adelante! Veamos a dónde nos conduce.

Cecilia corrió lo más rápido que pudo hacia la salida del corredor. La claridad del día ya despuntaba por el este, aunque el manto de niebla, cincuenta o sesenta varas más abajo, cubría aún todo el valle.

Ella abría la marcha, seguida de Mudo y Pasolargo. Con mucha precaución y tratando de no perder el equilibrio, comenzó la ardua ascensión. No bien habían

llegado a mitad del recorrido cuando emergieron las cabras que, azuzadas por Noé, corriendo y saltando casi en estampida, treparon por el escarpado talud a ritmo endiablado. Y a continuación, como cuentas de un rosario ensartadas en el mismo hilo, asomaron varios soldados tomando idéntico camino.

Nunca se había visto aquella ruta tan transitada como aquel día. Si alguien hubiese contemplado desde abajo esa estampa, habría considerado un milagro ver colgadas de la inmensa pared aquella procesión de variopintas figuras.

Los animales alcanzaron a su patrón con agilidad pasmosa, mas la estrechez del paso y, sobre todo, sus gritos para detenerlas, lograron que se frenasen en seco, apiñándose tras él.

Mientras tanto Noé, haciendo gala de su fama de bravío, se giró en un palmo de terreno y bajando la testuz, arremetió contra los soldados más cercanos, quienes, cogidos por sorpresa y no encontrando agarradero al que asirse, se precipitaron al vacío aullando de terror y en un amasijo de cuerpos. A los que venían detrás no les sirvieron de mucho las armas, pues faltaba espacio para hacer uso de ellas, y el viejo chivo, sintiéndose acaso guardián de aquel paso, arremetió de nuevo contra aquellos desconocidos varias veces, causando considerables estragos. El resto, al ver allí plantado al macho cabrío, con las barbas meciéndose al viento y un porte temible, no tuvo más remedio que retroceder al modo de los cangrejos. De nada valieron los gritos y amenazas de Froilán que, desde la seguridad de la retaguardia, contemplaba pasmado lo que estaba sucediendo.

Pasolargo, testigo de la proeza de Noé, no pudo por menos de exclamar:

—¿No lo decía yo? Este animal es un portentoso. ¡Bendita sea la cabra que le dio la vida! Ha sido capaz él solito de desbaratar a toda una milicia armada.

—Deberíamos nombrarle caballero —manifestó la princesa, entusiasmada—. No es menor su gesta que aquella que se libró en tiempos de la antigua Grecia.

—¿Y qué gesta fue esa?

—La batalla de las Termópilas. Allí, un puñado de valientes consiguió contener durante varios días a un poderoso ejército.

Con tan arrojado paladín guardándoles las espaldas, los fugitivos continuaron ascendiendo por la pared sin que nadie se lo impidiese. La primera en coronar el talud fue la princesa, mas apenas había puesto un pie en lo alto cuando alguien se le echó encima, tratando de inmovilizarla.

—¡Suéltame, maldita sea! —gritó la joven, dando patadas al aire y defendiéndose con uñas y dientes.

Tanto empeño puso en ello que al final consiguió desasirse de las manos que la sujetaban y se revolvió esgrimiendo el puñal, hecha una furia. Pronto apareció Mudo y tras él Pasolargo blandiendo su temible garrote. Frente a ellos, dos soldados vestidos de negro, espada en mano, les cortaban el paso.

Enseguida aparecieron las cabras, tomando posiciones al lado de su patrón.

—¡Vaya! ¿Pero qué tenemos aquí? —dijo una voz llena de sorpresa—. Un

soldado que grita y se defiende como una mujer, un pastor guiando un rebaño de cabras y, lo más sorprendente de todo, nuestro inconfundible y apreciado jardinero real convertido en escudero. ¿Qué haces en este lugar, tan alejado del castillo de tu señor?

—No estamos para bromas y tenemos mucha prisa —contestó Cecilia, procurando no mostrar preocupación—. Dejadnos el paso franco y tengamos la fiesta en paz.

—Creo que nuestra posición sobre estas peñas nos proporcionaría la ventaja en caso de lucha, ¿no os parece, princesa?

Cecilia se sobresaltó al ver que habían sido reconocidos, pero enseguida se repuso.

—Ya que pareces tan buen fisonomista, nos gustaría saber quiénes sois y por qué obráis en nuestra contra.

—Aunque no veáis nuestras alas, mi amigo y yo somos vuestros ángeles de la guarda.

—Ya, pero ángeles o arcángeles, tendréis un nombre, supongo.

—No recuerdo mi nombre de pila, pero puedo deciros que me llaman el Hurón, y este que me acompaña, que él mismo os lo diga.

—Me llamo Felipe y estoy aquí para servirlos, señora.

—Pues con esos uniformes y vuestra actitud, no lo parece.

—Doña Cecilia... porque es así como os llamáis, ¿no es cierto? —preguntó el Hurón.

—Sí, ese es mi nombre.

El Hurón continuó:

—Decía que gracias a nosotros vos ganasteis la libertad hace dos noches, a riesgo de nuestras vidas, naturalmente.

—No es cierto. Parte de esos méritos que os atribuíis corresponden a mi escudero, y nunca mejor dicho. Fue él quien cargó conmigo toda la noche y me llevó hasta la otra orilla del río, ayudándome a cruzar estas aguas bravas.

—Gracias, acabáis de aclararme unos puntos que me tenían sumido en la perplejidad —respondió el Hurón, mirando a Mudo con admiración—. Pero cuando la condesa de Vistahermosa y sus acompañantes os visitaron en vuestros aposentos hace dos noches, ¿quiénes creéis que iban con el chambelán real?

—¿Acaso erais vosotros?

—Exacto —intervino Felipe—. Y nosotros fuimos quienes lo despachamos en el patio y forzamos al Caballero del Sur a cargar con vos, y también quienes luchamos contra los soldados del rey en vuestra defensa. Claro que ibais profundamente dormida y no os enterasteis de nada, me temo.

—Si realmente ocurrió tal como lo contáis, explicadme qué hace mi paje en esta historia.

—Oh, ese cuento sería demasiado largo de relatar —prosiguió el Hurón—. Tan



solo os diré que ese muchacho debió de seguirme a través del bosque, porque fui yo quien os cargó sobre los hombros hasta una cabaña escondida, y sé que fue él quien me sorprendió con un abrazo fraternal con el que por poco me revienta.

La joven miró a su escudero, quien bajó la cabeza avergonzado, como dando fe de que eso era cierto. Cecilia estaba admirada por todo lo que acababa de escuchar, pero aun así dijo:

—De acuerdo, basta de historias. Si de verdad estáis de nuestra parte, entonces poned vuestras armas a mi servicio y dejadnos pasar. ¿No veis que nos persiguen los hombres del rey?

—Mi noble señora, en eso andáis equivocada. No son los hombres del rey los que os persiguen, sino los del senescal —trató de aclarar el Hurón, sin dejar de empuñar su espada.

—¿Qué patraña es esa? Si el senescal sirve al rey, es razón que sus hombres también le sirvan. ¿O es que ahora me quieres hacer creer que el rey y el senescal tienen cada uno su propio ejército? Ambos son uña y carne.

—No estéis tan segura. Entre el rey y nuestro señor media una gran disputa; sus puntos de vista sobre lo que está sucediendo y, ante todo, sobre lo que se ha de hacer a partir de ahora, difieren sustancialmente —explicó el Hurón—. ¡No me miréis con esa cara de desconfianza! Os lo aclararé si me dejáis.

—Sí, pero date prisa —le instó Cecilia, retrocediendo y asomándose al despeñadero para calibrar cuánto tiempo les quedaba. Por el momento parecía que Noé resistía, porque no se veía rastro de soldados.

—Veréis, Felipe y yo pertenecemos a la guardia de Froilán. Supongo que sabéis quién es.

La princesa asintió.

—Imagino que sabéis también quién es el capitán de esta guardia.

—Sí, un traidor que abusó de la confianza de mi padre.

—Tal vez sea como decís. Pero sabed que fue él quien nos ordenó que os liberáramos, por supuesto, con el conocimiento del senescal. Es más, ese hombre, al que por cierto, nosotros admiramos y por el que estaríamos dispuestos a dar la vida —declaró el Hurón—, yace hoy prendido por el rey en una oscura mazmorra. Ni siquiera sabemos si todavía se le mantiene con vida.

La princesa no pudo evitar que un escalofrío le recorriera todo el cuerpo, y una intensa palidez cubrió su rostro.

—Veo que os afecta lo que os digo.

—Está bien —dijo la infanta—, ya hemos hablado bastante. Si el haber sido liberada y llegado hasta aquí ha supuesto tantos trabajos y sacrificios, ¿qué haremos ahora? Porque no me gustaría volver al infierno del que he sido rescatada.

—Como os he dicho, esos soldados sirven al senescal. Esperaremos tranquilamente a que este aparezca y él nos dirá lo que ha de hacerse, no tengáis cuidado.

—Si soy libre, podré ir a donde yo quiera.

—Sí, pero no antes de que llegue mi señor —replicó el Hurón, empeñado en no dejarlos pasar.

—Me parece que lo único que pretendéis es ganar tiempo para que vuelvan a prenderme. ¡Amigos, cerremos la boca a este charlatán! —exclamó la joven.

Ya se abalanzaba hacia delante cuando Pasolargo la contuvo y emitió un agudo silbido, que resonó hasta el fondo del barranco. Noé apareció enseguida en el borde del risco. Con otro silbido, esta vez algo diferente, el pastor hizo que toda la mesnada, con el macho cabrío a la cabeza, cargara sobre el enemigo.

Fue tal la rapidez y el empuje de aquellos animales, que los dos camaradas se vieron arrollados, corneados y pateados en un santiamén, quedando tendidos en tierra y con gran parte de sus huesos algo más que molidos, cosa que el cabrero aprovechó para pasar entre ellos y huir río arriba, seguido de sus huéspedes.

Algo más tarde, Froilán y sus soldados aparecieron en lo alto del talud, topándose con las dos almas en pena desplomadas sobre el suelo, pero aún en condiciones de hablar y de valerse por sí mismas. En pocas palabras los apaleados contaron lo ocurrido al senescal, y todos corrieron detrás de los fugitivos. Finalmente lograron darles alcance, y aunque los tres amigos opusieron gran resistencia, finalmente fueron reducidos y apresados.

Hecho esto, el senescal mantuvo una larga entrevista con los hombres de Artemio, que también eran los suyos, y ahora ya sí, con pelos y señales, fue puesto al corriente de todos los pormenores de aquel largo periplo, incluida la comprometida situación en la que se hallaba el capitán de su guardia.

—¿Dónde están nuestros compañeros? —preguntó Felipe—. Me extraña no verlos desplegados a vuestro alrededor.

—No te preocupes, porque más pronto o más tarde nos hemos de encontrar con ellos —manifestó crípticamente el senescal, tensando sus facciones.

—Señor, os hemos contado las vicisitudes de vuestro último encargo; decidme, ¿qué tal os resultó a vos? ¿Alcanzasteis vuestro propósito? —preguntó el Hurón, deseoso de saber si sus informes habían servido para algo.

Froilán se le quedó mirando fijamente durante un tiempo que no parecía acabar nunca. No quería bajo ningún concepto que trascendiese la noticia de la encerrona de que había sido objeto, y tampoco del descalabro sufrido en aquella muela de los demonios. Y menos aún contárselo al él. Porque en el hipotético caso de que todo hubiese sido una trampa para hacerle acudir a Peñalcázar, el Hurón bien podría ser un traidor, o cuando menos, un colaborador involuntario. Desde luego, de su actuación en los últimos días no se podía deducir nada sospechoso, todo lo contrario... En cualquier caso, no era el momento de hacer más averiguaciones, así que prefirió dar la callada por respuesta.

—El tiempo apremia. Ya hablaremos de eso en otro momento más oportuno —respondió el senescal.

—Tan solo decidme, ¿habéis ordenado marchar hacia el norte a parte de vuestras tropas? —le interpeló el Hurón.

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque esta noche hemos visto marchar siguiendo la orilla del río a un numeroso contingente —se adelantó Felipe a responder.

—Y vosotros, ¿os habéis dado a conocer?

—No. Queríamos pasar desapercibidos y no desviarnos de nuestro objetivo. Sabíamos que se encontraba muy cerca —explicó el Hurón.

—Estábamos descansando bajo los árboles —relató Felipe—. La noche era oscura como boca de lobo. Cuando sentimos pasar a tanta gente, de inmediato supimos que se trataba de soldados, por el ruido de armas y pertrechos.

—Pues sabed que esos soldados, o lo que sean, no eran de los nuestros —aclaró el senescal con profunda inquietud—. Habéis hecho bien en decírmelo. Apuesto a que se trataba de fuerzas enemigas de camino a Babia. Seguramente el incendio de esta noche fue una distracción para mantenernos atareados.

—Pero, señor, si habéis tenido éxito en vuestra empresa, el enemigo se hallará descabezado y sin posibilidad de presentar batalla —objetó el Hurón, sin poderse contener.

—Me parece que esta hidra tiene muchas cabezas. En cuanto cortamos algunas, otras aparecen de inmediato —respondió el senescal, dando por zanjada la conversación.

Valorando todo en su conjunto, Froilán decidió que lo que más le convenía era dirigirse sin tardanza hacia el castillo de Babia. Tenía que hacer incontestable su liderazgo y, para ello, lo primero era neutralizar a Jaime.

Dio órdenes de levantar el campamento y de formar a todas sus tropas en medio del llano. Mientras se cumplía su mandato, quiso mantener una conversación en privado con la princesa.

—Esas ropas no son muy adecuadas para una dama como vos —comenzó el senescal señalando el disfraz de soldado.

—Son las que tenía a mi alcance, pero tampoco me siento a disgusto con ellas.

—¿Sabéis? Al veros luchar como lo habéis hecho, mi estima por vos es ahora mucho mayor si cabe.

—Señor, vuestros hombres me han dicho que vos sois la causa de mi liberación. ¿Es eso cierto?

—Así es, aunque he de reconocer que la idea no fue mía, sino del capitán de mi guardia, al que estoy muy agradecido por ello.

—Entonces decidme: ¿esta liberación supone mi entera libertad tal como yo la entiendo, o no es más que un trueque de cadenas?

—Os prometo que ya no habréis de casaros con ese rey al que tanto odiáis, si es eso a lo que os referís. Y os doy mi palabra de que, en cuanto me sea posible, vuestros padres serán liberados.

—Mucho es lo que prometéis. ¿Qué condición ponéis para que esa promesa se cumpla? Porque siempre hay alguna condición...

—Tened un poco de paciencia, mi señora. Cuando levante la niebla y se hayan reunido mis ejércitos, vos misma escucharéis las condiciones, que son muy pocas y fáciles de cumplir, al menos en lo que os concierne a vos.

—¿Qué va a ser de mis amigos?

—No les pasará nada. No tengo ningún agravio que castigar, salvo esa gran mortandad que el macho cabrío ha causado entre mis hombres.

—Se llama Noé. Lo lamento. ¿Cómo iba yo a saber que esos soldados que nos perseguían no venían por cuenta del rey?

—No tengáis cuidado, el macho y las cabras han conseguido escapar. Ninguno de los míos se hubiese atrevido a enfrentarse a esos cuernos después de haber visto de lo que son capaces. Sin embargo, considero a ese cabrero el responsable de la matanza.

—Señor, os lo suplico, olvidaos de su dueño y considerad a Noé como si fuese un soldado. Más que un castigo, habréis de reconocer que se merece un premio. Nunca se ha visto luchar a nadie como él.

—En eso tenéis razón. No me importaría tomarlo a mi servicio. Pensándolo bien, podría convertirse en mascota de mis ejércitos...

—Entonces, ¿perdonaréis también a Pasolargo?

—¿Es así como se llama ese demonio de cabrero? Pues deberíais llamarle Garrotetieso, por los garrotazos que ha propinado a los míos.

—¿Pero le perdonaréis?

—De acuerdo, de acuerdo, absolveré sus faltas. *¡Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti!* —declaró Froilán, haciendo en el aire la señal de la cruz—. Para que veáis mi buena disposición.

—¡Amén! —remachó la joven—. Para ser un soldado, habláis muy bien el latín. ¿Y qué me decís de Mudo?

—Mudo ha servido y muy bien a mis propósitos, sin él saberlo, desde luego. Irá cerca de vos, si es eso lo que queréis.

—Sí, eso quiero.

El senescal dio órdenes de liberar al pastor, pero obligándole a acompañarles, y de hacer venir a Mudo, quien abriendo mucho la boca y entrecerrando los ojos, a modo de sonrisa, enseguida se situó al lado de su amiga.

—Ahora tengo que dejaros, mis deberes me reclaman. Prometedme que no trataréis de huir nuevamente y que os portaréis bien a partir de ahora.

—Lo prometo, si vos mantenéis vuestra palabra. Una última pregunta. ¿Qué ha sido del Hurón y de Felipe?

—Aunque apaleados, se encuentran bien.

—Lo siento por ellos, pero se lo hubieran ahorrado de no haber querido cortarnos el paso. ¿Y cómo se encuentra ese soldado al que invitamos a nuestra cueva para conversar?

—¿Pero no fue la anterior vuestra última pregunta? Todavía sigue durmiendo y, por las señales en la cabeza, yo diría que lo hace muy a su pesar.

—¿Creéis que corre peligro su vida?

—¿Primero le «acariciáis» y luego os preocupáis de su salud? —preguntó con ironía, pero al ver el gesto de súplica de la princesa, respondió. No, no me parece que corra peligro su vida. ¡Y dejad de preguntar o no acabaremos nunca! ¡Ah! Y tened en cuenta que con nadie como conmigo os hallaréis más cuidada y mejor atendida.

—Querréis decir, custodiada y vigilada.

—No, quiero decir lo que he dicho... si vos ponéis un poco de vuestra parte, naturalmente.

—Trataré de seguir vuestro consejo, siempre que no se alteren las condiciones de nuestro contrato.

—¿Siempre tenéis que decir la última palabra?

—No siempre.

Froilán por fin logró alejarse de Cecilia, y se encaminó hacia el valle, cavilando de esta forma: «¿Cómo no me habré dado cuenta antes? ¡Qué belleza! Con una sola mirada suya sobran las palabras. Adorable boca, sublime fragancia de mujer... —se dijo el senescal, cerrando los ojos y aspirando el aire con fuerza—. ¿Y qué decir de su carácter? Valiente, decidida, terca como una mula, defendiendo a los suyos por encima de cualquier cosa. ¡Esta joven me vuelve loco! No me extraña que Jaime haya perdido la cabeza». Y de pronto, una idea prendió en su magín. «Seguro que si ella tuviese la oportunidad de elegir, me preferiría a mí antes que a él o a cualquier otro. Un guerrero valiente, leal, apuesto, un caballero de palabra, y muy pronto, un rey honorable. ¿Qué más podría desear una princesa? ¡Soberbia simiente la mía para la emperatriz de las flores!».

Ya pasado el mediodía, los últimos retazos de bruma se dispararon y el sol, alto y radiante, iluminó con sus rayos dorados la planicie. Un mar de verdor agitándose al viento, una guirnalda de aguas cristalinas adornando la orilla, al fondo, una aureola de humo y espuma ascendiendo resplandeciente hacia el cielo.

Aquel poderoso ejército formaba un círculo alrededor de su comandante y esperaba con aire marcial. Froilán, imperturbable el gesto y montado a caballo, paseaba la vista, sin prisas, por encima de sus hombres. Cuando los ruidos y murmullos se fueron apagando y el silencio solo se vio alterado por el grito de un milano que trazaba círculos sobre sus cabezas, hizo uso de la palabra, empleando desde el principio una voz potente y varonil, pero hablando despacio y pausado.

—Hoy es nuestro día, el mío y el de todos vosotros. Igual que muchos de los que estáis aquí, nací hijo de campesinos que no tenían ni donde caerse muertos. Nunca me conformé con mi suerte y ya siendo muy joven hice todo lo posible por librarme de sus cadenas.

»Dicen los sabios que desde que nacemos todos tenemos escrito el lugar que nos corresponde en el libro del destino. Así, los que nacen poderosos, tocados por la

mano de Dios, tienen derecho a poseer la Tierra y a ser servidos de los demás. Para el resto solo quedan las migajas o ni eso siquiera.

»Pues bien, hace ya mucho tiempo que arranqué las páginas de ese libro que hablaban de mí y decidí reescribir con mi propia sangre y sudor la vida a la que siempre aspiré.

El silencio se podía cortar y la atención era máxima. El Hurón y Felipe, montados también a caballo y ya bastante recuperados, le flanqueaban.

—Como la mayoría sabéis, llegué aquí hace algunos años sin nada y ahora soy el senescal. Para ello he tenido que recorrer un largo camino plagado de peligros y sembrado de espinas. Siempre he servido al rey, con una lealtad incuestionable pero mal correspondida por nuestro soberano.

Un rumor de susurros y cuchicheos se levantó entre la multitud; Froilán calló hasta que estos cesaron.

—Sí, los reyes suelen ser por naturaleza desagradecidos y de voluntad tornadiza, invariablemente inclinada a satisfacer sus antojos y ensoñaciones, casi siempre a costa de los demás.

»Esto es lo que ha sucedido con nuestro señor. Buscando enemigos en todas partes, ahora pretenderá haceros creer que soy un traidor, yo, que hace muy poco le salvé la vida arriesgando la mía. He aquí dos testigos que os lo podrán atestiguar —dijo Froilán, señalando a sus dos hombres de confianza—. Pero, además, Jaime, forzando como siempre las cosas —continuó el senescal—, ha pretendido violentar la voluntad de una hermosa doncella, obligándola a casarse con él. Gracias al trabajo de algunos valientes que me han secundado, ella se encuentra hoy aquí junto a nosotros. Venid, princesa, quiero que mis hombres os vean. Sí, ella es Cecilia, princesa del reino del Pirineo.

Froilán cogió de las riendas al corcel que montaba la muchacha y recorrió la órbita de oficiales y soldados formados ante él. Los murmullos se transformaron en gritos de admiración.

—¿Dónde queda la hombría de un monarca, incapaz de seducir y cautivar a una joven mujer?

»Sabéis también que la Villa del Quemado nos ha infligido una derrota deshonrosa y que el rey, por cobardía o error de cálculo, ha preferido dejar sin castigo tal ofensa. Las consecuencias están a la vista. Ahora, ¿quién sino yo apagaré este fuego que se extiende por todo el reino?

»Jaime está centrado en los preparativos de una boda que nunca se ha de celebrar y en prender a hombres de lealtad probada y conducta intachable. Nada me extrañaría que a este hombre le esté rondando la locura.

»¡Amigos, compañeros de fatigas! No creo equivocarme si os digo que este rey del que os hablo se ha hecho viejo antes de tiempo y que se encuentra incapacitado para gobernarnos, e incluso para gobernarse a sí mismo.

Las tropas parecían hechizadas escuchando la arenga de su general en jefe.

—¡Soldados! Si hoy me otorgáis vuestra entera confianza, yo os conduciré a la victoria, pero antes quiero que me aceptéis como vuestro rey soberano, un igual entre vosotros y que a nada aspira sino a colmaros de honores y riquezas.

»Además, se terminaron esas levas a la fuerza. Prometo dar los pasos necesarios para componer un ejército de voluntarios, y una vez ganada la paz, tendréis libertad para retiraros a vuestras propias tierras, que yo os acrecentaré con gusto en justa correspondencia a vuestros méritos.

—¡Dios salve al rey! ¡Viva Froilán, nuestro señor! —gritaron a una miles de gargantas, a la vez que se alzaban espadas y lanzas.

En verdad que aquellas tropas, tanto soldados rasos como oficiales, se hallaban bastante descontentos con el cariz que habían tomado las cosas en los últimos tiempos, por lo que la idea de probar fortuna con un nuevo rey no les disgustaba, sobre todo después de escuchar a aquel hombre, el cual, aunque temido, también era respetado.

—Ahora, que comandantes y oficiales se acerquen a mí para jurarme fidelidad y obediencia. Luego partiremos hacia el castillo de Babia.

—Señor, me prometisteis decirme vuestras condiciones —le recordó la princesa, que estaba a su lado.

—Solo una y muy sencilla.

—Decidme pues.

—Mañana yo he de tomar el puesto de Jaime y os convertiré en mi esposa —contestó en voz baja, pero no lo suficiente para que lo dejasen de oír el Hurón, Felipe y también Mudo.

La princesa palideció y a poco no cayó del caballo, si no es porque Felipe, apercibiéndose, la sujetó del brazo.

—Señor, esa no es la libertad a la que yo aspiro. Vuestras intenciones obran en contra de vuestras palabras. Sois una víbora disfrazada con piel de cordero, no muy distinta del rey al que creéis haber depuesto, aunque eso está por ver. Mi compromiso de no intentar escapar queda roto desde este instante.

—No os preocupéis, veinticuatro horas serán suficiente para que os enamoréis de mí, ya lo veréis. Pasado mañana me acompañaréis hasta el altar por vuestra propia voluntad.

—O mentís descaradamente o sois un engreído pretencioso, y no sé cuál es peor de las dos cosas.

—No me dejaré afectar por vuestros insultos, por lo demás inmerecidos. ¡Eh, vosotros! —les dijo Froilán a sus guardias—. No perdáis de vista a este encanto de mujer. Tened en cuenta que es mi más preciada prenda, y os hago responsables a los dos de su custodia.

—Señor, ese no es un encargo de soldados. Mejor buscad una mujer para tal encomienda —se resistió el Hurón con cara de pocos amigos.

—¿Sois o no hombres de mi confianza? Entonces, haced lo que os digo. Con ello

me haréis un gran servicio que no ha de caer en el olvido.



Coronado Froilán —aunque sin corona que ceñirse a la cabeza todavía— y finalizado el juramento de fidelidad y homenaje, los ejércitos se pusieron en movimiento. Para ello, con él abriendo la marcha, ascendieron por el empinado camino que salvaba la depresión.

Al llegar a la explanada donde desembocaba la abrupta subida, llevando de la mano su cabalgadura, se aproximó a la encrespada corriente y durante largo rato la miró con fijeza, como encomendándose al genio de las torrenteras. El río anudaba y desanudaba en incontables hebras de vapor y rocío el formidable ariete en que se convertía un poco más adelante.

«Quedará este día grabado en mis recuerdos. Me ha costado entender que en este mundo de cazadores y presas, la única lealtad posible es la que uno se debe a sí mismo. Nunca pensé ni remotamente que llegaría el día de verme coronado, ni que ganar un reino fuese tan sencillo; en realidad, solamente consiste en tener la firme voluntad de hacerlo y en actuar con decisión, sin que a uno le tiemble la mano o le pese la conciencia. ¿Qué dirían mis padres si levantasen la cabeza? Siempre trabajando para otros, siempre cercados por el hambre y la miseria... pero ahora yo he de reivindicar su memoria. Froilán elevado sobre todas las cosas. Haciendas y vidas a mi servicio y unido a una joven y hermosa mujer con la que engendrar mi propia descendencia. Una estirpe de reyes que se perpetuará hasta la noche de los tiempos».

Así meditaba este hombre, prendido el pensamiento en una nube de ensoñaciones y complacencias. De repente, Mudo, haciendo alarde de su desmañada y torpe agilidad, se aproximó a él y se lo quedó mirando como quien mira a una estatua. Froilán, al notar que una sombra cubría el sol a sus espaldas, se dio la vuelta sin recelar nada.

—¿Qué tal, muchacho? —dijo el flamante rey—. Veo que este lugar te fascina tanto como a mí. Si no fuera porque aprecio mi vida más que a ninguna otra cosa en el mundo, ganas me darían de enredarme entre esas ondas y dejarme deslizar aguas abajo. Hace muy poco que hice algo parecido y salí milagrosamente indemne. Mi madre, sin saberlo yo, debió de bañarme al nacer en la sangre de un dragón.

Mudo sonrió, o eso le pareció a todos los que contemplaban la escena, y dispuesto a convertir en realidad el deseo del rutilante monarca, se abalanzó sobre él como lo haría una araña sobre su presa, abiertos en cruz sus largos brazos y firmemente asentados los pies en la tierra.

Froilán, siendo al fin consciente del peligro que se le venía encima, trató de desenvainar la espada, pero el jardinero real fue más rápido y abrazándole por la cintura, lo levantó en alto y caminó con él a cuestas hacia la orilla.

El rey se debatía entre los brazos de Mudo, sin poder evitar que las traicioneras aguas estuviesen cada vez más cerca.

—¡Suéltame, engendro maldito, o lo pagarás muy caro! ¡Auxilio, ayudadme! —le pidió Froilán a sus soldados, ya completamente aterrorizado.

Algunos de ellos se arrojaron sobre el jardinero con cara de media luna, no así el Hurón y Felipe que, impasibles, mantuvieron sus posiciones al lado de la princesa.

Mudo se giró en redondo y continuó su camino de espaldas a la corriente, arrastrando a una multitud de hombres que, prendidos de él y de su preciado tesoro, trataban por todos los medios de frenarle en su avance.

Cecilia, sobrecogida por lo que estaba viendo, trató de acercarse y decirle algo a Mudo, pero sus guardianes se lo impidieron.

El rey bramaba como un toro a punto de ser sacrificado, pero nada, ni sus aullidos ni sus lágrimas, que también las hubo, pudieron impedir el desenlace. En un instante, Froilán, Mudo y una maraña de soldados, todos en fraternal abrazo, se precipitaron en el turbio remolino, ocupando el lugar que cada cual tenía asignado en el sepulcro de las aguas.

Los que en primera fila presenciaron todo el suceso se echaban las manos a la cabeza, sin poder creerse todavía que aquello hubiera podido ocurrir. Tan solo hacía un momento que habían coronado a un hombre para guiarles en aquellos tiempos inciertos, a un adalid que les había prometido el maná y la libertad, pero muy a menudo resulta que las cosas se llegan a torcer sin remedio.

Enseguida, como un nublado lóbrego y amenazador, corrió la noticia entre las tropas, y el desánimo y la desesperación se alojaron en los corazones de aquellos soldados, que se decían unos a otros:

—Esto es un mal presagio, el peor que nos podía acontecer.

Comandantes y oficiales se enfrentaban entre ellos, discutiendo lo que habría de hacerse a continuación. Solo lograron ponerse de acuerdo en un punto: bajar de nuevo al llano para tratar de recuperar los cadáveres.

Así fue como los cuerpos del rey difunto, de su verdugo y de otros siete —para mayor burla, número de la suerte— fueron colocados en fila al borde del río. El rostro de Mudo, aunque lívido, era el único que mantenía aquella extraña sonrisa; el resto tenía las caras desfiguradas y no solo por el espanto.

—¡Que hable el Hurón! Que diga unas palabras de despedida a nuestro señor —pidieron a coro muchos de los que allí se encontraban.

—¿Qué queréis que diga? En este momento no se me ocurre nada.

Felipe, sin que nadie le oyera, le susurró al oído:

—¡Pues piensa algo! Como lo que dijiste cuando despediste al señor chambelán. Tienes madera de filósofo.

—Está bien, diré algo, que siempre será mejor que nada —y alzando la voz para que todos le oyeran, habló así:

»Froilán no creía en el destino y quiso hacer de este día una fecha digna de

quedar impresa en los anales del reino; sin embargo, la fatalidad ha torcido su empeño. Se le veía confiado, poderoso, invulnerable, pero los dioses no han consentido en otorgarle siquiera un día de prueba, lo que demuestra que el destino, en contra de su opinión, casi siempre prevalece. De haber tenido más tiempo, quizás hubiera podido llegar a donde se había propuesto, pero su tiempo se ha agotado antes de empezar.

»Hace tan solo un instante teníamos aquí, ante nosotros, a un hombre, a un rey, a un dios convertido ahora en despojo humano. ¡Contempladle, compañeros!, porque en él podremos descubrir nuestra propia alma reflejada. Tan solo nos separan de él unos insignificantes giros en nuestro reloj de arena...

—Hurón, yo te he visto y no has hecho nada por ayudar a nuestro señor —le recriminó uno de los comandantes, interrumpiendo su discurso.

—Ya os lo he dicho. ¿Acaso se puede luchar contra el destino? Mirad el resultado: siete hombres ahogados, triturados; y en lugar de siete podrían haber sido un ciento, hubiera dado lo mismo. ¿Por qué no le ayudaste tú? También estabas muy cerca. ¡Ah! Veo que no contestas.

—Quisiera, si se me permite, decir unas palabras a favor de este desgraciado. Me refiero a Mudo, mi amigo, mi hermano —dijo la princesa, bajando del caballo y adelantándose varios pasos.

Un silencio sepulcral se adueñó de aquel lugar y ni el sol luciendo en todo su esplendor, ni el sonido continuado e hipnótico de la columna de agua al caer, lograron levantar ni una pizca siquiera el ánimo de los presentes. Como nadie se atrevía a hablar, contestó el Hurón:

—Decid lo que queráis, estáis en vuestro derecho.

—Bien sé yo, buen amigo, lo que te ha impulsado a hacer esta locura. Desde el primer momento lo he leído en tu mirada —exclamó Cecilia, arrasada en lágrimas y abrazando al pobre infeliz—. Yo no era merecedora de tanto sacrificio. ¿Quién cuidará ahora de tus palomas y de tus plantas? Van a echar mucho de menos las caricias de tus manos y el mimo de tus cuidados.

»Jamás se vio un corazón más fiel y generoso que el tuyo, y en este momento declaro que si estuviese en mi mano, me cambiaría por ti sin dudarlo.

»Mi querido amigo, tú has sido la luz que ha aligerado mi tristeza en ese castillo inmundo y oscuro, tú quien me ha prestado apoyo y devuelto la esperanza. ¡Como echaré de menos tu protección y compañía! Guardaré siempre tu recuerdo en lo más hondo de mi corazón. Ahora sé que la vida es injusta y que siempre terminan pagando los mejores. Que el Señor te acoja en su seno. Desde hoy, tu alma pura y delicada podrá mostrarse en todo su esplendor y elevarse sin pesares sobre bosques, valles y colinas.

Tras este sentido responso, se cavó en medio de la pradera una ancha y profunda fosa y en ella depositaron los cuerpos, que pronto quedaron cubiertos de fría y húmeda tierra.

—Poned en el medio una señal, de piedra mejor que madera. Así recordaremos siempre el lugar donde estos hombres recibieron el eterno descanso —ordenó el Hurón.

Así, de este triste modo, sin crespones prendidos de las banderas, ni saludos marciales, ni coronas de flores, fue como acabó todo.

Aquel poderoso ejército había quedado privado de lo más necesario para cumplir su cometido, un comandante en jefe que les marcara una dirección, una guía, y pronto comenzaron las disputas.

En medio de ellas, un rumor fue tomando fuerza, al principio leve y sutil, casi un murmullo, más tarde impetuoso y vivaz, que decía: «El Hurón ha de ser nuestro rey». A cada minuto que pasaba, la estrofa cobraba más fuerza, hasta que se convirtió en huracán bramando sobre la llanura. Toda la soldadesca, con espadas y lanzas en alto, clamaba a favor de este hombre, y al grito de «El Hurón ha de ser nuestro rey», le rodearon, forzándole a hablar.

—¿Qué desatino estáis diciendo? —profirió el Hurón desde lo alto del caballo—. ¿Acaso os habéis vuelto locos?

—Te conocemos bien. Tú siempre has sido la sombra de Froilán y un guerrero de su estima, valiente y sabio. ¡Tuya será la corona! ¡Guíanos a la victoria! —tronó la muchedumbre.

—No sé de qué victoria habláis. Es más que probable que el camino de la victoria nos conduzca a la derrota —respondió el Hurón, que no lograba hacerse entender. Pero la soldadesca volvía a tronar:

—Acepta nuestro ofrecimiento y te seguiremos.

Los comandantes se miraban desconcertados, aunque sin osar oponerse a aquella apasionada corriente de voces y gritos.

—No, amigos, no he de beber de esa copa. Habéis visto con vuestros propios ojos lo que les sucede a aquellos que tienen ansias de poder y de gloria. Hoy en la cúspide, mañana en lo profundo de la tierra.

»¿Sabéis por qué son negros nuestros uniformes y enseñas? ¿No lo sabéis? Pues yo os lo diré. Porque durante todos estos años hemos hecho del tormento y la muerte nuestros más fieles consejeros, y este ha sido un mal negocio que todos estamos penando en nuestras propias carnes.

Los soldados fueron poco a poco acallando sus gritos, pero sin dejar de escuchar al Hurón.

—No penséis que no valoro la confianza que depositáis en mí al no aceptar vuestro ofrecimiento, todo lo contrario, pero no es esta la vida que deseo seguir. ¡Ya es hora de que penséis un poco en vosotros mismos! Esta mañana erais un ejército, que ahora dista mucho de serlo. Sí, ya lo sé, diréis: ¿Y por un solo hombre han cambiado tanto las cosas? Sí, por un solo hombre.

»En estos casos se impone el adagio de que, cuando llega el momento, cada cual debe elegir su propio camino, de modo que encontrad el vuestro. Yo creo que hoy he

encontrado el mío, y no diré nada más —terminó el Hurón, desmontando de su caballo.

Después de este improvisado parlamento, ninguno de los presentes insistió de nuevo en aquella petición, y a partir de aquí fueron los jefes quienes, respirando aliviados, recuperaron de nuevo el control.

Desconfiaban tanto unos de otros, que ninguno de ellos tuvo el valor de postularse como rey. Más de uno hubiera colgado de buena gana las armas y dado licencia completa a sus huestes, sin embargo, se lo impedía el miedo a ser tachado de cobarde y acusado de traición. No era esto nada insólito, pues tantos años de vida cuartelera y de ordeno y mando resultan difíciles de borrar.

Buscando a su caudillo, pronto cayeron en la cuenta de que aún les quedaba Jaime y alguien les recordó, por si lo habían olvidado, que dirigiéndose hacia el castillo de Babia no harían sino cumplir el mandato de su señor. La mayoría pensó, y no sin tino, que poniéndose de nuevo a sus órdenes y aportándole esposa para la boda, se harían perdonar todos los agravios cometidos.

Al conocer el destino de la princesa, el Hurón y Felipe manifestaron su desacuerdo.

—No era esa la intención de Froilán, bien lo sabéis —les recriminó el Hurón—. ¡Dejadla libre! Es lo que él hubiera deseado.

—Froilán está muerto y lo que hagamos o dejemos de hacer con ella es cosa nuestra —contestó uno de los comandantes—. Seríamos unos necios si no mirásemos por nuestros intereses.

—Además, esa joven representa nuestro salvoconducto ante el rey —añadió otro de los oficiales.

—Y nuestra invitación para asistir a las bodas reales —remachó un tercero—. Hurón, tuviste tu oportunidad y la has rechazado; no quieras torcer ahora el rumbo del destino.

—Está bien, se hará como decís, pero seremos nosotros quienes la entreguemos al rey —respondió el Hurón, señalando a Felipe.

—¿Qué derecho os asiste? —inquirió el último que había hablado.

—El de haberla encontrado, ni más ni menos. Y si alguno de vosotros no está de acuerdo, mi fiel compañera —dijo el Hurón posando la mano en el pomo de su espada— me apoyará en este empeño. ¡Ah! Y a ese brioso cabrero que tan bien ha guardado a la doncella, dadle ropa de soldado, porque desde hoy militaré en nuestras filas.

Nadie se atrevió a contradecir los deseos de aquel hombre. Todos le temían.

—¿Qué haremos con los representantes del rey? No creo que sea buena idea mantenerlos cautivos —manifestó otro de los caudillos allí reunidos.

—En eso nada tengo que decir, haced lo que consideréis oportuno —respondió el Hurón, dándose por aludido.

Comunicadas las nuevas disposiciones y puestos en libertad los prisioneros, el

ejército reemprendió la marcha.

Jaime sufrió una terrible decepción al descubrir que el joven que tenía cautivo no era quien él pensaba. Encolerizado y con la mente rayando en la locura, descargó sobre Gregorio toda su furia contenida. Con todo, no logró hacerle hablar; ni siquiera que exhalase un solo suspiro. El valiente afrontó la tormenta firme como una roca.

Después de aquella orgía de sangre y martirio, el rey, con el desengaño pintado en el rostro, se encerró en su cubil, a la espera de que sucediese un prodigio. Sus dioses no parecían mostrar mucho interés en escuchar sus terribles plegarias.

Según iba transcurriendo el día y cada vez más impaciente por la ausencia de noticias, el soberano ordenó que en un extremo del patio de armas se montase una amplia plataforma de madera y sobre ella, y a un lado, un altar bajo palio y al otro, cuatro tocones de roble bien alineados, de esos que se utilizan para apoyar la cabeza antes de ser separada del cuerpo. Un estrado de doble uso, dependiendo de lo que dispusiera la fortuna.

Durante la cena, todos pudieron oír el ruido de las sierras y los martillos trabajando tenaces. Con aquella música de fondo, a más de uno se le atragantó la comida y al terminar, los invitados desaparecieron en tropel, sin querer disfrutar de las distracciones que el Caballero del Sur había organizado para amenizarles la velada.

Aquella noche, sobre un cielo especialmente sombrío, la Vía Láctea proyectó su centelleante camino pintado sobre el polvo de incontables estrellas. Cada lucero un ángel, una obra buena, una indulgencia; cada retazo de oscuridad, un demonio, una crueldad, una injusticia.

Jaime trató en vano de descansar. Las horas se fueron sucediendo, interminables, una tras otra, y fue ya al clarear el día cuando al fin se quedó dormido. Un sueño ligero, en realidad un duermevela intranquilo poblado de pesadillas, en las que los espectros de su hermano Eduardo y de su cuñada Beatriz se levantaban de sus tumbas, dondquiera que estuviesen, para acusarle de sus iniquidades y ultrajes. Tras la acusación llegó la sentencia, y una nube de pequeños engendros se apoderó de él y lo arrastró, formando un remolino infernal, hacia un abismo de tinieblas y fuego eterno.

A media tarde, bañado en sudor y con los nervios alterados, el rey despertó de su sueño. Salió al patio de armas y se percató de que el tiempo marcado para encontrar a Cecilia se iba agotando sin remedio. Sintiendo de improviso un pavor desconocido a la vez que una inquietante corazonada, dio órdenes para que cesasen de inmediato los paseos de las damas fuera de las murallas y se suspendiesen las actividades vespertinas de la caza. Cuando ya no quedó nadie en el exterior, el puente levadizo fue levantado y el rastrillo encajado en su lugar. A continuación se hizo una llamada a todos los varones, fuesen soldados o no, para aprestarse a la defensa.

A última hora de la mañana de ese mismo día, el príncipe Leonardo y sus tropas llegaron a las proximidades del castillo que fuera de sus padres. Los exploradores comprobaron que el terreno hasta los fosos y el pie de murallas estaban despejados y sin vigilancia alguna. Esto le pareció a todos el preludio de una trampa, por lo que decidieron ocultarse bajo la fronda que bordeaba el río y, en completo silencio, esperar.

Pasada la hora del almuerzo y también la de la sobremesa, observaron desde su escondite cómo descendía el puente levadizo y salían por él, cual bandada de palomas, un numeroso grupo de mujeres, doncellas, madres y dueñas y a rebufo del revoloteo de sayas y briales, un ramillete de varones, dispuesto a degustar el néctar de tan delicadas flores.

—¿Qué sucedería si tratásemos ahora de sorprender a los que guardan el acceso? —preguntó el príncipe—. No parece que pongan mucho empeño en cumplir su cometido, ni ellos, ni los soldados que recorren el camino de ronda.

—No nos daría tiempo a lanzar un ataque en toda la regla. Antes de alcanzar la barbacana, bajarían el rastrillo y subirían el puente —respondió Bertrán.

—¿Dejando a nuestra merced a tantas e ilustres damas? —volvió a interrogar el príncipe.

—Todas ellas deben ser gente principal invitada a las bodas de vuestro tío —contestó nuevamente Bertrán—. Tal vez podríamos utilizarlas de escudo, o acaso pedir por ellas un buen rescate.

—No conoces bien a mi tío. Él no dudaría en sacrificarlas si hiciese falta.

—Desde aquí se escuchan los arrullos y galanteos de esa colorida romería. Si alguno de nosotros se pudiese acercar y entablar conversación... —sugirió don Torcuato Valor, dejando en suspenso la frase.

—Yo lo haré —se ofreció Sánchez de Laciana—. Conozco bien ese género, y si alguien me identifica, seré lo que siempre he sido, un leñador y tratante de maderas.

—No puedo arriesgarme a perderte —objetó Leonardo, que le había cobrado gran estima.

—Mi príncipe, no hemos llegado hasta aquí sin asumir algunos riesgos. Soy el más capacitado para hacer esta descubierta.

—De acuerdo, pero ten mucho cuidado —le advirtió el joven.

Bertrán se cambió de atuendo, recuperando su aspecto habitual de pastor de frondas y espesuras. Con el hacha al hombro y siguiendo la ribera se encaminó decidido a robar si no un corazón, sí al menos alguna revelación que pudiera ser útil a la causa. Como quien no quiere la cosa, llegó a la altura de las primeras señoras, a quienes brindó un caballeroso saludo. Ellas apenas si le miraron, así que el buen hombre siguió hacia delante, sin desanimarse por el desdén. Poco después se cruzó con varias mujeres y algunos hombres que revoloteaban a su alrededor, pero tampoco le devolvieron el saludo.

«¡Qué bien! Ahora resulta que soy invisible y yo sin saberlo. A ver si con las próximas tengo más suerte», se dijo para sí el esforzado leñador.

De pronto reconoció a su mujer. Estaba sentada a la sombra de algunos sauces acompañando a otras dos señoras, una de ellas de aspecto imponente. Con alegría mal disimulada, Bertrán se acercó al grupo tratando de componer su más hechicero aspecto.

—Buenas tardes, bellas señoras —saludó cortés Bertrán, paseando su vista sobre las tres y sin dirigirse a ninguna en especial.

María, al reconocerle, se le quedó mirando aturdida, sin atreverse a decir nada y dejando en sus manos toda la iniciativa.

—¡Esposa, esposa mía! ¿Es que ya no me conoces? ¿Tan pronto te has olvidado de mí? —exclamó el leñador acercándose a ella y estrechándola entre sus brazos.

—Bertrán, cariño, ¿de dónde vienes a estas horas? —disimuló María.

—De cortar un buen roble con el construiré un robusto carro para transportar leña.

—Bertrán, esta distinguida señora es doña Catalina, condesa de Vistahermosa, y esta otra doña Elvira, su doncella y dama de compañía.

Bertrán hizo una reverencia y con delicadeza besó las manos que ambas le tendieron.

—¡Oh, señorías! Soy un simple leñador, pero sé reconocer la hidalguía y la nobleza a cien leguas de distancia. Permitidme que ponga esta hacha y mi vida a vuestro servicio.

El requiebro pareció ser del agrado de la encumbrada señora, que sonrió al leñador como quien sonríe a un general de los ejércitos.

—Tienes un marido muy apuesto, María. ¿Por qué no nos lo has presentado antes?

—Veréis, augusta señora, mi esposo viaja por todo el reino y yo tengo una tarea de mucha dedicación, sobre todo últimamente, así que nos vemos muy poco. Hoy estamos los dos de suerte.

—Doña Catalina, estoy seguro de que ante vuestro porte el mundo retrocede y se hace a un lado y, sin embargo, resultáis de una sencillez tan proverbial que os permitís entablar conversación con un hijo del pueblo llano como yo, sin perder por ello ni un ápice de grandeza.

—Os juro que me cuesta entender la letra de lo que decís, pero la música me suena muy bien. Cuando retorne a mi hacienda, os propongo a los dos venir conmigo. Tú podrías ser nuestra ama de llaves y tú, nuestro ayuda de cámara.

—Pues no dudéis que nos lo hemos de pensar. Estamos hartos de nuestros respectivos oficios —contestó el leñador, que aún estaba por abordar la materia que a él le interesaba—. Decidme, lindas señoras, ¿cómo es que paseáis tan despreocupadamente y sin soldados que os guarden fuera de las murallas?

—¿Quién se atrevería a hacernos nada, teniendo al rey como sostenedor de



nuestra vida y de nuestra honra? —respondió Catalina, un poco extrañada de la pregunta—. Estos paseos los damos todas las tardes.

—Pues a pesar de la protección del rey, corréis peligro sin duda, ¿o acaso no sabéis que los rebeldes avanzan y atacan con furia desde todos los frentes? Haríais mejor en manteneros dentro del castillo.

—¿Tan grave pensáis que es la situación? —inquirió María, interrogando a su marido con la mirada.

—Sí, más que eso. Temo por vuestra seguridad.

—Supongo que mañana, una vez que se celebren las bodas reales, las aguas tornarán a su cauce —manifestó María.

—Eso va a ser difícil, porque sin novia no puede haber casamiento —dijo la condesa, bajando la voz.

—¿Pues qué ha sido de la novia? —preguntó el leñador.

—Dicen que la han secuestrado y que no se la encuentra por ninguna parte, ni a ella ni al jardinero real.

—¿Cómo? ¿Quién osaría contravenir la voluntad real de esa manera?

—Corre el rumor de que han sido los rebeldes, aunque eso yo no lo creo —sostuvo Catalina, mirando de soslayo a su dama de compañía.

—Pero sin la princesa, ¿qué hará el rey entonces?

—Nuestro señor parece muy trastornado; lo vi reflejado ayer en su cara —reveló la encumbrada mujer—. Sin ir más lejos, esta pasada noche ha ordenado levantar una plataforma de madera, con más aspecto de cadalso que de altar de ceremonias, porque han dispuesto sobre ella cuatro tocones de madera.

—¿A quién se va a ajusticiar?

—A un capitán de la guardia que, según parece, ha resultado ser un traidor.

—¿Os referís a un capitán de su guardia?

—No, de su guardia no, sino de la de mi cuñado, que por cierto, lleva fuera varios días y ni el mismo soberano sabe dónde está. Eso es lo que dice mi marido, el conde de Vistahermosa.

—Vuestro cuñado ha de ser entonces persona muy principal.

—Mi cuñado es el senescal del reino, señor —declaró muy ufana la señora.

—Si no he contado mal, me sobran tres tocones.

—Es cierto, pero, según he oído decir a mi esposo, en el mismo día y hora que se producía el rapto de la princesa, también se detenía a un asaltante... bueno, digo a uno porque al resto hay que darlos por muertos.

—¿Y conocéis vos, señora, el aspecto de ese renegado felón?

—No sé el significado de esa palabra. Quizá habéis pretendido decir león, porque según mi marido, que lo ha visto en las mazmorras, tiene la misma melena rojiza de ese fiero animal.

—Aun así, me siguen sobrando dos tocones —siguió sonsacándole Beltrán.

—Al parecer, están destinados sin duda a los antiguos reyes del Pirineo y padres

de la princesa, porque sé de buena tinta que ayer el antiguo abad de Ochagavía les dio la extremaunción.

—Ese sacramento solo se administra *in extremis*, señora. ¿No lo estaréis confundiendo con el de la confesión?

—¡Ah! Yo siempre había creído que ambos eran la misma cosa.

—Está visto que vuestro señor quiere quedarse sin suegros.

—Mi señor y el vuestro, caballero —respondió doña Catalina levantando el mentón todo lo que podía—. Tal desgracia solo habría de ocurrir en el patético caso de que doña Cecilia no diese señales de vida antes de mañana, que es cuando acaba el plazo.

—Se dice hipotético, mi señora, no patético —la corrigió Elvira, que hasta ese momento se había mantenido al margen de los chismorreos de la condesa.

—Hipotético, patético... ¿qué más dará una cosa que otra? No son las palabras lo que importa, sino las intenciones y los hechos.

—Tenéis más razón que un santo, señora mía. Y vos, doña Elvira, ¿cómo veis vos la situación? —preguntó Bertrán, que no deseaba que la condesa acaparase toda la conversación.

No pudo responder, pues justo en ese momento sonaron trompetas dando la voz de alarma. Así, sin tiempo para despedidas, el leñador se separó de su esposa y de las otras dos mujeres. En pocos minutos, a la carrera y con algún que otro traspié, todos los que estaban fuera de las murallas regresaron al amparo del castillo y la fortaleza se puso en estado de máxima alerta, como así lo atestiguaba el numeroso contingente de soldados armados apostados en matacanes, torreones y almenas.

El leñador regresó junto a sus compañeros, muy preocupado de lo que acababa de oír, pues no era para menos. Su relato sembró en el príncipe el desasosiego y la inquietud.

El factor sorpresa con el que contaba Leonardo se había esfumado delante de sus narices. ¿Por qué habrían sonado las trompetas? Era inexplicable. Sin razón aparente se había pasado de un estado de lasitud a otro de sobresalto y alarma.

Cualquier intento de ataque frontal se convertiría en una carnicería que él no podía aceptar. Por otra parte, ni que pensar en un asedio. No disponían de escalas ni de máquinas de asalto, y además, los ejércitos del rey se encontraban demasiado cerca, podían aparecer en cualquier momento.

La situación era crítica. Había que tomar una determinación. Todos estuvieron de acuerdo en cruzar el río, que por allí, aunque con dificultades, era vadeable, e internarse en el bosque en busca de los patriotas que hubiesen acudido a la llamada de las armas. Y eso es lo que hicieron, dejando atrás a un buen número de vigías agazapados entre la espesura.

Desde uno de los matacanes, Jaime contemplaba el amplio espacio que se desplegaba ante su vista. A su diestra, el bosque de Muniellos flanqueado por el río del mismo nombre, denso y profundo, para él una fronda impenetrable, misteriosa y temible. Teniéndolo tan cerca, nunca se había atrevido a hollarlo con la planta de sus pies, pues solo de pensarlo se sentía como un niño, perdido e indefenso. Al frente, un mosaico de prados, campos y arboledas, extendiéndose hasta la lejanía.

Apostado en su otero, el rey escudriñaba el horizonte sin lograr librarse del nerviosismo y la ansiedad que le embargaban. ¿Dónde quedaba esa sangre fría de la que siempre había hecho gala? ¿Dónde su valentía y audacia? Sin saber por qué, presentía que la aparición de las fuerzas sediciosas se encontraba muy próxima. Esta idea pertinaz se había asentado en su mente y enseñoreado de sus pensamientos. Incluso creía ya sentir el batir de los tambores y el sonido de las cornetas resonando en la distancia.

Ensimismado en estas meditaciones, de súbito escuchó el eco estridente de muchos cuernos de guerra sonando a la par. Esta vez los sentidos no le engañaban. Poco después, las primeras unidades de soldados, que marchaban siguiendo la estela del río, surgieron de entre los árboles.

El sol ya declinaba cuando un formidable ejército de negros uniformes y oscuras enseñas se fue desplegando en formación cerrada frente al castillo de Babia, mientras un extraño silencio se adueñaba del lugar.

Jaime no daba crédito a lo que estaba viendo. Cerró los ojos, llenó de aire sus pulmones y contuvo la respiración un largo instante.

No eran aquellas las fuerzas que él esperaba y tanto temía. La diosa Fortuna parecía querer favorecerle una vez más pero, ¿y si todo aquello era una trampa tendida por Froilán para engañarle? Con este giro inesperado de los acontecimientos la situación cambiaba, sin duda; ahora bien, ¿cuál era la razón de que aquellos hombres estuviesen allí, tan silenciosos e inmóviles? La boda no se había celebrado aún y restaban todavía tres jornadas para que venciese el plazo de su llamamiento. En verdad que no sabía qué hacer o decir, embargado como estaba en aquel mar de dudas.

Adelantándose a las primeras filas, un pequeño grupo de hombres se acercó a la barbacana pidiendo ser recibidos. El rey sopesó las circunstancias, tras lo cual decidió que le convenía escucharles, y aceptó recibirlos en el salón del trono, rodeado de su guardia.

—Hablad, estoy esperando —les apremió una vez estuvieron reunidos.

—Señor, hemos venido hasta aquí para servirlos —dijo uno de los comandantes, que hablaba en nombre de los demás.

—Os habéis adelantado a mis órdenes; nuestra cita era para dentro de tres días.

—Lo sabemos, mi señor, pero vuestro senescal nos citó antes que vos, y por eso nos encontramos aquí.

—¿Por qué te has erigido tú en portavoz? ¿Acaso mi senescal se ha vuelto mudo? ¿Dónde está, que no lo veo?

—Ni le veréis, mi señor. Yace sepultado al pie del Pozo de los Humos.

Jaime abrió tanto los ojos que parecieron querer salirse de sus órbitas. Y aquel cuervo sin alas transmitió a su señor las, no sabríamos decir, si buenas o malas nuevas.

—De modo que ha sido mi jardinero real quien le ha dado muerte. Pues ya no le podremos juzgar por ello si, como dices, también fue enterrado con él.

—Con él y con siete soldados más que trataron de impedirlo.

«Siempre supe que ese Mudo de los demonios terminaría haciéndome un gran servicio», pensó para sí Jaime, fingiéndose abatido, y luego se fijó en Felipe y el Hurón.

—Veo que entre vosotros se hallan dos buenos y leales servidores de Froilán. ¿Os han traído a la fuerza o venís por decisión propia? —preguntó con un marcado deje de sarcasmo.

—Señor, hemos venido aquí porque así lo han determinado los hados, pero también por nuestra propia voluntad —explicó el Hurón, dando un paso adelante.

—¿Dónde está mi prometida? —estalló el rey levantándose de su sitial.

—Calmaos, mi soberano, la princesa Cecilia se encuentra sana y salva. Fuimos mi compañero Felipe y yo quienes dimos con ella y la hemos traído ante vos.

—¿Ella está aquí? ¿No me engañas?

—Pronto lo habréis de comprobar por vos mismo.

El rey no cabía en sí de satisfacción.

—No lo entiendo. ¿Acaso no fuiste tú quien sacó a la princesa del castillo?

—Lo hice para evitar que otros lo hiciesen en mi lugar.

—¿Quién de vosotros dos mató a mi chambelán?

—Perdonadme, señor, pero estáis muy equivocado si es eso lo que pensáis.

—¿Qué quieres decir?

—Fue ese matarife al que todos llaman Mudo quien le facilitó el viaje al otro mundo, y no solo eso. Fue él quien me persiguió (y a fe mía que a poco me mata) para despojarme de vuestra futura esposa. Preguntadle a la condesa de Vistahermosa y podréis confirmar lo que digo; ella tuvo que ver esa noche a vuestro jardinero real merodeando por allí.

»Señor, otra cosa —prosiguió el Hurón al ver que Jaime se quedaba sin palabras—. Estos comandantes que me acompañan os podrán atestiguar que yo dejé a Mudo completar su faena. Quiero decir que no moví un dedo para impedir la muerte de vuestro senescal. ¡Adivinad por qué!

Como el rey seguía callado y sin saber qué contestar, el Hurón continuó con su

exordio.

—Pues señor, la cosa está bastante clara: porque Froilán quería ocupar vuestro lugar en ese trono dorado y mi camarada y yo nos empeñamos en que tal cosa no sucediera.

—¡Qué despropósito! —exclamó Jaime, disimulando una sonrisa.

—El senescal, adelantándose a vos, convocó en secreto a vuestras tropas y esta mañana, antes de entregar su alma al diablo, fue proclamado rey de Iberia y del Pirineo.

—¿Fue proclamado, dices? ¿Por quién fue proclamado?

—Por todos nosotros.

—¿Con qué excusa habéis osado cometer tamaña locura?

—Señor, parecéis adivino. El senescal dijo de vos que os habíais vuelto loco, loco de remate, y que tal situación os incapacitaba para el buen gobierno.

—¿Loco yo? ¿Acaso os lo parezco?

—Quien se considere completamente cuerdo, que dé un paso al frente —se apresuró a responder el Hurón—. Señor, Felipe y yo ya hemos emitido el voto con nuestra actuación.

—Ya que parece saber tantas cosas, a ver si puedes responderme a esto también. ¿Por qué crees que he ordenado prender a vuestro capitán? —interrogó de improviso el rey.

—Quizá porque lo habéis llegado a considerar un falsario y un impostor.

—¿Y tú, cómo lo consideras?

—¿Yo? Siempre lo mismo que vos. Y si mañana cambiaseis de opinión, os volvería a decir la misma cosa.

—Muy hábil respuesta, pero con eso no me vas a convencer de tu fidelidad.

—Pues veamos entonces si con lo que os voy a decir ahora os persuado de una vez por todas. Esta misma mañana, después de dar tierra a los difuntos, vuestros soldados, y eso les honra, me han pedido a gritos que me convirtiese en su mentor y guía. Sí, rey soberano, ellos deseaban un monarca con mis cualidades, pero no me miréis así, que yo no soy Froilán y he rechazado la oferta. Prefiero seguir sirviendo a vuestra graciosa majestad.

—¿Es eso cierto? —gritó más que preguntó el rey a todos los que le acompañaban.

—Sí, sí, así fue —contestaron estos al unísono.

«Este hombre me causa asombro y admiración», caviló el monarca.

—Hurón, Hurón, deberías cambiarte el nombre, porque no es ese el más apropiado para convertirte en mi nuevo senescal, si es que accedes a ello. Siento que haya tenido que pasar tanto tiempo y tantas cosas para darme cuenta de tu auténtica valía —continuó Jaime con sus halagos.

—Señor, a mí me gustan los hurones. Son animales inteligentes, curiosos, valientes y fieros cuando lo requiere el caso, fieles a los de su especie. Si tenía antes

otro nombre ya no lo recuerdo, mas si deseáis que sea vuestro senescal, deberéis aceptarme con nombre y todo, mal que os pese.

—¿Quiere eso decir que aceptarás ser mi senescal?

—¿Quiere eso decir que aceptaréis mi nombre de siempre?

—Yo lo haré, si tú lo haces.

—Entonces eso significa que aceptaremos los dos. ¡Viva el rey Jaime! —pregonó con su potente voz el Hurón.

—¡Viva el rey! —respondieron a voz en grito aquellos hombres, agradecidos de que la cosa no hubiera pasado a mayores y de que quedase todo en el pozo del olvido.

—Mañana, después de la boda, me jurarás fidelidad y serás investido con el cargo y ahora, traedme a la princesa. Hoy es un día grande y quiero celebrarlo por todo lo alto. Hurón, ven junto a mí, porque tú estás haciendo posible que se cumpla mi voluntad, y ya sabes que no hay nada más importante que la voluntad de un rey.

—Tened cuidado con lo que decís. Esta mañana, sin ir más lejos, vuestro anterior senescal dijo cosas parecidas y ya veis dónde ha acabado.

—Yo soy el rey, no el senescal, y debes saber que un hombre como yo siempre está por encima del bien y del mal.

Poco después trajeron a Cecilia acompañada de Pasolargo, que lucía un uniforme de soldado pequeño y estrecho en demasía. Por su aspecto y el nerviosismo que mostraba, Jaime se dio cuenta enseguida de que no era un guerrero al uso.

—Cecilia, princesa mía. ¡Cuánto me alegro de tenerte otra vez aquí, a mi lado! Hemos temido por tu vida y la de tus padres, pero ahora el peligro ha pasado. Mañana te convertirás en mi reina y un nuevo amanecer adornará este admirable mundo que nos rodea, un mundo que yo he de poner a tus pies —declamó el soberano con voz aterciopelada.

La futura reina no pudo o no quiso contestar nada, mas a su futuro consorte, por lo visto, no le importó lo más mínimo.

—¿Quién es ese afligido soldado que la acompaña? —interrogó.

—Le he reclutado yo, mi señor, y se encuentra a mi servicio —respondió el aspirante a senescal—. A sus esmerados cuidados debéis el que vuestra prometida se encuentre hoy aquí, sana y salva.

—No parece un guardián, ni tampoco un guerrero.

—Nada es lo que parece. Él comandaba una pequeña partida de valerosos combatientes que hemos dejado atrás.

—Supongo que los habrás reclutado también.

—No ha sido posible, majestad. Los combatientes resultaron ser varias cabras capitaneadas por un valeroso macho cabrío.

—¿Pretendes burlarte de mí? No te daré nunca ese privilegio —le regañó el rey, aunque con cierta complacencia.

—Nada más lejos de mi intención, mi señor. Este cabrón del que os hablo, de nombre Noé, ha hecho batirse en retirada a muchos de vuestros hombres; incluso a

algunos de ellos los despachó sin miramiento alguno y ahora descansan en el fondo del río.

—Vaya, pues me gustaría conocer a tan valiente cornudo —respondió el rey riendo a carcajadas.

—Vos os reiréis, señor, pero os diré que Froilán quiso reclutarlo como mascota para sus ejércitos.

—¡Voto al diablo que también he de hacer yo lo mismo! Después de la boda quiero que lo busquen y lo traigan aquí, y también a sus cabras. No deseo que el animal se entristezca por mi causa. Lo digo muy en serio.

Jaime se sentía como en sus mejores tiempos. Habíase trocado la hiel y la ponzoña que anegaban su corazón en un buen humor que le hacía elevarse en el aire y casi saltar de regocijo.

—¡Que mi amada sea conducida hasta sus aposentos! Y que se asee y mude de ropas —ordenó dando unas fuertes palmadas y reclamando la presencia de sus sirvientes—. Ahora llamaré al Caballero del Sur. Tendrá que aguzar el ingenio, porque esta noche quiero que mis invitados se sientan mucho más que satisfechos de las celebraciones que han de tener lugar.

—Señor, no deseo llevaros la contraria, pero ahí fuera un ejército aguarda vuestras órdenes —le recordó el Hurón.

—Que acampen delante del castillo y que las puertas se mantengan abiertas día y noche. Quiero que jefes y oficiales confraternicen con mis invitados y que los soldados participen de los festejos. Tiempo tendrán después de seguir sufriendo. Encárgate tú mismo de que mis órdenes sean cumplidas. Mañana te convertirás en senescal y no es baladí tal oficio.

—Señor, han venido con nosotros vuestros representantes civiles, ¿qué se ha de hacer con ellos?

—Hablad con don Francisco Amable; y no estaría de más que también lo hicierais con el abad de Ochagavía. Él y ese monje guisandero y embaucador que le acompaña se encargarán de su acomodo —dijo el rey frotándose las manos.

Aquella jornada la cena se alargó hasta altas horas de la noche, pues tuvieron los comensales que distribuirse en varios turnos. Guillermo de Trouville demostró una vez más sus dotes de organización y de mando en su tarea de dar de comer y beber a tantos y tan encumbrados huéspedes. Las grandes ollas y calderos bullían de entusiasmo, los hornos crepitaban alegres, repletos de hogazas y asados, ¿y qué decir de las planchas de hierro, dejando su sello indeleble sobre carnes y pescados?

Jaime no se pudo sustraer al embrujo de aquella velada mágica y engalanada bajo un cielo esmaltado de estrellas. Contagiado por el ambiente distendido y alegre que le rodeaba, henchido de júbilo, olvidadas sus negras pesadillas y eufórico y confiado como nunca, quiso compartir mesa y mantel con sus suegros, y para que todo

adquiriese un aire más familiar y cercano, invitó también a Toribio, a Anselmo y a los condes de Vistahermosa.

Los huéspedes vitoreaban a su señor, pero sobre todo a su futura consorte, aun sin estar ella presente.

—¡Qué hermosa pareja harán! —decían algunos.

—¡Qué belleza y delicia de mujer! Sin duda nuestro soberano ha tenido buen ojo —decían otros.

—¡Por fin nuestro rey se casa! Y pronto nos ha de dar un príncipe apuesto y valiente, o acaso una princesa agraciada y gentil.

Lo que en aquella mesa se habló no es para contarse, porque el hecho es que apenas se conversó, y no fue la causa el comer —que salvo Jaime y Anselmo, los demás no comieron—, sino la falta de ganas, unos por sentirse afligidos o desesperados, y otros por tener más que callar que decir.

—Condesa, ¿tenéis a punto los ajuares de la novia? —preguntó el rey al desgaire.

—Sí, sí, los tengo, no os preocupéis.

—Decidme, condesa, la noche en que fue raptada la princesa, ¿visteis vos por un casual a mi jardinero real? —continuó con sus preguntas Jaime, esta vez mirándola con ojos punzantes.

Catalina, temblando, quedó tan callada como lo solía estar Mudo.

—¿No podéis o no queréis responder?

—Señor, suplico vuestro perdón, porque aun sabiendo lo que tengo que decir, no sé qué deciros.

—Hoy es excelente mi humor. Aprovechad la ocasión y abridme vuestro corazón. ¿Sabéis quién mató a mi chambelán? ¡Contestadme, voto a bríos!, si no deseáis que os pese.

—A cierta ciencia yo no lo sé, mi señor. Nosotras estábamos dentro y su muerte tuvo lugar en el jardín —balbuceó Catalina, que estaba pasando un mal trago—. Cualquiera de los dos soldados que lo acompañaban lo pudo hacer.

—¿Estáis completamente segura de lo que decís?, ¿acaso no había una tercera persona en ese jardín?

—Sí, señor, pero yo no sé de dónde salió. Lo juro por vuestros futuros hijos.

—Mejor juradlo por los vuestros, si es que un día llegáis a tenerlos.

—Pues por mis futuros hijos lo juro.

—Eso es tanto como jurar por nada —respondió el rey sonriendo.

—Está bien, juraré por todo lo que ahora tengo y nunca soñé tener.

—¡Desembuchad de una vez! ¿Quién era esa persona?

—Era Mudo. Cuando se llevaron a la princesa, él cruzó la habitación como una sombra.

—Entonces es cierto que ya se encontraba allí antes de vos llegar. ¿Por qué no me lo dijisteis cuando os pregunté sobre ello?

—Señor, no me pareció nada extraordinario que el jardinero estuviese allí. Al



cabo y al rabo, Mudo iba a los aposentos de la princesa todos los días y pasaba mucho tiempo en ese jardín.

—¿Pudo él matar al chambelán?

—¿Para qué negarlo? Si estaba en el jardín, pudo hacerlo. Nada más os puedo decir —respondió la condesa de Vistahermosa resoplando como si le faltase el aire.

—Está bien, está bien. Cambiando de conversación, querido Toribio, ¿te has procurado ya la vestimenta litúrgica con la que mañana me has de desposar?

—Hasta hace tan solo un rato ni siquiera contabais con la novia, ¿cómo iba yo a saber que mañana os ibais a casar? Mirándolo bien, se os podrían volver a torcer las cosas.

—¡Eso nunca! Ilústranos un poco, Anselmo, ¿qué ropas necesitará este hombre para officiar ceremonia tan principal?

—¿Realmente os interesa tanto saberlo, majestad?

—¡Por supuesto! Si no, no te lo hubiese preguntado.

—Lo primero de todo el amito, un lienzo blanco de lino que se ha de colocar sobre los hombros y alrededor del cuello —respondió el abad.

—Él me libraré de vuestras turbias y diabólicas tentaciones —profirió Toribio mirando a Jaime.

—Sobre él, una túnica línea, símbolo de la pureza del officiante —continuó Anselmo como si nada hubiese oído.

—No de vuestra corrupción, señor —añadió de nuevo Toribio, sin dejar de mirar al rey.

—Sobre ella la estola, larga banda de tela que se lleva de forma parecida al amito y que representa la autoridad que el Creador confiere al celebrante como pastor, maestro y guía de almas —dijo Anselmo de un tirón.

—Para vos, señor, no se ha de necesitar esa prenda —aclaró Toribio sin pestañear.

—¿Y eso por qué? ¿Acaso no soy yo un hombre como los demás? —preguntó el monarca.

—Vos sois un corazón sin alma —respondió el antiguo abad.

—Después viene el cingulo, cordón que ciñe la túnica, símbolo de castidad. Y por último la dalmática, a modo de capa, abierta por ambos lados y emblema del suave yugo con el que Dios ata a sus servidores —recitó el monje, sin decir ni añadir nada más.

—Vos, señor, al igual que yo, también sois un servidor, pero del diablo —remachó Toribio.

—¡Calla, no sigas si no quieres que te cortemos la lengua! —exclamó el soberano pesaroso de haber iniciado aquella conversación, y mudando de tercio, añadió—. Tú, Venancio, tan callado como siempre. Me gustaría saber tu opinión sobre una idea que me lleva rondando en la cabeza desde hace algunos días —anunció el rey, sonriendo—. A ver qué te parece. Estoy pensando en pedir al Caballero del Sur que sea mi chambelán, cargo este peligroso, a lo que se ve. No sé si querrá aceptar...

—Señor, mejor haríais empleándole de bufón —respondió el rufián, mostrando cara de enfado.

—En poca estima le tienes. Sin embargo, parece que no es un impedimento su corta estatura para encandilar doncellas casaderas, e incluso damas casadas, además de ser un portento en esto de condimentar celebraciones y festejos.

—Haced como estiméis, mi señor —respondió el conde de Vistahermosa, bajando los ojos y con el rubor pintado en las mejillas.

—Ya que no os veo comer, al menos alegrad un poco el semblante excelsos suegros, porque hoy es un día para no olvidar —manifestó Jaime, que no deseaba dejar a nadie al margen de su plática—. Alguna vez tendréis que entenderlo, vuestra hija se encuentra a las puertas de ser mi esposa. No es esta la mejor forma de comenzar una relación tan estrecha —continuó, moviendo la cabeza en gesto de disconformidad—. La indiferencia y antipatía entre un yerno y sus padres políticos a quien más perjudica es a estos últimos. Toribio, ayúdame a convencerles de que acepten, de una vez por todas, la situación.

»Si no deseáis hablar, estáis en vuestro derecho, pero os diré algo. El acomodo a las circunstancias cambiantes es siempre símbolo de lucidez y talento para lograr sobrevivir y medrar. Mirad si no cómo se cimbrera, agita y retuerce el junco ante el embate del viento, venga este de donde venga y sople con la fuerza que sople.

Acabada la cena empezó el jolgorio, y la velada se extendió mucho más allá de la medianoche. Trovadores y juglares, malabaristas, acróbatas y bufones aprovecharon la ocasión, que tan a punto se les brindaba, de entretener y maravillar a un público entregado y deseoso de olvidar el espanto de los últimos días. Pero la cosa no acabó ahí. Terminadas las representaciones, una vorágine de cantos y de bailes, al son de chirimías y dulzainas, laúdes y caramillos, se adueñó del patio de armas, envolviéndoles a todos en un torbellino de frenesí y hasta de locura. Vino, hidromiel y aguardiente tuvieron mucho que ver con esto, pues corrieron a raudales por las mesas y remojaron las reseca gargantas. Una copa se vaciaba y al instante se rellenaba, como si de un milagro se tratase.

—¡En los tiempos venideros nadie podrá decir que en las bodas de este rey se escatimó la bebida! —les dijo a sus marmitones el monje Guillermo de Trouville—. El vino procura alegría; el hidromiel, entusiasmo y ardor; y para rematar la faena, un vaso de aguardiente sin duda es lo mejor.

Hasta los soldados acampados llegaban los melodiosos acordes de la música, así como el retumbar sordo de cientos de pies arrastrando y golpeando sobre el suelo. Aunque cenaron de rancho, el Hurón, de común acuerdo con el monje soldado, les hizo llegar tres carros cargados de hidromiel y, como gratificación, veinte barriles de aguardiente, de ese que solo debieran tomar hombres de pelo en pecho.

Según la fiesta se fue animando, muchos soldados, atraídos por aquellos ecos celestiales y, por qué no decirlo, con el paso algo cambiado, se asomaron al patio de armas, quedando aún más embriagados de lo que estaban al contemplar el colorido

panorama.

La flor y nata de aquella sociedad, por un día, o mejor, por una noche, quiso confraternizar con aquella chusma de guerreros, eso sí, jóvenes y apuestos la mayoría, y les invitaron a sumarse a la jarana. Desde ese momento, la animada algarabía se convirtió en un tumultuoso aquelarre, en el que no se diferenciaban clases ni sexos. El puente levadizo se transformó en un ir y venir incesante de soldados, que se turnaban para poder incorporarse a la verbena.

Hubo un momento en el que varios grupos de danzantes, acompañados de los músicos, quizás considerando estrecha la pista de baile, salieron en procesión y, sin dejar de saltar y retozar, recorrieron todo el campamento, que se había poblado de fogatas, acaso celebrando ya el día de San Juan. Pronto se les unieron muchos de los soldados que no habían logrado entrar. Es para imaginar la descompostura que ocasionó el agitarse de aquellas ardientes aguas.

Poco a poco la música se fue apagando, porque todo lo que empieza acaba, a la par que se aplacaban los ánimos y el desenfreno. Llegado era el momento de las vomiteras y también de los dulces sueños. El sol naciente casi despuntaba ya por oriente.

Al mediodía habría de tener lugar la boda largamente anunciada y que tanto tiempo se había hecho esperar. Necesario era, pues, descansar unas horas, muy pocas, puesto que antes habrían de ser preparadas y puestas a punto muchas, muchas cosas.

El príncipe Leonardo se había internado con sus tropas en el bosque de Muniellos, dejándolas apostadas y en estado de alerta, y seguido de algunos hombres continuó la marcha hacia delante. Mucho antes de lo que esperaba, se cruzó con un pequeño grupo de paisanos que parecían venir hacia ellos. Intercambiados el santo y seña, se saludaron con cierta reticencia.

—Amigos, creíamos que os encontrabais mucho más lejos —expresó el joven, decepcionado al ver que los refuerzos eran tan pocos.

—¿Sois vos el príncipe a cuya llamada acudimos? —preguntó un individuo de hombros tan anchos como los de un Sansón.

—Si esto es todo el apoyo con el que podemos contar, mejor nos estaría recoger los bártulos e irnos por donde hemos venido —exclamó Bertrán, adelantándose a la respuesta del príncipe.

—Sí, yo soy el que os ha convocado, pero dime, ¿quién eres tú?

—Me llamo Venceslao y soy el herrero de mi aldea, un manajo de chozas perdidas entre las montañas. Señor, ¿ese es todo vuestro ejército?

—Amigo Venceslao, ¿dónde se encuentra el tuyo? —le devolvió la pregunta el príncipe, temiéndose lo peor.

—Muy cerca de aquí.

—Pues se le oye tan poco que, o debe de estar muy lejos, o debe de ser muy

escaso —declaró de nuevo Bertrán contrariado.

—No os guieis por las apariencias. Los valientes que nos siguen saben ocultarse y caminar en silencio. Os lo demostraré.

El herrero dio entonces un corto pero agudo silbido, y en breves instantes se vieron rodeados por una masa ingente de campesinos y aldeanos, algunos portando picos y azadas, otros horcas y guadañas y la mayoría hoces y hachas.

—¿Qué decís ahora, señor? —exclamó Venceslao, dirigiéndose a Bertrán—. Son muchos los hombres que componemos estas mesnadas.

—A lo que veo, son todos combatientes de surcos y terrones —susurró el leñador al príncipe.

—Desde luego que no somos soldados, si os referís a eso —respondió el herrero, que tenía buen oído—, pero hemos venido hasta aquí deseosos de luchar al lado de nuestro príncipe. Llevamos muchos días caminando y pasando penalidades.

—Tienes razón, toda la razón —respondió Leonardo, poniéndole las manos sobre los hombros—. Supliréis la falta de destreza en el combate con el ímpetu y coraje que sé que tendréis cuando vuestro momento llegue.

—Podéis poner la mano en el fuego por nosotros, señor. Hasta en primera línea de batalla haríamos un buen papel.

—Lo sé, pero os tengo reservado el cometido más importante. Primero serán las flechas las que desbrocen y limpien el campo de malas hierbas, tras ellas serán lanzas y espadas las que lo allanen y abran surcos en él, y por último llegaréis vosotros, para echar la simiente y recoger la cosecha. ¿Qué os parece mi propuesta? —dijo el príncipe.

—¡Señor, suena muy bien! —respondió el herrero, asintiendo con la cabeza—. A fe mía que vuestro mensaje se adapta a nuestro saber como un guante y que lo hemos comprendido perfectamente.

—¡Porque vuestra voluntad de cambiar las cosas es inmensa y nuestra fe en la victoria inquebrantable, mañana alcanzaremos la libertad y la justicia que tanto anhelamos! —pronunció Leonardo con voz esperanzada y vibrante.

—¡Que así sea! —respondieron a una aquellas humildes gargantas.

—Señor, tenemos aquí con nosotros a dos personas que desean saludaros.

Saliendo de entre las filas se acercaron dos hombres, uno tocado con hábito de monje, el otro blandiendo una hoz entre las manos.

—¡Padre, padre mío! ¡Carlos! ¿Qué hacéis vosotros aquí? —les interpelló el príncipe lleno de asombro y fundiéndose con ellos en estrecho abrazo.

—Tu llamamiento a las armas no conoce de fronteras y nos negábamos a dejar que una semilla así se perdiese entre las piedras —explicó Diego Albar—. Carlos y yo hemos logrado reunir a una buena partida de valientes deseosos de luchar por esta noble causa. La hora de la verdad ha llegado y necesitarás del esfuerzo de todos.

—Querido padre, apreciado maestro y amigo, os agradezco vuestro empeño en ayudarme, pero os advierto que esta será una cruenta batalla y nada más lejos de mi

intención que ponerlos en peligro.

—Hijo, ¡qué cambiado te veo! Pero ¿Y tu hermano Gregorio?, ¿dónde está? —preguntó Diego, cambiando hábilmente de conversación.

—No está conmigo, se encuentra desempeñando una importante misión. Pero insisto, padre, no quiero que nada malo os suceda.

—Mi querido pupilo, entiendo tus sentimientos, pero no hemos venido desde tan lejos solo para hablar contigo —intervino Carlos—. Toda esta gente está en nuestra misma situación. ¡Permítenos luchar a tu lado! Nos sabremos defender.

Viendo que de nada servían sus ruegos, Leonardo acabó por decir:

—Está bien, está bien. Pero ocuparéis las posiciones que yo os diga, y en esto no admito réplica. ¿Entendido?

—Sí, sí —respondieron a la vez padre y maestro.

Al caer la noche, llegaron hasta ellos los ecos nocturnos de los festejos y más tarde, el bullicio de músicos y danzantes recorriendo el campamento. Desde las sombras del bosque se podía distinguir el trasiego de personas entrando y saliendo del castillo y, a la luz de las hogueras, la juerga que había organizada en todas y cada una de las tiendas y pabellones. No veían soldados de guardia recorriendo el campamento, ni tan siquiera apostados en puestos fijos.

Viendo la confusión que reinaba a las puertas de la fortaleza, impensable solo unas horas antes, algunos propusieron enviar espías disfrazados y muchos, atacar sin dilación. Sin embargo, el príncipe, no deseando correr ningún riesgo innecesario, ordenó esperar al día siguiente y ver en qué terminaba todo aquello.

Amaneció el día de San Juan obsequiando a los mortales con un cielo asombrosamente azul y un sol maravilloso. Gallardetes y banderas en lo alto de las murallas se agitaban al impuso de una brisa que desde muy temprano, aleteaba y silbaba entre torres y almenas y por encima, golondrinas y palomas entrecruzaban sus alas negras, sus blancas alas, en vuelo raudo y ligero.

Día esplendoroso para desposar a una novia enamorada, aunque digno de olvidar si a la novia le embarga ese desaliento que conduce a la aflicción. Cecilia, recobrada fugazmente la esperanza, de nuevo se veía sometida al dictado de la cruel realidad.

La alegre y festiva algarabía nocturna había dado paso a una desmayada mañana, en la que las mentes se encontraban todavía algo espesas y aturcidas y las piernas pesando más de lo debido. Aun así, cuando el sol alcanzó su cénit, todo estaba ya preparado para la celebración de las bodas reales.

Alfombras de tonos carmesíes tapizaban el suelo del patio de armas en su recorrido hacia el estrado donde la boda habría de tener lugar. A su alrededor se hallaban dispuestas numerosas filas de bancos para que los asistentes a la ceremonia, en especial las mujeres, pudiesen descansar mientras esta se desarrollaba.

La celebración no iba a ir acompañada de la pompa y el boato que hubiera requerido la ocasión. Jaime era un hombre descreído y poco dado a dejarse llevar por la vanidad, aunque sí deseaba un rito solemne con el que sancionar su unión.

Podría decirse que aquel rey practicaba una religión de un solo precepto: «Todos mis deseos cumplidos al instante». La rapidez era por tanto su divisa y la improvisación, su consecuencia. Como resultado surgía un personaje excitado casi siempre y a menudo irritado, exasperado y violento, en el que atributos tan importantes como la paciencia, la reflexión y la medida brillaban por su ausencia.

Poco a poco los invitados más decanos y también los recién llegados fueron ocupando los bancos. La tropa del castillo, mucho más numerosa que de costumbre, se subió al adarve; la de abastecimiento y cocina, se encaramó en hornos y fogones; oficiales y jefes se colocaron de puntillas detrás de la bancada y por último, una masa informe de soldados en torno a las puertas de las murallas pretendiendo entrar en el castillo, en un intento de ver a su rey casar.

El patio de armas quedó convertido así en una basílica abierta al cielo repleta de feligreses, templo no consagrado en el que el monarca pretendía cometer su última y más anhelada iniquidad.

El alfombrado pasillo que conducía hasta el altar se hallaba flanqueado en todo su recorrido por la guardia del rey. El novio, exultante y acompañado a petición suya del Hurón y de Venancio, se dirigió hacia el estrado. Toribio, situado junto al altar, y a su lado Anselmo, que habría de ejercer de acólito. Sobre la plataforma también esperaba

Catalina, elegida por el rey para ser madrina de boda.

En el otro extremo del estrado, junto a los tocones de madera, dos hombres semidesnudos aguardaban su turno para ser ajusticiados y junto a ellos, otro celebrante acechaba con el hacha afilada y bien dispuesta.

Por fin hizo su aparición la princesa, alta, airosa, un tallo de trigo cimbreándose al viento, hermosa como una flor en primavera y trasluciendo una amargura muy difícil de disimular. Caminaba cogida del brazo de su padre, padrino forzoso. Detrás de ambos, ufanas, las damas de honor escoltaban a la novia y sujetaban el vuelo de su vestido.

Un coro de trompetas acompañó a Cecilia en su recorrido hacia el altar. El padrino hizo entrega de su adorada hija y se situó a la derecha del novio; la madrina se colocó a la izquierda de la novia, dándose inicio a la ceremonia, que transcurrió envuelta en un silencio difícil de imaginar y más aún de expresar.

—¿Venís a contraer matrimonio sin ser coaccionados, libre y voluntariamente? —preguntaba el celebrante a los contrayentes.

—Sí, venimos libremente —respondió Jaime—. Continúa. ¡Acabemos de una vez!

—Un momento. ¿Qué responde la novia?

—Sí, venimos libremente —contestó Cecilia, abatida y sin poder dejar de pensar en Leonardo y en sus padres.

Llegado el momento del consentimiento, la novia sufrió un ligero desmayo y fue el propio Jaime quien hubo de sujetarla entre sus brazos. «¡Diablos, qué bonita es y qué aroma más delicioso desprende su piel!», dijo para sí el novio, incapaz de apartar sus ojos de ella.

—¡Agua! Un poco de agua, dejemos que corra el aire —dijo Toribio, y despojando al novio de su recién ganado botín, le amonestó—: Aún no ha llegado el momento de que yo consienta tales confianzas. ¡Que los padrinos se hagan cargo de la novia!

Como Cecilia tardaba en reaccionar, Jaime pretendió que continuase la boda.

—Eso no será posible —opuso el celebrante—. Ella ha de consentir expresamente y yo confirmarlo. Después serán bendecidos y entregados anillos y arras, y ni aun con eso habremos terminado.

—¡Haréis lo que yo os diga! Soy el rey.

—Lo sois, no lo pongo en duda, pero esta boda se celebrará tal como establece la Santa Madre Iglesia, o no se ha de consagrar vuestro matrimonio —respondió Toribio, sin dejarse amedrentar—. No al menos con mi intervención.

—Eso es fácil de solucionar. ¡Continúa tú, Anselmo! —exigió Jaime, al límite de la exasperación.

—Señor, no se puede abreviar la boda así como pretendéis. Si yo me hago cargo, tendremos que empezar desde el principio, y os anticipo que conmigo la ceremonia tampoco se podrá acortar, si es que deseáis tener una esposa en lugar de una

barragana —soltó el acólito de un tirón, hinchendo antes de aire sus pulmones—. El rito es el rito y yo no lo puedo cambiar.

—¡Maldito impertinente! —exclamó el soberano, amenazando con abofetear al levantisco abad.

—Se puede decir más alto, pero no más claro. Esa no es forma de tratar a un ministro de la Iglesia. Si tanta prisa tenéis, oficiad la ceremonia vos mismo —añadió Toribio, encarándose con él y cruzándose de brazos.

Celebrante y concelebrante por fin habían hallado una cuestión en la que ambos eran de opinión parecida. De esa aleación de voluntades surgió una postura inquebrantable, por lo que el rey, además de quedar en evidencia ante invitados y tropa, se vio obligado, muy a su pesar, a tragarse sus propias hieles.

Como la novia continuaba desvanecida, el novio, para descargar la rabia que le embargaba, ordenó ajusticiar a los reos que aguardaban en el otro extremo del tablado.

—Mientras la princesa regresa al mundo de los vivos, os mostraré a todos un espectáculo con el que os sentiréis transportados al mundo de los muertos —anunció el monarca haciendo una señal al verdugo.

—Un momento, mi señor —terció el Hurón—. Antes de que comience esa función con la que nos queréis deleitar, decidnos al menos quiénes son los acusados y cuáles son los cargos que se les imputan.

—No tengo por qué hacer ninguna de las dos cosas —respondió Jaime bailándole en los ojos una mirada asesina—. ¿Acaso he de justificarme?

—Yo solo lo decía para que la diversión no finalizase tan pronto. Cortar una cabeza no dura ni lo que un suspiro —indicó el Hurón, desenvainando la espada y dirigiéndose hacia los reos—. ¡Felipe, amigo mío! Sube hasta aquí y ayúdame en mi empeño.

El rey quedó perplejo por la osadía de su futuro senescal, pero su asombro aumentó más aún cuando vio a Felipe subir a la plataforma y colocarse al lado de su compañero.

—¡Señor! Este hombre ha sido nuestro capitán hasta hace unos pocos días, y a fe mía que siempre cumplió con tino su papel. ¿Por qué razón habéis decidido prescindir de él? —preguntó el Hurón alzando la voz, a la vez que señalaba el humano despojo.

—¡No he de dar ninguna explicación! Ni a ti, ni a nadie —contestó el soberano enfurecido—. Vas a ser mi nuevo senescal. ¡Acomódate a mis deseos!

—Y siendo vuestro senescal, ¿qué he de ganar con ello?

—Tendrás todo lo que un hombre pueda desear: honores, riquezas, fama y poder.

—¿Podrías, quizá, devolverme a mi familia? ¿Me haría eso un hombre libre? ¿Conseguiríais que mi vida no penda siempre de un hilo manejado por vos?

El rey nada pudo responder a estas sencillas preguntas.

—Pues si no me decís otra cosa, declinaré vuestro ofrecimiento. Por fortuna para



mí aún no os he jurado fidelidad. ¿Cómo aceptar ser senescal de un soberano que trata así a sus súbditos más leales? Con esa política, cualquiera de nosotros estaría en riesgo permanente de perder la vida —respondió el Hurón levantando aún más la voz y dirigiéndose a todos los que querían escucharle—. ¡Señor! Desde este momento os digo que no habréis de contar más con mis servicios; esta batalla la tendréis que librar vos mismo.

El silencio se podía cortar con un cuchillo.

—¡Córtales el cuello a los condenados! —le ordenó Jaime al verdugo.

Dos ayudantes pusieron a Rodrigo de rodillas y sujetándole por detrás le obligaron a acomodar la cabeza al tronco. El verdugo se aproximó al reo y se preparó para dar el tajo mortal.

—Si haces el menor intento de cercenarle el cuello, me aseguraré de ayudarte a conseguir un lugar preferente en el más allá —le susurró el Hurón al oído mostrándole su mejor sonrisa.

Al verdugo, que sabía que aquel hombre nunca amenazaba en balde, el hacha le tembló entre en las manos. Intentó entonces hacer lo mismo con el otro reo, pero esta vez fue Felipe quien se lo impidió utilizando argumentos parecidos.

—¡Detened a esos traidores! ¡Detenedlos! —aulló el rey.

En ese momento sucedió algo inaudito. El Caballero del Sur, surgiendo nadie sabe de dónde, se encaramó al estrado y se colocó también junto al Hurón.

—Señor, soberano de estas tierras. La petición que este caballero os acaba de hacer me parece justa y conveniente —dijo el maestro de festejos con voz alta y clara—. Asunto es este muy serio, en el que dos hombres están a punto de perder la vida, ¡qué menos que decir a los cuatro vientos las quejas que de ellos tenéis! A mí me parecen dos soldados leales y valientes.

Un murmullo de asombro recorrió el patio de armas y fue creciendo en intensidad entre aquella variopinta multitud.

—¡A mí la guardia! Esto es una conspiración —vociferó Jaime sintiendo la boca seca y un nudo en el estómago—. Prended a esos renegados.

Antes de que la guardia pudiera dar un paso, otro actor irrumpió en escena: ni más ni menos que el maestro de cocinas y avituallamiento.

—¡Un momento, soldados! Escuchadme unas palabras. Tengo derecho a ello, aunque solo sea porque gracias a mí habéis podido llenar la andorga durante todos estos días.

—¡Hacedle callar! ¡Que se silencie su voz! —rugió el rey, que no podía creer lo que estaba sucediendo.

—¡Que hable antes, que hable! —gritaron a coro los de las cocinas, que no eran pocos ni mudos.

Se hizo un gran silencio y todo quedó en suspenso.

—Por lo que se ve, vos siempre habéis sido un rey arbitrario e injusto, y conste que no os lo critico. Está tan en vuestra naturaleza como lo está en la del alacrán herir

con su ponzoñoso aguijón. Hoy os encontráis a punto de casaros. En mi tierra se dice que el matrimonio dulcifica el corazón de los hombres y en algunas ocasiones incluso los transforma.

»¿Por qué no os dais una oportunidad y perdonáis a estos reos? Es privilegio de un hombre como vos el ser magnánimo; con un gesto así nos libraríais a todos de pasar un mal trago, y especialmente a la novia, que no querrá verse en este día mancillada con una mortaja de sangre.

»Preguntasteis no ha mucho a Toribio qué tendríais que hacer para redimiros de vuestros terribles pecados. Pues esto que os propongo es una buena forma de empezar y si no me hacéis caso, ya sabéis lo que os espera —profetizó una vez más Guillermo de Trouville.

—¡Perdonadles, señor! —gritaron muchas voces a su alrededor.

Venancio, que se hallaba muy próximo al rey, no sabía dónde meterse. Como sabandija que era, de haber estado en su mano, hubiese cavado una tumba para esconderse en ella. No sucedía lo mismo con Catalina que, dejando a la princesa en brazos del padrino, se acercó al novio y le dijo apenas en un murmullo:

—Mi gusto señor, observad cómo está el ambiente. Yo que vos haría lo que os aconsejan. Al cabo y al fin, no creo que dos cabezas más o menos varíen en mucho la cuenta que de ello lleváis.

Esto ya no lo pudo aguantar el monarca, y sin pensárselo dos veces, le dio tal bofetón a la condesa, que la hizo rodar por el tablado, quedando la pobre mujer hecha un ovillo en el suelo. Venancio, paralizado de miedo, no se atrevió a mover ni tan siquiera un dedo para auxiliarla, cosa que sí hicieron Alfonso y su hija, quien finalmente había vuelto en sí. Ambos contemplaban con asombro el sesgo que estaban tomando los acontecimientos.

—Señor, ¿habéis perdido el juicio? —inquirió Anselmo, que no entendía su comportamiento—. No está bien maltratar de ese modo a una mujer.

Toribio se abalanzó sobre el rey gritando:

—¡Maldito monstruo de todos los avernos! Dios me perdone. ¡Malnacido! ¡Quiera Dios que no encuentren nunca reposo tus huesos!

Anselmo le sujetó como pudo pidiéndole calma.

—¿Acaso no lo veis, compañeros? Buena razón tenía Froilán cuando nos dijo que este hombre se había vuelto loco. Si no lo impedimos, pronto acabará con todos nosotros —intervino el Hurón con voz estentórea—. ¡Soldados! Ayer rechacé vuestra proposición de convertirme en vuestro rey; hoy os reclamo ese derecho.

Jaime, con su rabia e impotencia elevadas a un nivel de paroxismo total, decidió de pronto que ya no quería casarse, solo deseaba acabar con aquella plaga de enemigos declarados y de una vez por todas.

Y en aquel preciso instante comenzó la batalla.

El rey desenvainó su espada e intentó matar al padrino de boda y a la propia princesa, pero el Hurón y Felipe se interpusieron en su camino, impidiéndoselo.

Mientras esto sucedía, el Caballero del Sur mantenía a raya al verdugo y a sus ayudantes.

Todos los pinches de cocina, sin excepción, se pusieron del lado de Guillermo de Trouville —al parecer, habían encontrado con él una devoción y una fe que ya no deseaban perder— pero ahora, en lugar de atizadores y espetones, blandían espadas y lanzas. Oficiales, jefes y soldados de la guardia siguieron las consignas de Jaime, que se había visto forzado a abandonar la tribuna. En la guarnición del castillo, sin embargo, había división de opiniones, lo mismo que entre los soldados apostados en los accesos. Los invitados, sin pensárselo dos veces, se tiraron al suelo entre los bancos, a la espera de que amainase la tormenta que acababa de estallar.

Lo que empezó siendo una escaramuza se convirtió en batalla campal. Los enfrentamientos pronto se extendieron a todos los rincones del castillo, y distinguir amigos de enemigos llegó a ser la mayor preocupación.

—Siempre me caíste simpático pero ahora, además, te considero un aliado —le dijo el Hurón a Guillermo de Trouville en un momento en que se encontraron peleando codo con codo—. Pon a salvo a la princesa y a sus padres, y si puedes haz lo mismo con los reos. Date prisa, nosotros te cubriremos la retirada.

Algunos soldados, de aquellos que se habían acercado a curiosear, de repente se vieron envueltos en la refriega y sin saber qué partido tomar, corrieron dando voces hacia el campamento, alertando de lo que intramuros sucedía. La noticia circuló veloz de boca en boca, alterando el silencio y la calma reinantes. Tras una noche de borrachera y francachela, se había impuesto por sí sola una tregua de holganza y reposo, prodigioso bálsamo de resacas y otros desarreglos afines.

Jaime hizo un balance mental de sus fuerzas y tuvo sus dudas sobre cómo habría de terminar aquello. Se luchaba en un cuerpo a cuerpo feroz, y no había indicio alguno de a cuál de las dos facciones habría de favorecer la fortuna. Incluso llegó a pensar que si las cosas se torcían, estar dentro del castillo podría convertirse en una verdadera encerrona y optó por hacer una jugada arriesgada. Rodeado de su guardia y haciéndose fuerte en los accesos, ordenó a jefes y oficiales dirigirse a toda prisa hacia el campamento extramuros para congregarse de inmediato a sus tropas. No había lealtades aseguradas, pero si lograba movilizarlas rápidamente y a su favor, pronto se hallaría en condiciones de dominar la situación.

—¡Mirad! ¡El rey se retira, abandona el castillo! —gritaron a la vez un conjunto de voces—. ¡La victoria es nuestra!

—No cantéis victoria tan pronto, fuera nos esperan sus ejércitos —gritó a su vez el Hurón haciéndose oír por encima de los ecos de la refriega—. Subid el puente levadizo, bajad el rastrillo, cerrad los portones.

Esta orden clara y terminante no fue posible cumplirla, porque el monarca y sus leales lo impidieron. Patio de armas y camino de ronda se convirtieron en campo de batalla. La lucha arreciaba por momentos.

El Hurón, acaudillando a los suyos, se lanzó con furia sobre el enemigo que

mantenía la entrada bloqueada. Solo si lograba cerrar el acceso tendría posibilidades de ganar la partida, al menos la que se libraba puertas adentro. El ejército extramuros no estaba en condiciones de asaltar las murallas, y tampoco estaba asegurado que, con el paso de los días, mantuviese su fidelidad a Jaime. Aquellos soldados, como a él mismo le sucedía, clamaban por dar un giro a su despreciable existencia por lo que, salvo que se produjeran deserciones y levantamientos en masa, se impondría como poco una negociación, una tregua que él sabría aprovechar. Muchos de sus compañeros estaban a su favor, como ya se había demostrado, y eso era una baza muy importante que jugar.

El acceso era estrecho y condicionaba el combate. Con unos pocos lanceros bien situados se podía contener a muchos atacantes, y eso es lo que sucedió. El rey mantuvo sus posiciones sin ceder un paso, dando tiempo a que el ejército viniese en su ayuda.

No bien acababan de reunirse las primeras unidades cuando, agudo y penetrante, llegó el sonido inconfundible de cuernos de guerra llamando al combate. Desde la entrada del castillo, el rey y sus leales pudieron contemplar cómo una nube de flechas anegaba los campos vecinos en los que las tropas se estaban congregando. Las andanadas llegaban una detrás de otra, sin tregua ni descanso, batiendo a los soldados dondequiera que estos se encontrasen.

A continuación y surgiendo del lado del río, una larga y compacta línea de lanceros a caballo cargó de través, llevando en la punta de sus lanzas un mensaje de sangre y muerte. Tras aquella furiosa embestida fue el turno de las tropas a pie; grupos de lanceros y de infantes parecían surgir de todas partes.

Jaime quedó atónito ante el espectáculo que se brindaba ante sus ojos. Calculando que allí fuera tenía todas las de perder, cambió de opinión en un instante y dio contraorden de regresar al amparo de las murallas. Tuvieron el tiempo justo de hacerlo, porque el acceso al fin quedó sellado. Dentro, de nuevo con su presencia, la lucha se recrudeció.

En el exterior, otra contienda de dimensiones épicas se desarrollaba. A la cabeza de los atacantes destacaba un caballero por encima de los demás. Montando un caballo tordo, iba de un lado a otro impartiendo órdenes y arengando a sus tropas, peleando con denuedo y dejando tendidos a sus pies a incontables enemigos.

Los lanceros a caballo habían atravesado de parte a parte el campamento pinchando, ensartando, traspasando, y al llegar al final, descubrieron la cuadra improvisada en la que se guardaban los caballos. Viniendo tan a mano la ocasión, derribaron parte del cercado y espantaron a los animales, que se dispersaron por los campos circundantes a todo galope.

Los comandantes se desgañitaban por tratar de que sus hombres mantuviesen la calma. Uno de ellos, de nombre Baudelio, viendo que su señor les dejaba en la estacada, tomó sobre sus espaldas el peso del mando, no para darle a él gusto o alimentar su propio ego, sino para tratar de salvar su vida y la de los soldados. Todos aceptaron su liderazgo de buen grado, tan desesperada era la situación.

En casos de necesidad extrema surge el héroe. Una persona capaz de pensar por todos, de infundir el ánimo que impide aceptar la rendición, de idear la solución con la que salir del atolladero. Sin él saberlo, Baudelio era el desconocido campeón que aquellas tropas precisaban en ese momento. Curtido en un sinnúmero de batallas, mercenario como lo fue Froilán, enseguida actuó en consecuencia, impartiendo órdenes claras y precisas.

Las unidades, diseminadas por la explanada y muy alejadas unas de otras, se defendían desordenadamente. La primera orden consistió en cortar por lo sano

cualquier conato de desbandada; la segunda, en cerrar filas y resistir, costase lo que costase. Cuando la lucha se estabilizó un poco, las hizo converger hacia las puertas del castillo, quedando situadas de espaldas a los fosos y adoptando una formación semicircular. Desde fuera solo se podía divisar un muro erizado de lanzas y cuajado de escudos; detrás se situaron los arqueros, con espacio suficiente para disparar por encima de sus compañeros, y tras ellos, toda la infantería.

Las tropas del rey, aunque cogidas por sorpresa y debilitadas por las bajas, seguían siendo una fuerza formidable y lo demostraron logrando reagruparse y plantando cara al desconocido adversario.

La caballería de lanceros, menos numerosa de lo que hubiera podido parecer, cargó formando una larga línea de ataque contra aquella barrera de punzantes agujones, siendo rechazada hasta en cinco ocasiones y perdiendo en el intento gran parte de sus efectivos.

Viendo que no conseguían nada de esa forma, probaron arremetiendo con una columna en forma de cuña, a modo de ariete. Cuando el choque resultaba ya inevitable, el muro se abrió de repente para dejarlos pasar y a continuación se cerró tras ellos, engulléndoles a todos, como cuando un mar proceloso engulle a una barca de pescadores. Rodeados de enemigos y casi sin espacio para maniobrar, hombres y cabalgaduras pronto sucumbieron a las flechas y las acometidas de los infantes. A continuación, grupos compactos de hombres a pie, protegidos por altos escudos, pretendieron aproximarse a la formación desde todos los frentes, pero una nutrida lluvia de flechas cayó sobre ellos y les mantuvo a distancia.

Para apreciar mejor la situación, Baudelio se subió a un escudo alzado en andas por algunos de sus hombres. Encaramado a esa atalaya, calculó que el ejército al que se enfrentaba no era tan numeroso como en principio había supuesto, aunque sí se encontraba bien situado y con buenas posibilidades de maniobra.

Frente a él, desde un pequeño altozano, Leonardo contemplaba también el ejército de su tío. Le asombraba la destreza con la que habían logrado recomponer sus líneas y los inmejorables resultados que les estaba dando su planteamiento defensivo. Ahora él tampoco disponía de caballería.

En la tregua sobrevenida entre ambos bandos se hizo un gran silencio, momento en que llegó nítido por encima de las almenas el retumbar de la lucha que estaba teniendo lugar dentro del recinto. Maldiciones, juramentos, llantos y gemidos, entrecuchar de espadas y escudos, clamores de espanto que se elevaban al cielo. El príncipe comprendió entonces que la partida que él había venido a jugar se dirimía detrás de aquellos altos muros. Desde donde estaba se distinguían perfectamente retazos de aquel combate: hombres de negro contra hombres de negro peleaban en el adarve. No sabía qué es lo que estaba ocurriendo ni a qué se debía aquel enfrentamiento, pero de una cosa estaba seguro: fuese cual fuese el resultado, podía ser funesto para él. Tocaba hacer algo y pronto.

En una acción desesperada, Leonardo ordenó a sus tropas lanzarse en tromba

contra el baluarte de lanzas y escudos, pero de nuevo los arqueros contuvieron el ataque. Los intentos de asalto fueron desbaratados uno tras otro hasta que las flechas se agotaron y cuando esto sucedió, Baudelio dio orden de avanzar: el círculo defensivo se transformó en un arco de media luna con un sólido centro y dos alas envolventes que se desplegaban a gran velocidad.

Los rebeldes no se esperaban esta maniobra. Todo sucedió tan deprisa, que pronto se vieron rodeados de enemigos. El combate parecía decantarse a favor de Baudelio. Envueltos en una bolsa mortal, los hombres del príncipe se defendían como podían. Leonardo luchaba cual titán, tratando por todos los medios de abrir una brecha en aquel cinturón de hierro que a cada momento que pasaba apretaba más y más.

Cuando la batalla parecía perdida, inesperadamente surgió un tercer círculo de combatientes, rodeando por todas partes a las tropas de Baudelio. Iban estos armados de horcas, guadañas, hoces y de cualquier otro instrumento con el que se pudiera ensartar, cortar o machacar. El ímpetu con el que irrumpieron en la contienda no dio opciones a sus contrincantes, que tuvieron que escoger contra cuál de los dos círculos de enemigos luchar.

En uno de los vaivenes de la lucha, hallándose Leonardo sobre la elevación que le acababa de servir de otero, se tropezó cara a cara con Baudelio, quien enseguida se vio rodeado de sus hombres.

—Yo os he visto antes subido a un caballo tordo y dirigiendo a las tropas. ¿Acaso sois vos su comandante? —preguntó este, calado el casco hasta los ojos y tratando de alzar la voz por encima del fragor del combate.

El príncipe, siendo rodeado a su vez por los suyos, respondió:

—También yo os he visto antes, pero encaramado a un escudo. ¿Sois vos su comandante?

—No, no lo soy, pero a los efectos como si lo fuese.

—¿Qué queréis decir? No os entiendo.

—Que me he visto obligado por las circunstancias a tomar el mando de las tropas.

—¡Quietos, quietos todos! Dejad que este hombre y yo hablemos, siquiera por un instante.

Los combatientes que les rodeaban dejaron de pelear.

—Para ser tan joven como aparentáis, lucháis como un verdadero demonio.

—Y vos, para ser un comandante improvisado, os habéis portado como un auténtico héroe. Es una pena que no podáis contar el pormenor de esta batalla a vuestros hijos.

—El combate todavía no ha llegado a su fin.

—No, pero pronto lo hará. A fe mía que si no llega a ser por esos refuerzos que mantenía en reserva, nos hubieseis hecho picadillo. Inmejorable estrategia la vuestra.

—Decidme, ¿con quién tengo el honor de hablar? —preguntó Baudelio—. Me gustaría conocer el nombre de mi adversario.

—De vuestro vencedor, querréis decir. Mi nombre es Leonardo. —Baudelio

palideció—. Decidme ahora el vuestro. Es justo que yo, que todos lo sepamos.

—Mi nombre es Baudelio —respondió el soldado con todo el aplomo del que fue capaz.

—Pues os prometo que vuestro nombre ha de quedar reflejado en los anales de la historia —dijo el príncipe con la gravedad reflejada en el rostro.

—Entonces, ¿sois vos ese príncipe del que todo el mundo habla?

—Si vos lo decís, tendréis razón. Pero decidme, ¿qué es lo que defendéis con tanto encono?

—Señor, nuestros motivos para luchar están a la vista: solo tratamos de salvar la vida, ni más ni menos.

—Esa es una razón de peso. ¿Qué ocurriría si yo os diera mi palabra de que vuestras vidas ya no corren peligro? ¿Estaríais dispuesto a ordenar a vuestros hombres deponer las armas?

—Señor, temo que son muchos los agravios que vuestra gente tiene contra nosotros. Si nos rindiésemos, seríamos masacrados sin compasión.

—No si yo se lo pido. De lo contrario, no quedaréis ninguno con vida, lo sabéis, y a mí ese empeño me costaría muchas bajas.

»En la muela de Peñalcázar, Froilán y yo nos vimos en una situación parecida y tomó la peor de las decisiones. Por eso se presentó solo en el Llano de las Brumas. Condenó a muerte a todos sus hombres al enfrentarse a mí. ¿Queréis vos ahora hacer lo mismo? Mirad que si no ponemos fin pronto a esta contienda, dará ya igual lo que decidáis.

—Está bien, nos rendiremos. Solo espero que seáis un hombre tan de palabra como lo fue vuestro padre.

Leonardo se sorprendió al escuchar aquello.

—¿Vos lo conocisteis?

—Tuve la oportunidad de verle en más de una ocasión.

El príncipe y Baudelio, a la par, ordenaron detener la batalla y los círculos interiores aflojaron su presión, aunque no sucedió lo mismo con el que contenía a los otros dos. Campesinos y aldeanos, después de tanto sembrar, creían estar en su pleno derecho de recolectar la cosecha, en forma de cabezas, piernas y brazos. Mucho tuvo que gritar Leonardo, e incluso amenazar, para que le hicieran caso, pero al fin las aguas tornaron a su cauce.

—Baudelio, ¿por qué no está con vosotros el senescal o el mismo rey?

—Señor, el senescal ha muerto; pereció ayer en el Pozo de los Humos. Y en cuanto al rey, al lanzar vos vuestro ataque, huyó rodeado de su guardia al interior del castillo.

—Pues parece que allí dentro prosigue otra batalla —dijo el príncipe—. Baudelio, habéis demostrado gran valentía. Vuestros hombres debieran estaros muy agradecidos. ¿Creéis que si les propusierais unirse a mí lo aceptarían de buen grado?

—¿Conocéis al Hurón, señor? Es un hombre muy popular entre estas filas.



—He oído hablar de él y casi siempre para mal.

—Al fallecer Froilán, muchos de estos soldados quisieron colocar una corona sobre su cabeza, pero él rehusó aceptarla. Esta mañana, sin embargo, le oí decir que reclamaba ese derecho, razón por la cual ha surgido esa disputa que desde aquí se puede escuchar. Estos hombres harán lo que el Hurón les diga, estad seguro de ello.

—En tal caso, primero he de ganarme su voluntad. ¿Creéis que si ordenásemos abrir las puertas del castillo alguien nos haría caso?

—Eso lo dudo, señor. Apuesto a que el rey tiene algo en contra de vos, y el Hurón seguramente también. Ese individuo parece estar enojado siempre con todo el mundo... bueno, menos con su capitán. Con él se ha entendido a las mil maravillas desde un principio.

—¿Y quién es su capitán, si puede saberse?

—¡Quién va a ser! Ese que Froilán capturó en una refriega y al que después no solo le perdonó la vida, sino que le hizo capitán de su guardia.

—¡Ah! He oído hablar de él. Os referís a un hombre llamado Artemio. ¡Maldito traidor! Despreciable mercenario...

—Señor, yo también soy mercenario. Incluso puede que vos también lo seáis sin saberlo.

—Perdonad, tenéis razón. Por cierto, tengo entendido que esta mañana se casaba una princesa —dijo Leonardo, como sin darle importancia.

—Sí, y también que se ajusticiaba a dos prisioneros —remató Baudelio para completar la información.

—¿Y qué ha sucedido? —pregunto Leonardo, visiblemente alterado.

—Cuando salí del castillo, el Hurón y algunos que le secundaban impidieron ambas cosas. No sé qué habrá sucedido desde entonces.

—Ese tal Hurón empieza a caerme simpático; ardo en deseos de conocerle.

—Señor, si queréis que os sea sincero...

—¿Sí?

—Es muy posible que os defraude. Su apodo no le viene solo de su parecido físico con ese animal, sino también de su carácter. Es un hombre sin escrúpulos, dispuesto a hacer cualquier cosa en su propio beneficio; todo el mundo lo sabe.

El príncipe le miró con ojos entrecerrados, sopesando esas palabras.

—Si es tal como decís, mucho me extraña que ponga en peligro su vida por tan poco. Aquí hay algo que se nos escapa.

—Sí, en eso estoy de acuerdo con vos.

—Pues por fuerza he de averiguarlo.

—Pero para eso tendréis que entrar en la fortaleza y no va a ser cosa fácil.

—Ya lo veremos.

El ejército de Baudelio —porque decir de Jaime hubiera sido falsear las cosas—, desarmado y cautivo, caminó escoltado por las tropas de Leonardo hasta la barbacana. Desde allí se hicieron soplar los cuernos de guerra, que resonaron con

ímpetu sobre prados, valles y montañas.

Cuando los ecos se fueron apagando, un silencio sobrecogedor se adueñó de aires y espacios; las aves reprimieron sus cantos, las hojas de los árboles cesaron en sus balanceos y las aguas cercanas parecieron detener su curso, como expectantes ante lo que pudiera suceder.

El regidor de la Villa del Quemado se erigió en portavoz para hablar en nombre del príncipe.

—¡Abrid las puertas! ¡Subid el puente levadizo! ¡Alzad el rastrillo! —conminó.

Nada. Solo el viento contestaba, zumbando entre las almenas.

—Esta batalla ha terminado. Haced lo que se os indica y nuestro príncipe será clemente con los que se ocultan dentro de las murallas —volvió a gritar don Torcuato Valor.

—Aquí nadie se oculta; simplemente damos a estas murallas el uso para el que fueron concebidas —respondió una voz desde lo alto.

—Si es así como decís, entonces ¡abrid las puertas de una vez!

—No se abrirán hasta que yo lo diga —dijo la misma voz sin alterarse lo más mínimo.

—Decidme, ¿qué ha sucedido ahí dentro? ¿Quién ha ganado la contienda?

—Los vencedores, por supuesto; lo mismo que en la vuestra, ¿o me equivoco? —contestó la voz—. Ahora me toca preguntar a mí. ¡Respondedme sin engaños! ¿Qué es lo que habéis venido a buscar?

—Un príncipe busca recuperar lo que por la fuerza le fue arrebatado.

—En estos tiempos que corren, a todo el mundo le han arrebatado algo. Así que explicaos un poco mejor, porque no os acabo de entender.

—Este príncipe del que os hablo desea recobrar la corona que antes fue de su padre y que durante todos estos años se ha visto usurpada por su tío.

—¿Y con qué títulos pretende avalar su pretensión?

—Asomaos aquí fuera. Veréis un ejército formado por hombres de toda condición. Ellos representan al pueblo de Iberia y también al del Pirineo y le han otorgado su confianza. ¿Os parece esto bastante?

—Si no es más que una corona lo que quiere ese príncipe, ahí la tenéis —dijo la voz lanzando una corona de oro por los aires que fue a caer a los pies de Torcuato.

—No es solo la corona lo que busco —respondió Leonardo, saliendo de entre las filas y recogéndola del suelo—. Creo que lo que deseáis saber es por qué lucho yo realmente.

—Habéis adivinado mi pensamiento.

—Mi más ferviente deseo es el de salvar a esta tierra de la injusticia que la consume, desterrando para siempre el terror y la infamia que la han assolado durante tantos años e instaurar en ella la libertad y la paz. Quiero devolverle la dignidad a la que todos tenemos derecho, recuperar la prosperidad que en tiempos de mi padre floreció. En una palabra, volver a ser quienes fuimos, para poder encarar el mañana

con la cabeza alta y sin miedo. Juntos restañemos nuestras heridas y caminemos hacia un mundo mejor.

—¿Quién no habría de desear un mundo así? Pero esos buenos deseos vuestros son más fáciles de decir que de cumplir. El alma humana será el enemigo que saldrá al paso de vuestras intenciones. Creedme, sé de lo que os hablo.

—¿Y quién sois vos para hablarme así? ¡Mostraos ante mí!

—Yo soy vuestra conciencia —contestó el Hurón, pues no era otro el que así hablaba, asomándose entre dos almenas—. Decidme, ¿qué haréis con Jaime si cae en vuestro poder?

—Será sometido a un tribunal y responderá por sus crímenes.

—Reconozco que yo, en vuestro lugar, no tendría tanta consideración con él. ¿Y qué haréis con todos los que le han secundado?

—Si son responsables de crímenes o de hechos muy graves, serán también juzgados de sus desmanes. Con el resto trataremos de ser magnánimos. Sabremos perdonar, pero sin olvidar nunca lo sucedido.

—Me parecen sabias vuestras palabras.

»Sabed que mis partidarios han triunfado, pero lamento deciros que vuestro pariente ha desaparecido sin dejar rastro. Las ratas suelen mostrarse muy hábiles en abandonar el barco y en sobrevivir.

Leonardo ordenó rodear el castillo sin tardanza, para intentar impedir que Jaime escapase.

—¿Hay alguna otra cosa que necesitéis saber? —preguntó ahora el príncipe.

—Pues sí. ¿Qué será de la princesa y de sus padres?

—¿Se encuentran todos bien? —inquirió Leonardo, disimulando su profunda preocupación.

—Sí. Gracias a los que han luchado a mi lado, hemos impedido que perecieran.

—Os responderé entonces. Tengo entendido que esa joven se iba a casar con mi tío. Si ella no tiene inconveniente, estoy dispuesto a ocupar su lugar. No he de ser yo quien impida que se celebren una nupcias reales, y menos aún siendo hoy el día de San Juan.

—Señor, intuyo que tras vuestras bellas palabras se esconde la perfidia.

—¿Perfidia? ¿Qué queréis decir? —respondió el príncipe, sin dejar de sonreír.

—No consentiremos que nadie fuerce la voluntad de esa joven doncella. Nunca más. Vuestro tío el rey, y también su senescal, lo intentaron, y ya veis cómo han terminado.

—Creo que no me habéis entendido. Os he dicho “si ella no tiene inconveniente”, pero si lo tiene, desde luego que no uniremos nuestras vidas. ¿Qué iba a hacer yo con una mujer que reniega de su casamiento? ¿Amargarme hasta el fin de mis días?

—Eso es otra cosa. Aunque os advierto que un afecto verdadero no puede surgir de la nada. Se necesita tiempo para que eso suceda.

—Suscribo punto por punto lo que decís. Daremos tiempo al tiempo.

—Aun así, me pregunto por qué os ofrecéis a casaros con la princesa, si ni siquiera la conocéis. En una relación así ninguno de los dos saldríais ganando, a no ser que vuestra idea de ganar sea la de reinar sobre dos reinos.

—¡Ah, ya veo! Pensáis que es mi ambición lo que me impulsa a hacer esta declaración de amor.

—¿De amor, decís? De vuestra intención lo único que se desprende es cálculo y premeditación. En lugar de un príncipe heredero, parecéis más bien un vulgar tendero en día de mercado.

—Está bien. Antes me habéis preguntado qué pienso hacer con los padres de la princesa. Decidme lo que deseáis que haga y prometo que escribiré a vuestro dictado.

El Hurón titubeó por vez primera. Era duro de pelar aquel príncipe.

—Quiero que sea restablecido el poder que les corresponde, haya casamiento o no.

—Pues vuestra palabra es ley que ha de ser por mí cumplida. Aunque os confieso que eso era exactamente lo que pensaba hacer. Lo juro por la memoria de mis queridos padres, Dios les tenga en su gloria.

El Hurón se quedó sin palabras ante aquel juramento hecho con tanta emoción y gallardía.

—Decidme, amigo —continuó Leonardo—. ¿Qué ha sucedido con los prisioneros a los que mi tío, a toda costa, quería ejecutar?

—Uno de ellos es mi capitán. No sé si el pobre vivirá para contarlo; los físicos se hallan ahora con él. El otro todavía no sabemos quién es, pero creo que logrará recuperarse. Es joven y fuerte.

—¿Podéis decirme algo más sobre su aspecto?

—Apenas le he visto, solo me he fijado en que su cabello es rojizo como las llamas de un fuego. Concededme ahora algo de tiempo; celebraré un consejo para decidir lo que hemos de hacer.

—Si no hay otra opción, esperaremos aquí la resolución. ¡Ah, se me olvidaba! Antes de que os retiréis. ¿Cuál es vuestro nombre?

—Todos me conocen por el de Hurón.

—Mientras celebráis ese consejo, iremos dando tierra a los muertos y curando a los heridos.

—Os rogaría que esperaseis, porque aquí dentro tendremos que hacer lo mismo. Tal vez un mismo responso valga para las dos batallas.

—En ese caso, aguardaremos a que termine vuestra reunión.

Mientras tanto, Leonardo se cercioró de que Diego Albar y Carlos habían salido indemnes de la batalla. Otros, sin embargo, no habían tenido tanta suerte. Venceslao había muerto, no sin antes dejar tendidos a media docena de enemigos.

El Hurón convocó a Felipe, Guillermo de Trouville, el Caballero del Sur, Cecilia, el rey Alfonso y la reina Margarita, Aurelia, Toribio, Anselmo, Catalina y Elvira. Sin entrar apenas en detalle, todos estuvieron de acuerdo en abrir las puertas del castillo... bueno, todos no. Anselmo y Catalina pusieron objeciones, acaso columbrando un negro futuro para ellos. Tampoco Cecilia estaba segura de que aquella fuese la solución definitiva para su eterno dilema.

—Hija mía —le dijo su padre, mirando de reojo a su esposa—, no voy a ocultarte que desde que supe de la existencia del príncipe, llegué a hacerme ilusiones con que esa unión pudiera producirse algún día, pero ahora ya he aprendido la lección. Tendrás completa libertad para elegir esposo.

—Gracias, padre; gracias, madre. No sabéis cuánto estimo vuestra confianza y cariño.

—Cecilia, después de tantas vicisitudes y peligros, ¿estás completamente segura del paso que quieres dar? —siguió insistiendo el padre, por si acaso su hija cambiaba de opinión.

—Padre, sabéis que hubiera estado dispuesta incluso a bajar a los infiernos con tal de salvar vuestra vida y la de mi madre, pero ahora que el peligro ha pasado, dejadme perseguir, al menos por una vez, mis sueños rotos. Este corazón tiene su dueño. Él me ha pedido que le espere y eso es lo que pienso a hacer.

—¿Y si no aparece? —volvió a la carga Alfonso.

—¡Aparecerá, estoy segura!

—Señor —terció Toribio, que jugaba con las cartas marcadas—, dejad que sea la Providencia la que juzgue en este caso. Vuestra hija muestra tal firmeza y seguridad en sus sentimientos, que sería un tremendo error estorbar sus deseos.

—¿Cómo? Pero, ¿acaso sabías tú del enamoramiento de mi hija? —preguntó Alfonso sorprendido.

—Sí. Hace tiempo que me lo contó en secreto de confesión; y me aseguró también que si el afortunado varón no llegaba a convencernos, ella renunciaría a esa unión. ¿No es así, princesa?

—Es cierto, así os dije entonces, y ahora lo mantengo.

—Pues en tal caso solo hace falta que aparezca ese buen mozo, ¿no? —intervino Catalina, que deseaba la felicidad de la joven.

Finalizada la importante reunión, el Hurón volvió a aparecer en lo alto de las murallas.

—Señor, hemos alcanzado un acuerdo. Para demostrarnos con hechos además de con palabras vuestras sanas intenciones, ¿tendríais algún inconveniente en entrar a nuestra humilde morada solo y desarmado?

—Lo haré, si ese es el acuerdo al que habéis llegado —dijo Leonardo, desprendiéndose de sus armas pero sin quitarse el yelmo.

—Pero mi príncipe, no iréis a hacer caso a este hombre. Ya sabéis que no se puede confiar en él —le aconsejaron al unísono y por lo bajo don Torcuato y Bertrán Sánchez.

—En ocasiones como esta no queda otro remedio que aceptar lo que nos toca en suerte. ¡Dejadme ir! No me pasará nada.

Las puertas de la barbacana se abrieron para que Leonardo entrara en el castillo de Babia, y luego se volvieron a cerrar, se arrió el puente y se izó el rastrillo.

El príncipe fue conducido hasta unas mesas que se habían habilitado en el patio de armas para la ocasión. A su alrededor se sentaban todos los asistentes al consejo excepto su amada, que había preferido ausentarse acompañada de Aurelia.

—Aquí estoy, solo y desarmado. ¿Qué otra cosa deseáis que haga?

Era muy alto, mucho más de lo que todos pensaban, o de lo que algunos recordaban.

—Desprendeos del yelmo. Queremos ver vuestro rostro —apremió el Hurón—. Yo haré lo mismo.

Leonardo obedeció. Una melena encrespada y pelirroja se derramó como una cascada por encima de sus hombros. Se le veía sudoroso todo él y salpicado de sangre fresca, con barba de muchos días. La mirada apasionada de color verde esmeralda. Su aspecto, el de un conquistador, el de un guerrero; delicado y feroz a la vez.

—¿Estáis herido, señor? —le preguntó el Hurón.

—Si lo estoy, no debe ser muy grave, puesto que nada he notado hasta ahora. De modo que vos sois el Hurón. Desde abajo no distinguía bien vuestras facciones.

—Y vos el príncipe.

—Veo aquí a varias mujeres, pero no creo que ninguna de ellas sea la doncella de la que hemos estado hablando, ¿o me equivoco? —dijo, paseando su mirada por encima de aquellos semblantes.

Nada más reconocerle, Elvira se puso a temblar visiblemente, mientras lágrimas de alegría asomaban a sus bellos ojos.

—¿Por qué tembláis, buena mujer? No he venido hasta aquí para causaros miedo o espanto, sino todo lo contrario —la tranquilizó el príncipe posando sobre ella una significativa mirada.

—Señor, sois tan joven y apuesto; ya os digo que si yo estuviera en el lugar de la princesa (y digo estuviera, porque no lo estoy), no dudaría en escogeros a vos como consorte. Y eso sin haber visto ni conocer al otro pretendiente...

—¿Y quién sois vos, señora, para decir tal cosa? —inquirió el príncipe.

—Soy la condesa de Vistahermosa —respondió con arrogancia—. El caso es que me suena mucho vuestra voz, y esa cabeza tan roja, yo la he visto en algún sitio...

—A lo mejor fue cerca de un molino.

Catalina se quedó admirada, o más bien, de una pieza, ante aquella respuesta, y de

improvisamente también ella se echó a temblar, aunque por razones muy diferentes.

—Y vuestro conde consorte, ¿dónde se encuentra?

—No-no-no lo sé, mi señor. Hace tiempo que lo he dejado de ver; ni siquiera cuando me atizó el rey, vuestro tío, se acercó a mí para ayudarme. Mirad cómo me ha dejado la cara —explicó Catalina, intentando ganarse su conmiseración.

—Entonces ese hombre no se merece ser vuestro esposo.

—Ese no me volverá a hacer comulgar con ruedas de molino nunca más.

—Eso ya lo veremos, señora. Los oficios bien aprendidos nunca se olvidan. Os aconsejo que vayáis repasando aquellas lecciones.

—¿Y... qué le va a ocurrir a mi esposo?

—Primero habrá que encontrarlo; después ya veremos.

A partir de ahí la condesa ya no volvió a abrir el pico, pues consideró que le iría mejor con la boca cerrada.

—Por favor, que alguien vaya a buscar a la princesa —pidió Leonardo—. Necesito hablar con ella sin demora.

Fue Margarita quien se levantó de la mesa y, acompañada de Elvira, marchó en busca de Cecilia. Ambas regresaron poco después con cara de contrariedad.

—Señor, lamento decirles esto, pero no quiere venir. Dice que si sois tan caballero como habéis dado a entender, permitid su regreso al castillo de Olite cuanto antes —le transmitió la reina, y rectificó—: Bueno, el de ella y el nuestro, que somos sus padres.

—Se hará como ella quiere, os lo prometo. Pero después de lo mucho que me ha costado llegar hasta aquí, debo insistir en mi deseo de conocerla. Solo para saludarla y ponerme a su servicio. Dejadme ir a donde ella se encuentra; será solo un instante.

—Accedamos a su petición. ¿Qué podríamos perder? —aconsejó Toribio cruzando con él una mirada de complicidad.

—Sí, sí, que vaya, ¡cómo no ha de ir! Él es el príncipe y tiene todo el derecho del mundo a conocer a mi hija —exclamó Alfonso.

—De acuerdo —aceptó el Hurón—, pero que le acompañe el Caballero del Sur. Él sabe de estas cosas y supervisará el encuentro. ¿No es así, don Francisco? ¿Nos haréis ese favor?

—Por supuesto, ¡qué mayor honor para mí que escoltar a un príncipe y a una princesa! —respondió Juan Bradley—. Venid conmigo, señor. Yo haré que ella os reciba; en caso contrario, dimitiré de todos mis encargos.

—Un momento, tengo algo que decir —anunció Guillermo de Trouville, y con verbo tan iluminado como acostumbraba, añadió—: Os anuncio que de este inminente encuentro tendréis noticias muy pronto, y estas serán las que muy pocos esperan y la mayoría desean, ya lo veréis.

—Si él lo afirma, sin duda así se ha de cumplir, que este monje nunca falla en sus profecías —casi le vitoreó su superior—. Pero ¿qué has querido decir exactamente con eso?

—Las profecías solo lo son si se cumplen, porque si no, se convierten en adivinanzas. Adivinad vos, monseñor Anselmo, en cuál de estas dos cosas se han de convertir mis palabras —le contestó el fraile, dejando al abad enroscado en tan curioso enigma.

—Así que vos sois Anselmo —dijo el príncipe, mirándole con fijeza.

—Y ahora, excelso príncipe —le interrumpió Guillermo de Trouville con mirada alucinada—, antes de que continuéis con vuestra epístola, permitidme que le eche la buenaventura a nuestro querido abad. Os anuncio, monseñor, que antes de que acabe el día deberéis renunciar a esa idea de vestir la púrpura cardenalicia. Y no solo a eso, sino además al cargo de abad, e incluso puede que a vuestra propia cabeza también. Pero no os preocupéis, al fin y al cabo tenéis una testa tan magnífica, que me comprometo a conservároslo dentro de un relicario.

»Como San Anselmo (no el de Canterbury, sino el de Ochagavía), seréis conocido en los años venideros. Un mártir que fue al patíbulo por sus malas acciones, a decir de la gente.

El abad no pudo evitar un escalofrío, que le recorrió el bajo vientre además del espinazo.

—¿Has terminado, buen monje? Entonces, iré ahora a presentarle mis respetos a la princesa. Disculpadme, solo será un momento.

Cumpliendo lo prometido, al poco regresó Leonardo acompañado de Cecilia. La princesa, todavía vestida con el traje de novia, venía caminando como envuelta en un sueño de la mano de su amado, mostrando una sonrisa iluminada, hermosa como un lirio silvestre.

—¡Oh, qué pareja más cautivadora! —exclamó Catalina sin poder refrenarse.

Todos podían apreciar el profundo cambio que se había producido en la joven, aunque no entendían la razón.

—Si no tenéis inconveniente, me gustaría ver también a esos hombres que acaban de librarse del hacha del verdugo —demandó el príncipe, mostrando un nerviosismo evidente.

—Os acompañaré —dijo el Hurón—. Yo también quiero verlos.

—Y yo —manifestaron Toribio y Alfonso.

—Y nosotros —dijeron a la par el Caballero del Sur, Felipe y Guillermo de Trouville.

—Pues nosotras no queremos ser menos —reclamaron Cecilia, Margarita y Elvira.

El Hurón, un poco asombrado por tanto interés, encabezó la comitiva hacia la sala en la que se atendía a los heridos.

Quejidos y lamentos se oían por doquier. Un físico les condujo hasta el lugar donde maestro y aprendiz estaban tendidos.

Al ver llegar a tanta gente, Gregorio se incorporó ligeramente y Leonardo y Elvira corrieron a su encuentro.



—Hermano, ¡estás malherido! —profirió el príncipe, abrazando a su mellizo.

—No te preocupes por mí. El físico me ha dicho que saldré de esta. Dime, ¿hemos vencido?

—Sí, una victoria total.

—Pues ocúpate de Rodrigo; él sí va a necesitar de vuestros cuidados. ¡Madre! Al fin puedo veros.

—Ya no me separaré de ti hasta que recobres la salud —le respondió Elvira llorando de felicidad.

Siguiendo el consejo de su hermano, el príncipe se acercó a su maestro.

—Señor, señor. ¿Me podéis escuchar? —le preguntó, mudando la faz al verle en tan terrible estado.

—El prisionero se encuentra sumamente debilitado por el tormento al que ha sido sometido —intervino el físico.

—¿Qué habéis hecho por este hombre hasta ahora? —inquirió el Hurón con el gesto alterado.

—Solo lo que se ha podido.

—Pues eso no es ni la mitad de lo que tendréis que hacer a partir de ahora. ¡Salvad a este hombre! Os lo suplico. ¡Os lo ordeno!

—Señor, se halla al borde de la muerte.

—No me habléis de muerte. Esa oscura señora me ha estado rondando y persiguiendo desde que era un niño. Habladme de vida. Ese es el propósito de vuestro oficio, ¿no? ¡Pues cumplid con él!

Nadie había visto nunca al Hurón suplicar por la vida de otra persona. Era esto en él un comportamiento inaudito.

—¿Quién anda ahí? ¿Eres tú, Leonardo, mi rey, mi señor? —balbuceó Rodrigo, entre un crujir de dientes—. ¿Vienes a pedirme cuentas de tu encomienda? Me temo que te he fallado. ¡Perdóname!

—No habéis fallado. Más bien os habéis salido con la vuestra, según creo —murmuró el Hurón casi en un suspiro.

—¿Qué legión de fantasmas es esta que me rodea? —masculló el barón de Mieres, entreabriendo una rendija en sus ojos heridos y volviendo apenas en sí—. Siento espinas clavadas por todo el cuerpo.

—No somos fantasmas ni espectros, sino personas que te conocen y quieren —le respondió Toribio, acercándose a él y abrazándole con ternura.

—Toribio, mi bienaventurado amigo. ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Tu tesón durante tantos años ha terminado por germinar y dar fruto. El príncipe ha alcanzado la victoria.

—No viviré para verlo, pero no importa. ¿Se encuentra el príncipe contigo?

—Sí, aquí está.

—Que se acerque hasta mí. Quiero hablarle una vez más antes de partir.

—Maestro, padrino, amigo del alma, ¿qué os han hecho?

—Si mi vida ha de ser... el precio de tu victoria, me doy por satisfecho. — Rodrigo hablaba muy despacio y a trompicones. Le costaba respirar—. No sufras por... mí. ¡Cumple ahora... nuestro sueño! Tendrás una difícil tarea por delante. Sobre ruinas no es fácil construir un paraíso.

—Gregorio, muchacho, ¿dónde estás?

—Aquí, a vuestro lado. No os preocupéis por mí.

—Cuando te restablezcas, cuida de Leonardo como lo has hecho hasta ahora. Eres el mejor hermano y amigo al que se puede aspirar.

—Hurón, Felipe...

—Estamos también aquí, junto a vos.

—Deseo que me hagáis los dos un juramento sagrado, una promesa de honor.

—Lo que sea, señor, lo que sea —respondieron ambos sin poder contener las lágrimas.

—Hijos, si alguna vez me habéis tenido en tanta estima como yo a vosotros, prometedme que desde hoy serviréis al príncipe y que lo haréis con entrega y afecto, como si os fuera la vida en ello. Haced esto que os pido y ya podré morir tranquilo.

—Os lo prometo, señor, y si no lo cumplo, que Dios me lo demande —pronunció Felipe cogiendo entre las suyas las manos de su señor.

—También yo os lo prometo, y si no lo cumplo, que el diablo me lleve —exclamó el Hurón, abrazando la cabeza de su señor.

—Quiero despedirme de María. Esa brava mujer que ha arriesgado su vida y me ha dado todo a cambio de nada.

—Mientras la buscan, los reyes del Pirineo y su hija te quieren ofrecer sus respetos y estima —le anunció Toribio.

—Querido amigo, gracias a ti será enderezada una senda torcida —declaró Alfonso, sintiendo el corazón en un puño—. Esta familia de la que soy cabecera nunca podrá agradecerte lo bastante todo el bien que has hecho por ella.

Toribio se inclinó sobre el moribundo y le dijo al oído unas breves palabras que solo él pudo oír.

—¡Dios mío! Venid, acercaos a mí, princesa. Acercaos los dos —dijo el antiguo senescal mirando a Leonardo, y haciendo un grandísimo esfuerzo, susurró—: Jóvenes, juntad vuestras manos. Así, así. Yo bendigo esta unión.

Nadie entendía qué es lo que estaba sucediendo. En ese instante se presentó María, con los dientes apretados y el pelo enmarañado.

—Si a lo largo de mi existencia hubiera tenido la fortuna de encontrar a una mujer la mitad de decidida y valiente que tú, sin dudarle la hubiera pedido en matrimonio. Mi amigo Bertrán es un hombre favorecido de la fortuna. Ven, dame tu mano.

—Señor, saldréis de esta. Ya lo habéis hecho otras veces...

—Otras veces no he estado tan maltrecho.

—Querido amigo, están con nosotros otras tres personas que arden en deseos de abrazarte —le comunicó al oído Toribio—. Elvira, el monje Guillermo de Trouville y

Juan Bradley.

—Elvira, querida. ¡Qué buena madre para tan buenos hijos! Gracias por aligerar mi carga, gracias por tus desvelos. Dios premiará tu paciencia y devoción.

»Guillermo de Trouville, el monje que una vez fue soldado. Con tu inteligencia y ayuda hemos logrado llegar hasta aquí. Gracias por tu determinación y coraje.

»Juan Bradley, pastor y guardia de fronteras por decisión propia. Un hombre grande de espíritu y de inconmensurable corazón, un caballero sin igual al que todos hemos de rendir homenaje.

»Perdonadme, no puedo seguir hablando, me falta el aire.

—Dejémosle descansar, es preciso —ordenó el físico.

—Nosotras cuidaremos de estos esforzados caballeros —propuso María arremangándose los puños.

—Naturalmente que lo haremos —contestaron las otras tres mujeres.

—Señor, el castillo es vuestro. Ya es hora de que se abran estas puertas de par en par —declaró el Hurón dirigiéndose al príncipe.

—¿Debo entender entonces que ya no me disputaréis la corona?

—Nunca he pretendido hacer tal cosa. En todo caso, si la hubiera disputado, habría de ser para a continuación entregároslo a vos.

—Desde hoy, tú y Felipe seréis para mí como hermanos.

—Así lo quiere nuestro capitán y así habrá de ser —lo refrendó el Hurón, por primera vez desde hacía mucho tiempo alegre y esperanzado como un pájaro—. Por cierto, hay aquí muchas cosas que se me escapan. ¿Tendréis la amabilidad de explicárnoslas algún día? Mejor más pronto que tarde. Felipe y yo ardemos en deseos de conocer todos los pormenores de tan magnífica jugada.

—No os preocupéis por eso, os daré cumplida cuenta de todo lo que deseéis saber. Entre hermanos no ha de haber secretos.

»Aún no ha acabado el día y nos queda bastante tarea por delante: preparar el lugar donde descansarán los caídos en la batalla y buscar a mi tío. No quiero, bajo ningún concepto, que escape.

Pero volvamos a los personajes que han desaparecido de la escena.

Hablemos primero de Venancio. Cuando las cosas se pusieron feas, este no pensó ni remotamente en afrontar una lucha cuerpo a cuerpo, y mucho menos en socorrer a su mujer, tan solo en poner su pellejo a salvo. Viendo que Jaime se dirigía hacia la entrada del castillo, decidió ir tras él. Confundido entre los soldados y escabulléndose al modo de las anguilas, logró cruzar el puente y alcanzar la barbacana. A sus espaldas se libraba una lucha feroz; al frente, algunas unidades del ejército del rey se empezaban a congregarse, pero la confusión era notable.

El conde de Vistahermosa, examinando las circunstancias, creyó llegado momento de poner tierra por medio así que, sin arriar banderas ni despedirse de

nadie, echó a correr como alma que lleva el diablo cruzando los campos que tenía delante y perdiéndose en lontananza.

Jaime, por su parte, escudándose en sus hombres y poseído de una cólera ciega, aguantó todo cuanto pudo el embate de los traidores. Sin embargo, el empuje del adversario era más fuerte. De nada le sirvieron juramentos y amenazas, porque palmo a palmo, los suyos fueron perdiendo terreno. Viendo la batalla perdida y antes de que comenzasen las rendiciones, el rey abandonó el patio de armas y huyó corriendo por los pasillos de la construcción principal. Al verse solo y desamparado, aquella cólera terrible que había sentido durante tantos días dio paso a un miedo cerval que se fue convirtiendo al poco en agudo terror.

Sin saber muy bien por qué y tambaleándose como un borracho, sus pasos le condujeron hasta una abertura disimulada en el muro. Era la primera vez que la veía, y eso que había pasado por allí muchas veces. Escuchando algunas voces cada vez más cerca, se vio en la necesidad de introducirse en ella.

Una escalera de caracol, empinada y angosta, se internaba en las entrañas del subsuelo. La oscuridad, un lienzo de tinieblas; los escalones, gastados y resbaladizos; el aire, enrarecido y oliendo a azufre. Tras bajar y bajar en aquel oscuro remolino, los peldaños llegaron a su fin, abriéndose ante él lo que parecía un agujero diabólico. Tanteando con las manos y tropezando a menudo, logró alcanzar un espacio abierto. Era este la cripta de los reyes, un panteón familiar construido bajo los cimientos de la fortaleza.

Jaime conocía el lugar. Había bajado allí solo dos veces en su vida, coincidiendo con la muerte de sus padres. Un buen sitio para esconderse, al menos temporalmente.

Hileras de sepulcros se enseñoreaban de aquel espacio y entre ellos, pasillos que se perdían en la oscuridad. Relieves yacentes de reyes y reinas, príncipes y princesas remataban lo alto de las tumbas. Centinelas del pasado mirando sin ver y oteando la eternidad. Pálidos reflejos en piedra de los que un día rebosaron vida y poder.

Una tenue luz envolvía aquel pudridero de sangre noble, en el que destacaba un sencillo sarcófago, sin inscripciones ni adornos. Estaba seguro de que era donde descansaban los restos de su hermano y su cuñada, porque él mismo había dado orden de que fueran enterrados en él.

Ruidos extraños se abrieron paso a través de la penumbra reinante. Un zumbido sordo, un temblor que aleteaba en el aire, un estremecimiento en la sangre.

Jaime sintió que el pánico se apoderaba de él. Una sombra amenazadora estaba tomando forma a su alrededor. Tanteó con cuidado la losa de mármol que cubría la tumba, comprobando que la podía mover sin dificultad, y la corrió hacia un lado. Una vaharada de dulce perfume ascendió hasta él. Sin pararse a pensar en lo que hacía, se introdujo en su interior, profanando así el sueño eterno de sus moradores. Ya dentro y ayudándose con los pies, devolvió la losa a su posición original.

Allí, echado boca arriba, sobre despojos que una vez fueron de su misma sangre, esperó impaciente su cita con el destino.

Al poco, notó que su cuerpo se asentaba sobre algo blando y firme a la vez. Girándose sobre un costado, percibió que su mejilla rozaba lo que le parecieron unos labios, todavía húmedos y carnosos. Un escalofrío sin límites recorrió todo su ser. Palpando con la mano que tenía libre, tocó una cabeza, una cara, un pelo largo y espeso. Aquello no parecía un cadáver, sino el cuerpo terso y suave de una mujer dormida y a punto de despertar. Exhalaba toda ella un dulce aroma a rosas y jazmines.

Jaime cerró los ojos, pensando que Beatriz, liberada de las cadenas que la unían a su esposo, había vuelto a la vida y que en aquella tumba le esperaba desde entonces. Acarició sus mejillas, sintiéndolas frías como el hielo, y la envolvió en un apasionado abrazo, pareciéndole que ella le correspondía. De repente, advirtió que se estaba ahogando. Ese aliento empalagoso que respiraba le estaba matando dulcemente. Se las ingenió para abrir una rendija por la que pudiera entrar algo de aire, mas no fue aire lo que entró, sino una sombra oscura que se abalanzó sobre él.

Miles de pequeños demonios aguijonearon sus carnes sin compasión. Haciendo un esfuerzo supremo, intentó levantarse y escapar, mas un abrazo de hierro le mantuvo firmemente sujeto en el fondo del sarcófago.

Gritos de muerte y espanto se oyeron en toda la cripta y después, el silencio; un silencio apenas interrumpido en el infinito devenir del tiempo.

Jaime sintió que se hundía en un pozo de negrura imposible de describir. Llanto, crujir de huesos, rechinar de dientes iban prendidos de él. Desde el borde le contemplaban, sin clemencia ni compasión, las sombras y cenizas de todos aquellos a los que tanto había hecho sufrir, y eran estos legión.

## Epílogo

Leonardo y Cecilia pudieron por fin unir sus vidas, y fueron estas largas y afortunadas. Los padres de la novia pronto se convirtieron en abuelos y se dedicaron a mimar a sus nietos, renunciando a la corona en favor de su hija.

Aurelia nunca se separó de su niña, que ahora se había convertido en mujer, y llegó a ser el aya preferida de los infantes e infantas que nacieron.

Los flamantes reyes se mudaron, desde un primer momento, al castillo de Olite. Ambos consideraban aquella tierra su hogar natal y Cecilia hizo levantar en mitad de su jardín una estatua a tamaño natural en recuerdo de su protector y buen amigo, el jardinero real.

Y ya que recordamos a Mudo, un recuerdo también para Froilán. ¡Adiós, dondequiera que estés! ¡Qué encuentres en el purgatorio el reposo que no fuiste capaz de encontrar en la Tierra!

Rodrigo pasó muchos días luchando contra la parca que todas las noches le venía a buscar y finalmente partió de este mundo, sin pesares ni tristezas. Su imborrable recuerdo permaneció en el corazón de todos los que le conocieron, especialmente en el de sus amigos.

De Arcabad y de Artemio no diremos nada, porque está ya todo dicho.

Leonardo nunca se olvidó de sus padres adoptivos, ni de todos los que le ayudaron en tan azarosos días. Como inteligencia no le faltaba, pronto se ganó el afecto de sus suegros, que lo llegaron a querer como a un hijo.

Al tratar de averiguar dónde se hallaba la tumba de sus padres, fue descubierto en la cripta real aquel sarcófago de piedra, sin epitafio ni identificación. Retirada la losa que lo cubría, se halló el cuerpo de Beatriz milagrosamente conservado y, sobre ella, una extraña capa de polvo negro como el hollín y millares de abejas muertas. Bajo ella reposaban los huesos de Eduardo, su amado esposo.

De Jaime nunca se volvió a saber nada. Esto no fue fácil de aceptar, pero el paso del tiempo termina por borrarlo todo o casi todo y eso es lo que sucedió con su recuerdo. Alguna vez, de tarde en tarde, aparecía en las pesadillas de Leonardo, pero solo era eso, un pequeño desvarío.

A estos reyes nunca les faltaron buenos consejeros, por lo que su reinado fue modelo de virtud, un ejemplo a seguir, y no precisamente por las batallas ganadas o por los imperios erigidos.

El buen Toribio recuperó su puesto de abad en Ochagavía, y en cuanto a las profecías del monje Guillermo de Trouville, se cumplieron todas menos una. Anselmo pudo conservar la vida, aunque quedó encerrado para siempre entre las paredes de la abadía. Él prefería esta penitencia a tener que ser desterrado fuera de aquellos reinos. Con el tiempo, Guillermo de Trouville llegó a convertirse en abad de

Ochagavía, y a este le sucedió Carlos.

El Caballero del Sur ya nunca más volvió a ser nombrado por ese apodo, aunque a muchos les agradaba. Tampoco le volvieron a llamar don Francisco Amable, y así, recuperó su nombre verdadero, Juan Bradley de Chippenham, que regresó junto a los suyos. Poco después, a requerimiento del rey, tuvo que retornar a la corte acompañado de su familia, para ser nombrado chambelán. Sí, chambelán, habéis oído bien. Aunque no os preocupéis por ello. Juan vendió todas sus ovejas, también los perros, y fue doña Catalina la que recogió el testigo, pues aun siendo mujer, tuvo arrestos para convertirse en pastora; ella y Pasolargo, que ya lo era. Ambos unieron vida y hacienda, es decir, ovejas y cabras, y siempre disfrutaron de la protección de la reina.

¿Y cómo es que Catalina se pudo de nuevo casar?, se preguntarán algunos. Muy fácil: porque enviudó. Sí, ella perdió a su marido. Nadie sabe cómo sucedió exactamente, pero al transcurrir el verano y bajar las aguas del río, el cuerpo de Venancio apareció ahogado en la acequia del molino.

Ni que decir tiene que Diego y Elvira recuperaron todas sus tierras y propiedades. Incluso le pidieron a Catalina que se quedara con ellos, pero esta mujer, como acabamos de contar, eligió seguir su propio camino, cosa que a ellos no les importó demasiado.

¿Y de Gregorio?, ¿qué se ha de decir de este robusto y bondadoso muchacho? Pues diremos que siempre estuvo con un pie al lado de su hermano y con el otro en la casa de sus padres. Y esto fue así hasta que encontró una doncella decidida y valiente que se enamoró de él y él de ella. Desde ese momento, sin dejar de servir al rey y de ayudar a sus padres, tuvo también que atender a lo suyo propio, esto es, a una recua de retoños, a una esposa y a unos suegros encantadores.

El Hurón fue ascendido a senescal, como no podía ser menos, y cumplió fielmente su papel, siguiendo al pie de la letra el encargo del que fue su capitán. También se casó con una «Hurona», aunque tuvieron, no lo creeréis, niños y niñas corrientes.

Felipe fue nombrado capitán de la guardia del rey. Había hecho méritos suficientes para ello y desde el primer día cumplió con su cometido de modo efectivo y discreto, tal como Rodrigo le había enseñado. También contrajo nupcias y fundó una encantadora familia.

Bertrán Sánchez de Laciana y María la Brava rechazaron cargos y honores. Quisieron seguir siendo quienes siempre habían sido, y eso les honra.

Para no aburrir a la audiencia, ya no seguiremos hablando del resto de personajes que han intervenido en esta humilde historia. Tan solo diremos de ellos que si fueron de los que se portaron mal, no les resultó muy bien, aunque les podía haber ido mucho peor; y que si fueron de los que se portaron como Dios manda, les sentó a las mil maravillas, porque suele suceder a menudo que el que siembra, recoge.

Ciudad Lineal, Madrid, otoño de 2015

Estimado lector: Me haría un gran honor si destinase unos instantes a valorar y realizar en Amazon una crítica sincera de esta obra, que espero le haya gustado y entretenido, o al menos esa era mi intención. Un millón de gracias,

M. A. Cabanas





MIGUEL ÁNGEL CABANAS (Madrid, 1952), casado y con dos hijos. Economista de profesión y licenciado en derecho, su trabajo ha transcurrido por derroteros muy alejados de la literatura.

*Sombras y cenizas* representa su primera incursión en el mundo las letras.